
3 1761 08695654 7



EN ALAS DE LA FORTUNA

Ó

Á MEDIAS CON EL DIABLO

EN ALAS
DE LA FORTUNA

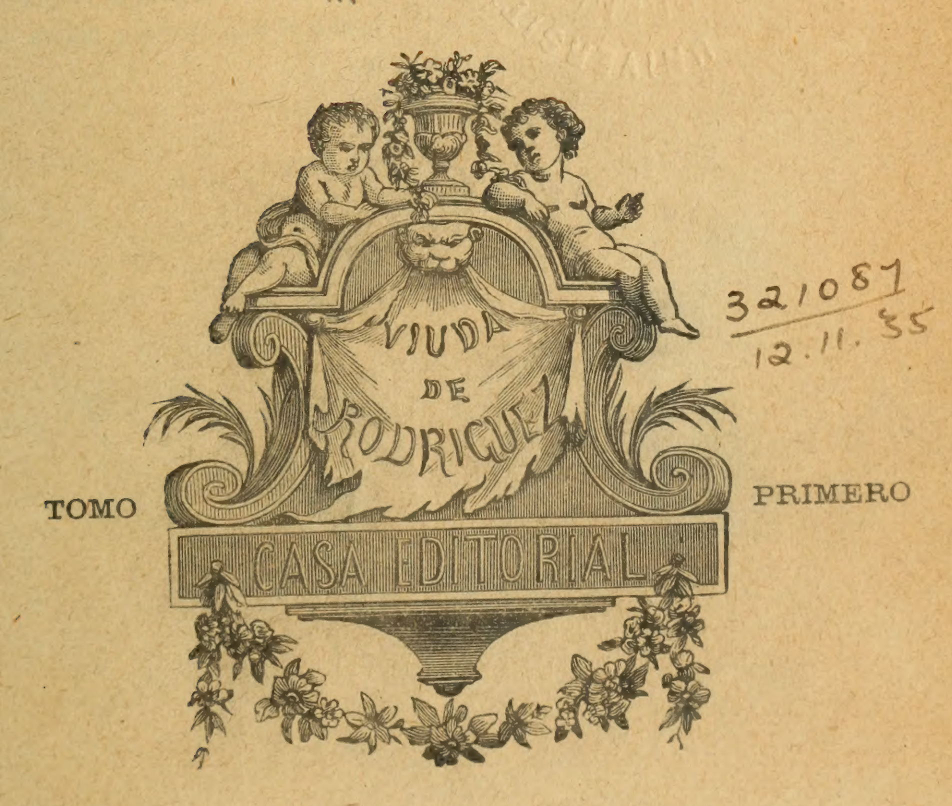
ó

A MEDIAS CON EL DIABLO

NOVELA HISTÓRICA

ESCRITA POR

DON JULIÁN CASTELLANOS Y VELASCO



TOMO PRIMERO

ADMINISTRACIÓN:
PLAZUELA DEL BIOMBO, NÚM. 2, MADRID
1886

Imprenta de Manuel Minuesa de los Ríos, Miguel Servet, 13.





CAPITULO PRIMERO

Entre dos deberes.



os alegres y sonoras carcajadas que partían de los labios de un alférez de la guardia valona y de los frescos y sonrosados de una joven que más parecía un ángel que humana criatura, despertaron los dormidos ecos de un pequeño salón lujosamente alhajado á lo Luis XIV en la casa del conde de Massi, gentilhombre de casa y boca del buen rey Carlos III.

El alférez llamábase Rogelio, y era el primogénito del conde, y la que le hacía el dúo en aquel arranque de hilaridad, su hermana Adelina, preciosa criatura de diez y seis años.

La condesa su madre hallábase sentada junto á una monumental chimenea de mármol negro, sobre la que

se veía una panoplia de armas damasquinas de primorosa labor y gran mérito artístico.

Lo que había producido la explosión de alegría tan ruidosamente manifestada por los jóvenes fué la lectura de un capítulo del libro más popular y con justicia celebrado de nuestra literatura, el *Quijote*.

Mientras los dos hermanos reían, su madre, con la mano izquierda sepultada en uno de los bolsillos de su rico brial de raso gris perla, estrujaba de una manera nerviosa un papel, cuyo contenido ansiaba conocer con una impaciencia grande.

Era un billete perfumado con ámbar, que la casualidad puso en sus manos casi al mismo tiempo que sus hijos llegaban á la estancia.

Esta coincidencia hizo que la dama le guardara sin leerle.

Temía no contar con la serenidad suficiente para aparecer tranquila si aquel escrito la revelaba algo de lo que presentía su corazón.

Los dos hermanos comentaban lo sabroso y agradable de los párrafos que acababan de leer, cuando en una péndola ginebrina, que era una verdadera joya de arte, sonaron diez lentas campanadas.

—Las diez ya, y mañana temprano debo entrar de guardia: me voy á dormir,—dijo Rogelio; y atrayendo hacia sí la rubia cabeza de su hermana, depositó en su frente, tersa y sonrosada como el nácar, un ruidoso beso.

Después alzóse de su asiento, y besando también

á su madre con cariñosa efusión, salió de la estancia.

Adelina puso una estampa de la Virgen en la página que leía, cerró el libro, y, despidiéndose de su madre, se retiró también.

Al verla desaparecer tras el pesado cortinón de damasco amarillo que cubría la puerta de entrada, la condesa sacó el billete, acercándose á una lámpara de plata cincelada que alumbraba la estancia.

La condesa, cuyo nombre de pila era Josefina, á pesar de no encontrarse ya en la primera juventud, era hermosísima.

Parecíase á su hija como se parecen dos gotas de rocío, y á su lado podía pasar muy bien por su hermana mayor.

Eran como la rosa y el capullo que nacen en el mismo tallo.

Con apresuramiento desdobló el billete, devorando su contenido.

La mano de una mujer había trazado las breves líneas de que el escrito constaba. Líneas que decían así:

«Querido conde: Aunque sé que no lo olvidarás, te »recuerdo que mañana celebro el aniversario de mi na»talicio, y que tengo decidido empeño en lucir la diade»ma de turquesas y diamantes que me tienes ofrecida. »Te quiere más que á su vida, tu—Felisa.»

Al terminar la lectura, una palidez intensa cubrió el semblante de la condesa; de sus azules y expresivos ojos brotó un relámpago de ira, y sus manos estruja-

ron de un modo nervioso aquel perfumado billete que acababa de envenenar su corazón, siendo la gota que hizo rebosar la copa del sufrimiento que desde el instante de su enlace venía apurando aquella desgraciada.

—¡Basta de sufrir! ¡Basta de disimular por más tiempo, llevando el infierno en el alma y la sonrisa en los labios!—exclamó en alta voz, como si alguien pudiera oirla.—Es preciso que yo arranque la máscara con que se cubre el rostro mi verdugo, aunque sea indispensable dar al traste con la mentida dicha que se anida en este hogar, tenido por todos por un paraíso de paz y de cariño, cuando no es más que un infierno donde alienta el egoísmo y donde se retuerce un alma en brazos del disimulo y de la desesperación. Estoy cansada de que llore mi alma al mismo tiempo que sonríen mis labios. ¡Día fatal aquel en que mi padre, deslumbrado por el brillo de los blasones de ese monstruo de iniquidad que se llama mi esposo, me arrojó en sus brazos, obligándome á ahogar bajo el peso de mis deberes conyugales el primer amor que, inmaculado y puro, vivía en mi alma!

La condesa pasóse la mano derecha por la frente como para arrancarse aquella idea que la martirizaba.

Después prosiguió diciendo:

—Ese hombre ha sido vil y miserable como ninguno. ¡Ah! ¡Me parece imposible que no estalle mi pecho de dolor y de indignación cuando acuden á mi memoria estos recuerdos crueles! ¡Oh! ¡Si no fuera por mis hijos!...

Al hacer esta invocación, cruzó por la mente de aquella madre una idea que la llenó de espanto.

—¿Qué va á ser de mis hijos si provoco un rompimiento con mi verdugo? Él, no sólo no los quiere, sino que tengo la seguridad de que los odia, porque su conciencia, aunque atrofiada por el egoísmo, debe ver en ellos una acusación viva de su criminal conducta.

¡Qué será de mi Rogelio, tan bizarro, tan caballero y tan cariñoso!

¡Y de mi pobre Adelina, cándida como un rayo de luna, dulce como un suspiro de amor y hermosa como un ángel del cielo!

Ese hombre, al verme separada de mi hija, podría concebir respecto á ella la satánica idea que le impulsó á hacerme su esposa.

El miserable que vende á la mujer á quien da su nombre cuando la corona de azahar no se ha ajado en su inmaculada frente, es capaz de todas las infamias y de todas las villanías.

¡Oh! Sufriré, seguiré devorando en silencio mis pesares, hasta que mi corazón estalle bajo la intensidad del dolor; pero no me separaré de mis hijos, no expondré á mi pobre Adelina á que arrastre una existencia tan desesperada como la mía.

Y la condesa, rendida por tan rudas emociones, dejóse caer en un sillón; y cubriéndose el rostro con las manos, dió rienda suelta á sus lágrimas.

Cerca de una hora hacía que no turbaban el silencio de la estancia más ruidos que el producido por la leña al retorcerse en el hogar bajo la acción del fuego y el de los sollozos entrecortados de la dama, cuando retumbaron de una manera poderosa dos fuertes aldabonazos dados en la puerta de la calle.

La condesa alzóse de una manera nerviosa del sillón que ocupaba.

—Es él, y no quiero que vea en mis ojos las huellas del llanto.

Y enjugando sus lágrimas con un lenzuelo de fina batista, hizo cuanto estuvo de su parte para aparecer tranquila y satisfecha.

Momentos después, su esposo, que había cenado con unos amigos, aparecía en la puerta de la estancia.

Sus ojos tenían un brillo extraordinario; sus mejillas encontrábanse rojas hasta aparecer violadas, y sus pasos y ademanes eran inseguros, como cuando los vapores del alcohol empiezan á elevarse del estómago al cerebro.

Al ver á su esposa, dirigióse á ella, y sonriendo, la dijo:

—No puedes imaginarte lo que me agrada que no te hayas acostado.

—¿Sí?

—Sí: vengo de una reunión celebrada en casa de Grimaldi, y voy á vestirme convenientemente para ir en seguida á Palacio.

—Pues ¿no saliste ayer de servicio?

—Sí; pero no es nada referente á mi cargo palatino lo que me obliga á ir á estas horas á la regia vivienda. Es un asunto grave y urgente. Nuestro ejército ha sufrido un descalabro en Portugal, y el ministro necesita fondos para enviar refuerzos; y como las arcas del Tesoro están vacías, los que nos hemos congregado en casa de Grimaldi hemos ofrecido anticipar esta misma noche los fondos que el rey necesita.

Al oir hablar del monarca, la condesa enrojeció, como si el nombre del soberano la sonrojase.

El conde dejó ver en sus labios una maliciosa sonrisa, y prosiguió diciendo:

—Ya sé que en estos momentos no disponemos de la cantidad necesaria para quedar airosos en este asunto; pero como que se trata de un compromiso ineludible, he pensado que podemos salir de él echando mano de una parte de los cincuenta mil pesos que tu difunto padre legó al morir á Rogelio y Adelina, y que tú guardas como un depósito sagrado.

La condesa, sospechando, y con razón, para lo que su marido necesitaba aquel dinero, repuso con voz tranquila, pero firme:

—En sagrado depósito, como acabas de decir muy bien, conservo esa suma que pertenece á nuestros hijos, y á la que no tocaremos por nada ni por nadie.

—Ten en cuenta, Josefina, que se trata de un compromiso de honra.

—Ese dinero no es nuestro, y, por lo tanto, ni debemos, ni podemos disponer de él para cosa alguna.

—Reflexiona que se trata del mejor servicio del rey, á cuyas bondades debemos estar eternamente reconocidos.

Lo que pasó por el alma de la condesa al oir estas palabras no pueden ni sospecharlo nuestros lectores hasta que conozcan la historia de su matrimonio; así que, sin poder contener por más tiempo el torrente de indignación encerrado en su pecho, repuso:

—Sobre todos los compromisos de honra, sobre el rey y sobre el mundo entero, pongo yo siempre, como buena madre, la dicha y el porvenir de mis hijos.

—¡Josefina!—exclamó el conde, molestado por la resistencia de su esposa.

—Basta de fingir y de disimular por más tiempo. El rey no necesita para nada que la nobleza le facilite anticipo alguno.

—¡Señora, eso quiere decir que ponéis en duda mis palabras!

—Tengo para ello poderosas razones.

En la mirada del conde brilló un relámpago; y dando un paso hacia su mujer, la dijo con acento reconcentrado:

—Necesito conocer esas razones, y vais á dármelas, si no queréis que me olvide de mí mismo.

—¿Osáis amenazarme?

—Osaré á todo si no me explicáis vuestras palabras.

La condesa, exasperada por la actitud descortés

y violenta de su esposo, sin ser dueña de reprimirse, sacó el billete que la vimos leer y se le presentó, diciendo:

—Tomad: éste es el fundamento de mis razones.

El conde, al verse descubierto, rechazó con desdén el billete; y cambiando su expresión de cólera por la del cinismo más repugnante, prorrumpió en una ruidosa carcajada.

El eco de aquella risa hizo más daño á la condesa que la hoja de un puñal que desgarrase su corazón.

El conde, llevando su crueldad y su cinismo hasta el último extremo, añadió, sonriendo:

—¡Basta de fingir! Celebro infinito que lo sepáis todo. El rey no necesita, efectivamente, que nadie le ayude con dinero; pero lo necesito yo, y como tengo derecho á disponer de cuanto hay en mi casa, tomaré de esos cincuenta mil duros la cantidad que se me antoje.

—Eso no puede ser.

—¿Quién se atreverá á oponerse á mis deseos?—exclamó con la mirada ardiente y las manos temblorosas por la ira.

—Yo, en nombre del porvenir de mis hijos,—respondió la condesa con gran energía.

—¿Tú? ¡Miserable!—gritó fuera de sí aquel hombre; y acercándose á la dama, la asió por los brazos con una fuerza terrible.

Al sentir sobre sus delicadas carnes el contacto

de aquellos dedos de hierro, la condesa no pudo reprimir un grito de dolor.

—¡Calla, y dame la llave del armario de roble!—exclamó fuera de sí, intentando taparla la boca para impedirla gritar.

Pero la dama hizo un esfuerzo desesperado, y gritó con cuanta fuerza pudo:

—¡Á mí! ¡Favor!

—¡Calla, miserable, calla!

En aquel momento, un angustioso grito se dejó oir en la puerta de entrada, y una figura blanca como la de un ángel penetró en el aposento.

Era Adelina, que, despertando sobresaltada á las voces de su madre, se precipitó hacia los autores de sus días, exclamando:

—¡Por Dios, padre mío, no la maltrates!

Y con cuanta fuerza pudo, asióse al brazo derecho del conde.

—¡Aparta y sal de aquí!—repuso aquel hombre, rechazándola con tal violencia, que, haciéndola retroceder algunos pasos, cayó sin sentido, hiriéndose en la cabeza con el zócalo de mármol de la chimenea.

La sangre manchó con su roja tinta la frente nacarada de la delicada joven.

La condesa gritó entonces:

—¡Sangre! ¡Sangre!

Y desprendiéndose con una energía impropia de lo débil de su sexo de las manos de su marido, corrió hacia Adelina, exclamando desesperadamente:

—¡Hija de mi corazón, te han asesinado!

—¡Silencio!—gritó el conde, apoderándose de nuevo de uno de sus brazos.

—¡Aparta, infame verdugo!

—¡Calla, ó mueres!—profirió el conde con acento reconcentrado, asiendo con sus dos manos el cuello de la dama.

Ésta, creyendo llegada su última hora, hizo uno de esos esfuerzos poderosos que la naturaleza más débil guarda para los momentos supremos, y con una voz desgarradora gritó:

—¡Favor! ¡Socorro!

El conde, rugiendo como una furia, oprimió la garganta de su víctima, resuelto á estrangularla.

Entonces ocurrió una cosa terrible.

Rogelio, con dos pistolas amartilladas, presentóse en la estancia; y al ver lo que sucedía, dirigió el cañón de una de ellas á la frente de su padre, exclamando:

—¡Deteneos y respetad á mi madre, ó sois muerto!

La actitud del joven era tan decidida y tan terrible, que el conde, sorprendido, abandonó á su víctima, retrocediendo dos pasos.

Pero repuesto instantáneamente, arrancó de la panoplia que coronaba la chimenea un puñal damasquino, y con la mirada enrojecida como la del tigre, la boca espumosa y la razón perturbada por la ira y el alcohol, se encaró con el joven, diciéndole:

—¡Miserable! ¡Vas á pagar bien caro tu atrevimiento!

Y con el acero levantado para herir, se lanzó hacia él.

La condesa exhaló entonces un grito de horror, y se interpuso entre el padre y el hijo con la rapidez del rayo.

El brazo del conde cayó á impulsos de la ira, y la hoja del puñal atravesó el brazo derecho de la condesa.

Ésta lanzó un grito de dolor; su sangre caliente azotó el rostro de su hijo, que, loco y ciego, no viendo en el conde más que al asesino de su madre, disparó sobre él.

El ruido de una detonación estremeció la casa, y el conde, exhalando un ¡ay! de muerte, cayó desplomado sobre el pavimento.

—¡Jesús!...—exclamó la condesa horrorizada, cubriéndose el rostro con las manos.

Rogelio, sin darse cuenta de lo que le sucedía, quedóse mudo é inmóvil como una estatua.

Sus ojos, revelando el espanto más completo, fijáronse con una terrible insistencia en el cuerpo rígido de su víctima.

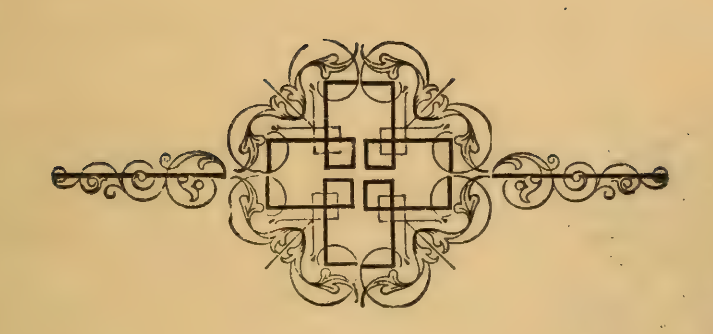
Después sintió una sacudida nerviosa que agitó todo su cuerpo, y con acento lúgubre exclamó:

—¡Soy un infame parricida! ¡Mi muerte sólo puede ser la expiación de mi crimen!

Y dicho esto, volvió contra su pecho el cañón de la pistola que conservaba cargada, resuelto á quitarse la vida.

Su madre, al ver su acción, lanzó un grito de suprema angustia; y arrojándose sobre el joven, separó el arma homicida, exclamando:

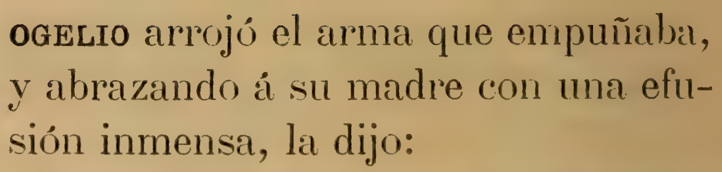
—¡No te mates, hijo de mi alma, no te mates! ¡Vive, vive para mí!





CAPITULO II

La abnegación de una madre y la lealtad de un amigo.



ROGELIO arrojó el arma que empuñaba, y abrazando á su madre con una efusión inmensa, la dijo:

—Sí, viviré para ti y para mi pobre hermana.

En aquel momento aparecieron en la puerta de la estancia los criados, atraídos por el eco de la detonación.

Al ver el terrible cuadro que el aposento presentaba, unos retrocedieron asustados, y otros, lanzándose á los balcones, empezaron á gritos á pedir socorro.

—¡Silencio, desdichados, silencio!—exclamó la condesa intentando contenerlos, á fin de que no agravasen

lo terrible de la situación, atrayendo con sus gritos á la justicia.

Pero su propósito era absurdo é imposible.

La intervención de la justicia era inevitable en un lance como aquél.

Haciendo callar á los criados, podría retrasar algunas horas la presencia de la autoridad; pero evitarla, de ningún modo.

Pero ni aun retrasarla consiguió; pues cuando más esfuerzos hacía para imponer silencio á sus sirvientes, sintióse en la escalera el ruido de pasos precipitados de varias personas, y momentos después apareció en la estancia inmediata á la del suceso un joven alférez de la guardia valona, seguido de cuatro soldados.

El joven oficial llevaba su espada desnuda, y los cuatro números que le seguían empuñaban sus fusiles con bayoneta armada.

Aquella fuerza era del mismo batallón á que pertenecía Rogelio.

Encontrábase aquella noche de guardia en casa de un general que vivía en la misma calle que el conde, y á las primeras voces que dieron los criados acudió, creyendo que se trataba de algún robo.

—¡Somos perdidos!—exclamó la condesa al sentir en la escalera las pisadas de los soldados.

Y sin cuidarse para nada de la sangre que brotaba de la herida de su brazo, dijo á Rogelio:

—Huye por el jardín, hijo mío.

—Eso, nunca: dejarte sola en tan difícil situación sería una infamia que yo no cometeré.

Al terminar estas frases, el joven oficial que llegó con los soldados penetró en la estancia.

—¡Zúñiga!—exclamó Rogelio al verle.

—¡Rogelio! ¡Amigo mío! Pero ¿qué sucede aquí?—respondió el oficial.

—¡Una desgracia horrible!—repuso la condesa, indicándole á su marido y á su hija, que yacían sin movimiento sobre la alfombra.

—¡Cielos! ¿Un doble asesinato, tal vez?—exclamó Zúñiga, dando maquinalmente dos pasos hacia el sitio donde se encontraba desmayada Adelina.

La condesa corrrió entonces hacia su hija, y arrodillándose, la incorporó entre sus brazos.

Zúñiga reparó entonces que la noble dama encontrábase también herida.

—Pero ¿qué ha sucedido, que también vos os encontráis lesionada?

—Vas á saberlo,—repuso Rogelio.

Y con frase breve refirió á su compañero de armas cuanto había pasado.

Zúñiga entonces, conociendo que lo principal era ganar tiempo para que su amigo pudiera ponerse fuera del alcance de la justicia, dirigióse hacia donde se encontraban sus soldados y les dijo:

—Ocupad el portal, y no permitáis salir de esta casa ni penetrar en ella á persona alguna sin orden mía.

Los soldados, que ignoraban lo allí sucedido, pues desde el sitio en que se instalaron no pudieron ver lo que había en la estancia donde tuvo lugar el trágico suceso, obedecieron la orden del alférez.

Éste, volviendo al lado de su amigo, le dijo:

—Es preciso que te pongas en salvo cuanto antes.

—¡Pero, Zúñiga!...

—Nada: ¿tiene esta casa alguna otra puerta más que la de la calle?

—Sí; la excusada del jardín, que da á esa callejuela próxima,—respondió la condesa.

—Pues no perdamos tiempo, Rogelio. Gana esa salida y ocúltate en mi casa, adonde yo te llevaré noticias de cuanto ocurra.

—Este caballero tiene razón: vete, ¡vete pronto, hijo mío!—añadió la condesa con ansiedad.

—Pero ¿cómo quieres que te abandone? La justicia vendrá, y...

—Pues precisamente porque la justicia ha de venir es por lo que se hace indispensable que tú te vayas. En todos los lances de la vida, lo que hay que evitar son los primeros momentos. Pero no perdamos tiempo en inútiles discusiones: sal de aquí, y espérame en mi casa.

Y Zúñiga, uniendo la acción á la palabra, asió á su amigo de un brazo para obligarle á salir de la habitación.

Rogelio, convencido por las palabras de su amigo, se decidió á seguir su consejo, y repuso:

—Haré cuanto me dices; pero déjame que me despida de mi madre y de mi hermana.

Y separándose de Zúñiga, acercóse al grupo que formaban la condesa y su hija.

Ésta continuaba aún con el conocimiento perdido.

Rogelio la besó en la frente, después de lo cual abrazó con efusión á su madre, besándola también.

Al separarse de ella, la dijo:

—Me alejo de aquí, porque todos lo creéis conveniente; pero ten entendido, madre mía, que volaré á tu lado en cuanto sepa que te amenaza el menor peligro.

—Ocúltate en casa de tu amigo, y no tengas cuidado por mí.

El joven volvió á abrazar á su madre, y salió de la estancia.

Momentos después atravesaba el jardín, saliendo á la calle.

Zúñiga, después que le vió perderse entre las sombras de la noche desde una de las ventanas de la casa, volvió apresuradamente al lado de la condesa, diciéndola:

—Ya está lejos de aquí, señora.

—¡Ah! No podéis imaginaros cuánto os agradezco lo que hacéis por nosotros en estos momentos tan terribles.

—Señora, yo no hago más que lo que Rogelio haría por mí en una situación análoga. Somos compañeros de armas; mejor dicho, nos queremos como hermanos

desde que nos conocimos, y yo expondría cien veces mi vida por salvar la suya, como creo que él lo haría por mí.

—De eso podéis estar seguro, pues tiene siempre en sus labios vuestro nombre.

—Me consta, señora, que es un leal y verdadero amigo mío. Pero dejemos esto á un lado, y atendamos á lo principal. Estáis herida, y es preciso curaros; además, vuestra hija aun no ha recobrado el conocimiento. Si vuelve á la razón, la vista de ese cadáver la afectaría terriblemente.

—Decís bien.

—¿No os parece que obraríamos con prudencia sacándola de esta estancia?

—Es verdad: llamaré á los criados...

—No es preciso: si me permitís, yo puedo tomarla en mis brazos y conducirla adonde dispongáis. Los criados, cuanto menos se enteren, es mejor. Ya veis la alarma que han esparcido con sus voces, y el trabajo que os ha costado hacerlos callar.

—Eso es cierto.

En aquel instante, uno de los soldados que se encontraban custodiando el zaguán se presentó en la estancia próxima, diciendo:

—Mi alférez, un señor alcalde de casa y corte, seguido de sus alguaciles, pretende subir aquí. ¿Le dejamos pasar, ó qué hacemos?

—¡Ah Dios mío!—exclamó con terror la condesa, poniéndose lívida.

Zúñiga, después de un instante de reflexión, repuso:

—Sí, dejadle pasar.

El soldado partió á cumplir aquella orden.

—¡Dios mío, Dios mío, prestadme fuerzas en este trance cruel!—exclamó la condesa, anonadada ante el anuncio de la presencia de la justicia.

—Señora, serenaos y procurad á todo trance que no os falte el valor ante los ministros de la justicia. Estos señores son astutos y hábiles hasta el extremo, y si no demostráis gran serenidad, podéis perder á vuestro hijo.

—¡Ah! ¡Tenéis razón! ¡Pobre Rogelio mío! Ante la idea de salvarle, me creo con valor para todo.

Y la condesa, con la gran fuerza de voluntad que la daba la costumbre de sufrir, compuso su semblante, resuelta á mostrarse con la entereza y el aliento que exigía lo apurado del caso.

Un momento después, un corregidor, seguido de su secretario y de varios alguaciles, apareció en la puerta de la estancia.

El golilla, hombre experimentado y práctico en el ejercicio de su profesión, abarcó de una sola ojeada el cuadro que se presentaba á su vista, diciendo en seguida:

—¡Dos cadáveres! ¡Un doble crimen, sin duda!

—Mi hija se encuentra sólo desmayada,—repuso la condesa.

—Pero vuestro esposo se encuentra muerto.

—Vive, señor alcalde; su corazón late aún,—exclamó uno de los alguaciles, que, habiéndose acercado al conde, le puso una mano sobre el corazón para cerciorarse de si se encontraba ó no cadáver.

—¿Que vive decís?—preguntó la dama con gran ansiedad.

—Sí; su corazón palpita, aunque pausadamente,—repuso el alguacil.

—Entonces avisad en seguida á un médico,—exclamó el alcalde, dirigiéndose á uno de sus corchetes.

Uno de ellos abandonó con presteza la estancia, á fin de dar cumplimiento á aquel mandato de su jefe.

El alcalde, volviéndose entonces hacia la condesa, la dijo:

—Tened la bondad, señora, de manifestarme lo que aquí ha sucedido, para proceder con conocimiento de causa.

La condesa, resuelta á salvar á su hijo á toda costa, repuso:

—Lo que aquí ha pasado no ha sido otra cosa que una gran desgracia, en la que ha tenido más parte la fatalidad que el deseo.

—Bien, señora; pero ¿quién os ha herido, lo mismo á vos que á vuestro esposo y á vuestra hija?

La condesa vaciló un momento antes de contestar, pero al fin repuso:

—A mi hija y á mí nos ha herido el conde.

—¡Señora!—exclamó el corregidor con extrañeza.

—Nos ha herido, y hubiera hasta acabado con mi

existencia, si el cielo y la fuerza de mi desesperación no me hubieran salvado.

—Señora, yo sé, como sabe toda la corte, que esta casa es un paraíso y vuestro matrimonio un modelo.

—Señor corregidor, la sociedad juzga casi siempre de todas las cosas sólo por la superficie, y por eso sus juicios resultan muchas veces equivocados. Bajo el azulado cristal del lago más tranquilo se oculta el cieno. Mi casa ha sido un infierno disfrazado de paraíso, merced á mi resignación y á mi paciencia. Pero esa paciencia y esa resignación se han agotado esta noche, y de ahí la catástrofe en que me encuentro envuelta.

Y la condesa refirió al corregidor cuanto había sucedido, pero ocultándole cuidadosamente la parte que su hijo había tomado en el asunto.

Pero aunque la dama procuró dar á su relato toda la mayor apariencia de verdad que pudo, á la perspicacia del corregidor no pasó desapercibido que callaba lo más esencial del caso, esto es, el decir qué persona había herido á su esposo.

Resuelto á esclarecer este importante punto, repuso:

—Bien, señora; pero, después de todo, habéis olvidado decirme quién hirió al señor conde.

—¿Acaso no lo habéis deducido de mi relato?

—No.

—Pues quien le ha herido he sido yo,—repuso con una energía y un aplomo grandes.

—¡Cielos!—exclamó Zúñiga sin poder reprimirse, al

ver la abnegación de aquella madre, que no vacilaba en declararse culpable del delito cometido por su hijo.

—¡Vos, señora!—interrogó el corregidor con gran asombro.

—Yo, sí: ¿qué os extraña? ¿Acaso no es perfectamente lógico que una madre que cree muerta á la hija de su alma, y ve además amenazada su vida, como yo he visto la mía, procure defenderse? El conde, después de intentar estrangularme, como lo prueban las señales de sus dedos impresas en mi garganta, al ver que yo me escapaba de sus manos por medio de un desesperado esfuerzo, lanzóse de nuevo sobre mí. Viéndome perdida, la desesperación me prestó alientos; y tomando una pistola de encima de aquella mesa, la amartillé, y apuntándole, le dije: «Reportaos, ó no respondo de mí.» Él, entonces, en vez de contenerse, tomó de esa panoplia ese puñal que aun brilla en el suelo, y lanzándose sobre mí, me infirió esta herida en el brazo. Al sentir mis carnes rasgadas por el hierro, el instinto de la conservación, innato en todos los seres, me aconsejó rechazar la fuerza con la fuerza, y disparé sobre mi agresor, que cayó en el sitio en que le veis. Esta es la verdad de lo aquí sucedido. Si esto es un crimen, dispuesta estoy á sufrir el castigo que las leyes me impongan; pero conste que, reducida al último extremo, he defendido mi vida, matando por no morir.

—No ha sido ella quien me ha herido,—repuso el

conde, que, habiendo recobrado la razón, había oído las últimas palabras de su esposa.

—¡Ah! ¡Todo se ha perdido!—se dijo Zúñiga al oir las palabras de aquel hombre.

—Yo, y sólo yo, soy quien ha disparado sobre él, señor alcalde,—repitió de nuevo la condesa, sintiendo agigantarse su valor ante aquella nueva contrariedad.

—No deis crédito á sus palabras,—repuso con voz débil el herido;—quien ha disparado sobre mí... ha sido mi hijo..., mi infame hijo Rogelio...

Y el conde, rendido por el esfuerzo que acababa de hacer para pronunciar aquellas frases, cayó presa de un nuevo desmayo.

—Ese hombre delira, no dice verdad. El estado en que se encuentra perturba sus sentidos, haciéndole afirmar un absurdo,—añadió la condesa.

Pero sus palabras no causaron en el ánimo del corregidor efecto alguno.

El golilla comprendió que la verdad era lo que el herido había dicho, y que la condesa pretendía engañarle, guiada por su cariño de madre.

En esta seguridad, preguntó á la dama:

—Y ¿dónde se encontraba vuestro señor hijo cuando el suceso que nos ocupa tuvo lugar?

—Lo ignoro; sólo sé que no estaba en casa.

—Señora, tened en cuenta que las ocultaciones traen siempre muy malas consecuencias en esta clase de asuntos. La luz se hace más pronto ó más tarde

en todo género de procesos, y la verdad aparece, por mucho que se empeñe en ocultarla la malicia.

—Ya os he dicho cuanto podía decir sobre este particular. Mi hijo no ha tenido que ver nada en este asunto. Yo, y solamente yo, soy la responsable de la herida causada á mi marido.

El corregidor, viendo la firmeza de carácter de la condesa, volvióse hacia el joven Zúñiga y le dijo:

—Caballero oficial, cuando llegásteis á esta casa, ¿á quién encontrasteis en ella?

—Á las mismas personas que tenéis delante,—repuso el joven alférez sin vacilar.

—¿De manera que ignoráis si es cierto lo que ha revelado el herido?

—Lo ignoro de la manera más completa.

La condesa, al oir á Zúñiga, le dirigió una mirada llena de la más inmensa gratitud.

Pero aquella mirada no pasó desapercibida al ojo experimentado del corregidor, quien se afirmó más y más en la idea de que las palabras del herido eran verdad.

Pero como en aquel momento, dada la actitud de la condesa y de Zúñiga, le era imposible esclarecer los hechos, se hizo el razonamiento siguiente:

—Empezaré las diligencias, y cuando el conde recobre de nuevo los sentidos, se aclarará todo.

Y volviéndose á su secretario, le dijo:

—Tomad asiento, licenciado Cotilla, y empezad el sumario.

El aludido se caló sus gafas, y extendiendo sobre la mesa un lío de papeles que llevaba debajo del brazo, preparó una pluma y comenzó á escribir con esa celeridad vertiginosa de la gente de golilla en las primeras diligencias de un proceso.

El conde, y lo mismo su hija, fueron trasladados á sus respectivos lechos, á fin de que se les prestasen los auxilios necesarios.

La condesa no quiso separarse del lado de su hija.

El corregidor, en virtud de que la noble dama insistía en confesarse culpable de la herida de su marido, la notificó que la declaraba presa, señalándola la casa por cárcel, en atención á la elevada clase social á que pertenecía.





CAPITULO III

Después del crimen.



OLVAMOS al joven Rogelio, á quien vimos huir de su casa bajo la terrible impresión de la catástrofe en que le hizo actor la fatalidad.

Las sombras de la noche, entre las que caminaba, eran menos densas que las de su alma.

Su imaginación acalorada iba despejándose poco á poco, despejándose en el sentido inverso de la palabra; porque á medida que la reflexión se hacía paso por entre los negros vapores de su destino, más resaltaba á sus ojos la enormidad del crimen que acababa de cometer.

No teniendo derecho ni aun para amenazar á su padre, el matarle constituía un delito de los más negros.

No puede haber nada que excuse ni disculpe el parricidio, ni aun en la ocasión en que él lo había intentado, esto es, para salvar la vida de su madre.

Debía haberse interpuesto entre los dos, ofreciendo su propia existencia en holocausto.

Pero digámoslo en su abono.

En el momento de disparar su pistola, en aquel hombre que tenía enfrente no había visto más que un miserable que trataba de asesinar á un ser querido; de ninguna manera al autor de sus días, tan azarosos ya desde aquel momento.

Como hijo, cumplíale defender á su madre; como caballero, á una dama.

La luz agonizante de los faroles, que empezaba ya á extinguirse, hacía más lúgubre aquella noche de sangre y luto.

Aquella noche la luna tenía reflejos sangrientos, que procuraban ocultar las nubes que de vez en cuando envolvían su disco.

Después de atravesar varias calles, fiado sólo á su instinto y no á su voluntad, se encontró á la entrada de la de Segovia, delante de la puerta de la casa que habitaba su amigo el joven Zúñiga.

Asió el aldabón con mano febril, é iba á descargar el golpe, cuando por primera vez se le ocurrió esta idea:

¿Hacía bien en huir?

¿No era más cuerdo presentarse?

Porque huyendo, podía comprometer á un cama-

rada, á un amigo, dado el caso probable de que se descubriese la participación que había tenido en aquel crimen.

Pero venció el instinto á la reflexión, y llamó, teniendo que hacerlo varias veces para que el criado de Zúñiga despertara de un sueño dulce y pesado, como generalmente era el que entorpecía sus sentidos después de cenar.

Antonio era un mozo de veinticinco años que aparentaba cincuenta.

Y no era porque estuviese deteriorado: procuraba conservarse lo mejor posible.

Pero el diablo le había tendido la doble red de la gula y del sueño, y se había dejado coger en sus mallas, sin oponer la más leve resistencia.

Sólo que el criado de un alférez de la guardia valona que no tenía más que su paga, encontraba muy pocas ocasiones de satisfacer aquel primer vicio que le dominaba.

Por esa misma razón, Antonio, que era hombre eminentemente práctico, procurábase toda clase de amigos, porque para él un amigo podía representar muy bien un almuerzo, ó una comida, ó una cena.

Ya tendremos ocasión de ocuparnos más detenidamente de este personaje, y de enterar al lector de los rasgos más principales de su biografía.

Sabiendo que su amo estaba de servicio, y que no

volvería por su casa en toda la noche, se acostó tem prano, conciliando bien pronto el sueño de los bienaventurados.

Al segundo aldabonazo se despertó, frotándose los ojos, primera operación á que se entrega todo aquel cuyo sueño interrumpen bruscamente.

No había lugar á duda respecto del cuarto adonde llamaban.

Aquella casa no tenía más que dos cuartos bajos: el de la izquierda estaba ocupado por la señora Celedonia, propietaria, como inquilina de ambos, que había alquilado al alférez el de la derecha.

Pero la señora Celedonia no tenía quien la visitase de noche.

Así es que Antonio, al tercer aldabonazo, se echó al suelo, maldiciendo al importuno que turbaba su sueño, aunque, á su juicio, este importuno no podía ser más que su amo, quien, por cualquier causa imprevista, regresaba á su casa.

Salió á la reja que daba sobre la calle, y rebozado entre un suspiro y un bostezo, lanzó el «¿quién va?», indispensable cuando se trata de averiguarlo.

—¡Abre, Antonio!—le contestó el alférez con cierto misterio, volviendo la cabeza á uno y otro lado para ver si le seguían.

—Pero ¿quién sois?—preguntó aquél, que aun luchaba con los últimos fantasmas de su sueño.

—¡Pardiez!... ¿Te dura aún la borrachera, que no conoces al alférez Rogelio..., el amigo de tu amo?

—¡Cómo! ¿Vos á esta hora, señor vizconde?

—¡Silencio, desventurado!

—Pero ¿no sabéis que mi amo está de guardia esta noche en?...

—¡Abre pronto si no quieres amanecer sin orejas, tumbón!

Seguramente que Antonio era opuesto á esta mutilación de su individuo.

Además, el camarada de su amo tenía derecho para entrar allí á cualquier hora del día ó de la noche.

Acaso se trataba de algún encargo de aquél para su criado.

Por lo tanto, se apresuró á abrir, diciendo para su capote:

—Afortunadamente no tardará en marcharse, y yo podré dormir todavía unas seis ó siete horas.

No eran más que las doce aún.

Luégo que el alférez y el criado se vieron en una de las pocas habitaciones de que se componía la casa, el segundo pudo reparar en la turbación y palidez del primero.

Su rostro estaba descompuesto.

Iba á preguntarle la causa, cuando aquél le dijo:

—Acuéstate.

—¡Cómo, señor! ¿Vais á permanecer aquí? Mi amo no vendrá hasta mañana.

—Y ¿qué que permanezca? ¿Crees que voy á robaros algo, badulaque?

—¡Líbreme Dios de abrigar tal pensamiento! De

aquí no podríais llevaros más que los ratones..., y nos haríais un favor; pero quiero decir que...

Rogelio, que reparó entonces que estaba en paños menores, le atajó, diciéndole:

—Vístete y duerme vestido, porque es probable que esta noche tengas que abrir la reja otra vez.

—¿Acaso va á venir mi señor?

—No.

—¿Entonces?...

—Pero es posible que venga la justicia.

—¡Ave María Purísima!—exclamó Antonio, retrocediendo y santiguándose.

Aquellas palabras podían relacionarse algo con la turbación que expresaba el semblante del joven, porque la justicia tenía el privilegio de hacer que palideciesen hasta los rostros más inocentes.

Como para confirmar sus temores, añadió éste, asiéndole fuertemente de un brazo:

—Como te digo, puede que venga la ronda, y que pregunte por mí; tú me niegas más que negó San Pedro á Cristo...

—¡Pero, señor, la mentira es un pecado!...—se atrevió á interrumpir Antonio, que no quería trabacuentas ni con su conciencia, ni mucho menos con la ronda.

Rogelio apretó el brazo que le tenía asido, replicando:

—Si por tus palabras, ó por la turbación de tu semblante, ó la torpeza de tu lengua, se descubre mi presen-

cia aquí, te juro por la salvación de mi alma que no ves salir el sol de mañana.

—¡Pero, señor, si eso sucede, y se empeñan en registrar la casa!...—repuso el pobre mozo temblando.

—Tienes un hábil pretexto para no abrir: tu amo está de guardia; supongamos que se lleva consigo la llave, y que te deja encerrado hasta su vuelta...

—¡Ya, ya entiendo!... Pero soltadme...: no porque me oprimáis he de comprender más pronto.

—Entonces no hay más que hablar; antes que denunciar mi presencia aquí, te permito que denuncies... la del mismo diablo.

—¡Jesús, María y José!

Y volvió á santiguarse.

—Ahora duerme, ó haz lo que quieras.

—¿Se os ofrece alguna cosa?

—Que no olvides lo que te he dicho..., y, sobre todo, que no sueñes en alta voz.

Antonio se retiró, haciendo toda clase de comentarios, y Rogelio quedó solo.

Lo primero que hizo fué dar un soplo al velón que le alumbraba, para que no se viera claridad desde la calle por entre los mal unidos tableros de la ventana.

Después ocupó el modesto, casi pobre lecho de su amigo.

No para dormir, como Antonio, que acaso había vuelto á roncar á la sazón.

No hay mejor lenitivo que el sueño para adormecer toda clase de dolores.

Pero la materia no estaba aún lo suficientemente rendida para triunfar de los sobresaltos del espíritu.

El joven alférez volvió á ocuparse de su situación, y cada vez la veía más comprometida.

El conde era un personaje que ejercía gran influencia en la corte, para que la ronda del señor corregidor se creyese dispensada de soltar sus mejores sabuesos hasta dar con el asesino.

Además, su mentida fuga, aunque se considerase como tal, comprometía en gran manera á su amigo Juan de Zúñiga, cuya casa ocupaba.

Podía pararle un gran perjuicio; podía... hasta adivinarse la verdad.

¿Qué inconveniente hubiera habido en creer, dada la amistad que los unía, que Juan había abierto la mano para que se escapase Rogelio?

Luégo, ¿qué pasaría en su casa?

¡Su padre, muerto; su madre, afectada con el crimen; la pobre Adelina, bajo la influencia de un desmayo!...

¿Qué dirían los criados, qué diría la corte entera al saber que un hijo había asesinado á su padre?

¿Puede haber algún antecedente en la vida de la víctima que disculpe un hecho semejante?

En estas amargas reflexiones se pasó la noche.

Rogelio vió que un rayo de sol penetraba alegremente por uno de los destrozados cuarterones de la ventana.

El sol madruga mucho, pero más había madrugado su dolor.

También Antonio había abandonado ya el lecho, lo cual indicaba que no era muy temprano ya.

Á las ocho llamaron en la puerta de la escalera.

Rogelio se estremeció.

Antonio, que en aquel momento llevaba á sus labios una copa de aguardiente, sintió que se le escurría de las manos para hacerse pedazos en el suelo.

Pensó en la ronda y en sus amenazadas orejas.

Acercóse de puntillas á la puerta, y después de mirar por uno de los agujeros, exclamó alegremente, dando una vuelta á la llave:

—No hay que asustarse: ¡es el amo!

Rogelio corrió á su encuentro.

Antonio se detuvo en la puerta, esperando que de aquella entrevista saliese alguna explicación.

Pero Zúñiga, como si adivinase sus propósitos, se volvió hacia él, diciéndole:

—Sería mejor que te cuidases del almuerzo: no he tomado nada en toda la noche, y tengo hambre.

El curioso criado se retiró suspirando.

—Y bien, ¿qué hay?—preguntó Rogelio, luégo que los dos jóvenes quedaron solos.

—En primer lugar, tu padre vive, y ésta puede ser para ti una circunstancia ventajosa.

—¿Que vive?—preguntó Rogelio con más tristeza que alegría.

—Sí.

—Entonces estoy perdido..., más que antes.

—¿Por qué?

—Porque mi padre se apresurará á delatarme á la justicia.

—¿Crees que obre así?

—Me odia, no sé por qué, y aprovechará esta circunstancia para perderme.

—¡Puede que lo haga!—dijo Zúñiga disimulando, no queriendo decir á su amigo que sus sospechas se habían ya realizado.

—No lo dudes: le conozco bien.

—Si te acusa, no será tanto porque te odie como por salvar á tu madre.

—¿Salvarla?... ¿De qué?

—Del castigo á que se ha hecho acreedora.

—Pues qué, ¿hay quien la acuse?

—Ella misma se ha acusado ante la justicia del crimen de anoche.

—¡Pobre madre mía! ¡Comprende que estoy perdido, y quiere salvarme á costa de su inocencia, de su decoro!...

Después, haciendo una pausa, añadió:

—¡Entonces mi padre, viendo segura su venganza, nos acusará á los dos!

—¡Detente! ¡No ves que le injurias!

—No, Juan; ¡le conozco bien! Sólo delante de ti,

que eres mi amigo de confianza, mi hermano desde hoy, me atrevo á hablar de este modo: mi padre, sin saber el motivo, odia tanto á su mujer como á su hijo.

—¡Es posible!

—Sí; mi casa, que causa la envidia de la corte, porque todos la creen la morada de la felicidad, no es más que un infierno cuyas puertas y ventanas tienen los resplandores de la gloria. La catástrofe de anoche ha debido suceder mucho antes... En fin, ¡Dios quiera que sea esa sola!

—¡Pobre Rogelio!

—Pero... ¿qué es lo que han hecho de mi madre? Habiéndose acusado...

—No quisiera decírtelo...

—Habla..., no me ocultes nada...; ¡por Dios, te lo suplico!

—Pues bien: en atención á su elevada clase, la ha dejado en tu casa, pero en calidad de presa, el alcalde del crimen don José Sandoval...

—¡Presa! ¡Dios mío!—interrumpió el joven, cubriéndose el rostro con las manos.

Pero aquel momento de debilidad fué breve.

Recobró en seguida su entereza varonil, y, cogiendo su sombrero, se dirigió hacia la puerta.

Juan le detuvo, diciéndole:

—¿Adónde vas?

—Mi madre está presa, ¡y tú me lo preguntas! Voy adonde en mi lugar tú irías.

—Espera.

—No, no; sería un acto cobarde el no presentarse.

—Y yo digo que sería un acto eminentemente tonto, que sólo podía conducir á tu perdición.

—¡Juan!

—Te lo probaré. Es imposible que resulte nada contra tu madre: cualquier juez comprenderá que la ha hecho obrar así la abnegación y no el delito. Además, puesto que media ese odio de tu padre á ti, es probable que te haya acusado. Desengáñate: tu madre, aunque presa, no puede correr ningún peligro, mientras que tú..., si te presentas...

—Pero darán conmigo.

—Ya haremos entre unos y otros que puedas salir de España, y entonces... Mira, Rogelio, yo creo que hoy por hoy lo prudente es no precipitar los acontecimientos, ganar tiempo... El esperar es siempre un recurso...; sobre todo, cuando debas hacerlo, te presentarás; entre tanto...

En aquel momento llamaron á la puerta de la escalera.

Rogelio y Juan palidecieron.

En tales ocasiones, la mano de un mendigo que impetra un pedazo de pan llamando á una puerta hace estremecer un corazón.

Antonio se presentó en el recibimiento, como para esperar órdenes.

—¡Escóndete ahí!—dijo Zúñiga á su amigo en voz baja, señalándole una habitación contigua, que estaba

cerrada con puertas vidrieras cubiertas con sarga amarilla.

Rogelio obedeció prontamente.

Antonio abrió, siguiendo una indicación de su amo.





CAPITULO IV

Opinión de una duquesa y de un marqués, que pudiera muy bien ser acertada.



JUAN de Zúñiga, que vivía soñando con la ronda desde la noche anterior, se tranquilizó un poco al ver entrar en la estancia á un capitán de guardias valonas.

Precisamente era el mismo de su compañía; acababa de salir de servicio con él.

¿Qué era lo que le había ocurrido para hacerle aquella visita, de cuyo objeto empezaba ya á desconfiar?

Su tranquilidad iba desapareciendo poco á poco al fijarse en el rostro del capitán.

No ostentaba la cordialidad del que va á visitar á un amigo: había en él cierto tono severo, que fué el que puso en guardia al joven alférez.

Éste le invitó á pasar y á sentarse, diciéndole con cierto buen humor innato en él, aunque sin carecer de respeto:

—Dispensad lo humilde de mi pobre alojamiento; no soy ni aun segundón de una gran casa, y ya comprenderéis lo poco que da de sí la paga de un alférez.

—El principal ornamento de cualquier habitación es la honradez de la persona..., cuando la persona es honrada,—contestó el capitán con cierta entonación.

Zúñiga contestó algo picado:

—No sé si daros gracias por el cumplimiento..., aunque creo que no lo es; porque habláis de mi honradez como lo haría una persona que pusiera duda en ella.

—Así es, en efecto.

—¡Capitán!—exclamó el joven irguiéndose.—Estoy en mi casa, y os suplico que os conduzcáis de modo que yo no olvide el respeto que debo á mis jefes.

—Y yo á mi vez os advierto que he venido á visitaros como jefe y no como amigo.

—Empezad por respetarme entonces.

—Os quejáis de que parece que he dudado de vuestra honradez: decidme si es honrado el hombre que sustrae á un criminal, sabiendo que lo es, á la acción de la justicia.

—No os comprendo, si os referís á mí.

—Á vos me refiero.

—Entonces espero que os expliquéis.

—El carácter de jefe, que aquí me acredita, me aho-

rraría toda explicación; sin embargo, quiero dárosla, porque ante todo os aprecio.

Juan se inclinó, como agradeciendo aquella deferencia.

El capitán prosiguió:

—Anoche facilitasteis la fuga al alférez vizconde de Massi, que acababa de atentar contra los días de su padre.

—Creo que falta probar dos cosas..., cuyas dos cosas aseguráis lo mismo que si llevarais las pruebas en el bolsillo. Primera, que el vizconde atentase contra la vida de su padre; y segunda, que haya sido yo quien favoreciese su fuga.

El capitán sonrió, como un hombre que está bien seguro de lo que dice.

Después añadió:

—No prosigáis, Zúñiga; no os fiéis en lo que de público se dice, ni tampoco inventéis una novela, y vengamos á las explicaciones que os prometí. En primer lugar, uno de los guardias que os acompañaban, contrastando con el silencio de los otros, ha declarado que en el momento de entrar en casa del conde vió la pistola que humeaba aún en la mano derecha de Rogelio, partiendo éste en seguida, excitado por vos.

Zúñiga hizo un movimiento de despecho al verse descubierto por uno de sus soldados.

El capitán continuó:

— Ya veis que vuestro aserto está por tierra. Era muy natural que intentaseis salvar á un camarada, á

un amigo, de un lance cualquiera; mas no haciéndose reo de un parricidio...

—Falta explicar..., porque muchas veces las apariencias condenan al inocente.

—Está explicado y probado.

—¿A pesar del dicho de la condesa?

—A pesar de eso. No ignoráis que la víctima vive.

—En efecto.

—Lo que parece que no ha llegado á vuestra noticia en su declaración.

—No, á fe mía,—repuso Zúñiga disimulando.

—El conde ha dicho, bajo la fe de Dios y su palabra de caballero, que no ha sido su esposa la que disparó sobre él, sino su hijo Rogelio.

A estas palabras siguió un leve ruido hacia las puertas vidrieras, tras de las que estaba oculto Rogelio.

Zúñiga se estremeció.

En cuanto al capitán, pareció no advertirlo.

—Pues aun siendo así,—dijo el joven alférez, defendiendo á su amigo en la última trinchera,—pudo muy bien suceder que al oir los gritos de la condesa, acudiese Rogelio, creyendo que se trataba de un malhechor, y que la bala se escapase...

—No es lo probable.

—¿Por qué?

—Porque entonces Rogelio, que en realidad no era criminal, no hubiera huído, ni la condesa se hubiera confesado culpable por salvarle.

—Pero ¿no ha podido suceder todo lo que os digo?

—Ni vos ni yo somos los llamados á dilucidar esta cuestión: consta únicamente de una manera positiva que habéis facilitado la fuga al que perpetró el crimen, y obedeciendo á órdenes superiores, que vos seréis el primero en respetar, os detengo hasta que el reo parezca. Hé aquí cuál es la misión que vengo á desempeñar, y á la que creo que no pondréis ningún obstáculo.

—Y hacéis muy bien en creerlo, caballero: yo soy incapaz de crear dificultades á un hombre de honor. Estoy á vuestras órdenes. ¿Queréis mi espada?

—No; en el cuartel la depositaréis: confío en vos.

—Pues vamos.

Y ambos se disponían á partir, cuando Rogelio se presentó en la puerta de la estancia que le ocultaba, diciendo:

—Un momento, señores.

El capitán hizo un ademán de asombro: si creía que estaba allí, no esperaba aquel rasgo en él.

Juan dió con el tacón de la bota en el suelo, exclamando con mal humor:

—¿A qué viene eso?

Rogelio adelantó un paso, y sin perder su dignidad se desciñó la espada, que ofreció por la empuñadura al capitán, diciendo al mismo tiempo:

—Estoy á vuestra disposición.

—Conservadla en vuestro poder,—replicó aquél, señalando á la espada.

—Desde que me consideráis como asesino, no debo ceñirla.

—Puesto que me habéis oído, debéis comprender que no he hecho más que referir lo que de público se dice. Yo no estaba en vuestra casa en el momento de ocurrir la catástrofe.

—¿Por qué has salido?—decía entre tanto Zúñiga, sin disimular su contrariedad.

—¿Querías que consintiera en la prisión de dos seres que exponían su propia seguridad por salvarme? ¿Había de permitir que mi madre y tú sufrierais lo que debo sufrir yo solo?

—Dice bien,—repuso el capitán.—El vizconde ha aceptado vuestra generosidad hasta donde le era permitido el aceptarla como caballero; como hijo, tampoco puede aceptar el sacrificio de su madre.

—¡Gracias!—contestó el joven ligeramente conmovido.—Veo á lo menos que me concedéis algo de lo que se les concede á los hombres de honor.

—Ya os he dicho que yo no estaba en vuestra casa en el momento de la catástrofe, y que por lo mismo no puedo acusar ni defender.

—Vamos, pues.

Mas, como viese que Zúñiga se disponía á acompañarlos, añadió:

—¿Adónde vas, Juan?

—Yo no te abandono.

—Además, es preciso que venga; pesa sobre él una acusación, y tengo orden de llevarle.

—Sí, sí, vamos,—contestó el alférez;—de todos modos he cometido una falta sin resultado...

Y los tres salieron á la calle, conversando amigablemente.

Nadie hubiera adivinado que aquel capitán llevaba presos á los dos subalternos.

Así llegaron al cuartel.

Rogelio y Zúñiga quedaron en calidad de preso el primero, y de arrestado el segundo, pero en la misma habitación.

No procedía la incomunicación entre dos sujetos que habían estado hablándose toda la mañana.

Entre tanto, el capitán daba parte á su coronel del buen resultado de su comisión.

Nadie esperaba que yendo en busca del encubridor se diese con el parricida, porque así era como se le llamaba á Rogelio.

La corte estaba escandalizada.

No hay que olvidar que la corte de Carlos III era un tanto austera, aunque no mojigata.

No podía serlo la de un monarca que había dispuesto la expulsión de los jesuítas de sus Estados.

Nos referimos solamente á las costumbres, que eran morigeradas.

La noche anterior, cuando llegó á la sala de guardia del alcázar la noticia del crimen, el rey y la corte estaban ya recogidos.

Pero la noticia llegó de una manera imperfecta y en embrión, como llegan todas las nuevas por primera vez, cuando se ignoran aún los detalles.

Sólo se sabía que un alférez de la guardia, hijo de un título que gozaba de la amistad del rey, había dado muerte en su casa á un hombre, pero sin decir por qué, y mucho menos que este hombre fuera su mismo padre.

Aquella nueva estaba como envuelta entre las nieblas de la noche.

Las conjeturas no podían pasar de tales; es decir, que no daban lugar á definir ningún hecho cierto.

Y aun cuando la curiosidad de los guardias era grande, tenía que contentarse con el escaso pasto que se le daba.

Pero con las sombras de la noche huyeron las que envolvían aquella noticia funesta.

La luz sale de la comunicación de unas con otras.

Por la noche, la ronda no pudo hablar más que con la ronda, y los guardias con los guardias.

Al llegar el día se comunican unos y otros con los paisanos, sobre todo con las paisanas, llegando á palacio, donde estalló como una bomba.

Acababa de levantarse Carlos III y de salir á la habitación donde le esperaban sus familiares, cuan-

do tuvo noticia de lo que acababa de pasar hacía breves horas.

La impresión que le causó fué penosísima.

El conde de Massi privaba mucho en palacio, según ya dijimos, y el rey distinguía con su aprecio á toda la familia, por más que fuesen muy contadas las veces que la condesa Josefina disfrutaba personalmente de tal honra y distinción.

Conforme acudían los secretarios del despacho y los cortesanos de servicio, iban perfilándose más los detalles de la catástrofe.

Causó tanto más impresión, cuanto mayor era la creencia de que aquella casa era un tránsito del paraíso terrenal, donde se gozaban delicias vedadas al resto de los mortales.

Por más que entre los cortesanos se sabía que el conde no era á su esposa todo lo fiel que ésta merecía y que aconseja la Epístola de San Pablo.

Pero al decir de los demás, sobre todo de los que frecuentaban la casa, se conducía de manera que Josefina lo creía poco menos que un San José, sin barba y sin vara.

El rey se puso un tanto sombrío al oir el relato del hecho, tal y como pudo traducírsele el alcalde del crimen don José de Sandoval.

Cuando le dijo que todo era obra de la condesa, siendo ella misma la que se acusaba, exclamó, aunque en voz no muy alta:

—¡Puede ser!... ¡Pobre Josefina!

Durante aquella mañana estuvo pidiendo noticias del hecho.

Al saber que el conde absolvió á su esposa para acusar á su hijo, se tornó más sombrío aún, exclamando con voz más oscura:

—¡También puede ser!... ¡Dios quiera que ese joven no parezca!

Los cortesanos que esto oyeron afirmaban que aquella era la vez primera que le oían al rey manifestar deseos de que un criminal se sustrajese á la acción de la justicia.

Pero cuando experimentó mayor emoción fué cuando el coronel de guardias valonas le dijo que el criminal estaba ya en su poder, en compañía del que le había proporcionado la huída.

—¡Muy diligente anda la justicia en este asunto!—exclamó con un tono equívoco, que no se sabía si era de satisfacción ó de sentimiento.

Y como nadie acertaba la verdadera emoción que aquel hecho había producido en el ánimo del rey, nadie se atrevía á expresar en alta voz sus sentimientos.

Los cortesanos habían perdido la brújula, como se dice vulgarmente.

Al anochecer de aquel día no se sabía si compadecer á la víctima y condenar al asesino, ó si hablar bien de éste y mal de aquélla.

Al atravesar una de las cámaras reales, se encon-

traron dos cortesanos que habían encanecido entre las intrigas palaciegas: una duquesa y un marqués.

—¿Qué me decís del asunto de Massi?—preguntó éste á aquélla.

—Que soy de vuestra misma opinión,—contestó la dama, haciendo un gesto de inteligencia.

—¡Mi opinión!... ¡Pero si no la conocéis!

—Tengo la seguridad de que no difiere de la mía.

—¿Y bien?...

—Su majestad siente dos cosas que no se atreve á decir, pero que vos y yo hemos adivinado.

—Puede que, con efecto, convengamos en lo mismo.

—Siente que nuestro amigo Massi no haya muerto, ya que ha costado á lo menos una bala.

—Y siente además,—prosiguió el marqués,—que haya parecido el matador.

—¿No os dije que mi opinión era la vuestra?

—Pero, ¡chitón!

—¡Adiós, marqués!

—¡Adiós, duquesa!

En lo que todos estaban contestes, lo mismo los cortesanos viejos que los nuevos, era en el destino que esperaba á Rogelio.

La degradación, y luégo la muerte que las leyes marcaban á los parricidas.

La horca, la hopa y el verdugo.

¡Pobre Rogelio!

¡Y aquel anatema había caído sobre su frente momentos después de haber celebrado con su hermana las picarescas bellezas de uno de los capítulos de *El Ingenioso Hidalgo!*

¡Entraba en la infamia por la dorada puerta de la risa!





CAPITULO V

La madre y el hijo.



STAS tristes reflexiones amargaban las horas del pobre Rogelio.

Estaba solo en uno de los pabellones del cuartel, mientras el brazo militar le despojaba de sus honores, para entregársele al brazo civil, que debía despojarle de la vida.

Aquella tarde, el alférez Juan de Zúñiga había sido puesto en libertad, sin perjuicio de lo que resultase contra él en la sumaria que se le instruía.

Aquello no era para tranquilizar á nadie, y á Zúñiga no se le ocultaba que *lo que resultase* no sería darle las gracias, ni un grado que alentara á sus compañeros á dar libertad á cuantos presos cayesen en sus manos.

Después de estrechar á su amigo entre sus brazos, salió de allí con el corazón transido de dolor.

Pensaba en que acaso no pudiese repetir en este mundo aquel abrazo.

—¡Si no se hubiese presentado esta mañana al capitán!...—decía.—El caso es que yo hubiera hecho lo mismo... Hé aquí un momento en que el hombre puede hacer mal y bien al mismo tiempo..., aunque parezca un contrasentido... ¡Pobre Rogelio!... ¡Tal vez!... ¡Bah, no quiero pensarlo!

Y partió, dirigiendo una triste mirada al cuartel, que en aquel momento le pareció una tumba.

Rogelio quedó solo, como dijimos, entregado á sus tristes pensamientos, que, aunque tenían naturalmente que ver con el crimen, no se referían á sí mismo.

Para nada pensaba en su situación.

Pensaba sólo en la de su madre y hermana, sobre cuyas cabezas caerían las consecuencias morales de su crimen, porque la sociedad es así.

A aquella mujer que ha tenido la desgracia de perder á su marido en el patíbulo, no se la llama por su nombre, sin añadir: *la viuda del ajusticiado.*

Parece que quiere echársele en cara un delito del que es de todo punto inocente.

La luz del crepúsculo contribuía á hacer más sombríos sus pensamientos.

Era esa hora indecisa y de irresolución en que pa-

rece que el día no se decide á marcharse, ni la noche á venir.

Hora en que todo es vago, lo mismo el contorno de los objetos que el de las ideas, en la que todo se ve en silueta.

El hombre debe la luz artificial al terror que le inspira la semioscuridad de esa hora que tiene algo de solemne.

Un soldado entró en la estancia con una lámpara.

Cuando desapareció, Rogelio oyó una voz conocida que decía:

—Sed breve, señora, y os suplico que no me comprometáis.

En seguida vió avanzar un bulto cuidadosamente envuelto en un manto negro.

Aquello debía ser precaución más que frío, porque corrían los primeros días de Junio, y en aquella época acostumbraba á hacer calor en dicho mes.

Rogelio sintió que el corazón le latía apresuradamente.

Al mismo tiempo llegó hasta él un perfume que usaban mucho su madre y su hermana.

Antes de que la duda se desvaneciera en su espíritu, la mujer que acababa de llegar echó hacia atrás el manto, y, abriendo los brazos, se dirigió á él, exclamando:

—¡Hijo mío!

—¡Madre! ¿Vos aquí?—dijo Rogelio, precipitándose

en ellos, sin pensar más que en la alegría que le proporcionaba aquel instante.

En efecto, era Josefina.

A pesar de su acusación generosa, la declaración del herido, la fuga de su hijo, y luégo la captura de éste, la habían devuelto su libertad hacía pocas horas.

Su primer cuidado fué conocer la suerte que había cabido á Rogelio.

Supo que estaba preso en el cuartel de guardias, de donde debía ser trasladado á la cárcel de corte, y antes de que empezara la sumaria, quiso verle.

El coronel del cuerpo era amigo de su marido y de ella.

No vaciló en presentarse en su casa solicitando el permiso.

Aquel veterano se resistía; pero ella le tranquilizó, diciéndole:

—No esperéis de mí que os comprometa, ni mi presencia en la prisión de mi hijo, por más que esté incomunicado, pueda influir en nada en las actuaciones judiciales. Ante la voz de la víctima que le acusa, poco pudiera influir lo que tramáramos entre los dos, puestos de acuerdo. Además, según he oído, él se ha entregado, cuando aun podía escapar: por lo tanto, no temáis nada, ni de él, ni de mí.

El coronel quiso resistir, pero no pudo: él también era padre.

La dama, para obligarle más, le invitó á que presenciase la entrevista.

—Ó negar el favor, ó concederle por entero,—dijo. —Veréis á Rogelio sin testigos; yo mismo os acompañaré: viniendo conmigo, nadie se atreverá á miraros á la cara. Pero al mismo tiempo, yo también tasaré el tiempo de la entrevista: cuando os llame desde la puerta, haréis el favor de salir; á esto obliga la amistad; no os olvidéis de que comprometo mi carrera.

—No; yo os lo juro.

—Pues vamos.

Hé aquí explicada la causa de que Rogelio se viese en brazos de su madre cuando menos pensaba en ello.

Pasado el primer transporte de alegría, los dos volvieron á un tiempo á lo triste de su situación.

—Pero ¿qué habéis venido á hacer aquí, madre mía?—preguntó el joven, absorto ante un hecho cuya causa desconocía por completo, y estaba muy lejos de adivinar.

—Vengo á reñirte.

—¡A reñirme! ¡Buen consuelo me traéis!

—A reñirte por no haber huído..., por haberte presentado, mejor dicho.

—Hasta ahora no me habréis tenido nunca por cobarde, y el no haberme entregado, sabiendo que ibais á pagar por mí, hubiera sido infamia, más que co-

bardía. Además, ¿no sabéis que hay una voz que me acusa?

—¡Esa voz pudo haberse extraviado, ya que no hubiera mentido!

Ninguno de los dos se apercibió de que rehuían el llamar por su nombre al conde.

Acaso en la madre obraba el desprecio, y en el hijo un sentimiento muy parecido al odio.

Rogelio, contestando á Josefina, replicó:

—Pero esa voz, al acusarme, ha dicho la verdad.

—¿Quién puede probarlo?

—Su propia deposición.

—Para asegurarlo le era preciso probar antes que él no había hecho esto.

Y al hablar así, Josefina se aproximó á la luz, apartando el manto y el escote del vestido, que medio velaban su hermosa garganta.

Sobre su nítida blancura, donde la naturaleza con su artístico pincel marcaba el azul purísimo de las venas como una ramificación de corales que hubiera cambiado de color, se veían unas manchas largas y delgadas, unas curvaturas horribles de un color sanguinolento y negruzco.

Eran las huellas impresas por los furiosos dedos del conde cuando había intentado estrangularla.

Rogelio se cubrió el rostro con las manos, exclamando con sordo acento:

—¡Afortunadamente para él, no está ahora aquí!

—Pues bien,—prosiguió la madre;—para acusarte

con razón tiene que demostrar que él no ha hecho esto; mientras no lo pruebe, su acusación le condena.

—¿Qué decís?

—Lo que ha podido suceder..., por más que no haya sucedido.

Y Josefina pronunció con voz lúgubre estas últimas palabras.

Luégo continuó:

—Ha podido suceder que tú, al oir mis gritos, salieras armado y dispararas, creyendo que se trataba de un malhechor vulgar; después reconociste á tu padre, pero ya era tarde.

—¿Por qué huí entonces?

—Bien; doy de barato que le reconocieras antes; al huir yo de la saña de tu padre, pude tropezar con tu pistola, y salir la bala...

—Tampoco hubiera huído..., ni mi padre me hubiera acusado, reconociendo que en mí no obraba la voluntad de matar.

—¿Luego obró en aquel momento?

—Sí.

—¿Luego tú levantaste el arma contra tu padre?...

—Con intención de alojarle una bala en el pecho, como lo hice.

—¡Rogelio!—exclamó la madre, verdaderamente espantada

—¿A qué negarlo? Esto es lo mismo que diré delante de mis jueces.

—¡Pero, hijo mío!... ¡Ah! ¡No..., no me atrevo á llamarte mi hijo!

—¡Yo soy el que... no me atrevo á llamarle mi padre!

—¿Qué dice?... ¡Está loco!

—En ese caso debe culparse á la naturaleza y no á mí... A la naturaleza, que hace tales cosas. ¿Tengo yo la culpa de no haber visto nunca en su sonrisa los resplandores de la sonrisa de un padre? ¿No ha brillado siempre en sus ojos una luz sombría al fijar su mirada en los míos? ¿Ha habido alguna vez dulzura en las palabras que me dirigía?... ¿Y no ya dulzura en el modo de pronunciarlas, sino en su sentido? ¿Me ha llamado hijo alguna vez? ¡No recuerdo que nunca haya estrechado mi mano sino para lastimármela! Si en alguna ocasión, por haber gentes delante, se ha visto obligado á mentirme halagos, á darme un beso, sus labios se han posado en mi rostro como los de la muerte, pesaroso de no haberse sorbido mi vida en aquel beso. Si esto ha hecho él, ¿qué había de hacer yo?

—¡Es tu padre!—exclamó aquélla pobre mujer, aterrada al oir tal lenguaje.

—Preciso es que yo lo haya reconocido así para haber llegado él á la edad que cuenta y á la que cuento yo.

—En fin, Rogelio...

—Madre, no me habléis de él...; no exijáis de mí, en su nombre, cosas que no puedo conceder.

—Pero ¿no ves que ofendes á tu madre hablándola así de su esposo?

—Mi respuesta está en vuestra garganta: un hombre que trata así á la compañera que ha escogido, no es digno del amor ni del respeto de sus hijos, puesto que él les da ejemplo de todo lo contrario. Esas son las dos cosas á que tiene derecho un padre: amor y respeto; pues bien: yo no puedo concedérselas, porque no os ama ni os respeta á vos, que sois mi madre. Para tratar bien al uno, es preciso que trate al otro mal. Escoged, madre mía: él, ó vos.

La pobre mujer no encontró nada que replicar á esta inflexible lógica de los hechos.

El hijo se batía con su padre con las mismas armas que éste le daba.

Aquello era horrible, pero justo.

El hombre que no respeta á su mujer, no tiene derecho al respeto de nadie, cuando ésta es buena y honrada.

Sus hijos han de establecer el parangón, y él ha de salir perdiendo forzosamente.

Josefina dirigió hacia lo alto su mirada, y lanzó un suspiro, exclamando:

—La sangre habla: ¡qué puedo yo replicar!

Palabras enigmáticas, que su hijo tal vez no comprendió.

En seguida, pensando en que el tiempo pasaba sin

que hubiera conseguido su objeto, se acercó á su hijo y, asiéndole dulcemente de la mano, le dijo así:

—Rogelio mío, es necesario que hagas lo que voy á decirte.

—Hablad, madre; ¿en qué podré yo disgustaros?

—Hemos convenido...

—Permitidme; no hemos convenido en nada todavía.

—Pues bien: yo quiero que convengamos en lo siguiente: tu padre te acusa, y en este amargo trance, su voz es más autorizada que la mía.

—Hasta que yo hable,—interrumpió Rogelio.

—¿Te atreverías á acusar á tu padre?

—Según lo que él haga con vos.

—El está autorizado para todo...

—También yo lo estoy para defenderos.

—En fin, escucha; hé aquí lo que vas á decir: anoche estabas recogido en tu habitación, oiste voces pidiendo auxilio, saliste armado, y arrojándome yo sobre ti, la bala de tu pistola hirió á tu padre, sin que fuera tu voluntad.

—Pero ¿cómo va á explicar mi padre la ocasión de que pidieseis auxilio?

—Eso es cuenta mía.

—¿Qué vais á decir?

—Nada te importa.

—¡Ah!... ¡Lo comprendo, porque conozco vuestra naturaleza generosa, que se inclina siempre á la abnegación, al desprecio de sí mismo!... Vais á decir que vos le disteis motivo para que perdiera la razón, hasta

el punto de olvidarse de quién es él y quién sois vos. Y cuando una mujer pone á su marido en ese caso, es que ha cometido alguna falta muy grave, madre mía; una de esas faltas que no perdona nunca el honor, porque hacen mella en él.... Esto es lo que vais á decir, madre mía. ¡Oh! Proceded con tiento, porque también tenéis hijos, á quienes puede alcanzar la deshonra que pretendéis arrojar sobre vuestra frente. Y al ver que la esposa aparece culpada, y que hay un hijo que hace armas contra su padre, el mundo puede decir que aquel padre y aquel hijo no son, entendedlo bien, *no son más que dos caballeros que van á vengar su honor, según cada cual le entienda, porque el honor de ambos no es el mismo.*

La consecuencia que se desprendía de estas palabras era afrentosa para Josefina.

La pobre mujer exhaló un grito terrible, llevándose una mano á la frente y otra al pecho, donde debía sentir un infierno.

Rogelio acudió con amoroso ademán, arrepentido sin duda de haber causado aquel daño.

Entonces se abrió la puerta de la estancia, en cuyo dintel apareció el coronel de guardias, diciendo:

—Vamos, señora...; creo que he hecho bastante.

El joven le contestó:

—¡Gracias, mi coronel, por mi madre y por mí!

Josefina se abrazó á Rogelio, exclamando á su oído:

—¡Me has hecho mucho daño, pero te lo agradez-

co!... Por más que no seas digno de *él*, eres digno de mí. Ahora, ya sé lo que me corresponde hacer.

Y envolviendo aquel hermoso busto y aquel talle, airoso todavía, entre los pliegnes de su negro manto, como se envolvió César entre los pliegues de la clámide imperial para morir dignamente, se dirigió al coronel, diciéndole:

—Guando gustéis, amigo mío.

Aquél la ofreció el brazo de una manera galante, abandonando ambos la estancia, cuya puerta se cerró tras de sus pasos.

Rogelio cayó sobre una silla, exclamando con desaliento:

—¡Pobre madre! ¡Acaso ya no la vuelva á abrazar!... ¡Acaso busque su rostro desde el patíbulo..., y no le encuentre!

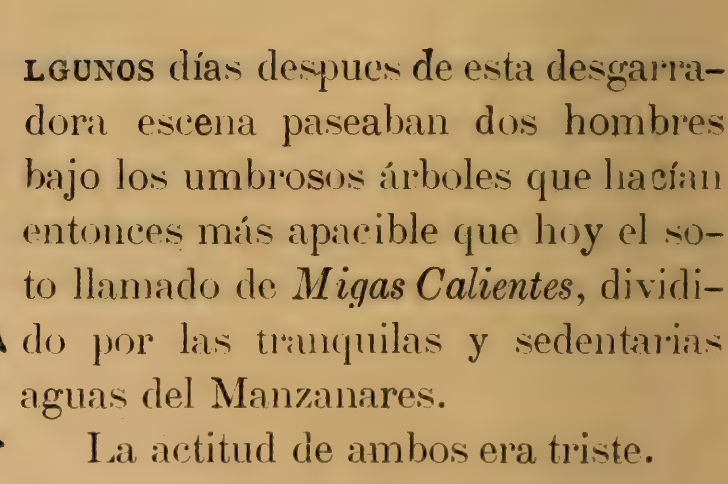
La brisa de la noche llevó hasta su oído el último canto del ruiseñor, que escondía la cabeza bajo un ala en las próximas alamedas del Manzanares.





CAPITULO VI

La plaga de Arévalo.



ALGUNOS días despues de esta desgarradora escena paseaban dos hombres bajo los umbrosos árboles que hacían entonces más apacible que hoy el soto llamado de *Migas Calientes*, dividido por las tranquilas y sedentarias aguas del Manzanares.

La actitud de ambos era triste.

Caminaban uno en pos de otro, como un martes y un viernes, los dos días más fatales de la semana.

El primero llevaba las manos cruzadas á la espalda y la cabeza inclinada sobre el pecho, actitud que en todos caracteres y edades denota una meditación profunda.

En tal situación, un hombre se precipita en un abismo abierto á sus pies, sin apercibirse de que se despeña.

El segundo, demostrando también cierto abatimiento, llevaba los pulgares de sus manos introducidos en los bolsillos de su raída chupa, y con los otros ocho dedos iba tocando una marcha sobre el abdomen, como los palillos sobre el parche del tambor.

De vez en cuando levantaba la cabeza, tomaba viento con su abultada nariz, como los perros de caza, y murmuraba entre dientes:

—¡Qué bien huele!

En efecto, como á un tiro de fusil se percibía entre los árboles una ligera columna de azulado humo, y de hacia aquella parte llegaba cierto olor á cabrito asado, capaz de confortar el estómago del hombre más inapetente.

Por lo demás, no se cambiaba entre ambos la más ligera frase, echándose de ver que en aquel paseo *forzoso* no se tomaba en cuenta para nada el esparcimiento del ánimo.

En efecto, los dos hombres que por allí discurrían no estaban para fiestas, ni su situación tenía nada de envidiable.

La noche anterior no habían cenado, pasaron por alto el almuerzo de aquel día, y pensaban acostarse sin cenar.

A la verdad que no puede darse situación más triste que la de un hombre que no tiene medios para con-

tentar las exigencias de su estómago, que, cuando son justas, no son exigencias.

A tan deplorable extremo habían llegado nuestro conocido don Juan de Zúñiga, ex alférez de guardias valonas, y su criado Antonio.

Hemos dicho ex alférez.

Nada más triste que esta preposición, que en latín se pone en ablativo, y que empleamos para decir que un hombre ya no es lo que fué.

Juan de Zúñiga había pasado á la clase de paisanos, sin clasificación por el *haber* que pudiera corresponderle, porque no le correspondía ninguno.

Sujeto á una sumaria por el asunto del conde de Massi, resultó que había faltado á su deber facilitando la fuga del homicida y escondiéndole en su casa.

Es decir, que había burlado y entorpecido la acción de la justicia.

Pero teniendo en cuenta que lo hiciera sin depurar los antecedentes del crimen, y sólo por favorecer á un amigo y compañero de armas, el consejo de oficiales que se reunió al efecto estimó sobrado castigo para una falta que disculpaba la amistad el expulsarle de la milicia, volviéndole á su condición de paisano, dejando á cargo del ex alférez el apreciar la benevolencia del consejo.

—¡Benevolencia!—exclamó Juan cuando lo supo.—¡Y me condenan á morirme de hambre! ¡Más benévo-

lo hubiera sido su fallo condenándome á ser pasado por las armas!

Figúrese el lector si, habiendo sentado mal la noticia al amo, que no era glotón, le sentaría bien al criado, que amaba los placeres de la mesa y del sueño con verdadero delirio.

Pero ¿quién duerme bien no habiendo comido ni bien ni mal?

Antonio hubiera mandado ahorcar á los individuos que formaban el consejo.

Aunque la paga de alférez era exigua, daba á lo menos para comer, aunque no para festines de Heliogábalo.

¡Pero faltando aquélla!...

Hasta aquel día, amo y criado habían ido tirando, sin recurrir á los paseos para entretener el hambre.

Primero se empeñaron algunas prendas; luégo los compañeros habían hecho un empréstito.

Pero todo se acaba en el mundo..., hasta los recursos.

Y aquella mañana, al abandonar el lecho, enterado don Juan de que no había nada de qué echar mano, en vez de decir: «Vamos á la hostería», dijo: «Vamos á pasear».

—¿Adónde, señor?—preguntó el famélico Antonio.

—Al soto de *Migas Calientes*.

—¡Pobre manjar es, pero yo me contentaría con almorzar el nombre del soto!

Y hé aquí el porqué los encontramos á la som-

bra de aquellas frondosas alamedas en una mañana de Junio.

Antes de proseguir adelante, y para mejor inteligencia de los hechos, es necesario que demos algunos datos biográficos sobre el amo y el criado, que nos han de conducir como por la mano á lo que tenemos que narrar respecto de ambos.

Juan era hijo de un labrador que tenía una escasa hacienda en Arévalo, de donde ambos eran natu rales.

Los malos años trajeron las malas cosechas; luégo vinieron los disgustos, y, como fatal consecuencia de éstos, las enfermedades.

El padre de Juan fué vendiendo poco á poco lo que tenía para pagar, porque la escasez hace alianza con el préstamo, y entre los dos abren la puerta á la miseria.

Esto le originó una enfermedad con un nombre griego, que no es del caso.

Lo cierto es que el buen viejo se encontró á las puertas de la muerte, sin poder dejar á su hijo más que algunas deudas.

En caso tan extremo, y como único recurso, se acordó de dos parientes que tenía en Madrid, que podían hacer algo por Juan.

Pero era preciso escoger uno de ellos, porque siendo caracteres opuestos, no podían trabajar los dos en el mismo campo.

Uno de ellos era el famoso cuanto desgraciado don Pablo Olavide, de quien nos ocuparemos á su tiempo más detenidamente.

El otro, fray Bernardo de Zúñiga y Olavide, prior del convento de jerónimos, sito en lo alto del Prado de San Fermín, ó sea en el Prado viejo.

El padre de Juan, que destinaba á su hijo al claustro, se decidió por el último, con quien siempre había conservado más cordiales, aunque no íntimas relaciones.

Además, don Pablo estaba entonces viajando por Francia.

Para sus propósitos era mejor el jerónimo, toda vez que pensaba dedicar á su hijo á la iglesia y no al mundo.

Además, fray Bernardo no hubiera visto con buenos ojos que se diera la preferencia al primero, con quien no estaba en muy buenas relaciones.

Don Pablo creía que el claustro era el último rincón de la vida, y fray Bernardo le tomaba por el primero.

Aquél era amigo de Voltaire y de los enciclopedistas, y el prior buscaba la amistad de los inquisidores, siendo un tanto enemigo del rey, no por afecto á los jesuítas, á quienes acababan de extrañar, sino porque podía hacer lo mismo con las otras órdenes religiosas.

Por consecuencia, el labrador escribió una carta al prior de los jerónimos *in artículo mortis* pidiéndole su

bendición y recomendándole su hijo, dejando á éste sus últimos ducados para que emprendiera el viaje á Madrid después de su muerte.

Á la sazón tenía Juan quince años.

Se había educado para fraile, y estaba en buen estado para vestir el hábito, porque no sabía absolutamente nada.

Únicamente las primeras letras, y algunos brochazos de latín que le había endilgado un fiel de fechos que ignoraba si Cicerón había florecido en Roma ó en Ciempozuelos, y si Catilina y Yugurta habían guerreado á favor de Felipe V ó del archiduque Carlos.

Una vez cumplido el tiempo del dolor oficial, que de antiguo hemos convenido en que sean nueve días, por más que el corazón reviente al décimo de sentimiento, Juan pensó en emprender su viaje á Madrid.

Dos medios había entonces de hacerlo, de no ser un Creso, y disponer de medios suficientes: ó en un carro del país, que casualmente tuviese que trasladarse á la corte, ó con alguno de aquellos arrieros tradicionales, que en sus robustos machos llevaban lo que lleva hoy un carro de mudanzas.

El tipo de aquel arriero honrado, que hace cincuenta años viajaba con su escopeta al cinto y los cartuchos en la canana, es hoy un tipo completamente legendario.

Nuestros hijos se ríen de él; nuestros nietos le creerán una exageración, una calumnia de otra época, inventada contra las vías férreas.

Juan adoptó este último medio, como más *rápido*.

La rapidez es relativa.

En aquel tiempo se llamaba *rápido* al transcurso de diez días que separaban á Arévalo de Madrid, casi tanto como hoy se tardaría en hacer un viaje al polo.

Una conducción de garbanzos le brindaba el medio de trasladarse á Madrid.

El joven ajustó un macho que llevaba poca carga; y como él no pesaba mucho, no hubo inconveniente en que el arriero contase con un saco más.

Por eso después, en sus momentos de buen humor, decía Juan á sus compañeros en el cuerpo de guardia que él había entrado en Madrid como una carga que iba á pesar sobre el monasterio de padres *jerónimos*.

Solamente que, habiendo pensado hacer el viaje solo, á última hora se le presentó un compañero que no esperaba.

Nada menos que una persona que se brindó á servirle de criado.

Juan no pudo menos de echarse á reir.

Él, que necesitaba de todos, encontraba aún quien le sirviera.

Esto le hizo recordar la famosa décima de Calderón en *La Vida es sueño:*

Cuentan de un sabio que un día, etc.

Sin embargo, le admitió, y se dejó servir.

Uno de los machos del arriero iba á entrar dos ambiciones en la villa.

La segunda de estas ambiciones llamábase Antonio... de no sabemos qué.

Hay hombres que para nada les hace falta el apellido.

Era un mozo que contaría la misma edad que Juan, pero cuyo desarrollo físico había tomado la latitud por la longitud, lo cual le daba en la apariencia cinco ó seis años más que al primero.

Antonio á los quince años parecía un ídolo chino.

Sin embargo, la sabia naturaleza le había criado para lego de convento.

En los conventos había dos cosas que llamaban la atención por su obesidad:

Los legos y las ratas.

También se distinguían por su glotonería.

Antonio, en este caso, traspasaba todos los límites de lo verosímil.

Desde un principio manifestó lo que sería andando el tiempo.

Durante su lactancia, hizo que enfermasen de tisis su madre y otras dos robustas amas, que no tenían en sus ubres el licor vital que diariamente necesitaba aquel Heliogábalo de seis meses.

Hubo un consejo de familia, en el cual se expusieron estos dos pareceres:

Ó dejarle en un establo de vacas, dado caso que el vaquero quisiera arruinarse, ó destetarle.

Se adoptó esta última resolución, porque el muchacho estaba dispuesto á comer todo lo que quisieran darle.

Murieron sus padres, que eran labradores pobres, y quedó á cargo de sus abuelos, que eran dos viejos regularmente acomodados... en años.

Entre los dos contaban siglo y medio.

Cuando Antonio tuvo la edad suficiente para preferir una hogaza á un panecillo, le entregaron una yunta de mulas, para que fuera á labrar la tierra á cuenta de otro.

Pero bien pronto le dieron el *cese*, con la *jubilación* de algunos pescozones.

Antonio se había hecho imposible en el campo, como un lobo.

Aun no se comía las ovejas, pero sí el pan y las viandas que llevaban en sus alforjas sus compañeros y en su zurrón los pastores.

Las mulas de que él debía cuidar araban solas; por mejor decir, no araban.

Porque él las dejaba solas, para irse de continuo al merodeo.

Por la noche regresaba á casa de su amo, y cenaba como si tal cosa, después de condenar á perpetuo ayuno á mozos y zagales.

Hubo una especie de *meeting*, aunque entonces ciertas reuniones no se conocían por este nombre, y en él todos estuvieron contestes en apoyar la siguiente proposición:

«Ó se retira Antonio de la labranza, ó no salimos al campo.»

Allí no hubo fogosos discursos.

Las razones más contundentes eran alforjas vacías y los pálidos rostros de los zagales, que empezaban á enflaquecer.

Pero fué lo bastante para que los dueños de tierras y heredades prometiesen no recibir á Antonio á su servicio.

Su porvenir de San Isidro labrador quedó truncado: se desvaneció como un vapor en el espacio, como una pompa de espuma en el agua.

Su abuelo, aunque viejo, le dió una tunda regular; pero él se vengó engulléndose media pierna de cecina que guardaba su abuela para el día de su santo.

La determinación de los labradores iba á pesar de una manera fatal sobre todos los vecinos de la villa.

Antes Antonio, que estaba relativamente sujeto, era un perjuicio sólo para sus compañeros; en adelante debía ser una calamidad pública, peor que una plaga de langosta, y de ratones, y que un bando de pájaros hambrientos.

La fruta desde entonces no maduró en los árboles, sino en el estómago de Antonio.

Aprovechando el menor descuido, se introducía por las ventanas en las cámaras y en las cocinas, merodeando el embutido, la fruta seca, orzas de miel, bollos y pan.

Desde entonces en las casas no cocían para la familia, sino para aprovechamiento de Antonio.

Eso sí, era fiel.

Podía confiársele un tesoro sin que le desmembrase en lo más mínimo; pero ni aun después de comerse una pierna de carnero se hubiera atrevido nadie á entregarle un queso de cinco libras, abrigando la seguridad de que no hubiera dejado ni aun la corteza.

De aquí se originaban una infinidad de cólicos, cuya curación costaba á sus abuelos el dinero.

Y tan acostumbrado estaba el cirujano á que fueran á molestarle por algún nuevo cólico de Antonio, que una noche que en las altas horas interrumpieron su sueño para que fuera á asistir á un vecino á quien un carro había tronchado una pierna, creyendo que se trataba del mancebo, recetó, volviéndose del otro lado:

—Que le administre su abuela una libra de aceite para que *rompa*.

El que llevaba el aviso puso como un trapo al cirujano, en la inteligencia de que recetaba algo para que se *rompiese* la otra pierna.

Un aficionado á estadísticas y comparaciones demostró que la permanencia de Antonio en el pueblo era infinitamente más perjudicial para los vecinos que cinco años seguidos de sequía.

Y aun hubo quien amenazó á sus abuelos con lanzarlos del pueblo por orden gubernativa, si no en-

cerraban al nieto, ó tomaban cualquier otra determinación que asegurase las cosechas.

Con esto coincidió la partida de Juan.

Los dos ancianos celebraron consejo, y decidieron mandar á su nieto á Madrid, en calidad de sirviente del joven Zúñiga.

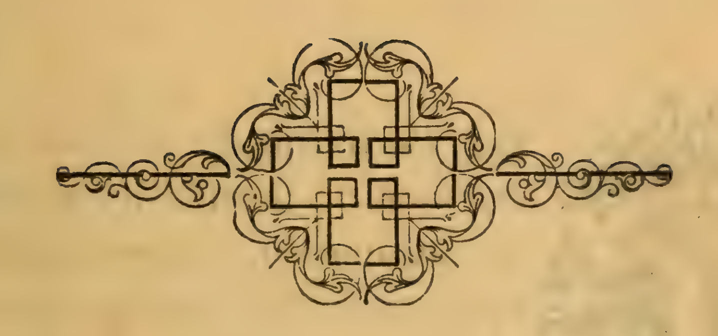
Y para convencer á aquél, le dijeron que los jerónimos, por lo mismo que tenían muchas horas de coro, se trataban muy bien; que su dispensa había puesto á contribución las cuatro partes del mundo que entonces se conocían, y que una plaza de lego en cualquiera de sus monasterios era considerada como una canonjía.

El mozo estaba algo rehacio, y muy inclinado á negarse, porque oyó á un vecino de Arévalo que decía que entre dos frailes jerónimos sólo se comían una albondiguilla.

Pero otro vecino añadió que, si bien era cierto aquello, era preciso considerar ó tener en cuenta que en cada bola de carne de aquellas que reciben el nombre de albondiguillas entraba un carnero, de lo cual resultaba que cada monje se engullía diariamente de siete á ocho libras de carne.

Esto decidió su vocación, y Antonio se despidió de sus abuelos deshecho en lágrimas... de alegría, al pensar en la cocina de los padres jerónimos de Madrid.

Desde aquel día descansó la villa de Arévalo, y no sabemos si al siguiente de su partida se cantaría algún solemne *Te Deum*, como se acostumbra cuando alguna plaga desaparece por completo de una población.





CAPITULO VII

El prior de los jerónimos.

FRAY Bernardo de Zúñiga y Olavide era todo un prior física y moralmente considerado, y desempeñaba á las mil maravillas la misión que Dios había echado sobre sus hombros al venir al mundo, después de sus estudios mayores.

No era un talento, ni mucho menos.

Por eso servía para fraile, y por eso le quería la comunidad, que optaba por las cosas humildes y sencillas... fuera del refectorio.

Había hecho sus estudios en Salamanca, donde

regentó una cátedra de lógica por enfermedad de su propietario.

Lo único que había de notable en él era un órgano vocal de primer orden.

Tenía una voz de bajo en competencia con cualquier órgano ó cualquier fagot que pudiera presentarse.

El registro de las notas graves era verdaderamente fenomenal.

En cierta ocasión, un vecino de Salamanca que vivía á unos cien metros de distancia del convento, se despertó una noche sobresaltado por un rumor que hizo estremecer el lecho donde dormía con su esposa.

—¿Has oído?—le preguntó ésta algo asustada.

—Sí.

—¿De qué puede provenir ese ruido?

—Te lo voy á explicar: ó está tronando, ó es que ha estornudado fray Bernardo.

Con una voz tan magnífica, estaba más en su puesto delante del facistol que delante de un tratado de lógica.

Se le hizo venir á Madrid como cosa notable para que cantase en las honras de don Fernando VI.

Después pasó al Escorial á aumentar la comunidad de monjes jerónimos de aquel real sitio.

Pero al año perdió la voz á consecuencia de un aire colado.

Un fraile que no canta es un lujo en un convento de jerónimos.

Fray Bernardo hubiera vuelto á su cátedra de ló-

gica; pero ya no se acordaba de aquella ciencia, gracias al canto gregoriano.

Entonces puso en juego sus influencias, y pasó al monasterio de San Jerónimo del Prado, donde al año le eligieron prior.

Por efecto quizás de su educación incompleta, había tomado de la religión que profesaba, más que el espíritu, la letra.

Era lo que los militares llaman *un ordenancista.*

Se regía por el dogma y la liturgia, despreciando siempre los *distingos.*

Y con la mejor buena fe, y para la mayor gloria de Dios, hubiera condenado á su madre á perpetuo infierno si se la hubiera antojado negar cualquiera de las verdades del dogma.

Era fanático por convicción, creyendo que debía serlo, y no por estudio.

Nunca se le ocurrió tomar la religión por negocio.

Por lo mismo no consentía que la liturgia perdiese su fuerza, predicada por él ó por los demás.

En este asunto no reconocía parientes ni amistades.

Tal fué el motivo de su indisposición con su primo Olavide.

Éste, que era del mundo, practicaba unas costumbres que concedían más libertad al pensamiento.

Como hemos prometido ocuparnos de él más tarde, no insistimos ahora más que en este detalle.

Bajo el punto de vista de la religión, fray Bernardo no quería á Olavide. Le veía siempre rodeado de un resplandor de infierno que le hacía muy poca gracia, creyendo de buena fe que estaba en el mundo para servir los intereses de Satanás.

Pero como primo, no se creía dispensado del cariño que imprimen los lazos del parentesco, y deploraba que Olavide se cartease con aquel pícaro D'Arouet, que se hacía llamar Voltaire desde que había emparentado con el mismo diablo.

A fray Bernardo se presentó Juan de Zúñiga, temblando de desconocido pavor al ver la austeridad de su celda.

Ni el sol era tan vivo ni el aire tan libre allí como en las llanuras de Arévalo.

En cuanto á Antonio, que se había quedado humildemente en la puerta, miraba á un lado y á otro para ver si descubría la cocina.

El prior, calándose sus redondos anteojos, se enteró detenidamente del contexto de la carta escrita por un moribundo, y aun pronunció algunas frases en latín á la memoria de la muerte de su primo.

La gente de iglesia es muy dada á manifestar su dolor ó su alegría en el idioma de Cicerón.

Después examinó á su sobrino; y aunque el mu-

chacho estaba cortado á la sazón, pareció quedar satisfecho de la vivacidad de aquellos ojos, de la movilidad nerviosa de sus labios y del tono franco que campeaba en sus palabras.

Juan hizo á su vez la presentación de Antonio, como de un muchacho muy útil para cuanto se exigiera de él.

Ambos quedaron admitidos en el monasterio: Juan en calidad de novicio, y Antonio en la de acémila, esto es, lego.

Antes se informó fray Bernardo minuciosamente si Juan había visto á su tío don Pablo, prohibiéndole en absoluto que ni aun se acordase de él mientras estuviese en su compañía.

No se le ocurrió prohibirle el cariño, pero desde lejos.

Don Pablo Olavide era un réprobo: no podía honrar á nadie.

Juan, que no le conocía más que de oídas, se sujetó indiferente á aquella condición.

Desde el día siguiente entraron los dos mozos en el ejercicio de sus funciones.

Juan se entregó á los libros, y Antonio al servicio material de los monjes.

Uno y otro eran felices.

Juan no había ambicionado nunca nada; el estudio llenaba sus aspiraciones, y hasta la tranquilidad de aquella vida monacal le halagaba.

En cuanto á Antonio, encontraba perfecto el trato que se daban los reverendos.

En las horas de asueto hablaba con su amo, y le decía:

—No comprendo cómo hay jóvenes en Arévalo que se dediquen á destripar terrones en el campo, contentándose con la bazofia que comen en sus casas, habiendo en el mundo monasterios tan bien provistos como los de los padres jerónimos.

—Pero ¿querías que toda la juventud de España se dedicase al claustro?

—A lo menos la juventud que es amiga de comer bien y de beber mejor.

—Segun eso, ¿tú te encuentras aquí á gusto?

—Tanto, que, como os digo, no comprendo que se pase la vida en otra parte. Bien ha sabido vuestro padre lo que se ha hecho al morirse; y sin que esto sea un mal deseo, deploro que no se haya muerto antes, para que antes disfrutásemos...

—¿Quieres callar, imbécil?

—Ya he dicho que esto no es un mal deseo, mucho más teniendo casi la certeza de que está disfrutando la gloria.

—¡Ya! Pero tú te refieres á la cocina del monasterio, y no á la gloria del difunto...

Si grande era la satisfacción de los mozos, no calzaba menos puntos la del buen prior.

La conducta de su sobrino, de buena que era, se hizo ejemplar.

Obtenía en sus estudios las mejores notas que puede desear la ambición de un buen estudiante, y continuamente sus maestros se deshacían en elogios del joven, en los cuales no entraba para nada su parentesco con el prior.

Eran elogios puramente desinteresados.

Además, cumplía con sus deberes religiosos de una manera que enfervorizaba el celo de sus compañeros, siendo citado como modelo en todas las pláticas particulares que se decían de puertas adentro.

Respecto de Antonio, no se portaba mal del todo; sólo que el padre enfermero y el encargado de la botica se quejaban de sus frecuentes cólicos, atribuídos á su deseo inmoderado de comer y beber.

Pero Antonio aseguraba que no había nada de esto, sólo que su estómago se resentía del cambio de alimentos.

Lo cual era bastante raro, porque llevaba ya dos años en el convento.

Pero como servía bien, y era grande su afecto á Juan, se le dispensaban aquellos excesillos, esperando que antes de morirse de viejo se acostumbraría á la cocina del monasterio.

Dos años pasaron, al cabo de los cuales empezó á notarse alguna variación en la conducta del joven novicio.

Perdió dos cosas.

El color y su afición á los libros.

En una semana recibió tres castigos, cosa inaudita que no le había pasado en aquellos dos años.

Su tío recibió aviso de aquella variación que establecía tal mudanza en la vida del estudiante, y le amonestó seriamente por ella.

Hasta Antonio tomó cartas en el asunto, temiendo que se comprometiese su porvenir.

—Pero ¿qué os pasa, señor, que estáis haciendo cosas desacostumbradas?—le decía.

—¡Ay, Antonio!...

—¿Á qué vienen esos suspiros, que por lo visto no desahogan vuestro pecho? Vuestra conducta concluirá por atraer sobre vos todos los castigos imaginables, sin que sea bastante á impedirlo vuestro parentesco con el reverendo padre prior.

—¡Ya lo sé!

—¿Lo sabéis, y no ponéis nada de vuestra parte para impedirlo?

—¡Qué quieres si no puedo!

—¿Qué maldita influencia es la que ejerce sobre vos el primer día de la semana?

—¿Qué dices?

—Se ha observado que los lunes, especialmente, estáis incorregible.

—¡Los lunes! ¡Eso se ha observado!—exclamó el joven, cruzando las manos con desaliento.

—Justamente.

—Pues bien, no lo niego.

—Haríais muy mal en negar lo que todos hemos conocido. Llega el lunes, y os pasáis todo el día asomado á la ventana de vuestro cuarto, que da sobre la huerta, sin que la campana que llama á coro, ni aun la del refectorio, os saquen de tan extraña y tenaz meditación.

Juan le asió de una mano, y llevándole al extremo más apartado de su celda, le dijo, bajando la voz:

—Á ti solo voy á confesarte la verdad.

Antonio exhaló un suspiro de satisfacción.

Se veía elevado á la categoría de confidente; además, iba á satisfacer su curiosidad.

El joven prosiguió:

—De todo esto tiene la culpa el padre de ella...

—¿El padre de quién?—interrumpió el lego.

—De la culpa... Me refiero á Satanás.

—¡Jesús, María y José!

Y Antonio comenzó á santiguarse, como si estuviera en su presencia el mismo espíritu de las tinieblas.

—El diablo,—prosiguió Juan,—que ha tomado una forma seductora para perderme..., para desviarme de mis deberes religiosos.

—Vamos, señor, explicaos: tal vez pueda arreglarse eso con un buen conjuro.

El joven meneó la cabeza, como desconfiando de la bondad de la medicina.

—No sé si habrás reparado en un huertecillo que se apoya contra una de las tapias de nuestra huerta.

—El del tío Anacleto; adelante.

—Habrás visto que tiene una pequeña casa.

—Habitada por él y su hija.

—Que junto á la casa hay un pozo, y junto al pozo un pilón de piedra.

—Sí, sí; adelante.

—Pues bien: todos los lunes acostumbra á lavar allí una muchacha...

—La hija del tío Anacleto.

—Es la que me tiene en la ventana desde que sale el sol hasta que se pone.

—¿Rosa?

—No sé si será Rosa ó no: mi tío te diría que es el mismo Satanás, que ha tomado la forma de esa mujer para perder mi alma.

—En efecto; y... ¡estaría bueno que sacáramos ahora la consecuencia de que el tío Anacleto es el padre del diablo!

—No lo dudes, Antonio; esa mujer busca mi perdición.

—Pero ¿ella se ha fijado en vos?

—No lo creo...; mas ¡qué importa, si yo me he fijado en ella!

—A la verdad, el caso es serio...

—Ahí tienes la causa de aborrecer yo el estudio..., y aun creo que llegaré á aborrecer la vida monástica.

—¡Gran Dios!—exclamó Antonio, acordándose de la bien provista despensa del monasterio.

Ambos guardaron silencio por espacio de algunos minutos.

Juan pensaba en aquel diablillo encantador que reconocía por padre al tío Anacleto; Antonio, en que veía seriamente amenazado su porvenir.

De aquellos dos mozos, el uno perdía el alma, el otro el cuerpo.

Al cabo de una pausa, dijo el último:

—Yo creo que debíais revelárselo todo á vuestro tío el prior.

—¿Para qué?

—Para que pusiera remedio.

—Y ¿qué remedio iba á poner?

—Dar parte á la Santa Inquisición, la cual tostaría á esa muchacha como hechicera; y muerto el perro...

—¡Qué barbaridad! ¡Pobre chica!... ¿Acaso ella tiene la culpa?

—¡Quién sabe!

—Además, ¿cesaría yo de pensar en ella porque no existiese?

—¡Quién sabe!... A lo menos, no viéndola...

—¡Pero si la veo aunque no esté en mi presencia!

—¡Ay, amo mío!... Entonces estamos perdidos ambos... Vos moriréis de ese amor maldito, y yo de hambre.





CAPITULO VIII

A pan y agua.



UAN, en su sencillez é inocencia casi primitiva, había confesado la verdad, mejor sin duda que lo hubiera hecho á los pies de un confesor.

Además, ¿era pecado lo que le pasaba?

Él creía que sí, y se encontraba sin fuerzas para resistir la tentación.

Metido allá en su pueblo, se había encontrado adolescente sin pensar lo que era una mujer.

Esto, en aquella época, en que el hombre se casaba en la edad en que hoy es abuelo, nada tenía de particular.

Juan veía en la mujer nada más que un ser más

débil que el hombre, condenado por la naturaleza á no dar que hacer al barbero.

Pero nada más.

Á causa del modo de vestirse, no podía trepar á los árboles á merodear la fruta, siendo preciso que los jóvenes la merodeasen para ella.

Después entró en el convento.

Allí, el estudio absorbía sus horas.

Además, no veía mujeres más que en la iglesia, y las veía bajo el severo prisma de la religión.

Un día se asomó á la ventana.

Era lunes.

No pensaba más que en un tema que tenía que desenvolver en el aula.

De pronto llamó su atención una voz fresca y argentina, que cantaba como los pájaros gorjean en las ramas.

Dirigió la vista hacia el sitio de donde el rumor procedía, que no eran las notas graves que entonaban los frailes en el coro.

Por encima de las tapias de la huerta vió á una linda muchacha que lavaba en un pilón de piedra.

Su actitud era eminentemente incitadora.

Desde luégo ella misma lo ignoraba.

Tenía arrollada la manga de la camisa, enseñando un robusto y bien torneado brazo; su corpiño abierto, á causa del calor y del ejercicio, dejaba ver el principio de un seno blanco y turgente, cruzado por venas azules, que debían encerrar una sangre fresca y

generosa; y la saya corta y recogida, por algún conato de tentación que quisiera inspirar, ponía al descubierto un tobillo y una pantorrilla fina y perfectamente modelada.

Todo aquello lo coronaba una cabeza encantadora y un rostro agraciado y picaresco.

Cuando Juan se apercibió de lo que pasaba, ya se había puesto el sol, y la moza había desaparecido.

Retiróse de la ventana, deseando que amaneciera.

Aquella noche tuvo un sueño inquieto.

En primer lugar, tardó mucho en dormirse, cosa que nunca le había sucedido.

Después, cuando lo consiguió, vió todos los árboles que Virgilio pinta en sus églogas, y todo el ramaje de sus campos siempre verdes, donde pastoras de quince años, de senos y brazos desnudos, tendían la ropa que acababan de lavar en la margen de un arroyo murmurador.

Por la mañana se despertó sudoroso y con la cabeza pesada.

La campana le llamaba al templo, donde se decía la misa del alba para los novicios.

Pero, con gran admiración suya, los altares habían recibido una gran transformación.

Las imágenes eran aldeanas medio desnudas, que lavaban la ropa en pilones de piedra.

Hasta los santos parecían haber cambiado de sexo y ocupación.

Concluyó la misa sin que el joven se hubiera explicado aquello.

Excusamos decir que no tuvo tiempo de rezar.

Cuando entró en el aula, le preguntaron por el tema.

Juan se quedó tan absorto como si le hubieran preguntado por la salud de la dueña Quintañona.

No se acordaba de nada.

Como era la primera falta que cometía, se la dispensaron fácilmente.

Además, su catedrático creyó que estaba enfermo, porque le veía muy sofocado, y respondiendo cosas incoherentes á lo que le preguntaban.

Una de ellas fué si las mujeres acostumbraban á lavar la ropa los lunes ú otro día cualquiera de la semana.

El hombre que después de haber olvidado un tema hacía tan extraña pregunta, debía estar algo perturbado.

Desde aquel momento, Juan ya no fué el mismo.

Empezó por quedarse sin postre muchos días; á esto siguió la supresión de una de las comidas, luégo la hora de recreación, después pasó algunos días á pan y agua.

Todo era inútil.

Los temas no volvieron á entrar en su cabeza.

En cambio no faltaba ningún lunes á la ventana para ver á Rosa y oir su voz, mucho más dulce que la de los salmistas entonando antífonas.

En vano acudía á la oración y á los libros.

Ya hemos dicho que las imágenes se habían convertido á sus ojos en lavanderas.

La *Summa* de Santo Tomás y las escrituras de los Santos Padres tenían también raros secretos, no descubiertos hasta entonces.

Las intrincadas proposiciones teológicas, con su áspero latín, se convertían en dulces églogas que Virgilio no había soñado, en amorosos idilios pastoriles, en ternisímos conceptos y pinturas anacreónticas que el joven devoraba con afán.

La luz de la lámpara nocturna caía sobre aquellas páginas que escribieron Santo Tomás y San Agustín, sin pensar las solitarias y tristes veladas de los estudiantes de diez y ocho años que han visto lavar ropa á una muchacha de quince.

Las letras bailaban una especie de danza macabra; cada una era un hueso, un pedazo de carne, que se cubría de finísima piel, tersa y sonrosada como la de un niño.

Aquellos fragmentos se unían unos á otros de una manera extraña, hasta fundirse en un ser encantador, que miraba al joven estudiante con fuego en los ojos.

Empezaba á agitarse, imprimiendo sus lindos piececitos sobre aquellas páginas que la habían abortado.

Juan oía el ruido que hacían sobre el papel.

Cuando acababa aquella danza estrambótica, el

hada, la ondina, que parecía formada de vapores, estrechaba el cuello del joven con sus brazos sudorosos, incitadores y frescos, y posaba sus labios, que abrasaban, sobre los de aquél.

La tentación no podía ser más terrible.

Entonces sentía la trepidación de la sangre en aquel seno de amores y de delicias.

Al despertar, las primeras tintas del alba iluminaban la celda.

Todo había desaparecido con las sombras de la noche.

Allí sólo quedaba un pobre loco que había pasado la ardorosa vigilia sobre la *Summa* de Santo Tomás.

El primer lunes que siguió á su conversación confidencial con Antonio, la joven no tuvo ropa que lavar, porque el pilón de piedra estaba vacío.

Llegó el lunes siguiente, y sucedió lo mismo.

¿Acaso estaba enferma?

Preguntó á Antonio, y éste se encogió de hombros, diciéndole que no se ocupase en un asunto tan fútil.

Pero Juan seguía adelgazando, y los temas no hallaban solución en su mente.

Un día le llamó el prior á su celda.

Tenía á su lado un saco de lana burda y unas disciplinas, en cuyos extremos brillaban delgados alambres.



—Hijo mío,—le dijo,—sé lo que te pasa, y es preciso poner remedio.

—¿Que sabéis?...—le interrumpió su sobrino, sin adivinar á lo que hacía referencia.

—Sí; y has hecho muy mal en no confesármelo desde un principio.

—Pero...

—La carne es flaca...

Juan empezó á comprender alguna cosa.

—El diablo cuenta con los siete pecados capitales para tentarnos.

—Señor...

—Contra estos siete pecados tenemos siete virtudes para librarnos de las asechanzas del espíritu de las tinieblas: *contra ira, templanza; contra avaricia, largueza...*

—¡Pero, señor, si ya sé la doctrina cristiana!—contestó Juan, estremeciéndose á la idea de que le recitase todo el Catecismo.

—Yo he pensado en el bien de tu alma, y he dispuesto el único medio para que cese ese estado, que dará al traste con tu salud.

Esto diciendo, hizo que acudiera á la celda uno de los legos, á quien dijo, señalando el saco y el cilicio:

—Desde hoy, y hasta que yo determine otra cosa, queda á vuestro cargo el novicio: cuidaréis de que vista ese saco sobre sus carnes, como han vestido uno por el estilo otros Padres de la Iglesia, incluso el mismo San Francisco; su alimento consistirá en pan y agua; le entretendréis con lecturas piadosas, y cuando

echéis de ver que la tentación se apodera de su espíritu, podéis recurrir á la disciplina, que es un gran medio para amortiguar los instintos de la carne.

Aquí, y de este modo, terminó la plática.

El pobre novicio estaba absorto.

Vióse trasladado á una celda que más parecía calabozo.

Allí empezó á cumplirse el original programa, vistiendo èl saco.

Lo demás vendría luégo.

Juan sospechó la verdad.

Su criado Antonio le había hecho traición, revelando á su tío la confidencia que tuvo la debilidad de hacerle.

Temblaba por la pobre Rosa, creyéndola ya quemada en las hogueras del Santo Oficio, puesto que él, á pesar de su parentesco con el prior, era tratado de aquel modo.

Aun cuando le animaban tan cristianos propósitos, juró interiormente que Antonio le había de pagar su traición.

El hermano, que era un lego, trató de obedecer las órdenes de su superior, empezando por la lectura de la vida de los santos. No podía darse cosa más piadosa ni puesta en orden.

Pero Juan, á quien todo aquello se le figuraba ridículo, á fuerza de ser cruel, le atajó en seguida, diciéndole:

—Hermano, podéis suprimir esa lectura enfadosa,

á la cual no pienso dar oídos; en cuanto á la parte que trata de flagelarme, os advierto que, en el momento en que os vea empuñar esas correas, que sólo deben usarse en la escuela para muchachos que no saben la lección, con todo el dolor de mi alma voy á perderos el respeto que os debo y á defender seriamente mi persona. Es inútil que tratéis de hacerme observaciones, porque estoy resuelto á todo: si el prior os ha dado orden de que me castiguéis, á mí me la da la naturaleza y la dignidad de defenderme: conque vivid sobre aviso.

La firmeza con que habló el joven hizo que el pobre lego, para eximirse de responsabilidad, diera parte al prior de lo que pasaba.

Este mandó que su sobrino compareciese nuevamente á su presencia.

Allí le tenía preparado un sermón sobre un tema de Santo Domingo, dividido en tres partes, según los preceptos aristotélicos.

—Es inútil que os incomodéis,—le dijo su sobrino apenas empezó el exordio.—Como me habéis hecho tocar la parte más desagradable de la vida monástica, renuncio gustoso á ella, comprendiendo que mi vocación me lleva por otro camino.

Fray Bernardo se quedó estupefacto: no esperaba que los medios que él tenía por infalibles diesen un resultado tan contraproducente.

Pero la actitud de su sobrino indicaba una resolución inquebrantable.

—¡Cómo!—exclamó ante aquel acto de rebelión.—¿Olvidas así mis beneficios?

—No los olvido, tío; sólo que no quiero poneros en el caso de castigarme á pan y agua, como si se tratara de un chicuelo desaplicado.

—¿Es decir que cuelgas los hábitos?

—Completamente.

—¿Que dejas los estudios?

—Así es.

—¿Que abandonas el convento?

—Completamente gustoso, si no fuera porque me separo de vuestro lado.

—Pero ¿crees que yo voy á seguir tendiéndote la mano?

—Presumo que no.

—Y ¿qué piensas hacer?

—Lo ignoro: todo lo posible para no morirme de hambre. Vos me habéis enseñado que el Dios que crió el mundo no deja sin alimento á las avecillas del campo; creo que hará lo mismo con los hombres cuando éstos tienen voluntad de trabajar.

—Está bien...; digo, ¡está mal!... Siento que mi sangre circule por tus venas.

—No temáis que la deshonre algún día.

—Pero me duele verte en caminos de perdición...; me duele saber que eres uno de los prevaricadores.

—Basta, tío, os lo suplico. No conseguiréis que tuerza mi resolución; permitid que, con todo el respeto que os debo, me despida y salga de lleno á la luz

de un mundo que no castiga á pan y agua ni con cilicio á un hombre que sólo ha cometido la falta de ver lavar la ropa á una muchacha de quince años.

Juan salió del monasterio con su ropón de estudiante.

—¡No cuentes jamás conmigo!—le dijo su tío, á manera de despedida.

El joven sintió que aquella puerta se le cerraba tal vez para siempre.

Se encogió de hombros, como un hombre que cuenta con el porvenir.

Iba á bajar el último escalón de piedra, cuando oyó á su espalda un suspiro que le hizo volver la cabeza.

Detrás de él vió el rostro compungido de Antonio.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó.—¿Vienes á despedirme?

—Vengo á acompañaros.

—¡Cómo! ¿Tú también renuncias á la santidad?

—He llegado aquí con vos: ¿queréis que os deje partir solo?

—¡Adelante! Ese rasgo me reconcilia contigo.

—Y ¿dónde vamos, señor?

—A la verdad que lo ignoro.

En aquel momento acertaron á pasar por allí dos caballeros, que iban como de paseo, aun cuando el sitio no convidaba.

Uno de ellos iba diciendo:

—Esta tarde lo consultaré con Olavide.

—¡Oh! ¡Ya sé dónde vamos!—exclamó Juan, dándose una palmada en la frente.

En seguida se dirigió hacia los caballeros, á quienes preguntó después de saludar:

—Perdonad mis palabras, y no las achaquéis á indiscreción: ¿es de don Pablo Olavide de quien hablabais hace poco?

—Del mismo.

—Soy sobrino suyo, y no sé dónde habita; si tuvierais la bondad de decírmelo... Me precisa verle.

—Pues le encontraréis en el número 4 de la calle de Leganitos.

Juan saludó, y, acompañado de su fiel Antonio, tomó la dirección indicada.





CAPITULO IX

Olavide y las nuevas colonias.



PORTUNA fué la determinación de Juan, porque su tío don Pablo Olavide estaba en aquel momento para abandonar la corte de un día á otro.

El tío y el sobrino no se conocían.

Olavide había nacido en Lima, donde se dedicó al foro con aprovechamiento, llegando á obtener la toga de magistrado en aquella audiencia.

Por lo mismo que tenía un talento privilegiado y una gran capacidad, su vida fué tempestuosa, y debió haber momentos en ella en los que maldijera su suerte.

La desgracia que empezó á perseguirle tuvo origen en una buena acción.

En 1746, un espantoso terremoto sembró la desolación y el espanto en aquella parte del mundo, arruinando muchos edificios de la ciudad, y destinando á la miseria á no pocas familias.

Olavide, que entonces era joven aún, se distinguió por sus oportunos y relevantes servicios, hijos de su carácter humanitario y amigo de practicar el bien hasta el heroísmo, pues llegó hasta arriesgar su vida por salvar algunas víctimas de la catástrofe.

Su conducta noble y desinteresada le proporcionó la distinción de ser nombrado para dirigir las excavaciones, haciéndole depositario de cuantos caudales se extrajeran de entre los escombros.

El joven letrado devolvió religiosamente aquellas cantidades á sus dueños, previa la prueba de su legítimo derecho á ellas.

Pero quedó un considerable remanente, no reclamado por nadie, á pesar de haber transcurrido algún tiempo.

Entonces, usando de las facultades que se le confirieron, teniendo presente el caso, invirtió aquella suma en la construcción de una iglesia y de un teatro.

Pasó algún tiempo.

Sus enemigos, pues todo hombre que vale los tiene, empezaron á murmurar de la inversión de aquellos fondos, lanzando dardos envenenados á su honra.

Las calumnias fueron agravándose poco á poco, hasta convertirse en acusaciones.

Con este motivo fué llamado por el gobierno de

Fernando VI para que diera cuentas exactas de la inversión de aquellos fondos.

Recibiósele en Madrid, arrestándole en su propia casa antes de averiguar si se había hecho reo del delito de concusión, y, por último, se le privó de la toga.

Aquel procedimiento con que se pagaba su generosa conducta, los disgustos y el cambio de clima, relajaron su salud.

Estando enfermo, obtuvo permiso para trasladar su residencia al inmediato pueblo de Leganés.

Allí vivía retirada doña Isabel de los Ríos, la cual disfrutaba de una cuantiosa fortuna que obtuvo de sus dos difuntos esposos, ricos capitalistas.

El talento de Olavide, sus prendas personales y amena conversación hicieron que aquélla se le aficionase en términos, que decidió ir por tercera vez al altar la joven viuda.

Esto estableció un cambio radical en su posición.

Recobrada por completa la salud, y absuelto de los cargos que se le hicieran, emprendió un viaje á Francia.

Pasó algunos años en París, donde su vasta ilustración le hizo amigo de los principales filósofos que con la Enciclopedia preparaban la gran revolución que coronó el siglo XVIII.

Voltaire era uno de sus apasionados, el cual, en una de sus cartas, le escribía:

«Sería de desear hubiese en España cuarenta hombres como vos.»

Á su vuelta á España, se instaló con lujo en la corte.

Su instrucción literaria llamó la atención por lo notable.

Tradujo algunas comedias francesas, que se representaron en nuestros teatros.

El conde de Aranda le honró con su amistad, estando acordes en ideas.

Le encargó un plan de educación para la juventud y algunos otros trabajos.

Su casa era el centro donde se reunían muchos magnates y hombres de ciencia: allí se daban suculentos festines y se representaban piezas dramáticas, originales ó traducidas por él.

Su instinto, que le puso desde su juventud frente á los jesuítas, se prestó á ayudar al conde de Aranda en sus medidas contra éstos hasta su expulsión de los dominios españoles.

Entonces fué nombrado síndico de Madrid.

Sabedor de que era primo suyo el prior de los jerónimos, le hizo una visita de atención.

Una no más.

Los dos primos se conocieron en seguida.

Fray Bernardo se descubrió á sus ojos como lo que era, un fanático.

Olavide, para el prior, tenía un defecto capital.

Haber estado en París y conservar relaciones con los enciclopedistas.

No volvieron á verse, porque el prior cometió la desatención de no devolverle la visita.

En cuanto á Olavide, tampoco le echó de menos.

Hablando de él, le calificaba así:

«Es un salmista que ha perdido la voz.»

Cuando le presentamos en escena había adquirido un cargo importante, que se ajustaba á su carácter activo y emprendedor.

Nos referimos á la idea de establecer poblaciones en los terrenos incultos de Sierra Morena y otros puntos de Andalucía, á semejanza de lo que los ingleses hacían en Nueva Escocia y la emperatriz María Teresa en sus plantaciones de Hungría.

La idea no era nueva.

Ya se había hablado de ella en tiempo del marqués de la Ensenada.

Pero en 1766 la reprodujo bajo otra forma un oficial bávaro, llamado Juan Gaspar Thurriegel, que, después de haber servido en Prusia, vino á España para establecer una fábrica de espadas.

Este hizo la proposición de traer seis mil colonos católicos alemanes y flamencos.

Adoptada la idea por los ministros, y siendo favorable la opinión del Consejo de Castilla, se dispuso que su fiscal Campomanes arreglara con Thurriegel las condiciones de la nueva colonización, y, cerrándose el contrato, partió el bávaro para Alemania.

La provisión de la real cédula que se publicó constaba de setenta y nueve capítulos.

Conceptuábanse sitios á propósito para la nueva colonización todos los yermos de Sierra Morena, especialmente los términos de Espiel, Hornachuelos, Fuenteovejuna, Alanís, el santuario de la Cabeza, la Peñuela, la Aldehuela, la dehesa de Martinmalo, con todos los términos inmediatos, y generalmente donde quiera que en el ámbito de la sierra y sus faldas lo juzgase oportuno el superintendente.

Las poblaciones habían de distar entre sí como un cuarto de legua, y cada tres, cuatro ó cinco de ellas formarían feligresía ó concejo, con un párroco, un alcalde y un personero común para todas, y un regidor para cada una.

En el centro de ellas, y en paraje oportuno, se construiría la iglesia, con habitación para el párroco, casa de concejo y cárcel.

Además de los muebles y aperos, á cada familia de los nuevos pobladores se distribuirían dos vacas, cinco ovejas, cinco cabras, cinco gallinas, un gallo y una puerca de parir, y se la surtiría de grano y legumbres en el primer año para su subsistencia y para sembrar.

Se daban de plazo á cada colono para que construyese su casa, roturase y cultivase el terreno de su repartimiento, dos años, y, de no hacerlo así, se le reputaría por vago, y se le aplicaría al servicio militar ó de la marina, ó á otro destino conveniente.

El capítulo 77, refiriéndose á la condición 45, decía «que no se permitiría fundación alguna de convento, comunidad de uno ni otro sexo, aunque sea con el nombre de hospicio, misión, residencia ó granjería, ó con cualquier otro dictado ó colorido que sea, ni á título de hospitalidad, porque todo lo espiritual ha de correr por los párrocos y ordinarios diocesanos, y lo temporal por las justicias y ayuntamientos, incluso la hospitalidad».

Olavide había escrito una extensa y luminosa memoria sobre el asunto.

Por sus méritos particulares se le había dado la superintendencia de las colonias, junto con la asistencia de Sevilla, y la facultad para subdelegar en una ó más personas, con absoluta inhibición de todos los intendentes, corregidores, jueces y justicias, y con sujeción únicamente al Consejo en la sala primera de gobierno, y en lo económico, á la superintendencia general de la real Hacienda.

Acababa de recibir este nombramiento, y disponía ya el viaje para Andalucía, cuando Juan de Zúñiga, saliendo del convento, como ya hemos dicho, se presentó en su casa.

Abajo en la calle le esperaba su criado, quien lanzaba hondos suspiros al recordar lo que acababan de dejar por correr aventuras.

En la manga del hábito había podido sacar algunas viandas; pero, como hombre previsor, pensaba en el día siguiente.

Su lealtad le había hecho seguir la suerte de su amo; pero su glotonería protestaba de aquel noble arranque de su corazón.





CAPITULO X

Castillos en el aire.



o se necesitaba ser un personaje para entrar en una casa como la de Olavide.

Allí todo el mundo tenía acceso, porque profesaba la máxima que el mendigo más humilde puede dar una buena noticia.

Al ver al joven, quedó sorprendido, mucho más cuando le habló de su parentesco.

En su visita al prior, éste no le había dicho una palabra.

Aun no estaba el joven en el monasterio, es verdad; pero acaso el jerónimo no se acordaba de sus parientes pobres.

Juan se explicó con claridad.

Entonces Olavide recordó que en una de sus estancias en Madrid había oído hablar de su primo el de Arévalo, de quien Juan era hijo.

Le felicitó por ello, y concluyó diciéndole:

—Por el hábito que vistes, poco es lo que puedo hacer por ti, porque supongo que no tendrás la pretensión que te alcance el arzobispado de Toledo. Sin embargo, te agradezco la visita, y voy á darte un consejo. Preséntate al prior de los jerónimos, que también es pariente, y no dudo que ése...

Juan le interrumpió para referirle lo que acababa de pasar.

Aquella relación causó no poco placer á Olavide, el cual rió mucho al ver el rostro compungido con que se expresaba el joven.

Aquel rostro era el de un hombre que no tiene donde comer ni donde acostarse.

—¿Conque cuelgas los hábitos?—le dijo, dándole una palmada en el hombro.

—Lo haría de buena gana, si no me quedara en cueros,—contestó el joven con grotesca expresión.

—Para eso era necesario que yo no fuese tu tío: ahora mismo vendrá un sastre...

—¡Ah señor! ¡Es que somos dos!

—¡Cómo! ¿Otro sobrino?

—No, señor; pero tengo un criado que está esperándome abajo.

Aquella ocurrencia hizo reir nuevamente á Olavide.

—Muchacho,—le dijo,—has empezado por lo último: antes de buscar quien te sirva has debido pensar en cosas más urgentes.

Por último, el sastre llegó con trajes para ambos jóvenes.

En un momento se hizo la transformación.

—Conque sepamos ahora á qué quieres dedicarte, —le dijo Olavide.—Ya sabes que el mirar á las muchachas que lavan tiene sus inconvenientes.

—Por lo mismo busco una profesión que no ofrezca ese peligro.

—Y ¿cuál es?

—La carrera militar.

—¡Que me place, muchacho! En la familia tenemos ya un prior y un hombre civil; pero nos hacía falta un general, y tú pones el dedo en la llaga... Ya pensaremos en eso. Ahora, lo principal es que os instaléis tú y tu criado: toma eso, y vuelve por aquí dentro de un par de días.

Y Olavide acompañó estas palabras con un bolsillo, donde había algunas monedas de oro.

Juan, enternecido, le pidió licencia para besarle la mano.

—¡Esto es tener un buen tío, señor!—decía Antonio ya en la calle, cuando el joven le hubo enterado de lo que acababa de pasar.

—En efecto: éste á lo menos no me priva de que mire cuanto quiera á las muchachas bonitas..., y, por lo visto, no trata de condenarnos á pan y agua.

—A propósito de pan...

—¡Ya te comprendo! Quieres decirme que es hora de comer.

—Me parece que ni á vos ni á mí nos vendría mal.

—Pues vamos.

Dirigiéronse alegres, como dos estudiantes en vacaciones, á una de las hosterías que había entonces en la villa.

Allí, después de una regular comida, que les pareció suculenta, les indicaron una casa donde por un precio módico encontrarían albergue.

Una vez instalados, Juan echó de ver que su criado se tornaba triste y maltrecho, como un profeta ante las ruinas de Babilonia.

—¿Qué te pasa?—le dijo.—¿Acaso no has comido lo bastante?

—No es eso, señor,—contestó el mozo con acento compungido.

—¿Qué es entonces?

—Que comparo el porvenir que nos espera con lo que acabamos de dejar.

—Y ¿qué deduces de tu comparación?

—¡Que somos dignos de lástima!

—¿Contando con un tío como don Pablo Olavide?

—A quien guarde Dios muchos años; pero aun así, un militar, por muy buena carrera que haga, no tendrá nunca la tranquilidad de un reverendo...; precisamente necesita perderla para ser algo. Luégo suele haber guerras; y aunque yo soy nuevo en el oficio,

he oído decir que en la guerra se reparten más coscorrones que bollos...

—Vamos, amigo Antonio, da de mano á tus temores, ó pide á Dios un buen tabardillo que te haga salir del mundo. Todas las profesiones en esta vida tienen su pro y su contra, y ya ves que los mismos frailes se mueren también.

—Sí; pero suelen morirse de viejos.

—En fin, si mi servicio te disgusta, vuélvete al monasterio, donde, por cosas tan fútiles como el mirar á una mujer, estás expuesto á morirte de hambre y á que te vapuleen...

—¡Líbreme Dios, señor!... ¡No pienso abandonaros mientras viva!... Pero sigo en mi creencia de que lo que hemos dejado vale más que lo que vamos á tomar.

Juan dejó pasar dos días, sólo dos, porque sabía que su tío don Pablo estaba ya con el pie en el estribo, como quien dice.

Al tercero se presentó en su casa, sirviendo esto de disculpa á su presencia.

Olavide le abrazó, como si le hubiera tratado mucho tiempo.

Había llegado á cobrarle afición.

En seguida puso en su mano un despacho de alférez en el regimiento de guardias valonas, y una bolsa más repleta que la primera, diciéndole:

—Creo que tengas bastante para el uniforme y los

primeros gastos; te dejo bien recomendado, sobrino mío, y con poco que pongas de tu parte harás carrera, si es que una bala no se interpone á tus deseos y á los míos. Pero no: el corazón me dice que llegarás á general. Entre tanto, ya sabes que estoy en Sevilla; si algo te hace falta, no tienes más que escribirme.

En seguida le dió algunos consejos sobre cómo había de portarse en su nueva posición, y con un abrazo se despidió de aquel sobrino á quien sólo había visto dos veces, pero á quien tributaba un afecto de muchos años.

Juan, convenientemente equipado, se presentó á sus nuevos jefes, y empezó á hacer servicio.

Aquella vida le gustaba, comprendiendo que había nacido para ella.

Era mucho más alegre que la del monasterio: á los salmos sucedían las canciones, y á los enfadosos temas del aula el relato de aventuras amorosas, que al nuevo alférez embelesaban.

En este terreno no tenía más que contar que la de su lavandera.

Sus compañeros se desternillaban de risa al oirle, y el pobre prior de San Jerónimo fué objeto de alegres chanzas y de acerbas censuras.

Su parentesco con un hombre tan reputado en la corte como Olavide le rodeaba de cierta consideración.

Tenía camaradas, y no tardó en hacerse con amigos.

Uno de éstos, el primero y el que más le apreciaba, fué Rogelio, el joven vizconde de Massi.

Desde luégo simpatizaron uno y otro.

Rogelio, que tenía algo más que contar en achaques de mundo por la posición de su padre en la corte, cautivó su corazón.

Fuera del servicio, siempre estaban juntos los dos jóvenes, y en más de una ocasión el de Arévalo había acudido á la bolsa del cortesano.

Rogelio le llevó á su casa y le presentó á su familia.

Juan, para quien era nuevo todo aquello, quedó encantado con el trato de la condesa y de su hija Adelina.

—Cualquier cosa hubiera dado,—le decía á su nuevo amigo,—por tener una madre y una hermana como las tuyas.

Sobre todo, Adelina hizo un gran efecto en su corazón, causando una impresión profunda, que debía durar siempre.

Era para Juan una rectificación de aquella lavandera por quien empezó á sufrir la persecución del más intransigente de los priores.

Aquélla había despertado su cuerpo al goce de los sentidos.

Esta despertaba su alma al amor, abriéndola horizontes nuevos, nunca sospechados.

La primera le hacía olvidar sus temas y sus libros, interponiéndose entre él y sus oraciones, lle-

nando sus sueños de torturas y de punzadores deseos.

Adelina, por el contrario, le hacía amable la vida y gustoso el trabajo.

El trabajo es una escala por la que se puede aspirar á lo más alto.

—Mucho tengo que hacer,—se decía el joven,—para fijar la atención de esa mujer. Pero no; está colocada tan por encima de mí, que por mucho que yo haga, nunca se aminorará la distancia que nos separa.

Esta idea, que llegó á ser una convicción, le hacía daño.

Estuvo algún tiempo sin ir á casa de Rogelio, porque conocía que se iba enamorando de Adelina..., y aun sospechó, y eso que no tenía amor propio, que á la joven la pasaba lo mismo respecto de él, lo cual podía considerarse como una desgracia.

Un día se encontró en la calle á la madre y á la hija, y tuvo que acompañarlas.

Ambas le dieron quejas por el olvido en que las tenía.

Juan se atrevió á aventurar esta frase, que sólo fué oída de la joven:

—¡Acaso lo que parece olvido sea sobra de recuerdo!

Adelina enrojeció.

Aunque no era doctora en materias de amor, el tono más que las palabras que empleaba Juan la hacían una dulce advertencia.

El joven alférez, instado por ambas, volvió á visitar la casa.

El idilio siguió, aunque ni una ni otro se dijeron una palabra.

Juan era demasiado discreto para faltar á la confianza que habían depositado en él.

Se contentó con amar en secreto.

Esta clase de amantes es la gente más soñadora que puede darse.

Juan se creyó tan marido de Adelina, que habiéndose unido á ella no lo hubiera sido más.

Su criado, que no era tonto, comprendió lo que pasaba.

Un día le sorprendió Juan hablando solo.

—¡Pardiez!—exclamó.—Así empiezan los que van á la casa de orates de Valladolid.

—Pues aunque os lo parezca, no estoy loco, señor.

—¿Qué materia tan grave es la que te ocupa?

—Estaba pensando en que habéis hecho perfectamente en abandonar la vida monástica.

—¡Hola! ¿Parece que al fin has caído de tu burro?

—¡Por fuerza! ¿Qué porvenir os ofrecía el convento? Ninguno. Llegar á prior cuando estuvierais cargado de años... ¡Gran cosa!... Y eso pasando por muchos sacos de lana y muchos cilicios...; mientras que ahora...

—¿Crees que es mucho mejor el que se me presenta?

—¡Sin duda!

—¡Bah! No tanto. Entre un alférez y un fraile...

—Es que vos dejaréis de ser alférez en seguida. Mucho me engaño, ó dentro de poco mandaréis el regimiento de guardias valonas, y luégo..., ¡quién sabe!

—Pues ¿cómo?—exclamó el jóven, prestando atención.

—De una manera muy sencilla.

—¡Querido Antonio, me estás diciendo cosas verdaderamente extraordinarias! ¿Qué varita de virtudes es ésa que va á hacer que mejore mi posición en tan poco tiempo?

—¡Oh!... ¡las mujeres! Si bien es cierto que las lavanderas proporcionan pan y agua y otros castigos...

—Pero ¿acaso me conoces alguna amante?

—No es necesario ser muy lince para ello, aunque vos os reservéis de vuestro criado.

—¡Pardiez! ¿Si pretenderás saber más que yo?

—Hé aquí el porvenir que os auguro: por de pronto, os dan el mando del regimiento; es decir, os hacen coronel.

—¿Por de pronto?

—Justamente... Luégo os casáis...

—¿Con quién?

—Con la señorita Adelina... Ya sabéis, la hermana de don Rogelio.

—¡Pero, Antonio!...

—Su padre, el señor conde, os proporciona un puesto de importancia en la cámara del rey; se muere vuestro tío, y os nombra su heredero...; y hé aquí que

el que es hoy vuestro criado se convierte mañana en mayordomo que cuida de vuestros intereses. Ya veis que no me olvido de mí.

—¡Pero estás loco, Antonio!

—Me parece que esto no es nada difícil.

—No; pero falta lo principal.

—¡Bah!

—Falta que yo me enamore de Adelina, y que ella me corresponda, y que sus padres consientan en nuestra unión, y que se muera mi pobre tío don Pablo.

—¿Creéis que yo me mamo el dedo, y que no sé que se ha empezado el melón?

—¡Eres un imbécil!

—Vamos, pues probadme que no estáis enamorado de esa joven.

—¿Y aunque lo estuviera?...

—Es que ella os corresponde.

—¡Cuando no la he dicho una palabra!...

—Y ¿qué? Ya se la diréis, sin que os condenen á pan y agua.

—¡Pobre Antonio! Creo que tu mayordomía debe aplazarse para las calendas griegas, como decíamos en el aula.

—A pesar de todo...

—Es preciso que tu locura escoja otro pretexto.

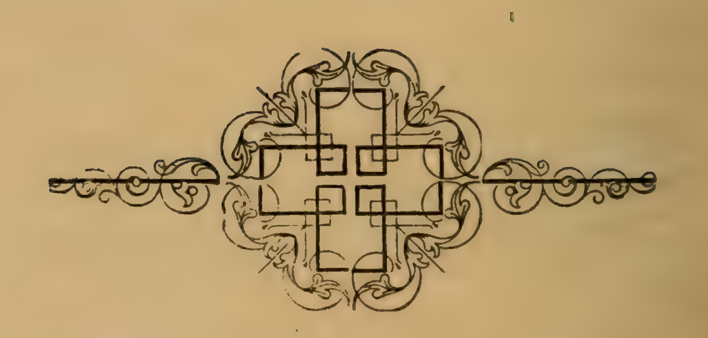
—Pues á mí no hay quien me quite que ha de suceder lo que os acabo de decir.

En algo de esto había pensado y pensaba el joven alférez, sólo que era menos franco que su criado.

¿Por qué no había de corresponderle Adelina?

¿Por qué el conde había de negarle su mano?

¿Por qué no había de heredar á su tío don Pablo Olavide, de quien no había vuelto á saber ni una palabra?





CAPITULO XI

Recursos que da la gula.



y! ¡Cómo habían variado las cosas desde entonces hasta el día en que amo y criado paseaban bajo las alamedas de la pradera del Corregidor!

El futuro coronel era paisano, y el mayordomo en crisálida, casi un mendigo.

Rogelio, disparando sobre su padre, había cerrado la puerta á toda clase de ilusiones.

Ambos estaban sin comer, y no sabían si aquella noche podrían dormir bajo techado.

El pasear el hambre es una necesidad forzosa.

La fábula de *La Lechera* encuentra muchos imitadores en el mundo.

Ya hemos dicho que en aquella hermosa mañana del mes de Junio, dando de mano á toda clase de ilusiones, amo y criado paseaban en silencio, uno delante y otro detrás.

¡Qué han de decirse dos hombres que están en ayunas á las once de la mañana!

El joven tomó asiento sobre una piedra que la casualidad le deparó; apoyó ambos codos sobre las rodillas, y escondiendo su rostro entre las manos, quedó sumido en honda meditación.

Antonio seguía viendo sobre las copas de los árboles aquella columna de azulado humo, que parecía tener relación con cierto olor á carne asada que le hablaba de un modo elocuente de la cocina del monasterio.

¡Ay!... ¡El monasterio de los jerónimos!

¡Qué bien se comía allí!

Al mismo tiempo se oía cierta algazara, uniéndose al murmullo de las aguas del río que se deslizaba á su espalda.

El Manzanares siempre ha tenido el defecto de ser murmurador.

Entre aquellas risotadas sobresalían de vez en cuando estos gritos:

—¡Vivan los novios!

¡Había quien se casaba..., quien se atrevía á divertirse allí!

Amarga irrisión del destino, cuando un estómago como el de Antonio estaba en ayunas.

Dando vueltas á las ideas en su imaginación, recordó haber oído leer á su amo alguna vez un libro que estaba muy en boga en aquella época.

Era de un tal Cervantes Saavedra, y llevaba por título *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.*

En él había un capítulo que abría el apetito al estómago más displicente.

Tratábase en él de unas bodas de un tal Camacho, en las cuales la espuma de las ollas eran gallinas y pollos.

Antonio tuvo curiosidad de saber si el novio se llamaba Camacho de apellido; porque, según el olor, lo de las gallinas podía ser verdad.

Mientras su amo se entregaba á las negras reflexiones que se desprendían de su situación, fuese alejando poquito á poco hacia aquella columna de humo, semejante á la columna de fuego que guió á los israelitas en el desierto.

El pobre Juan estaba en uno de aquellos momentos en que la pena produce la atonía del pensamiento, en tales términos, que un hombre vería desquiciarse el mundo sin inclinar la cabeza.

Era preciso renunciar á todo..., hasta á la vida, puesto que, siguiendo aquella dieta forzosa, era imposible vivir.

Juan no pensaba más que en Adelina.

Hasta entonces no comprendió lo mucho que la amaba.

Resuelto á no romper su prudente reserva, antes se contentaba sólo con verla y hablarla.

Con esto estaba satisfecho.

Era como el hidrópico, que busca el agua sabiendo que es lo que le mata.

Pero ¿cómo presentarse ya en su presencia?

Ya no llevaba sobre su cuerpo aquel brillante uniforme que tan bien le sentaba, aquella espada que le azotaba las piernas, produciendo cierto ruido marcial.

Su traje de paisano era oscuro, y le daba cierto aspecto de enterrador.

Adelina se hubiera reído de él..., en el caso de que la pobre joven hubiera estado para reirse de alguien.

Todo esto, cuando se tienen veinte años y algún aliento, desespera.

¿Por qué había estado de servicio aquella noche fatal?

¿Por qué la casualidad le llevó á casa del conde, y no á otra parte?

No es decir que estuviera arrepentido de lo que había hecho por Rogelio.

Era su amigo, y estaba dispuesto á hacerlo mil veces que fuera necesario.

Pero ni aun le quedaba el consuelo de que aquél se hubiera salvado.

Su sacrificio era estéril.

¿Qué hacer?

Estando en estas reflexiones sintió un rumor de pasos que le hizo levantar la cabeza.

Ya se había olvidado de Antonio.

Era él el que se acercaba, llevando en la mano una libreta y un suculento cuarto de cabrito.

Había averiguado que el novio no se llamaba Camacho, pero para el caso era igual.

El mozo llegaba alegremente.

Parecía el cuervo que le llevaba el pan en el pico á aquel ermitaño.

—¡Tomad, señor!—le dijo.—Hoy por hoy tenemos con que desayunarnos; mañana, Dios dirá.

—¡Cómo! ¿Contabas con algún dinero?—preguntó él.

Antonio le explicó que aquello procedía de la largueza de unos vovios que celebraban el día de su boda á pocos pasos.

—¡Cómo!—exclamó el joven, montando en cólera. —¿Has tenido la avilantez de pedir limosna estando á mi servicio?

—¡Señor, yo!...

—¡Miserable!... Vuelve eso inmediatamente á la mano de quien lo has recibido.

—¡Pero!...

—¡Ni una palabra más!... Ó si lo quieres comer, aléjate de mí...; no vuelvas á dirigirme la palabra...; busca otro amo que tenga medios para contentar tu insaciable gula.

Antonio dió algunos pasos para cumplimentar la primera parte del deseo de su orgulloso amo, adoptando la cómica actitud de un perro á quien hiciesen devolver un hueso.

Pero pasado aquel arrebato de ira, Juan calculó que el mozo no podía haberse entregado al exceso de pedir aquello como limosna; era probable que lo hubiera obtenido valiéndose de algún pretexto ingenioso.

Sobre todo, antes de probarlo, lo llevaba íntegro para partirlo con él.

Además, era muy natural que tuviese hambre y que buscase recursos para aplacarla.

En medio de todo no dejó de divertirle el semblante compungido del joven, que prefería no comerlo á disgustar á su amo.

—Antonio,—dijo.

Este no se hizo repetir el llamamiento.

—Si me pruebas que no has pedido eso como un mendigo, te permito que lo comas.

—Pero, señor, ¿habéis podido presumir que yo?...

—Porque no lo presumo, lo consiento.

—Pero ¿sin que me despidáis de vuestro servicio?

—Sin despedirte.

—Entonces... ¡ancha Castilla! Tomad, y partid, pues debe estar sabrosísimo.

—No, Antonio; te regalo la parte que pudiera corresponderme.

—¿Insistís en creer que yo me he envilecido hasta el punto de pedirlo... directamente? Si fuese así, no os lo ofrecería.

—No; cómelo sin reparo; es que no tengo apetito.

—¿Estando en ayunas desde ayer?

—¡Qué quieres! Los disgustos que nos rodean me quitan la gana de comer. ¡Quisiera ser como tú!

—¡Y á mí creo que me la dan!

—Te envidio, Antonio.

El mozo se sentó en tierra, y con la venia de su amo empezó á devorar lo que debía á su industria.

En poco más de media hora desaparecieron el cabrito y el pan.

—¡Qué buen vino daban en el monasterio!—exclamó, limpiándose los labios con el dorso de la mano derecha.

Juan suspiró.

Satisfecha su necesidad, Antonio calculó que no todos los días se casan las gentes, y que le costaría algunos proporcionarse otro almuerzo como el que acababa de hacer.

Juan seguía mudo.

Aquél se atrevió á interrumpir el hilo de sus reflexiones, diciéndole:

—Señor, ¿me permitís que exponga mi parecer sobre la situación en que estamos?

—Habla, Antonio; te lo permito..., y aun lo deseo...

—Pues bien: mi opinión es que debíamos volver al monasterio.

—¡Cómo! ¿Renunciar á?...

—¿A morirnos de hambre? ¡Pues claro que debemos renunciar á ese género de suplicio!

—Yo me acordaba en este momento de mi tío Olavide.

—También yo he pensado en él; pero es impracticable ese medio.

—¿Por qué?

—Porque vuestro tío sigue en Sierra Morena ó en Sevilla, según os dijeron la última vez que estuvimos en su casa con intención de visitarle.

—¡Es verdad!

—Mientras que le escribís y os contesta mandándoos algún recurso, ha de pasar un mes lo menos. Decidme, ¿podemos esperar treinta días sin comer ni dormir?

—¡Tienes razón, Antonio! Para ello sería preciso un milagro.

—Además, ¿qué es lo que vuestro tío puede hacer por vos? La carrera militar os cierra sus puertas por ese maldito lance...

—¡No me lo recuerdes, Antonio!

—¡Cómo no nos emplease como albañiles en alguna de las construcciones que está haciendo por cuenta del Estado!

—¡Dios mío, qué situación!

—La carrera militar tiene sus percances... Figuraos que don Rogelio no se hubiese presentado á sus jueces; lo más seguro es que hubieseis pagado por él.

—Sí, sí.

—Comparad esos peligros con la dulce quietud del monasterio..., con aquel refectorio, tan fresco en el verano, con aquellos manjares tan bien condimentados y aquel vino tan puro, cuya uva madura al in-

flujo del sol de Valdepeñas, Yepes y Arganda... ¿Qué peligros nos rodearon allí en cuatro años que estuvimos? Ninguno. ¡Que os prohiben mirar á las muchachas que lavan!... Pues no las miréis..., ó si acaso, hacedlo de modo que nadie se entere... ¡Y pensar en que á esta hora entrarán los padres en el refectorio..., mientras nosotros!...

—Pero... ¡y Adelina!

—¡Cómo! ¿Os atrevéis á pensar en ella, señor! Si cuando teníais un porvenir lejano que ofrecerla os han contenido las consideraciones que os merecía su elevada clase, ¿cómo es posible que ahora, que no tenemos sobre qué caernos muertos?...

—Dices bien, Antonio; soy un loco..., un insensato... ¡Quién sabe si ella no se acuerda ya de mí!

—Y aun cuando se acuerde..., no será para pensar en que seáis su marido.

—Sí, sí...; quiero olvidarlo todo, como uno de esos sueños de ventura que nos recrean de noche...

—Eso es; haced cuenta que habéis soñado con el convento, y que os despierta la campana que os llama á la primera misa.

—¡En el convento!...

—Después de todo, el prior no tenía mal genio...: recordará que sois su sobrino...

—¡No, no!... ¿Volver yo al monasterio?... ¡Imposible!...

—Pero...

—¡Calla, Antonio..., déjame!

Amo y criado caminaban á la sazón hacia la villa.

Nada tenían que hacer en la pradera del Corregidor; es verdad que en Madrid también lo tenían todo hecho.

Dada su triste situación, las palabras de Antonio no podían menos de labrar en el ánimo del joven.

Ya no podía volver á la milicia, que era el medio de alcanzar la mano de Adelina.

Muerta esta esperanza, lo mismo le daba ya ser monje.

Además, la pintura que acababa de hacerle su criado le halagaba.

Cuando atraviesa el alma una de esas tempestades de la vida, plácela recordar el sitio donde ha disfrutado algún reposo.

El monasterio de San Jerónimo aparecía á sus ojos como un lugar tranquilo, en cuyas pardas paredes iba á estrellarse el oleaje de las pasiones.

Sus torrecillas góticas sobresalían por encima de las copas de los árboles, como el incienso sobre la cabeza del celebrante.

Se respiraba en sus claustros una quietud agradable, y en su huerta eran las auras ledas, y casi enamoradas.

Puesto que no podía aspirar al amor de Adelina, allí, con el recogimiento de espíritu, podía pensar en ella, adorarla en silencio...

Antonio, como si hubiera adivinado tales ideas, volvió á la carga.

Conocía que era necesario trabajar muy poco para vencer los escrúpulos de su amo.

—No, no,—decía éste.—Es imposible que mi tío me reciba...

—Mal conocéis al prior cuando pensáis así.

—He sido ingrato con él.

—Pero es vuestro tío, y la sangre siempre tira.

—¡No importa!

—No es esto decir que os abra los brazos en el momento de veros; habrá su poco de sermón..., sus reflexiones sobre el tiempo perdido...; os hablará en latín alguna cosa, probablemente para llamaros ingrato, y...; pero si caéis á sus pies entonando el *mea culpa*, de seguro que concluye por admitiros..., mucho más si le probáis que la salvación de dos cuerpos y de dos almas depende exclusivamente de él.

—Pero ¿si me rechaza?...

—¿Qué arriesgáis en hacer lo que os digo? ¿Tenéis otro recurso de que echar mano?

—Comprendo todo lo que me dices..., es más, confío en su bondad; pero... no me atreveré á presentarme...

—¡Vais á atreveros!—dijo Antonio de pronto, dándose una palmada en la frente.

A la sazón se habían detenido en la calle Mayor delante de una hostería famosa.

El olor hizo á Antonio volver la cabeza y apercibirse de ello.

Veía á los mozos en el interior ir de un lado para

otro con viandas que humeaban deliciosamente, el vino chispeaba en las jarras.

Aquel era un cuadro exótico, que le inspiró el siguiente pensamiento:

—Mirad,—dijo á su amo;—dispongo de un secreto para que os atreváis á hablar á vuestro tío.

—Veámosle.

—Yo entro ahí, en la hostería, y os espero comiendo y bebiendo alguna cosa.

—¿Tienes dinero?

—No tal; y eso mismo os hará hablar al alma á vuestro tío, el cual no dejará de facilitárosle, si vos le echáis alguna de esas mentirillas veniales. Como vos sabéis que estoy aquí sin un cuarto, le hablaréis al alma para sacarme de este compromiso, pues no creo que vayáis á dejarme en la estacada...

—Pero, Antonio, ¿es posible que te acuerdes de comer en esta ocasión?—le dijo el joven admirado.

—Pues ¿cuándo se ha de acordar uno de comer más que cuando tiene hambre?

—Pues ¿y la libreta?... ¿y el cuarto de cabrito que te has engullido?

—¿Y el paseo, señor? ¿Creéis que el aire del campo no ayuda á hacer la digestión? Vamos, partid...; aquí os aguardo; no dejéis de apretar las clavijas al prior.

—Pero...

—Cuanto antes marchéis, más pronto daréis la vuelta.

Y Antonio empujó á su amo, entrando él en la hostería al mismo tiempo.

—¡Ya no hay remedio!

Y el joven partió por la calle de Alcalá hacia el monasterio de San Jerónimo.





CAPITULO XII

La levadura de Olavide.



UAN de Zúñiga caminaba como aquel estudiante que vuelve á su casa después de haber hecho novillos en la escuela y sabe que le espera su madre, inquieta, en la puerta para darle un abrazo y una zurra.

La vida tiene de estas situaciones tirantes.

Entonces es cuando uno se hace los más juiciosos propósitos y exclama para sus adentros: —«¡No lo volveré á hacer!»

La verdad es que el ex novicio y ex alférez llevaba hambre, y bajo este prisma se suben las pendientes más ásperas y se arrostran las situaciones más difíciles.

Un estómago ahito se sorprende de lo que ha hecho estando en ayunas.

No se comprenden los héroes que acaban de dejar una mesa bien servida.

En aquel momento, Juan no se acordaba de Adelina, y sí del refectorio, donde aun estarían las monjas haciendo la digestión de una comida suculenta y abundante.

Digan lo que quieran, el estómago es el rey absoluto en el organismo humano: tiene leyes ineludibles que es forzoso acatar.

Juan transpuso la esquina que formaban las últimas casas de la derecha, y se encontró en el Prado de San Fermín.

Á pesar de las reformas materiales que el gobierno de Carlos III había introducido en la población, el Prado conservaba aún su aspecto agreste, y era un sitio de poca envidiable fama.

Allí habían tenido lugar muchos desafíos y muchos golpes de mano.

Existía aún el barranco que le había hecho tan temible en tiempos de Felipe IV, y aquellas arboledas y aquellos intrincados jarales.

Hacia la izquierda empezaba un extenso olivar.

Por la derecha asomaban las torrecillas del monasterio, y entre el espacio comprendido por la calle de Alcalá y la carrera de San Jerónimo, presentaba sus orillas el barranco, oculto á trechos por jaras y retamares.

Juan avanzaba resueltamente.

Era cuestión de poner término á una situación que empezaba á ser embarazosa desde el día anterior.

Sobre todo, el hombre debe apurar todos los recursos antes de decidirse á morir de hambre en el hueco tronco de un árbol.

En aquel momento desaparecían de su imaginación toda clase de disculpas.

No quería engañar á su tío..., ni aun en el asunto de muchachas bonitas que pudiesen lavar ropa en sitio donde fueren vistas.

Llegó resueltamente al monasterio, y llamó en la portería.

El hermano no le conoció al pronto.

La ausencia del joven duró dos años; además, nó le había visto nunca con traje seglar.

Tuvo precisión de fijarse mucho.

Juan se había olvidado de su bigote, que le daba cierto aspecto militar.

El lego empezó á hacerse cruces luégo que aquél dijo que deseaba hablar á su tío.

Tras de las cruces vinieron las preguntas.

No hay seres á quienes se ocurra más que á un lego y á una monja.

Pero Juan le atajó diciendo que tenía prisa.

El padre prior estaba durmiendo la siesta.

Primera contrariedad.

El joven se brindó á despertarle por sí mismo, cosa que negaba la etiqueta monacal.

No obstante, en vista de la insistencia del mancebo, el lego se brindó á incurrir en el desagrado del reverendo, que de fijo se enojaría, como todo fraile cuya siesta interrumpen.

—Me brindo á ello,—dijo,—porque me consta que va á quedar sorprendido: no podéis figuraros lo que su reverencia se acuerda de su *pícaro sobrino*. Perdonad, pero no le he oído llamaros de otro modo.

—¿Conque se acuerda de mí?—exclamó Juan, teniendo aquello por de buen augurio.

—¡Ya lo creo!... Y más de una vez nos ha hecho rezar en el coro por la salvación de vuestra alma.

—¡Gracias, hermano! No dudo que esas oraciones han encaminado mis pasos á esta santa morada.

—¿De veras?

—Como os lo digo; vuelvo arrepentido de mis antiguos errores, como la oveja descarriada.

—¡No va á alegrarse poco su reverencia!

—Conque, hermano, si tuviera la bondad de avisarle...

—Voy al punto, y crea que sólo en su obsequio me atrevo á interrumpir...

—Pero ¿no decís que se acuerda tanto de mí? Pues en el momento en que sepa que espero su venia para presentarme...

—No obstante, valía más que no estuviese durmiendo la siesta...

El lego partió á desempeñar su cometido.

En aquel momento, el corazón de Juan latía fuerte-

mente, como el del soldado que espera la orden para atacar una trinchera defendida por una batería.

Desde luégo era un mal que su tío estuviese durmiendo la siesta.

A menos que no tomase como buena noticia la vuelta de su sobrino.

Siempre debía lisonjearle un poco que se hubiera acordado de él, de sus máximas, que le hacían renunciar al mundo y sus pompas...

Aunque, respecto á pompas, Juan no las había tenido más que fúnebres.

Fray Bernardo dormía como duerme un fraile después de comer, en la inteligencia de que ningún jerónimo comía mal.

El lego tuvo que dar tres ó cuatro veces con los nudillos en la puerta prioral.

Por último, su reverencia se despertó.

Si en aquel momento le hubieran dicho que el hombre que deseaba hablarle era el gran Mogol, tal vez se hubiera sorprendido menos que al saber que era su sobrino.

Perdonó al lego la incomodidad que le causaba en gracia de la sorpresa.

¿Qué podía quererle Juan?

¿Qué significaba su presencia allí?

Pronto iba á saberlo.

Juan subía ya la escalera que conducía al claustro donde estaba la celda prioral.

Se oían sus pasos sobre el enlosado.

Aquellos pasos eran tímidos, como cuando su tío le llamaba para reprenderle por no saberse los temas.

Fray Bernardo sonreía en su interior.

El lego no había afirmado una mentira al decir que el prior tenía muy presente á su sobrino.

—¿Qué será de ese belitre?—solía exclamar en sus momentos de buen humor.

Por último, se oyó un golpe dado humildemente en la puerta, y una voz que decía:

—¡Adelante!

Aquel momento le emplearon tío y sobrino en aderezar su semblante con arreglo á las circunstancias.

El prior tomó un ademán tan grave como humilde era el gesto del mozo.

Juan se sintió enternecido al entrar en la celda; cayó á los pies de su tío, le asió la mano y la besó.

En aquel movimiento no hubo nada de farsa.

No en balde había pasado cuatro años viviendo bajo el mismo techo.

El prior estaba mudo como una esfinge: la dignidad le obligaba á esperar que hablase su sobrino.

—Señor,—le dijo éste,—no sé si mi arrepentimiento será suficiente para atraer vuestras bondades sobre mi cabeza..., para que me perdonéis.

—Y ¿de qué os arrepentís?

—De haberos ofendido, partiendo de vuestro lado cuando tan obligado me teníais.

—Y ¿habéis necesitado tanto tiempo para reconocer vuestro error?

—Lo principal es que le haya reconocido.

—Tenéis razón... Cuando el arrepentimiento es sincero...

—El mío no puede serlo más.

—Y ¿qué habéis hecho en esos dos años?

Juan se lo refirió todo.

Fray Bernardo frunció el ceño cuando su sobrino le habló de Olavide.

—¿Os habéis comunicado mucho con ese relapso?—preguntó.

—Sólo le he visto dos veces.

—Porque, en caso contrario, no podía yo admitiros en la casa sin que hicierais pública protestación de fe.

—Si hay peligro en frecuentar su compañía, os juro que sólo dos veces he cruzado con él mis palabras.

—¿Ha sido alguna de ellas ahora?

—¡Cómo, estando en Sevilla!

—¡Ah!...

Esta exclamación del reverendo fué un tanto equívoca.

Pero entonces no llamó la atención de Juan.

El prior prosiguió:

—Conque sabiendo que procedíais del claustro, ¿no se le ocurrió hacer de vos más que un guardia valón?

—Mía fué la culpa, señor. Yo opté entonces por la carrera militar.

—¡Carrera de perdición, que expone al hombre... á

lo que á vos os ha expuesto! A morir en un patíbulo por contravenir las disposiciones de la justicia.

—Yo sólo quise hacer un favor á un amigo.

—Y ¿os atrevéis á llamar amigo al hombre que dispara un arma de fuego sobre su padre?

—Creo que las circunstancias en que se vió eran difíciles.

—¡Jesús, qué blasfemia!... Sólo falta que le disculpéis...; pero, ¡es claro!... ¡después de haber hablado con ese descreído Olavide!...

—Dos veces no más,—repitió el joven, sin comprender que su tío don Pablo podía causar la indignación del reverendo.

—Con una basta y sobra para contagiarse... Y ¿á qué venís?

—¿No lo habéis oído, señor? Me trae el arrepentimiento..., el deseo de enmendar mis errores..., de obtener vuestro perdón...

—¿Es decir que queréis volver al claustro?

—Si me creéis digno de ello...

—¿Que continuaréis vuestros estudios?

—Eso quisiera...

—Pero es necesario saber si vuestra vocación es decidida y sincero vuestro arrepentimiento.

—¡Ah señor..., no lo dudéis!...

—Es que así como hoy es día de regocijo para la comunidad si os quedáis, lo sería de escándalo mañana en que por cualquier otra circunstancia variaseis de modo de pensar.

—Os juro que no; vengo completamente arrepentido y deseando...

—Quiero creeros.

—¡Oh, gracias!

Y Juan cayó á sus pies, viendo cuán fácilmente se dejaba convencer aquel más bondadoso de los tíos y más complaciente de los priores.

—No caminemos tan de prisa,—dijo éste, levantándole;—aun es preciso hacer algo antes de presentaros á la comunidad.

El joven, en la inteligencia de que sólo se trataba de mudar de traje, exclamó:

—Mandad..., disponed...; estoy resuelto á todo.

—Traéis con vos la levadura del mundo, la levadura del cuartel, la de Olavide, en fin, que es la peor de todas las levaduras, y es preciso que os purifiquéis en la piscina de la gracia.

—Pero, señor, ¿qué habrá hecho mi tío Olavide?—decía para sus adentros el joven.

Aquél prosiguió:

—Para que la purificación sea completa y ejerza en vuestra alma un influjo favorable, es preciso que hagáis penitencia.

—La haré.

—No se trata de un estudiante que ha descuidado sus deberes, sino de un hombre que, poco ó mucho, ha tenido algún trato con el diablo.

—¡Pero, tío!...

—Y vos le habéis tenido.

—¡Ah!...

—Os despojaréis de esa ropa mundana, vistiendo sobre vuestras carnes pecadoras el ropón del penitente...; pero esto es poco aún.

Juan se estremeció de aquello que su tío llamaba poco, aun cuando no creyó que se tratara de desollarle como á San Bartolomé.

—Permaneceréis treinta días en el *in pace* del monasterio, sin tomar otro alimento que pan y agua, y eso una vez cada veinticuatro horas; emplearéis todo el tiempo en la oración; y cuando os venza el sueño, una mano vigilante descargará sobre vos unas disciplinas con todas las condiciones necesarias para el caso. Y si salís bien, como espero, de tan ruda prueba, desempeñaréis en el monasterio por espacio de un año los oficios más viles, siendo el criado de los legos y estando bajo su dependencia. Y aun si de esta prueba salís bien...

Juan, perdiendo completamente los estribos al oir aquel programa de pruebas, que equivalían á condenarle á muerte, le interrumpió, diciendo:

—Basta, no prosigáis; necesito tener muy en cuenta el respeto que me inspiran vuestras canas y los lazos del parentesco para no arrojaros por esa ventana.

—¡Cómo!—exclamó el prior, desagradablemente sorprendido.

—A un hombre se le estrangula, se le mata, se le aplasta, que todo esto, al fin y al cabo, es más noble

que el sujetarle al prolongado tormento de un año, en el cual se lacera su cuerpo, y se abofetea su dignidad, y se espanta el arrepentimiento que pudiera albergar en el alma.

— ¡Qué dice! ¡Está loco!— exclamó el prior, elevando sus manos al cielo.

—No; pero lo estaría si me sujetara á ese cúmulo de crueldades que queréis ejercer conmigo. Vengo arrepentido, ¡bien lo sabe Dios! Vengo deseoso de borrar pasados errores; y en vez de encontrarme con un recibimiento cariñoso que afirme mis buenos propósitos, me encuentro con un pariente despiadado y cruel, que desarrolla á mis ojos todo un programa de verdugo...

—¡Señor sobrino!...

—No he concluído aún... Vuestros conventos, que debían ser casas de oración, de paz y de mansedumbre, donde el alma llagada por el mundo encontrase el bálsamo consolador que destila la doctrina de Jesucristo, no son más que antros que espantan al prevaricador que se arrepiente, nidos de cuervos que esperan á la víctima para sacarla los ojos, albergues de vampiros y cubiles de lobos para sorberse su sangre y desgarrar sus carnes...

—¡Padre amantísimo, perdónale, porque no sabe lo que se dice ni lo que se hace!

—¡Lo que os pesa es que lo sepa tanto!... ¡Que haya penetrado hasta el fondo de vuestros corazones! No quiero nada de vos ni de los vuestros... Haced

cuenta que no tenéis tal sobrino, como yo me la hago de que no tengo un buitre entre mis parientes, y que Dios os perdone el mal que me causáis...

—¡Pero oye!... ¡atiende!... ¡escucha!...

Juan no le oía.

Después de dar un fuerte golpe á la puerta de la celda, bajaba como un huracán, saltando de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera.

La comunidad, advertida por el hermano portero, le esperaba en el claustro para darle la enhorabuena.

Pero en vez de una mansa oveja se encontraron con un lobo.

Los monjes, atónitos al verle salir, le abrieron paso.

Juan derribó á dos ó tres que no se apartaron tan pronto, y salió al campo.

Entre tanto apareció el prior en lo alto de la escalera, diciendo á la comunidad:

—¡Dejad pasar á ese hidrófobo!... ¡Lleva la levadura de Olavide!... ¡Dejadle pasar..., y que no vuelva!





CAPITULO XIII

¡Con la Inquisición, chitón!



UAN se detuvo en medio del Prado para respirar con fuerza, porque faltaba aire á sus pulmones.

Un paso más le hubiera hecho caer asfixiado por completo.

Se quitó el sombrero, enjugándose la frente con su pañuelo.

Allí hizo un llamamiento á la reflexión.

¿Qué le había pasado?

Una indignidad que no tenía motivo para esperar de su tío, ni éste derecho para ejercerla con él.

El prior podía no haberle recibido, pero de ningún

modo insultarle, hiriéndole en su dignidad de hombre, tomando por pretexto la religión.

No, así no se ejercía.

Espantar á un alma que va humilde y contrita, es ejercer un oficio de verdugo, muy poco envidiable.

La penitencia debe fijarse en cosas serias, no en cosas ridículas y hasta grotescas.

Privarle á un hombre del alimento necesario, encerrarle como una bestia en aquellos horribles *in pace* de conventos y monasterios, es una cosa cruel.

Pero fustigarle las carnes cuando el sueño le vence, es una cosa mucho peor que cruel, porque es ridícula.

¿Qué concepto puede formar de sus semejantes el hombre que resista tan rudas pruebas?

¿Qué de la religión que emplea tales medios para probar la fe?

Juan oyó resonar en sus oídos una frase, en la que estaba el nombre de Olavide.

—¡Ese es mi tío!—exclamó. —¡Ese es mi pariente!... ¡Ese me ve llegar á él desnudo, hambriento y sediento, y sacia mi hambre, templa mi sed, cubre mi desnudez, sin preguntar dónde voy ni de dónde vengo..., sin ocurrírsele infligirme el menor castigo! A ése me dirijo...; si no está en Madrid, sabré dónde puedo verle...; la persona que haya en su casa no negará un pedazo de pan á su sobrino; y aunque sea á pie, iré hasta donde se encuentre, para echarme á sus plantas y pedirle perdón por haber preferido á su discreta largueza los sermo-

nes de un fraile egoísta, que no tiene más que pan y agua para el que, falto de aliento, le pide alguna cosa más.

Juan tomó el camino de la calle de Leganitos.

Poco á poco fué serenándose.

A medida que lo conseguía, iba recordando la escena del convento, y no pudo menos de reirse en su interior al recordar la cara que puso su tío oyendo sus descompuestas razones.

El mal consistió en que el prior creyó que no habían pasado aquellos cuatro años.

Juan salió de allí cuando era un niño por su inexperiencia del mundo, y aquél creyó que era el mismo niño el que volvía.

No reparó en que su bozo era ya bigote, ni en que aquel niño había frecuentado el trato de los hombres y tirado de su espada alguna vez.

El prior creyó que todo estaba remediado con un castigo de estudiante.

Cuando se apercibió de su error, ya era tarde.

En cambio había oído cosas muy buenas.

Juan no podía ocultar sus veintitrés años; y aun cuando su situación era crítica, le hacia gracia su desparpajo en presencia del prior.

—¡Pobre tío!—exclamaba.—La verdad es que yo he estado algo duro con él...; pero, ¡caramba!..., ¡no pretendía él estarlo menos conmigo!... En fin, veamos si yo adquiero noticias de mi buen tío Olavide..., y so-

bre todo, si encuentro un alma caritativa que me dé un pedazo de pan.

Aun cuando la distancia que separaba el Prado de la calle de Leganitos era grande, Juan la recorrió en media hora, gracias á sus piernas de veintitrés años, aun cuando aquel día las había puesto á prueba.

Atravesó la plaza de Santo Domingo, penetrando en la calle que buscaba.

Desde luégo llamó su atención un grupo de gente que había á uno y otro lado mirando hacia los balcones.

En la puerta de la casa vió dos alguaciles del Santo Oficio, que le miraron de cierto modo al entrar.

Subió la ancha escalera con el corazón algo oprimido, porque aquel encuentro no era para tranquilizar á nadie.

Sin embargo, no creyó que se tratase de su tío.

Olavide, bien quisto en la corte, no debía temer nada.

Es verdad que en la corte es donde más rápidamente cambian las fortunas.

Al llegar al descanso donde estaba la gran puerta de entrada, vió que otros dos alguaciles, en presencia de un escribano, la cerraban, poniéndole los sellos de la Inquisición, en señal de que allí no debía intervenir nadie más que el Santo Oficio.

Era imposible dudar que se trataba de su tío.

Y por si acaso persistía la duda, se la desvaneció el escribano.

Al ver que el joven se detenía allí, preguntó con modales nada escogidos para quien no le había faltado:

—¿A quién buscáis?

—Al señor don Pablo Olavide,—contestó el mancebo.

El escribano se encogió de hombros.

—¿No está?—preguntó aquél.

—Bien veis que no, puesto que sellamos su casa; no habíamos de dejarle ahí encerrado. Está en los calabozos del Santo Oficio.

El mancebo, algo picado, contestó:

—Pues bien veis que, encierro por encierro, lo mismo podíais haberle dejado en su casa.

En seguida, y recordando aquello de «¡con la Inquisición, chitón!», descendió rápidamente la escalera, pesaroso de haber hablado tanto.

Apenas puso el pie en la calle, oyó una voz de mujer que le decía:

—¡Don Juan!... ¡Señor don Juan!

El joven volvió la cabeza.

En el portal de una casa inmediata hablaban dos mujeres.

Creyó reconocer á la que le llamaba, aunque no recordó dónde ni cuándo la había visto.

La otra le hizo una seña con la mano, diciéndole cuando aquél se acercó:

—Aunque sólo he tenido el gusto de veros dos veces, os he reconocido en seguida.

—Yo también creo... Si quisierais ayudar mi memoria...

—He servido en calidad de ama de gobierno á vuestró tío el señor don Pablo.

—En efecto, ahora recuerdo haberos visto en su casa.

—¿Venís á buscarle?

—Sí.

—¿Conque no sabéis lo que sucede?

—Me ha dicho el escribano que está preso...

—¡Pobre señor!... ¡ay, sí!... ¡es muy cierto que lo está!...

—Pero...

—Vino hace poco de Sevilla; en el momento de presentarse le prendieron, y la Inquisición ha estado algunos días en su casa registrando sus papeles, y ahora se emplea en poner los sellos á todos los armarios y puertas... Han cometido la indignidad de no dejarme permanecer en la casa, consintiendo á duras penas en que sacara mi ropa; y á no ser por esta vecina...

—Pero ¿de qué le acusan?

—No lo sé... Creo que es cosa de allá de Sierra Morena...

—Y ¿no es permitido verle?

—Estando en los calabozos de la Inquisición, ¿quién piensa en ello? ¡Jesús! ¡Dios nos libre!... Pero si yo puedo serviros en alguna cosa...

—¡Mil gracias! ¿Cómo os llamáis?

—Úrsula, para servir á Dios y á vuestra merced.

—Pues bien, Úrsula, quisiera veros mañana, por si tenéis alguna noticia de mi pobre tío... Naturalmente, vos podéis saber de él antes que yo.

—Me tenéis aquí á vuestra disposición á cualquier hora del día...

—Entonces nos veremos mañana.

—¡Válgame Dios qué desgracia!... ¡Y qué bien vivíamos aquí!... Pero vuestro tío, corriendo tanto... ¡Es claro!..., el que mucho corre, por fuerza ha de tropezar y de caer alguna vez.

Juan se despidió del ama de gobierno, y partió de allí desesperado, con la muerte en el corazón.

Entre dos tíos, no podía disponer de ninguno: el prior le arrojaba de su lado, pues á esto equivalía el ofrecerle pan y agua y mortificación; y el otro, en quien más confiaba, estaba preso.

En aquel momento, y sin saber por qué, se acordó de la exclamación del prior cuando le preguntó si le había visto antes de acudir á él, en el mismo día.

¿Sabía fray Bernardo algo sobre su suerte?

El corazón le decía que sí; pero ¿por qué habérselo ocultado?

También le llamó relapso, y dijo que la levadura de Olavide era la peor de las levaduras.

Esto coincidía un tanto con su prisión.

Indudablemente el prior sabía algo, en cuyo caso su conducta era solapada, porque en vez de hablar se había callado.

Fuera como fuera, tuviera conocimiento de ello ó no, nada importaba para la esencia del hecho; su tío era víctima de una desgracia que convenía conocer.

Aunque ¿para qué?

¿Podía él auxiliarle en algo, careciendo de todo en absoluto?

Porque la situación de Olavide agravaba la suya en tales términos, que ya sólo podía esperar la miseria como corolario.

Sin embargo, digámoslo en su obsequio.

En aquel momento sólo le ocupaba la desgracia de aquél.

Desdicha, y no pequeña, era estar preso; pero estarlo por la Inquisición, complicaba el asunto más inocente.

Los dichos del vulgo tienen su razón de ser, y el que afirmaba que con la Inquisición, chitón, decía una gran verdad.

Y eso que entonces el Santo Oficio era un tribunal que había venido á menos.

Distaba mucho de su antigua preponderancia del tiempo de Felipe II.

Había perdido la parte sombría que le distinguiera en aquel período: sus calabozos no tenían ya plétora de cuerpos humanos, y los hierros de sus tormentos se enmohecían en la inacción.

En tiempo de Carlos III, digámoslo en honra suya, ningún árbol había dado leña para alimentar sus hogueras, que parecían tener algo del fuego del infierno; y

el espíritu luminoso de la época, que se cernía en todas partes, hacía cambiar de oficio á aquellos sayones infames que amasaban su pan con lágrimas, casi siempre inocentes, que bañaban sus manos prevaricadoras en sangre de las víctimas.

Pero los antiguos recuerdos hacían que se pronunciase aún con más horror que respeto el nombre de aquel tribunal, y no era ninguna dicha ingresar en las cárceles de la Inquisición.

Juan no desesperaba del todo respecto de su tío, sabiendo que contaba en la corte con muchas y muy buenas relaciones, empezando por el mismo rey.

Había estado preso otra vez cuando se le hizo venir de Suiza, y salió incólume.

Pero entonces la Inquisición no había tenido nada que ver con él; fué un tribunal civil el que le juzgó y dictó su absolución.

Lo principal era saber de qué se le acusaba.

Pero ¿por qué medios?

Esta idea le llevó naturalmente á pensar en su amigo el joven vizconde de Massi.

A estar en otra situación, nadie mejor que él le hubiera enterado.

Pero no podía acercarse á él ni á ninguno de su familia.

El estado del pobre Rogelio era sin duda mucho más grave que el de Olavide.

Por lo menos, el padre de éste no se prestaba á ninguna agresión, porque no vivía.

Ello es que Juan tuvo que contentarse con sus buenos deseos respecto á su tío, pues carecía de medios para saber de su situación.

Un fuerte dolor de estómago que sintió en aquel momento le hizo pensar algo en la suya.

Estaba anocheciendo, y el pobre joven no había comido nada desde la víspera.

Era muy natural que su estómago le hiciese aquella advertencia.

Pero entonces...

¡Qué horror!

¡Pobrecillo! ¿Qué habría sido de él?

Nos referimos á Antonio, de quien Juan no había vuelto á acordarse hasta aquel momento.

Antonio, metido en una hostería desde las doce de la tarde, esperando su vuelta con algún dinero del reverendo prior para redimirle de aquella cautividad.

¿Qué pensaría de su amo en aquel momento?

Era indudable que estaría en algún cuerpo de guardia detenido por insolvente.

La verdad es que Zúñiga no tuvo tiempo de pensar en él.

Las peripecias que le habían ocurrido durante aquel día se lo estorbaron.

Primero el monasterio, luégo la Inquisición.

¡Oh! Era preciso buscarle, dar con él, por más

que no tuviese medios para remediar su situación, que debía ser aflictiva.

En el espacio de tantas horas se habría visto obligado á cantar la palinodia, y por lo menos no habría podido escapar sin una buena paliza para hacer la digestión del almuerzo.





CAPITULO XIV

Donde menos se piensa... salta una cena.



IRIGIÓSE inmediatamente á la hostería de la calle Mayor, donde le hubo dejado por la mañana.

Pero no sabía cómo preguntar, porque allí, de fijo, ignoraban su nombre.

Sin embargo, tenía un dato, y entró.

Era la hora clásica en que los bebedores se reunían en cónclave.

Cada cual había salido de sus faenas.

Sin embargo de que el público de las hosterías era muy distinto del que frecuentaba las tabernas.

La hostería era como la fonda de hoy, aunque algo más democratizada.

No había en su lista esos nombres extranjeros que engañan el estómago, empezando por engañar la vista.

Allí se servían platos enteramente nacionales.

Era la cocina española la que brillaba en todo su esplendor en aquellos establecimientos.

El clásico *guisado* de vaca ó de carnero con patatas y otros misterios, el *jigote*, la *chanfaina*, la *ropa vieja*, los *callos*.

Estos eran los platos de salsa.

Después había cabrito ó cordero asado, y también ternera fiambre.

Pero el que no tenía hambre, y sí sed, podía beber buen vino, con tal de que lo hiciese por botellas.

El *copeo* estaba suprimido como costumbre de taberna.

Es decir, que á la hostería iba lo más selecto de los bebedores, y sobre todo los que bebían con pudor.

Por más que de allí saliesen también personas en el más completo estado de embriaguez.

Pero estaba menos mal considerado embriagarse en la hostería que en la taberna, por más que el bebedor no llevase en el bolsillo una certificación de haber bebido en éste ó el otro establecimiento.

Juan conocía ya tales casas: las había frecuentado en sus buenos tiempos, cuando era alférez de la guardia.

Triste es que un hombre á los veintitrés años tenga que recordar sus buenos tiempos.

Dirigióse resueltamente al mostrador, endilgando al dueño la pregunta siguiente:

—Esta mañana á las doce, ¿no ha estado comiendo aquí un joven, sobre poco más ó menos de mi edad, de humilde traje?

—Caballero, ¡han venido tantos!...; porque mi casa es de las más acreditadas en el ramo...

—Ya lo sé,—contestó Juan, que no sabía una palabra.—Os daré un detalle: el joven á que me refiero ha debido despachar él solo la ración de cuatro personas.

El hostelero se sonrió, como hombre que está en antecedentes de lo que le dicen.

—¿Se llama Antonio?—preguntó á su vez.

—Justamente.

—Y ¿vos os llamáis don Juan de Zúñiga?

—Para serviros.

Entonces el hostelero saludó, echando mano al gorro, y dijo con más cortesía:

—En ese caso, podéis sentaros y tomar lo que os plazca; ese joven vendrá á buscaros.

—Pero... ¿os ha pagado?—preguntó Juan en el colmo de la admiración.

—¿Acaso vuestro amigo tiene la costumbre de no pagar lo que consume?

El joven comprendió que había dicho una tontería; para enmendarla, repuso:

—Quiero decir que si al satisfacer su cuenta dejó algún recado.

—Precisamente: estuvo aquí mucho tiempo, más de tres horas; el mozo que le servía empezaba á estar con cuidado, porque no hacía más que mirar á la puerta y suspirar: esto, en tales casas, es mal síntoma.

—Adelante.

—Pero sin duda esperaba á alguien.

—Indudablemente, á mí.

—No, no era á vos sólo.

—¿Pues cómo?

—A poco entró una mujer...

—¿Una mujer?

—Se sentó en su mesa, y tomó... no sé qué. Permanecieron hablando cerca de una hora. Luégo que ella se fué, él pagó su cuenta. Se acercó al mostrador y me dijo que si acaso entraba aquí un joven de vuestras señas, le preguntase si se llamaba Juan de Zúñiga, y que, en caso afirmativo, le invitase á tomar lo que quisiera, que él volvería luégo.

—¿Os dijo que se llamaba Antonio?—preguntó Juan con alguna inquietud, que, por la circunstancia de su cita con una mujer, dudaba de que fuese su criado.

—Exactamente,—contestó el hostelero, añadiendo en seguida:—No ha vuelto aún, y temo que le haya sucedido alguna desgracia.

—¿Cómo una desgracia?

—Sí, señor.

—Pero ¿en qué os apoyáis para abrigar tal creencia?

—Os diré: tan luégo como me dejó el tal recado y me hizo la advertencia, salió de mi casa; al poco tiempo

sentí en la calle voces como de disputa; me asomé, y vi á nuestro hombre liado á bofetadas con un alguacil del Santo Oficio.

—¡Cómo! ¿Antonio?

—Se reunió mucha gente, acudieron algunos salvaguardias, y se los llevaron á los dos.

—Buen hombre, creo que os equivocáis.

—En ese caso, será él el que se equivoque; pero no: las señas son mortales; dijo llamarse Antonio, y vos Juan de Zúñiga.

—En efecto, parece...; sin embargo...

—Os he dicho lo que él me encargó; ahora vos haréis lo que os parezca.

Juan saludó, apartándose del mostrador, sin saber qué determinación tomar.

Hubiera comido algo de buena gana.

El tufillo que exhalaban las viandas que servían los mozos á los parroquianos le causaba vértigos, duplicando la ferocidad de su apetito.

En aquel momento se hubiera comido un carnero, sin dejar ni los huesos, ni aun la piel si hubiera costumbre de servirlos así.

Pero ¿y si el hostelero, por más que no lo pareciese, se había equivocado?

¡Andar Antonio en líos de mujeres y á la greña con los hombres!

Además, ¿cómo pagó no teniendo dinero?

Y aun admitiendo que fuese él, la cuestión en que intervinieron los salvaguardias podía haberse enreda-

do, impidiéndole cumplir sus propósitos de volver.

Decidió esperarle un rato, aunque sin tomar nada.

Al efecto ocupó uno de los rincones de la gran sala de la hostería, donde no estorbase al que hacía gasto, y desde donde no se le escapaba quién entraba y quién salía.

Allí pasó una media hora de un tormento indecible.

La vista de los platos llenos y humeantes y el olor que despedían aumentaba las punzadas de su estómago.

Este estaba en completo estado de rebelión.

El estómago, como depende directamente del ins tinto, no admite razones cuando pide alimento; es un déspota á quien no se puede engañar.

Juan estuvo más de una vez por romper todo género de consideraciones y comer algo, ateniéndose luégo á las consecuencias.

Pero éstas no podían menos de ser vergonzosas para un joven como él, sobrino de don Pablo Olavide y del prior de San Jerónimo, cuyos personajes eran tan conocidos en la corte.

Muchas veces se le ocurrió la idea de que en tales ocasiones el hombre que tiene familia es un desventurado.

Por último, exhaló una exclamación de alegría.

Su criado Antonio acababa de presentarse en la sala, mirando á todas partes, como si le buscase.

Dirigíase hacia el mostrador con la idea de preguntar por él, cuando Juan le atajó el paso.

El primer movimiento del mozo expresó la satisfacción; después se puso serio, como quien está ofendido, exclamando:

—¡Vaya, que se puede confiar en vos!

—Ya ves que he venido...

—Pero al cabo de ocho horas, cuando podía ya estar enterrado, y mis huesos roídos por los gusanos.

—Lo principal es que nos hayamos encontrado.

—Es verdad; pero á esta hora no nos abrirán en el convento.

—Ni nosotros nos expondremos á que nos hagan ese desaire.

—Pues ¿dónde dormimos esta noche?

—En la calle, amigo Antonio.

—¡Cómo! ¡Fray Bernardo!...

—¡No me hables de él!

—¿No ha querido recibiros?

—Sí; pero para matarme de hambre y á golpes.

—Ahora recuerdo. ¿Estaréis en ayunas?

—¡Cómo y con qué había de haber comido!

—Está bien; sentémonos, que yo también me encuentro con regulares disposiciones.

—¿A pesar de tus dos almuerzos de esta mañana?

—¡Oh! ¡Dónde estarán ya!...

Amo y criado, aunque por entonces parecían tro-

cados los papeles, porque era éste el que pagaba, ocuparon una mesa en una de las habitaciones interiores, donde se hicieron servir una cena abundante y casi suculenta.

Juan le suplicó que le dispensase de hablar por algunos minutos, hasta aplacar el hambre que le devoraba.

Antonio, sin dejar de comer, le miraba con satisfacción, diciéndole:

—¡No sabéis la alegría que me proporciona el convidaros por primera vez en mi vida!

—¡Y en qué ocasión, amigo Antonio! Si tardas un minuto más, caigo desfallecido.

—Ya veis cómo fué buena idea la mía al entrar aquí esta mañana: si os sigo al monasterio, á esta hora no podríamos satisfacer una necesidad tan apremiante.

—A propósito, Antonio: ¿cómo te has proporcionado recursos?... El hostelero me ha contado no sé qué historia de una mujer y un alguacil del Santo Oficio...

—Y os ha dicho la verdad.

—Según eso, ¿tú también tienes trapisondas?...

—¡Líbreme Dios, señor! Ya conocéis mi carácter y mi temperamento.

—Pues por lo mismo no me explico.

—En primer lugar, ¿estáis cenando bien?

—¡Opíparamente! No me acuerdo de haber comido con tanto apetito en mi vida.

—Pues agradecédselo á vuestro tío.

—¿A cuál de ellos?

—A don Pablo Olavide.

—¡Cómo!

—Él es quien nos convida.

—¡Imposible! Mi pobre tío gime á esta hora en las prisiones del Santo Oficio.

—¡Ah! ¿Sabéis?...

—He estado esta tarde en su casa por ver si remediaba nuestra triste situación.

—Pues, á pesar de todo, á él le debemos esta cena.

—Vamos, Antonio, te suplico que no te chancees: hay situaciones en que es impío el hacerlo..., y el pobre don Pablo no estará ahora para emborrachar á su sobrino.

—¡De fijo!

—Entonces, ¿á qué afirmas?...

—Si él no tiene intención de convidarnos, por lo menos el dinero que va á pagar es suyo.

—¿Ves cómo hago yo bien en creer que estás mezclado en trapisondas?

—Pues hacéis muy mal, señor: lo que sí debéis creer es que el hombre no ha de ir buscando acontecimientos, sino esperar tranquilamente á que los acontecimientos vayan á buscarle á él.

—¡Puede que tengas razón!

—Vos mismo sois testigo y ejemplo de esta verdad. Habéis ido en busca de dos tíos para que nos proporcionaran por lo menos comida para hoy y albergue

para esta noche, y no habéis encontrado á ninguno. En cambio, yo he venido aquí esta mañana sin idea ninguna de encontrar, y he logrado lo que á vos os negaban. La suerte es una loca, á quien no es posible poner la camisa de fuerza para sujetarla: vale más dejarla pasar y ver si puede uno quedarse entre las uñas con algunos jirones de su vestido.

—No puedo contradecirte en nada, amigo Antonio, porque, como acabas de decir muy bien, y yo reconozco, soy ejemplo y testigo de lo que afirmas; pero ya que hemos cenado bien, gracias á Dios, podías referirme algo de lo que sabes, porque indudablemente sabes algo.

—¡Y aun algos, como decía Sancho! Yo también he leído el *Quijote* en mis ratos de ocio en el monasterio.

—¿Luego no desconoces la causa de la prisión de mi pobre tío?

—Tanto como él..., y mejor que vos, por lo visto.

—¿De veras?

—Os aseguro que es una causa grave..., y no sé cómo saldrá de ella.

—¿De qué se le acusa?

—¡De hereje!—contestó Antonio bajando la voz.

—¡De hereje!—exclamó el joven aterrado.

—Ni más, ni menos.

—Pero... ¿llegará el caso de quemarle?

—Ya sabéis que el rey y sus ministros son opuestos á esos actos, en los que se pide al infierno un poco

de su fuego para que alumbre; por otra parte, don Pablo Olavide tiene buenas relaciones en la corte; sin embargo, no me atrevería á asegurar...

—¡Hereje él!...

—Ya veis que es una acusación muy grave.

—Habla, habla, Antonio; refiéreme lo que sepas..., no me ocultes nada.

—Para proceder con orden y claridad, empezaré por mi historia desde que nos separamos esta mañana.

—Sí, sí...; confieso que está llamándome la atención desde que ha llegado á mi noticia el episodio de esa mujer con quien has almorzado.

—¡Supongo que no me lo imputaréis á pecado!—exclamó el pudibundo Antonio, ni más ni menos que si aun fuera lego del convento de San Jerónimo.

—¡Hombre, creo que no le constituye el almorzar con una persona de otro sexo...; nada más que almorzar!

—¡Es todo lo que ha pasado!

—Pero constituye sospecha la intervención del ministril.

—Es que los ministriles del Santo Oficio son muy suspicaces cuando se trata de sus mujeres.

—Según eso, ¿la individua en cuestión?...

—Con tantas preguntas no vamos á terminar en toda la noche.

—Dices bien.

—Pues que nos sirvan una botella de vino, porque se

me va secando la garganta, y aun tengo mucho que hablar.

El mozo de la casa acudió al llamamiento, sirvió lo pedido, bebieron ambos jóvenes, y Antonio dió comienzo á su relación en estos términos:





CAPITULO XV

Historia de cinco pesos.



E dejasteis aquí esta mañana á las doce. A pesar del cabrito y el pan que había comido á primera hora en la pradera del Corregidor, mi apetito, medianamente satisfecho, volvió á molestarme. No sé si sucederá á los demás lo que á mí: aun cuando haya comido bien, la duda de si lo haré al día siguiente hace ineficaz el alimento que acabo de tomar. Por lo tanto, no bien me senté en esta misma pieza pedí un almuerzo regular, con el correspondiente vino.

Estaba tranquilo respecto á vuestra vuelta, que podía retrasarse más ó menos; pero de todos modos os esperaba, y os esperaba con dinero.

Francamente, tenía formada mejor idea del prior: acaso se ha maleado desde que faltamos del monasterio, lo cual no es creíble en un hombre de sus años.

Pasaron dos horas, tiempo más que suficiente para que hubierais formulado vuestra petición y él la hubiera satisfecho.

Entonces empezó mi inquietud; no porque desconfiase de vos, lo confieso, sino de los hombres en general, y de los priores en particular.

Ya no me encontraba bien aquí.

Sentía vivísimos deseos de trasladarme á una gran distancia de esta casa.

No hacía más que mirar á la puerta, comprendiendo instintivamente que era el camino de mi salvación.

El mozo debió apercibirse de lo que significaban aquellas miradas y aquellos suspiros, y no me quitaba ojo.

El muy tuno temía que me escapase sin pagar.

Se conoce á la legua cuando un hombre no tien dinero: ya veis cómo ahora no repara en nosotros y está tranquilo.

Yo empecé á canturrear el *Tantum ergo*, ni más ni menos que si estuviese ante el facistol del monasterio, como para persuadirle de que el hombre que ejecuta cantos religiosos no puede estar animado de tales sentimientos.

Pero cuando una sospecha entra en la mente del mozo de una hostería, no hay salmos ni antífonas que la hagan desaparecer.

De repente entra una mujer.

Ella se fija en mí, yo me fijo en ella, nos conocemos, y nos saludamos con la efusión que presta el paisanaje y algunos años sin verse.

Era de Arévalo, vecina mía, y habíamos cogido nidos y merodeado fruta cuando pequeños en las huertas del pueblo.

Se sienta y pide.

A mí lo mismo me daba ya deber dos pesetas más que menos.

Me entera de su situación, como era muy natural.

Estaba bien; hacía tres años que se había casado con un ministril del Santo Oficio, que profesaba al mismo tiempo el oficio, no santo, de quedarse con algo entre las garras siempre que podía.

Por lo demás, según me dijo ella, estos detalles sólo se los daba á un paisano con quien tuviese mucha confianza.

—Justamente, —prosiguió,—mi entrada aquí es con el objeto de cambiar una onza de oro procedente de un bolsillo, donde había varias, que *se encontró* ayer mi marido haciendo un registro.

—¡Una onza de oro!—exclamé yo, abriendo tanto ojo, y empezando á mirar á mi paisana bajo muy diferente prisma.

—Sí,—me contestó;—creo que tiene muchas el hereje: el bolsillo estaba tirado en una mesa, como si se despreciase la cantidad.

—Pero yo creí que las onzas de los herejes no debían ser tocadas por manos cristianas.

—Aun no está probado que lo sea ese don Pablo Olavide, y entre tanto...

—¡Mi tío!—interrumpió Juan.

—Ese mismo efecto me causó el nombre y apellido que mi paisana acababa de pronunciar. La pregunté para cerciorarme, y no cabía duda. Se trataba de un señor que habían hecho venir de Sevilla, donde desempeñaba un cargo importante en las nuevas poblaciones instaladas en Sierra Morena.

Tenía casa puesta en Madrid en la calle de Leganitos

En fin, que era el mismo.

La mujer no sabía más sino que se le acusaba de herejía, y que en el momento de llegar de Sevilla ingresó en la cárcel del Santo Oficio, por el que se le seguía causa, habiéndose practicado un escrupuloso registro en su casa, que dió por resultado el *hallazgo* del bolsillo y de algunas otras cosas de menor cuantía.

En el caso en que me hallaba, aquello era secundario para mí, por más que no haya olvidado ni olvide nunca lo que vuestro tío hizo por nosotros.

Atendiendo, pues, á mi negocio, y valido de la confianza que tenía con ella, la hice una pintura fiel de mi situación, concluyendo por decirla que en aquel momento no tenía para pagar lo que había consumido.

Mi paisana se echó á reir.

Y como los herejes abundan, y su marido es tan á

propósito para los registros, cambió la onza y no tuvo inconveniente en darme cinco duros.

Yo la colmé de bendiciones.

Nos despedimos, y salió.

Seguíla al poco tiempo, pues ya me cansaba de estar aquí, dejando en el mostrador un recado para vos, pues no dudaba que tarde ó temprano volveríais.

Pero al llegar á la puerta tuve un encuentro fatal.

El marido de mi paisana, por motivos particulares que yo no conozco, debe desconfiar de su mujer.

La espió.

Nos vió hablar y comer juntos, y dedujo de esto lo que no pasaba.

Ello es que al salir á la calle me increpó duramente, diciéndome no sé qué cosas sobre el respeto de la propiedad y del séptimo mandamiento, que nos manda no desear la mujer del prójimo, incluyendo en este número á los ministriles del Santo Oficio, cuyo fuero, según me dijo, yo había hollado.

Traté de probarle, de la mejor manera, que era un bárbaro.

Pero él debió encontrar dura la frase, y acostumbrado á vencer en todas partes por la circunstancia de no ir nunca solo, me alzó la voz y la mano.

Yo, que no soy sordo ni manco, le contesté en el mismo lenguaje.

Se reunió gente, vinieron salvaguardias, y dieron con nosotros en un puesto de seguridad.

Avisada su mujer, explicó el caso satisfactoriamente, diciéndole quién era yo, y que se trataba de una amistad cimentada sobre las ramas de los árboles cogiendo nidos.

El hombre se dió por satisfecho; y como la cosa no había pasado de cuatro cachetes, y él dijo que era ministril, y yo, por no ser menos, pasé por el criado de un capitán de guardias valonas, nos pusieron inmediatamente en libertad.

Quedamos los mejores amigos del mundo, y desde allí nos fuimos á beber.

Ahí tenéis el motivo por el cual os decía hace poco que nuestra cena de esta noche la pagaba vuestro tío.

—Y ¿no se te ocurrió preguntar á ese alguacil?...

—¡No que no!... Pero sabe lo que su mujer me dijo: que vuestro tío ha sido acusado de hereje en Sevilla... ¡Ah!... y que mañana se ve la causa con la asistencia del reo.

—¿Dónde?

—En una de las salas de la cárcel.

—¿A qué hora?

—A las once.

—Iré... Es preciso que yo le vea..., que sepa que su sobrino no le olvida en la desgracia.

—No podréis conseguirlo.

—¿Por qué?

—Porque me parece que la vista es á puerta cerrada... Se va á dar al acto gran solemnidad; parece que

están invitados los ministros y muchos magnates y religiosos de varias órdenes... Será lo que llaman *un autillo*, es decir, un auto sin hoguera.

—Antonio, es preciso que yo también asista.

—¡Y me lo decís á mí, como si yo distribuyera las invitaciones!

—Te lo digo á ti, porque la casualidad te ha hecho amigo del ministril, y tal vez ese hombre, como de la casa, pueda introducirme en la sala donde va á tener lugar la vista.

—No dudéis que yo haré lo posible por conseguirlo, pero...

—Pon en juego el ascendiente que tienes sobre tu paisana....

—¡Se me figura que decís eso con cierto retintín que ofende mi pudor de soltero!

—Sosiégate, Antonio; nunca se me ha ocurrido dudar de tu castidad.

En aquel momento llegó el mozo á decirles que ya era hora de cerrar.

Las ordenanzas municipales se cumplían en aquel tiempo con extraordinaria rigidez.

Antonio pagó, y ambos salieron á la calle.

—¿Sabéis lo que os digo, señor?—preguntó el mozo con atribulado acento.

—Dilo, y lo sabré.

—Que de los cinco duros que me dió mi paisana, apenas nos queda para alquilar esta noche una habi-

tación y tomar mañana un ligero desayuno. Hemos despilfarrado lo mismo que nobles de la India.

—¡Eso tú, que has almorzado hoy tres ó cuatro veces!

—¡Es verdad! Yo creí que cinco duros darían más de sí.

—En cuanto á mañana..., puede que, yo á lo menos, no necesite nada.

Y la voz del joven se hizo muy sombría al pronunciar estas palabras.

—¡Pues cómo!—exclamó Antonio alegremente, creyendo que se trataba de una buena solución.

—Tengo un proyecto.

—Pero...

—Es inútil que me preguntes: hasta mañana no le conocerás.

—Pues vamos á dormir; confieso que lo necesito, pues tengo la cabeza algo pesada.

Aquella noche descansaron en una de las vetustas posadas que había en la Cava baja, con *cuartos reservados para caballeros*.

Durmieron bien, por lo mismo que por la mañana hacían ánimo de no dormir ni bien ni mal.

Se disfruta más de aquello que se presenta cuando no se espera.

El día no pasó mal.

Pero ¿y el siguiente?

Tal fué la pregunta que Antonio se dirigió al acostarse.

Pero como confiaba en su suerte, soñó que su amo era coronel de guardias, que se había casado con Adelina, y que obtuvo para él la dignidad de prior en el real monasterio del Escorial; lo que tenía desesperado á fray Bernardo de Zúñiga, que sólo había podido obtener el de San Jerónimo del Prado.

Así es que al día siguiente no comprendió bien cuando su amo le decía que fuese en busca del ministril.

El incorregible glotón se despertó pensando en almorzar.

—Luégo que adquiera yo la seguridad de que puedo asistir á la vista de esa causa, lo haremos,—le contestó el joven.

Antonio se alegró.

Así podría entregarse más tranquilo á los placeres de la gula.

Al mismo tiempo pensaba en que el alguacil podía convidarle á *tomar la mañana*.

Tomar la mañana para Antonio era comerse una docena de bollos, acompañada de medio cuartillo de aguardiente.

Sucedió como él lo pensaba.

El alguacil, enterado de que su amo era sobrino del reo, prometió colocarle en sitio á propósito para que no perdiese ni un detalle de la lúgubre ceremonia.

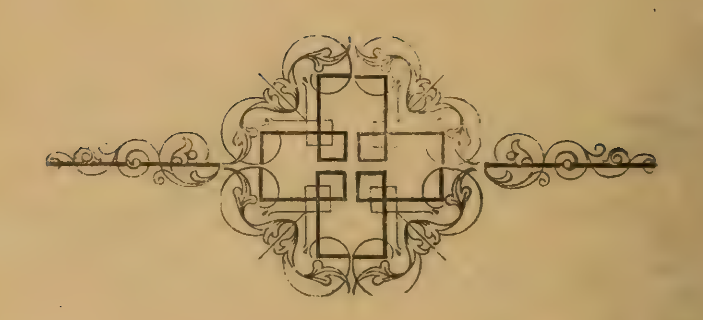
Al efecto quedaron citados á los once menos cuarto en un sitio próximo al edificio destinado á cárcel.

Juan y el alguacil entraron.

Antonio debía esperarles en casa de la paisana.

Con lo cual aquel día se aseguró dos almuerzos.

—¡Váyase lo uno por lo otro!—exclamaba engullendo á más y mejor.—En cambio es fácil que hoy no coma, ni duerma esta noche, como no me preste algún perro su covacha.





CAPITULO XVI

El autillo.

En la vida de don Pablo Olavide tomaron parte dos entidades poderosas.

La laboriosidad y el azar.

El segundo triunfó de la primera.

Cuando la suerte no acompaña, es inútil cuanto se intente.

Al pie de una mina hay dos soldados: uno de ellos se salva, cuando el otro perece.

Los dos corren el mismo riesgo, sólo que és diverso su destino.

Olavide partió á Sevilla con el elevado cargo que le hacía árbitro de todo cuanto se intentase en Sierra Morena para las nuevas poblaciones.

Era el hombre de las empresas: tenía el talento de saber cómo se llevaban á cabo después de empezadas.

Su energía removía la palabra «obstáculo», que, sin embargo, nunca desapareció del diccionario para él.

Empezaron inmediatamente los trabajos bajo su inteligente dirección.

Se eligieron los terrenos, se roturaron, se desmontaron y empezó la construcción, y vinieron luégo las plantaciones.

Aquel terreno agreste, sombrío, silencioso hasta el extremo de que únicamente turbaba su mentida paz la detonación de un arma de fuego y el ¡ay! de la víctima, perdió bien pronto el aspecto que tan terrible le hacía á los arrieros que tenían que aventurarse por sus breñales.

Al ruido del pico y del azadón huyeron los lagartos y los ladrones; la montaña aplanó sus faldas, ensanchándolas; la tierra arrancada de la sierra cegó sus cubiles de lobos y sus madrigueras de bandidos.

Las piedras desaparecían de donde no hacían falta, yendo á ocupar sitios en que eran necesarias.

Los árboles viejos prestaron su tronco para las construcciones y su ramaje para leña.

Sierra Morena se encontró un día como remozada.

Ya tenía algo más que guardar que el botín de los ladrones y los descarnados huesos de las víctimas.

Los cuervos se llevaron chasco cuando fueron á buscar la carnaza y la carroña.

En cambio, las golondrinas llevaron aquel invierno

á Africa la fausta nueva de que ya se podía anidar en aquellos lindos huertos que habían brotado de la tierra por la poderosa iniciativa de un hombre inteligente, secundado por un gobierno amante de su país.

La historia de aquella época dice que en poco más de un año se levantaron en pie, como obedeciendo un conjuro, once feligresías y trece poblaciones nuevas.

La parte llamada el Desierto de la Parrilla fijó desde luégo la atención de Olavide, y sufrió su correspondiente tala.

Era un sitio que tenía malos antecedentes, y era preciso dárselos buenos, una patente limpia que inspirase confianza al viajero.

Allí se fundaron la Carolina y la Luisiana; la primera entre Córdoba y Écija, y entre ésta y Carmona la segunda.

Aquélla fué bautizada por Olavide en honra del monarca que iniciaba y protegía tales trabajos.

Debía recordar su nombre á las generaciones venideras.

Había cambiado de tal modo el aspecto del país, que llegó un día en que los rayos del sol no conocieron aquella famosa Sierra Morena, cuyos picos coronaban por la mañana y abandonaban con pena por la tarde.

A pesar de que proseguían los trabajos con ahinco, Thuniegel empezó á enviar su contingente de po

bladores alemanes, suizos y holandeses, que tenían ya donde colocarse.

Todo iba bien.

Las cosechas respondían, y muchas veces superaban á los esfuerzos del cultivador.

Todo iba bien para todos, excepto para Olavide.

Es decir, en aquel cuerpo sano, el alma estaba enferma.

En 14 de Marzo de 1769 se recibió en Madrid una representación dirigida al rey, más bien una denuncia.

En ella se trataba de probar que los trabajos estaban mal dirigidos y las casas ruinosas, gracias á la incuria ó falta de conocimiento de Olavide.

Firmábala un hombre que había empezado faltando á su palabra.

Era su autor José Antonio Yanch, suizo de nación, que sólo había presentado doce familias, de ciento que contrató.

La denuncia encontró eco en la corte, y se mandó un visitador con orden de inspeccionar las construcciones.

Olavide, herido en su amor propio con aquella falta de confianza, escribió al ministro de Hacienda Múzquiz, diciendo que hiciese presente al rey que si había delinquido se le castigase, pero que no se le ofendiera de aquel modo; y que si resultaba su incul-

pabilidad, se castigase á Yanch, para enseñarle á respetar honras y reputaciones ajenas.

Suspendido momentáneamente en su cargo, en Agosto del mismo año volvió á conferírsele la superintendencia.

Esto probaba por lo menos que el suizo, si no obraba de mala fe, había partido de ligero.

Hizo un viaje á la corte para dar cuenta de sus trabajos, y en 1770 partió con nuevas y más amplias instrucciones y facultades para Sevilla.

La colonia marchaba viento en popa; todo era próspero, é iba en regla.

Hasta el suizo Yanch, desistiendo de su empeño, había cumplido su compromiso, llenando el cupo de familias que le faltaba.

Pasaron cuatro años.

Pero en 1775 la calumnia tomó otra faz, otro rumbo aun más grave que el primero.

Olavide fué acusado de hereje, ateo y materialista.

Aquella verdadera delación fué obra de fray Romualdo de Friburgo, general de los padres capuchinos enviados de Suiza para el pasto espiritual de los colonos.

Parece que aquellos padres reverendos estaban algo quejosos del haber que se les había asignado, no obstante ser mayor que el que disfrutaban algunos curas de nuestras aldeas, con más trabajo.

Y creyendo que Olavide había intervenido en ello,

le odiaban, y odiándole, no vacilaron ante una acusación tan grave.

Indudablemente dió margen á esto el que Olavide, en conversaciones particulares, hacía gala de ideas libres sobre ciertos puntos de religión.

Su estancia en París, y su correspondencia con los principales enciclopedistas, le perjudicaron grandemente en este asunto.

Ordenósele que se presentara en Madrid inmediatamente.

Él trató de rechazar la calumnia, escribiendo al ministro de Gracia y Justicia.

Pero ni los buenos oficios de éste, ni los deseos del inquisidor general, que lo era entonces don Felipe Beltrán, obispo de Salamanca, varón docto y prudente, impidieron que á su llegada á Madrid fuese encerrado en la cárcel del Santo Oficio y registrados escrupulosamente sus papeles.

Siguiósele la causa con la premura que requería un asunto tan grave.

Uno de los testigos que declararon en ella fué su primo, el prior de los Jerónimos.

Al hablar de fray Bernardo, ya hemos hecho notar su intransigencia en asuntos religiosos.

Su declaración, hecha de buena fe, no fué de las que menos le perjudicaron.

Cuando lo supo Olavide, se estremeció de indignación.

—Yo creí,—exclamó,—que era caballero antes que

sacerdote. Por lo menos debió poner un cartel en la puerta de su celda que indicara que allí había un delator, para que las personas honradas le hubieran negado su confianza y su palabra.

Ya sabemos que había llegado el día de la vista de causa.

Puesto que se trataba de protestación de fe sin penas corporales, aquello se llamaba un *autillo.*

Escandaloso diminutivo, por lo que tenía de grotesco en medio de su crueldad.

Aun cuando iba á celebrarse á puertas cerradas, habían recibido invitaciones más de sesenta personas, entre ellas ex ministros, consejeros, magnates, dignidades religiosas y muchos representantes de las órdenes monásticas que había entonces en Madrid.

Algunas de aquellas personas pensaban lo mismo que el reo.

Pero aquel autillo era una lección provechosa que debían tener en cuenta.

Juan de Zúñiga, colocado por el alguacil detrás de una cortina de sarga negra que había á espaldas de los que formaban el tribunal, miraba por una pequeña abertura que él hizo con la uña.

La sala inmensa apareció á sus ojos sombría, con el siniestro aspecto que daba la Inquisición á todas sus ceremonias.

Aquel tribunal quería anonadar al espíritu por medio de los sentidos, más bien que persuadirle por la dulzura irrebatible de la razón.

Las paredes estaban cubiertas con paños negros, lo mismo que los asientos para los invitados.

Y eso que se trataba de una cosa tan blanca y diáfana como la fe.

La luz penetraba por las ventanas perezosamente.

Parecía que entraba con miedo, como excusándose de su visita allí, donde eran más dignos de alumbrar los resplandores del infierno.

Sin duda el sol dirigía esta pregunta al Hacedor Supremo:

«¿Para alumbrar tales escenas me has dado tanta luz?»

A la izquierda del tribunal había un altar y un Cristo, alumbrado con cera verde.

¡Color de esperanza!

Otra irrisión para el reo.

Aquel crucifijo debía haber presenciado muchas ceremonias por el estilo.

Estando ya en el Gólgota le hacían recorrer nuevamente la calle de la Amargura.

Al verle, se recordaba sin querer el pasaje de la mujer adúltera.

Parecía que brotaban de sus labios estas palabras, dirigidas á los jueces:

«Aquel que esté sin culpa de vosotros, que arroje la primera piedra.»

Sólo que los judíos dejaron á la mujer y se marcharon.

Y los jueces de la Inquisición no se marchaban nunca sin dejar un poco de sangre en el cuerpo ó en el alma.

Frente al crucifijo, esto es, á la derecha, había un miserable banquillo destinado al reo, una cosa sucia y mezquina, pero que á veces se transformaba en un Gólgota ó un Sinaí.

Despedía lágrimas y truenos.

Aquél era el asiento de todos los dolores de la humanidad en presencia de todas las falsedades y mentiras atroces de los tiranos y de los ignorantes.

Todo aquel lúgubre aparato se necesitaba para condenar aquello que nos da semejanza con Dios.

La razón, el libre pensamiento.

Aquello era un mentís dado descaradamente al *Génesis*, donde dice que Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza.

Los asientos se llenaron.

Juan se estremeció al ver que el prior de San Jerónimo ocupaba el suyo.

Si mucho obliga la religión , mucho obliga la sangre.

Pero aunque no fuese más que por las conveniencias sociales, fray Bernardo debía haberse prohibido la asistencia á aquel acto.

Se trataba de un pariente.

Pero, por el contrario, parecía orgulloso de que le vieran allí.

Y con su actitud decía:

«No me arredra el ser pariente para venir á condenarle.»

No podía ir á otra cosa el prior.

Juan separó de él la vista con repugnancia.

Aquel hábito blanco se le figuraba negro.

Por último, apareció el reo entre sus guardianes.

Olavide estaba pálido, pero sereno.

Si se hubiera enrojecido, lo hubiera hecho por los que estaban allí.

Debió tener lástima de todos, como un hombre que ve bien la tiene de un ciego.

Asía su mano derecha una vela verde, pero apagada.

El docto inquisidor le dispensó de la infamia del sambenito y de la soga al cuello.

Vestía completamente de negro, con lo cual resaltaba más su palidez.

En aquel momento, y ante aquel cuadro lúgubre é inicuo, no parecía regir los destinos de España un rey tan sabio, prudente y bondadoso como Carlos III.

Allí se echaba de menos la oscura é iracunda faz de Felipe II.

El reo tomó asiento á una indicación que le hicieron.

Juan sintió que una lágrima humedecía sus párpados.

Se acordó de cuando, huyendo de los castigos del prior, tropezó con las bondades del enciclopedista.

El uno le cercenaba inhumanamente la ración; el otro le brindaba su mesa y su bolsa.

El prior le decía: «Teme á Dios.»

Y el reo: «Ama á Dios.»

¡Qué dos ideas tan distintas de la Divinidad!

Juan, de buena gana hubiera saltado á su cuello, se hubiera arrojado á sus pies, diciéndole:

«Valor, tío; no desmayéis: los jueces de hoy serán los condenados de mañana.

»Si en esta farsa sacrílega sois la víctima, la posteridad os absolverá.

»Vuestro delito será con el tiempo un título honroso.

»Os sobreponéis á vuestra época, esto es todo.

»Los miopes son más, y vencen; pero su ceguera les llevará al abismo mañana.

»Entonces le diréis á Dios lo que le dijo Jesús por los que le crucificaban: —«Perdónalos, porque no saben lo que se hacen.»

Restablecido el silencio, que interrumpió la llegada del reo, empezó la lectura del proceso, que duró tres horas mortales.

Aquello parecía una escena del Pretorio; sólo que los jueces no pudieron soltar á Barrabás.

Se acusaba á Olavide de ciento sesenta y seis proposiciones heréticas.

¡Qué lujo!

Aquél, indignado, interrumpió una vez la lectura, exclamando en alta voz:

—Yo nunca he perdido la fe, aunque lo diga el fiscal.

El infeliz no sabía que estaba allí precisamente por eso.

La fe es la sabiduría, que es la que habían perdido los que le escuchaban.

Acto seguido se le leyó la sentencia.

Al oirla, y por lo mismo que no esperaba aquel absurdo, el reo perdió la serenidad.

Vaciló sobre su banquillo, y cayó al suelo atacado de un síncope.

Juan quiso desgarrar la cortina para salir y socorrerle.

Afortunadamente estaba allí el alguacil, que le detuvo por un brazo, exclamando:

—¡Que vais á comprometerme y á perderos de un modo absoluto!

Aquello duró poco.

Le levantaron del suelo, y con el movimiento volvió en sí, recobrando la perdida serenidad.

Leyó con voz firme su profesión de fe, que firmó luégo.

Y una vez absuelto de la excomunión, se le retiró de allí para ser conducido nuevamente á la cárcel.

La céremonia había terminado de una manera honrosa para la religión católica.

Aquel *autillo* es el lunar que afea el reinado de Carlos III.

—Vamos,—dijo Juan al alguacil;—salgamos pronto: si estoy aquí un minuto más, me ahogo.

Aquél pensaba en su interior:

—¡No son poco tiernos de corazón estos boquirrubios! Pero ya me hago cargo; es la falta de costumbre: no me sucede á mí otro tanto.





CAPITULO XVII

El único remedio... que no es el único.



A sentencia era ridícula.

Ó no había crimen, en cuyo caso resaltaba la injusticia, ó de haberle, el reo merecía otro castigo más serio.

Condenábasele á reclusión por ocho años en un convento á las órdenes de un director espiritual de la absoluta confianza del inquisidor decano, destierro perpetuo de Madrid y sitios reales, y de Córdoba, Sevilla y nuevas poblaciones, que puede decirse habían surgido de la tierra á su voz. Además, se le imponía la pena de inhabilitación para empleos y cargos públicos.

La saña de la ignorancia iba más allá.

Prohibíasele cabalgar en caballo, llevar sobre su traje oro, plata, perlas, diamantes ni otra clase de joyas, no debiendo envolver su persona en seda ó lana fina, pues sus vestiduras no debían pasar de sayal ó paño burdo.

Cuando unos hombres erigidos en tribunal sentenciaban esto, ¿qué tenía de extraño que un prior castigase á pan y agua á un novicio por haberse recreado en ver cómo lavaba la ropa una muchacha bonita?

Por eso, al reunirse Juan con su criado, le increpó éste, diciéndole:

—¡Qué descolorido estáis! ¿Os sentís enfermo?

Juan guardó silencio por espacio de algunos segundos; después preguntó á su vez:

—Antonio, ¿te quedan algunos reales?

—Nada más que para hoy, señor: he podido sacar un duro más á la paisana, pero es preciso que economicemos.

—Para hoy me basta; mañana nada necesitaré.

—¿Qué decís?

—Oye, Antonio; he visto y he oído hoy tales cosas, que quiero olvidar: para ello es necesario que beba, que beba mucho..., hasta embriagarme. Tú comerás, y yo beberé; además, he concebido un plan que debo madurar ó desecharle...; un plan que cicatrizará enérgicamente las úlceras de mi alma.

Antonio, que se veía halagado con la idea de comer, se apresuró á contestar:

—Como queráis, señor; podéis disponer de mí y de cuanto tengo, como si fuera vuestro.

—Pues vamos á la hostería.

Una vez instalados en uno de los rincones de una pieza interior, Juan se hizo servir media docena de botellas.

Antonio pidió un jigote en cantidad suficiente para que pudieran comer seis personas.

Cuando uno y otro tuvieron delante lo que habían pedido, el último murmuró entre dientes:

—Él va á coger una chispa mayúscula y yo una indigestión.

Cada cual empezó á despachar su cometido con las mejores disposiciones.

Antonio no tenía prisa: era un verdadero gastrónomo, y comía con todas las reglas del arte: cuidaba mucho de su estómago, no dándole gran cantidad de cada vez.

En cambio Juan aparentaba querer precipitar su borrachera: de cuatro sorbos se bebió las dos primeras botellas.

Una de las cosas que precipitan la acción del vino es el no saberlo beber.

Los grandes beodos dicen que debe hacerse poco á poco y en pequeñas cantidades.

También de este modo se paladea mejor.

Y como Juan, además de no estar muy aguerrido

en tales luchas, hacía todo lo contrario, empezó á sentir en seguida los naturales efectos del alcohol.

Se le arrebató el color y le brillaban los ojos como ascuas.

Su sistema nervioso estaba tan excitado, que le temblaba el pulso de una manera extraordinaria, y producía el ruido estridente de una campanilla siempre que aproximaba el cuello de la botella al vaso para escanciar.

Al principio estaba silencioso.

Aquella leña no había calentado aún el horno de sus ideas.

El mutismo en las borracheras es terrible.

En tal estado, el hombre expresa por acciones el desorden de sus pensamientos.

Juan empezaba á salir de aquel período, de aquel terrible caos, de aquel embrión que expresa el estado moral del individuo.

Poco á poco fué animándose.

La borrachera le despertaba.

Sólo que, por efecto de su estado, lo que empezaba á sentir era esa especie de excitación nerviosa que precede al *delirium tremens*, como sigue la sombra al cuerpo.

La embriaguez en tales casos es el crisol donde una idea deja su quinta esencia, el molde donde se ajusta adquiriendo su verdadera forma, la lima que redondea sus asperezas.

El borracho vulgar cae entonces debajo de la mesa; el que no lo es, se vuelve loco.

De tal estado puede resultar un *Oby* ó un Galileo, una piedra ó un diamante.

En el primer caso, cuando la idea está en combustión, el hombre se hace comunicativo consigo mismo.

Prescinde del que tiene al lado, y cree que no hay nadie digno de escucharle más que él, porque él solo puede comprender las razones que deja de darse.

Hay cierto laconismo inteligente, ciertas abreviaturas del pensamiento, sólo por el beodo comprendidas.

Juan se explicaba así:

—Es preciso acabar de una vez. Cuando el inquilino está descontento en la habitación, la abandona, y se traslada á otra que le parezca mejor, aunque no lo sea.

Este mundo está lleno de absurdos, que el hombre hace mayores pretendiendo enmendarlos.

El que los adivina y no puede corregirlos, debe *marcharse*.

Hay cierta grandeza en presentar la dimisión de la vida.

Dicen que es un crimen, porque el hombre dispone de una cosa que no le pertenece.

En realidad, no le pertenece nada.

Pero también es criminal aquel que hace una ley que tiende al despojo humano.

Y si el hombre no puede disponer de su vida, menos puede atentar á la felicidad de los demás.

Este es un verdadero despojo, cuya pena no se lee en ningún código.

Si la muerte es un sueño, el hombre que está fatigado debe dormir.

Cuando puede hacerlo y se propina algún brebaje que le desvele, es un imbécil.

Yo no quiero ser imbécil; quiero *dormir* para siempre.

Bebamos.

Hizo una pausa para escanciar, y sorbió cerca de un cuartillo de una vez.

Antonio, que daba otra interpretación á aquel lenguaje, exclamó:

—Quiere dormir; es natural: todas las chispas dan por eso; no tardará en caer.

El joven prosiguió recogiendo una de sus primitivas ideas.

—Sí; el absurdo por todas partes, el ciego error... Mi tío, que se había impuesto voluntariamente la obligación de hacerme hombre, si es que un fraile puede llamarse así, me arroja del monasterio, imponiéndome un castigo ridículo porque he encontrado buenas las formas de una mujer que no las tenía malas.

Corolario:

Para que un hombre sea buen religioso es preciso que desaparezcan todas las mujeres bonitas.

Entonces, ¿por qué las puso Dios en el mundo, dándoles la hermosura que las hace agradables?

¿No es esto un absurdo?

Otro tío que no me conoce, que me ve por primera vez, que debía estar enojado conmigo por mi olvido, me tiende la mano, me levanta cuando había caído, me pone en el primer escalón de una carrera que puede hacerme hombre.

Otro absurdo.

Sólo que éste es un absurdo humanitario, sublime, que pocos imitan... y que muchísimos menos agradecen.

Ya soy alguien; visto un uniforme.

Una noche se me ocurre salvar á un amigo de una desgracia que le aflige.

Rogelio comete una cosa que las leyes califican de crimen.

Creo que también lo hubiera sido no defender á su madre.

Yo he cometido una buena acción, y me castigan privándome de los medios de vivir.

Me prueban que siendo bueno he debido ser malo.

Me hacen egoísta, en una palabra.

Otro absurdo que me obliga á morirme de hambre, dando las gracias al que me quita el pan que iba á llevar á mi boca.

Por consecuencia de esto mismo, tengo que renunciar á la mujer que amaba..., y de quien era amado, porque indudablemente Adelina me prefería á cualquier otro.

Por salvar al hermano, es preciso qne renuncie al amor de la hermana.

Es decir, que para ser un marido digno es preciso ser un digno egoísta.

Absurdo.

Mi tío Olavide difiere de los otros en su modo de pensar.

Ve más claro ó más turbio que ellos.

En vez de convencerle dulcemente de que está en un error, ó de dejarse convencer por él, que el error también puede estar de parte de los otros, se le encarcela, se le castiga porque ha hecho uso de lo que Dios ha puesto en su mente; se le hacen las más ridículas, las más crueles prohibiciones, y, sin quitarle la vida, se le arroja de la sociedad.

¿Es esto ley?... ¿Es equidad?... ¿Es justicia?

¿Es lógico que un pariente condene á otro pariente y vaya á gozarse en su mal, como ha hecho mi tío el prior esta mañana?

El mundo dice que sí.

Yo rectifico, diciendo que es absurdo.

Pues el que esto reconoce y no quiere sujetarse á la ley inicua del absurdo, ¿debe vivir ni un minuto más?

Entonces se hace reo de los delitos que condena, y es más miserable que los que obran así, tal vez por ceguedad.

Lo dicho: cuando una habitación no gusta ni conviene, se la abandona.

A mí me fastidia el mundo, y deseo salir de él.

Bebamos.

Antonio, que prestaba atento oído á esta charla, más de iluminado que de beodo, empezó á comprender algo.

En aquel memorial de quejas de su amo resaltaba á primera vista la injusticia con que el mundo trata á aquel que se aparta de sus leyes.

Después venía el propósito de no querer *enmendarse del bien*, de persistir en él, *de practicar el error de no ser malo* como los otros.

Después de esto, brillaban con claridad estas palabras:

«Cuando una habitación no gusta ni conviene, se la abandona.»

Su amo no tenía más habitación que el mundo, y quería abandonarle.

Esto es, morir..., disponer de su vida.

Todo aparecía claro á sus ojos.

Por eso había dicho:

«Mañana no necesitaré de nada.»

El pobre mozo se estremeció.

Y cuando su amo iba á llevar su mano á la botella para servirse más vino, se la detuvo, exclamando con verdadera angustia:

—Pero ¿queréis morir?

Juan se fijó en él como si no le hubiera visto hasta entonces.

Ya hemos dicho que prescindió de su presencia.

Pero la palabra «morir», tan acorde con sus deseos, le hizo reparar en él, y contestarle:

—No, Antonio; se trata sencillamente de salir de este mundo.

—¡Vais á mataros!

Y Antonio, maquinalmente echó mano á la empuñadura de la espada que pendía de la cintura del joven.

Este se sonrió.

—Mira, Antonio,—dijo;—ahora es cuando se me revela el verdadero destino del acero que maneja el hombre de honor. Esta espada es la llave con que voy á abrir la puerta de lo desconocido.

—Pero ¿estáis en vos, señor mío?

Juan, con la lógica del vino, preguntó:

—¿Tenemos dinero?

—Casi nada.

—¿Y medios para proporcionárnosle?

—Hoy por hoy carecemos de ellos.

—¿Podemos pasar sin comer..., sin una habitación, mala ó buena, que cobije nuestra miseria?

—No, pero...

—Si nos encuentran esta noche á deshora en la calle, ¿no nos llevarán á la cárcel por vagos?

—De la cárcel se sale...

—Para galeras, que es peor.

—Ya, pero...

—Pues el hombre á quien le pase esto, y lo reconoce, y no puede remediarlo, ¿no es un miserable si no emplea el único medio que le queda?

—¿Atentando contra sus días?

—Justamente.

—¿Y el porvenir, señor?

—¿El porvenir del mendigo ó del galeote? No le quiero.

—Pero reparad...

—No quiero volver á presenciar lo que he presenciado hoy.

—Y ¿qué vais á hacer?

—¿No lo adivinas? Atravesarme el corazón con este acero.

—Tened en cuenta lo que hemos oído mil veces en la iglesia del monasterio: vais á cometer un crimen.

—Ayer estuve allí, tendiendo la mano para que me dieran los medios de no cometerle, y me ofrecieron el *in pace* con el saco y el cilicio. El crimen que yo cometa hoy es obra de ellos: de ellos será la responsabilidad.

—¡Pero, señor!...

—No te obligo á que me imites; no llega mi egoísmo á tanto..., aunque te lo aconsejo.

—¡Valientes consejos dais!

—En cuanto anochezca nos separaremos para siempre.

—¡Yo, que siempre he vivido á vuestro lado!...

—Alguna vez habíamos de separarnos.

—¡Qué va á ser de mí!

—Te queda tu paisana á quien volver los ojos; no te abandonará; si no, vuélvete al pueblo natal; aun tienes fuerza bastante para destripar terrones.

—¡Acostumbrado á la vida de la corte!

—Pero, imbécil, ¿qué comodidades son las que te brinda de hoy en adelante?

—¡Separarme de vos!... ¡Yo, que os había cobrado tanto cariño!...

Y el pobre mozo rompió á llorar, pero sinceramente.

Juan le asió de la mano, diciéndole:

—¡Gracias, Antonio!... Nunca te he tenido por ingrato...; pero no me compadezcas; al contrario, tú eres el más digno de compasión. Yo voy á un mundo mejor, donde no hay esos códigos crueles que condenan las buenas acciones, que sientan el egoísmo, erigiéndole en sistema...; á un mundo donde no hay priores ni Inquisición, ni ninguno de esos males que nos aquejan en la tierra. Ya ves de entre los dos quién es el que sale perdiendo.

En aquel momento entraron en la habitación que ocupaban los mozos dos comensales.

Tomaron asiento junto á una mesa, pidiendo de comer y de beber.

Y, como prosiguiendo una conversación comenzada, exclamó uno de ellos en alta voz:

—Por eso han condenado hoy á Olavide, porque se comunicaba con el diablo, obteniendo de él cuanto quería. ¡Debe ser una cosa bastante agradable tener á ese personaje á su servicio!...

Entonces, Juan, dándose una palmada en la frente, como quien concibe una idea repentina, exclamó:

—¡El diablo! ¡Y yo que no había contado con él!... ¡Mozo!..., ¡mozo!..., ¡otras dos botellas de vino!

—Pero, señor, ¿vais á agotar la bodega al hostelero?—proguntó el atribulado mozo.

Juan, poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo alegremente:

—¡Tenías razón, Antonio!... ¡Era un imbécil...

—¿Es decir que habéis caído de vuestro burro?

—Sí.

—¿Que os ha hecho efecto lo que os dije hace poco sobre vuestra fatal resolución?

—Sí..., mil veces sí.

—¿Y que ya?...

—Ya no me mato.

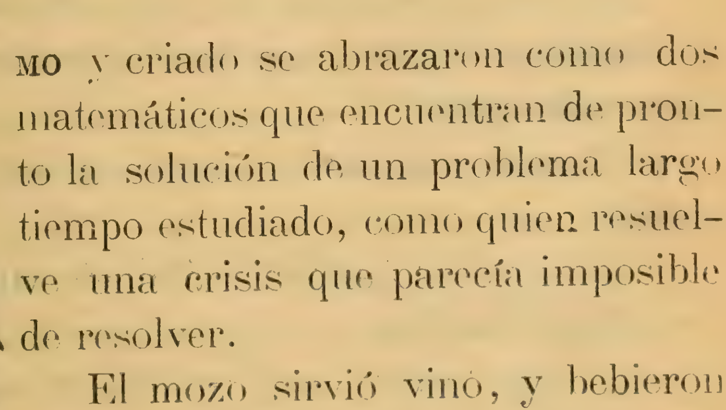
—¡Mozo!..., ¡mozo!..., ¡más vino! Ahora es cuando yo voy á empezar á beber!





CAPITULO XVIII

Donde se sigue un curso de diablología.



MO y criado se abrazaron como dos matemáticos que encuentran de pronto la solución de un problema largo tiempo estudiado, como quien resuelve una crisis que parecía imposible de resolver.

El mozo sirvió vino, y bebieron más.

Sólo que Juan estaba ya en ese período de borrachera en que las imaginaciones privilegiadas vencen los efectos del alcohol, y resisten ya victoriosamente cualquier cantidad de líquido que se deposita en su estómago.

Cuanto más bebía, más despejado estaba.

La alegría puso ebrio á Antonio; y decimos la alegría, porque hasta entonces no había probado el vino.

Pero estaba más ebrio que su amo.

Podía hacer cuenta de que acababa de sacar á Lázaro del sepulcro, porque el joven estaba bien decidido á morir.

Pero ¿cómo tan repentinamente pudo cambiar de opinión?

Esta pregunta se hacía Antonio, sin atinar con la respuesta.

Era preciso que un rayo de luz hubiese disipado las nieblas de su imaginación, y aquel rayo de luz no podía ser otro que la esperanza.

Resuelto á resolver su duda, le habló así:

—¿Es decir que ya no veis las cosas de tan negro color como antes?

—Por el contrario, Antonio: las veo de color de rosa.

—¿Eso indica que habéis hallado un medio salvador?

—Le he hallado.

—¿Y que ese recurso remediará nuestra situación?

—Va á hacerla tan distinta, que, aun viéndolo, nos va á parecer mentira.

—Fortuna ha sido para ambos que dierais con esa idea.

—¡Que si ha sido!... Vamos, Antonio: ¡sobre que no puedes figurarte lo que nos va á pasar!..., porque ya no se trata de una existencia mediocre, como la que hemos disfrutado hasta aquí: se trata de comer bien, de

beber buenos vinos, de estar espléndidamente alojados, de cubrir nuestras carnes con buenas ropas...

—¡Dios mío, creo que sueño!—exclamó Antonio, cruzando las manos con beatitud.

—Escalaremos los primeros puestos...

—¿Podré ser prior del Escorial? Lo he soñado una noche...

—Hombre, prior..., no sé. ., aunque creo que sí...

—Y ¿vos os casaréis con la señorita Adelina?

—En cuanto abra la boca.

—Pero ¿qué varita de virtudes es ésa que habéis encontrado?

—¡Si supieras!...

—De eso se trata, de saberlo.

—No, mejor es que lo ignores...; que sacrifiques tu curiosidad...; que te resignes á ser dichoso, sin ver por qué camino viene la dicha.

—Es bien cómodo eso que me proponéis; sin embargo, yo quisiera que me explicaseis. . ¿Tenéis noticia de algún pariente rico que os deje por heredero?

—¡Bah! ¿Qué es eso? ¿Qué vale cualquier herencia en comparación del mundo, que será nuestro?

—¡El mundo!

—No lo dudes.

Antonio miró á su amo, creyendo que todo aquello era efecto de la borrachera.

Pero éste, que sorprendió tal vez su pensamiento, le dijo:

—Para que no creas que el alcohol me hace soñar

como á otros borrachos vulgares, voy á decirte el medio de que dispongo para realizar todo cuanto acabas de oir.

El mozo prestó gran atención, en la inteligencia de que iba á oir una cosa verdaderamente extraordinaria.

Y, en efecto, lo era.

Hé aquí lo que le dijo su amo:

—¿Quieres saber con quién cuento para realizar eso que te parece un sueño?

—¡Pues no he de querer!

El joven contestó, bajando la voz:

—¡Con el diablo!

Antonio lanzó una carcajada.

Luégo se puso serio, y exclamó:

—La broma es demasiado fuerte, y en esta ocasión hacéis mal en engañar á quien está desesperado.

—¡Cómo broma!—exclamó Juan con la mayor formalidad.

—Pero no me extraña: estáis en la octava botella.

—¡Imbécil! ¿Crees que iba á elegir una ocasión tan poco á propósito para chancearme!

—¡No he de creerlo, oyendo hablar así á un hombre como vos!

—Por lo mismo: sólo á un hombre como yo se le ocurren tales ideas.

—Sí; pero siempre después de haber bebido vino en abundancia.

—¿Luego supones que estoy borracho?

—¿Me dais acaso motivo para que suponga otra

cosa? ¡La culpa me tengo yo en dar crédito á vuestros dislates! Todo eso no impedirá que no tengamos esta noche un sitio donde recogernos.

—Vamos á ver. ¿Tú crees, ó no, en el diablo?

—La Iglesia lo enseña.

—¿Luego crees?

—¡Por fuerza!

—No, por fuerza, no; por voluntad, por libre albedrío. ¿Crees que habita entre las tinieblas del espacio, bajo las negruras del abismo, en todos los sitios sombríos y terribles de la creación, aquel ángel rebelde, tenebrosamente hermoso, á pesar de la estupidez de los pintores, que le adornan con rabo y cuernos; aquel sublime orgulloso, que se rebeló contra la voluntad divina creyendo valer tanto como el que le había sacado de la nada?

—Pues bien, sí.

—¿Crees que se comunica con los hombres alguna vez?

—No,—dijo Antonio, después de vacilar.

—La Iglesia tiene conjuros contra él: luego prueba que lucha con la Iglesia...; y para que sea eficaz esta lucha, le es forzoso ampararse de los hombres.

—Es verdad.

—Sin contar los endemoniados á quienes curó Jesús, tenemos ahí las mil causas que se han seguido en la Inquisición contra brujas y hechiceros, quienes seguramente no estaban poseídos del espíritu de Dios.

—Seguramente.

—Si el diablo asiste á quien no le llama, mejor acudirá á la evocación del que le necesite.

—¡Bah!

—¿Crees que se resista á la voz de algún desesperado que le llame con fe?

Antonio vaciló un momento; su amo le estrechó, diciendo:

—¿Crees, ó no?

—Creo,—contestó aquél,—que no hay ningún hombre que le llame.

—Pero y ¿si le hubiera?

—Entonces...

—¿Acudiría el diablo?

—Sí.

—Pues bien, ese hombre seré yo.

—¡Vos!

—Esta misma noche evocaré al diablo..., y el diablo acudirá á mi llamamiento.

Antonio se apartó maquinalmente de su amo.

Éste hablaba con la convicción profunda de un hombre que está seguro de lo que dice.

Parecía ser dueño de alguno de aquellos terribles conjuros de que usaban en la edad media los iniciados en la magia negra, conjuros á los que el diablo no podía resistir.

Aquella conversación, aquellas palabras de un

hombre inspirado por el vino, no borracho, adquirían un colorido terrible á los ojos del pobre Antonio.

La hora era á propósito.

Aunque brillaba aún el sol sobre los tejados, en la hostería empezaba esa penumbra del crepúsculo anticipado donde escasea la luz.

Las sombras avanzaban, pero no lo bastante para que se encendieran los velones.

El sol lucía aún, como hemos dicho, pero tampoco lo suficiente para que sus rayos luchasen con las sombras.

Éstas eran aún tinieblas, que iban á convertirse en negruras.

Pues bien, la hora hace á la conversación tanto como el sitio.

Si se habla de muertos en pleno día en medio de una reunión de muchachas bonitas y de alegres camaradas, todo el mundo se ríe, creyendo que la muerte no ha de llegar nunca.

Pero hablad del diablo en el atrio de una iglesia ó bajo el pórtico de un cementerio en una noche de tempestad, cuando fulgure el ígneo relámpago y el trueno haga oir su ronca y tremebunda voz, que se asemeja al estertor de un gigante, y veréis que el más esforzado tiembla y le sienta mal aquella conversación.

Por eso Antonio no las tenía todas consigo, como vulgarmente se dice.

La hora, la semioscuridad que allí reinaba, la enérgica convicción con que las palabras salían de en-

tre los abultados labios de su amo, el fuego que lanzaban sus ojos, que parecían hornillos del infierno, todo esto, en fin, le llenaba de pavor.

No hacía más que moverse de un lado para otro: cambiando de posición parece que se tiene menos miedo.

Esto produce cierto ruido, y el ruido acompaña. Por último, le dijo á su amo:

—¿No os parece que sería mejor que variásemos de conversación?

—¿Por qué? —preguntó aquél.

—¿A qué hablar de una cosa que ninguna utilidad reporta ni á vos ni á mí?

—¿No has querido conocer los medios de que pensaba valerme para lograr mis intentos?

—¡Pero como creo que no los emplearéis!...

—Proporcióname otros más honrados.

Antonio calló, en señal de que no los tenía.

—Te digo que esta noche invocaré al diablo, —prosiguió su amo.

—Y el diablo se reirá de vos no acudiendo al conjuro.

—No era eso lo que me decías hace algunos años, cuando yo te enteré de lo que inspiraba en mí aquella célebre lavandera. Recuerdo que me aseguraste que era una forma que tomaba Satanás para perder mi alma. Luego si yo hubiera llamado á aquella joven que tenía el diablo en el cuerpo, según me decías, el diablo hubiera acudido á mi voz.

—Aquél era un caso distinto,—replicó Antonio, viéndose cogido en el lazo.

—¿Por qué no crees que acuda hoy?

—Porque el diablo no está al servicio de cualquier majadero, sin que esto sea decir que vos lo seáis.

—Ya lo sé...; ya sé que el espíritu de las tinieblas no puede ni quiere obedecer la voz del primer papanatas á quien se le antoje evocarle para preguntarle cualquier majadería. He leído algunos libros de diablología en la biblioteca del convento, y se me alcanza algo de esta materia. Sé que hay que escoger la hora, y sobre todo el sitio, porque de esto depende que la evocación tenga fuerza.

—¿La hora y el sitio?—preguntó Antonio temblando, por si una hostería era lugar á propósito.

—Y el día..., ó, por mejor decir, la noche.

—¡Ah!... ¿Eso también?... En efecto, parece que teníais previsto este caso.

—Ya ves cómo es bueno saber de todo.

—¿Habéis escogido esta noche?

—Es la más á propósito.

—¿Por qué?

—Por ser el *pervigilium* de San Juan Bautista.

—¡Ah!

—¿No has oído decir alguna vez que á las doce de ese misterioso *pervigilium* pasan cosas raras en el mundo?

—En efecto... Y aun yo mismo, cuando era pequeño, ponía á la luz de la luna una vasija con agua, y

echaba en ella un huevo de gallina negra, diciendo al mismo tiempo lo que quería ver.

—¿Y lo veías?

—¡Como os estoy viendo á vos!

Antonio mentía; pero como había transcurrido mucho tiempo desde que hiciera sus pruebas, no lo sospechaba siquiera.

Juan continuó:

—Hay también en el año otro *pervigilium* célebre como el de hoy, que es la noche que precede al primero de Mayo.

—Es la época en que los mozos cuelgan el ramo en la puerta de las mozas á quienes han elegido para galantear aquel año.

—Es verdad; en esa noche tienen lugar extraordinarios misterios: á las doce, todas las flores se abren para que la primavera vierta el polen que las fecunda en sus pistilos. Las ondinas salen á flor de agua en los arroyos y en los ríos para recibir el beso primaveral de la luna. Los ruiseñores se revuelven en sus nidos, y buscan á la hembra para murmurarle el más dulce de sus gorjeos.

En toda la naturaleza hay una apasionada inquietud; y los marineros que suben á la punta de los palos en esa hora solemne ven cosas raras en el mar.

—¿De veras?

—Esto está consignado en muchos libros por varones doctos y eminentes.

—Y ¿decís que el diablo?...

—Tiene más propensión á presentarse que en cualquier época del año.

—¿De modo que todos los pactos célebres?...

—Se han firmado en esas dos noches, como el del abad de Sahagún.

—No le conozco.

—Quiso hacer oro, y llamó al diablo en el *pervigilium* de San Juan para que aquél soplara su hornillo.

—Y ¿qué pasó?

—Que el diablo fué obediente al mandato; pero había entre las ascuas una en forma de cruz, y al verla Lucifer lanzó una imprecación que hizo estallar la retorta, cuyos cascos mataron al abad; pero al día siguiente, entre los carbones se hallaron láminas de oro.

—Habéis hablado del sitio como cosa muy esencial.

—Lo es.

—¿Habéis elegido el vuestro?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Se ha observado también que el diablo se presenta mejor en las cercanías de un monasterio, convento ó campo santo. Por eso yo he escogido el monasterio de San Jerónimo. Quiero aparecer triunfante en el mismo sitio donde han querido deprimirme. Pero, además, es preciso que el sitio reuna ciertas condiciones que den viabilidad á Lucifer. ¿Te acuerdas del prado de la Encina?

—¿Que está hacia la derecha, saliendo por la portería del monasterio?

—Justamente.

—Y ¿qué condiciones reune ese prado para que el diablo acuda?

—La encina en cuestión. ¿No conoces su historia, habiendo pasado cuatro años en el monasterio?

—Ya sabéis, señor, que yo no me ocupaba nunca más que de lo que pasaba en la cocina.

—De sus robustas ramas se han ahorcado dos brujas y un hechicero.

—¡Ah!... ¿Eso le hace *viable?*

—Paga, pues no quiero estar más tiempo aquí; hace mucho calor, y conviene que demos una vuelta mientras se acerca la hora de la prueba...

Algunos segundos después, amigo y criado salían de la hostería.





CAPITULO XIX

Historia de una encina.



A noche estaba serena y tranquila.

Había luna, estrellas y brisa suave.

Una verdadera noche de verbena.

Las calles estaban más animadas que de costumbre.

Familias enteras y parejas amantes subían y bajaban á la pradera del Corregidor.

El Manzanares ofrecía entonces la verbena de San Juan.

Circulaban muchas rondas de estudiantes y chisperos con sus grandes faroles de colores, llenos de aceite, rasgueando alegremente las guitarras y cantando coplas picarescas.

En toda la villa había cierto olor al aceite donde se

fríen los buñuelos, pues muchas familias que no podían bajar al soto los freían en sus casas respectivas.

También pululaban las rondas de salvaguardias y veteranos.

La del señor corregidor estaba á orilla del Manzanares, *por lo que pudiera tronar*, aunque estaba muy despejada la atmósfera.

Pero en tales noches siempre había relámpagos y truenos, gracias á los frasquetes de licor con que se envenenaba la gente, con permiso de la autoridad.

En el momento en que nuestros jóvenes ponían el pie en la calle, pasó por su lado una ronda cantando esta antigua copla:

A coger el trébol, damas,
La mañana de San Juan;
A coger el trébol, damas,
Que después no habrá lugar.

Antonio, lanzando un suspiro, dijo á su amo:

—Pero ¿es posible, señor, que en noche tan hermosa y apacible, cuando todos respiran alegría y buen humor, penséis en tales desaciertos?

—Desaciertos serán los tuyos si intentas hacerme desistir de mis propósitos.

—¿Queréis que bajemos hacia el soto?

—No; el bullicio me enoja. Ya bajaremos el año próximo en tal noche en una carroza.

Antonio volvió á suspirar.

Aun no estaba muy seguro de que el alcohol no ejerciese influencia en la imaginación de su amo.

Si esto era así, confiaba en que la brisa fresca de la noche se la despejaría, como despejan los rayos matinales del sol la niebla que flota sobre los picos de las rocas.

—Me hablabais antes del prado de la Encina y de yo no sé qué ahorcados,—le dijo.

—En efecto, tienes razón; y mientras llega la hora que espero, te referiré su historia, que he leído en un libro muy curioso en la biblioteca. Has de saber que esa encina es más vieja que el monasterio, el cual es muy antiguo.

La plantó un marido muy feliz en la huerta de su casa, para que allí diera sombra á sus nietos.

Y tal se la dió, que uno de ellos se ahorcó de una de sus ramas.

Como te digo, allí había una huerta, la cual contenía una casa y la casa albergaba un matrimonio.

La felicidad residía allí, en aquel pedazo de terreno, pues rara vez busca albergue en los palacios de los reyes.

Muerto el plantador, heredó su hijo la casa, la huerta y la encina.

Lo que no pudo heredar fué la felicidad de sus padres.

El nuevo propietario tuvo un hijo.

Cuando nació éste murió su madre.

Las gentes dieron en decir, no sé por qué, que estaba maldito de Dios.

Acompañado de esta poco caritativa creencia po-

pular, creció y se desarrolló, hasta hacerse un hombre hecho y derecho.

Pero como estaba maldito de Dios, se formó el vacío en torno de él.

¿Quién se atreve á tratarse con un ser de esta especie?

El muchacho se dedicó á odiar á la humanidad por medio de la observación y del estudio.

Porque todo hombre que se dedique á estudiar algo, concluye por odiar á sus semejantes.

Cuando llegó á hombre supo muchas cosas; entre ellas, que los médicos eran unos ignorantes, puesto que él, con hierbas del campo, había curado á hombres y animales á quien aquéllos habían dado por muertos.

Observó también muchas cosas en el espacio; anunciaba el bueno ó mal tiempo con antelación.

Todo esto le creó una formidable reputación de hechicero, que le regalaron los mismos á quienes él sanaba, en prueba de *agradecimiento*.

Un día oyó decir en una iglesia á un predicador muy célebre que Dios había creado el sol, la luna y las estrellas para recreo del hombre, que era lo mismo que decir que el destino del hombre sobre la tierra era engordar para que se recrearan con él los gusanos después de muerto.

Le pareció tan absurdo lo que afirmaba el *buen* padre, que tuvo valor de reirse.

Le vió una vieja, y se lo comunicó á otra; ésta se

lo dijo en confianza al sacristán; el sacristán comisionó á uno de los acólitos para que le siguiera, y se supo que era el pícaro hechicero del prado de la Encina.

Los curas le odiaron, como le odiaban los médicos.

Un día, no sé quién, vió sangre en las tapias de su huerta, en ocasión en que había desaparecido una criatura en las inmediaciones.

No se necesitaba más para darle el título de comedor de niños.

Un médico reconoció la sangre, y afirmó que era de niña, y de cuatro años.

Esta era la edad y sexo de la criatura desaparecida.

Pero aquel médico debía ser un sabio, cuando leía tales cosas en unas gotas de sangre.

Sin embargo, se averiguó que era á quien más enfermos se le morían.

El pobre hombre fué acusado de asesino de niños, con la circunstancia agravante de hacer bien á sus hermanos por medio de la hechicería y el sortilegio.

Cuando fueron á prenderle, se le encontraron pendiente del árbol.

Había ahorrado á sus verdugos el crimen de atenacearle.

El segundo caso fué el siguiente:

Como aquel hombre murió sin sucesión, los vencejos, por la noche, y las lechuzas, por el día, toma-

ron posesión de la casa, nombrándose sus herederos.

La tapia se desmoronó con los años, y la huerta fué campo de ortigas y hierbas parásitas.

Pasando un día por allí una mendiga joven y bonita, que tenía por patria el mundo, creyó que no sería malo pedir hospitalidad á las lechuzas y los vencejos, y sentó allí sus reales.

Por el día pedía limosna en la villa; por la noche se refugiaba allí.

Como salía al amanecer y regresaba muy después de puesto el sol, nadie más que los pájaros, sus compañeros, tenían noticia de que allí se albergase un ser de la especie humana.

Pero desde el vecino monasterio, que ya se había erigido y estaba habitado, veían por la noche un resplandor rojizo y varias sombras.

Era la propia sombra de la mendiga, proyectada por las llamas de la hoguera que encendía para calentarse en el invierno.

No se les ocurrió á los *doctos* padres poder averiguar la causa.

Es verdad que la tenían bien averiguada.

Aquello no podía proceder más que del infierno.

El resplandor era de los hornillos de Satanás, y la sombra la del mismo espíritu de las tinieblas.

Hubo quien declaró que olía á azufre, y que por las noches, especialmente las de los sábados, se oía ruido de cadenas.

Nada hubo que oponer á estos dos comprobantes.

Y como la casa era muy mala vecindad para el monasterio, los frailes decidieron privar de su morada á las lechuzas, á los vencejos y á la mendiga.

Dirigiéronse allí procesionalmente una mañana con una cuadrilla de albañiles.

Éstos iban pertrechados de picos y azadones.

Los frailes llevaban breviarios y hachas de cera encendidas.

Además, figuraban en primer término la cruz, los ciriales, el agua bendita y el hisopo para los asperges.

Iban cantando.

Los frailes jerónimos cantaban siempre.

Es verdad que lo mismo sucedía con los de otras órdenes, que enterraban á sus muertos cantando.

Empezaron los exorcismos.

El agua bendita llovía sobre aquellas vetustas paredes, que se atrevían á no desplomarse sobre el diablo, como debe hacer toda pared honrada y cristiana.

De repente apareció en el boquete que servía de puerta una mujer envuelta en una manta.

Era la mendiga, que, por estar enferma, no había salido aquella mañana.

La salmodia la asustó, y salía para enterarse de lo que pasaba.

Frailes y albañiles, que iban pensando en el espíritu de aquellas ruinas, huyeron asustados, rodando algunos por el suelo entre los picos, las hachas, los ciriales y la calderilla de agua bendita.

La pobre muchacha, en medio de su enfermedad, no pudo menos de lanzar una carcajada.

Debió formar muy pobre idea de aquellos robustos monjes que huían de una débil mujer.

Viéndose á una regular distancia se detuvieron, admirándose de no verse perseguidos.

La pobre niña los llamaba, tal vez con la idea de disuadirles de su grosero error.

Después de celebrar una especie de consejo, abrieron los breviarios por una de sus páginas más terribles, y fueron acercándose poco á poco.

La mendiga, para inspirarles más confianza, se dejó ver por completo, diciéndoles:

—¿Por qué os asustáis? Soy una pobre enferma.

Añagaza de Satanás.

Viéndose descubierto, había adoptado aquella forma, y les hablaba con dulzura para seducirlos.

Por último, la echaron mano brutalmente.

Una voz, no se supo de quién, dijo:

—¡Ahorquémosla!

¡Oh qué idea tan ingeniosa!

¡Ahorcar al diablo!

Tal cosa no podía ocurrirse más que á un fraile jerónimo.

De la proposición brotó la cuerda que la echaron al cuello con un buen nudo.

La pobre joven, apercibida de lo que pasaba y temblando por lo que iba á pasar, cayó de hinojos, cruzando las manos sobre el pecho.

Les explicó entre sollozos que era una infeliz mendiga; que hacía ya un año que vivía allí; que impetraba la caridad en la iglesia del convento de Santo Domingo el Real...

Todo fué en vano.

Los frailes se habían propuesto ahorcar al diablo sin hacer caso de sus súplicas.

Allí estaba la encina.

Nada faltaba.

La víctima, la cuerda y la horca.

¿A qué perder tiempo?

Aquellas palabras, aquellas lágrimas eran mentidas.

Iban á suprimir el infierno con oprimir un poco una garganta.

A los pocos segundos, la joven se balanceaba en el espacio, lanzando una maldición.

Al día siguiente se averiguó que era verdad lo que decía.

Las monjas de Santo Domingo certificaron de ello.

Pero no siendo el diablo, debía ser una hechicera, puesto que vivía sola en sitio tan retirado.

De todos modos, los reverendos habían hecho una *buena obra*.

Del tercer caso no me acuerdo muy al pormenor.

Sé que también era una bruja la que se ahorcó de esa encina.

Ya ves que reune las condiciones necesarias que

aconsejan los diablólogos para el conjuro, y que Satanás no podrá excusarse de venir aquí.

Ahí la tienes, destacándose á nuestros ojos al cabo de los siglos, como una acusación muda de la ignorancia de los hombres.

—¡Dios mío!—exclamó Antonio, reconociendo el sitio.

—¿Qué?

—¡Y me habéis traído hasta aquí!

—Es muy justo: ¿no quieres ser testigo de la evocación y partícipe de mi fortuna!

—¡Qué horror! ¡Yo en tratos con el demonio!

—¡Eres tan imbécil como los que han sentenciado hoy á mi tío!





CAPITULO XX

En el prado de la Encina.

EN efecto, andando, andando, como suele decirse, los dos jóvenes habían atravesado el prado de San Fermín, llegando al de San Jerónimo.

El monasterio se levantaba á sus ojos, empinando sus torrecillas góticas sobre sus robustos y pardos muros, iluminados á trechos por la luna.

Detrás se veía una masa oscura, que la formaban los árboles de su huerta.

Hacia la derecha se destacaban los andamios del que es hoy Museo de Pinturas, que entonces estaba en construcción.

Los rayos de la luna, filtrándose por entre el anda-

miaje, señalaban en negra silueta las líneas verticales de los maderos, cortadas por las horizontales de las tablas, formando cuadros caprichosos de un ajedrez gigantesco.

Entre la nueva construcción y el monasterio había un prado cubierto de césped.

En él se elevaban algunos árboles, á quienes el mes de Junio había llenado de hojas.

La tenue brisa las agitaba á la sazón, produciendo un rumor sordo que parecía el de la comunidad del monasterio que rezasen en el coro los maitines del Bautista.

Entre todos los árboles se destacaba uno, no más alto, pero sí más frondoso y de más poblada copa.

Sus hojas relucían con la luz de la luna; algunas parecían de plata.

Tres hombres asidos de las manos hubieran abrazado su tronco con dificultad.

La sombra del monasterio, por la posición de la luna, le cubría en parte, de modo que parecía un árbol partido por la mitad.

Era la célebre encina que daba nombre al prado, la que figuraba de un modo tan terrible en la sombría leyenda de Juan, la que había plantado aquel hombre tan feliz, sin sospechar que de una de sus ramas más robustas se había de ahorcar un día su nieto.

Donde los monjes habían ahorcado á la mendiga, escogida después para el mismo objeto por una bruja.

Aquel árbol trágico, que había presenciado la crea-

ción del monasterio, que dió sombra á un hogar que ya no existía, seguía sobreviviendo á tantas catástrofes.

Las lechuzas y los buhos se posaban sobre él de noche.

Alguno que otro cuervo, descendiente de los que sacaron los ojos á los tres cadáveres que pendieron de sus ramas como cosas siniestras, le visitaba alguna vez, como si conociese la tradición, y esperase que los frailes y los ignorantes viniesen á martirizar á algún sabio ó algún inocente.

Juan y Antonio estaban casi debajo de su copa.

El último le miraba con terror, como si sus ramas destilasen aún el sudor que debieron sentir en la agonía aquellos tres infelices.

Instintivamente se separaba de los sitios en los que la luna arrojaba su penumbra.

No quería ni aun que su sombra le tocase.

Aquel árbol era un patíbulo.

Había dado cadáveres por fruto.

¡Y aun vivía, aun ostentaba cierto vigor y cierta frescura, á pesar de los años!

Era un árbol sin remordimientos.

La situación de Antonio era terrible.

Como hombre grosero é ignorante, rendía culto á la superstición, que entonces era más refinada por la hora y el sitio.

Recordó en tropel todo lo que su amo le había dicho en la hostería y en la calle.

Aquel árbol era *viable* para que el diablo se dignase visitarle.

La hora estaba cercana; la hora clásica de aquel terrible *pervigilium* de San Juan, en que pasan cosas en la tierra extrañas y misteriosas, en que las flores se abren y las ondinas aparecen en la superficie de las aguas.

A saber él que su amo se dirigía á aquel sitio, no hubiera llegado hasta allí.

¿Cómo no se apercibió cuando cruzaban el Prado?

Estaba relativamente lejos de la villa, entre dos cosas que inspiran cierto temor cuando se las ve de noche.

Un monasterio y un árbol.

El templo del arte y el templo de la naturaleza.

¡Y tenía que volverse solo, atravesar solo aquel Prado, que tenía tan mala fama, donde había habido tantos desafíos, y tantos robos, y tantos golpes de mano!...

¡Solo, porque su amo persistía en su locura, y se quedaba para invocar al diablo!

¡Terrible situación!

Partir, era exponerse; quedarse, podía ser espantoso.

Aun intentó disuadirle.

Pero en aquel momento ya, más le obligaba el egoísmo que el afecto.

Si conseguía hacerle desistir, ya no iba solo por aquel sitio de tan mala fama.

—Señor,—le dijo,—aun es tiempo...; volvámonos.

—Vete si quieres,—le contestó el joven, decidido.—No pienso ejercer presión sobre tu voluntad. He jurado invocar al diablo así que suenen las doce, y lo invocaré. Es el único remedio de que puedo disponer antes de que me abrume la miseria.

—¿Y si Satanás tiene que hacer en otra parte?

—No vendrá; pero yo le esperaré hasta el alba.

—¿Y si acude?—preguntó, bajando la voz, porque á veces, y á ciertas horas, ni aun de lo improbable se atreve el hombre á hablar alto.

—Si viene, entraremos en tratos.

—Pero, señor, ¿y vuestra alma?

—¿Mi alma?... ¿qué?

—¿No consideráis que se pierde por toda una eternidad?

—¡Bah!

—¿Os atrevéis á chancearos?

—No; pero ya habrá medio de ganar la partida al diablo, de engañarle, como aquel buen molinero que le invocó una noche, y en el momento de morir...

—¡Señor, por todos los santos, no me refiráis más historias de diablos ni de muertos hasta que no salga el sol!... Ya me pesa el haberos escuchado esta tarde... Es verdad que no creí yo que la cosa pudiera ir tan lejos.

—Antonio, cuando un hombre á los veintitrés años no tiene sobre qué caerse muerto, como á mí me sucede; cuando está desesperado, como yo lo estoy, las cosas van adonde deben ir.

—¡Dios tenga compasión de vos, y haga que el diablo no acuda al conjuro! Este es el único deseo que abrigo.

—Entonces, tanto peor... ó tanto mejor. Si quieres quedarte, quédate; si quieres irte, vete; pero, mira, Antonio, no dejes de venir por aquí mañana al romper el día. Si no me ves en este prado, es que Satanás ha acudido al conjuro, y soy ya un hombre, ó estoy en vías de serlo; si no acude, verás mi cadáver al pie de esa encina.

—¡Vuestro cadáver!

—¡Juro á Dios que si salen fallidos mis deseos, yo mismo, antes de salir el sol, me atravieso el corazón con este acero!

—Entonces, que venga... Es decir, que no... ¡Vamos, no sé lo que debo desear ni lo que debo decir!... ¡Trance maldito en el que os habéis colocado... y en el que me colocáis! ¡Idea funesta!... ¡Dios mío, si el vino del hostelero tendría algún bebedizo!

El pobre Antonio calló, para dar libre curso á sus sollozos, que eran los que interrumpían el silencio que allí reinaba.

Porque hasta la brisa dormía en aquel momento.

Las hojas de los árboles habían enmudecido, sin duda porque se acercaba la hora terrible, la hora de Lucifer.

El infeliz Antonio gemía de veras.

Y tanto, que su amo, que iba enterneciéndose, se vió obligado á decirle:

—Vete, ó calla, Antonio: no me gustan los hombres llorones.

—¿Es decir que hasta me prohibís que exprese el sentimiento que me causa el despedirme de vos?

—Exprésale de otra manera..., ó á lo menos donde yo no lo oiga.

—¿Por qué no me lo dijisteis hace ocho años al salir de Arévalo?

—¡Pero, imbécil, sabía yo entonces lo que iba á pasar ocho años después!

Y como Antonio dirigiese una mirada casual hacia el convento, exclamó, levantando el puño y esgrimiéndole en el aire:

—¡La culpa de todo la tiene vuestro tío el prior, que estará roncando ahora como un bienaventurado!

—¡Tal vez no te falte razón en lo de ser él el único responsable!

—¿Qué le importaba que vos os recreaseis con aquella pobre muchacha que tan lindas cosas dejaba ver cuando lavaba la ropa?

—Es verdad.

—¡Si á lo menos os hubiera admitido anteayer

cuando vinisteis, yo estaría durmiendo, mientras hacía la digestión de una cena suculenta!

—¡Y yo estaría en el *in pace* sufriendo los latigazos de una mano vigilante!... No, no, Antonio...; al diablo me atengo.

—¡Qué horror!...

—En fin, la hora va á sonar, te lo aviso.

Antonio tendió una mirada hacia el Prado, lleno de masas de luz y de masas de sombras.

Aquél era un peligro encubierto...; en suma, podía no ser nada.

Pero esperándose al pie de la encina iba á presenciar una terrible escena, que acaso no podría resistir.

Prefirió lo primero.

—Pues bien, señor,—dijo, armándose de valor:—no quiero autorizar con mi presencia la perdición de vuestra alma.

—¿Te vas?

—Tendría un remordimiento eterno si permaneciese aquí hasta que dieran las doce.

—Di que te aleja el miedo..., ¡el poco afecto que me tienes, mal servidor!

—Eso no; yo me dejaría hacer tajadas por vos, harto lo sabéis; para las cosas de este mundo contad conmigo. Pero la salud de mi alma no la arriesgaría... ni aun por mi padre.

—Está bien; vete.

—¿No permitís que bese vuestra mano?

—Prefiero que nos demos un abrazo.

Y amo y criado se estrecharon tiernamente, bajo ese rigoroso nivel que establece el infortunio.

—Vamos, parte ya,—le dijo el primero, desprendiéndose de sus brazos.

Antonio dió dos pasos hacia adelante, en seguida se detuvo, y exclamó:

—Señor, tiempo es todavía de renunciar á ese proyecto tan sacrílego como insensato.

Juan corrió hacia él, diciendo:

—¿Aun estás ahí, tunante? ¡Si te pones al alcance de mi espada, es posible que te desjarrete como á un jabalí!

Antonio, viendo que era inútil resistir, se alejó á buen paso.

El joven le vió á la luz de la luna que ganaba la Carrera de San Jerónimo.

Cuando su negra silueta se esfumó en la sombra, dijo con acento enternecido:

—¡Pobre muchacho!... Nos habíamos cobrado afecto... ¿Qué será de él?

En seguida empezó á pasear por los alrededores de la encina, que había entrado ya por completo en la sombra proyectada por los muros del monasterio.

El mozo sintió cierta emoción penosa en el pecho que le dificultaba la respiración.

Pesaba algo sobre él, como cuando uno espera estar solo y adivina que no lo está.

No se encontraba bien allí, y, sin embargo, permanecía.

La desesperación le sujetaba con su tenaza de hierro, como á tantos infelices.

Creía de buena fe que aquél era el único recurso que le quedaba antes de morir, y quería apurarle, para que su destino no le echase nada en cara.

En aquella época aun se creía en el diablo, porque todavía estaba muy lejos de presentar su dimisión.

De ahí esos problemas terribles de los conjuros, de los pactos...

De ahí esos personajes siniestros llamados inquisidores, que hoy harían reir con su lúgubre aparato y sus frases campanudas.

El dilema era el siguiente:

¿Acudía ó no el diablo á las evocaciones? ¿Se decidía ó no á pactar con los hombres?

Pronto iba á saberlo.

Después, como él había afirmado, le quedaría algún recurso ingenioso, como el de aquel molinero cuya historia no quiso oir Antonio, que habiendo pactado con el diablo, en el momento de morir logró hacerle entrar debajo de una de las piedras de su molino, convenientemente preparada para aplastarle, lo que consiguió sin grande esfuerzo, salvando su alma, mientras Lucifer se reponía de la magulladura en lo más profundo de los infiernos.

Las doce empezaron á sonar en los relojes de la villa.

—¡Ea, valor! - exclamó el joven, acercándose á la encina.

Se desciñó la espada, arojándola lejos de sí, porque la cruz de la empuñadura no impidiese la presencia del tenebroso personaje.

En seguida, dirigiéndose á los cuatro puntos cardinales, exclamó con voz firme:

—¡Satán!... ¡Satán!... ¡Satán!... ¡Satán!...

»Mi voz te implora con la fe que presta la desespeación.

»Si es verdad que tienes poder para firmar tales tos, acude á mi voz.

»Oye mi conjuro, y pon término á mis aflicciones.

»Por esta encina, donde la ignorancia ha colgado tres hechiceros...

»Por la corneja que grazna...

»Por la lechuza que sorbe el aceite de las lámparas del santuario...

»Por el lobo que aulla...

»Por el sapo que salta...

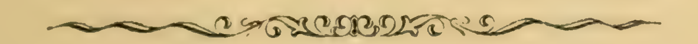
»Acude á mi conjuro.

»¡Satán!... ¡Satán!... ¡Satán!... ¡Satán!...

»¿Estás ahí?»

Y una voz bronca respondió á dos pasos:

—¡Aquí me tienes!





CAPITULO XXI

El doctor Estrañi.



USTO es, y tiempo también, de que volvamos á la noche en que da principio nuestro relato, de que ha sido preciso separarnos para referir hechos y delinear caracteres que han de jugar un papel principal en nuestro libro.

Un guardia de los que había de servicio en palacio, y que regresaba de llevar un parte al montero mayor del rey suspendiendo una cacería proyectada para el día siguiente, enterado por casualidad de lo que pasaba, fué el primero que llevó el parte á palacio.

Carlos III se había acostado ya, y hemos dicho anteriormente que nada supo hasta el siguiente día.

Pero la reina velaba aún.

Era el momento en que se despedía de sus damas de servicio para retirarse.

Una de éstas encontró al guardia en una de las galerías, y volvió presurosa para dar parte á la reina.

A la sazón estaba en la regia cámara Jacobo Estrañi, médico afamado, á quien la reina había conocido en Austria, y á quien tanto con su admiración y gratitud como hombre de ciencia, honraba con su amistad.

Jacobo Estrañi hacía la tertulia á los reyes todas las noches, pasando en palacio una hora por lo menos.

Entonces se le recibía como amigo y no como doctor.

Su influencia en palacio era tan grande, que rayaba en lo inverosímil.

Y aquel secreto consistía en que no pidió nunca para sí.

También iba á retirarse en el momento en que entró la dama á transmitir lo que había oído al guardia.

La nueva llegó entre todas las nebulosidades que envuelven las primeras noticias.

Del hecho no se sabía con certeza más sino que el conde y la condesa de Massi estaban heridos.

Pero se ignoraba la causa, así como de quién era la mano criminal.

Ya hemos dicho que el conde privaba con los reyes, y que su crédito en palacio contrabalanceaba el de algunos cortesanos, que no le miraban bien.

Al oir la reina Amalia aquello, exclamó, dirigiéndose á Estrañi:

—¡Pronto, doctor!... Es preciso que corráis á casa del conde, que más que nunca necesita de los auxilios de vuestra ciencia:

Al oir esta orden, Estrañi exclamó, sin poder contenerse, y con cierto acento que indicaba repugnancia:

—¡Yo!... ¡Yo á casa del conde!

—¿Qué tiene de particular?—objetó la reina.

El doctor se repuso, y dijo, inclinándose:

—¡Es verdad!... Un médico debe acudir al lado de los enfermos que le necesitan. Señora, estoy á disposición de vuestra majestad.

—¡Pues no perdáis momento, doctor! Vuestra tardanza puede ocasionar serios trastornos... Mañana me diréis lo que ha pasado.

Estrañi besó la mano á la reina, saludó á las damas, que aun se quedaban haciendo comentarios, y partió en su litera con dirección á la casa de los condes.

Como iba solo, murmuraba en alta voz:

—¡Pero yo á casa de los condes!... ¡Esto es un absurdo que me he prohibido varias veces!... Es preciso obedecer... ¡Maldita casualidad la de estar yo esta noche en palacio!

Después se interrumpió por un breve espacio de tiempo, durante el cual, sus contracciones nerviosas indicaban su inquietud y desasosiego.

Al cabo de algunos segundos volvió á expresar sus pensamientos en alta voz:

—¡Voy á verla,—dijo;—á verla después de tantos años!... ¡Josefina! ¡Oh! Este nombre me quema los labios... ¡Y está herida! ¡Él también! ¿Qué puede haber pasado?... Tal vez alguno de esos dramas de familia... ¡Pero un drama en una casa donde, al decir de todo el mundo, reina la felicidad más completa, la calma más inalterable!... No tardaremos en saberlo.

La litera se detuvo á la puerta, y Estrañi saltó del estribo al zaguán, que estaba iluminado, á pesar de ser una hora relativamente avanzada.

Llamó la atención de Estrañi un grupo de alguaciles de la ronda que conversaban con los criados.

Todos le abrieron paso respetuosamente, y uno de los últimos le guió hasta las habitaciones superiores, encargándosele á un mayordomo que hacía algún tiempo servía en la casa.

La intervención de la ronda por medio de sus alguaciles indicaba que allí se había cometido un crimen.

Estrañi pensó en un robo con violencia; no podía haber sido otra cosa.

Pero á un buen observador le hubiera llamado la atención su actitud.

Un médico conmovido cuando va á hacer una visita, es una cosa rara.

Los médicos y los curas son los hombres que mejor disponen de su sangre fría.

Y no es por egoísmo, digámoslo en su obsequio.

Es que la serenidad en casos apurados es uno de los atributos de la religión y de la ciencia.

El doctor estaba extrañamente conmovido: la palidez de sus mejillas y la impetuosidad de sus movimientos lo indicaban así.

Seguía al criado con cierta vacilación, que indicaba repugnancia en cumplir con su deber.

Un médico tiene prisa en ver al enfermo; pero á Estrañi parecía pasarle todo lo contrario en aquella ocasión.

Así atravesó dos habitaciones.

Al llegar á un gabinete ricamente decorado, se detuvo como si fuera víctima de un repentino arrobamiento.

En el testero principal había un retrato de cuerpo entero con un lujoso marco tallado.

Era el de Josefina, hecho veinte años antes, cuando ella tenía otros veinte.

Parecía una niña.

Aquel retrato hubiera podido pasar por el de Adelina, su hija.

Estrañi se detuvo como para contemplarla mejor.

Al mismo tiempo vagó en sus labios una sonrisa, y se desprendió de sus ojos una lágrima.

—¡Qué imbécil soy!—murmuró entre dientes, enjugándosela con el dorso de la mano derecha.

El criado, al notar que no le seguía, se detuvo también y volvió la cabeza.

—¡Es la señora condesa!—dijo, señalando al retrato.

Aquella voz sirvió de aviso á Estrañi, cuya emoción podía ser notada.

—Ya lo sé,—contestó aparentando indiferencia.—Vamos, guiad.

Ambos penetraron en una alcoba.

Era la del conde.

Un criado le velaba.

Al apercibirse de la presencia del doctor, se retiró, saludando respetuosamente.

En un lecho de caoba, artísticamente tallada, de un modo que recordaba el estilo de Berruguete, cubierto con ricas sábanas de batista, yacía el conde, no descansando, sino aletargado.

En su color arrebatado se conocía que la fiebre le estrechaba entre sus inexorables brazos.

Nueva emoción se pintó en el semblante de Estrañi al ver al conde.

Pero una emoción que nada tenía que ver con la que experimentó ante el retrato de la condesa.

Las líneas de su movible rostro se endurecieron hasta adquirir la rigidez de las de una estatua, y se hizo más perceptible la arruga que marcaba la unión de sus cejas.

En sus ojos fulguró una mirada iracunda; su frente se oscureció como un cielo de verano cuando le manchan las nubes de la tempestad.

La respiración levantaba su pecho á intervalos des-

iguales, y chocaba que tardara tanto en lanzar un rugido.

En suma, el doctor parecía experimentar la misma emoción que causa un ser á quien se odia de muerte.

Pero aquello tuvo la instantánea duración de un relámpago.

El criado no se apercibió.

Al dar Estrañi un paso hacia el lecho, se había operado en él una revolución singular.

Ya no era el hombre.

Era el médico, la ciencia que observa y pregunta con los ojos.

Fijándolos en el enfermo, echó de ver que la muerte no estaba sentada á la cabecera de aquel lecho.

Sin embargo, frunció el ceño, como el marino que nota en el barómetro señales de tempestad.

Debía haber peligro.

—¿Dónde tiene la herida?—preguntó.

—En el brazo derecho,—dijo el criado.—Un disparo de pistola.

—Algo más tiene.

—No; le hemos registrado al desnudarle.

—Quiero decir que le amaga una apoplejía.

—¡Ah!...

—Es preciso unos fomentos en las piernas: haced que los dispongan al momento.

El mayordomo desapareció.

Pero se le oía dar órdenes en la habitación que precedía á la alcoba.

Entonces el médico levantó el embozo para examinar la herida.

Tenía rota la clavícula.

La hinchazón amenazaba presentarse; no había tiempo que perder.

Se acercó á la habitación indicada, y, como el capitán de un buque que manda una maniobra importante en un momento de apuro, exclamó:

—Trapos, unas tijeras y dos mujeres que cosan..., ¡pero pronto!

En seguida volvió á la cabecera del enfermo.

El médico volvió á desaparecer ante el hombre: el doctor hizo lugar á Estrañi.

Lanzó una mirada de odio al conde, pero de un odio terrible, de que sólo nos dan ejemplo los tigres que se encuentran en los pantanos de la India en la época del celo, y exclamó:

—¡Oh, si yo quisiera!... ¡Qué facil me sería!... ¡Mi torpeza de cirujano cargaría con la responsabilidad, pero nadie podía sospechar que Jacobo Estrañi se vengaba!...

Al oir ruido de pasos, todo desapareció.

Sus órdenes habían sido cumplidas con la rapidez que exigía su deseo.

El mayordomo le presentó un lienzo de hilo y unas tijeras; detrás esperaban dos doncellas de la casa con la aguja preparada.

El doctor cortó un vendaje, y explicó el modo de coserle, volviendo á encargar la diligencia.

Después dijo al mayordomo:

—Llamad á un criado.

Pasó uno que estaba en la habitación contigua.

—Vais á ayudarme, —prosiguió el doctor.—Yo no puedo solo: es preciso que le sujetéis fuertemente mientras yo encajo el hueso, antes de que sobrevenga la inflamación. Aunque le oigáis gritar, no aflojéis ni hagáis caso. La compasión en tales ocasiones mata á los enfermos más pronto que el mal.

Una vez el vendaje concluído, hizo que salieran las mujeres.

Los dos criados, bajo su dirección, incorporaron al herido de modo que su espalda se recostaba sobre las almohadas, preparadas de una manera conveniente.

—Ahora,—dijo,—sujetadle al lecho como si vuestros brazos fueran cuerdas de cáñamo.

Él en seguida le asió por el hombro con las dos manos, y poniendo en juego un inteligente y enérgico movimiento, encajó una en otra las dos partes fracturadas del hueso.

El herido lanzó un ¡ay! terrible; una contracción nerviosa hizo estremecer el pesado lecho; la cabeza cayó sobre su hombro.

Los dos criados estaban pálidos como la cera; el sudor corría por su frente.

En tanto, el doctor, completamente sereno, sujetaba el vendaje al hombro y al brazo, comprimiéndole todo lo que pudo.

La operación estaba hecha con éxito.

—Afortunadamente no hay esquirlas,—dijo el doctor.—Ahora es necesario sujetarle el brazo para impedir cualquier movimiento que inutilizara mi obra; con uno basta; que vaya el otro á disponer los sinapismos, porque es preciso debilitar la congestión, ya que no se pueda impedirla.

El criado partió.

Aquella operación había fatigado á Estrañi.

Tomó asiento, y se enjugó el rostro con el pañuelo.

Pero de pronto se levantó, diciendo:

—¡Ah! ¡Me olvidaba! ¿Dónde está la condesa?

—No os molestéis,—contestó el mayordomo.—Lo de la señora condesa no es cosa de cuidado... Un rasguño en el brazo, y nada más.

—Pero ya que estoy aquí, es prudente que la vea.

—No os dejarán.

—¿Quién?—preguntó el doctor con extrañeza.

—Los que la guardan.

—¿Sus criados?

—No..., no, señor.

—Pues ¿quién?

El mayordomo guardó silencio.

Estrañi conoció que contestaba con repugnancia á sus preguntas, lo cual excitó su curiosidad.

—¿Decís que no son sus criados los que la cuidan?

—Eso he dicho.

—¡Pardiez!... Pues ¿quién puede guardarla en su casa?

—Señor doctor,—dijo aquél con aire confidencial y bajando mucho la voz,—esta noche han pasado aquí cosas muy extrañas.

—¿Sí?

—La señora está... Vamos, la guarda el señor corregidor, esperando que llegue el alcalde del crimen.

—¡Cómo!—exclamó Estrañi estupefacto. —¿Está presa?

—Sí, señor; pero...

—Pues ¿qué ha pasado? ¡Pardiez! ¡Estáis refiriéndome cosas muy singulares!

—Según ella misma confiesa, cuidado que nosotros no hemos visto nada, ha disparado sobre su marido.

—¿Es ella la que le ha causado esa herida?

—Así lo asegura.

—¡Imposible, tratándose de un ser tan débil y de un hombre como el conde, que no es nada pusilánime!

—Cuando entramos en la sala, el señor conde estaba en el suelo, herido; la señorita Adelina, desmayada; y el señorito Rogelio, pálido como la muerte, huía.

—En efecto, no le veo al lado de su padre...

—¿No os he dicho que ha huído?

—¡Ah!

Esta exclamación se la dirigía el doctor á sí mismo.

—No es eso todo,—prosiguió el mayordomo.

—¡Oh! ¡Hablad, hablad!—dijo Estrañi con creciente interés.

—Cuando levantamos del suelo al señor conde para

trasladarle aquí, vió en una de las salas al señor corregidor, á quien conoce; éste, viendo que abría los ojos, se le acercó como para animarle; entonces el amo dijo: —«¿Han cogido al asesino?—Descuidad, que ya está en nuestro poder, — contestó el corregidor.—Guardadle bien, para que la ley le castigue.—Pues qué, ¿no ha sido vuestra esposa?—No tal; Josefina es inocente; mi hijo Rogelio es el que ha disparado sobre mí.»

—¡Rogelio!—exclamó el doctor.

—Por eso os dije que esta noche han pasado aquí cosas extrañas.

El enfermo abrió los ojos.

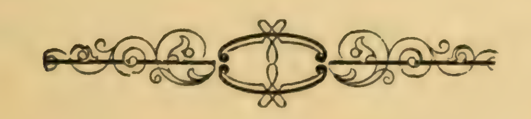
—¡Agua!—dijo con acento suplicante.

El criado dirigió una mirada al médico.

—No hay que dársela,—repuso éste.—Ahora mismo recetaré una tisana, pero nada más que para humedecerle la boca con un hisopo.

Después de haber escrito, exclamó:

—¡Oh, sí!... Es un drama lo que se ha representado aquí...; pero ¿quién será el autor?





CAPITULO XXII

A mal enfermo, buen servidor.



STÁN tan acostumbrados los médicos á las catástrofes morales que proceden de las tempestades del alma, como los marinos á las del Océano, que surcan en todos sentidos desde su juventud.

Pero en aquella escena no se necesitaba ser gran observador para ver que todo aquello era el resultado de uno de esos dramas misteriosos que sientan á toda una familia en el banco de los acusados.

Estrañi volvió á tomar asiento.

El doctor podía retirarse; pero el hombre se quedaba.

Huía la ciencia de curar para hacer sitio á la psicología.

¿Qué podía haber pasado allí?

Parte de ello estaba claro á los ojos del doctor y de cualquiera que conociese á los individuos que formaban la familia.

Y Estrañi los conocía, como veremos más adelante.

¿De dónde la vino á Josefina aquella pistola que tuvo tan á mano?

Además, es casi imposible que, á no cogerle desprevenido, y siendo larga la distancia, una mujer pueda disparar sobre un hombre, sin que éste lo impida y la desarme.

Que no estaba desprevenido el conde, lo demostraba la herida de su mujer.

Había habido lucha.

Y la misma herida de arma blanca atestiguaba que la distancia era corta.

Luégo la huída de Rogelio ponía más en claro la cosa.

El había sido el parricida, y su madre se denunciaba para salvarle.

Pero ¿qué motivo tan poderoso puede existir para que un hijo atente á la vida de su padre?

Si el motivo no hubiera sido poderoso, si Rogelio no tuviera razón, la madre le hubiera acusado también, como se acusa á un monstruo.

Al contrario, le defendía, puesto que se entregaba por él.

Después de un cuarto de hora que le ocuparon es

tas reflexiones y estas dudas, el doctor empezó á pasear por la sala contigua, diciendo para sí:

—¡Bah! ¿A mí qué me importa? ¿Qué tengo que mezclarme en sus negocios, después de veintidós años que me son indiferentes? ¡Indiferentes!... ¡Ah! ¡No! No pueden sérmelo aunque quiera.

A él le odio, á ella la...

¡Dios mío! ¡Qué insensato es el hombre! ¡Qué pobres los medios de que dispone para vencerse!

En veinticuatro años no he podido olvidarme de ninguno de los dos.

Me creía completamente ajeno á ellos, y hoy la fatalidad me coloca á su lado, me hace mezclarme en sus asuntos..., me obliga á devolver la salud al hombre á quien más odio en el mundo.

Y ¿por qué le odio?

¿Tuvo él la culpa acaso?... Si ella no hubiera querido...

Pero quiso..., y ahí tiene las consecuencias.

Lo repito: no es al conde á quien yo debía odiar, sino á ella.

Y no obstante...

¡Veinticuatro años sin hablarla!...

Y esta noche me sale al encuentro como estaba entonces...

¡Oh, qué emoción he experimentado!...

Aquel cuadro parecía una puerta que se abría para darla paso...

Lo he reparado bien. Josefina ha tenido la cruel

complacencia de retratarse con el mismo traje que llevaba aquel día en Nápoles cuando...

Parece que previó este caso.

¡Quién había de decirla entonces, cuando salí de su casa con la muerte en el corazón, que á los veinticuatro años había de volver para curar á su marido y saber que estaba presa!...

¡El hombre á quien tanto despreció tomando parte en los dolores que la produce un drama íntimo!

Lo repito: á mí no me importa lo que pueda sucederles.

He venido esta noche por complacer á la reina; mañana mandaré á uno de mis colegas.. , y si no están contentos, que busquen ellos mismos otro médico.

¡Amarga irrisión!

¡Por devolver la salud á ese hombre perder yo mi tranquilidad!...

Ya es tarde.

Creo que por esta noche no hay peligro para él.

Únicamente le acosará la fiebre...; pero lo más principal está hecho.

Tras este monólogo mental miró la hora en un magnífico reloj de bolsillo.

—¡La una de la mañana!—exclamó.—Ya es hora de retirarme.

Iba á dirigirse hacia la alcoba para hacer la última prescripción por aquella noche, cuando oyó un ru-

mor de pasos cercanos, y una voz conocida, sin duda, que le hizo estremecer.

La puerta de la estancia donde él estaba, que precedía directamente á la alcoba, se abrió de repente.

El doctor se escondió en el hueco de un balcón, cubriéndose con sus cortinajes.

Josefina penetró en la estancia, seguida del alcalde del crimen, don José Sandoval, que la decía:

—No hay inconveniente en que antes de partir os enteréis del estado de vuestro esposo, como os habéis enterado del de vuestra hija.

—Al mismo tiempo,—repuso Josefina,—quiero ver si delante de mí se atreve á acusar á su hijo de asesino.

La voz de la infeliz estaba conmovida.

Llevaba el brazo vendado, y Estrañi reparó en las señales de estrangulación marcadas en su cuello.

—¿Habrá querido ahogarla el miserable?—pensó.

Josefina y el alcalde penetraron en la alcoba.

El enfermo permanecía amodorrado.

El mayordomo que le sujetaba el brazo les enteró de la operación que acababa de sufrir.

—¿Quién le asiste?—preguntó Josefina, demostrando la mayor indiferencia ante el cuerpo inanimado de su esposo.

—El doctor Estrañi,—contestó aquél.

Al oir este nombre sintió un desvanecimiento tal, que tuvo que apoyarse en el brazo del alcalde para no caer.

—¡Estrañi!—repitió como un eco, añadiendo luégo: —¿Ha marchado ya?

—No, señora; hace un momento estaba aquí.

Entonces, como una loca, volvió la cabeza en todas direcciones, como buscando á alguno.

Sin duda al doctor.

Tuvo que sentarse y tomar un sorbo de la tisana que el doctor había recetado para su marido.

—¡Está aquí... él!—exclamó, estremeciéndose.

En seguida, queriendo reprender acaso el celo de alguno de sus servidores por haber llamado á Estrañi en vez de otro cualquiera, exclamó:

—Pero ¿quién le ha llevado el aviso?

—Nadie, á lo que parece; vino aquí por orden de su majestad la reina.

—¡Ah!... ¡Ha sido la reina!

—Así se lo he oído decir.

El alcalde se adelantó, diciendo:

—Mi deber me prohibe permitiros estos diálogos ni con vuestros criados ni con nadie. Vamos, señora.

—Sí, vamos.

Josefina se apoyó en su brazo, y salió de la estancia sin dirigir ni una mirada á su esposo.

En cambio, sus ojos escudriñaban todos los rincones.

Sin duda, sabiendo que estaba allí el doctor, se extrañaba de no verle.

Cuando se cerró la puerta salió Estrañi de su escondite.

En sus ojos brillaba una lágrima.

—¡No sé si hubiera podido resistir su presencia!—dijo.

En seguida se dejó caer en un sillón, y, bajando la cabeza, escondió el rostro entre las manos.

Sin duda antiguos recuerdos invadían su cerebro.

Allí permaneció más de veinte minutos sin movimiento.

Parecía petrificado.

No le hubiera hecho variar de posición el disparo de un mortero.

Sin embargo, una palabra que pronunció el conde le hizo levantar la cabeza y escuchar:

«¡Nápoles!»

Esta palabra era la que aquél había pronunciado

—¡Los dos coincidimos en el mismo recuerdo!—exclamó.—A él se le inspira el delirio de la fiebre; á mí el de la desesperación.

Escuchó aún algunos segundos.

Los labios del herido volvieron á abrirse para exclamar:

—¡Ella no lo ha sabido..., ni lo sabrá nunca!...

Estrañi se puso en pie, como impulsado por un resorte.

—¿Quién es ella?—dijo.—¿Qué es lo que nunca sabrá?

Al cabo de otra pausa volvió á exclamar el conde

—¡Venecia!... ¡El Canalazzo!... ¡Allí fué!... ¡El palacio de Mocénigo!... ¡Ja, ja, ja!...

—¡No sé por qué cada nota de esa risa nerviosa me punza el corazón como un hierro ardiendo!... Sí..., fué en Venecia... durante el Carnaval... ¿Por qué no quiso él que fuera en Nápoles, como parecía lógico?... Ella volvió de allí completamente transformada... Dios mío, qué pasó en el palacio de Mocénigo!... Debe ser algún noble veneciano... Yo puedo abrir los resortes de la fiebre, pero no los del delirio..., y un movimiento cualquiera llevaría sus ideas por otro cauce...

—¡Felisa!—murmuró el conde con suave y amoroso acento.

Después calló.

Pasaron más de quince minutos sin que sus labios volvieran á moverse.

El doctor estaba en la puerta, apoyado con la mano derecha sobre el marco, mientras escondía la izquierda entre sus negros y crespos cabellos.

Tenía la vista fija en el rostro del conde, como si con sus ojos quisiera provocar sus palabras; pero palabras que le enterasen de lo que él deseaba conocer.

Sus labios entreabiertos daban difícil paso á la respiración.

En aquel momento no reparó en que el criado estaba allí contemplándole.

Había prescindido de él por completo.

Pero el mayordomo le examinaba asustado.

Aquel rostro le inspiraba miedo.

Creía que los ojos de Estrañi eran puñales que iban

á clavarse en el pecho del conde en cuanto él desapareciese de allí.

No era aquélla la mirada de un médico que estudia la enfermedad y sus fenómenos en el rostro del paciente.

Más bien parecía la del tigre que sorprende dormida á su presa, y se acerca á ella con sigilo para no despertarla hasta que tenga las garras clavadas en su pecho y los aguzados colmillos en la garganta.

Así era como el doctor aparecía ante el criado.

Al cabo de aquellos quince minutos, que tuvieron para Estrañi la duración de muchos siglos, el conde hizo un leve movimiento, y el dolor le obligó á lanzar un ¡ay!

Se vió que una sombra oscurecía su frente, como esas nubes que en verano parece que manchan los sembrados.

Luégo se pintó una sonrisa en sus labios.

—¡Nápoles!—volvió á decir.

Y después de una pausa, prosiguió:

—Me amenazaban con la cárcel... Yo necesitaba dinero..., y me casé.

El doctor comprendió que la fiebre se desarrollaba en su período álgido, que iba á entrar de lleno en el delirio.

Penetró en la alcoba, y dijo al mayordomo:

—Id á descansar. Estaréis fatigado. Yo le velaré.

Pero el fiel servidor no se movió.

Tenía miedo de dejar á su amo solo con aquel hombre que miraba de tal modo.

—¿No habéis oído?—añadió Estrañi.

—No os molestéis por mí...; no siento fatiga.

—Pero es que mañana tendréis que trabajar.

—Sé pasarme muchas noches sin dormir, bien lo saben mis señores.

Entre tanto el conde proseguía:

—Los *lazzaroni*..., las *zitellas* de Sorrento que llevaban á vender los corales... que sus novios ó sus hermanos pescaban en el golfo.

—Vamos, marchad,—dijo Estrañi.—Aquí hago yo más falta que vos.

—¡Puede que no!

—¿Qué es eso?

—Que vos tendréis muchos enfermos á quienes visitar mañana, mientras que yo...

La insistencia en quedarse de aquel hombre chocó á Estrañi.

Acabando de perder los estribos, exclamó:

—Pero ¿no comprendéis que ese hombre está diciendo cosas que vos no debéis oir?

—¡Ah!

—Los secretos del amo no debe saberlos el servidor... cuando es leal. Ahora, si espía...

Aquel hombre se levantó, diciendo:

—Cuando se trata de una indiscreción, cedo mi

puesto; aunque no sé si vos debéis oir lo que yo no oiga.

—Un médico es un sacerdote del cuerpo..., y muchas veces del alma.

—¡Puede que tengáis razón!

—¿No habéis oído hablar de enfermos que se han confesado con la persona que los asistía?

—Basta; me habéis convencido: sentaos.

Aquel hombre, que era un buen servidor, se levantó.

Estrañi ocupó su asiento.

—Retiraos,—le dijo.—Si algo ocurre, os llamaré.

—Me pondré á la distancia conveniente en que pueda oir vuestra voz y no la de mi señor. Decís bien: los secretos deben comunicarse de igual á igual, y en todo caso, de inferior á superior. ¡Dios os guarde!

Saludó y salió.





CAPITULO XXIII

Dos consignas opuestas.



L semblante del conde estaba enteramente coloreado por la fiebre.

De vez en cuando abría y cerraba los párpados; entonces se veían algunos ramalazos de sangre en las pupilas.

La congestión no estaba más que aplazada.

Podía retirarse, ó sobrevenir.

Estrañi puso el vaso de la tisana al alcance de su mano.

Tenía buen cuidado de humedecerle los labios á menudo con el hisopo.

Con la otra le sujetaba el brazo derecho, para impedir todo movimiento.

Escuchaba con atención.

El conde pronunciaba palabras inarticuladas y reía con frecuencia.

Pero eran frases sueltas, incoherentes.

Entre una y otra había lagunas inmensas de pensamientos.

Era imposible construir nada con ellas, ni sacar nada en limpio, como vulgarmente se dice.

Las que pronunciaba con más frecuencia eran éstas:

«¡Nápoles!... ¡Venecia!»

Y estos nombres:

«¡Josefina! ¡Carlos! ¡Mocénigo! ¡Felisa!»

Cuando pronunciaba el nombre de su mujer, hacía un terrible fruncimiento de cejas.

En cambio, al nombrar á Felisa, su voz era dulce y amoroso su acento.

De aquellos cuatro nombres, Estrañi no conocía más que el de Josefina.

Estaba desesperado, como un matemático ante un problema que no pueda resolver; como un jugador de ajedrez á quien previenen, antes de empezar la partida, que van á darle *mate* con una pieza determinada, y se le dan.

Por lo visto tenía interés en conocer los secretos que pudiera revelar el conde en su delirio.

Pero el delirio de éste era como los enigmas que representa una esfinge, como los jeroglíficos de Menfis y de Babilonia.

Al cabo de veinte minutos de no adelantar nada,

Estrañi apeló á un recurso de magnetizador en la feria de una aldea.

Puso su mano izquierda sobre el corazón del conde, y se le oprimió suavemente á intervalos.

El rostro de éste expresó cierta dolorosa angustia, como si hubieran echado sobre su pecho un peso enorme.

En seguida Estrañi se acercó á su oído y empezó á hablarle en voz baja.

El recurso produjo su efecto.

Aquello era una traición; pero al que quiere saber, todo le está permitido.

Los labios del enfermo se abrieron como válvulas de una máquina de vapor, y empezó á vomitar palabras.

Eran episodios de su vida en Nápoles y en Venecia.

Episodios terribles, que se relacionaban sin duda algo con el doctor; porque á medida que aquél hacía forzosas confidencias, el rostro de Estrañi se demudaba, pasando del amarillo lívido al rojo violado, y viceversa.

Había momentos en que la espuma asomaba á sus descoloridos labios.

Otras veces introducía en el pecho su mano izquierda por entre los finísimos encajes de su camisa, y se desgarraba la piel con las uñas.

El enfermo seguía hablando y lanzando carcajadas al mismo tiempo.

Cuando aquél reía, el rostro del doctor expresaba

una angustia indefinible, un dolor que casi le arrancaba lágrimas.

Suspiraba y maldecía al mismo tiempo; y cuando el desarreglo de ideas que produce la fiebre llevaba las del conde por otro camino, volvía á hablarle en voz baja al oído.

Entonces el delirio se fijaba ó iba por donde el doctor quería conducirle.

Esto duró más de una hora.

Al cabo de este tiempo, el doctor rechazó aquel brazo que estaba conteniendo.

El conde lanzó un grito, y Estrañi exclamó:

—¡Maldito seas!

Al grito acudió el leal mayordomo.

—Nada ocurre,—le dijo el doctor;—pero podéis recobrar vuestro puesto.

Un relámpago de satisfacción brilló en el rostro de aquél.

Ya podía velar por su amo.

El doctor, con las manos á la espalda, comenzó á medir á grandes pasos la alcoba y la sala contigua.

Y como si estuviera solo, como si nadie debiera oirle, exclamó:

—Es preciso que yo le salve... Que le devuelva la salud... Será la curación que más á gusto haya hecho en toda mi larga carrera de médico. Sí, yo necesito su

vida. . Se la disputaré á la muerte..., á Dios mismo, si Dios se empeñara en quitársela.

Si mi madre viviera; si fuera preciso curar á uno de los dos; si la sangre de la primera hiciese falta para que este hombre recobrase la salud, no vacilaría en abrirle las venas con una lanceta, con un cuchillo, para extraérsela más pronto...

Sí, yo mismo contribuiría á su muerte, ¡á la muerte de una madre!, con tal de que este hombre viviera.

Y veo ahora la congestión pintada en su rostro... Un golpe de sangre que penetre en la arteria con más fuerza de la regular, puede destruirlo todo en un momento...

¿Qué es la ciencia entonces más que una mentira, pues que no alcanza á colmar las aspiraciones de sus sacerdotes?

¿Qué es el estudio más que una lámpara encendida que puede apagar el soplo de un niño?

¡Si la muerte me arrebata á este hombre, me levanto la tapa de los sesos!

El mayordomo, que esto oía, estaba absorto, mudo de estupor.

¡Él, que llegó á creer que la vida de su amo peligraba en las manos de aquel médico!

¡Que Estrañi tenía interés en abreviársela!

¡Él, que le había desobedecido! ¡Que casi llegó á insultarle!

La mayor parte de las veces el hombre camina por senderos extraviados.

Tiene la manía de juzgar por las apariencias, aun después de saber que las apariencias engañan como los fuegos fatuos.

El doctor tomó recado de escribir y trazó el plan que debía seguirse aquella mañana, quedando él en volver á la tarde siguiente; y entregándosele al mayordomo, dijo:

—Si amáis á vuestro amo, si apreciáis en algo su vida, es preciso que no consintáis que este plan se altere en lo más mínimo.

—Descuidad.

—Veo que sois un leal servidor.

—Hace muchos años que como el pan de la casa.

—Pudiera vuestro amo pronunciar en su delirio palabras que...

—Entiendo.

—Conviene que no las prestéis atención..., que no las oigáis...

—Descuidad, no las oiré.

—En tales momentos sería conveniente que estuvierais solo á su lado.

—Nadie más que yo habrá.

—Entonces parto, abrigando esa confianza.

—Podéis retiraros tranquilo, señor doctor.

Estrañi bajó á la calle y ocupó su litera.

Cuando llegó á su casa eran ya las tres de la mañana.

Pero no pensaba en descansar, ni en acostarse siquiera.

Muchas veces acostado es cuando menos descansa uno.

Encerróse en su habitación.

Abrió un mueble antiguo, y del doble fondo de un cajón sacó una cajita que contenía un anillo de oro, una caléndula seca y una miniatura.

Todo aquello significaba recuerdos.

La miniatura era un retrato de Josefina.

Representaba diez y seis años, y vestía el pintoresco traje que usaban las aldeanas del golfo napolitano.

Era una verdadera perla de Castellamare, rubia como las arenas de la playa, vaporosa como el humo del Vesubio.

En sus labios bullía, suave y juguetona, una adorable sonrisa.

Se comprendía que aquellos ojos azules lanzasen llamaradas cuando los animase la pasión.

Al verla se oían los dulces ecos de la *tarantela* en las tardes napolitanas, y los suspiros del mar cuando deja en la arena la espuma de las olas de su golfo.

Estrañi imprimió mil y mil besos en aquel pedazo de marfil que representaba una muchacha tan linda.

Reía y lloraba.

En aquel momento no era el sabio doctor de la

reina Amalia de Sajonia, no era el hombre de ciencia.

Era un loco.

Hizo bien en encerrarse para que nadie le viera, porque le hubieran puesto una camisa de fuerza.

Pasados aquellos transportes, exclamó:

—¡Hice bien en no romper, en no pisotear esta linda miniatura en aquel día fatal!

Parece que el corazón me advertía que no era ella la culpable...

¡Dios mío, qué mal la juzgué!...

¿Cómo pude suponer que fuese capaz de la traición la que no consentía la doblez en los demás?

Por eso mi corazón la amaba siempre.

Un instinto secreto me advertía de su inocencia; y cuando iba á maldecirla, faltaba la voz á mi garganta, y se negaban á moverse mis labios.

¡Y pensar que aquello ya pasó!... ¡que el tiempo no puede volver atrás!... ¡que es imposible deshacer lo hecho!...

Pensar en todo esto, y no abrirse las venas para que salga la vida, es ser un miserable esclavo, que prefiere las cadenas de la fatalidad á la muerte.

Pero no, yo debo vivir.

Si no para el amor, porque aquello ya ha pasado, para la venganza.

Yo necesito la vida de ese hombre, como el martillo necesita el yunque para golpearle..., como el hacha necesita el tronco para hendirle. ., como la ola necesita el huracán para ser más destructora.

Es preciso que ese hombre viva, y vivirá...

Ha hecho bien su hijo en no matarle esta noche: ha bastado con romperle el brazo para denunciarle á mi furor.

Yo me encargo del resto.

Volvió á guardar todos aquellos objetos, después de besarlos como reliquias, y se tendió en el lecho, sin desnudarse.

¿Para qué, si no iba á dormir?

Al día siguiente se levantó muy temprano, y á la hora acostumbrada fué á palacio.

La reina le esperaba con impaciencia.

Ya se había susurrado mucho acerca de lo que pudo pasar en casa del conde, y creía que el doctor iba á darle más detalles

Pero Estrañi se limitó á darle parte de lo que sabía.

En realidad, respecto al hecho, estaba tan enterado como los demás.

Todos se le achacaban á Rogelio, que había dado ya en manos de la justicia; pero al mismo tiempo extrañaban que la madre le defendiera, entregándose por él.

Lo cual, si no daba la razón á Rogelio, se la quitaba al conde.

Porque un padre tiene que hacer más para que un hijo le levante la mano, que un hijo para que se la levante su padre.

Todos esperaban que el proceso comenzado diese más detalles.

Estrañi acudió por la tarde á casa del conde.

Estaba más tranquilo, habiendo dormido algo aquella mañana.

Pero no cesaba de desvariar, y desconocía á cuantos se acercaban á hablarle.

—Es que la congestión persiste,—decía el doctor al mayordomo, que era quien le daba tales noticias.

—Pero ¿el peligro ha pasado?

—Puede .., aunque todavía no me atrevo á asegurarlo.

—¿Y la condesa?

—Ya ha recobrado la libertad.

—Ya lo sé; pero ¿está en casa?

—No, señor; vino esta tarde para enterarse del estado de la señorita, y partió en seguida.

—¿Ha preguntado por su esposo?

—Ni una palabra... Por quien ha preguntado ha sido por vos. Su voz temblaba antes de oir mi respuesta. Cuando la dije que no habíais venido, pareció tranquilizarse.

—Y ¿no te hizo alguna observación respecto de mí?

—Sí, señor; pero...

—¿Qué?

—No me atrevo...

—Habla sin temor.

—Me dijo que cuando vinieseis la avisara para ocultarse, pues no quería veros.

—¡Pobre condesa!

—La verdad es que la condesa ha perdido mucho desde ayer acá.

—Pues yo, á mi vez, te doy la consigna contraria: cuando venga, la avisas efectivamente, pero diciéndola que soy yo el que necesita hablarla.

Y sin esperar la respuesta del mayordomo, salió á la calle.

Pero fué inútil su empeño, por más que aquél transmitió su deseo á la condesa.

Josefina no consintió en verle.

Pasaron dos ó tres días.

Estrañi la escribió una carta concebida en estos términos:

«Ha de llamar poderosamente la atención que la »esposa del herido se obstine en no ver al médico que »le asiste.

»¿Por qué?

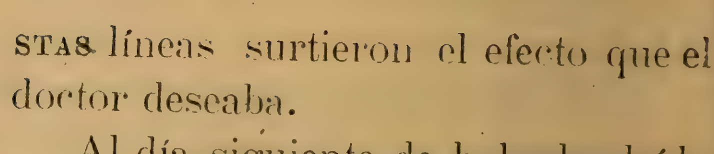
»Creo que cesará el inconveniente desde el mo»mento que os diga que el delirio del enfermo *me ha* »*revelado todo, absolutamente todo* lo que pasó en Nápo»les y Venecia hace veinticuatro años.»





CAPITULO XXIV

La granja de los Tilos.



ESTAS líneas surtieron el efecto que el doctor deseaba.

Al día siguiente de haberlas leído la condesa, le dijo al mayordomo que consentía en recibirle.

Jacobo Estrañi se presentó temblando en un pequeño gabinete donde aquélla le esperaba.

En cuanto á Josefina, era presa de una emoción extraña.

La presencia del médico hizo que toda su sangre afluyera al rostro, refluyendo al corazón instantáneamente.

Pasó del rojo amoratado á la palidez lívida de una muerta.

No se atrevía á levantar la vista, fija en el suelo con tenaz insistencia.

En cambio Jacobo la devoraba con arrobamiento.

Parecía estar en presencia de una santa.

Transcurrieron cinco minutos sin que ni uno ni otro se atreviesen á hablar ni una palabra.

Pero aquel silencio era tirante, y no podía prolongarse.

Estrañi fué el primero en romperle, en estos términos:

—Señora, es inútil que recordemos el pasado, pues nada puede remediarse ya: la fatalidad hizo su obra, que no podemos deshacer. Sólo evoco ahora aquel recuerdo para suplicaros que me perdonéis.

—¡Yo!—dijo Josefina sin mirarle.

—Vos, sí.

—Y ¿de qué tengo que perdonaros?

—De haber dudado de vos...; de haberos juzgado como una mujer, cuando sois una santa...; de haber creído que la falsía se albergaba en vuestro corazón como en el de una criatura cualquiera.

—Después de lo que pasó, era natural que creyerais todo eso,—interrumpió la condesa.

—Debo deciros, para vuestra satisfacción y la mía, que en medio de todo, y sin saber por qué, no he podido odiaros..., ni aun despreciaros.

—¡Gracias, Jacobo!

Y la condesa le tendió una mano, que aquél besó con efusión y respeto.

—Ahora,—prosiguió Josefina,—todo lo noble y todo lo bueno espero de vuestra conducta.

—Descuidad. Yo no seré en esta casa más que un doctor que asiste á un enfermo que le paga bien. Conozco al señor conde de Massi *sólo por haberle visto en la corte; conozco hoy á la condesa por haberla visto en su casa.* Hago cuenta que no he estado en Nápoles, ni he estado en Venecia nunca..., á lo menos cuando vos estabais. Esto es lo que debéis esperar de Jacobo, y lo que cumplirá el doctor Estrañi.

Josefina enjugó una lágrima.

El doctor oprimió su corazón, como para contener sus latidos.

Hubo una breve pausa.

Una y otro debían echar algún recuerdo en la sima del olvido.

Después preguntó Josefina:

—¿Qué opináis de mi esposo?

—Su herida no puede inspirarnos ya ningún cuidado.

—Pero...

—Respecto de su juicio, nada puedo deciros todavía con seguridad.

—¡Oh! ¡El miserable!... ¡Puede que Dios le castigue!...

Después, comprendiendo que se había excedido, añadió:

—Doctor, perdonadme este arranque involuntario.

Estrañi, como si nada hubiera oído, prosiguió:

—La congestión se presentó en el primer momento de una manera tan formidable, que consideré un deber el atajarla: de haberla dejado estallar, vuestro esposo no hubiera durado ni dos horas. Sin embargo, aquel esfuerzo que hizo la naturaleza para comprimirse, fué el que lesionó su juicio, reduciéndole á la condición de un idiota.

—¡Triste porvenir!

—Acaso el tiempo, que es muy poderoso, despeje las nieblas que hoy turban su cerebro; es preciso ayudarle, para lo cual, tan luégo como se reponga en su parte física, debéis sacarle de Madrid. El aire puro del campo es la mejor medicina para esta clase de dolencias.

Ambos callaron.

Sin embargo, se conocía que Josefina tenía aún que dirigir al doctor alguna pregunta importante.

Este se preparaba ya á despedirse, cuando la condesa se puso en pie, y acercándosele lo más que pudo, le preguntó:

—Jacobo..., ¿qué dicen en la corte de mi pobre Rogelio?

El doctor, haciéndose violencia para contestar, dijo al fin:

—¡Cosas muy tristes!

—¡Ah!

—El mutismo en que él se encierra, y vuestro em-

peño en aparecer culpable, á pesar de la declaración espontánea del conde, si no perjudican su causa, tampoco la favorecen. Hay apariencias terribles que equivalen á otras tantas pruebas allí donde no puede haberlas, porque los testigos están interesados en callar.

Rogelio insiste en que vos no habéis sido, y su silencio respecto al criminal, unido á su fuga en los primeros momentos, le acrimina.

Yo no prejuzgo la cuestión, ni señalo el reo.

Me habéis preguntado lo que piensa la corte, y os contesto.

La corte piensa lo siguiente:

Las manchas amoratadas que aparecieron en vuestro cuello hicieron precisa la intervención del joven.

Rogelio tuvo que escoger entre su padre y su madre, y no vaciló.

Ni aun tuvo tiempo de ser egoísta.

La fatalidad le puso en el caso de ser mal hijo, y él escogió el medio menos malo de serlo.

En una palabra: la corte, que está tan á oscuras como el juez, piensa que Rogelio, si ha sido el autor del hecho, debió obrar como obró.

Tal vez estas palabras ofenden vuestra dignidad de esposa; pero son la expresión de la verdad.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó la condesa, cubriéndose el rostro con las manos.

—Creed que su fuga fué lo que le perjudicó en el

momento, por más que se presentó al otro día voluntariamente.

—Él no hubiera huído acaso sin la intervención de un amigo...

—Lo sé; Juan de Zúñiga, llamado también por la fatalidad á vuestra casa en aquel momento, hizo con él lo que debía hacer..., lo que Rogelio hubiera hecho con Juan. Él ha sido la primera víctima.

—En efecto, he oído decir que le han dejado de paisano.

—Lo cual debe reducirle á una situación deplorable, porque la carrera militar era su único porvenir.

—¿No es su tío Olavide?

—En efecto; pero, ya veis, encarcelado en la Inquisición, como está, y próximo á un fallo poco favorable, nada puede hacer hoy por él: únicamente el prior de los jerónimos, que es su tío también, podía...; pero como no se trata de ninguna prebenda...

—¡Pobre joven!... Antes solía visitarnos; pero desde la desgraciada ocurrencia en que intervino...

Por esta conversación se habrá enterado el lector de lo que pasaba.

La causa seguía sus trámites.

Pero todo hacía augurar, aun á los más optimistas, un fatal desenlace.

Rogelio defendía á su madre.

Lo más que podía hacer por sí mismo era no acusarse.

Pero como no señalaba al criminal, aquel mutismo robustecía las sospechas que desde un principio recayeron sobre él con la acusación de su padre.

De aquí partía el crimen.

Nadie dudaba de que Josefina había sido objeto de los malos tratamientos del conde, y todos se preguntaban qué circunstancia extraña turbó la tranquilidad de aquel hogar, que pasaba en la corte por ser el asiento natural de la calma y la ventura.

Todos decían: «¡Pobre condesa!»

Y no decía ninguno: «¡Pobre conde!»

Así se condensaba la opinión.

Y eso que, según hemos visto por Estrañi, la situación del paciente nada tenía de halagüeña.

La clavícula estaba encajada en su sitio, y la herida perfectamente cicatrizada.

Pero aquella noche su juicio había sufrido una lesión terrible, viendo á la condesa caer ensangrentada á sus pies y la pistola de su hijo asestada contra su pecho.

Tuvo un momento lúcido.

Acaso se le debió al odio.

El momento en que declaró á Rogelio como su asesino.

Después, las nieblas del idiotismo invadieron su cerebro.

El conde cayó en un estado lamentable; quedó en la condición del niño que mira y no comprende.

Conocía á su mujer, á su hija y á sus criados como personas á quienes veía diariamente; pero sin saber el papel que representaba á su lado cada cual.

Expresaba sus deseos de una manera imperfecta, y solía pedir todo lo contrario de lo que necesitaba: abrigo, si tenía calor; agua, si le acosaba el hambre; pan, si sentía sed.

Cuando estuvo en estado de manejarse por sí mismo, la condesa, siguiendo las prescripciones del médico, le hizo salir de Madrid.

Camino de Aravaca, entre la Casa de Campo y el monte del Pardo, poseía el conde una finca de labor, que tenía también su parte de recreo.

Era conocida por la granja de los Tilos.

Allí se podía pasar una buena temporada de verano, especialmente entonces, en que la quietud de los españoles no los hacía viajar más que por necesidad.

Aquella casa tenía recuerdos gratísimos para Adelina.

Habiendo nacido débil y enfermiza, se había criado en ella en brazos de una robusta ama que la ocupaba á la sazón, y allí había pasado su niñez.

Durante los veranos entraba en aquella casa con la alegría en el corazón, y Lorenza seguía llamándola, como siempre, «su querida niña».

Pero aquel año volvía sin su hermano.

La acompañaban, es cierto, su padre y su madre.

Pero ésta enferma del corazón, y aquél del espíritu.

La condesa era un abismo de dolores, y el conde un cadáver galvanizado.

Además, Rogelio estaba preso y amenazado de un grave peligro.

Además...

¿Por qué no decirlo?

La joven echaba de menos... á Juan de Zúñiga.

¿Qué era de él?

¿Huía avergonzado de su casa después de haber cometido una buena acción?

¿O era que, creyendo criminal á Rogelio, rompía voluntariamente las relaciones con su familia?

Hasta entonces había creído que el joven alférez de guardias la amaba.

Una muchacha, por muy inocente que sea, siempre adivina estas cosas.

Lo que estaba muy lejos de comprender era la razón que Juan tenía para alejarse de su lado.

Su pobreza.

¿Acaso ella se había fijado en su traje y en su bolsillo para darle entrada en su corazón?

Así se discurría antes á los diez y seis años.

Nunca como entonces fué cierto aquello de «contigo pan y cebolla».

Pero los padres de todas las épocas han dado el

valor que debían á esta frase, que ha hecho derramar muchas lágrimas.

Convengamos en que la pobre Adelina tenía más de un motivo para estar triste.

Debía entrar en aquella casa mintiendo, ó por lo menos, disimulando.

Y ¿á quién?

A Lorenza, á su segunda madre, á la que había peleado con ella más que Josefina.

Era preciso ocultarle el verdadero origen de la enfermedad de su padre, y el estado de Rogelio, á quien también tuteaba.

Lorenza, al verla tan pálida, al ver que los sitios que antes la habían hecho derramar lágrimas de alegría se las hacían verter de dolor, no pudo menos de preguntarle:

—Pero ¿qué tiene mi querida hija?

—¡Nada!—contestó Adelina, sollozando.

—¡Nada, y lloras! Pues yo creo que cuando se llora es por algo triste. A la verdad que no sé lo que os pasa: tu padre, tan robusto antes, viene enfermo; tu madre no está buena, y tú sollozas á menudo... Me habláis de Rogelio como quien habla de un muerto... ¿Qué os ha hecho esta pobre Lorenza para que no seáis francos con ella?

Y lo peor era que Adelina no sabía qué contestar.

Una mañana la preguntó aquélla:

—¿Quién es Juan de Zúñiga?

Estas palabras causaron tal sorpresa en la joven, que enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¿Por qué me haces esa pregunta?—dijo, procurando serenarse.

—Porque hace dos noches que te oigo pronunciar ese nombre en alta voz cuando duermes.

—Luego ¿tú espías mi sueño?

—Es una costumbre que contraje cuando te criaba.

—¡Pues, mira, no me recuerdes ese nombre!—dijo la joven, fingiendo mal humor.

—¿Por qué?

—Porque es el nombre de un amigo de mi hermano que fingía querernos mucho, y el pícaro, sin saber por qué, há dejado de visitarnos.

La buena Lorenza comprendió demasiado pronto el pensamiento de la niña.

—¡Me alegraría,—dijo,—conocerle y echarle la vista encima!

—¿Para qué?

—Para agarrarle de una oreja, y traértele, y decirle: «Esto no se hace con quien vale más que vos.»

En aquel momento resonaron en el patio los cascos de un caballo.

Adelina y Lorenza corrieron á la ventana á tiempo que se apeaba en tres tiempos, con toda la corrección que se enseña en los picaderos, un joven alférez de guardias valonas.

Adelina lanzó al verle un grito de alegría, dejando á su segunda madre con la boca abierta.

Pero adivinando de repente, exclamó:

—¡Que me maten si no es el señor don Juan de Zúñiga ese lindo boquirrubio!





CAPITULO XXV

Donde Antonio vuelve á encontrar á su señor.



UANDO se separó de su amo en aquella noche fatal, el buen Antonio apresuró el paso todo cuanto pudo, á fin de no oir las doce cerca de aquel sitio, pues ignoraba por dónde llegaría el diablo, y podía encontrársele en el camino.

No era de temer otro encuentro más fatal.

Á aquella hora el Prado estaba completamente desierto, y sólo un loco podía ir á pasearse por allí.

Los ladrones no persiguen á los locos.

Al verse en la villa se tranquilizó un poco.

Ya dijimos que, gracias á San Juan, las calles no estaban desiertas.

Eran las doce y cuarto, hora en que ya se había verificado el conjuro.

No pudo menos de rezar mentalmente un *paternóster* por el alma de su amo, aunque probablemente sería ya de Satanás.

—Sin embargo,—exclamó,—yo creo que el diablo tendrá otras cosas más formales de que ocuparse y que no perderá el tiempo ajustando el alma de un quídam, dicho sea esto con el respeto que me merece mi amo; porque, en resumidas cuentas, ¿de qué puede servirle al diablo un alma como la suya? Si se tratara de la de algún magnate... ó de la de alguno de esos hombres que están en vísperas de ser canonizados por sus virtudes, comprendo que Satanás se molestase por su conquista; pero ¿qué haría con la mía, por ejemplo?... Y entre la mía y la de ese pobre joven, no hay mucha diferencia que digamos...

Pero si no acude el demonio, tanto peor.

Es decir, creo que es tan malo que acuda como que no acuda.

De todas maneras ha de ser del diablo, puesto que me ha jurado que iba á pasarse el pecho con su espada...

¡Pobrecillo!...

¡Oh! Yo he obrado muy mal al marcharme de allí..., al abandonarle...

Tiene motivos para hablar mal de su criado.

Yo he debido dirigirme al vecino monasterio; aporrear la puerta hasta que el hermano lego saliera á la mirilla.

Refiriéndole lo que pasaba, ó lo que iba á pasar, es probable que, enterado del caso, hubiera salido el prior tendiendo una mano á su sobrino, y...

¡No, no!...

Tan decidido estaba don Juan, que es probable que cuando hubiera salido el lego me hubiera encontrado inerte á la puerta del monasterio.

No me arrepiento de haber obrado así... ¡Allá se las haya!...

Demasiado hice, tratando de disuadirle...

Pero mi señor es más terco que una mula manchega...

Estas reflexiones las hacía el mozo camino de la pradera del Corregidor.

Llevaba algunos cuartos en el bolsillo para regalarse con buñuelos.

Luégo aquellas frescas alamedas le ofrecían buena alcoba para descabezar el sueño hasta el alba.

Era noche de aventuras, de tapadas y galanes, y no dejó de ocurrírsele si alguna dama, perseguida por tutor ó padre, le tomaría por un caballero.

En cuyo caso la ilusión hubiera durado lo que la oscuridad.

Pues con la luz del día, la humildad de su traje le hubiera delatado por lo que era.

El bullicio era grande, y el cuadro animado.

Muchos vendedores de aloja y barquillos, muchas rondas ó serenatas, muchos beodos, muchas parejas de dama y galán perdiéndose en las umbrías del soto, adonde no llegaba la luz de los puestos.

Antonio sólo se encontró á dos mozas de las que vivían de su propio fuero, las cuales le pidieron bonitamente que las convidara.

Aquello había decaído mucho desde el tiempo de Felipe IV.

Satisfecha á medias su gula, se tendió al pie de un árbol.

No tenía temor de que le desvalijasen; acababa de gastar su último real.

En tal caso, el ladrón se hubiera llevado chasco.

Pero no pudo conciliar el sueño ni siquiera un minuto.

Desde que llegó de Arévalo era la primera vez que se había separado de su amo.

Le desvelaba la suerte que pudiera haber corrido, aunque se la imaginaba muy negra; porque seguía abrigando la creencia de que Satanás no se habría molestado por el alma de un ex alférez de guardias.

A su juicio, en la milicia no admitía más grados que de coronel arriba.

Y no era éste el solo pensamiento que le agitaba.

¿Qué iba á ser de él?

¿Dónde comería al día siguiente y sucesivos? ¿Dónde dormiría?

En aquel momento envidiaba á las aves, que tienen sus necesidades satisfechas.

No hay más sino no engordar para librarse de la escopeta de un cazador.

Se había publicado ya aquella famosa ordenanza contra los vagos, levantando levas de gente ociosa que se aplicaba al servicio de las armas.

Antonio corría el riesgo de ser tomado como tal, y ya sabemos que la carrera militar no era muy de su agrado, toda vez que no se consideraba un Cid.

Ya habían pasado los tiempos de aquellas turbas de vagos y holgazanes, de presidiarios de oficio, de jugadores y petardistas, de mendigos por afición, de estafadores industriosos, de fingidos estudiantes y peregrinos, de titiriteros, charlatanes y saltimbanquis, de supuestos imposibilitados, de juglares y truhanes, de provocadoras rameras, de esa plaga, en fin, que pululaba por las ciudades y los caminos reales.

Carlos III y sus ministros habían cerrado en España las puertas del *hampa* á los Monipodios y demás *honrados industriales* de la Corte de los Milagros.

Empezaba á amanecer cuando Antonio se levantó, como los pájaros, á quienes envidiaba.

No quería que le tomasen por un borracho, puesto que no tenía trazas de venir del cielo.

Luchando con la misma idea, esto es, con la suerte que podía haber cabido á su amo, tomó el camino de la villa.

No tenía nada que hacer.

Disponía de veinticuatro horas, y ¡sabe Dios cuánto tiempo más!

Bien mirado, debía haber corrido la suerte de su amo.

A pesar de que tal era su estado, que indudablemente no le hubiera querido Satanás.

El sol le daba ánimo para todo.

Antonio era de esos hombres que no comprenden el valor de noche.

Cierta clase de Bayardos los hace el sol en su apogeo.

Tomó por la Carrera de San Jerónimo con dirección al Prado.

Cada vez se convencía más y más de que el diablo no podía haber acudido allí, teniendo tanto que hacer en la pradera del Corregidor.

Sobre todo en tal noche.

Pero entonces era peor.

Iba á contemplar un espectáculo doloroso, una cosa trágica.

Aquella encina que tenía una historia tan lúgubre, y al pie el cadáver de un joven bañado en su sangre.

¡Qué horror!

Y aquel joven era su amo...

El ex novicio del próximo monasterio, el ex alfé-

rez de guardias valonas, que había pretendido ser un ex diablo.

Aquellos *ex* le habían reducido á tan triste situación.

Antonio estuvo por volverse atrás.

Si le constaba la desgracia, ¿para qué quería ver la sangre?

Sin embargo, aquella encina le atraía, como el polo á la aguja imantada.

Iba andando poco á poco, empinándose sobre las puntas de los pies, y estirando el cuello hacia adelante...

Allí estaba la encina.

Le chocó no ver á nadie en torno, cuando los monjes debían haber sido los primeros en apercibirse del hecho.

Acaso habían retirado el cadáver al monasterio por orden del prior.

Aunque el cadáver del que muere en pecado mortal no es digno de un sagrado asilo.

En fin, ya que estaba allí, era preciso apurarlo todo..., leer la última letra de la catástrofe.

No pudo eximirse de rezar al mismo tiempo que avanzaba.

Y aun se le figuró percibir cierto olorcillo á azufre.

¿Habría estado allí el diablo?

Aquella encina era capaz de todo...; digno albergue de tal huésped.

Por último, llegó á dos pasos del sitio fatal.

Pero el sitio fatal estaba desierto.

No había nadie...

Ni siquiera media docena de gotas de sangre..., ni huellas de haber caído allí un hombre...

Nada, en fin, que denunciara un suicidio.

Antonio se estremeció.

La consecuencia de aquello era que el diablo debía haber acudido al conjuro, firmándose el pacto fatal.

Acaso le hubiera contentado más ver el cadáver de su amo.

Dios puede tener piedad de un suicida; ¡pero de un alma que se da al diablo!...

Indudablemente allí olía á azufre.

El mozo se alejó.

Aquel sitio respondía á sus antecedentes.

Desde aquel momento el punto de su dirección le importaba poco.

Iba bien por cualquier parte donde fuese.

Llevaba una idea en la cabeza.

¡El diablo!

¿Se habría acordado su amo de él?

¿Habría pedido algo para su pobre Antonio?

No.

Se comprende que un hombre se condene por sí mismo y no se condene por otro.

Además, ¿no hay cierta responsabilidad, cierta

complicidad, mejor dicho, en tomar lo que le da á uno un condenado, sabiendo que lo está?

Antonio se puso más triste que la noche de un viernes santo.

Hasta entonces el diablo era para él un personaje de leyenda.

Pero desde el momento en que respondía á un conjuro, el personaje se hacía terrible.

Podía darle la tentación de invocarle en cualquier apuro.

Más que nunca sintió entonces la necesidad de refugiarse en un convento...

Sobre todo, un convento que tuviera buen re fectorio.

Harto de andar por la corte, creyendo que iba siempre perseguido por el diablo, y sintiendo cierto desfallecimiento de estómago, muy natural en quien llevaba ya muchas horas sin comer, se acordó de su paisana, aquella que dos días antes había socorrido la miseria de amo y mozo.

Malo habría de ser que no le diera de almorzar.

Tomó por la calle Mayor con dirección á la de la Villa.

Al pasar por la hostería de donde saliera con su amo la noche anterior, no pudo menos de lanzar un suspiro.

¡Qué bien se comía allí!...

¡Qué olor tan suculento exhalaba la entornada puerta!

No pudo menos de detenerse y recordar las miserias humanas.

En aquel instante oyó una voz que gritaba:

—¡Mozo de Satanás!... ¿Crees que un hombre como yo tiene bastante con una miserable botella?

Antonio creyó volverse loco.

Aquélla era la voz de su amo.

Sin darse cuenta de lo que hacía, entró.

¡Iba á almorzar!

—¡Antonio!—gritó don Juan al verle.—¡Mozo, un cubierto, y doble ración!...

Aquél no pudo menos de echarse en sus brazos, llorando como quien encuentra un tesoro que creyó perdido.

De repente retrocedió espantado.

Creía que su amo abrasaba.

Pero todos sus escrúpulos se desvanecieron ante un buen plato de carne guisada y una botella de vino.

El hambriento no se preocupa del origen de las viandas que va á engullirse.

Aquel regalo, que no esperaba, despertó su curiosidad.

Deseaba conocer su origen.

—Señor,—exclamó empuñando el tenedor, después de partir el pan,—¿es cierto que debo la dicha de veros á vuestra perdición eterna?

Don Juan, que estaba ya algo alegre á consecuencia del vino que había trasegado á su estómago, se apresuró á contestar:

—¡Silencio!

En seguida se tornó un tanto sombrío.

—¿Conque es verdad?—repitió el criado, engullendo.

—Sí.

—¿Habéis visto al diablo?

—Baja la voz.

—Pero ¿le habéis visto?

—¿Estaría yo aquí si no, y tendría esto en mi poder?

Y don Juan exhibió á los ojos del criado un bolsillo regularmente repleto de monedas de oro que asomaban por entre las verdes mallas.

Aquélla era una prueba fehaciente, puesto que don Juan no tenía de quién adquirir tal cantidad.

Antonio quedó aterrado.

No obstante, tuvo valor suficiente para decirle:

—¡Si quisierais referirme la escena!... Ahora que brilla el sol y no estamos solos, podré escucharla... Supongo que habrá sido una cosa terrible.

—No lo creas.

—¿Que no?

—Algo más terrible es lo que presencié yo ayer mañana con mi tío. Te aseguro que el diablo, para presentarse á los mortales, gasta menos aparato que la Inquisición.

—De cualquier modo, quisiera conocer...

—Pues escucha.



CAPITULO XXVI

A medias con el diablo.



a recordará el lector en qué situación dejamos á don Juan la noche anterior al dar las doce al pie de la fatídica encina.

A su evocación solemne á Satanás, repetida en cada uno de los cuatro puntos cardinales, contestó una voz, diciéndole:

«¡Aquí me tienes!»

El joven quedó aterrado.

Hasta entonces no se apercibió de su propia audacia.

Entre evocar al diablo, y que éste acuda, hay mucha distancia, y no siempre está uno preparado para visitas de tal índole.

Es lo cierto que don Juan en parte era de la opinión de su criado, sobre que el diablo no debe perder el tiempo con el alma de un quídam.

Le evocaba por cumplir el compromiso contraído consigo mismo, abrigando casi la creencia de que se haría el sordo.

Pero al oir aquella voz casi en su oído, se estremeció, no atreviéndose á volver la cabeza.

Esperaba ver algo terrible, aun cuando no se traslucía ese siniestro resplandor que acompaña á Satanás, según los pintores y otras personas que no le han visto.

La idea de estar á solas con el diablo impone un poco, por más que se tenga animoso el corazón, como Zúñiga le tenía.

Y tal era la emoción que poseía el joven, que, aun cuando habían transcurrido algunos segundos, no se atrevía á hacer el menor movimiento, y mucho menos á mover el labio.

Pero el diablo, que debía conocer el proverbio inglés de que el tiempo es oro, rompió aquel silencio glacial, diciendo:

—¡Tanta prisa por llamarme, y ahora que me tienes en tu presencia enmudeces! ¿Qué es lo que deseas?

Don Juan echó de ver una ligera ironía en el acento infernal, y no le gustaba que ni el mismo diablo le imputase á miedo lo que sentía.

Así es que, sacando fuerzas de flaqueza, se apresuró á contestar, aunque sin volver la vista:

—Tú debes saber lo que yo deseo, ó dejarías de ser quien eres.

—Dices bien; lo conozco, y estoy dispuesto á servirte. Una buena acción te ha reducido á lo que eres; es decir, hoy representas un cero á la izquierda de un guarismo.

Advertimos, á manera de paréntesis, que entonces no se conocía el sistema decimal.

El diablo prosiguió:

—Eso te probará que los hombres, obrando como yo obro, no siempre admiten por bueno lo que en realidad lo es. El ayudar á tu amigo Rogelio ha cortado tu carrera en el punto en que empezaba, y tu carrera era para ti el pan de cada día.

Viéndote sin él, acudiste á tu tío fray Bernardo.

Pero el buen prior desarrolló á tus ojos un porvenir que sólo merece un perro que ha guardado mal un rebaño, y tú, entre el hambre y el *in pace* del monasterio, optaste por la primera.

Después volviste la cabeza hacia tu tío Olavide, el cual tiene bastante que hacer en ayudarse á sí mismo.

Y ahora, que has perdido toda esperanza, recurres á mí.

Así sois todos los hombres.

Concluís por daros al diablo cuando no hay una mano que remedie vuestra miseria.

Estas últimas frases, que podían figurar muy bien en una filípica del prior, picaron un tanto el amor propio del joven, quien, creyendo que no estaba en el caso

de sufrir una admonición del diablo, se apresuró á replicar:

—Si me haces esos cargos para poner á más elevado precio tus condiciones, es inútil; ya supongo que te valdrás de la ocasión. Por lo demás, yo recurro á ti cuando me parece.

—¡Veo que eres altivo!...

—Puedo serlo; aunque pobre, me tengo por honrado.

—El temor no te impide contestarme.

—Ni hacer alardes de valor; conozco que estoy en tu poder.

—En resumen, ¿qué quieres?

—Que me protejas.

—Accedo á ello, siempre y cuando que aceptes la única condición que pienso imponerte.

—Ya deseo conocerla.

—Escucha antes lo que yo te daré: te tomo bajo mi amparo, y con esto creo que está dicho todo.

—Es decir...

—Volverás á ser lo que has sido, con la importante diferencia de que antes podías aspirar á muy poco, y eso confiando en tus propias fuerzas, mientras que con mi protección todo te saldrá bien, y todo lo alcanzarás empleando los medios, al parecer naturales, para que con la precipitación de enriquecerte y ser alguien no lleguen á sospechar en ti que hay motivo para que la Inquisición te tueste, cosa que yo no podría impedir.

—Me parece que obras con lógica.

—Sobre todo, sin engaño. Volveré á colocarte en el escalón que antes ocupabas, y yo haré lo demás, de modo que parezca que lo hacen tus merecimientos.

—¿Es decir que volveré á ser alférez de guardias valonas?

—Lo serás; y yo haré que tus antiguos compañeros, y en general todas las gentes, den el valor que se merece al hecho que te dejó de paisano.

Cuidaré además de que nada te falte; yo proveeré tus necesidades, para lo cual no es necesario que vuelvas á invocarme, pues yo me apareceré cuando sea necesario.

—Ahora...

—Sí, falta lo más principal, lo que exijo de ti. Escúchame, pues.

No quiero tu alma.

Para mí supone muy poco.

Yo sólo trabajo por el alma de un rey, de un papa, de un sabio, por un alma, en fin, que represente una época, que arrastre algo en pos de sí.

En este concepto, tu alma no puede tentar ni aun al ser más ínfimo de los que me sirven en el infierno.

—No soy nada orgulloso, y no me mortifica nada de lo que dices; pero entonces, ¿qué es lo que pretendes de mí?

—Que me des la mitad de todo cuanto obtengas por mi conducto.

—¡Nada más! – exclamó el joven, admirado de la escasa ambición de Lucifer.

—Nada más: hoy te parece poco; algún día comprenderás lo que esto significa.

—Me parece poco en verdad..., y acaso consiste en que no lo entiendo bien.

—Me explicaré, para que no alegues luégo ignorancia y sepas á lo que te comprometes. Hasta ahora, en todos los pactos conmigo, el hombre no ha comprometido más que su espíritu: de este compromiso no ha sacado el diablo gran provecho, porque únicamente se refería á su sola espiritualidad. Yo quiero dar mayor ensanche á mis operaciones, de manera que la posesión de un individuo pueda servirme para la posesión de otros.

Al efecto deseo, no el espíritu, sino la persona.

Al darme la mitad de lo que por mi mediación obtengas, seremos dos á disfrutarlo cuando á mí me convenga: el diablo y tú.

Cuando descanses, yo me agitaré por ti en servicio de mis planes, pero sin comprometerte lo más mínimo.

En resumen, cuando recibas el despacho de alférez, ingresará también el diablo en la guardia valona.

Esta es la condición que te impongo.

Quiero saber si tú voluntariamente consientes en que yo te sustituya cuando lo crea necesario, porque así convenga á mis propósitos.

El joven estuvo reflexionando algunos instantes sobre el alcance de esta proposición.

El diablo había dado palabra de no comprometerle.

Si la cumplía, no había inconveniente en acceder.

Pero era preciso dejarse abierta una callejuela para escapar siempre que viese comprometida su honradez, para lo cual le preguntó:

—¿Seré yo dueño de rescindir el contrato si veo que algún día abusas de él?

—Desde luégo.

—Y ¿en qué forma podré conocer que me veo libre de ti?

—En el momento en que tal suceda, bastará con que hagas renuncia de los cargos que desempeñes y repartas tu dinero, si le tienes, entre los pobres, volviendo voluntariamente á la condición en que hoy estás.

—¿Obrando de ese modo quedará roto el compromiso?

—Sí.

—Pues acepto.

—No te pesará.

De este modo quedaba cerrado el trato, al parecer.

Sin embargo, Juan creyó que faltaba algo, y algo esencial.

No tenía una moneda en su bolsillo, y era necesario gastar en equipo y en uniforme.

Además, no tenía casa, ni esperanza de comer

hasta cobrar la primera paga, para lo cual había de pasar un mes desde la fecha en que recibiese el despacho.

Creía muy natural que la protección del diablo debía tocarse desde el momento de quedar cerrado el trato.

Acaso Luzbel leía en su pensamiento, y creía lo mismo.

Lo demás era dejar las cosas á medio hacer.

En prueba de ello, turbó las reflexiones del joven un sonido metálico y sintió un objeto que caía á sus pies.

Al mismo tiempo la voz le decía:

—Ahí tienes para los primeros gastos que necesariamente han de ocurrírsete: conviene que te instales donde antes vivías, que son las señas que tienen en el cuartel de guardias, para que sepan adónde han de remitirte el despacho de alférez, y tener yo un sitio seguro donde encontrarte el día en que te necesite.

—Lo haré así,—dijo Juan, cogiendo el bolsillo, cuyo peso específico le regocijó.

—¡Es oro, á juzgar por el sonido!—dijo para sí, lleno de gozo.

El diablo añadió:

—Creo que no tenemos más que hablar.

—Se me figura lo mismo.

—¿Desconfías de mí?

—No, pues veo empiezas á cumplir tus promesas de protección; yo no poseía una blanca hace poco, y ahora puedo afrontar mi situación.

—Cumplamos cada cual lo prometido, y no tendremos queja uno de otro.

—Por mi parte, en eso quedo.

—Y yo. Puesto que nada tenemos que hacer aquí, conviene que te alejes.

—Adiós, pues...

—¿Cómo?

—Es verdad; esa palabra no debe acercarse á tus oídos.

—Vé en paz; te dispenso los cumplimientos.

El joven recogió su espada y se alejó, tomando la dirección de la villa.

Tal fué la escena de aquella noche.

Tal fué la que, sin quitar ni añadir punto ni coma, refirió á su criado al día siguiente en la hostería después de un suculento almuerzo.

Antonio volvió á abrazarle.

—¡A lo menos,—exclamó,—podemos estar tranquilos por el alma, puesto que no juega ningún papel en este negocio!

—Ciertamente, por muy depresivo que sea para mí. Constará siempre que el diablo no la ha querido, lo cual indica que debe valer bien poco.

—¡Demos gracias á Dios por esa circunstancia!... Peor sería que...

Antonio se interrumpió, tornándose taciturno.

—¿Qué tienes?—le preguntó su amo, en vista de tal y tan repentina mudanza.

—Una cosa que.. hasta puede impedirme volver á vuestro servicio.

—¡Cómo, bergante! ¿Pensarías en abandonarme?

—Señor, el caso es serio. Satanás ha prometido valerse de vos para sus fines, tomar vuestra apariencia...

—Pero sin compromiso para mi persona.

—¡No se trata de eso..., sino de que, como él no ha de darse á conocer por ninguna seña exterior, habrá momentos en que esté yo sirviendo al diablo creyendo que sirvo á vuestra merced!

Juan no pudo resistir á un arranque de hilaridad ante aquel terror tan cómicamente expresado.

En seguida llamó para pagar la cuenta.

Una nueva idea hizo palidecer á su criado.

Aquel dinero infernal, ¿pasaría entre cristianos? ¿Sería el oro de ley, ó tendría alguna aleación del infierno?

Pero las monedas eran buenas.

Ostentaban, unas el busto de Felipe V y otras el de Carlos III.

Amo y criado volvieron á su antigua habitación de la calle de Segovia.

Parecía que acababan de abandonarla la víspera.

La vieja que se la subarrendaba, al recibir los atrasos y un mes de adelanto, puso en sus labios la más seductora de sus sonrisas.

Antonio creyó que iba á rompérsele el espinazo.

—¡No sabéis,—exclamó aquélla,—la falta que me hace este dinero! ¡Parece que Dios me le envía!

Antonio la miró estremeciéndose, en la inteligencia de que aquellas monedas iban á abrasar su mano.

Cuando estuvo á solas con su amo exclamó:

—¡Si supiera que esas monedas vienen del diablo!

—¡Silencio!

Ambos estuvieron durmiendo todo aquel día y la noche siguiente.

No hay cosa que produzca más dulce y prolongado sueño que una cama que aparece de improviso, cuando se espera dormir sobre guijarros.

Sin embargo, Antonio fué visitado por todo género de visiones infernales.

Se creyó tan en absoluta dependencia del demonio, que apenas se atrevía á invocar el nombre de Dios.

Así pasaron tres días, dándose la mejor vida posible, puesto que había costado tan poco el ganar aquel dinero.

Antonio hubiera sido completamente feliz sin un temor que engendraba una duda.

El despacho de alférez no llegaba.

Para ser cosa del diablo, se hacía esperar demasiado.

Aquella idea también atormentaba un poco á don Juan, por más que callaba, sin duda por no dar su brazo á torcer.

¡Tres días para alcanzar una cosa tan fácil!

Una buena recomendación lo hubiera logrado antes.

Amaneció el cuarto.

El mutuo disgusto tenía sin gana de comer á amo y criado.

Antonio, que era un tanto socarrón y mal pensado, llegó á sospechar si todo aquello sería embeleco inventado por el joven, con la idea de hacerse héroe de una aventura fantástica para la cual se necesitaba algún valor.

Venía á desmentir esta creencia aquel bolsillo preñado de monedas de oro.

Pero bien podía deberle don Juan á la liberalidad de algún amigo, afortunado en el juego.

Quizás aquella mañana célebre en que le halló en la hostería le recibió del ama de gobierno de su tío Olavide, por encargo de éste, habiendo inventado él lo demás.

Ello es que, no pudiendo contenerse, exclamó, meneando la cabeza como el hombre que duda:

—¡Paréceme que el diablo se toma demasiado tiempo para cumplir su palabra!

Don Juan, picado por aquel tonillo socarrón, replicó atufado:

—¿Qué quieres decir? ¿Se te ocurriría dudar de la verdad de mi relato?

—¡Líbreme Dios de tal cosa, señor!... Pero...

—Pero ¿qué?

—Para haberlo tomado el diablo por su cuenta, tarda ya.

—¡Eres un imbécil!

—No lo niego.

—A nosotros nos parece que tarda, porque esperamos.

—Nos parece que tarda, señor, porque tarda en realidad.

—Pero ¿tú crees que el diablo tendría algún interés en engañarme? Con no haber contestado á mi evocación, bastaba.

—Es verdad; pero...

—Yo le oí decir clara y terminantemente: «Serás alférez.»

—¡Ya, ya!...

—¿Comprendes?... «Serás alfé...»

Un golpe dado en la puerta exterior hizo que la palabra espirase en los labios del joven.

Uno y otro se miraron con cierta emoción.

Cuando se habla del diablo, cualquier ruido asusta.

Los golpes se repitieron.

Antonio acudió á la puerta y abrió la mirilla, por donde asomó una mano que dejó entre las de aquél un pliego cerrado.

El mozo abrió la puerta y asomó la cabeza.

No había nadie en la calle.

Cosa bastante singular, porque aquella mano debía pertenecer á alguien.

Se le figuró que aquel pliego quemaba.

Inmediatamente volvió á la habitación, entregándosele á su amo, cuyo nombre estaba en el sobre al lado del sello del ministerio de la Guerra.

Don Juan le abrió con mano trémula, y después de enterarse de su contenido, exhaló un grito.

El diablo había cumplido su palabra.

Era el despacho de alférez.

Antonio se puso sombrío.

Ya no era posible dudar de la intervención diabólica en aquel asunto.





CAPITULO XXVII

Nueve meses en veinticuatro horas.



os noches antes de tan singular suceso, la reina Amalia de Sajonia, primera y única esposa de Carlos III, recibía en uno de sus salones de confianza á las damas de servicio y á algunos personajes de la corte, que, por la importancia de sus cargos, tenían entrada en palacio.

Aquella tertulia, sin contravenir las reglas de la etiqueta, tenía cierto carácter de intimidad muy en armonía con el de la reina.

Un escritor italiano la llamó «reina amabilísima», y Flórez asegura que la ocupaba totalmente la crianza de sus hijos, «á quienes daba muy santas instruccio-

nes y, si parecía conveniente, castigaba con sus reales manos».

Por más que demostraba algún disgusto por las cosas de España, cumplidos sus deberes, se recreaba en aquellas reuniones antes de retirarse á un pequeño gabinete que tenía á modo de celda, adornado con un cristo y una calavera, donde se ejercitaba en las consideraciones y ejercicios cuyos frutos debía recoger en la gloria.

Allí se jugaba algunas noches.

Las damas podían hacer labor, y los hombres se ocupaban de política, pues la crónica escandalosa no pasaba de ciertos límites, para no disgustar á la reina.

Ya hemos dicho que Jacobo Estrañi era uno de los principales en la regia cámara, gozando de la omnímoda confianza de María Amalia.

Carlos III acudía allí muy pocas veces: no quería que la etiqueta turbase las expansiones ni la intimidad de aquellas dos horas en las que la reina deponía la majestad.

Aquella noche no había acudido aún el doctor.

Alguno afirmó que por la tarde le vió en su litera dirigirse hacia la granja de los Tilos, residencia del conde de Massi y su familia.

Pero la noticia no pasó de aquí.

Aquel lúgubre episodio tenía la propiedad de entristecer las situaciones más alegres.

Carlos y María Amalia no querían que nadie se le recordase.

La justicia seguía las actuaciones, que no lograban hacer luz en aquel misterioso drama de familia.

Lo que constaba de un modo positivo, por más que no existiesen pruebas materiales, era la participación de Rogelio como autor del hecho.

Esto empeoraba su causa.

Y como el joven disfrutaba de las simpatías de la corte, de aquí el que todos augurasen un desenlace fatal.

La benignidad de los jueces se estrellaba ante la índole del delito, y con muy buena voluntad por parte de aquéllos, se preveía una sentencia de muerte.

Aquella noche, en la tertulia de la reina, no se jugaba, como acontecía de ordinario.

Las damas habían interrumpido sus labores, y los caballeros sus conversaciones sobre los actos de los ministros.

La duquesa de Uceda llevaba la batuta en aquella orquesta, ejecutando al propio tiempo un aria, coreada por la admiración y el terror de los que la escuchaban.

La conversación era interesante para la época.

Se hablaba de brujas y del diablo.

Esto tenía el privilegio de llamar entonces la atención, por más que fuesen más raras las causas de aquella índole en que intervenía el Santo Oficio.

Es decir que la curiosidad estaba excitada, y que

había cierta emoción en aquel cónclave aristocrático, el cual no podía menos de rendir parias á las preocupaciones de una época que no había pasado aún.

Se luchaba con los resabios impresos á la suya por Felipe II.

Aun se percibía en el espacio el olor á carne quemada de las hogueras de Valladolid y de la plaza Mayor.

Únicamente entre aquellos personajes, emocionados de veras, aparecía un rostro burlón, en el cual se pintaba el sarcasmo en su expresión más viva.

Este rostro agraciado, casi hermoso, pertenecía á la joven condesa de la Estrella.

Laura, aunque de procedencia muy española, se había educado en París, y acababa de llegar á España para casarse con el conde.

Sabido es que en aquella época la Enciclopedia era una luz que fulguraba, deshaciendo las nieblas que oscurecían el horizonte de la verdad.

Había en el espacio rumores siniestros, y los muros de la Bastilla, próximos á caer, se grieteaban.

Los filósofos franceses y americanos sabían ya á qué atenerse respecto de brujas, duendes y conjuros.

La sucursal del infierno en Francia empezaba á hacer operaciones desastrosas, y el diablo era un banquero que no tardaría en presentarse en quiebra.

La joven condesa, educada en la escuela de los enciclopedistas, y en relaciones de amistad con algunos de ellos, se había acostumbrado á lo que hoy llama-

mos libre examen, censuraba en voz alta lo que se hacía con Olavide, de quien era amiga su familia, y sabía á qué atenerse en asuntos de magia negra.

Ella sola era la que oía aquella relación con la sonrisa de la incredulidad en los labios.

Se trataba de una mujer que había invocado al diablo la noche de San Juan pidiéndole un hijo que Dios negara hasta entonces al tálamo conyugal.

Una mujer que desea ser madre, hace cualquier cosa por conseguirlo.

El caso era de los más graves que registra la diablología.

Dejemos la palabra á la duquesa de Uceda, dama de edad provecta, eminentemente religiosa, fiel guardadora de las prácticas cristianas, de quien no se podía dudar en la corte.

—Estaba científicamente demostrado,—dijo, prosiguiendo su relación,—que aquella madre infeliz deseaba en vano la maternidad.

—Pues si la deseaba en vano, no era madre como la llamáis,—interrumpió la incorregible condesa de la Estrella.

—Estáis en un error, amiga mía.

—Pues ¿cómo?

—No lo era antes de la evocación al diablo.

—¿Y luégo?

—Sí.

—¡Por Dios, duquesa, no levantemos un falso tes-

timonio á la naturaleza! Advertid que eso pasó, segun decís, la víspera de San Juan, esto es, el 23 de Junio, y estamos á 25. En tan breve espacio de tiempo...

—Y ¿de qué serviría entonces la intervención diabólica?

—Es verdad; ahora recuerdo que el diablo es un personaje que se distingue por su actividad extraordinaria.

—Proseguid, duquesa,—dijo la reina, interesada en el relato.

—Hay que advertir que todos estos detalles son de la interesada, como consta de la causa que ayer mismo empezó á instruir el Santo Oficio; por consecuencia, yo nada reclamo para mí.

Agueda, que éste era su nombre, casada hacía ya un año, había recurrido á cuantos medios la sugiriera su ingenio para lograr su deseo de tener sucesión.

—No creo que sea *el ingenio* el que más intervenga en el hecho,—murmuró la condesa por lo bajo.

—Agotados sin éxito los medios naturales, pidió á Dios su intervención.

—Y Dios, como es natural, no la haría caso: esas cosas son de la incumbencia del marido.

—¡Condesa!... ¡Condesa!—dijo la reina, llamándola al orden con cierta sonrisa.

—Las novenas, los cirios y las limosnas no obtuvieron mejor resultado: el hijo no venía; aquellas entrañas eran verdaderamente estériles...

—Lo cual indica que la pobre Agueda hubiera hecho un triste papel entre los hebreos por su esterilidad

—Sin duda alguna.

—Aquel pueblo tenía formada más alta idea de nosotras las mujeres.

—¡O de los hombres!—interrumpió una dama de las que componían el corro.

—Es cuestionable.

—¡Cuando admitían el divorcio por esa causa!...

—Proseguid, duquesa.

—El resultado era nulo, y el deseo cada vez más fuerte é irresistible por esto mismo. Agueda veía madres felices que se llenaban de hijos sin pretenderlo. En cambio su hogar estaba mudo, porque estaba desierto.

Aquella paz sombría no era turbada por carcajadas infantiles: los juegos ni las lágrimas de la infancia no tenían representación en ella.

Convengamos en que la desesperación de aquella pobre mujer estaba justificada.

Pero la pidió consejo, é hizo mal.

Los consejos de la desesperación son casi siempre fatales.

Y en aquella ocasión le dijo que algunas veces el diablo suele conceder lo que niega Dios.

—Es natural: esto resultará siempre en toda clase de antagonismos, y el de Dios y el diablo es tan antiguo como el mundo.

—Una cosa así debió pensar Agueda; y por más que haya datos para creer que alguien le sugirió la idea, ella no ha acusado á nadie.

—Alguna vieja comadre. Está averiguado que son las que más se comunican con Satanás, de quien son semiparientes.

—¡Tal vez!

—No lo dudéis, duquesa: las viejas tienen el diablo metido en el cuerpo.

Esta observación hizo enrojecer á la duquesa, que pasaba ya de los sesenta.

Las damas se miraron unas á otras, sonriéndose maliciosamente.

Pero la joven condesa de la Estrella pareció no apercibirse del efecto que había causado su epigramática observación.

La duquesa, lamentándose interiormente de haber nacido algunos años antes, prosiguió:

—Sea de ello lo que quiera, Agueda pensó en el diablo, decidiendo obligarle, ya que la ocasión estaba cercana. Es creencia popular que el diablo es más asequible en la noche de la víspera de San Juan, aunque nunca me he explicado el porqué. Pero dicen los que le tratan...

—¿Los que le tratan, duquesa?

—Por lo menos, los que están más impuestos en sus cosas.

—En efecto, eso dicen,—interrumpió un tercero, que tenía parientes entre los familiares del Santo Ofi-

cio. - La víspera de San Juan está el diablo más predispuesto á hacer de las suyas.

—¡Qué honor para el Bautista!—murmuró la condesa con equívoco acento.

La de Uceda prosiguió:

—Agueda salió aquella noche de su casa resuelta á todo. Llevaba la agonía en el alma y la esperanza en el deseo. La mal aconsejada joven no veía más que un medio á su alcance, y le ponía en práctica, sin reparar en que era un medio reprobado.

Quería un hijo á todo trance, y se le pedía á Satanás.

Anduvo errante por la villa, esperando que los relojes marcaran la media noche, hora clásica para tales conjuros y tales apariciones.

A lo menos la tradición la consagra.

—Eso dicen los biógrafos del diablo, lo cual hace muy poco honor á sus costumbres: es una hora que todo el que se respete debe pasarla en su casa.

—Agueda se dirigió al puente de Segovia.

—¡Donde acaso estaría bañándose Lucifer!—interrumpió la condesa, prorrumpiendo en una irreverente carcajada.

Las damas la miraron de cierto modo.

Un barón que era familiar del Santo Oficio la hizo coro.

En cuanto á la reina, á quién había divertido aquella balnearia observación, se contentó con decirla:

—¡Pero, condesa, sois incorregible!

La dama, dirigiéndose á la de Uceda, á quien aquellas interrupciones mortificaban sin duda, le dijo:

—Perdonad, duquesa, pero no ha podido menos de hacerme reir la ocurrencia de vuestra Agueda yendo á buscar al diablo en el sitio en que lavan la ropa las lavanderas.

—¿Creéis que es invención mía?

—Desde luégo que no. Vos, y cualquiera de nosotros, le hubierais buscado más cerca: ¿á qué molestarse tanto? En fin, proseguid, ahora que estáis en la parte más interesante de vuestro relato.

—Como digo, Agueda esperó á que dieran las doce para hacer la invocación. El diablo no tardó en acudir.

—¡Qué horror! —interrumpieron las damas, mirándose unas á otras, y estrechando las distancias.

La duquesa disfrutaba ese placer secreto del orador que ve al auditorio pendiente de sus labios.

En aquel momento hubiera sacado los ojos al atrevido que negase la existencia de Lucifer.

Pero en la tertulia de la reina no había más enciclopedista que la condesa.

Ésta no pudo menos de pensar en Voltaire y en Federico de Prusia.

La narradora prosiguió:

—Se hizo el pacto; ya podéis calcular en qué términos, y cuál sería el precio. Desde aquel momento el alma de la pobre Agueda pertenecía á Satanás: la había dado por la vida de su hijo. Al día siguiente, su ...so, lleno de gozo, la habló al oído. Las vecinas

repararon en su grosura, y en el barrio se la dió la enhorabuena. Cuando llegó la noche, sintió los primeros dolores de la maternidad.

Al llegar á este pasaje, la condesa no pudo reprimir una estrepitosa carcajada, que formaba contraste con el terror de que estaban poseídas las damas.

—¡Cómo! - exclamó la de Uceda.—¿Os reís de lo que hace estremecerse á tantas almas cristianas?

—¡Pero, por Dios, duquesa!... ¿Por quién nos habéis tomado? ¡Vuestra relación ni aun sería admitida en un corrillo de comadres del Campillo de Manuela!

—¿Es decir que lo ponéis en duda?

—¡Pues no!... ¡Ahí es nada! ¡Forzar la naturaleza de modo que en veinticuatro horas haga la obra de nueve meses!

—¡Pero cuando la misma interesada, arrepentida ya, se lo confió á su confesor!... ¡Cuando murió aquella noche de resultas del parto!...

—Aun así, lo dudo.

—¡Condesa!

—¡Lo niego!—repitió con más fuerte acento.

—Y ¿cómo os explicáis hechos tan probados?

—Aquella infeliz padecía una aberración...; ¡estaba loca!

—¡Loca!

—¡O era una embaucadora! No puede presumirse otra cosa, y me inclino á esto último. Tuvo la habili-

dad suficiente para ocultar su estado, no sé por qué ni con qué intento, y á última hora inventó aquella fabula..., tal vez para persuadir á su marido de una paternidad que acaso no le pertenecía, y que era necesario que admitiese.

Aquella explicación tan sencilla y tan lógica se oponía al efecto que había causado el relato de la duquesa.

La aristocracia, lo mismo que el pueblo, se paga siempre de las cosas sobrenaturales.

Entre una verdad que enseña y un error que halaga, se está casi siempre por el último, y causa alguna molestia el admitir que no haya sido uno el que ha dado con la explicación del enigma.

Indudablemente lo más verosímil era lo que afirmaba la condesa.

No obstante, todas las miradas se fijaron en ella, y aun la misma reina parecía dirigirla un reproche por su incredulidad.

Pero ella sostuvo aquellas mudas recriminaciones con la impavidez de un matemático que prueba que dos y dos son cuatro, contra aquellos que trataban de negarle la demostración.

Quitar al diablo su papel en aquella aventura era pasar de la tragedia al sainete de una manera demasiado rápida.

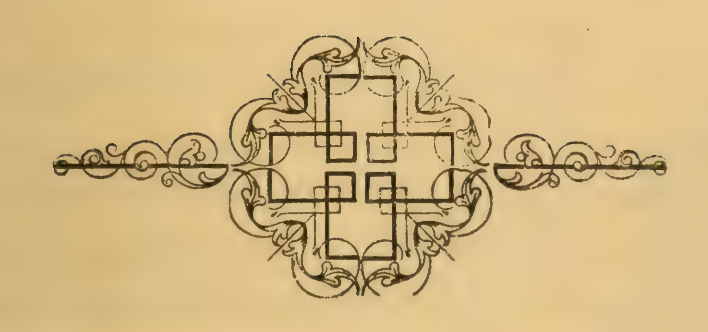
Y el auditorio estaba harto impresionado para consentir en ello.

Sin embargo, la condesa estaba dispuesta á no entregarse.

Se encontraba dispuesta á discutir con cuantos rechazasen su demostración.

Por fortuna suya un hombre vino en su auxilio cuando menos lo esperaba.

Era Jacobo Estrañi.





CAPITULO XXVIII

La tertulia de la reina.



L doctor había llegado hacía diez minutos.

Sólo los que estaban más apartados del corro que formaban las señoras se apercibieron de su presencia.

Enterado de que se trataba de una cosa interesante para el auditorio, como era en aquella época todo lo que hiciese referencia al diablo, permaneció en la última fila, esperando para presentarse á que la duquesa terminase su relación.

Poco á poco fué interesándole el asunto por el problema que entrañaba.

Esto es, si el diablo podía forzar á la naturaleza, re-

duciendo á veinticuatro horas la obra de nueve meses.

Era un asunto que se relacionaba con su profesión.

Y á admitir el principio que de aquella se desprendía, eran inútiles las universidades.

El hombre que en adelante se dedicase á la ciencia de curar debía trasladar sus estudios al infierno, puesto que allí había profesores tan excelentes.

¿Para qué seguir años y años los preceptos consignados en los libros?

Satanás sustituía á Galeno.

Este era el primero, el único principio de la ciencia.

Todo lo que venía después era dictado por la impotencia ó la nulidad.

Era la estupidez erigida en sistema.

Un diploma del infierno valía más que un diploma de Salamanca firmado por todo el claustro.

Satanás era el doctor de los doctores.

Lo que habían hecho los hombres lo deshacía él.

La obra de los siglos era un minuto en su obra.

Su Génesis era una condenación del Génesis humano.

Dios había hecho el mundo material en seis días.

A él le bastaban algunas horas para construir el mundo intelectual.

Dios se valía de los cuatro elementos.

A él le bastaban las ideas.

Dios formó al hombre.

Él lo tomó como instrumento de su poder.

Dios hizo el sistema.

Él, la fórmula.

Es decir que Dios venía á ser una errata del diablo.

Esto era lo que pensaba aquella sociedad que desde Isabel la Católica incurrió en el error de la Inquisición.

A este tribunal dieron el nombre del Santo Oficio, en vez de llamarle el Oficio Impío.

La Inquisición, al reconocer al diablo, reconoció su poder, infinitamente más grande que el de Dios, puesto que deshacía su obra.

Jesús y Satanás eran dos poderes.

En el orden social, el segundo era superior al primero.

A Jesús le crucificaron.

Nadie se había atrevido á crucificar á Satanás.

La bofetada que dieron á Jesús en el Pretorio romano de Jerusalén era la glorificación del diablo.

Ningún hombre se atrevió á decir que había puesto su mano en el rostro del ángel caído.

Pero cuando Estrañi oyó que una mujer, con ánimo varonil, se atrevió á deshacer aquella torpe calumnia inventada contra Jesús, Hijo de Dios, reflexionó un poco.

De la reflexión nace la luz.

Entonces, adelantándose para hacer constar su

presencia, saludó con el acatamiento que merecía la persona que allí representaba la majestad.

Y protestando, en nombre de la ciencia, que no puede ver pisoteada una verdad, colocándose al lado de la lógica, representada allí por la joven condesa de la Estrella, preguntó á la de Uceda:

—¿Cuándo ha sucedido el caso de que os hacéis cronista?

La duquesa se fijó en Estrañi con alguna desconfianza.

El doctor pasaba en la corte como hombre de ciencia.

Y sabido es que los hombres de ciencia, si comulgan alguna vez, no suelen hacerlo con ruedas de molino.

Además, había otro precedente.

Un médico conoce demasiado al hombre para que admita la intervención del diablo en el movimiento de esa máquina que se llama cuerpo humano, que obedece al sistema nervioso más bien que al intelectual.

Se puede admitir á Dios como principio.

Al diablo como fin, nunca.

Dicho sea con permiso de tantos *sabios* teólogos que han querido *demostrar* lo contrario.

Así es que la duquesa reflexionó sobre si debía contestar al doctor Estrañi.

Pero éste volvió á repetir la pregunta.

Y la duquesa era una persona de muy buena educación para dejarle sin respuesta.

—Esto ha sucedido,—dijo,—la víspera de San Juan, á las doce de la noche.

—¿En el puente de Segovia?—volvió á preguntar el doctor

—Precisamente.

—Según lo que he oído, decís que la Inquisición instruye sumario sobre el caso.

—Sí.

—Pues bien, desmiento al sumario; creo que la Inquisición está perdiendo un tiempo precioso.

—¿Qué decís, doctor?—exclamó la reina.

—Que soy en un todo de la opinión de la señora condesa de la Estrella: la mujer de que se trata, ó cedió á una aberración de su juicio, ó á un cálculo de mujer culpable, que trata de achacar á su marido una paternidad que no le pertenece.

La condesa aludida dirigió al doctor una mirada y una sonrisa que querían decir: «Estamos de acuerdo.»

La de Uceda miró á la reina como para indicarla que tenía la palabra.

—Y bien, doctor,—preguntó María Amalia,—¿en qué datos apoyáis vuestro atrevido mentís?

Todas las miradas se fijaron en Estrañi, creyendo que estaba cogido.

Pero él, como si no se apercibiese de tal cosa, contestó:

—En que el diablo no pudo estar esa noche ni á esa hora en el puente de Segovia, puesto que estaba en otra parte.

—¿En dónde?

—Al pie de una encina, á pocos pasos del monasterio de San Jerónimo.

—¡Doctor! —exclamaron la reina y todas las damas.

—No atestiguo con muertos..., y me remito á lo que diga don Juan de Zúñiga, ex alférez de guardias valonas.

Este nombre se había hecho popular en la corte á consecuencia del sangriento episodio habido en casa de los condes de Massi.

Se trataba de un joven que había arriesgado su porvenir por salvar á un amigo.

Para las damas era simpático.

Para los caballeros, digno ejemplo que debía imitarse.

El castigo que siguió á la falta era lógico.

Sin embargo, todos le encontraron duro.

Juan de Zúñiga pasaba como el prototipo de la amistad, de la abnegación.

Y muchas damas, que no se habían fijado en él hasta entonces cuando estaba de servicio en palacio, recordaron luégo que era un muchacho aceptable, casi un buen mozo.

Aquel nombre, lanzado allí cuando nadie le esperaba, produjo su efecto.

La misma reina le recordó.

—Pero ¿qué tiene que ver en este lance don Juan de Zúñiga?—dijo.

—Porque él estuvo hablando con el diablo esa noche y á esa hora junto á las tapias del monasterio de San Jerónimo del Prado.

—¡El!—exclamaron á una todas las damas.

—Y Juan de Zúñiga ha probado ya que es hombre muy capaz de entenderse con Lucifer.

Desde este momento, el caso entraba ya en una fase más novelesca.

No se trataba de una mujer de imaginación calenturienta, que había evocado al diablo en un sitio casi ridículo, como afirmaba la condesa de la Estrella, aludiendo á un sitio frecuentado por lavanderas.

Tratábase de un caballero, de un joven buen mozo y digno, que había ido á buscar al espíritu de las tinieblas donde se le encuentra, junto á la mansión del que reza, como un monasterio, ó junto á la del que duerme, como un campo santo.

Es decir, donde al diablo se le puede perder algo.

¿Qué tiene que hacer junto al río el emperador del fuego?

Las palabras de Estrañi aumentaron el interés que habían despertado las de la duquesa.

Todos adivinaron que allí se ocultaba algo raro y novelesco.

Al mismo tiempo no se podía dudar de lo que decía el doctor, pues pasaba en la corte por hombre serio.

Así, pues, todos, especialmente *todas*, se olvidaron de Agueda, la pobre parturiente, para pensar en Juan de Zúñiga.

Y la misma condesa, que entonces creía en el diablo, sin poder dominarse, exclamó:

—Contadnos eso, doctor: debe ser interesante.

—Por lo menos, cierto.

La reina, que al fin era mujer, preguntó:

—¿Conque ese Juan de Zúñiga ha hablado con el diablo?

—Tanto y tan bien,—contestó el doctor,—que el diablo ha adquirido compromisos con ese joven.

—¿Compromisos de qué?

—De ayudarle, de protegerle en su truncada carrera... Os digo que ha llegado á seducir á Lucifer.

—¡Lo creo!—exclamó la condesa de la Estrella.

—Y el diablo, por mi conducto, os pide que le ayudéis en tan noble empresa.

—¡Nosotras!—dijo la reina santiguándose, aunque no era beata.

—¿Quién más que vuestra majestad puede hacerlo? No se trata de un hombre indigno.

—Cierto que no.

—Y vos no abogaríais por él si se tratara,—añadió la condesa.

—Celebro mereceros tal concepto, señora.

—Pero si no me engaño, habéis dicho que el diablo nos suplicaba por vuestro conducto.

—¡Doctor!... ¡doctor!

—Vuestra admiración cesará en el momento que os diga que yo presencié la entrevista aquella noche.

—¡Vos!

—Ni más, ni menos.

—¡Pero vos!

En aquel momento Estrañi se elevaba á cien codos sobre el coloso de Rodas; es decir, poco más bajo que el pico de Tenerife, pero ya es elevación.

Un hombre que ha hablado con el diablo, no es un personaje cualquiera.

Todas las damas, y la misma reina, llegaron á presumir que el diablo le había elegido por su médico, en el caso de que Lucifer esté sujeto á enfermedades, que esto no estaba entonces bien averiguado.

En efecto, ¿qué otra cosa que la terapéutica podía haber puesto al doctor en relación con el diablo?

Estrañi no parecía gozar de su triunfo, como si en realidad no lo fuera.

Sin embargo, se le miraba de cierto modo.

¡El hombre que pulsaba al rey y á la reina pulsar también á Satanás!

Aunque en tal caso, á éste era á quien correspondía mostrarse ofendido.

La verdad es que todos tenían deseos de saber, y nadie se atrevía á preguntar.

Estrañi afirmaba cosas muy graves.

Por algo menos estaba Olavide en las prisiones del Santo Oficio bajo el peso de una sentencia.

Y eso que no constaba que el colonizador de Sierra Morena se hubiese comunicado directamente con Lucifer.

Pero al fin y al cabo, Estrañi comprendió que debía una explicación.

A lo menos para rechazar el epíteto de diablófilo que aquellas damas y aquellos caballeros tenían derecho á arrojar sobre su fama.

Hasta podían decir que su ciencia venía del diablo, cosa que no conviene á ningún hombre que se dedica á tomar el pulso á sus semejantes, especialmente en un país en que puede sujetarse al cuerpo á los *suaves* procedimientos del Santo Oficio.

Estrañi aprovechó el silencio que reinaba para decir:

—Se trata de un caso de mi profesión, que me ha hecho testigo de la escena más original que he presenciado en mi vida.

—¿La entrevista de Zúñiga con Lucifer?—preguntó María Amalia.

—Como he tenido el honor de decírselo á vuestra majestad.

—Pero ¿habláis formal, doctor?

—Si vuestra majestad y las respetables y dignas personas que la acompañan se sirven darme oidos, verán que no las engaño.

—¡Ya estoy ansiosa por conocer esa aventura!—repuso la reina.

—Sí, sí, hablad, doctor, puesto que la reina lo per-

mite,—dijo la condesa, que no podía moderar su impaciencia.

—Es que el caso es tan terrorífico como original.

—Mejor.

—Hago esta advertencia para que cada una de las personas que me escuchan procure dominar su sistema nervioso. Sentiría causar pesadillas esta noche.

—No, no, doctor; le dominaremos..., hasta el punto de conspirar contra vuestro bolsillo, no dándoos que hacer en algún tiempo.

—Pues, confiado en esa promesa, doy principio á mi verídico relato.





CAPITULO XXIX

El embajador del diablo.



L doctor se recostó en una chimenea de mármol, cuya repisa ostentaba búcaros con flores cortadas aquella mañana en la Casa de Campo.

La reina estaba á su derecha.

Las damas se apiñaban en torno, y los hombres, en pie, completaban los detalles de aquel cuadro.

La ansiedad pintada en todos los semblantes era una demostración de lo interesante que debía ser el relato que esperaban.

La *soirée* seguía en el terreno que había empezado.

Es decir, era enteramente diabólica.

El doctor comenzó á hacer uso de la palabra en los siguientes términos:

— Se trata de la víspera de San Juan. Aquella noche me privé, aunque involuntariamente, del honor que nuestra soberana nos hace al permitir que nos reunamos todas las noches en torno de su persona.

Me había entretenido más de lo regular en mi cotidiana visita al conde de Massi, y me retiré á mi casa ya de noche, algo fatigado.

Pero un médico no se pertenece, es un esclavo de la humanidad doliente.

Por lo tanto, no puede formar planes sobre su persona, ni distribuir el empleo de sus horas á su voluntad.

El descanso me estaba vedado por aquella noche.

Apenas había tomado en mi casa una ligera colación, disponíame ya al descanso, cuando llamó en mi casa un mozo de servicio procedente del monasterio de los Jerónimos del Prado.

Uno de los monjes había caído con un accidente que, privándole por el pronto de la salud, ponía en riesgo su vida.

Y el prior, fray Bernardo de Zúñiga, con cuya amistad me honro, me suplicaba que acudiese en seguida para prestar al enfermo los auxilios de la ciencia.

Me obligaban á ir dos deberes: el de mi profesión y el de la amistad.

En mi larga existencia no he vuelto nunca la espalda á mi deber.

Monté en la robusta mula que el prior me manda-

ba, y acompañado del recadero, enderecé sus pasos hacia San Jerónimo.

Inmediatamente, acompañado del prior, pasé á ver al enfermo.

Mi visita fué oportuna.

Bastaban cinco minutos de retraso para que al día siguiente los monjes hubieran abierto una fosa en el cementerio al compás de los salmos penitenciales.

Se combatió con éxito el accidente, gracias á lo bien repuesta que aquellos padres tienen la botica.

Igual elogio debo hacer de la bodega, pues en la celda prioral me sirvieron un jerez que resucitaba á los muertos.

Á fe mía que los jerónimos, si cantan mucho, comen y beben bien.

Charlando con el prior de asuntos de la corte, recordamos el triste episodio del conde de Massi, en el que su sobrino hizo tan importante papel.

Porque advierto á vuestra majestad y á las personas que me escuchan que el caballero don Juan de Zúñiga es sobrino carnal del prior de los jerónimos.

Con tal motivo, y toda vez que el joven se veía así por un asunto que le honra, me dirigí al prior encareciéndole la necesidad de tenderle una mano en aquella situación desesperada, tanto por el parentesco como por haber estudiado aquél en la casa.

Pero fray Bernardo, con cierta gravedad cómica, me explicó que lo que yo le pedía era imposible, toda vez que dos días antes había estado su sobrino solicitando

protección y no había querido sujetarse á la penitencia que se veía obligado á imponerle.

Digámoslo todo en obsequio de don Juan.

La penitencia estribaba en pan y agua por alimento, el *in pace* por celda, y las disciplinas manejadas por una mano robusta.

—¡Pobre joven!—exclamaron las damas, como doliéndose de los golpes que don Juan había rechazado.

La condesa añadió:

—Pero ese prior, ¿no sabía que su sobrino acababa de hacer sus primeras armas en la guardia valona para sujetarle al tratamiento de un novicio?

—Cada uno ve el mundo bajo el prisma que tiene por costumbre de mirarle. Yo me reí al oir á fray Bernardo, sin extrañarme de que su sobrino rechazara aquella medicina, que no era tan mística como parecía.

Por último, me despedí.

En atención á ser la hora avanzada y el sitio solitario, el prior manifestó empeño en que me quedase en el monasterio hasta el nuevo día.

Pero el médico, y más si lo es de palacio, no debe faltar de su casa, á no serle absolutamente preciso.

Además, yo tenía que hacer al día siguiente muy lejos del convento.

Y sobre todo, más que mi propia voluntad, me impulsaba lo que había de presenciar dentro de poco.

En vista de la inutilidad de sus súplicas, el prior puso á mi servicio al mozo que había ido á buscarme, que yo rechacé también, primero, porque aquel

hombre tenía que trabajar al día siguiente; y segundo, porque, si había peligro, no era justo que se expusiera por mi causa, no siendo yo el que le pagaba.

Además, á aquella hora, ¿quién podía haber en sitio tan retirado?

Pero repito que, más que mi voluntad, me aconsejaba, sin saberlo yo mismo, otra cosa.

Salí del monasterio por una puertecilla excusada que da á la huerta.

No bien me vi en el campo, oí rumor de voces.

El Prado no estaba tan solitario como yo me imaginaba.

La luna me mostró dos sombras.

Me acerqué paso á paso, aprovechando la que proyectaban los macizos muros del monasterio.

No se me ocurrió que pudieran ser salteadores, porque éstos obran con más cautela.

Más bien presumí que se trataba de un lance de honor entre dos caballeros, y, francamente, la piedad me sugirió la idea de evitarle.

Pero cuando llegué al sitio desde donde podía oir su plática, me detuve asombrado, recogiendo el aliento para no perder una palabra.

Eran don Juan de Zúñiga y su criado los que se hallaban allí.

Y no será vuestro asombro menor que lo fué el mío al enteraros de lo que trataban.

En vista de haber agotado todo remedio humano para poner término á una precaria situación, don

Juan había bajado allí para evocar al diablo y pedirle su ayuda.

—¡Jesús, María y José!—exclamaron las damas, santiguándose.

—El fiel servidor buscaba toda clase de argumentos para disuadirle; pero aquella noche no tenían dónde dormir, ni al día siguiente qué comer, y el desdichado caballero juró que si Lucifer no acudía á su llamamiento por creerle persona de poca importancia, antes de salir el sol se atravesaría el pecho con su espada.

—¡Pobrecillo!—exclamaron las damas.

—¡Es un hombre de corazón!—dijo la condesa de la Estrella.

—Por último, como el joven no cedía, y las doce estaban cercanas, el criado huyó de un encuentro probable con el diablo.

Los relojes de la villa marcaron la señal.

Entonces, con la valentía que presta la desesperación, hizo el conjuro en regla, dirigiéndose á los cuatro puntos cardinales.

Llamó á Satán.

Y resonó una voz en su oído, que dijo:

—«¡Aquí me tienes!...»

—¡Qué horror!

—No hay que asustarse: aquella voz era la mía.

—¡La vuestra, doctor!

—Dios sin duda me sugirió la idea de representar al diablo para remediar tamaña cuita.



Juan había llegado allí para [illegible] al diablo y pedirle su ayuda.

—¡Jesús, María y José!—exclamaron las damas, santiguándose.

—El fiel servidor buscaba toda clase de argumentos para disuadirle; pero aquella noche no tenían dónde dormir, ni al día siguiente qué comer, y el desdichado caballero juró que si Lucifer no acudía á su llamamiento por creerle persona de poca importancia, antes de salir el sol se atravesaría el pecho con su espada.

—¡Pobre Juan!—exclamaron las damas.

—¡[illegible] desesperación!—dijo la condesa de la [illegible].

—[illegible], como el genio no salía, y las doce [illegible] huyó de un encuentro pro-[illegible]

[illegible] marcaron la señal.

[illegible] que puso la desespera-[illegible] desafiando á los [illegible]

[illegible]

[illegible] que dijo:

—[illegible]

—[illegible]

—No hay que asustarse: aquella voz era la mía.

—¡La voz suya, doctor!

—Dios sin duda me sugirió la idea de representar al diablo para remediar tamaña cuita.



Y Jacobo puso en conocimiento de la reina y de las damas los términos en que se había verificado el pacto, de lo cual está ya enterado el lector.

El desenlace cómico de una aventura tan lúgubre causó agradable sensación en el auditorio.

Aquella aventura hizo desternillar de risa.

La misma María Amalia celebró la ocurrencia de su médico.

—Pero ¿él os vió, Estrañi?—preguntó con interés.

—No, por cierto, señora; él tuvo buen cuidado en no volver la cabeza, y yo de taparme; además, estábamos á una regular distancia, y á mí me amparaba la sombra.

—Pero ¿él tomó en serio vuestras palabras?—dijo la condesa.

—Tan en serio como había hecho la evocación: para un hombre que va á llamar al diablo es lo más natural que el diablo acuda; si no, ¿á qué era el llamamiento?

—¡Es verdad!

—Don Juan de Zúñiga está en la inteligencia de que ha firmado un pacto con el demonio.

La reina replicó:

—¡Pero su conducta es censurable por acudir á tan reprobado extremo!

—Señora,—contestó la condesa,—válganle sus pocos años y lo crítico de su situación. Hace dos días que está comiendo por el diablo.

Y señaló al doctor.

—Dice bien la condesa: sin mi intervención, el joven se hubiera atravesado el pecho, porque es lo probable que Lucifer, que estaría aquella noche en la pradera del Corregidor, no se hubiera molestado en ir al Prado de San Jerónimo por recoger la pobre alma de un más que pobre ex alférez de guardias.

—¡Hé aquí un lindo modo que ha tenido el doctor de hacer una limosna!—dijo la de Uceda.

—Pero en cuanto se le acabe el dinero, ese pobre muchacho volverá á las andadas; y viendo que el diablo ha faltado á su palabra, echará mano del único recurso que le queda, atentando contra sus días.

—¿No os parece, condesa, que debíamos?...

—¿Llevar la farsa adelante?

—Eso mismo.

—Sí, por cierto..., aunque no sea más que por dejar en buen lugar al diablo.

Toda la tertulia, incluso los caballeros, aplaudió la idea.

Se trataba de un muchacho simpático.

Al fin y al cabo, su crimen no había sido otro que ocultar á un amigo, y Rogelio estaba muy bien quisto en la corte.

¿Por qué castigar una acción hidalga?

¿No estaba ya bastante castigado, reduciéndole al extremo de tener que invocar al diablo, ó pensar en quitarse la vida?

El doctor, que era también amigo de Olavide, viendo el momento oportuno, se puso al frente de

aquella conjuración, femenina en su mayor parte, y haciendo una seña de inteligencia á la condesa, que era el botafuego de aquellas conciencias, dijo:

—Por eso he sido yo el primero en decir que el diablo suplicaba por mi voz á nuestra soberana que le ayudase en este trance.

—¡Es claro!—contestó la condesa.—Nada podemos intentar sin la reina.

—Pero yo, ¿qué puedo hacer en ello?

—¡Todo, señora! Se trata de una cosa tan nimia como reponer á un alférez en su empleo.

—Sin embargo, sus jefes creen que ha faltado, y sería darles un mentís...

—Zúñiga ha cumplido su castigo quedándose de paisano. Si la piedad regia le repone, no tienen por qué quejarse las leyes. Además, el que ha hecho lo que él por un amigo, cosas más grandes hará por el rey, si llega el caso.

—De lo contrario, habrá que recogerle á Estrañi su título de embajador del diablo.

—¡Cuando hacía uso de él por primera vez!—repuso el doctor con cómica expresión.

—¡Pero esto es toda una conjuración!

Y la reina sonrió al pronunciar estas palabras.

—¡Mucho más grave que la de Catilina!—replicó la condesa.

—¡A favor del diablo!

—No, contra el diablo; pues si ese joven vuelve á verse desamparado, pensará en atentar contra su vi-

da, y entonces será verdaderamente cuando se pierda su alma.

—Está bien,—dijo María Amalia, vencida por este argumento.—Yo también entro en la conjuración.

—¡Bravo, señora!

—¡Sed nuestro jefe!

—Con mil amores.

—Pues bien: conjurémonos para proteger á ese joven hasta que llegue á general, y hagamos la guerra á los poderes públicos que quieran atajarle en su carrera.

—¡Guerra sin cuartel!

—No se hable más; doctor, mañana os entregaré el despacho de alférez para que le hagáis llegar á sus manos.

Estrañi, besando la de la reina, contestó:

—Y yo doy gracias á vuestra majestad, en nombre de Dios, por atender á las súplicas del embajador del diablo.

Hé aquí cómo, por un rapto de conmiseración, todas las damas de la corte, apadrinadas por la reina, se declararon protectoras de don Juan de Zúñiga, sin que éste tuviese conocimiento de ello.

Hé aquí por qué al recibir el despacho de alférez exclamó alegremente:

—¡El diablo ha cumplido su palabra!

A lo que contestó Antonio de una manera sombría:

—¡Tanto peor!

Y hé aquí por qué le vimos entrar en la granja de los Tilos, reanudando su amistad con Adelina y su madre, cuando la buena Lorenza pensaba tirarle los trastos á la cabeza creyendo que había olvidado á su querida niña.

Queda demostrado hasta la evidencia que el diablo no pudo asistir la víspera de San Juan al puente de Segovia.





CAPITULO XXX

La alegría es á veces el eco del dolor.



AS ideas engrandecen á los hombres hasta el punto de que parece que van vestidos de nuevo aquellos que sienten germinar una en el cerebro.

Esto es, ni más, ni menos, lo que le pasaba á don Juan de Zúñiga.

La protección del diablo le hacía un ser superior á los demás seres.

Se creía alguien.

Para que el diablo proteja á una persona, es preciso que valga.

El espíritu de las tinieblas no se emplea en cualquier cosa.

Y don Juan no dejaba de preguntarse alguna vez acerca de su mérito.

Pero que le tenía, era indiscutible.

Esta idea le engrandeció.

Se sentía capaz de todo...

Hasta de hacer el amor á Adelina y confesárselo, cosa que hasta entonces no se le había ocurrido.

Pero él se dijo:

«Es imposible que el diablo me deje mal.»

Y acertó.

Adelina le confesó que le amaba.

¡Qué mayor dicha para un corazón de veinticuatro años que amaba por primera vez!

Digámoslo en su obsequio.

No se le ocurrió nunca que Adelina podía ser condesa de Massi.

¿Qué valía este título al lado del suyo?

¡Protegido de Satanás!

¿No podía aspirar á todas las dignidades de la tierra con la protección de un príncipe por el estilo?

Sin embargo, hubo un día en que reconoció su egoísmo.

Es decir, un día en que se reconoció digno del diablo.

Acostumbraba á ir todas las tardes á la granja de los Tilos.

Allí pasaba un par de horas dedicadas al amor.

Porque Adelina aparecía más enamorada cada vez, dispuesta á sacrificarle todo lo que una joven honrada puede sacrificar al elegido de su corazón.

Un día que montaba su regimiento la guardia en palacio llegó á sus oídos una noticia que le hizo estremecer.

El tribunal que entendía en la causa de Rogelio acababa de dictar sentencia, y ésta era de muerte.

Pero con circunstancias verdaderamente infamantes.

Rogelio debía ser degradado en público, porque el uniforme no consentía muerte de horca, y era preciso que el parricida muriese en el sitio y de la muerte que mueren los grandes criminales.

¡La horca!

Hasta entonces don Juan había creído que la influencia de que el conde de Massi disfrutaba en la corte sería suficiente para salvar al homicida.

A su juicio, todo ello se compondría con un extrañamiento.

Pero su criado le dijo:

—Señor, ha llegado el caso de que utilicéis verdaderamente vuestras relaciones con el diablo.

—¿Pues qué ocurre? – preguntó don Juan, que no podía sospechar el caso.

—Que vuestro amigo el vizconde de Massi ha sido sentenciado á muerte, y pasado mañana debe expiar su crimen en el patíbulo.

Don Juan quedó aterrado.

Aquel trágico desenlace le hizo pensar en su egoísmo.

Al pedir al diablo, se había olvidado de su amigo.

Antes de pensar en sí mismo, debió pensar en él.

¿No había sacrificado su porvenir por Rogelio cuando no era nada ni representaba nada?

¿Por qué no pensar un poco en su amigo antes de pensar en él?

¿Qué prisa le corría comer, cuando iba el otro á espirar?

Pero don Juan no era hombre á quien preocupasen los hechos consumados.

Decía: «Lo hecho, hecho está; he debido hacer lo otro; vamos á enmendarlo.»

Y lo enmendaba, si era tiempo.

Y como para el diablo siempre lo era, creyó que no debía apurarse respecto de la suerte de su amigo.

Pensó en la granja de los Tilos.

Allí indudablemente debía saberse lo que pasaba en Madrid.

Mejor dicho, lo que iba á pasar.

Y mejor dicho aún, lo que no pasaría.

Por algo se relaciona uno con el diablo.

Pero esto, sólo lo sabían él y su criado.

El no pasaba ningún apuro por la suerte de Rogelio; era necesario llevar la tranquilidad y la confianza á su familia.

Afortunadamente había anunciado el rey que no saldría aquella tarde.

Aunque de guardia en palacio, podía disponer de un par de horas, con tal de que sus compañeros ocultaran su ausencia con algún hábil pretexto.

Un par de horas y un buen caballo lo hacían todo.

Mientras Antonio le preparaba uno, él escribió la siguiente carta, dirigida á Adelina, pues no podía detenerse á explicar nada en la granja de los Tilos.

Era cuestión de entregar la carta á su criado.

Hé aquí lo que escribió en el papel:

«Aunque oigas lo que oigas respecto de la suerte »de tu hermano, no tengas cuidado; mañana estará en »libertad; es preciso que enteres á tu madre de esta »carta para que esté tranquila: nada temáis, aun »cuando llegue á vuestra noticia que está con el dogal »al cuello: comprometo yo el mío; ¡ya ves si tendré »confianza! Tuyo,—Juan.»

No se podía decir más en menos palabras.

Cuando estuvo terminada la carta, el caballo ensillado esperaba en el Campo del Moro.

Don Juan se confió á un compañero, que debía disculpar su ausencia en el caso de ser notada.

Guardó la carta en el bolsillo, montó á caballo, y salió por la Casa de Campo á la carretera de Galicia.

Entre tanto, Rogelio pensaba en su madre, en su hermana y en la otra vida.

La pobre Adelina estaba medio loca: no sabía qué pensar, ni á qué atenerse.

Aquella mañana había celebrado el doctor una entrevista con su madre.

Estrañi, que no acostumbraba ir hasta la tarde, había madrugado aquel día.

Y no á causa del enfermo, que, aparte el extravío de su juicio, no ofrecía ningún cuidado.

Se trataba de otra cosa, que la joven ignoraba.

El doctor partió en seguida.

Aquella entrevista con su madre debió ser dolorosa.

Josefina lloró mucho después que se quedó sola.

Su hija la oyó lanzar lastimeros ¡ayes!

Era natural.

Estrañi la había dicho:

—Mi silencio en este caso sería criminal: vuestro hijo está sentenciado á muerte, y pasado mañana deben ejecutarle; á lo menos, debéis despediros de él.

En seguida partió.

Cuando no se puede evitar el dolor de una madre, debe uno dejarla sola.

Josefina dió rienda suelta á su llanto.

La noticia era terrible.

Su hijo, aunque lleno de salud y de vida, iba á espirar.

Tenía esa terrible enfermedad del crimen que castigan las leyes.

Cuando ese doctor terrible y siniestro á quien lla-

man el Código penal, desahucia á un enfermo, no hay más que abrirle la fosa y rezar por su alma.

Josefina se encerró en su habitación.

Allí se la oyó sollozar.

Aquello duró una hora escasamente.

En seguida llamó á Lorenza, con quien habló algunos segundos.

Lorenza dió orden de que enganchasen una litera.

En seguida partió Josefina sin despedirse de su hija.

La litera tomó el camino de Madrid.

Adelina lo presenció todo desde uno de los balcones de la granja que daba al camino.

Vió que su madre iba pálida y llorosa.

Al mismo tiempo la chocó una circunstancia.

Parecía haber puesto en su atavío más cuidado que de ordinario, lo cual era bien extraño.

El llanto es un aderezo de perlas con que se adorna el dolor, y que excluye cualquier otro adorno de la persona.

Una mujer que llora está dispensada de cuidar de su tocado.

Al mismo tiempo advirtió Adelina que desde la partida de su madre, Lorenza se enjugaba también alguna lágrima, y que esquivaba su presencia.

—Pero ¿qué pasa?—la preguntó.

—¡Nada, hija mía!—dijo aquélla, besándola.

—¿Adónde ha ido mi madre?

—No lo sé.

—¡Ah, no!... Tú me engañas, Lorenza: ¡lo sabes, y no quieres decírmelo!... ¡Guardas secretos con tu hija!... Eso está mal hecho... ¡Yo no lo haría contigo!... ¡Ya sabes que no lo he hecho nunca!

Lorenza no tuvo el valor de replicar.

Se hubiera hecho traición, y Josefina la había encargado el secreto.

En realidad, ignoraba adónde había ido su ama.

Lo único que sabía era la sentencia de muerte que pesaba sobre Rogelio.

Pero ¿á qué decírselo á la pobre niña?

¿A qué afligirla con una noticia tan terrible, que no podía remediar?

Lo mejor era evitar su presencia.

De lo contrario, no respondía que las preguntas de aquélla no abriesen la puerta de su discreción.

Así pasaron las primeras horas de aquella tarde.

Nunca estuvo la granja tan triste.

Sólo se oían los sollozos comprimidos de Lorenza y las carcajadas del pobre loco.

Esto es, una risa feroz en un cementerio.

Josefina tardaba.

La joven, que no podía contener su impaciencia, y que se ahogaba entre aquellas paredes, se asomó al balcón.

Esperaba la llegada de su madre.

Quería leer en su rostro, si es que sus lágrimas no lograban vencer su silencio.

Nunca creyó que se tratara de su hermano.

A semejanza de Juan, tenía por más fuerte el favor de su padre en la corte que el delito de aquél.

Además, para ella, el sangriento episodio acaecido aquella noche en su casa seguía envuelto en el misterio.

Ignoraba lo que había pasado.

Cuando ella recobró el conocimiento, el puñal había herido á su madre y el plomo había derribado á su padre en tierra.

Ignoraba qué mano había levantado el primero y disparado el segundo.

De aquel misterio no quedaba más que la locura de su padre y la prisión de su hermano.

Pero estaba muy lejos de esperar una sentencia de muerte.

Porque para ella era imposible que un hijo atentase contra la vida de su padre.

Mucho más llamándose aquel hijo Rogelio Massi.

De pronto oyó que los cascos de un caballo batían los guijarros del sendero.

En situaciones idénticas, cualquier ruido le llama á uno la atención.

El vuelo de una mosca ó el zumbido de una abeja

parecen el martillo golpeando sobre el yunque de un herrero.

Volvió la cabeza.

Entre el polvo del camino vió brillar un uniforme.

Era un uniforme conocido: el de guardias valonas.

Su corazón se estremeció de gozo y de cuidado al mismo tiempo al reconocer á Juan.

Pero ¿por qué acudir aquella tarde, en que no le esperaba?

Juan la había dicho el día anterior que estaba de guardia en palacio.

Acaso su presencia se relacionaba con la ausencia de su madre.

Desde el momento de verle hasta llegar debajo del balcón pasaron algunos segundos.

Adelina creyó que había transcurrido un siglo.

Sin embargo, el aspecto de su amante la tranquilizó un tanto.

Juan iba casi alegre.

Era natural.

Creía que iba á hacer un servicio á su amada.

—No puedo recibirte, -le dijo ésta.—Mi madre está ausente.

—Tampoco yo puedo detenerme,—replicó el alférez.—Ya sabes que estoy de guardia, y me expongo á un arresto si notan mi ausencia.

—¿Qué es entonces lo que te obliga á venir? ¡Algún asunto de importancia sin duda!

—¡Ya puedes figurártelo!

—¿De qué se trata? Estoy intranquila...

—Haces mal.. , y yo he venido precisamente á que no lo estés... Se trata de tu hermano.

—¿De Rogelio?

—Sí.

—¡Dios mío! ¿Le amenaza algún mal?—preguntó Adelina, acordándose de la presencia del doctor aquella mañana, y de los sollozos de su madre y de Lorenza.

—Nada temas.

—¡Pero... cuando mi madre falta y tú vienes tan inesperadamente!...

—Repito que no hay motivo para inquietarte.

Entre tanto don Juan sacó el billete que llevaba del bolsillo interior del pecho, y poniéndole en la punta de la espada, como un trozo de carne en un tenedor, se le alargó á Adelina, diciéndola:

—Entérate de su contenido, y por nuestro amor te suplico que nada temas; mañana abrazarás á tu hermano.

—Pero...

—Adios, Adelina; no puedo detenerme: confía en mi palabra y duerme tranquila. Mañana, yo mismo conduciré aquí á Rogelio.

Don Juan envainó la espada, mandó un beso á Adelina con el extremo de sus dedos, y aplicando ambas espuelas á los ijares de su corcel , desapareció por donde había llegado.

La joven abrió la carta.


MR.

Su contenido era terrible, por más que Juan había procurado hacerle tranquilizador.

Entonces se explicó los sollozos de su madre y su ausencia.

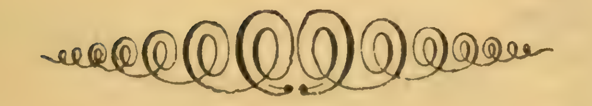
Había ido á despedirse del pobre sentenciado.

Todo cuanto Juan la decía era una piadosa mentira para tranquilizarla.

Dió un grito, y cayó sin sentido.

Cuando acudió Lorenza, vió la carta en el suelo, á su lado, y comprendió lo que acababa de pasar.

Entre tanto caminaba don Juan al galope de su corcel, canturreando una marcha que ejecutaban los clarines de su regimiento.





CAPITULO XXXI

Don Juan hizo bien en esperar.



ntonio le esperaba en el Campo del Moro.

Pero le esperaba sin impaciencia, abrigando la seguridad de que su ausencia no habría sido notada en palacio.

¿No contaba su amo con la protección del diablo?

Este, sin faltar á lo que se debía á sí mismo, no podía jugarle una mala pasada.

Hasta entonces, el diablo, entre los suyos, pasaba por un personaje honrado, y Juan no le había dado motivo de queja.

En efecto, cuando el joven llegó al cuerpo de guardia, sus compañeros creyeron que habían estado hablando con él un cuarto de hora antes.

Únicamente el que estaba en el secreto le dijo:

—Si hubieran preguntado por ti, no hubiera sabido cómo disculpar tu ausencia.

—¡Pero es el caso que no han preguntado!—replicó el mozo.

—No.

—¡Ya lo suponía!... ¡Bueno va!

—No va tan bueno como te figuras.

—¿Por qué?

—¿Ignoras que pasado mañana harán pasar un mal cuarto de hora al pobre Rogelio?

Don Juan, por toda contestación, empezó á tocar con los dedos sobre los cristales de la ventana la marcha de su regimiento, lo que indignó al oficial que platicaba con él.

—¡Parece mentira!—le dijo.—¡Pues más era amigo tuyo que mío!

—¿Y qué?

—Que cuando yo lo siento, como si se tratara de un individuo de mi familia, debías tú estar desesperado.

—¿Y qué más?

—¡Al diablo tú y la calma que no comprendo!

Don Juan se echó á reir, y contestó:

—Nombrando al diablo has puesto el dedo en la llaga.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes por qué estoy tan tranquilo?

—¡Porque no tienes sentimientos de compañero ni aun de hombre!

—Porque sé lo que le va á pasar á Rogelio.

—Que le apretarán la nuez. ¡Si al menos le fusilaran!... ¡Siempre es una muerte más noble!

—Estás en un error..., y hé ahí la causa de tu sentimiento y de mi tranquilidad.

—¡Cómo!

—Mañana á estas horas estará Rogelio tan libre como tú y como yo.

—Pasado mañana lo comprendo, porque le habrán quitado de en medio.

—Pues para que veas que sucederá todo lo contrario, esa noche cenaremos juntos los tres: si él no convida para celebrar su libertad, yo pago.

—¡Parece mentira que te chancees hasta ese extremo!

—¿Crees que haría yo objeto de chanza la muerte de un camarada? Te digo que Rogelio nada tiene que temer.

—Pero siendo su padre el mismo que le acusa, ¿quién puede librarle?

—En primer lugar, su padre está loco.

—Pero no lo estaba cuando le acusó.

—A pesar de esa circunstancia, te aseguro...

—¿Quién puede tenderle su protección hasta ese extremo?

—Tú lo has dicho antes: el diablo.

—¡Bah!

—Ya lo veremos...

Y no era que don Juan engañase á sus camaradas ni se engañase á sí mismo.

Tenía confianza en que era cierto lo que aseguraba.

Al pie de la encina de San Jerónimo le había dicho Lucifer que él le buscaría, ó que tendría noticias suyas cuando fuese necesario.

Pues bien: el diablo, que está enterado de todo, debía saber que uno de los más ardientes deseos de su protegido era salvar á su camarada.

Para un poder tan superior esto debía ser cosa fácil.

Por lo tanto, Juan creía firmemente que Rogelio no tenía ningún peligro que correr.

Esta creencia le había hecho escribir á Adelina en los términos que ya conocemos, y asegurar á su compañero lo que acababa de asegurarle.

Confiaba en el éxito.

Pero la cosa podía pasar de dos maneras.

O el diablo obraba por sí ó ante sí, sin valerse de ayuda extraña, ó era necesario que el joven pusiera algo de su parte.

Este era el dilema.

En el primer caso, no necesitaba moverse para nada.

En el segundo, le concedía un plazo á su protector para expresar de algún modo su voluntad.

Si durante aquella noche y el día siguiente no pasaba nada, era señal de que se necesitaba su concurso.

¿Cómo emplearle?

Lo ignoraba, y no se preocupaba de ello lo más mínimo.

Don Juan era uno de esos caracteres felices que no piensan en lo que les hace falta hasta que no llega el momento crítico de ponerse en movimiento.

Vivía en el presente, no en el porvenir; mucho más contando con la protección de un personaje tan poderoso.

En vez de decir, como otros: «Mañana haré esto», esperaba á que llegase el caso, y decía, poniéndose en movimiento: «Ha llegado la hora, y voy á obrar».

Disculpemos su confianza.

No sabía que el doctor Estrañi representaba el diablo para él, y que en aquel caso podía hacer muy poco.

Se trataba de una cosa harto grave para que pudiera resolverla el médico del rey.

Estrañi era una notabilidad en las enfermedades físicas, no en dolencias morales.

Ignoraba el formulario de las recetas que neutralizan los efectos del Código penal.

Al retirarse aquella noche de la tertulia de la reina, oyó que en el cuerpo de guardia se hablaba de Rogelio, y se detuvo.

A la sazón don Juan de Zúñiga llevaba la palabra y decía:

—No tengo inconveniente en apostar doble contra sencillo á que mañana á estas horas nos hace Rogelio compañía en la mesa.

—¡Está loco!—exclamaron á coro los oficiales.

—Yo pago la cena para todos si pierdo.

—Está apostada.

El doctor prosiguió su camino, exclamando:

—¡Mucho confía ese aturdido en la protección del diablo!... ¡y me parece que le va á faltar cuando más cuenta con ella!... ¡Pobre Rogelio!... ¡También él daría cualquier cosa porque su amigo ganara la apuesta!

A aquella hora, Rogelio ignoraba tantas seguridades.

Desde luégo no le hubieran tranquilizado, por más cierto que sea que la esperanza es lo último que se pierde.

La gravedad del caso impedía que se hiciera ilusiones.

Se trataba de un hijo que había querido asesinar á su padre.

Éste tenía mucha influencia en la corte, y había sido el primero en acusarle.

Además, quedaba muerto moralmente para el mundo: era un cadáver galvanizado, pero al fin cadáver.

Lo cual empeoraba su causa.

Únicamente en el caso de perdonarle su padre hubiera podido perdonarle el rey.

Pero el conde estaba loco.

Únicamente había conservado la razón el tiempo necesario para acusarle.

En aquel caso, toda esperanza era quimérica, perdida.

Rogelio pasó todo aquel día en una ansiedad terrible.

En las primeras horas de la mañana le comunicacon la sentencia que ponía un término á su vida, cuando menos le espera el hombre que dispone de una salud robusta.

Su madre y su hermana debían saberlo, lo mismo que sus compañeros.

Josefina no iba.

Los demás brillaban por su ausencia.

¿Era el dolor de la despedida el que le dejaba sumido en aquel abandono?

Pero ¿no debe ser mucho más intenso el dolor de saber que un ser querido va á morir, sin que, pudiendo, nos despidamos de él?

En sus amigos no lo extrañaba tanto.

Acaso le tenían por un asesino vulgar, y le abrumaban con su desprecio, envuelto en el anatema de la ley.

Pero su madre le abandonaba..., ¡sabiendo que estaba allí, que iba á morir por haberla defendido!

Rogelio no se explicaba aquel abandono, ni aun en

el caso de que Josefina estuviera enferma, pues contaba con medios para hacérselo saber.

¿Era que habían cometido la crueldad de ocultárselo?

Así debía ser.

Todo era admisible, menos el olvido, que en aquel caso implicaba indiferencia; más aún, desprecio.

Pero los que se lo habían ocultado, ¿no tenían madres?... ¿no tenían hijos?

Rogelio entró en su último día.

El nuevo sol debía alumbrar su muerte.

Podía contar los instantes de su existencia.

Uno menos..., dos..., cinco..., sesenta..., ¡una hora!

En este caso la ley es mucho más terrible que el fallo de la ciencia.

Un médico se equivoca alguna vez.

La ley marca los minutos y los segundos.

El último no se mide, se ve.

Es el verdugo.

Cuando llegó la noche en aquella lúgubre soledad de la capilla, el reo creyó que echaban sobre su corazón una losa de plomo.

«¡Dios lo quiere!»

Así le decía el sacerdote.

«¡Dios lo quiere!»—repitió con voz sombría.

¿Qué hubiera dicho al saber que don Juan de Zú-

ñiga, no tan sólo no se ocupaba de verle, sino que pasó todo aquel día cantando?

Su criado Antonio le miraba con ira; por último, no pudo menos de decirle:

—Pero ¿se ha olvidado vuesa merced de que esta noche es la última que pasa en el mundo su pobre amigo el vizconde?

A lo que contestó el joven:

—¡Tú y todos los demás sois unos imbéciles!... ¡Pero tú más que todos!

Era ya bien entrada la noche cuando colgó al cinto dos pistolas, después de examinar el cebo, la llave y el gatillo.

En seguida se envolvió en su capa, dijo á Antonio que le esperase en la hostería y salió tranquilamente de su casa.

La cena estaba dispuesta para aquella noche.

Eran diez los comensales.

Rogelio y él debían completar la docena.

En este caso, les tocaba pagar á los otros.

Don Juan, más confiado que nunca, se dirigió hacia la cárcel de corte.

Allí habían trasladado á Rogelio.

Como consideraron su delito desde un principio como delito común, y no debía morir fusilado, le sacaron del cuartel, entregándole al fuero civil.

Pero por su rango se le destinó una habitación especial en la cárcel de corte.

El plan de Zúñiga era sencillísimo.

Pedir una entrevista al alcaide, que no podría negarle.

Una vez á solas con él, ponerle una pistola al pecho, y bajo la presión de esta terrible circunstancia, hacer que él mismo abriese la prisión al reo.

Confiando siempre en el diablo, creyó que éste inspiraría al otro la idea de no resistirse, y que, por el contrario, buscaría el medio más hábil de facilitar su evasión.

No creía que sucediera de otro modo; así es que ni aun de sí mismo admitió la menor observación sopre lo probable ó improbable.

Escogió la noche como hora más á propósito: los empleados de la cárcel debían haberse retirado, y con menos gente dentro había más probabilidades de éxito.

Don Juan iba alegre, como había ido otras veces á casa de su amigo para dar un paseo en su compañía.

Acababa de sonar el toque de ánimas.

La cárcel aparecía lúgubre y muda iluminada por la luna.

Se veían los centinelas en los ángulos del edificio.

Al aproximarse don Juan á la puerta principal del edificio, vió que por la parte interior abrían uno de los postigos.

—¡Magnífico!—exclamó.—¡Parece que me esperaban!

Iba á avanzar su pie derecho sobre el escalón de piedra, cuando se detuvo para dejar el paso libre á dos hombres que salían.

Uno de aquellos dos hombres era Rogelio; le reconoció á la luz de la luna.

El otro subió el embozo, cubriendo parte del rostro.

La verdadera admiración se pintó en el rostro del que no debía estar admirado.

El de don Juan permaneció impasible.

Y sin dar lugar á la menor duda sobre lo que pudiera suceder, dijo:

—¡Permite que sea yo el primero que te dé la enhorabuena!

Y le tendió los brazos.

—¡Cómo! ¿Sabías que yo iba á salir?—preguntó Rogelio admirado.

—¡Ya ves!... ¡Cuando vengo á buscarte!

—Pero ¿has hablado con el rey?

—¿Qué necesidad tenía de ello para saber que hoy mismo recobrarías la libertad? ¿Ha sido el rey? ¡Mejor! Si no, hubiera yo sido.

—¡Tú!

—¡Pardiez! ¿Lo dudas?

El otro embozado terció en la conversación, diciendo:

—Fuerza es que lo crea, cuando todos en Madrid lo ignoran menos vos.

Aquel acento resonó en el oído de don Juan de una manera terrible.

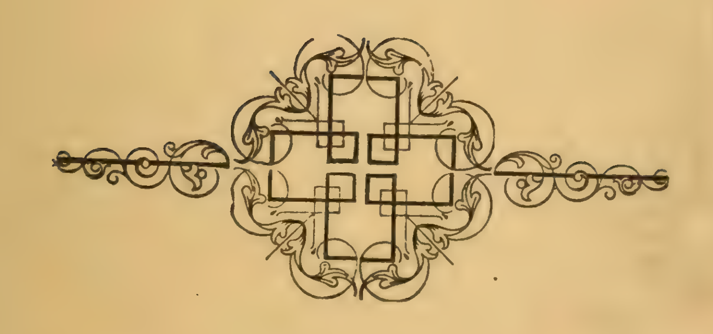
—¿Quién es ése que te acompaña?—preguntó á su amigo.

—Es el doctor Estrañi.

—Estás en un error. Es...

—¿Quién?

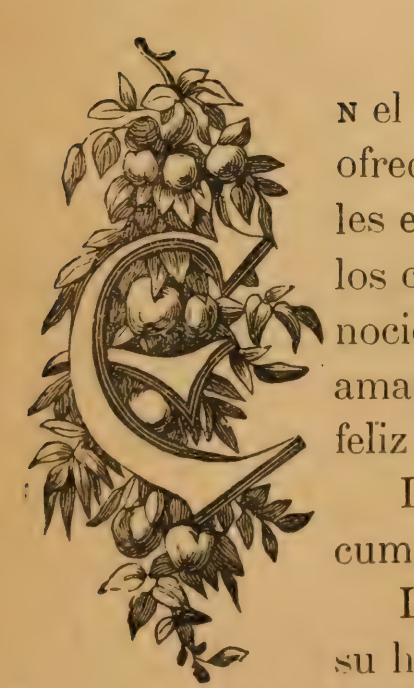
—¡El diablo!





CAPITULO XXXII

El principio de una historia.



N el primer capítulo de nuestro libro ofrecimos á nuestros lectores referirles en tiempo oportuno la historia de los condes de Massi, á fin de que conocieran el fundamento que tenían las amargas quejas exhaladas por la infeliz Josefina.

La ocasión ha llegado, y vamos á cumplir nuestra oferta.

La acongojada dama, al saber que su hijo había sido condenado á muerte, se decidió á llevar á cabo el mayor y más doloroso sacrificio que para ella existía.

Pero ¡qué no es capaz de hacer una madre por salvar la vida de sus hijos!

Salió de la quinta, ordenando á los conductores de su litera que se dirigiesen al palacio del rey.

Una vez allí, se hizo anunciar, y el monarca se apresuró á recibirla.

Lo que sucedió en aquella entrevista es lo que leerán nuestros lectores á continuación, sin que hagamos más que variarlo de forma, á fin de que tenga mayor interés.

Era una hermosa tarde del mes de Octubre.

En esta época del año aun no se advierte con gran intensidad el frío en los países meridionales, y mucho menos en Nápoles, una de las ciudades más hermosas de Italia.

Cierto que su posición geográfica no puede ser mejor.

Nápoles está defendida por grandes bosques, cuya espesura contribuye á la benignidad de su clima.

En el mes á que nos referimos aun no se han desprendido los árboles de sus verdes hojas, y muchas plantas y arbustos ostentan matizadas flores.

Pasemos por las tortuosas calles de aquella ciudad, entrando después en la de Toledo, la de mayor longitud de Nápoles.

Después de ésta admiremos la bahía.

¡Cuán grande y hermoso es el panorama que se presenta á nuestros ojos!

A un lado, el Vesubio, ese terrible monstruo, cuya cúspide amenaza constantemente á Nápoles.

A otro lado, el Pausilipo.

Más lejos, el cabo de Sorrento; enfrente, la isla de Caprera.

Si recorriésemos los alrededores de la ciudad, veríamos hermosos bosques de naranjos, largos viñedos y elevadas moreras.

Al penetrar en Nápoles admiraríamos la esplendidez de sus edificios, sus monumentos históricos, la tumba del inmortal Virgilio, situada en uno de los jardines que hay en los collados del Pausilipo; pero no es nuestro propósito hacer una reseña de las magnificencias y grandiosidades de la ciudad.

Volvamos, por lo tanto, á la bahía.

El mar estaba sereno.

Sus ondas besaban mansamente la playa, coronando sus tostadas arenas de brillante y bulliciosa espuma.

Multitud de velas se descubrían en el horizonte, pareciendo una bandada inmensa de blancas gaviotas.

En la playa había un sinnúmero de barquillas.

Una de ellas, por su esbeltez y elegancia, llamaba la atención de los marineros, que, formando grupos, hablaban aspirando el humo de sus grandes pipas.

Al lado de aquella barca había dos hombres.

Estos eran, indudablemente, los encargados de regirla.

Sus rostros, de facciones meridionales, estaban curtidos por el cierzo.

Tenían ese tipo característico de los hombres de mar.

¿Qué esperaban para desatar la amarra y empujar mar adentro la barquilla?

Ya hemos dicho que la tarde era hermosa.

Apenas sentíase la brisa.

El cielo estaba espléndido.

Todo convidaba á mecerse sobre aquellas olas, cuyos vagos murmullos parecían cadenciosos suspiros.

Un observador hubiera comprendido bien pronto lo que esperaban aquellos dos atléticos marineros.

Llegaron hasta la barquilla dos personas.

Una de ellas era un aristocrático joven de veinticuatro años.

Llevaba un elegante traje.

Sus facciones eran simpáticas y agradables, no contribuyendo poco á que lo pareciesen la melancolía que advertíase en sus ojos.

Su acompañante representaba unos cuarenta y cinco años.

En sus cabellos negros brillaban algunas hebras de plata.

Sin embargo, este segundo, aunque tenía más edad que el primero que hemos descrito, trataba al joven con la más distinguida consideración.

Los dos remeros quitáronse sus gorros con respeto al ver á los recién llegados.

El joven penetró primero en la barca.

Su acompañante le siguió, sentándose á su lado, después que el joven le hizo una indicación para que lo verificase.

Luégo los marineros desataron la amarra, y saltando al bote con esa agilidad propia de la gente de mar, ocuparon su puesto en la parte de proa.

El joven cambió una mirada con su acompañante.

—¿Hacia dónde quiere vuestra alteza que dirijan la barca?—preguntó el más anciano.

—Me es igual,—respondió el joven;—mi único objeto es dar un paseo.

El que acababa de dar esta respuesta era el príncipe Carlos, hijo mayor del rey de España Felipe V.

Su acompañante era su ayo, á quien conoceremos desde ahora por el nombre de Tanucci.

Sentía hacia el príncipe gran afecto, y su deseo de complacerle hacía que muchas veces perjudicase al ilustre joven, que era algo caprichoso, como todas las personas que han visto satisfechos sus deseos casi antes de que nazcan en su corazón.

Pero no era esta debilidad el defecto más característico de Tanucci.

El italiano era adulador.

Sus cuarenta y cinco años habíanle hecho adquirir la experiencia de que para privar al lado de los príncipes, la principal cualidad es no contrariarlos.

La barca se puso en movimiento.

El príncipe, indolentemente recostado en la popa, fijó sus ojos en el Vesubio, que se alzaba con arrogancia como desafiando á los cielos.

—¡Qué hermoso panorama! - dijo el joven. - Afirman que la costumbre de ver constantemente las cosas y los parajes las hace perder su poesía; pero te aseguro que nunca me he convencido tanto como ahora de la inexactitud de esa frase. ¿No es verdad que la perspectiva de que ahora gozamos no puede ser más bella?

—¡Ya lo creo!—respondió el caballero italiano, que, como antes hemos dicho, jamás contrariaba á su ilustre señor.

Y con mucha menos razón lo hubiera hecho entonces, pues se hallaba de acuerdo con lo que el príncipe acababa de decirle.

Esto es, para Tanucci nada había tan hermoso como aquel panorama.

Experimentaba el orgullo del hombre que oye un elogio en favor del país natal, del sitio donde contempló por vez primera los esplendores de la luz.

La perspectiva no podía ser más hermosa, con efecto.

Deslizábanse sobre la superficie tranquila de un mar que copiaba en sus linfas la brillantez de un cielo sin nubes.

Aquella líquida extensión era interrumpida bruscamente por el duro contorno de la cresta salvaje del Vesubio, cuya lava, solidificada, copiaba en sus facetas,

al sentirse herida por los rayos de la tarde, los más hermosos colores del iris.

A lo lejos dibujábanse las siluetas de algunas islas cubiertas de verdor, semejantes á inmensas esmeraldas prendidas en un leve manto de gasas azules, pues sólo con ellas pueden compararse las diáfanas linfas del Mediterráneo cuando está tranquilo.

El príncipe siguió paseando su mirada por el horizonte, fijándola después en la costa de Nápoles.

Desde la barquilla descubríanse bosques de naranjos y limoneros y dilatados viñedos, todo lozano, todo fértil, como lo que brota en aquellos privilegiados é incomparables países.

—¡Qué tiene de extraño,—continuó el príncipe,— que Italia sea y haya sido siempre la cuna donde radican las artes! Bajo este espléndido cielo, los hombres tienen necesariamente que nacer poetas.

—¡Quién duda que cada país graba sus influencias en sus hijos!

—Sí, Tanucci; bajo este sol, los hombres deben tener más fe, amar con más fuego; en una palabra, sentir más que los otros, y, por lo tanto, experimentar con más frecuencia la inspiración de la poesía. Yo no comprendo que los seres puedan inspirarse en esos países que casi siempre se ven privados de admirar los rayos del sol. Parece que la luz ha de contribuir á perfeccionar las ideas, que éstas no han de hallarse en las tinieblas.

—Es cierto,—dijo Tanucci,—siguiendo su inaltera-

ble costumbre de no contradecir en nada al augusto joven.

—Y, sin embargo,—prosiguió éste,—aun hallándose bajo la esplendidez de este hermoso cielo, jamás empañado por una nube, llegan instantes en la vida en que uno se encuentra acometido por esa vaguedad del dolor que se llama melancolía.

—¡Ya lo creo!

—Juzgad, por lo tanto, lo que les sucederá á los hijos del nebuloso Támesis.

—No en vano tienen los ingleses fama por sus preocupaciones.

—Es una influencia del clima en que han nacido.

—¡Bendito sea este país, donde brillan tan espléndidos los rayos del sol!

—Es cierto, Tanucci; es una verdadera felicidad.

El príncipe quedóse reflexivo.

Su ayo no apartaba de él sus ojos.

—Cualquiera, al veros,—dijo después de una larga pausa,—creería que hoy, á pesar de lo mucho que os agrada el cielo de Nápoles, sois presa de alguna preocupación.

—Y no se engañaría,—dijo el joven.

—Pues ¿qué os sucede, señor?

Don Carlos se encogió de hombros.

—¿Acaso,—preguntó Tanucci,—no me consideráis ya digno de vuestra confianza como en otros tiempos?

—Eso siempre,—respondió el príncipe sin vacilar.—Sabes lo mucho que siempre te he apreciado; has sido

y serás mi consejero, y mañana, cuando empuñe el cetro, serás mi ministro.

—Y en eso caso,—dijo Tanucci sonriendo, pues no podía ocultar la satisfacción que le producían las palabras del joven,—¿por qué habéis hecho esa demostración que parece eludir una respuesta?

—Has interpretado mal mi movimiento,—dijo don Carlos.

—Es posible.

—Sí, Tanucci; no he contestado á tu pregunta, porque ni yo mismo hallo una explicación á la melancolía que siento.

—¡Es singular! Pero no cabe duda que algún motivo ha de originarla.

—Pero que no acierto á explicármelo. Soy príncipe; esto es, la fortuna me ha sonreído desde la cuna; el porvenir se me presenta halagüeño también. Sin embargo, hay algo en mi alma que no se llena ni se satisface con nada.

—Casi me atrevo á decir á vuestra alteza cuál es la causa de ese vacío.

—Quizás no.

—Tenéis veinticuatro años; hasta ahora habéis pasado vuestra infancia y parte de vuestra juventud dedicado á los estudios.

—Es cierto.

—En las páginas del libro de vuestra existencia falta un episodio muy principal.

—¿Cuál, Tanucci?

—¿No lo habéis adivinado?

—Te confieso ingenuamente que no.

—Falta la página del amor.

—Es verdad; no puedo negarte que algunas damas me impresionaron con sus hechizos; pero esta impresión fué muy efímera; no llegó á echar profundas raíces en mi alma.

—De lo que debéis daros el más completo parabién.

—¿Por qué? ¿Tan mala opinión tienes formada de las mujeres?

—Hay honrosas excepciones, no puedo negarlo; pero por lo general...

—¡Ah Tanucci, bien se conoce que tienes cuarenta y cinco años; esto es, que empiezas á sentir en el alma el próximo hielo de la vejez!

—Posible es que vuestra alteza tenga razón.

—Sí, no lo dudes; en este mundo vemos las cosas bajo diferente prisma, según es la edad del hombre. Tú aun no eres viejo; pero ¿quién duda que á los cuarenta y cinco años se tiene el derecho de ser escéptico respecto á las mujeres? ¡Habrás sufrido en esta vida tantas desilusiones!

—Muchas, señor.

—Y como no se escarmienta en cabeza ajena, yo necesito sufrirlas también. Mientras esto no ocurra, las mujeres me parecerán ángeles.

Tanucci se sonrió.

Si no hubiera sido porque el príncipe dudase de la

veracidad de sus palabras, hubiérase apresurado á hacer un encomio de las mujeres.

Su pauta, como ya hemos dicho, era no contradecir en lo más mínimo á don Carlos.

Por este procedimiento logró granjearse su estimación.

La barca se deslizaba mansamente sobre las olas.

En aquel momento la tarde declinaba.

El sol, como un globo de fuego, hallábase muy próximo á desaparecer entre las ondas, y enrojecía con sus cárdenos rayos la inmensa superficie del mar.

El príncipe seguía embelesado en su contemplación.

—Señor, —le dijo Tanucci, —pronto cerrará la noche. ¿No encuentra oportuno vuestra alteza que regresemos?

—¿Para qué? ¿No te agrada que prolonguemos el paseo?

—Como queráis.

—La tarde está hermosísima, y, por lo tanto, hay probabilidad de que la noche siga lo mismo. Si no te origina molestia, continuaremos.

—Como vuestra alteza quiera.

Y la barca, impulsada por los remos, continuó cortando las ondas con su esbelta quilla.





CAPITULO XXXIII

Un paseo por el mar.



LA barca iba bogando hacia la isla de Caprera.

Era ese instante en que el sol arrebola el horizonte con sus lucientes reflejos, como despidiéndose con todos sus esplendores hasta el siguiente día.

El diálogo del príncipe y Tanucci había cesado.

Don Carlos iba reflexivo, y el caballero italiano, en su constante deseo de no contrariarle en lo más mínimo, guardaba silencio.

Hubo, sin embargo, un detalle que le hizo quebrantar su propósito.

En dirección contraria á la barca en que iban bogaba otro esquife.

En la parte de proa iban dos marineros.

La de popa iba ocupada por tres personas.

Un respetable anciano, un joven y una hermosísima dama.

Esta era casi una niña.

Sus cabellos eran rubios como el oro, y sus ojos azules como el cielo.

Su tez era ligeramente pálida.

El joven que iba á su lado contaría, poco más ó menos, los años que el príncipe.

En cuanto al anciano, tenía los cabellos completamente blancos.

La hermosa joven fijó sus ojos en el príncipe y en Tanucci, apartándolos en seguida con cierto rubor.

En cuanto á don Carlos, siguió con la vista á aquella beldad

Este detalle no pasó desapercibido á los ojos del ayo del príncipe.

Las barcas se cruzaron.

-¡Qué hermosa es!—exclamó don Carlos en voz baja, pero no tanto que su acompañante no oyera sus palabras.

—Con efecto, es una encantadora joven.

—Debe ser napolitana.

—Creo lo mismo.

Don Carlos dió orden á los marineros para que hicieran virar el esquife.

—Si te parece, Tanucci, -dijo,—volveremos á Nápoles.

—Lo encuentro muy oportuno,—respondió el interpelado.

La barca viró en redondo á impulso de los remos y siguió el mismo derrotero que el esquife en que iba la hermosa joven que acababa de llamar la atención del príncipe.

Poco tardaron en darle alcance.

Verdad es que el esquife en que iba aquella deidad deslizábase con cierta pereza y gallardía sobre las ondas.

Don Carlos fijó de nuevo sus ojos en la joven.

Esta conversaba en aquel momento con el anciano que iba sentado á su derecha, y que debía ser su padre, pues había en las facciones de ambos alguna semejanza.

Poco después, las dos barcas atracaban en la orilla.

El joven que acompañaba al anciano y á su hija, saltó á la playa, ofreciendo su mano á la segunda.

Esta se apoyó ligeramente en ella, y dando un gracioso salto, puso sus diminutos pies sobre la movible arena.

Luégo los tres se internaron en las calles de la ciudad.

—¡Qué hermosa es!—repitió el príncipe.

—Parece que á vuestra alteza se le va disipando la melancolía,—añadió Tanucci, sonriéndose con cierta malicia.

—¡Hé ahí una joven que de seguro haría que desapareciera el tedio que tengo!

—¿De veras?

—¿Quién lo duda?

—Si eso fuese cierto...

—¿Qué harías, mi querido ayo?

—La pregunta es innecesaria. Sabiendo positivamente que la posesión de esa joven había de disipar vuestra tristeza, procuraría conseguir que os correspondiese.

—¡Ah! ¡Si eso fuese posible!

—Nada más sencillo.

—No me lo parece tanto.

—Tened en cuenta, señor, que sois príncipe; que, como antes decíais muy bien, el porvenir os sonríe, y que habrá muy pocas mujeres que resistan á vuestros deseos.

—Sin embargo...

—¿No queréis que hagamos una prueba?

—¡Ah Tanucci, por ser dueño de esa mujer no sé lo que daría!

—Pues lo seréis. Por el pronto va á permitirme vuestra alteza que no le acompañe.

—Desde luégo.

El ayo del príncipe siguió la calle por donde acababa de aventurarse la hermosa desconocida.

No tardó en divisarla.

Siguieron por la calle de Toledo, deteniéndose delante de la puerta de una casa de buena apariencia.

Allí el anciano y su hija se despidieron del joven que los acompañaba, y penetraron en su casa.

Tanucci no había perdido el tiempo.

Había averiguado por lo menos el domicilio de la joven.

¿Qué procedía después?

Saber quién era el anciano, la posición social en que se hallaba, el nombre de la joven, y si ésta era dueña de su corazón.

Nada más fácil que adquirir todas estas noticias.

Tanucci tenía influencia y oro.

Con estas dos poderosas palancas, ¿no había de encontrar la clave para resolver el problema?

Al día siguiente supo por medio de uno de los criados de la casa que el anciano llamábase don Félix de Montalbi, que era un reputado médico napolitano, viudo desde hacía algunos años, y padre de la hermosa Josefina, que era la joven que había cautivado el corazón del príncipe.

También supo Tanucci que Josefina sostenía relaciones con un joven llamado Roberto Estrañi, que era el que la acompañaba la tarde anterior en su paseo por el mar.

—Esto implica bien poco,—se dijo el ayo de don Carlos;—por buenas que sean las cualidades que adornen á ese muchacho, no tiene la de ser príncipe. No es, por lo tanto, posible establecer comparaciones entre ambos.

Luégo preguntóle al sirviente de don Félix:

—¿Ama mucho tu señorita á ese joven?

—Mucho, señor,—respondió el interpelado.

—Y don Félix, ¿es gustoso en que se verifique esa boda?

—Hé ahí una cosa que ignoro.

—¿Pues cómo?

—Porque el novio de la señorita aun no ha pedido la mano de ésta á mi señor.

—¡Ah! ¿Luego falta ese indispensable requisito?

—Sí, señor.

—Perfectamente.

Tanucci recompensó con largueza al criado de don Félix, y en seguida se dirigió á palacio, donde le esperaba el príncipe con impaciència.

Los ojos de éste se fijaron en los de su ayo como interrogándole.

—Señor,—dijo Tanucci,—ya os traigo algunas noticias.

—Veamos.

—Sé que el anciano á quien hemos visto se llama don Félix de Montalbi y pertenece á una ilustre familia de Nápoles.

—Con efecto, no desconozco el apellido.

—La joven que os ha agradado es hija suya, y se llama Josefina.

—¡Lindo nombre, aunque algo más vulgar que su angelical belleza! ¿Es soltera, por supuesto?

—Sí, príncipe, es soltera; pero su corazón pertenèce á un joven que sin duda es el que la acompañaba cuando la conocimos.

—Eso constituye una dificultad.

—No lo crea vuestra alteza. Sus amores con el joven en cuestión deben ser muy recientes, y no parece fácil que hayan echado profundas raíces en su alma.

—Sin embargo...

—Lo peor sería que el padre de Josefina hubiera ofrecido su mano á Estrañi.

—¿De manera que don Félix ignora que su hija ama á ese joven?

—Por lo menos puedo asegurar á vuestra alteza que no le ha otorgado á nadie la mano de Josefina.

—Y ¿de qué medios vas á valerte ahora para que yo consiga su amor?

—De los más sencillos.

—¿Cuáles, Tanucci?

—Como comprenderéis, yo no soy el llamado á gestionar este asunto.

—Desde luégo, esas cosas se transcienden.

—Y ¿qué dirían las gentes cuando supieran que vuestro ayo os proporcionaba pasatiempos de esta naturaleza?

—¿Luego es preciso recurrir á un tercero?

—Sí; pero como vuestra alteza comprenderá, elegiré persona de toda mi confianza.

—¿Y la hallarás?

—¡No he de hallarla, príncipe!

—Bien; delego en absoluto en ti mi confianza. Lo único que te encargo es que despliegues toda tu actividad respecto á este asunto, que me inspira el mayor interés.

—Descuide vuestra alteza.

Tanucci hizo un reverente saludo al ilustre joven, y después salió de la estancia.

Era preciso que cumpliera su palabra, y necesitaba meditar.

El caballero dirigióse á su casa.

Ésta hallábase próxima á la Villa Real, delicioso paseo, situado á la orilla del mar, que es uno de los jardines más agradables del mundo.

Tanucci estaba reflexivo.

Al penetrar en su casa dirigióse al aposento que había dedicado para sus trabajos.

Una vez que estuvo en él, cerró la puerta, corriendo después el pestillo.

No quería que nadie le interrumpiese.

—De este modo,—se dijo,—me veré libre de importunas visitas.

Con efecto, aquél era el único medio de esquivar la presencia de la multitud de pretendientes que todos los días asediaban al ayo del príncipe.

Todos sabían en Nápoles la cariñosa deferencia con que le trataba don Carlos.

Tanucci se sentó en un sillón cerca de la ventana del aposento, desde la que se descubría el magnífico jardín de la Villa Real, cuya tapia es azotada por las olas del mar.

Luégo apoyó su frente en la diestra, quedando en una actitud pensativa.

—¿De qué medios he de valerme?—se preguntó.—

Muchos hay, pero es necesario buscar el menos escandaloso. Nada más fácil que hallar dos ó tres hombres que efectuasen el rapto de Josefina; pero su padre haría gestiones para encontrarla, y el hecho sería comentado en la ciudad. Si busco una mujer experimentada que trate de alucinar á la hija de don Félix, es fácil que no se llegue al punto que deseo. Josefina sostiene amores con el gallardo mancebo que la acompañaba la tarde que la conocí ; esto es una contrariedad. Cuando una mujer está enamorada, es difícil que tuerza las inclinaciones de su corazón.

Tanucci separó de pronto la diestra en que apoyaba su frente.

—Sí,—se dijo;—lo que acaba de ocurrírseme es una gran idea, y me parece que ha de producir los resultados que apetezco.

Y esto dicho, Tanucci se puso en pie, calóse su sombrero y salió de su casa, aventurándose por las calles más céntricas de la ciudad.





CAPITULO XXXIV

Los primeros hilos de una trama.



N cuarto de hora después, el ayo del príncipe deteníase delante de una casa de buena apariencia.

En el ancho zaguán había un criado.

Tanucci se aproximó á él.

—¿Está en casa tu señor?—le preguntó.

—El señor marqués ha llegado hace un momento.

Tanucci, seguido del criado, se aventuró por la escalera.

Un instante después deteníase en la plataforma.

—Anúnciame,—dijo Tanucci.

El criado repasó el umbral de la puerta y dirigióse á las habitaciones de su señor.

Este era un aristocrático joven de veinticinco años.

Cuando penetró el criado se hallaba negligentemente tendido en un diván.

Sus negros ojos tenían una expresión varonil y encantadora.

Sus cabellos de azabache formaban caprichosas y naturales ondulaciones

Su frente era despejada.

Su tez trigueña y pálida.

Un pequeño y sedoso bigote sombreaba su labio superior.

En una palabra: el joven á cuya casa acababa de dirigirse Tanucci tenía uno de esos tipos meridionales cuyas líneas, perfectamente acabadas, daban á sus facciones un carácter de varonil hermosura.

Al sentir el ruido que produjo la mampara al abrirse, fijó sus ojos en el dintel.

El criado le dijo:

—Señor marqués, un caballero pregunta por vos.

—¿No le conoces?

—Me parece que no es la primera vez que viene á visitaros.

—¿No será el conde de Massi?

—No, señor; al conde le conozco perfectamente.

—Bueno, sea quien fuere, dile que pase.

El criado se alejó para cumplir la orden.

En cuanto al joven marqués, tomó otra actitud más conveniente para recibir al ayo del príncipe.

Éste no tardó en presentarse.

—¡Ah! ¿Sois vos, mi querido Tanucci?—dijo el marqués.

—El mismo, amigo Grimaldi,—respondióle el interpelado.

—Y ¿á qué debo la satisfacción de veros por esta casa?

—Os lo diré sin pérdida de tiempo; pero permitidme que tome asiento.

—¡No faltaba más!—dijo el de Grimaldi, poniéndose en pie y ofreciendo un sillón al caballero.

—Vengo fatigado,—dijo Tanucci.—Parece imposible que estemos á últimos de Octubre; hace verdadero calor.

—Y como, siguiendo vuestra tradicional costumbre, habéis dado vuestro cotidiano paseo por los jardines de la Villa Real, no es extraño que estéis cansado.

—No lo creáis. Hoy no he ido á la Villa Real.

—¿Habéis cambiado de rumbo?

—No.

—Creí que ya no le agradaban al príncipe esos jardines.

—Ahora, marqués, vengo directamente de mi casa.

—Pues el trayecto no es largo.

—Es verdad; pero cuando se recorre con alguna precipitación...

—¡Ah! ¿Luego deseabais verme con urgencia?

—No puedo negároslo.

—En ese caso, celebro doblemente haber estado

aquí. Hablad, pues, amigo Tanucci; decidme en lo que puedo serviros.

Tanucci refirió al joven marqués cuanto había sucedido durante su paseo por mar cuando acompañaba al príncipe.

Al terminar preguntó:

—¿Conocéis á don Félix de Montalbi, que es el padre de la joven cuyos hechizos han cautivado al príncipe?

—No le conozco personalmente,—respondió Grimaldi, haciendo con la cabeza un movimiento negativo;—pero he oído hablar de él en más de una ocasión.

—Afirman que es noble.

—Lo ignoro; lo único que puedo deciros es que ese anciano es un hábil médico, del que se refieren las curas más extraordinarias.

—¿Tampoco conoceréis á su hija?

—Tampoco.

—Pues bien, amigo Grimaldi, ahora forzoso es que os diga cuáles son mis proyectos.

—No deseo otra cosa.

—Ante todo, ¿puedo contar con vos?

—¡Quién lo duda!

—Ya sabéis que se trata de realizar un caprichoso deseo del príncipe, y que no hemos, por lo tanto, de perder el tiempo.

—Como remuneración del servicio que me pidáis me basta vuestro aprecio.

—Pues ése le tenéis desde hace tiempo.

—Lo sé, amigo Tanucci, lo sé.

—Es preciso que Josefina...

—Desaparezca de la casa paterna, ¿no es verdad?—interrogó el joven interrumpiendo á su amigo.

—No, nada de eso; esta vez ha ido vuestra imaginación bastante más lejos de lo que se desea.

—Pues ¿qué queréis entonces?

—Temo herir vuestra susceptibilidad si os digo una cosa.

—Hablad, Tanucci; ya sabéis que para los amigos tengo tanta tolerancia como severo soy para con aquellos á quienes no he dado este título.

—Grimaldi,—dijo Tanucci después de una breve pausa,—ya sabéis que las gentes proclaman, con más ó menos razón, que sois muy dado á las aventuras galantes.

—Con efecto, y no se engañan los que de esa manera murmuran.

—Los que, como vos, han visitado los salones más aristocráticos, descendiendo después á las mancebías y á los figones, tienen necesariamente que conocer un sinnúmero de personas de todas las esferas sociales.

—¡Ya lo creo, amigo mío! Y confieso, sin ruborizarme, que en mis aventuras he conocido muchas más personas de la segunda clasificación que habéis hecho.

—Nunca me hubiera atrevido á deciros eso.

—¿Por qué no? Eso acusa vuestra falta de confianza respecto á mi persona.

—No, Grimaldi.

—Hablemos con libertad: ¿qué es lo que os hace falta?

—Necesito un hombre que haga el amor á Josefina y que logre hacerse dueño de su corazón.

—Eso no es difícil.

—Sin embargo, tened presente que ama á otro.

—Esto presta más encantos á la aventura.

—Pero dificulta que lleguemos al fin que se ambiciona.

—¿Qué fin es ése?

—Es necesario que la hija de Montalbi acceda á casarse con la persona que nosotros elijamos.

El marqués hizo un movimiento que expresaba su sorpresa.

Luégo dijo:

—Habéis defraudado todas mis ilusiones.

—¿Por qué?

—Cuando me dijisteis que se trataba de hacerse dueño del corazón de Josefina, no encontré dificultades en hacer gestiones para conseguirlo; pero eso de casarse... ¡Ah Tanucci, esto es mucho más serio de lo que yo creía!

—Marqués, mi ánimo al venir á vuestra casa no era proponeros que fueseis el protagonista de la aventura en cuestión. Todo lo contrario; os conozco y os aprecio demasiado para proponeros que hagáis un papel ridículo.

—Creo que he entendido ya lo que se desea.

—Veamos.

—Buscar un hombre que tenga gran despreocupación, que se case con la hija del médico...

—Y que el mismo día en que se verifique la boda salga de Nápoles con una misión del príncipe para España.

—¡Bonito plan! De este modo el príncipe recibirá las primicias del amor de esa joven, sin que Montalbi sepa una palabra.

—Y, por lo tanto, sin que haya escándalo.

—Es muy cierto.

—¿No conocéis entre vuestros numerosos amigos algún joven de escasa fortuna, pero que tenga suficiente exterioridad para hacerse dueño del corazón de Josefina?

—Veremos.

—Os lo agradecería mucho.

—Decid, Tanucci: ¿y si la persona que os presentase para este objeto reclamase algún favor á cambio del servicio que va á prestar al príncipe?...

—No dudéis ni un instante que le sería concedido.

—¿Ciertamente?

—¿No os basta que lo afirme de un modo tan concreto? Me parece que no habréis notado en mi respuesta la más pequeña vacilación.

—Pues bien, Tanucci: no hay que hablar más del asunto; os prometo que muy en breve el príncipe habrá realizado su deseo.

—Gracias, amigo Grimaldi. No ignoraba que al dirigirme á vos no había de perder el tiempo.

El joven marqués sonrióse al oir aquellas palabras.

—¿Conque quedamos,—prosiguió Tanucci, - en que buscaréis una persona que reuna buenas condiciones para realizar nuestro fin?

—Sí, señor; un hombre que sea joven, que tenga buena figura; en una palabra, que pueda cautivar en las redes de sus amores á una niña como Josefina.

—Precisamente. Comprendo que la persona que acepte las proposiciones que vais á hacerle no será noble, pero esto no importa. Todo consiste en que le enseñéis lo más pronto posible algunas de vuestras aristocráticas maneras; esto es, darle cierto barniz de elegancia.

Grimaldi lanzó una sonora carcajada.

—¿De qué os reís?—le preguntó Tanucci algo sorprendido.

—¡Lo menos habéis pensado que voy á hacer que pretenda á la señorita de Montalbi uno de esos innumerables vendedores de pescado que recorren las calles de la ciudad pregonando sus mercancías con sus voces estridentes y descompasadas!

—No tanto; pero...

—El joven que procurará hacerse dueño del corazón de Josefina, y que no ha de tener inconveniente en unirse á ella, es todo un caballero, un señor conde de la bella Venecia.

—¡Bah! ¡Siempre habéis de salir con alguna chanza!

—Nada de eso.

—Pero ¿habláis con formalidad?

—¡Ya lo creo! ¿Conocéis al conde de Massi?

—No,—respondió Tanucci después de un momento de reflexión.

—Es un aventurero.

—Pero ¿tiene verdaderamente el título que acabáis de decir?

—Sí; lo cual no impide que por su mala cabeza olvide muchas veces que pertenece á la nobleza veneciana.

—Y ¿reune condiciones para el caso?

—¡Ya lo creo! Tiene una interesante figura; es elocuente, sobre todo cuando habla con una mujer hermosa; en una palabra, es el hombre que necesitamos.

—¿Cuándo le veréis?

—Hoy mismo.

—Y ¿sabe callar un secreto?

—Siempre; pero con mucho más motivo cuando la revelación del secreto le pondría en ridículo.

—Entonces, marqués, en vuestras manos dejo el asunto.

—Además hay que tener en cuenta que el conde, cuya vida conozco perfectamente, tiene algunos hechos que le conviene que permanezcan ignorados. Para mí no lo son.

—Y en último caso ..

—Todo se reduce á emplear los medios extremos. A él no le conviene enemistarse conmigo.

—Es cierto.

—Podéis, por lo tanto, asegurar al príncipe que muy en breve la hermosa Josefina contraerá matrimonio con el ilustre veneciano, y que éste se halla dispuesto á cumplir la misión que se le encomiende.

Tanucci alargó su mano á Grimaldi.

—Uno de estos días volveré á veros,—dijo.

—Muy bien. En la inteligencia que si antes de que volváis ocurre algo, no esperaré vuestra visita.

Tanucci salió de la casa del marqués sumamente satisfecho.

—Grimaldi,—dijo al bajar la escalera,—es un aventurero; esto es sabido por todos; pero tengo la seguridad de que ha de cumplirme su palabra.

El caballero italiano aventuróse por la calle en dirección á la suntuosa morada del príncipe.

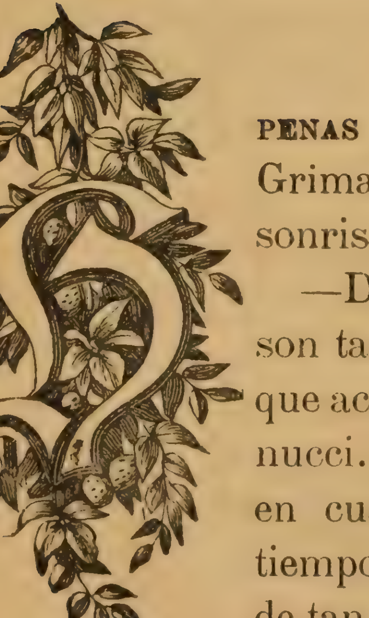
Deseaba decirle el resultado de sus gestiones.





CAPITULO XXXV

En donde se ve que la nobleza de la cuna no hace noble el corazón.



PENAS quedóse solo el marqués de Grimaldi, dibujóse en sus labios una sonrisa.

—Después de todo, —se dijo,—no son tan inaceptables las proposiciones que acaba de hacerme el bueno de Tanucci. El complacerá al príncipe, y en cuanto á mí, tampoco perderé el tiempo. ¡Bueno es servir á personas de tan elevado rango, aunque no sea más sino porque el día de mañana pueden librarnos de cualquier compromiso!

El genovés reclinóse de nuevo en el diván que ocupaba cuando entró en el aposento el ayo del príncipe.

Luégo sus ojos fijáronse en la esfera de un reloj que había sobre una chimenea de negro mármol.

No había transcurrido media hora desde que salió Tanucci de la habitación, cuando abrióse de nuevo la mampara.

El que se presentó en el umbral era un joven que contaría, poco más ó menos, la misma edad que Grimaldi.

Aquel joven tenía los cabellos de un castaño oscuro.

Sus ojos eran negros, rasgados y de radiante expresión.

Iba elegantemente vestido.

Grimaldi no abandonó el asiento que ocupaba

Era indudable que el desconocido le inspiraba una gran confianza.

Este alargó su aristocrática mano al marqués.

—Mucho celebro veros por aquí, mi querido Massi, —dijo el marqués.—Hace un momento que estaba ocupándome de vuestra persona.

—¿Con quién?—preguntó el conde.

—Ante todo, sentaos; tenemos que hablar mucho.

—Sabéis que siempre encuentro una verdadera satisfacción en ello.

Grimaldi hizo con la cabeza un movimiento en señal de gracias.

Luégo prosiguió:

—¿Habéis comido ya?

—No.

—Lo celebro infinito, pues de este modo tendré el gusto de que lo hagamos juntos. Aceptáis, querido, ¿no es verdad?

—¡Cómo no!

—Precisamente he recibido ayer una partida de vinos, entre los que figuran el Sorrento y el Chipre; esto es, vuestras bebidas favoritas.

—Es verdad.

—¿Queréis que pasemos al comedor?

—Estoy á vuestras órdenes.

Grimaldi se puso en pie, y seguido del conde de Massi, dirigióse á una de las habitaciones próximas.

En el centro de ésta había una mesa cubierta con un finísimo mantel blanco como la nieve.

Encima de la mesa, y con gran simetría colocados, veíanse búcaros con hermosas flores, platos de rica porcelana y botellas de cristal.

Grimaldi era hombre de buen gusto; le agradaba la estética en todas sus manifestaciones.

No era gastrónomo, pero tenía á gala que su mesa estuviera espléndidamente servida.

Hizo una seña á su amigo para que ocupase un asiento, y él colocóse á su lado.

—A ver, Filipo, —dijo después á uno de los criados, —destapa una botella de Sorrento; quiero que el conde me dé su opinión.

Filipo era un alegre napolitano de veinte años, cuyas mejillas estaban encarnadas como los pétalos de una amapola.

Obedeció á su amo, y un instante después el Sorrento llenaba las brillantes copas de cristal.

Massi tomó una, llevóla á sus labios y dijo:

—¡Excelente vino! Bien podéis asegurar que no lo bebe mejor el príncipe Carlos.

—Creo que habéis hecho que vuestra amada se asimile tanto á vuestros gustos, que también tiene una verdadera pasión por este vino.

—Con efecto, —respondió Massi, —Felisa delira por el Sorrento.

—Mañana mismo os enviaré una docena de botellas para que os las bebáis en su compañía.

—Favor que agradeceré mucho, y que ella no os agradecerá menos.

—Y ahora, mi querido Massi, vamos á tratar de un asunto que os interesa.

—Perfectamente.

—Filipo,—dijo Grimaldi,—cierra esa mampara, y no vengas hasta que te llame.

El criado salió de la estancia, cumpliendo la orden que acababa de recibir.

El conde, apenas se quedó solo con Grimaldi, fijó en él sus negras y expresivas pupilas.

—Amigo mío, —dijo el marqués, —se os presenta una bonita proporción de hacer un negocio y de que desaparezcan las contrariedades que desde hace algún tiempo sufrís.

—¿De veras, amigo Grimaldi?

—Sabéis que, aunque aficionado á gastar una bro-

ma, soy enemigo de despertar ilusiones para que se desvanezcan después.

—Es cierto; y ¿de qué se trata?

—Voy á decíroslo sin rodeos, pues existe entre nosotros suficiente confianza para que hablemos con claridad.

—Desde luégo; estáis enterado de todos mis secretos, sabéis lo comprometido que me hallo, y que sería capaz de hacer cualquier locura con tal de verme libre de la situación embarazosa en que me encuentro.

—Lo sé, Massi.

—Hablad, pues.

—El príncipe se ha enamorado.

—Lo cual no tiene nada de particular. Lo raro es que hasta la presente no haya sentido amor hacia alguna de las hermosas damas que concurren á su palacio. Y ¿quién ha sido la agraciada?

—La hija de un médico llamado don Félix Montalbi.

—Le he oído nombrar.

—Creo que es un portento de ciencia.

—¿La hija será hermosa?

—Según afirman, más que mujer parece un ángel.

—Y ¿qué es lo que de mí se exige?

—Sencillamente que os hagáis dueño del corazón de esa deidad de diez y siete años.

—No comprendo. ¿No acabáis de decirme que el príncipe se ha enamorado de ella?

—Eso he dicho.

—¿Luego se trata de perjudicar al augusto joven?

—Todo lo contrario.

—Empiezo á comprender. Se desea que esa joven abandone la casa paterna por seguirme, y de este modo que el padre me haga responsable del rapto.

—Algo os aproximáis á lo que se solicita, pero no habéis concluído de adivinar el plan.

—Explicádmelo, pues.

—Vos amáis á Felisa, una de las cantantes más seductoras que vieron los primeros rayos de la luz en la ciudad eterna.

—Con efecto.

—Sin embargo, creo que nunca hayáis pensado en santificar vuestros amores con el lazo matrimonial.

—Es verdad. Jamás se me ocurrió semejante locura.

—Al mismo tiempo os halláis seriamente comprometido. Agotada la fortuna que os legaron vuestros padres, os habéis visto en la precisión...

-Callad, Grimaldi,—interrumpió el conde.

Y al decir esto, dirigió una recelosa mirada hacia la puerta.

—No temáis,—prosiguió el marqués. – Filipo es incapaz de faltar á mis órdenes; nadie nos escucha.

—Sin embargo, las paredes oyen.

—Reíos de eso.

Y el marqués se sonrió al decir estas palabras.

—Vos, - prosiguió Grimaldi,—lo único que en mi concepto debéis pensar es que os halláis seriamente comprometido, que dejándoos llevar por vuestra bue-

na imaginación, engañasteis á un hombre que blasonaba de no haber sido incauto jamás en asuntos de intereses. Ese hombre es un judío, un miserable usurero, y temo que, como el Silock de Shakspeare, os exija una libra de vuestra carne.

—Capaz sería de ello.

—Yo tampoco lo dudo. No os expongáis, pues, como el Antonio de *El Mercader de Venecia*, á que un usurero os dé un mal rato.

Expliquemos á nuestros lectores la situación en que se hallaba el conde de Massi.

Éste, lo mismo que Grimaldi, era un aventurero.

Había nacido en Venecia, en esa hermosa ciudad que bañan dulcemente las plácidas ondas del Adriático.

Sus padres eran nobles y honrados.

Á su muerte legaron á Massi el título de conde y una buena fortuna, que el joven no tardó mucho tiempo en derrochar.

¿Había Massi de acostumbrarse á la pobreza?

Esto era imposible de todo punto.

Lo lógico hubiese sido que emprendiese cualquiera manifestación del trabajo, pero el veneciano no lo creyó conveniente.

Algún tiempo vivió á expensas de sus amigos; pero agotado este recurso poco decoroso, encontróse lleno de deudas y sin el dinero que necesitaba para seguir la fastuosa vida que hasta entonces había llevado.

Abandonó Venecia, su país natal, como ya hemos dicho, y dirigióse á Nápoles.

En la hermosa ciudad del Vesubio hizo relaciones amistosas con el marqués de Grimaldi.

¿Dónde le vió por vez primera?

En una casa de juego.

Después en una mancebía.

Grimaldi y el conde se asemejaban mucho en sus aficiones y sus caracteres.

Ambos eran aventureros.

No relataremos la serie de locuras y desaciertos que cometieron, por no cansar á nuestros lectores con tales detalles.

Raptos, desafíos, en una palabra, cuanto puedan hacer dos jóvenes de veintitantos años cuyas cabezas no están bien organizadas.

Aquellas calaveradas fueron tomando proporciones gigantescas.

Massi, una noche en una contienda, mató á un alcalde.

Grimaldi fué testigo de aquella desagradable aventura.

—Amigo mío,—le dijo el conde,—sólo vos sois poseedor de este secreto, cuya revelación podría acarrearme las peores consecuencias.

Massi, poco después, hallándose completamente arruinado, declaró su amor á la bella Judic, hija de un hebreo que prestaba considerables sumas á la nobleza napolitana.

Esto, no solamente le había enriquecido, sino que le proporcionó las mejores influencias.

La hermosa Judic sintióse halagada con las proposiciones amorosas de Massi.

La belleza varonil del joven la cautivaba.

Además, la hebrea creyó que ceñiría á su frente la corona condal.

No ignoraba que Massi estaba arruinado, pero ella era suficientemente opulenta para no ambicionar el oro.

Como siempre apetece algo el corazón, Judic quería títulos, honores.

En cuanto á Massi, también llevaba una mira interesada al dirigirse á la hermosa hebrea.

Una noche se apoderó de una respetable cantidad de dinero y de algunas alhajas de gran valor.

El viejo israelita, que no necesitamos decir que era avaro, no pudo desconfiar más que de Massi.

Comprendió que el autor del robo era el conde, y le manifestó que si no se le devolvía la suma y los objetos robados, iba á dar parte á la justicia.

El conde hallábase en un grave compromiso.

No sabía á qué medios apelar para salir de él.

Juzguen nuestros lectores cuál sería su satisfacción al oir las proposiciones que acababa de hacerle el marqués de Grimaldi.

Veamos cómo prosiguieron su diálogo los dos amigos.

—Marqués,—dijo Massi,—estáis enterado de todo,

sabéis perfectamente la situación por que estoy atravesando, y que acepto cualquier consejo que me deis, siempre que éste me proporcione alguna tranquilidad.

—Pues lo que voy á proponeros, no sólo ha de dárosla completa, sino que puede tener una gran influencia sobre vuestro porvenir.

—Explicadme, pues, el enigma. Me decíais hace poco que el príncipe se ha prendado de los hechizos de una joven, y que es necesario que yo me haga dueño de su corazón.

—Y que cuando lo hayáis logrado, la pidáis en matrimonio á su padre.

—¿Eso más?

—Aun he de deciros muchas cosas que os causarán verdadera sorpresa.

—Continuad.

—El doctor Montalbi,—prosiguió el marqués,—no tendrá inconveniente en que su hija sea condesa, y mucho más han de halagarle vuestras pretensiones cuando sepa que vuestro protector y padrino de boda es Tanucci, el ilustre ayo del augusto príncipe Carlos.

—Pero ¡qué decís, marqués! ¡Me dejáis absorto!

—Pues no estoy diciéndoos más que la verdad. Tanucci os acompañará á la casa de don Félix el día que vayáis á solicitar la mano de su hija.

—Perfectamente. Y luégo, ¿qué hay que hacer?

—Pues desposaros con Josefina, que es el nombre de la deidad de que tratamos.

—¡Casarme!

—Sí. Parece que esta idea no os halaga mucho.

—Lo que hago es perderme en un laberinto de confusiones.

—Os casáis, y en vez de ir á compartir el tálamo nupcial con vuestra esposa, aceptaréis una misión que el príncipe os encomendará para España.

Massi quedóse reflexivo.

—¿Comprendéis ahora?—le preguntó el marqués.

—Perfectamente; pero la proposición que acabáis de hacerme...

—¿No os agrada?

—Confieso que no.

—Sin embargo, no me negaréis que puede ser la base de vuestra fortuna.

—Cierto; pero adquirida á ese precio...

—¿Luego desistís?

—No en absoluto, amigo Grimaldi; no desisto, pero dejadme al menos algún tiempo para que lo reflexione.

—Podéis tomaros hasta mañana. Me parece que en veinticuatro horas se puede meditar mucho.

—Sí, quién lo duda.

—Lo único que os recomiendo es que penséis con calma en el compromiso en que os halláis. El viejo israelita os va á dar mucho que sentir.

—Bien lo sé.

—Además, puede descubrirse el día de mañana la desagradable aventura que tuvisteis con la justicia en los alrededores de la Villa Real.

—¡Ah! Eso sería horrible.

—Y gozando del aprecio del príncipe y de la influencia de Tanucci, poco deben importaros éstas y otras muchas cosas que puedan ocurriros.

—¡Ya lo creo!

—Reflexionadlo bien, amigo Massi. La fortuna os abre las doradas puertas de su alcázar. Yo, que vos, vos, no desperdiciaría esta proporción, que de seguro no se os presentará dos veces en la vida.

—Veremos lo que hago.

—Mañana os espero á esta misma hora.

Massi se levantó.

Estaba visiblemente preocupado: la proposición era demasiado fuerte.

Aunque muy cínico, no era posible que diese á su amigo una respuesta categórica con la brevedad que el de Grimaldi le exigía.

—Hasta mañana, marqués,—dijo alargando su mano.

—Adiós, conde, y reflexionad bien antes de darme una negativa.

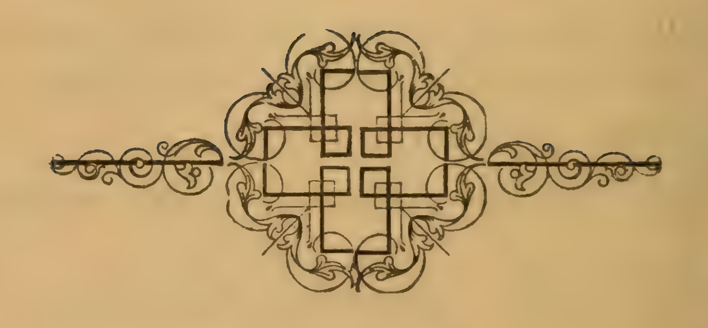
Massi salió de la casa.

—¡Es muy singular lo que acaban de proponerme! —se dijo mientras se aventuraba hacia su morada.— La verdad es que aceptando, mi posición cambiaba radicalmente; pero ¡cuán grande es el sacrificio que se me exige! ¡Casarme con una mujer á quien no conozco, que es joven y hermosa! ¡Darla mi apellido para que luégo sea la manceba de un príncipe! No, esto es demasiado.

El conde llegaba á su casa poco tiempo después.

Ésta hallábase situada en uno de los barrios más céntricos de Nápoles.

Massi penetró en una de las habitaciones, quitóse el sombrero, ocupó un sillón y quedóse sumido en las más profundas reflexiones.





CAPITULO XXXVI

Donde Massi se decide á cometer una infamia.

MASSI permaneció algunos instantes pensativo; pero sus reflexiones fueron interrumpidas por el rumor que produjo una crujiente falda de seda al rozar con el pavimento.

El joven levantó los ojos.

La mujer que penetró en la estancia era hermosísima.

Tenía ese característico tipo, esa corrección de facciones de las hijas de Roma.

Sus negros cabellos caían en caprichosos y abundantes bucles sobre su espalda.

Sus ojos, guarnecidos de largas pestañas, eran arrebatadores.

Había en ellos esa expresión magnética que subyuga y cautiva á la vez.

Era blanca como la nieve, y sus mejillas podían competir con el tenue arrebol de las rosas.

Aquella hermosa mujer se llamaba Felisa; era cantante, aplaudida en muchos teatros, no sólo por su belleza, sino porque de su garganta brotaban notas más dulces que los trinos del ruiseñor.

Al verá su amado, una sonrisa se dibujó en sus labios, que permitió admirar dos hileras de diminutos dientes blancos é iguales como las perlas.

—¡Cuánto has tardado! - dijo la joven.

Y rodeó con sus brazos el cuello del conde.

—Con efecto, he comido en casa de mi amigo el marqués de Grimaldi.

—¿Qué dice el marqués?

—Me ha ofrecido que mañana te enviará un regalo.

—¿Un regalo?

—Sí; unas botellas de un exquisito Sorrento.

—Perfectamente. Cuando vuelvas á verle dale las gracias en mi nombre.

—Y durante mi ausencia, ¿ha venido alguien?

—Sí, el hebreo.

—¡Maldito viejo! ¡Qué deseos tengo de poder arrojarle por la escalera!

—Me ha dicho que luégo volverá.

—No lo dudo. Ese hombre va á matarme á disgustos.

Massi quedóse nuevamente pensativo.

Luégo, fijando sus ojos en Felisa:

—Dime, amada mía,—la preguntó,—si en alguna ocasión, por conveniencia de ambos, me uniese á otra mujer, ¿qué harías?

—¡Qué extraña pregunta!

—Respóndeme.

—Pues al ver que otra había conseguido hacerse dueña de tu corazón hasta el punto de renunciar á tu libertad de soltero, sería capaz de quitarme la vida, ó de matarte.

—¿De veras?

—¿Lo dudas?—preguntó la joven con extremada coquetería.

—Pero ¿has olvidado lo que acabo de decirte, ó no entendiste bien mis palabras?

—¿Á qué te refieres?

—He empezado por decirte que en el supuesto de casarme con otra sería por nuestra conveniencia.

—Por ejemplo, ¿con alguna vieja acaudalada?

—O con una joven, siempre que nos proporcionase nuestro bienestar.

—No sé lo que pensaría, ni comprendo por qué me haces esa pregunta.

—Por un capricho. No hablemos, por lo tanto, más del asunto.

El diálogo de los amantes fué interrumpido por la presencia de uno de los criados del conde.

—¿Qué quieres?—le preguntó éste.

—Señor, el anciano hebreo que antes vino preguntando por vos, espera.

Massi hizo un movimiento que expresaba su disgusto.

—Dile que pase,—ordenó después de algunos instantes de reflexión.

El criado se alejó.

—Y en cuanto á ti, querida Felisa,—continuó el conde,—ten la bondad de retirarte á tu estancia; necesito hablar á solas con ese viejo marrullero.

Felisa, después de dirigir á su amante una expresiva mirada, repasó el umbral de la puerta.

Massi quedóse pensativo.

—¡Qué dirá este hombre!—se preguntó.—Hoy le dije que le devolvería las alhajas y el dinero, y, sin embargo, no puedo dar cumplimiento á mi palabra.

El viejo israelita penetró en la estancia.

Era el verdadero tipo del usurero.

Su cabeza estaba completamente desprovista de cabellos.

No podía apreciarse la intensidad de sus verdosas pupilas, por nublarla los oscuros cristales de unos anteojos.

Había en el semblante del hebreo algo de innoble y de repulsivo.

—Señor conde,—dijo antes de repasar el umbral,—vengo á vuestra casa en la seguridad de que me cumpliréis la palabra que ayer me disteis.

—Sentaos, Jacob.

—No estoy cansado, y además tengo muchísima prisa. A las nueve me espera el barón de Lombardi para hacerle entrega de una cantidad.

—¿Pide mucho el barón?

—Bastante; pero espero sacarle de su compromiso con lo que me entreguéis.

Massi guardó silencio.

El viejo Jacob dirigióle una recelosa mirada á través de los cristales de sus anteojos.

Luégo prosiguió:

—Espero, por lo tanto, que me despachéis en seguida.

Aun permaneció Massi silencioso y perplejo algunos momentos.

Pero comprendiendo que era preciso dar una contestación, por poco satisfactoria que fuese:

—Amigo Jacob,—dijo,—lo siento mucho; pero, por desgracia, todas las gestiones que he hecho para reunir dinero han sido infructuosas.

El hebreo se puso lívido.

Luégo, alargando sus manos, trémulas por la ira, hacia el joven:

—¿De modo,—preguntó,—que tampoco vais á pagarme hoy?

—Me es imposible.

—En ese caso me veré obligado á tomar una resolución enérgica. Desde aquí me dirijo á la superintendencia de policía.

—¡Por Dios, Jacob!

—Estoy cansado de súplicas.

—Os prometo...

—Ya no puedo creer en promesas.

—Vais á perderme.

—¿Acaso no me habéis perdido antes á mí?

—Dejadme al menos dos ó tres días más.

—Y al final de ellos me diréis exactamente lo mismo que hoy.

—No lo creáis.

—Nada, todo es inútil; necesito hoy mismo mi dinero.

—Pues hoy es imposible, —dijo el conde cambiando su tono de súplica por el de la amenaza.

Y sus brillantes ojos negros fijáronse en los del israelita con provocativa insistencia.

El viejo se sintió indignado.

—¡Ah!—exclamó.—¿Conque es decir que, no satisfecho con haber labrado mi ruina, aun me provocáis?

—Y seré capaz de estrangularos.

En los labios de Jacob dibujóse una irónica sonrisa.

—Me alegraría que lo hicieseis,—dijo el hebreo con una calma inalterable; de este modo, no sólo iríais á presidio por estafador, sino que os ahorcarían por asesino.

—¿A mí?

—¡Ya lo creo! El viejo Jacob tiene más influencia de lo que suponéis.

—Ya lo sé, viejo de Satanás; pero de poco te val-

drían tus influencias estando en mi casa, como ahora te encuentras.

—Os equivocáis mucho; todo está previsto; y figurándome que seríais capaz de asesinarme, he dejado escrita una carta, en la que os denuncio con anticipación. Esa carta obra en poder de una persona de mi confianza, y la dará curso si no regreso á mi vivienda antes de dos horas.

Massi no dudó de la veracidad de aquellas palabras.

—¡Ah viejo zorro!—exclamó.—¿De manera que no me has dejado ni la satisfacción de estrangularte?

—Os conozco, y sé de lo que sois capaz; así es que vivo muy prevenido.

—Bien, Jacob, hablemos con calma.

—No deseo otra cosa.

—En este momento me es imposible de todo punto entregaros la cantidad que os adeudo; pero os la restituiré muy en breve.

—Ya no puedo dar crédito á vuestras palabras.

—En prueba de que son sinceras, voy á haceros una proposición.

—¿Cuál?

—Daros un documento escrito por mi propia mano, en el que acredite con mi firma que os debo la cantidad que estipuléis.

El viejo meditó.

—Acepto, con una condición.

—¿Cuál?

—Necesito que en ese documento consignéis que habéis de devolverme ese dinero pasado mañana.

—Lo haré.

—Y además, es preciso que se aumente la cantidad de esa deuda, pues no es justo que esos miles de duros no me produzcan algún interés.

—¿Cuánto queréis que aumente?

—Me contento con que dupliquéis la suma.

Impulsos sintió el conde de Massi de lanzarse sobre el usurero; pero comprendió que no le convenía apelar á los medios extremos.

El israelita tenía en su mano el modo de perderle.

Massi se sentó junto á su mesa de escritorio, mojó la pluma en el tintero y la dejó correr sobre un pliego de papel.

Cuando hubo terminado de escribir, entregó el documento al hebreo.

Éste lo leyó detenidamente.

En aquella hoja de papel se obligaba Massi, según había convenido con Jacob, á satisfacer cuarenta mil liras en el plazo de tres días.

—¿Estáis conforme?—preguntó Massi.

—Desde luégo. Pasado mañana, ó sea el día del vencimiento, vendré á que me entreguéis mi dinero.

—Bien.

El viejo judío salió de la estancia.

El conde le siguió con los ojos.

—¡Miserable!—se dijo.

Massi agitó en seguida el cordón de la campanilla.

El doméstico que momentos antes había anunciado al viejo Jacob, presentóse en el dintel.

—Dame mi capa y mi sombrero,—le dijo su señor.

Un instante después, el conde se ponía estas prendas y aventurábase fuera de la casa en dirección á la del marqués de Grimaldi.

El joven no esperaba su visita.

—Amigo mío,—dijo Massi al penetrar en su aposento,—he anticipado mi resolución; me habíais concedido de término hasta mañana, pero vengo á daros una respuesta definitiva.

—Perfectamente.

—Me conviene lo que hoy me habéis propuesto. Estoy decidido á casarme con Josefina Montalbi.

—Lo celebro infinito.

—Pero tengo que poner una condición.

—Cuantas queráis.

—Acabo de firmar un documento en el que confieso deber al usurero Jacob cuarenta mil liras, que debo entregarle pasado mañana.

—Bien; no os preocupe eso; hoy mismo estaréis en condiciones de salir de vuestro compromiso.

—En cambio os prometo que para mañana conoceré á la hija del doctor Montalbi y que habré hecho las primeras tentativas para hacerme dueño de su corazón.

Los dos jóvenes cambiaron un apretón de manos en señal de alianza, y se separaron.





CAPITULO XXXVII

Donde se prepara una farsa indigna.



IEMPO es ya de que digamos algo respecto á don Félix de Montalbi y á su hermosa hija.

Don Félix era un anciano respetable.

Viudo de una ilustre napolitana, había cultivado con acierto en la ciudad del Vesubio las ciencias médicas.

Sus únicos amores eran su hija y sus enfermos.

Don Félix no era opulento, pero tampoco pasaba privaciones.

Por el contrario, vivía en uno de los barrios más céntricos de Nápoles, y su casa era un verdadero museo de curiosidades científicas.

En cuanto á Josefina, era una de las jóvenes más

hermosas que se admiraban por las tardes, hora de su cotidiano paseo en los jardines de la Villa Real.

El doctor Montalbi tenía un ayudante.

Éste llamábase Roberto Estrañi.

Era hijo de un amigo de su maestro, que había militado y que murió en el campo de batalla.

Estrañi no tenía tampoco madre: la había perdido al venir al mundo.

La orfandad del joven fué el principal título que predispuso al doctor Montalbi á sentir hacia él un entrañable afecto.

Además, el joven prometía ser un gran médico.

Roberto se pasaba muchas horas al día en la casa de su maestro.

Inútil es decir, por lo tanto, que con frecuencia veía á Josefina.

Al principio Roberto sintió hacia la hija del doctor una viva simpatía.

Esta fué aumentando gradualmente, hasta que se convirtió en un acendrado amor.

En cuanto á Josefina, habíale sucedido lo propio.

¿Cómo empezaron aquellos amores?

Sería difícil precisarlo; pero lo cierto es que de una manera insensible sus almas se habían unido con la dulce cadena del amor.

Don Félix los veía hablar con mucha frecuencia.

Sin embargo, jamás había pasado por su mente la idea de que se amasen.

Siempre veía en Roberto al hijo de su amigo, al

niño que esperaba con deleite que él llegase á la casa de su padre para sacar de su bolsillo los juguetes y golosinas con que le obsequiaba.

En cuanto á Roberto, no se había franqueado jamás con el padre de Josefina respecto al amor que ésta le inspiraba.

Cierto que Josefina era casi una niña, y que en diversas ocasiones oyó decir al doctor que no entraba en sus planes que su hija se casase tan joven.

Estrañi esperó primero á terminar su carrera, luégo á formarse un nombre y una clientela.

Estos últimos deseos no se habían realizado aún.

Resumamos en pocas palabras los caracteres de estos tres personajes de nuestra novela.

Don Félix de Montalbi era el prototipo de la honradez y la caballerosidad.

Tenía un corazón de oro.

Jamás llamó á su puerta un mendigo sin que le socorriese.

Josefina era una joven verdaderamente angelical.

Humilde como una violeta y gentil como una rosa.

En cuanto á Roberto, gozaba con sobrada razón de una excelente fama.

Era pundonoroso y caballero.

Estos tres individuos eran contra los que iba á conspirar el conde de Massi.

Mauricio, que éste era el nombre del conde, apenas salió de la casa de su amigo Grimaldi dirigióse á los alrededores de la vivienda del doctor.

La tarde estaba hermosísima.

El sol bañaba espléndidamente las casas de la ciudad.

Era una de esas tardes que se admiran en Italia, ese país privilegiado donde los rayos del sol tienen más intensidad.

Massi se instaló en el portal de una de las casas vecinas á la de Montalbi.

Las vidrieras de los balcones estaban abiertas.

Parecía imposible que corriesen por entonces los últimos días de Octubre.

Era una tarde verdaderamente primaveral.

Apenas se advertía la brisa.

El conde fijó sus ojos en los balcones.

Un instante después, en uno de ellos apareció la esbelta figura de Josefina.

Massi no dudó ni un momento que aquella hermosa joven era la hija del doctor.

—¡Linda muchacha!—se dijo.—Es una verdadera lástima unirme á ella para no ser su marido más que de una manera nominal Pero, en fin, paciencia. Conseguiré al menos libertarme de las enojosas visitas del viejo hebreo, y obtendré seguramente una elevada posición.

Josefina fijó sus ojos en el cielo.

Luégo se retiró del balcón.

Algunos instantes después, la joven, acompañada de su padre, salía de la casa, tomando el camino de los jardines de la Villa Real.

Inútil es decir que Massi se aventuró tras ellos.

—¿Cómo no los acompañará el amado de mi futura? —se preguntó Massi sonriendo.

Cuando llegaron á la Villa Real, el doctor y su hija dieron un corto paseo, sentándose después en un banco de piedra.

Era grande la concurrencia que había en los jardines.

Hermosas damas y distinguidos caballeros paseábanse á lo largo de las calles de árboles.

Massi dudó un momento sobre lo que debía hacer.

Luégo ocupó uno de los extremos del banco en que se hallaban Montalbi y su hermosa hija.

El libertino, antes de sentarse, hizo un saludo á Josefina y al doctor.

—¡Qué hermosa tarde!—decía don Félix.

—Con efecto, —respondió la joven; —la temperatura no puede ser más apacible.

El conde buscaba un pretexto para tomar parte en la conversación, pero no se le ocurría ninguno.

Una casualidad favoreció su deseo.

El fino lenzuelo de Josefina se escapó de sus manos de nieve, cayendo sobre el césped que les servía de alfombra.

Massi se apresuró á recogerlo, entregándoselo á la joven con galantería.

—Mil gracias, caballero,—dijo la hija del doctor.

—No hay por qué darlas, señorita.

Habiendo cambiado aquellas breves palabras, el libertino conceptuó natural emprender un diálogo.

—¿Sois de Nápoles?—preguntó.

—Sí, señor.

—Pues debéis estar orgullosa con haber nacido en este hermoso país.

—¡Ah! ¡ya lo creo! Pero vos también debéis ser italiano; vuestro acento lo indica.

—Con efecto; he nacido en Venecia.

—Hermosa ciudad, —dijo el doctor.

—¿La conocéis?

—Sí, señor; he estado en Venecia tres ó cuatro veces. Me encanta, porque no se parece á ninguna otra ciudad del mundo.

—Es cierto.

—¡Qué bellas son sus casas, sus góndolas, su gran canal!

—Mucho.

—¡Y cuán mansamente la arrullan los cadenciosos rumores del Adriático! Dentro de poco hará tres años que hice á esa ciudad mi última visita: era la temporada del Carnaval.

—¡Ah! ¡Qué bullicio, qué alegría por esa época del año! Generalmente, como habréis observado, Venecia es silenciosa. Contrasta su mutismo con la algazara continua de Nápoles.

—Es muy cierto.

—Sólo se oyen allí los rudos y salvajes gritos de los gondoleros.

—Ó sus amorosas barcarolas.

—Pero en tiempo de Carnaval,—continuó Massi,—en esa época del año, todo es bullicio y animación.

—¿Hace mucho que faltáis de allí?

—No, señor; unos cinco meses.

—¿Y pensáis regresar pronto?

—Lo ignoro: esto depende de las circunstancias. Posible es que retrase mi regreso el tener que hacer un viaje.

—¿Por Italia?

—No, á España.

—¡Ah!

—Es una misión que probablemente me encomendará el príncipe don Carlos.

Montalbi fijó sus ojos en el conde.

—¿Una misión del príncipe? ¿Luego le conocéis?

—Sí, señor; me distingue mucho, así como su ayo el ilustre Tanucci.

—Todos afirman que Tanucci es una excelente persona.

—Muchísimo; yo le trato con gran familiaridad.

El diálogo del conde y el doctor fué interrumpido por la presencia de un joven que se aproximó á saludar al segundo y á Josefina.

Era Roberto Estrañi.

Al ver que Montalbi hablaba con Massi, fijó en éste sus ojos.

Una leve palidez cubrió sus mejillas.

Massi no observó aquella ligera alteración.

Un momento después, Josefina expresaba á su padre el deseo de continuar el paseo.

—Vamos,—dijo el doctor.

Y dirigiéndose al conde:

—Caballero,—le dijo,—he tenido sumo gusto en conoceros: Félix Montalbi; podéis reconocerme como un servidor.

—Mil gracias. Soy el conde de Massi, y me ofrezco en igual concepto.

Montalbi, su hija y Roberto se aventuraron por una hermosa calle de naranjos.

En cuanto al conde, siguió opuesto camino. Había realizado su objeto; esto es, conocer á Josefina y conversar con el padre de la joven.

Roberto, apenas se separó del conde, aproximóse al doctor.

—¿Sabéis quién es ese hombre?—le preguntó.

—Acaba de decirme que es el conde de Massi, y que ha nacido en Venecia.

—Pues sabed que es un libertino, un aventurero, cuyo trato es perjudicial á las personas honradas.

—¡Parece imposible! Su porte es distinguido, finas sus maneras.

—Sí, lo cual no impide que sea un miserable.

—¿Luego ya le conocías?

– Hace poco. Una casualidad me hizo saber los pormenores que acabo de deciros.

– ¿Y qué sabes de él?

– Noches pasadas me hallaba en una botillería con un amigo mío, cuando vimos entrar á ese joven. Mi amigo me aseguró entonces que el de Massi era un calavera que había derrochado la pingüe herencia que le legaron sus padres al morir, y que para él no había nada sagrado. «¡Si vieses, —me dijo, – cuántos infelices padres han tenido que lamentar su confianza al recibirle en su casa!»

— ¡Parece imposible!—exclamó Montalbi.—En lo poco que con ese joven he hablado me pareció muy sensato.

—¡Cómo engañan las apariencias!

—Con efecto: lástima que personas que revelan cierta cultura se extravíen de ese modo por sus malas cabezas.

Mientras Montalbi y Roberto sostenían esta conversación, el conde dirigíase á uno de los barrios más apartados de Nápoles.

En una calle sucia y tortuosa leíase sobre el cerco de una puerta un rótulo.

Decía así:

Hostería del Jazmín.

Y debajo estaba pintado un ramo de esas flores acreditando el nombre.

Massi empujó la puerta de vidrios, penetrando en la hostería.

En el interior había algunos hombres, la mayor parte de ellos marineros.

El dueño del establecimiento hallábase detrás del mostrador.

Todas las miradas se fijaron en el conde.

No era muy frecuente que un caballero tan distinguido penetrara en la *Hostería del Jazmín*, y mucho menos á aquellas horas en que las calles estaban cuajadas de gente.

Massi se sentó junto á una mesa, haciendo una seña al hostelero para que se aproximase.

Éste obedeció:

—¿Qué deseáis, caballero?—le preguntó.

—Tráeme una botella de Sorrento. Tengo que hablar contigo.

El hostelero se alejó un instante, volviendo al poco rato con lo que acababa de pedirle el conde.

Massi alargó su vaso para que le sirviese.

Luégo dijo:

—¿Hace mucho que eres dueño de esta hostería?

—Doce años.

—De modo que entre tus habituales parroquianos habrá algunos de cuyos caracteres tengas un perfecto conocimiento.

—¡Ya lo creo!

—Pues bien: necesito que me indiques á quién puedo recurrir para poner en práctica un proyecto.

—¡Ah señor, ignorando, como ignoro, cuál es vuestro propósito!...

—Mal puedes elegir persona que reuna las condiciones necesarias, ¿no es verdad?

—Es natural.

—Pues se trata de una broma. Hace, por lo tanto, falta que sea gente joven la que ha de ayudarme á realizarla.

—En ese caso, os servirá mi hijo. Es un mozo de veinte años, alegre como un carnaval y bravo como un corsario.

—Perfectamente. Dile que venga.

El hostelero hizo una reverencia, y luégo se aproximó á uno de los grupos que formaban los concurrentes.

El hijo del dueño del establecimiento era un gallardo napolitano.

Su padre cambió con él algunas palabras.

Un instante después, el joven se aproximaba á la mesa ocupada por Massi.

—Vamos á ver, muchacho,—le dijo éste,—¿quieres ganarte unas cuantas monedas de oro?

—¡Qué pregunta, señor!—respondió el interpelado.

—Debo advertirte que lo que voy á proponerte no es nada que pueda originarte el más pequeño compromiso.

—Ya me figuro que un caballero tan distinguido como vos...

—Amo á una joven, y deseo casarme con ella;

pero hasta la presente me trata con la mayor indiferencia.

El napolitano hizo con la cabeza un movimiento afirmativo, indicando que atendía.

Massi continuó:

—El padre de esa joven me aprecia, pero no lo bastante para concederme la mano de su hija si la solicitase.

—¿Y qué deseáis?

—Que una de estas noches, cuando mi amada salga de su casa, os acerquéis varios jóvenes, tratando de depositar un beso en sus rosadas mejillas.

—¡Qué capricho!

—No es tan extraño como supones.

—Ya me figuro que con algún objeto deseáis que hagamos esa farsa.

—Como es natural, el padre de la joven á quien amo, que la acompaña siempre, tratará de imponeros un castigo por vuestro atrevimiento.

—Es claro.

—Entonces vosotros sacáis vuestros puñales y os precipitáis sobre el anciano.

—Si en ese instante llegan los agentes de la superintendencia...

—No temas, no habrá ninguno aquel día en el sitio donde el lance ocurra.

—En ese caso...

—No aparecerá en aquellos momentos más que mi persona. Yo me arrojaré con la espada desnuda sobre

vosotros, y la comedia que vamos á representar tocará á su fin con vuestra fuga. ¿Has comprendido?

—Perfectamente.

—De este modo el padre de la joven creerá que le he salvado de una muerte segura, y no dudará en concederme la mano de su hija.

—El plan está bien fraguado.

—Y la recompensa que tanto á tus amigos como á ti he de daros colmará vuestras aspiraciones.

—Acepto.

—Muy bien.

—¿Cuándo queréis que se lleve á cabo la farsa?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—A las seis, que será, poco más ó menos, cuando el doctor regrese de su cotidiano paseo.

—¿Dónde nos vemos?

—Por la mañana, en mi casa. Dame una hoja de papel y una pluma, te dejaré escritas las señas de mi domicilio.

El joven se aproximó al mostrador, detrás del que se hallaba su padre, al que pidióle recado para escribir.

Cuando se lo llevó al conde, éste trazó una línea sobre una hoja de papel.

—No tenemos más que hablar, —le dijo el napolitano.

—Sólo te recomiendo que las personas que te acompañen reunan condiciones para que se realice mi deseo.

—Descuidad.

—Hasta mañana, pues.

Massi salió de la hostería, dirigiéndose á la casa del marqués de Grimaldi.

Una vez en ella, tuvo que esperar un rato, pues el joven había salido.

Cuando Grimaldi regresó:

—¿Qué os trae por aquí?—preguntóle al conde.

—Deseo que digáis á Tanucci que es necesario que mañana á las seis de la tarde no se encuentre ningún agente de la superintendencia en las cercanías de la casa del doctor Montalbi.

—Nada más fácil de conseguir. ¿Qué es lo que os proponéis?

El conde comunicó á su amigo los proyectos que tenía.

—Perfectamente imaginado,—dijo el marqués.—No hay que negar que poseéis una gran inventiva.

—¿No os parece que el doctor me concederá su amistad, facilitándome de esta manera el desarrollo de mi plan?

—Me parece lo mismo.

—Y si esto no bastare, ya se encontrarán otros medios.

—No lo dudo; lo que acabáis de decirme me prueba que la fuente de vuestra imaginación es inagotable. Y ahora hablemos de otro asunto que os interesa.

—¿De qué?

—Tanucci me ha entregado esta mañana cincuenta mil liras, que hoy mismo os remitiré á vuestra casa

para que podáis satisfacer vuestra deuda al viejo israelita.

—¡Ah qué peso voy á quitarme de encima!

—Con el donativo que os hacen podéis pagar, y aun os queda una suma de consideración.

—Gracias, marqués.

—Uníos á Josefina, y cuando la boda se haya verificado, ya veréis cómo el príncipe os recompensa con largueza. Estáis llamado á representar un gran papel en la corte.

Massi se sonrió.

Luégo despidióse de su amigo, saliendo de la casa y dirigiéndose á la suya.





CAPITULO XXXVIII

Donde se representa á la perfección la farsa preparada.

El siguiente día de los sucesos que hemos referido, el conde de Massi tuvo dos visitas por la mañana.

Primero presentóse en su casa el viejo Jacob.

El conde ya había recibido la cantidad que le anunció Grimaldi la noche anterior.

El hebreo penetró en la habitación con cierta desconfianza.

Parecíale imposible que fueran á devolverle la suma que le habían arrebatado.

—¿Traéis el documento que os di el otro día?—preguntó Massi con cierto desdén.

—Sí, señor.

—En ese caso, contad el dinero y dadme ese papel.

Y el conde abrió un armarito de ébano con incrustaciones de marfil, sacando de aquel precioso mueble un talego repleto de oro.

Imposible es describir la cara que puso el viejo avaro.

Conseguir que Massi le devolviese aquella cantidad, era, en su concepto, más difícil que encontrar una prenda que se arrojase al fondo del Océano.

Contó las monedas, y luégo dijo:

—Señor conde, hé aquí el documento que me entregasteis; ya sabéis que si en alguna ocasión necesitáis de mí...

—¡Basta, miserable! —interrumpió el conde.—Antes que apelar á ti preferiría meterme una onza de plomo en la cabeza.

—Sin embargo, aunque ahora seáis rico, bien sabéis que en la vida del hombre ocurren peripecias, y...

—¡He dicho que basta! Salid inmediatamente de la habitación.

Iba el hebreo á cumplir su mandato, cuando Massi le llamó.

—Había olvidado una cosa muy esencial, —le dijo.

—¿Qué deseáis?

—Firmadme ahora á vuestra vez un documento acreditando que os he devuelto esa suma.

—¡Ah señor conde, no hay inconveniente!

Y el usurero sentóse junto á la mesa y dejó correr

la pluma sobre una hoja de papel que el conde acababa de entregarle.

Cuando concluyó de escribir, Massi leyó lo que el hebreo había trazado.

—Perfectamente. Ahora, idos, y que no se os ocurra volver nunca á poner los pies en esta casa.

Jacob salió del aposento.

Estaba contentísimo.

Poco le importaban las duras calificaciones del conde.

No sólo había cobrado lo suyo, sino que en el corto transcurso de tres días duplicó el capital.

—¡Ah!—decíase mientras bajaba la escalera.—¡Con muchos negocios como éste me hacía millonario!

Apenas salió el hebreo de la estancia, se presentó un criado.

—¿Qué ocurre?—preguntó Massi.

—Señor conde, un joven pregunta por vos.

—Que pase.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que la persona que deseaba ver á nuestro protagonista era el hijo del hostelero.

El mancebo penetró en la estancia algunos instantes después.

—Bien, muchacho,—le dijo el conde;—¿estás dispuesto á llevar á cabo la farsa que ayer te indiqué?

—Sí, señor; ya os lo dije, y nunca me vuelvo atrás.

—Así me gustan á mí los hombres. ¿Buscaste algunos amigos?

—Cuento con dos.

—Muy bien.

Massi dió al joven las señas del domicilio del doctor Montalbi.

—Existe una gran dificultad,—repuso el hijo del hostelero,—para la realización del proyecto.

—¿Cuál?

—Que ni mis amigos ni yo conocemos á la señorita.

—Todo está previsto. Esperaremos juntos en uno de los portales de las casas vecinas, y yo os la indicaré cuando pase.

—Perfectamente.

—A las seis aguardadme en la calle.

—No faltaremos.

Aquel día el conde apenas permaneció en su casa.

Estaba impaciente, deseando que tendiese el crepúsculo sus misteriosas alas.

Nunca le había parecido que resbalaban las horas con tanta lentitud como aquel día.

El conde dió un paseo por la Villa Real.

Allí esperaba ver al doctor y á su hija, como en realidad sucedió.

Pero antes de encontrarlos, el conde quedóse sumamente pensativo.

Acababa de cruzar una idea por su mente.

—No he tenido en cuenta que el amado de Josefina la acompañará esta tarde hasta su casa, y que la cosa cambia de aspecto. Ese joven tomará el asunto por lo serio, y es posible que no se evite la efusión de sangre. Esto sería lo que menos me importase; pero si ese impertinente toma una parte activa en la defensa de su amada y del doctor, se disminuye mi mérito y puede fracasar mi plan.

Esto preocupaba al conde, cuando vió pasar á Josefina y al anciano Montalbi.

Roberto no los acompañaba.

—Posible es que se reuna con ellos después,—pensó Massi.—De todas maneras, si así sucede, todo se reduce á aplazar la aventura para otro día.

Josefina y su padre estuvieron paseando por los jardines, y cuando empezó la tarde á declinar, emprendieron el camino que conducía á su casa.

Roberto no se incorporó á ellos.

Era indudable que aquella tarde no se hallaba en la Villa Real.

Como nuestros lectores ven, todo iba saliendo á medida de los deseos de Massi.

Era esa hora en que la luz lucha con las sombras.

Montalbi y su hija penetraron en la calle en que se hallaba su casa.

El conde se adelantó, procurando que no le viesen.

En un portal esperaban el hijo del hostelero y sus dos amigos.

El corazón de Massi latía en aquel instante con fuerza.

Esperó á que pasase Josefina, y luégo dijo en voz baja:

—¡Esa es!

Los tres jóvenes salieron del portal, apresurando el paso para llegar á Josefina.

Cuando lo realizaron:

—¡Mira,—dijo uno de ellos,—mira qué hermosa joven!

—Me lo parece tanto, que voy á darle una prueba de lo mucho que me gusta.

Y el hijo del hostelero, que fué el que dijo estas palabras, adelantóse hacia Josefina, aproximando sus labios á la mejilla de la joven.

Josefina lanzó un grito, separándose bruscamente de aquel hombre.

Montalbi levantó su bastón para castigar al insolente, que con una agilidad extraordinaria evitó el golpe.

—¡Ah viejo de Satanás,—dijo uno de los jóvenes,—ahora vas á pagármelas!

Y sin encomendarse á Dios ni al diablo, como vulgarmente se dice, el hijo del hostelero desenvainó un enorme cuchillo, adelantándose hacia el doctor en actitud de acometerle.

Éste se puso delante de su hija.

Prefería morir á que Josefina sufriese la más pequeña lesión.

Al mismo tiempo levantó de nuevo su bastón para asestar un golpe al insolente.

Uno de los que acompañaban al hijo del hostelero se aproximó á Montalbi por la espalda y le sujetó los brazos, incapacitándole la acción.

Para verificarlo tuvo que rechazar bruscamente á Josefina, la cual lanzó un nuevo grito, cayendo desplomada.

El anciano doctor creyó que había llegado su última hora.

El hijo del hostelero y los dos jóvenes que le acompañaban amenazábanle con sus puñales.

En aquel momento un hombre se interpuso entre ellos y el anciano Montalbi.

Este llevaba una espada desnuda.

—¡Atrás, villanos! - dijo blandiendo su acero.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que el defensor del padre de Josefina era el conde de Massi.

Este fué ganando terreno, hasta que los tres jóvenes con quienes luchaba apelaron á la fuga.

Massi corrió tras ellos.

La farsa no había podido hacerse mejor.

Varios transeuntes se acercaron al doctor, fijando sus compasivos ojos en Josefina.

—¡Pobre joven!—decían unos.

—¿Está herida? - preguntaban otros.

Y todos hacían sus comentarios.

—Señores,—dijo el doctor,—os ruego que me ayudéis á llevar á mi hija á mi casa; es ese portal próximo.

Iban dos caballeros á complacerle, cuando el conde de Massi se presentó.

—Amigo mío,—le dijo Montalbi alargándole la mano, - me habéis hecho un verdadero favor, exponiendo vuestra existencia por salvar la mía, y nunca lo olvidaré.

—No he hecho más que cumplir con un deber, doctor Montalbi, castigando á esos miserables insolentes.

—¡Ah! Nunca podré olvidar lo que habéis hecho en esta ocasión.

—Doctor, no hablemos más del asunto, y ayudadme á conducir á vuestra hija.

Y esto dicho, el conde pasó sus manos por debajo de los brazos de Josefina y levantóla del suelo.

Pocos instantes después, el doctor, el conde y Josefina penetraban en la casa del primero.

Montalbi colocó á su hija sobre un diván.

Después la tomó el pulso.

—No es más que un síncope,—dijo.

Y acercándose á una mesa, tomó un pequeño pomo que contenía sales, é hizo que su hija aspirase.

La joven abrió los ojos.

Después de dirigir una vaga mirada á su alrededor, descubrió á su padre, y una sonrisa dibujóse en sus purpurinos labios.

—¡Ah padre mío!—exclamó.

Y al decir esto tendióle los brazos al cuello.

—Tranquilízate, hija mía; gracias á este caballero,

nada ha pasado; pero el lance podía haber traído muy malas consecuencias.

Josefina dirigió á Massi una mirada de agradecimiento.

Al reconocer en él al joven que había visto en los jardines de la Villa Real:

—¡Ah caballero!—le dijo sonriéndose.—Nunca olvidaré que habéis sido el salvador de mi padre.

Y alargó su blanca y diminuta mano al conde, que éste estrechó con efusión entre las suyas.

—Ahora, señorita, lo necesario es que os tranquilicéis.

—Ya me encuentro bien. No ha sido más que un vahido sin importancia.

—Sin embargo, os conviene descansar un rato.

Y dirigiéndose á Montalbi:

—Con vuestro permiso,—dijo,—voy á ausentarme.

—¿Tan pronto?

—Ya tendré el gusto de venir á saludaros y á informarme de la salud de esta señorita.

Y Massi, después de inclinarse con respeto delante de Josefina y de estrechar la mano de su anciano padre, salió del aposento.

El médico le acompañó hasta la puerta.

Massi había conseguido su objeto; esto es, hacerse verdaderamente simpático á los ojos de don Félix.





CAPITULO XXXIX

Donde prosiguen las intrigas de Massi.



RANSCURRIERON tres días.

El conde de Massi no dejó pasar ninguno de ellos sin hacer una visita á don Félix Montalbi.

Éste tratóle con la mayor deferencia.

Massi tuvo la satisfacción de no encontrar á Roberto Estrañi durante su estancia en la casa.

En cambio vió á Josefina, de la que no apartaba los ojos.

—Mañana cumple mi hija diez y siete años,—habíale dicho el doctor.—Espero, conde, que honraréis nuestra mesa.

—Con mucho gusto, amigo mío.

—Os espero á las seis.

—No faltaré á esa hora.

Massi salió de la casa del médico sumamente satisfecho.

Sus deseos iban realizándose más favorablemente de lo que esperaba.

En la misma tarde en que el conde recibió la invitación del padre de Josefina, al salir de la casa vió á la joven en el balcón.

La hizo un saludo quitándose el sombrero, é iba á alejarse, cuando cambió súbitamente de parecer.

—Ha llegado el instante de revelar á Josefina mi pensamiento,—se dijo.

Y se puso al pie del balcón.

—Señorita,—la dijo,—acabo de estar hablando con vuestro padre; me ha invitado á que mañana coma en vuestra compañía.

—Lo celebro mucho, conde.

—Yo también, pues tendré la gran satisfacción de pasar algunas horas á vuestro lado.

—Mil gracias.

—Tenía el propósito de hablar mañana detenidamente con vos; pero supuesto que la casualidad me ha deparado la ventura de veros ahora, aprovecho gustoso la ocasión.

—¿Qué deseáis?

—Josefina,—prosiguió el conde,—hace muy pocos días que tuve el honor de conoceros. ¿Os acordáis de aquella hermosa tarde? Nunca me han parecido tan

agradables los jardines de la Villa Real, y era porque los embellecíais con vuestra presencia.

—¡Ah! ¡Sois muy galante!

—No hago más que decir lo que siento. Cuando aquella tarde volví á mi casa, hallábame presa de la mayor preocupación; no podía apartar de mi mente vuestra encantadora imagen.

—¡Parece imposible que os fijaseis en mí!

—¿Imposible?

—¡Había aquella tarde jóvenes tan hermosas!

—No os lo niego; pero ninguna podía competir con vos en belleza.

—¡Qué exageración!

—Poco después, Josefina, - prosiguió Massi,—quiso mi buena estrella que os encontrase de nuevo.

—Y que salvarais á mi padre de una muerte segura.

—Vuestro desmayo me interesó. ¡Ah! ¡Qué hermosa estabais, Josefina! Nunca olvidaré la mirada que me dirigisteis al recuperar el sentido.

—Os estaba agradecida, como es natural.

—Desde entonces no ceso de pensar en vos; durante el día sois mi constante preocupación; por las noches me finjo dulcísimos ensueños, en los que os veo siempre cerca de mí.

Josefina permaneció silenciosa.

Sus mejillas cubriéronse de un tenue carmín.

No esperaba aquella declaración.

—Ahora bien,—continuó el joven:—ya comprende-

réis que no soy de esos hombres que hacen perder el tiempo á una señorita. Mi propósito es que, si correspondéis al amor que me inspiráis, nos unamos muy en breve.

—Caballero...,—dijo Josefina con timidez.

—Soy suficientemente rico, he cumplido veinticinco años, tengo una posición independiente, y sólo me falta para colmar mis aspiraciones que correspondáis á mi amor.

—Caballero,—contestó la joven después de un instante de pausa,—yo os aprecio mucho; tengo que agradeceros que salvasteis la vida á mi padre, pero...

—Acabad.

—Os considero como á un buen amigo, pero nada más; mi corazón pertenece á otro.

Á Massi no le sorprendió la respuesta de Josefina.

Sin embargo, no le convenía demostrarlo.

—¿De modo,—preguntó,—que no me concedéis ni la más pequeña esperanza?

—Conde, ha llegado el momento de hablaros con franqueza.

—No deseo otra cosa.

—Sabed que mi corazón es de otro, que no me pertenece.

Massi afectó sentir una gran tristeza.

—¡Ah Josefina,—se dijo,—habéis matado de un solo golpe mis más queridas ilusiones!

—Yo lo siento, pero...

—Es lógico que no encontréis una solución si vues-

tra alma se halla verdaderamente enamorada. Yo ignoraba por completo que estuvieseis comprometida. Vuestro padre no me había dicho nada.

—Mi padre lo ignora.

—Ahora me explico su reserva, que, después de todo, nada tenía de particular, pues hace muy poco que nos conocemos. Y ¿quién es el afortunado que ha sabido hacerse dueño de vuestro corazón?

—¿Recordáis á un joven que se aproximó á nosotros la tarde que nos conocimos en la Villa Real?

—Perfectamente.

—Pues ése es mi amado.

—Muy bien. No puedo negar que habéis hecho una buena elección. Ese joven parece una persona distinguida. Y ¿cuándo os casáis?

—Lo ignoro.

—¿Ha terminado alguna carrera, ó posee medios de fortuna?

—Es médico.

—¡Ah! ¿Como vuestro padre?

—Mi padre ha sido su principal maestro.

—¿De modo que le apreciará mucho?

—Sí, señor.

—Bien, Josefina; yo, por mi parte, os prometo firmemente no volver á interponerme en vuestro camino.

—Caballero, ya sabéis que tendré mucho gusto en veros en esta casa.

—Yo también lo tendría; pero no conduce venir á

vuestra casa sino á aumentar la llama devoradora de mi pasión.

Josefina guardó silencio.

El conde permaneció algunos instantes más al pie del balcón en que se hallaba la hija del médico.

Luégo despidióse de la joven, emprendiendo el camino que conducía á la morada del marqués de Grimaldi.

Éste recibió á su amigo con la amabilidad de costumbre.

—¿Qué hay, conde?—le preguntó.—¿Me traéis alguna noticia satisfactoria?

—Todo lo contrario.

—Pues ¿qué ocurre?

—Una dificultad que necesariamente hay que evitar.

—Hablad, conde.

—Josefina tiene un amado.

—Perfectamente; eso es lógico: ¿qué mujer no lo tiene á los diez y siete años?

—Y lo peor de todo es que se halla muy enamorada.

—¿Quién es el afortunado?

—Un joven médico.

—¿Consiente el padre de Josefina en esos amores?

—Los ignora.

—Entonces poco importa que el corazón de Josefina esté interesado. Poseéis una buena imaginación, y no han de faltaros medios para vencer la pequeña dificultad que se presenta.

—Sin que me juzguéis alabancioso, os diré que ya he encontrado una solución.

—¡Lo veis, conde!

—Pero para realizar mi objeto necesito de uno de vuestros amigos.

—¿De cuál? Ya sabéis que estoy dispuesto á hacer cuanto esté en mi mano.

—Es preciso que Tanucci haga una visita al doctor Montalbi.

—¿Al doctor?

—Sí.

—Explicadme vuestro objeto.

—Tanucci, después de dar á don Félix mil excusas para presentarse en su casa sin conocerle, le dirá que siente hacia mí el mayor afecto.

—Muy bien.

—Luégo ha de decirle que de poco tiempo á esta parte ha advertido que me hallo presa de la más profunda melancolía, y que interrogándome sobre los motivos que pudieran originarla, le confesé que era víctima de una pasión sin esperanzas.

—No me digáis más; creo haber interpretado fielmente vuestro deseo. Queréis que mi amigo Tanucci sea el intermediario de vuestros amores.

—Es cierto; y que solicite en mi nombre la mano de Josefina.

—Pues de seguro que Tanucci acogerá el proyecto, no dudando en poner cuanto esté en su mano para que se realicen vuestros deseos.

—Explicadle bien lo que me propongo, pues de lo que él haga depende que Josefina sea mi esposa.

—Descuidad, conde.

Massi salía pocos momentos después de la casa de Grimaldi.

Cuando llegó á la suya, sentóse junto á una mesa, sobre la que había recado de escribir.

El conde tomó la pluma.

Antes de ponerla sobre el papel estuvo meditando algunos momentos.

Luégo trazó las siguientes líneas:

«Señor don Félix Montalbi. Mi distinguido amigo:
»Mucho siento no poder asistir mañana á su casa.
»Ya comprenderéis que me priva de este gusto una »causa poderosa; me hallo ligeramente indispuesto.

»Con este motivo me ofrezco de nuevo su atento »amigo,—Massi.»

Terminada la carta, el conde la guardó en un sobre.

Luégo agitó el cordón de la campanilla.

—Lleva esta carta á su destino,—dijo al criado que se presentó.

Y después de consignar las señas de la casa del doctor en el sobre, entregósela al criado.

Éste alejóse de la estancia.

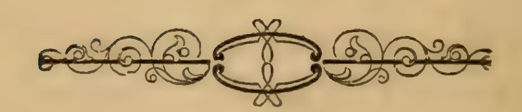
—No me conviene,—se dijo Massi,—ir por ahora á casa de Josefina; debo hacer el papel de víctima, para que crea que estoy dispuesto á cumplirla mi palabra de no hacer nuevas tentativas para conseguir su amor.

El conde sentóse en un diván de terciopelo carmesí que había junto al balcón.

—¿Qué resultará de todo esto?—se preguntó.—No me disgustaría que las gestiones que haga Tanucci fueran infructuosas. De este modo había conseguido verme libre del compromiso en que me hallaba con el viejo Jacob, y quedábame libre, disfrutando de las excelencias del celibato. Desgraciadamente no será así, y el ayo del príncipe manejará el asunto mejor de lo que yo desearía. ¡Paciencia!

El monólogo que el conde sostenía fué interrumpido por la presencia de Felisa.

Dejémoslos por ahora, y volvamos á la casa de don Félix Montalbi.





CAPITULO XL

Donde un hombre honrado cae en la red que le tienden tres bribones.



ON Félix de Montalbi recibió la carta del conde.

—¡Pobre joven!—se dijo.—¡Mal debe sentirse cuando se excusa de venir mañana! ¡Cómo ha de ser! Hubiera tenido una verdadera satisfacción en que nos acompañase á la mesa.

Al siguiente día, ó sea el de los cumpleaños de Josefina, el doctor envió un recado á la morada de Massi, á fin de enterarse de cómo seguía su joven amigo.

El doméstico encargado de esta misión volvió á la

casa del doctor, manifestándole que el conde había pasado la noche con bastante inquietud.

—Mañana mismo le haré una visita,—pensó don Félix.

Daba seis campanadas el reloj que había sobre la chimenea, cuando abrióse la puerta, dando paso á Roberto Estrañi.

El joven había sido invitado á comer.

Don Félix le saludó con su acostumbrada amabilidad.

—Has llegado á la hora crítica,—dijo éste.—Vamos al comedor; Josefina ya debe estar esperándonos.

—Cuando queráis.

—Estaremos solos en la mesa, pues el otro convidado no puede venir; se halla enfermo.

Ya comprenderán nuestros lectores que esta noticia agradó sobre manera á Roberto.

Don Félix y el joven pasaron á una de las habitaciones próximas.

En el centro de ésta había una mesa espléndidamente servida.

Josefina aguardaba sentada junto á la chimenea.

Durante la comida, el doctor y los dos jóvenes sostuvieron una animada conversación.

Cuando terminaron de comer, un criado sirvió el café.

—Este es el néctar más delicioso para mí,—dijo don Félix.

Y disponíase á saborear el contenido de una taza

de porcelana, cuando presentóse en el aposento otro sirviente.

—Señor,—dijo, dirigiéndose al doctor Montalbi,—un caballero pregunta por vos.

—¿No te ha dicho su nombre?

—No, señor.

—Que pase á mi despacho, y dile que tenga la bondad de aguardarse un momento.

El criado se alejó.

—¡Qué fastidio!—dijo Josefina.—¿Por qué no te has excusado?

—Por desgracia, los que cultivamos las ciencias médicas no nos pertenecemos á ninguna hora. Supón, hija mía, que ese señor venga á buscarme para que visite á un enfermo.

—Es verdad.

Montalbi apuró el contenido de su taza y se puso en pie.

—Soy con vosotros,—dijo.—Procuraré que ese señor no me entretenga mucho.

Y dirigióse á su habitación.

Al entrar en ella hallóse en presencia de un distinguido caballero.

Era Tanucci.

—Dispensad, señor Montalbi,—dijo el ayo del príncipe,—si me he tomado la libertad de venir á vuestra casa.

—Señor mío,—respondió el anciano,—sois muy dueño de hacerlo; cuando aquí venís, es señal inequí-

voca de que me necesitáis, y deseo saber en qué puedo serviros.

Y al decir esto, don Félix designó un asiento al caballero.

—Ante todo, debo deciros mi nombre. Soy Juan Tanucci.

—¿Don Juan Tanucci, la persona de más confianza del príncipe Carlos?

—Precisamente.

—Hace pocos días me estuvo hablando de vos un joven que os respeta mucho.

—¿El conde de Massi?

—El mismo.

—Massi me aprecia mucho; verdad es que no hace más que pagarme el gran cariño que le profeso.

—¿Os ha referido la desagradable aventura que tuve la otra noche? Gracias á su valor puedo contarlo.

—Nada me ha dicho.

—Me salvó la vida.

—No lo dudo. Está dotado de un valor sólo comparable á su caballerosidad. Precisamente mi venida á esta casa es para hablaros de él.

—¿Acaso sigue peor?

—¿Luego sabíais que se halla enfermo?

—He recibido una carta suya, en la que me daba esa desagradable noticia, y pienso ir mañana á verle.

—Mucha es vuestra ciencia doctor, -dijo Tanucci con gravedad,—pero no creo que con ella podáis conseguir su curación.

—¡Cómo! ¡Qué decís! ¿Tan grave se halla vuestro amigo?

—Mucho.

—¡Parece imposible! Ayer estuve hablando con él, y no advertí nada.

—Sin embargo, ya estaba bajo los efectos de la dolencia que le aflige.

—¡Caso más raro! ¿De qué padece?

—De una enfermedad que no acelera ni disminuye las palpitaciones del pulso.

—¿Alguna dolencia del alma?

—Precisamente.

—¡Pobre joven!

—Massi tiene desde hace poco una constante tristeza, que ha de conducirle á una pasión de ánimo ó á la locura.

—Me dejáis absorto.

—Para concluir, don Félix, el conde está enamorado.

Una sonrisa dibujóse en los labios del doctor al oir estas palabras.

—¡Bah!—dijo.—Me alarmasteis. Razón tenéis al asegurar que no basta la ciencia del médico para que se alivie nuestro amigo; hay que encomendárselo á un sacerdote; éste bendecirá su enlace, y es el antídoto más eficaz para que se cure.

—Pero es que la boda no puede realizarse.

—¡Cómo! ¿Acaso ha puesto el conde sus ojos en alguna mujer casada?

—No. Massi se quitaría la vida antes que hacer semejante cosa.

—¿Entonces?

—La dama que le cautiva es soltera, pero no es dueña de su corazón.

—¡Ah! ¿Luego ama á otro?

—Sí.

—Tal vez esa dama haya contraído serios compromisos, dando su palabra de casamiento á otro que la ama tanto como el conde.

—No puede haber dado su palabra, pues el padre de esa señorita ignora que sostiene amores con el afortunado rival de nuestro amigo.

—Entonces que no se preocupe Massi.

—Se preocupa hasta el punto de hallarse enfermo.

—¡Qué disparate! Deseando estoy verle para darle un consejo. El tiene buena figura, juventud, posición. ¿Creéis que con estas tres condiciones no puede un hombre desbancar á un rival dichoso?

—Qué sé yo.

—A menos que el rival las reuna también.

—Me consta que no es rico.

—Entonces el padre de la joven ha de preferir que ésta se case con el conde.

—¿Lo creéis así?

—Estoy convencido. Los padres todos tenemos un noble egoísmo: creemos que nuestras hijas son las más bellas, las más virtuosas, y, por lo tanto, que son acreedoras á casarse con potentados.

—Es muy cierto.

—Celebro mucho que coincidan nuestras opiniones, señor Tanucci.

—Pues bien, doctor: ha llegado el instante de explicaros el objeto de mi visita, de hablar con entera franqueza.

—Os escucho. He nacido en esta hermosa ciudad; esto es, soy meridional, y franco hasta donde lo permiten los límites de la educación.

—Señor Montalbi, el conde está enamorado de vuestra hija.

El doctor no pudo reprimir una exclamación de sorpresa

—¿De mi hija?—dijo.

—Sí, señor. ¿Acaso no tiene suficientes encantos para haber podido despertar una pasión en el alma del conde?

—Desde luégo; pero...

—¿Vais á decirme que hace muy poco que la conoce?

—No es eso. Mal puede sorprenderme eso, cuando yo me enamoré de la madre de Josefina en el momento que la vi.

—¿Entonces?...

—Lo que me extraña es no haber advertido nada absolutamente.

—Sin embargo, esa pasión existe.

—No lo dudo. Creo incapaz al conde de decir una cosa que no sea cierta. Pero ¿no asegurabais hace

poco que la joven de quien se ha prendado nuestro amigo se halla comprometida?

—Eso dije.

—Pues en ese caso siento deciros que os han engañado, señor Tanucci.

—¿Tenéis la certeza?

—¡Ya lo creo! —respondió el anciano sonriéndose. —Mi Josefina es libre como esas mariposas que revolotean de flor en flor durante la primavera; casi es una niña; hoy precisamente cumple diez y siete años.

—Me han asegurado que su corazón no le pertenece.

—¿Quién ha podido deciros semejante absurdo?

—Quien lo asegura debe estar bien enterado.

—¿Creéis que pueda estarlo más que yo? Josefina no tiene secretos para su padre. ¿Quién os ha dicho que está enamorada?

—El conde.

—¿El conde? Ahora me lo explico todo. El conde ama á mi hija, según acabáis de decirme, y es natural que se finja visiones. ¿A quién imagina que ama Josefina?

—Á un joven que visita vuestra casa con mucha frecuencia.

—¿Á Roberto? ¡Qué locura! No os negaré que mi hija y ese joven se profesen un cariño verdaderamente fraternal. Se conocen desde la más tierna infancia; yo he formado el corazón de Roberto, le he hecho un hombre, le considero como si fuese hijo mío. Por lo demás, podéis estar tranquilo.

—Yo celebro mucho que mi amigo se haya equivocado.

—Tened la seguridad de ello.

—Pues bien, doctor: en ese caso es preciso que hablemos detenidamente. El conde ama á vuestra hija; ya sabéis las buenas prendas que adornan á este joven; yo, en nombre suyo, solicito para él la mano de Josefina.

Montalbi guardó silencio algunos instantes.

Halagábale la proposición que Tanucci le hacía, creyendo que al dar su consentimiento para que se realizase la boda labraba la felicidad de su hija.

Él ignoraba, como ya hemos dicho, que Josefina tuviese amores con Roberto.

Después de una corta pausa:

—Pues bien, señor Tanucci,—le dijo:—no tengo inconveniente en que mi hija sea la esposa de Massi: me agradan sus buenas prendas, ha sido mi salvador, y creo que labrará la ventura de mi Josefina.

—Desde luégo.

—Si la dolencia del conde no es motivada más que por el amor que hacia mi hija siente, espero que se cure en un breve plazo.

—Desde luégo. Y yo á mi vez tengo que pediros un nuevo favor.

—¿Cuál?

—Deseo ser el padrino de la boda.

—¡Tanta honra, señor de Tanucci!

—Tendré en ello una verdadera satisfacción.

—Contad desde luégo con que no he de oponerme á un deseo que me satisface por completo.

—Y ahora, doctor, con vuestro permiso, me retiro; no quiero dejar de ver al conde, que de seguro vendrá mañana á saludaros.

—Tendré sumo gusto en ello.

Tanucci salió de la estancia, después de hacer al anciano todo género de ofrecimientos.

Montalbi le acompañó hasta la puerta.

Cuando se quedó solo, dirigióse de nuevo á su estancia.

—No quiero,—se dijo,—hablar de este asunto á Josefina en presencia de Roberto; luégo la comunicaré la noticia.

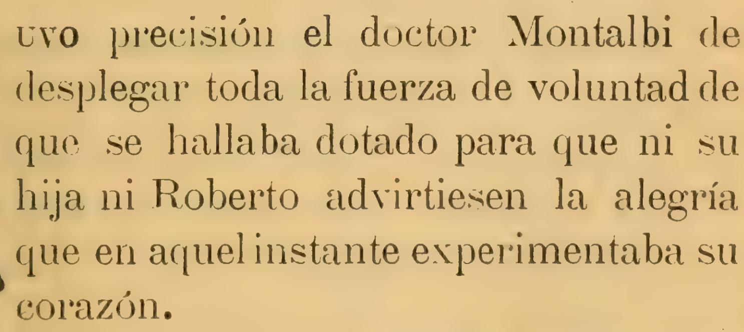
Montalbi, después de tomar esta resolución, dirigióse hacia el aposento donde le esperaban Josefina y Roberto.





CAPITULO XLI

Una revelación que mata muchas ilusiones.



Tuvo precisión el doctor Montalbi de desplegar toda la fuerza de voluntad de que se hallaba dotado para que ni su hija ni Roberto advirtiesen la alegría que en aquel instante experimentaba su corazón.

Los jóvenes, durante su ausencia, habían sostenido un amoroso diálogo.

Roberto adoraba á Josefina, como ya hemos dicho, y ésta á su vez cifraba en su amado todas sus esperanzas.

Eran dos corazones que habían experimentado á un mismo tiempo los dulces sentimientos del primer amor.

¡Y cuán hermoso es esto!

En él no entra para nada el materialismo de la vida.

Es una larga cadena de ilusiones que van eslabonándose y formando una esperanza tras otra.

¡Cuán pronto habían de desvanecerse aquellos gratos ensueños para despertar en los desnudos brazos de la realidad!

Cuando anunció el reloj que eran las nueve, Roberto se puso en pie.

—Don Félix,—dijo al anciano,—entretenido en la agradable conversación, había olvidado deciros que mañana á las diez nos enviarán un cadáver del hospital.

—¿Un cadáver?—preguntó el doctor.

—Sí; según me han asegurado, se teme que haya muerto por la acción de un tósigo, y la superintendencia quiere que deis vuestro competente dictamen.

—Bien, Roberto, no faltes á esa hora; me ayudarás á hacer el reconocimiento.

—Desde luégo.

Estrañi despidióse de don Félix.

Luégo, acercándose á Josefina, la dijo en voz baja:

—Nada necesito decirte en este día de tu natalicio. ¡Ojalá que para el año próximo seas mi esposa!

Una sonrisa se dibujó en los purpurinos labios de la hija del doctor.

Sus deseos eran análogos á los que sentía el joven.

Roberto se alejó.

Don Félix fijó sus ojos en Josefina apenas quedóse solo con ella.

—Acércate, hija mía,—la dijo;—tenemos que hablar detenidamente.

Josefina sentóse junto á su padre.

—Hoy cumples diez y siete años,—prosiguió el anciano;—te hallas en la primavera de la juventud, en esa edad en que la mente se finge dulces ensueños y arrobadoras esperanzas. Sin embargo, tu vida se ha desenvuelto hasta ahora como la de esas flores exóticas que viven en el invernadero. Aun tu corazón no ha sentido ese grato perfume que cautiva el alma de las mujeres, esas dulcísimas ilusiones de la juventud que se denominan amor. ¿No es cierto, Josefina?

La joven, al oir esta inesperada pregunta, dudó en responder.

No atrevióse, sin embargo, á confesar la pasión que Roberto supo inspirarla, é hizo con la cabeza un movimiento negativo.

Don Félix prosiguió:

—Pues bien, hija, has de saber que existe un apreciable joven que te ama con todo su corazón, que cifra en ti todas sus ilusiones, y que, en mi concepto, es muy digno de que seas su esposa.

—¿Un joven?—preguntó Josefina.

Y hallábase tan lejos de suponer que su padre fuera á hablarla del conde, que creyó desde luégo que se refería á Roberto.

—Sí,—continuó el anciano;—no puedo negarte que

me apesadumbra que dejes de vivir bajo este techo; pero ésta es la triste misión de los padres, sacrificarse siempre por la ventura de sus hijos.

—Y admitiendo, padre mío, que me case con la persona que dices, ¿por qué no hemos de continuar viviendo á tu lado?

—Eso sería el colmo de mi felicidad; pero no sabemos si él aceptará.

—¿Por qué?

—Cuando un hombre se casa le gusta vivir solo con la esposa que eligió. Ya sabes que dice un adagio que el casado casa quiere.

—¡Quién sabe, padre!

—Ojalá se realice lo que ambos deseamos.

—Se realizará; no lo dudes.

Montalbi prosiguió:

—Ahora, hija mía, necesario es que sepas quién es el hombre que ha puesto en ti los ojos, aunque me parece que ya lo habrás adivinado.

—Creo que sí.

—No lo dudo: las mujeres poseéis un don especial para conocer estas cosas, por mucha que sea vuestra inocencia. Bien, hija mía; supuesto que ya sabes quién es tu prometido, creo que no te desagradará.

—Todo lo contrario.

—Yo tampoco podía haber encontrado para ti una persona de mejores condiciones.

—¡Es tan bueno!

—Mucho, y te quiere extraordinariamente; tanto,

que el pobre se halla enfermo, pues dudaba que accedieses á sus pretensiones.

Josefina, al oir estas palabras, hizo un movimiento de extrañeza.

—¿Que lo dudaba?—preguntó después de un instante.

—Sí; pero ya le he dicho al señor Tanucci, que es el caballero con quien he estado hablando hace un momento, que desvanezca sus temores.

—¡El señor de Tanucci!—repitió Josefina sin poder salir de su asombro.—No comprendo lo que me decís, padre mío.

—No es extraño. Tanucci es íntimo amigo de tu prometido.

—Jamás oí ese nombre en sus labios.

—No tiene nada de particular; ¡le conoces tan poco!

—Padre, estoy perdiéndome en un mar de confusiones. ¿Decís que le conozco poco?

—¡Es claro!

—¿A quién os referís?

—Al conde de Massi, al hombre que muy en breve será tu esposo.

Josefina inclinó la cabeza sobre el pecho.

Acababa de sufrir una horrible decepción.

Sus esperanzas se habían destruído como esos castillos de naipes que forman los niños.

¡Ella ser la esposa del conde de Massi!

Esto es, del hombre que no la inspiraba más que cierto sentimiento de gratitud por la noble conducta

que con su padre había empleado, salvándole, al parecer, de la agresión de que fué objeto.

Sin embargo, Josefina no se atrevió á replicar.

Sentía hacia su padre una consideración tan respetuosa como grande era su cariño hacia él.

Únicamente expresó su pesadumbre un hondo suspiro que se escapó de sus labios.

Don Félix lo advirtió.

—¿Qué es eso, Josefina?—la dijo.—No comprendo pór qué haces esa demostración de tristeza.

—¡Padre, soy tan joven para casarme!

—La misma edad tenía tu madre cuando la conduje al altar.

—Luégo...

—Habla, dime cuanto piensas.

—No conozco apenas al conde.

—No obstante, es persona que ha de hacerte completamente feliz. No hablemos más del asunto; le he dado palabra de que serás su esposa, y sabes que nunca me retracto.

—Bien, padre mío, haré cuanto me mandéis, puesto que es mi obligación.

—¿Cuándo podías hallar un partido más brillante? El conde es joven, tiene buena presencia y posee una considerable fortuna.

—Esto último es lo que menos importa. Jamás he sido ambiciosa.

—Es cierto, y yo alabo mucho esa buena cualidad que te adorna; pero ¿quién pone en duda que un ma-

trimonio es mucho más feliz cuando no pasa privaciones? Á tus años, hija de mi alma, todo se mira á través de un prisma de color de rosa; no obstante, luégo llegan las amargas decepciones. Si Massi hubiera sido pobre, lo mismo le hubiera otorgado tu mano; no creas que soy tan ambicioso que todo lo sacrifico al mezquino interés. Tampoco puedo negarte que me alegro mucho que sea opulento. ¡Ah! Ya se me figura verte cubierta de raso y de blondas, ostentando las mejores alhajas y tendida con indolencia en los cojines de un carruaje. A tu paso te admirarán los hombres, sintiendo envidia las mujeres.

Y don Félix, al decir esto, rodeó con uno de sus brazos la esbelta cintura de Josefina.

Amaba verdaderamente á su hija.

Para la exaltada juventud, que, como acababa de de decir Montalbi, todo lo ve bajo un luciente prisma de color de rosa, quizás fuera censurable la conducta del doctor.

Sin embargo, ¡cuán lógico y natural era que el anciano le satisficiera la realización de aquella boda!

Él ignoraba que su hija amaba á Roberto; creía que su corazón era completamente libre.

¿Qué tiene, pues, de extraño que sintiérase halagado con que Josefina ornara sus rubios cabellos con una diadema condal?

Montalbi era un hombre práctico.

Habíale costado mucho formarse una reputación.

Conocía el verdadero valor del oro, esa palanca po-

derosa que todo lo mueve, ese amuleto para el que no existen imposibles.

Josefina permaneció silenciosa.

—Ya es muy tarde,—dijo don Félix, fijando sus ojos en la esfera del reloj que había sobre la chimenea.—Buenas noches, hija de mi alma.

—Buenas noches, padre,—dijo la joven.

Y presentó al anciano su pálida mejilla.

Don Félix depositó en ella un tierno beso, como tenía de costumbre.

Josefina dirigióse á su estancia.

Apenas estuvo en ella corrió el pestillo de la puerta, y, dejándose caer en un sillón, rompió á llorar.

—¡Qué desgraciada soy!—se dijo.—Yo no amo al conde; mi alma no pertenece más que á Roberto. Sin embargo, fuerza es renunciar para siempre á mis queridas esperanzas. Mi padre me quiere mucho, pero tiene un carácter inflexible; ha prometido al conde que seré su esposa, y antes prefiriría la muerte que retractarse de su palabra.

Y Josefina deshacíase en lágrimas.

¡Cuán hermosa estaba!

Su rostro no sufría esas contracciones del llanto que alteran la fisonomía; por el contrario, las lágrimas deslizábanse por sus mejillas de nácar como gotas de rocío que ruedan por el nevado cáliz de una azucena.

Si el príncipe la hubiese visto en aquel momento, hubiese sentido acrecentarse su apasionado deseo.

Josefina apenas pudo conciliar el sueño durante la noche.

—¡Necia de mí,—exclamaba en medio de su aflicción,—que he dado crédito á las palabras del conde! Me prometió no volver á interponerse en mi camino, guardar el secreto de la pasión que asegura que le he inspirado, y luégo solicita que sea su esposa.

La joven acordábase después de Roberto.

—¡Qué dirá, Dios mío!—se preguntaba.—¡Yo no tengo el suficiente valor para dar la muerte á sus ilusiones! ¡Qué concepto va á formar de mí cuando sepa lo que pasa! ¡Me creerá una de esas mujeres vulgares que todo lo sacrifican al interés y á la conveniencia!

Y Josefina no cesaba de llorar.

De este modo transcurrió la noche.

Entre tanto el doctor Montalbi forjábase las más dulces ilusiones para lo futuro.

—Mi hija no ama al conde,—se decía;—pero esto es natural después de todo, pues apenas le conoce. ¿Quién duda que el trato engendra el cariño? Tengo la evidencia de que ha de ser una buena esposa.

Y el anciano deleitábase con estos pensamientos, bien ajeno de comprender los verdaderos móviles que impulsaban á Massi á casarse con su hija.





CAPITULO XLII

La autopsia de un cadáver y la de un corazón.



L siguiente día, apenas brillaron en el cielo los primeros resplandores del sol, el doctor Montalbi abandonó el lecho.

Al salir de su estancia dirigióse á la de su hija.

Josefina no se había acostado.

Las ropas de su cama hallábanse perfectamente arregladas.

Montalbi lo observó en seguida.

—¿No te has acostado esta noche?—la preguntó.

La joven bajó los ojos.

Sus labios no sabían mentir.

—Vamos, —dijo el anciano con alguna severidad,—

te has propuesto que me incomode contigo, y lo conseguirás.

—Padre, no he tenido sueño.

—Pero de todas maneras has debido acostarte. De este modo hubieras descansado.

—Padre, no os incomodéis.

—¡No he de incomodarme! Habrás estado torturándote la imaginación con lo que anoche te dije.

—No puedo ocultaros que es verdad.

—¡Qué niña eres! No te niego que el paso que vas á dar es el más grave en la vida de la mujer; de él depende su felicidad ó su desventura; pero creo que el hombre con quien vas á unirte ha de hacerte muy dichosa.

—Padre, ¡pero si no le amo!

—Ya le amarás. Tu madre, mucho tiempo después de ser la compañera de mi vida, me aseguró que cuando nos casamos no sentía hacia mí más que un ligero afecto. Sin embargo, fuimos muy dichosos. Ella llegó á quererme mucho y yo la adoraba.

—Pero cuando os casasteis, vos, por lo menos, la amabais.

—¿Quién lo duda?

—Y el conde no puede sentir hacia mí la pasión que afirma que le he inspirado.

—¿Por qué no? Permite que te diga que tu excesiva modestia raya en exageración. ¿Acaso no eres hermosa? ¿No posees un tesoro de virtud y de inocencia?

Josefina guardó silencio.

Veía que cuantas gestiones hiciese para no casarse con el conde serían completamente inútiles.

El doctor estaba decidido á que la boda se llevase á cabo.

Eran las nueve de la mañana cuando uno de los criados se presentó en el aposento en que se hallaban el doctor y su hija.

—Señor, -dijo, —el conde de Massi pregunta por vos.

—Que pase inmediatamente á mi despacho.

Como nuestros lectores ven, Massi no perdía el tiempo.

Apenas supo por Tanucci la satisfactoria respuesta que había dado don Félix, apresuróse á visitar á éste.

—Quédate aquí, hija mía, —dijo el doctor; —yo voy á saludar al conde.

Josefina exhaló un hondo suspiro.

En cuanto á don Félix, dirigióse á la estancia en que ya le esperaba el de Massi.

Éste estrechó la mano del doctor.

—Señor Montalbi, —le dijo, —anoche fué á mi casa mi amigo Tanucci; por él sé las gestiones que en mi favor ha hecho y el resultado satisfactorio que obtuvieron. Réstame deciros que me habéis hecho el hombre más dichoso, y que procuraré labrar la felicidad de vuestra adorable hija.

—Lo sé, conde,—dijo el anciano.—Si no tuviese la

seguridad de ello, no os concedería á mi hija, á ese tesoro de mi cariño.

—Ahora, deber mío es no ocultaros nada. Es probable que el príncipe me distinga encargándome una misión para España; no sé si ya os he hablado de esto en otra ocasión.

—No recuerdo.

—Esta misión,—prosiguió Massi,—puede llevarse á cabo muy en breve, y, como comprenderéis, mi deseo sería estar unido con Josefina para entonces.

—¿Con objeto de que os acompañara en vuestro viaje?

—O por lo menos para que sea mi esposa. Suponed que mi estancia en España se prolongue.

—Os he dado mi palabra de que mi hija se casará con vos, y aunque tardaseis en regresar, os la cumpliría.

—Sin embargo, no es que dudo de vos; es que mi deseo de unirme á esa hermosa joven me obliga á precipitar la boda.

—¿Para cuándo os parece que se realice?

—Dentro de dos semanas.

—Perfectamente.

—Nos casaremos; y tengo un deseo que encontraréis sin duda alguna disculpable.

—¿Cuál?

—Que la boda se verifique en mi país. Venecia no tiene más que un defecto. Es, como hemos dicho hace pocas tardes, una ciudad silenciosa; pero ¿acaso no

constituye esta quietud un verdadero encanto para pasar la luna de miel? Además, nuestra permanencia allí coincide con la temporada de Carnaval; esto es, con la época bulliciosa del año. ¿Tenéis inconveniente én que se realice mi deseo?

—Ninguno.

—En ese caso, disponed el viaje; es corto, y no ocasiona, por lo tanto, grandes molestias.

Ya comprenderán nuestros lectores que algún móvil impulsaba á Massi á hacer al anciano aquella proposición.

En primer lugar, habíale exigido el marqués de Grimaldi que la boda no se verificase en Nápoles, sino en Venecia, donde el príncipe Carlos iba á pasar una temporada.

Tampoco le disgustó á Massi que el casamiento se verificara lejos de la hermosa ciudad del Vesubio.

—De este modo,—se dijo,—es más difícil que Felisa me dé un disgusto. ¿Qué necesidad tiene de saber que voy á desposarme con la hija del doctor, si tan pronto como se realice la boda renunciaré para siempre á Josefina?

Hé aquí explicado por qué el conde hizo al doctor la proposición de celebrar su enlace en la hermosa Venecia.

Massi permaneció algunos instantes más en la casa de don Félix.

Luégo despidióse de él, prometiéndole volver al siguiente día.

Apenas quedóse solo el doctor, penetró en el aposento Roberto.

El joven no había visto á Josefina.

Ignoraba, por lo tanto, lo que sucedía.

—¡Hola, Roberto!—le dijo el doctor.—¿Cómo tan temprano?

—¿Habéis olvidado lo que anoche os dije?

—¡Ah! Tienes razón. ¿Han traído el cadáver?

—Ya está en vuestro laboratorio.

—Muy bien. Vamos, pues.

Y Montalbi salió del aposento seguido del joven.

El laboratorio del doctor era una extensa sala rectangular, cuyas paredes se hallaban cubiertas por elevados estantes de pino pintado.

Dentro de ellos veíanse multitud de huesos humanos, frascos, redomas é instrumentos de cirugía.

En uno de los ángulos había una mesa de ébano, y sobre ella una calavera, un tintero con varias plumas, un cráneo que sujetaba un legajo de papeles, y un estuche que también encerraba instrumentos para operar.

En el centro de la estancia había otra mesa de unos siete pies de longitud.

Sobre esta mesa había un cadáver cubierto con un lienzo burdo.

Sólo se le descubría la cabeza.

Era el cadáver de una mujer que, á pesar de la fealdad que imprime generalmente la muerte en las facciones, conservaba algunos restos de su belleza.

Sus negros cabellos caían en desorden sobre el tablero de la mesa.

El doctor Montalbi abrió el estuche, sacó dos escalpelos, y entregándole uno á Roberto:

—¿Conque es decir,—preguntó,—que hay sospechas de que esta desgraciada haya muerto por la acción de un tósigo?

—Eso dicen, y eso es lo que desea conocer la justicia.

—Pronto lo sabremos,—dijo Montalbi.

Y esto dicho, destapó el cadáver, arrojando al pavimento el lienzo que lo cubría.

Entonces fué cuando pudo apreciarse verdaderamente la belleza de aquella infeliz que había dejado de existir.

Parecía una Venus dormida.

La marmórea palidez de su carne la asemejaba á una estatua de alabastro.

—¡Hermosa mujer!—exclamó el doctor.

—Con efecto; si no fuese por la costumbre que tenemos de hacer autopsias y disecciones, nos daría lástima destrozar sus carnes.

Montalbi estuvo examinando á la muerta con detenimiento.

—¡Pobre joven!—exclamó.—No contaría más de veintitrés años. Ha dejado de existir en lo mejor de su edad.

Y después de un instante de reflexión, Montalbi aproximóse al cadáver con el escalpelo en la mano.

¡Qué ruido produce el acero al cortar la carne humana!

Los cabellos se erizan.

Una autopsia produce lástima y repugnancia á la vez.

El cráneo abierto presentando la masa encefálica.

La cavidad torácica descubierta también.

Aquella mujer habría sentido pasiones, habría inspirado amor, y, sin embargo, en aquel instante, aun aquellos que la adoraban, sentirían cierto pavor y repulsión.

¡Cuán hermosa es la exterioridad!

¡Tanto como horrible el fondo de las cosas!

Ese sublime corazón que late á impulsos de cualquier sentimiento bajo el ebúrneo y blanco seno de la mujer, no es más que una víscera cuya vista nos hace estremecer á los que no hemos cultivado las ciencias médicas, y adquirido, por lo tanto, la costumbre de verlo.

Montalbi estuvo observando detenidamente las entrañas de la joven.

Ésta había fallecido, con efecto, por la acción de un tósigo.

Así resultó del examen científico que hizo el anciano galeno.

—No cabe duda,—dijo.—Hé aquí,—y señaló la región intestinal del cadáver,—las pruebas inequívocas de su muerte.

Y luégo, cambiando de conversación:

—Ahora,—dijo,—mi querido Roberto, voy á darte una noticia.

El joven fijó sus ojos en el doctor como interrogándole.

—Has de saber,—continuó don Félix,—que me han pedido la mano de Josefina.

Una mortal palidez cubrió las mejillas de Roberto.

El doctor continuó:

—Y que muy en breve mi hija se casará.

—¿Qué decís?

—Lo que estás oyendo.

—¿No habíais dicho muchas veces que una mujer no debe casarse hasta los veintitantos años?

—Con efecto, no te lo niego; pero mi Josefina es una excepción de la regla: aunque no tiene más que diez y siete abriles, se halla en la plenitud de su desarrollo físico.

—Pero...

—Y además, el hombre que la solicita es una persona dignísima bajo todos los puntos de vista, y de estas proporciones no se presentan muchas.

Roberto procuró dominar la turbación que sentía.

—Y ¿quién es el afortunado?...

—Con certeza que va á sorprenderte cuando lo sepas. Me consta que no tienes formada de él la mejor opinión.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Luego le conozco?

—¡Ya lo creo! ¡No has de conocerle!

—¿Quién es?

—El joven que tan valerosamente me salvó la vida hace poco, el conde de Massi.

—¡El conde de Massi!—repitió Roberto.

—Sí. ¿Ves cómo te sorprende la noticia?

—¡No ha de sorprenderme, don Félix! ¿Sabéis quién es ese hombre? Todos afirman que es un miserable aventurero que vive á expensas de una de sus queridas, una cantante llamada Felisa.

—¡Dios nos libre de las malas lenguas!

—Además, vuestra hija no ama á ese hombre, y vais á hacerla muy desgraciada.

—No lo creas. Mi hija está dispuesta á respetar mi voluntad, y muy en breve será la esposa del conde.

—¿Luego habéis hablado con Josefina de este asunto?

—¡Ya lo creo!

—Y ¿no se opone á que se realice esa boda?

—No.

Roberto sintióse indignado.

Jamás hubiera creído que su amada accediese á unirse con otro que no fuese él.

—En ese caso, si ella es gustosa,—dijo con acento trémulo,—hacéis perfectamente en permitir que se casen.

—¡Ya lo creo! Y que hemos de asistir á la boda muy en breve.

—Tendré mucho gusto en ello,—repuso el joven con acento reconcentrado.

Imposible es definir lo que en aquellos momentos experimentaba el alma de Roberto.

Parecíale un sueño lo que el doctor acababa de decirle.

Hasta entonces Josefina le había inspirado una fe sin límites.

Ella había sido la única mujer que había hecho palpitar su corazón á impulsos del amor.

Sin embargo, ¿cómo dudar de las afirmaciones de su padre?

—Será la más desventurada de las mujeres,—pensó el joven,—y ése será un justo castigo á su ingratitud. Nunca la perdonaré. No quiero volver á verla.

Y Roberto en aquellos instantes hallábase presa de la mayor desesperación.

Veía defraudadas sus más queridas ilusiones, sus esperanzas más risueñas.

Muchos esfuerzos tuvo que hacer; gran dominio necesitó sobre sí mismo para que no estallase su cólera delante de su maestro.

Sin embargo, no le dijo ni una palabra respecto á su pasión.

El que no había de cumplirse era su propósito de no volver á hablar con la joven.

Terminada la autopsia del cadáver, Roberto había cambiado de opinión.

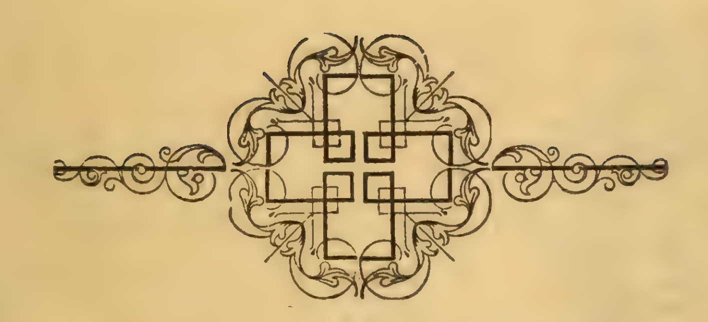
Despidióse del médico, y en vez de salir de la casa

se dirigió resueltamente hacia las habitaciones de Josefina.

Ésta se hallaba en su gabinete.

Al ver á Roberto bajó los ojos.

Comprendió en la palidez que cubría su rostro que estaba enterado de todo.





CAPITULO XLIII

Una despedida triste.



OBERTO estuvo contemplando á la joven algunos instantes.

Ésta no se atrevía á levantar los ojos del lienzo que bordaba.

Estrañi fué el primero que interrumpió el silencio.

—Josefina,—dijo con voz alterada,—tu padre me ha comunicado una noticia á la que no puedo dar crédito: me ha dicho que vas á casarte con el conde de Massi.

La hija del doctor rompió á llorar.

—No es éste el momento más oportuno para verter lágrimas,—dijo Roberto, que empezaba á perder la

calma,- sino de que me des una explicación concreta y definitiva.

—¡Por Dios, Roberto,—exclamó la joven con voz débil,—ten compasión de mí!

—¿Luego es verdad lo que tu padre me ha dicho?

—No puedo negártelo.

—¿Y eres tú la mujer que tantas veces me juraste que preferirías la muerte á ser la esposa de otro que no fuera yo?

—Roberto, yo no tengo la culpa: mi corazón sólo es tuyo; pero mi padre...

—¡Ah, tu padre acaba de decirme que eres gustosa en que se verifique esa boda!

—No es verdad; yo te lo juro por la memoria sagrada de mi madre: no amo al conde; mi corazón es sólo tuyo.

—Y entonces, ¿cómo no le has dicho á tu padre que no serás la esposa del conde?

—He procurado disuadirle de su idea, pero mis gestiones han sido inútiles.

—No, Josefina; di que te agrada ser condesa, que prefieres á ese hombre con quien has de unirte muy en breve.

—Jamás, jamás; yo te lo juro.

—Tu padre ignora que me amas. Tengo la seguridad que si se lo hubieses dicho, no trataría de contrariarte. Te quiere demasiado para proceder de otro modo.

—Ya es tarde, Roberto. Mi padre ha dado su pala-

bra al conde de que seré su esposa; conozco perfectamente la energía de su carácter, y no se retractará por nada en el mundo.

—¿De modo que debo renunciar á tu amor para siempre?

—¡Qué hacer, Roberto mío!

—Bien; no hablemos más de este enojoso asunto. Nunca te creí tan ingrata; pero tengo la seguridad de que recibirás un justo castigo.

—¡Roberto!

—Sí; ese hombre con quien vas á unirte te hará muy desgraciada: conozco sus malos antecedentes.

—¡Pero si yo no le quiero!

—No obstante, llevas tu sumisión filial hasta el punto de no atreverte á decir á tu padre lo que pasa. Eso prueba que no es muy grande el cariño que me profesas.

—Hoy mismo le hablaré; pero ya verás cómo todo es inútil.

—¡Quién sabe!

—Sí, Roberto, tú no le conoces bien; mi padre, como acabo de decirte, es esclavo de su palabra.

—Pero ¿ha de llegar su obstinación hasta el punto de sacrificarte?

—Sí, Roberto, sí; mal le conoces cuando presumes lo contrario. No obstante, te he prometido que le hablaré de nuestro amor; y aunque sé que nada he de conseguir, haré un esfuerzo supremo.

—Adiós, pues, Josefina; esta noche deseo que sal-

gas al balcón para que me digas el resultado que obtengan tus gestiones.

—No faltaré.

—Adiós, pues, Josefina; hasta luégo.

—Adiós, Roberto.

El joven salió de la estancia.

La hija del doctor quedóse pensativa.

Pasados algunos instantes dejó el lienzo en que bordaba, y poniéndose en pie, salió resueltamente de la habitación.

—Sí, —se dijo,—es preciso que mi padre sepa los motivos que me impulsan á no querer casarme con el conde.

Y dirigióse hacia la estancia en que se hallaba el doctor.

Éste seguía en su laboratorio.

Cuando vió Josefina el cadáver, apartó sus azules ojos con cierta compasión mezclada de repugnancia.

—Adelante, hija mía,—dijo don Félix.

—Ignoraba que estabais trabajando.

—Ya terminé: pasemos, pues, á otra habitación: comprendo que el espectáculo que ésta presenta no es muy agradable para ti.

El doctor secó sus manos con un blanco lienzo, pues cuando penetró su hija en la estancia acababa de lavarse.

—Parece que estás llorosa,—dijo Montalbi, fijando sus ojos en los de su hija.

—Sí, padre mío; no puedo negaros que estoy muy triste.

—¿Por qué?

—Pasemos á otro aposento y te lo diré: la presencia de ese cadáver me inspira horror.

—Vamos, pues.

Y el galeno, seguido de su hermosa hija, pasó á la habitación contigua.

Una vez en ella, el anciano se sentó.

Josefina estaba perpleja.

No sabía cómo decirle á su padre los motivos que arrancaban lágrimas á sus ojos.

Éste allanó el camino.

—Vamos, hija mía,—dijo,—háblame con entera franqueza; ábreme tu corazón; dime cuál es el motivo de tu pesadumbre.

—Padre,—respondió la jóven con alguna timidez,—yo no quisiera casarme con el conde.

—Pero ¿por qué? ¿No es joven?

—Quién lo duda.

—¿No tiene buena presencia?

—Tampoco os lo niego.

—¿No es dueño de una pingüe fortuna?

—Lo ignoro; pero aunque la pósea, eso es lo que menos me entusiasma.

—Sin embargo, ¡el oro es tan esencial!...

—De poco sirve cuando para tenerlo es preciso sacrificar nuestra libertad, torciendo los impulsos del corazón.

—¡Qué locura! Si amases á otro, se comprendería que te expresases de esa manera.

—¡Y quién sabe si será así!

—No, yo lo sabría.

—¡Ah padre, el corazón de las mujeres es un arcano! Vos habéis examinado mil veces esa víscera, pero lo hicisteis cuando ya no tenía movimiento, cuando había cesado de latir.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Que habéis aprendido á conocer las afecciones físicas del corazón, pero no las morales.

—Explícamelas, pues.

—Yo amo á otro hombre.

Montalbi, al oir estas palabras, frunció las cejas.

Sintióse vivamente contrariado.

—¿Que amas á otro?—preguntó con severidad.

—Sí, padre; si me lo mandáis, me casaré con el conde de Massi; pero mi alma sólo pertenece á Roberto.

—¡Qué locura! No te negaré que es un muchacho de porvenir, al que aprecio como si fuera mi hijo; pero ¿cómo puedes establecer comparaciones entre él y la persona que te solicita?

—¿Por qué no han de establecerse?

—Porque es imposible de todo punto.

—La única superioridad que concedo al conde es que sea más rico.

—Y no eso sólo; tiene Massi mucha más representación social, es otra cosa completamente distinta. Lo

que Roberto te inspira no es más que un cariño de hermano.

—No lo creáis, padre.

—Sí, no lo dudes; pero aunque así no fuera, he dado mi palabra á Massi y al señor de Tanucci, y no me retractaría de ella por nada de este mundo. No hablemos, por lo tanto, ni una palabra más. Dentro de unos días iremos á Venecia, donde se celebrará tu boda. Puedes, por lo tanto, disponerte para el viaje.

Don Félix se puso en pie y salió de la estancia.

Josefina le siguió con los ojos.

—Ya sabía que cuantas gestiones hiciese habían de ser inútiles. Fuerza es renunciar para siempre á mi amor.

Y Josefina dirigióse á su aposento, donde permaneció el resto del día.

Cuando llegó la noche, la joven abrió las vidrieras del balcón.

La temperatura era apacible.

Roberto no se hizo esperar.

El joven estaba muy impaciente.

Como el balcón á que se asomó Josefina se hallaba muy bajo, los amantes podían hablar sin esforzar mucho la voz.

—¿Cumpliste tu promesa?—preguntó Roberto.

—Sí,—respondióle la interpelada.

—¡Ah! Veo que estás muy reflexiva. Comprendo que tu padre ha sido inexorable.

—Es cierto. Mi padre no cede.

—¿Luego serás la esposa de Massi?

—¡Qué remedio! No me atrevo á desobedecer los mandatos del autor de mis días: esto haríame aún más desgraciada de lo que soy.

—Bien, Josefina, no hablemos más entonces: ésta será la última noche que tendré la felicidad de verte.

—¿Qué piensas hacer?

—Lo ignoro; tú eras mi única esperanza, toda mi ventura: desvanecidas mis ilusiones, ¿para qué he de permanecer en Nápoles? Voy á partir muy lejos de aquí; si te viera al lado de otro hombre, sería capaz de cometer una locura.

—¡Ah Roberto! Yo nunca te olvidaré, suceda lo que quiera.

—Triste consuelo, cuando dentro de poco no podrás decirme esas dulces palabras sin faltar á los sagrados deberes que vas á imponerte.

—No es por mi gusto.

—Lo sé; pero los resultados son iguales. Josefina, Dios te haga muy dichosa; lo que siento es que no lo serás.

—Desde luégo no lo seré apartada de ti, que eres el único hombre á quien amo.

—Si aun te unieses con otro que no fuese el conde de Massi, posible es que la ventura sonriera en tu casa, pero tu prometido es un aventurero, un miserable.

—Y ¿cómo convencer á mi padre de ello?

—De ningún modo; tu padre no daría crédito á mis

palabras, ni yo tampoco quiero rogarle. ¿Le dijiste que me amabas?

—Sí,—respondió Josefina con mucha tristeza.

—¿Y qué respondió?

—Apenas ha dado crédito á mis afirmaciones; dice que el afecto que nos profesamos es puramente fraternal.

—¡Qué obcecación!

—Y añadió que, aunque tenías un brillante porvenir...

—El conde le satisface más para que sea tu esposo,—interrumpió Roberto con una amargura infinita.

—Es verdad: no puedo negarte que ésas han sido sus palabras.

—Pues bien, Josefina, mucho te amo; pero no puedo ocultarte que poseo una gran dosis de amor propio. Hoy nada valgo; pero quién sabe si algún día seré opulento, más que ese conde de Massi, que, según afirman cuantos le conocen bien, vive á expensas de una mujer de teatro.

—¡Calla, Roberto, calla, por Dios!

El joven se embozó en su capa.

Una lágrima humedeció sus ojos.

—Adiós, Josefina; adiós para siempre,—dijo después con voz ahogada.

La joven no pudo proferir ni una frase.

Un suspiro arrancado de lo más hondo de su pecho fué su despedida.

Roberto se alejó.

Josefina siguióle con una mirada.

Cuando vió desaparecer á su amado, penetró en el aposento, y cubriéndose el rostro con las manos, dió rienda suelta á sus lágrimas.





CAPITULO XLIV

Un regalo de boda y una anécdota.



RANSCURRIERON varios días.

Pocos faltaban para el que habían señalado para la boda de Josefina.

Una hermosa tarde detúvose junto á la puerta de la casa del doctor un carruaje.

Apeóse de él un caballero.

Éste era Tanucci.

El ayo del príncipe aventuróse por la escalera, y poco después penetraba en una de las habitaciones.

El doctor Montalbi hallábase en ella.

Al ver á Tanucci púsose en pie, alargando su mano al recién llegado.

—Don Félix,—dijo éste,—sé por mi amigo Massi que habéis fijado el día de la boda, y que ésta debe verificarse en Venecia.

—Con efecto.

—Yo, fiel á la promesa que os hice de ser el padrino, vengo á ofrecer á vuestra hija un pequeño obsequio y á manifestaros que mañana me pongo en camino para la reina del Adriático.

Tanucci puso sobre una mesa un estuche forrado en terciopelo azul.

Montalbi lo abrió.

Contenía un magnífico aderezo de perlas y brillantes.

En él se hermanaban el buen gusto y la riqueza.

—Es precioso, señor Tanucci,—dijo el doctor,—y os doy las gracias en nombre de mi hija.

—No merece la pena: lo único que deseo es que lo luzca el día de la boda.

—Desde luégo.

—¿Cuándo pensáis emprender el viaje?

—Mañana ó pasado.

—Sí, no hay tiempo que perder: los días pasan con una rapidez extraordinaria.

Tanucci despidióse del doctor, dirigiéndose desde allí á la morada de su amigo el marqués de Grimaldi.

—Todo se halla dispuesto,—dijo el ayo del príncipe.—Es necesario, por lo tanto, que mañana nos embarquemos para Venecia.

—¿Y el príncipe?

—El príncipe ha partido ayer.

—Se conoce que está impaciente por ser dueño de la hermosa hija del doctor.

—No ha transcurrido un día desde que la conoció que no me pregunte por ella.

—¿Tan apasionado está?

—Muchísimo.

—Bien, Tanucci. ¿A qué hora partimos?

—Es preciso que á las seis de la mañana estéis en mi casa.

—No faltaré.

—Adiós, pues, amigo mío; hasta mañana.

Tanucci salió de la vivienda de Grimaldi.

Al siguiente día, cuando apenas advertíanse en el cielo los primeros resplandores del amanecer, Grimaldi, embozado en su capa hasta los ojos, dirigíase hacia la casa de Tanucci.

Éste ya le esperaba dispuesto á partir.

—Las seis,—dijo Grimaldi, fijando sus ojos en la esfera de un reloj que había sobre la chimenea.

—Con efecto,—dijo Tanucci,—sois un modelo de puntualidad.

El ayo del príncipe y Grimaldi, acompañados de dos sirvientes, aventurábanse pocos minutos después por las calles de la ciudad con dirección al puerto.

—¿Supongo que todo estará dispuesto?—preguntó el joven.

—Sí; en la playa espera una barquilla, que nos conducirá á bordo de un bergantín que ha de llevarnos á Venecia.

—Perfectamente.

Cuando llegaron á la playa, Tanucci y Grimaldi fijaron sus ojos en el horizonte..

¡Cuán hermoso estaba el mar!

Sus ondas azules besaban dulcemente las tostadas arenas, cubriéndolas de bulliciosas espumas.

En la inmaculada diafanidad del cielo no se veía la más ligera nube.

El sol, con sus cárdenos rayos, coloraba el horizonte, y sus encendidos reflejos iban disipándose hasta confundirse con el manto de zafiro de los cielos.

—¡Hermoso día!—exclamó Grimaldi.

—Con efecto, no puede estar más apacible.

Los dos amigos se aproximaron á unos marineros que conversaban junto á un elegante esquife.

Al ver á Tanucci quitáronse sus gorros de lana roja en ademán respetuoso.

—¿Está dispuesta la barca?—preguntó Grimaldi.

—Cuando queráis, excelencias,—respondió uno de los marineros.

—Vamos, pues.

Y Tanucci y Grimaldi penetraron en el esquife, que, transcurridos algunos momentos, balanceábase gallardamente sobre las olas.

La barca no tardó en atracar á uno de los costados del bergantín.

Éste era pequeño, pero tenía excelentes condiciones veleras.

Desde la cubierta echaron la escala.

Grimaldi y Tanucci subieron por ella.

Media hora después el buque poníase en movimiento.

Los dos amigos, en vez de quedarse sobre cubierta gozando de la hermosa perspectiva del mar, optaron por hacer el viaje en su camarote.

Éste se hallaba perfectamente adornado.

El capitán del bergantín sabía que la persona á quien habíalo destinado era el ayo del príncipe.

Suprimamos la relación del viaje.

Durante él no hubo incidente digno de mención.

Sólo diremos que el marqués y Tanucci saborearon los mejores manjares y los vinos más deliciosos, y que hablaron mucho respecto al asunto que los llevaba á Venecia.

Era el amanecer cuando halláronse á la vista de la hermosa ciudad.

El bergantín ancló.

Venecia es el colmo de la idealidad.

Es un país que no se parece á ningún otro.

Únense sus calles por medio de puentes de elegantes formas.

Sus casas se reflejan en las aguas de las lagunas, unas veces azules como el zafiro, otras verdes como las esmeraldas, según el color que tenga el cielo.

En general, Venecia es hermosa; puede considerar-

se como el emblema completo de la idealidad y de la poesía.

Cierto que en la época á que nos referimos había multitud de casas que pudieran denominarse barracas; pero no hay mirada, por insensible que sea á la estética, que no se sorprenda al penetrar en el Gran Canal.

A derecha é izquierda de éste elévanse edificios de una arquitectura tan característica como maravillosa.

De las aguas, que permanecen inmóviles semejando la luna de un espejo, parece que á cada instante va á surgir una de esas fantásticas visiones, una de esas poéticas hadas que nos describen los alemanes en sus hermosas leyendas.

Tanucci y Grimaldi desembarcaron.

De buena gana, cediendo el segundo á sus deseos, hubiera dado un paseo en góndola; pero al decírselo á su amigo, éste respondió:

—Marqués, tiempo de sobra tendremos para lo que decís. Ahora vamos á la plaza de San Marcos.

—¿Habéis buscado en ella alojamiento?

—Sí; he escrito hace unos cuantos días á una persona de mi confianza con ese objeto.

Grimaldi no replicó.

Poco después, los dos amigos llegaban á la citada playa.

Ésta es, sin género de duda, de lo mejor que hay en Venecia.

La iglesia de San Marcos, que le da nombre, eleva

majestuosamente su cúpula, donde ciernen su vuelo millares de palomas.

Los venecianos sienten hacia estas aves una extraordinaria simpatía.

Cuando suenan dos campanadas en el reloj de San Marcos, millares de palomas abandonan la cúpula de la iglesia, posándose en la plaza.

Este pormenor se ha observado desde tiempo inmemorial.

Una vez que han posado su vuelo, no hay vecino que no se encargue de darles algún alimento.

Hermosas jóvenes de rubios cabellos é inmaculada blancura se asoman á los balcones, echando desde ellos migas de pan á las palomas, cuyo plumaje adquiere los colores del iris al sentir los efectos de los rayos del sol.

Hay quien afirma que una opulenta veneciana dejó en su testamento una manda para las palomas de San Marcos.

En la antigua república de Venecia ya profesaban los hijos de este país un extraordinario afecto á esos inocentes volátiles.

Llegó un día desgraciado para aquel pueblo, tan amante de su libertad.

Austria le hizo perder su tesoro, esclavizándole bajo su tiránico yugo.

Venecia tuvo que sucumbir á la fuerza.

Titánicas fueron las sacudidas que dió para libertarse de la opresión, pero fueron inútiles.

Altiva es el águila, pero tiene que someterse cuando le cortan las alas.

Sin embargo, los hijos de aquel noble pueblo quisieron que los colores de su pabellón resplandeciesen de nuevo en el hermoso país que les sirvió de cuna.

Sonaban las dos de la tarde en la torre de San Marcos cuando, al extinguirse la segunda vibración, oyóse el rumor que producía una bandada de aves al mover sus alas.

Aquel rumor no podía excitar la atención de ninguno de sus moradores.

Venecianos y austriacos sabían que algunos miles de palomas bajaban diariamente á la plaza en busca del cotidiano alimento.

Sin embargo, aquella tarde la presencia de las palomas produjo una verdadera emoción.

Las aves ostentaban en el cuello un lazo con los colores de la bandera nacional.

Los venecianos aplaudieron con un entusiasmo febril.

Esto excitó la cólera de los austriacos, hasta el punto que cargaron dos piezas de artillería con perdigones y las dispararon sobre los inocentes animales.

La plaza quedó cubierta de palomas muertas y el aire invadido de plumas.

Muchas de las aves remontaron su vuelo, huyendo despavoridas hacia el Adriático.

Los hijos de Venecia lanzaron una exclamación

dolorosa, y prometieron á sus enemigos quitar á las palomas aquel emblema.

Así lo verificaron.

No obstante, hubo algunas que, tal vez por haber oído silbar el plomo muy cerca, ó por ser más asustadizas, negáronse á que las cogiesen, y durante muchos días lucieron en sus cuellos los colores nacionales.

Esto dió origen á que los austriacos tomaran una profunda antipatía á las inocentes palomas.

Una hermosa marquesa, cuyo palacio se hallaba en el Gran Canal, vió una tarde que se posaba una paloma en el alféizar de una de las ventanas de su suntuosa morada.

La marquesa se aproximó muy despacio. Antes de aprisionarla entre sus manos de nieve vió que el pecho del ave estaba enrojecido.

—¡Pobrecilla,—exclamó la marquesa, – está herida!

Y la cogió, sin que la paloma hiciese resistencia.

Desde aquel día, la hermosa dama tuvo el mayor cuidado con su enferma; tanto, que una semana después el ave tenía completamente cicatrizadas las heridas.

Por aquellos días se dijo en Venecia que algunos revolucionarios que sufrían los rigores de la expatriación habían vuelto de *ocultis* á la ciudad.

Esto obligó á los austriacos á redoblar sus precauciones, haciendo que la policía practicase registros en



Arrojó la paloma al espacio

las casas de las personas conocidas por la exaltación de sus ideas.

No había de verse exenta de este registro la morada de la marquesa, que era una de las más ardientes partidarias de las libertades de su país.

La veneciana no dudó en franquear las puertas á los agentes de policía.

No obstante, cuando fueron á penetrar en una de las habitaciones, se opuso, diciendo:

—Señores, aquí es imposible que entréis; esta estancia era la biblioteca de mi marido, y desde su muerte hice la solemne promesa de que nadie, á excepción de mi persona, repasaría los umbrales.

Estas razones no convencieron á los agentes, quienes sospecharon que en aquel aposento ocultábanse sin duda los revolucionarios que buscaban.

La marquesa, viendo su obstinación, abrió la puerta.

En la estancia se hallaba la paloma ostentando con orgullo el emblema de la república.

—Hé aquí el revolucionario,—exclamó la hermosa dama.

Y depositando un beso en el tornasolado cuello del ave, la soltó por la ventana.

El jefe de policía indignóse por aquella burla; y asomándose á la ventana, gritó con toda la fuerza de sus pulmones á varios soldados que vigilaban junto á la puerta de la calle:

—¡Fuego!

No había concluído de pronunciar esta palabra, cuando oyéronse varias detonaciones.

Los soldados habían disparado sobre la paloma; pero ésta, después de posarse un instante sobre la cúpula de Santa María de la Salud, tendió su rápido vuelo hacia el mar.

La marquesa batió las palmas con alegría, lanzando una franca y ruidosa carcajada.

Esta anécdota, que fué muy comentada en toda la ciudad, no tardó en llegar á Viena, y el emperador dió orden para que no se inquietase á aquellos inocentes animales.

Grande era el cariño que los hijos de Venecia tributaban á las moradoras de la torre de San Marcos; pero desde que adquirieron aquella significación política, las aprecian muchísimo más.

La presencia de esos volátiles les produce en el corazón algo parecido á la que experimenta el hombre de mar cuando, deseando ver tierra, se posa un ave sobre los mástiles de su buque.





CAPITULO XLV

En Venecia.



ANUCCI y el marqués de Grimaldi penetraban poco después en la *Hospedería de la Luna*, situada en la gran plaza de San Marcos.

Tanucci, como habíale dicho á su amigo, escribió con antelación al dueño del establecimiento para que tuviera preparadas las mejores habitaciones.

Allí se instalaron, haciendo después los honores á una suculenta comida.

Cuando terminaron, Tanucci dijo á su amigo que necesitaba hacer una visita al príncipe, que hallábase

instalado en uno de los palacios del Gran Canal; después añadió:

—Mañana es forzoso que madruguemos mucho.

—¿Por qué?

—¿Habéis olvidado que llegarán la hermosa Josefina y su padre?

—Es cierto. ¿Iréis á recibirlos?

—Sí.

—Perfectamente. Yo, en cambio, daré un agradable paseo por el canal, pues no conviene que el doctor ni su hija me conozcan.

—Desde luégo; y eso que poco importaría, pues mañana empieza el Carnaval, y creo que cuando realicéis nuestro proyecto aprovecharéis esta circunstancia para llevar cubierto el rostro.

—Es claro.

—¿Massi se hospedará aquí?

—Ya he encargado que le reserven habitación.

—Perfectamente; sois el hombre más previsor que he conocido.

Al siguiente día advirtióse en Venecia una gran animación desde el amanecer.

Los balcones de las principales casas estaban adornados con multitud de farolillos, anunciando que aquella noche habría una de esas iluminaciones famosas en la localidad de que nos ocupamos.

El día amaneció radiante.

Los rayos del sol, al reverberar en las aguas, ofendían los ojos.

La silenciosa Venecia debía dejar de serlo durante los días de Carnaval.

Multitud de góndolas deslizábanse con majestuosa rapidez por el canal, cuyas aguas estaban serenas como la conciencia de un justo.

El doctor Montalbi y Josefina no se hicieron esperar.

Tanucci, apenas desembarcaron, los acompañó á una hospedería.

—Creí que el conde os acompañaría,—dijo.

—No,—respondió el médico;—pero tengo la evidencia de que llegará muy en breve.

—¿Mañana es el día señalado para la boda?

—Con efecto.

Tanucci fijó sus ojos en la hija del doctor.

Ésta hallábase sumamente triste.

El recuerdo de Roberto no se apartaba un instante de su mente.

—¿Habéis estado en Venecia antes de ahora?—la preguntó Tanucci.

—No, señor,—respondióle la joven.

—Ah! ¡Entonces de seguro que os agradará mucho!

—Mi padre me ha hablado de esta ciudad muchas veces con encomio.

—Pero no es posible que la imaginación más privilegiada se forje una idea exacta de sus bellezas.

—Sin embargo, me parece algo triste.

—Con efecto, no puedo negaros que hay aquí cierta melancolía...

—Mucha.

—No existe el bullicio de Nápoles; pero en cambio es ésta una ciudad que predispone como ninguna otra á los encantos de la poesía.

Josefina guardó silencio.

Deseaba poner fin al diálogo.

Aquella tarde llegó á Venecia el conde de Massi.

Inmediatamente dirigióse, acompañado del activo Tanucci, á la hospedería donde se hallaban el doctor y su hija.

Ésta palideció al ver á su futuro.

Massi, después de saludar á Montalbi, sentóse al lado de Josefina.

—¡Cuánto me entristece veros tan preocupada,—dijo á la joven;—pero espero que muy en breve me tendréis algún afecto. Yo he de complaceros en todo, y me esforzaré porque seáis muy dichosa.

La hija del doctor no respondió.

Un estrecho nudo oprimía su garganta.

Una lágrima, más elocuente que todas las frases que hubiese podido proferir, resbaló por sus pálidas mejillas.

Aquella noche, Massi acompañó á don Félix y á su hija hasta las nueve.

Llegada esta hora, despidióse hasta el siguiente día.

Josefina apenas podía contener las aceleradas palpitaciones de su corazón.

—Aun esta noche,—se dijo cuando se quedó sola en su estancia,—me es lícito pensar en Roberto; esto es, en el único hombre á quien amo. Mañana ya no podré hacerlo sin ofender al que va á ser mi esposo.

Josefina se acercó al balcón y, abriendo las vidrieras, apoyó sus brazos en la balaustrada.

La hospedería hallábase situada en una calle por cuyo centro se deslizan tranquilas las aguas del mar.

La luna rielaba en ellas.

La temperatura era apacible.

Josefina dirigió una mirada al cielo, en el que resplandecía la reina de la noche entre millares de estrellas.

La joven exhaló un hondo suspiro y exclamó:

—¡Ah Dios mío! Si en vez de unirme mañana con ese hombre, por el que no siento el menor afecto, me casara con Roberto, ¡cuán hermoso me parecería ese cielo y esta ciudad!

La joven no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

El más pequeño rumor la hacía estremecer.

Ya el producido por el remo al cortar el agua.

Ya el rudo grito del gondolero.

Sus ojos fijábanse con insistencia en la tersa superficie del mar.

Más de una vez pasó por su imaginación la terrible idea del suicidio.

Sin embargo, desvanecióse bien pronto de su cerebro.

Josefina, como saben nuestros lectores, contaba diez y siete primaveras, esto es, hallábase en esa hermosa edad de las ilusiones, en que generalmente no se ha probado el amargo acíbar del dolor.

Era una niña, y aterrábala, por lo tanto, la muerte cuando la faltaba conocer casi todos los placeres de la vida.

Hallábase en lo más profundo de su abstracción, cuando la sacó de ella el leve rumor que producían dos remos.

Josefina fijó sus ojos en el canal.

Sobre sus aguas, argentadas por la luz de la luna, deslizábase majestuosamente una góndola.

Aquella ligera embarcación, negra como una noche sin luceros, llevaba corridas las cortinas del camarín.

La hija del médico sintió que su corazón aceleraba sus palpitaciones.

Una esperanza brilló en su alma, como brilla la aurora cuando huyen las sombras de la noche.

—¿Será él?—preguntóse, refiriéndose á Roberto.—¿Me habrá seguido hasta aquí? ¿Querrá darme el último adiós?

Estas preguntas hacíase Josefina fijando con avidez sus azules pupilas en la góndola.

Hubiera querido descubrir con su mirada el interior del camarín de la barca.

El gondolero iba entonando una canción, uno de esos aires monótonos y cadenciosos que se denominan barcarolas.

Su varonil acento vibraba en el silencio de la noche con una melancolía encantadora.

Cuando la góndola pasó por debajo del balcón en que se hallaba Josefina, la cortina del camarín se levantó.

Un joven que iba en el interior fijó sus negros ojos en la joven.

Era el marqués de Grimaldi.

Josefina exhaló un suspiro.

Aunque no había podido apreciar bien las facciones del marqués, comprendió desde luégo que no era su amado.

—Roberto me dijo que no volvería á interponerse en mi camino, y, por desgracia, veo que cumplirá su promesa.

Y enjugándose una lágrima con su fino lenzuelo, retiróse del balcón, cerrando después las vidrieras

Josefina se sentó en un diván.

Allí pasó el resto de la noche.

Cuando empezaron á brillar en el cielo los tibios reflejos de la alborada, la joven estaba pálida como una muerta.

Eran las siete de la mañana cuando don Félix penetró en el aposento de su hija.

Al verla, acarició con su mano sus rubios cabellos.

—¡Qué hermosa estás, hija de mi alma! Se compren-

de bien que el conde se haya prendado de tus hechizos.

Josefina guardó silencio.

Su padre continuó diciendo:

—Te encuentro preocupada y triste; pero estas impresiones han de desvanecerse muy pronto. Ya verás qué dichosa eres al lado del hombre que va á ser tu esposo. Te hallas bajo los efectos de una falsa creencia: imaginas que Massi es un libertino, y puedo darte pruebas de lo contrario.

—¿Cuáles, padre?

—No te negaré, – continuó el anciano, – que tu futuro ha tenido en su vida una época algo turbulenta; pero esto es disculpable en un hombre cuando goza de la más absoluta libertad. En cambio ahora afirman personas respetables, como Tanucci, que Massi es modelo de conducta. Sonríe, pues, que no vea yo la tristeza en tus ojos. Si no estuviera convencido de que vas á ser dichosa, ¿crees que consentiría que se realizase tu unión?

—¡Ay, padre mío, tal vez tu buen deseo te engañe!

—No lo creas; ya verás cómo cambias de opinión.

—¡Ojalá!

—¡Quién duda que así ha de ser!

Uno de los dependientes de la hospedería presentóse llevando el desayuno.

Josefina no pudo probar bocado.

El bueno del doctor, en la preocupación de su hija no veía más que esos efectos naturales que experi-

menta toda mujer el día en que va á celebrarse su boda.

A las doce presentóse Massi, llevando á Josefina magníficos regalos, entre ellos el blanco traje de desposada, adornado con los simbólicos ramos de azahar.

Debía celebrarse la unión en Santa María de la Salud, hermoso templo situado en el Gran Canal; esto es, en lo más fantástico y encantador de Venecia, en el sitio que más predispone la imaginación á los ensueños de la fantasía.

Por las calles advertíase esa gran animación que que á la reina del Adriático presta el carnaval.

Multitud de máscaras discurrían por los puentes, ó paseábanse en las góndolas.

Aquella noche se esperaba con regocijo, lo mismo por la gente noble que por la plebeya.

Llegó el crepúsculo.

Josefina lucía el traje nupcial y el aderezo de brillantes que le regaló Tanucci.

Estaba exuberante de hermosura.

Seguida de don Félix y del ayo del príncipe, dirigióse con incierto paso hacia la iglesia.

Ya no era posible retroceder.

La joven iba impulsada hacia el templo como las aguas del río hacia el mar, que no pueden pararse aunque saben que han de encontrar la muerte entre las ondas azules del Océano.

Josefina sentía en aquel instante cierta vaguedad en las ideas.

Parecíale que se hallaba bajo los efectos de un enojoso sueño.

Sin embargo, todo cuanto á su alrededor pasaba era una realidad.

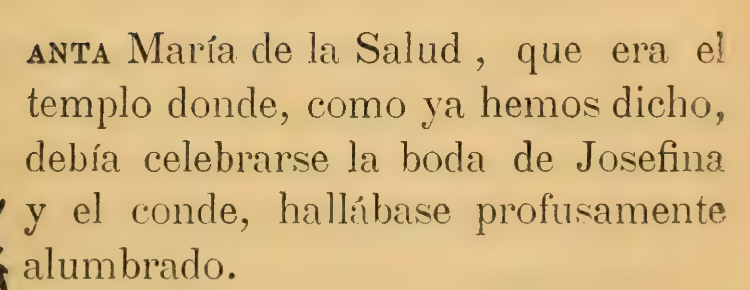
Pocos instantes después sería la esposa del conde de Massi.





CAPITULO XLVI

El enlace.



Santa María de la Salud, que era el templo donde, como ya hemos dicho, debía celebrarse la boda de Josefina y el conde, hallábase profusamente alumbrado.

La joven, acompañada por su padre, penetró en la iglesia con paso incierto.

Seguíanlos el conde de Massi y el señor de Tanucci.

Ambos se aproximaron á Montalbi y á su hija, que se hallaba exuberante de belleza.

En el templo esperaban también dos damas venecianas á quienes conocía el doctor, una de las cuales habíase prestado gustosa á ser la madrina.

El enlace debía celebrarse sin esa animación que prestan los convidados.

Si el desposorio hubiera tenido lugar en Nápoles, la concurrencia hubiese sido inmensa, pues Montalbi tenía en aquella ciudad multitud de amigos.

El conde de Massi ofreció su brazo á Josefina.

Ésta apenas se apoyó en él.

Un suspiro escapóse de sus labios de carmín.

Los novios avanzaron lentamente hacia el altar mayor.

En él aguardaba el sacerdote que debía bendecir la unión.

Josefina estaba pálida como el mármol.

El momento crítico se acercaba.

Muy en breve sería la esposa de Massi; esto es, del hombre que en un principio la inspiró simpatía, pero que había llegado á serle odioso.

Los novios subieron la grada que conducía al altar.

Josefina no se atrevía á levantar los ojos del suelo.

Empezó la ceremonia.

Cuando el ministro de Dios preguntó al conde si quería por esposa á Josefina, Massi respondióle afirmativamente con acento seguro.

En cambio, la joven respondió á la interrogación del sacerdote con un leve movimiento de cabeza.

El sacerdote los bendijo.

Cuando Josefina se puso en pie, apenas pudo sostenerse.

Su padre la dió un estrecho abrazo.

Tanucci daba entre tanto un apretón de manos al conde de Massi.

Todos salieron del templo, dirigiéndose á la plaza de San Marcos, que era donde el conde había alquilado una magnífica casa.

Apenas llegaron á ésta, el doctor Montalbi se aproximó á su hijo político.

—Te ruego, —le dijo,—que permanezcas algunos instantes con Tanucci, pues necesito hablar con Josefina antes de partir.

—¿Antes de partir?

—Sí; bien sabes que mi deseo sería permanecer á vuestro lado unos cuantos días, pero me es imposible.

—¿Por qué?

—Hubiera querido que vuestra boda se realizase en Nápoles; esto te lo digo ahora que ya no es posible.

—Pero explicadme...

—Después de velar por mi hija, que ha sido el deber que siempre consideré principal, tengo otro que no es para mí menos sagrado.

—¿Y cuál es?

—El de velar por mis enfermos,—respondió el doctor:—al venir á Venecia he dejado algunos en estado verdaderamente grave. ¿No crees que es un deber de conciencia que los abandone el menos tiempo posible?

—Desde luégo. Y ¿cuándo pensáis emprender el camino?

—Hoy mismo.

—¿Tan pronto?

—No hay más remedio.

Massi guardó silencio.

La resolución de Montalbi le agradaba sobre manera.

De este modo, el padre de Josefina no tendría noticia de los sucesos que para aquella noche se preparaban.

—Descuidad,—le dijo al doctor:—yo permaneceré con el amigo Tanucci mientras habláis con vuestra hija. Mucho siento la rápida determinación que habéis tomado, pero no seré yo quien trate de disuadiros de vuestra idea. La asistencia á vuestros enfermos es muy sagrada.

El doctor Montalbi hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

Luégo salió de la estancia, dirigiéndose á la de Josefina.

La joven habíase despojado de su blanco traje de desposada, cambiándole por otro más sencillo.

Cuando su padre llegó al aposento, sus ojos estaban húmedos por el llanto.

El doctor estuvo observándola algunos instantes.

Luégo dijo:

—Josefina, veo en tus ojos las huellas del llanto; no me explico la causa de tu tristeza. Dentro de breves momentos voy á partir, pero deber mío es darte un consejo antes de hacerlo.

—¿Vas á partir, padre?—preguntó la joven, sorprendida y revelando el disgusto que sentía.

—Sí; mi profesión no me permite estar lejos de Nápoles.

—¡Pero al menos permanecerás á mi lado algunos días!

—No, esta misma tarde emprendo el viaje de regreso.

Josefina inclinó la cabeza sobre el pecho.

Èl doctor rodeó con sus brazos la esbelta cintura de la joven, y, atrayéndola hacia sí, la dijo:

—Hija de mi alma, bien sabes que te adoro y que, por lo tanto, no he de querer más que tu felicidad. El hombre de quien eres esposa te ama y ha de hacerte dichosa. Procura, por lo tanto, vencer la infundada aversión que le profesas; que nunca llegue él á conocerlo, porque, como es natural, se resentiría su amor propio, y seríais muy desgraciados. Eres muy niña, no cuentas más que diez y siete años, y esas genialidades desaparecerán por completo. Poco tardaréis, según me ha dicho tu marido, en regresar á Nápoles, y tengo la evidencia de que cuando nos veamos de nuevo habrás cambiado por completo de opinión. ¿No es verdad, Josefina mía?

—Sí, padre,—respondió la joven, haciendo un esfuerzo para disimular la profunda tristeza que la ahogaba.

—Yo me alejo tranquilo con la promesa que acabas de hacerme; pero antes de partir quiero decirte que la casa de tu padre siempre es la tuya, y que en cualquier ocasión te recibiré con los brazos abiertos.

Josefina prorrumpió en sollozos.

El doctor la estrechó de nuevo, y luégo dijo:

—Adiós, hija mía, hasta muy pronto.

Montalbi salió de la estancia, volviendo á aquella en que hallábase el conde conversando con Tanucci.

Éste dijo al anciano:

—Doctor, acabo de saber por Massi que habéis resuelto partir hoy mismo.

—Con efecto.

—Veo que sois esclavo de vuestros deberes; y aunque nos contraría á todos vuestra partida, no seré yo quien trate de deteneros.

El doctor, Tanucci y Massi salían pocos momentos después de la casa, dirigiéndose hacia el Gran Canal.

Allí aguardaba una góndola, que debía conducir al doctor hasta el buque que verificaba la travesía de Venecia á Nápoles.

Montalbi estrechó la mano de Tanucci.

Luégo dió un abrazo á su hijo político.

—Ama mucho á mi Josefina,—díjole con voz trémula por la emoción;—ella es muy buena, y de seguro que ha de hacerte dichoso.

—Estoy convencido de ello.

El anciano penetró en la góndola.

El encargado de guiarla saltó al interior, y apoderándose del remo, hizo que la barca se pusiese en movimiento.

—¡Pobre anciano!—exclamó Tanucci cuando la

góndola estuvo á alguna distancia.—¡Qué lejos se halla de sospechar nuestra estratagema!

—Con efecto.

—Ahora es preciso que volváis al lado de Josefina; dentro de breves instantes iré para comunicaros que el príncipe desea que vayáis á España á cumplir una misión importante.

—Perfectamente.

—También es necesario que no olvidéis que esta noche debéis llevar á vuestra esposa á admirar la animación del Gran Canal.

—Os comprendo.

El conde dirigióse hacia la plaza de San Marcos.

Sentía verdaderos deseos de que terminase aquella farsa.

—¡Ah maldito hebreo,—exclamó, refiriéndose á Jacob,—cuán caro me cuesta el oro que te arrebaté!

Massi penetraba en su casa poco tiempo después.

Dirigióse al aposento de Josefina.

La joven hallábase reclinada en un sillón.

Al ver á su marido, dirigióle una tímida mirada.

—Esposa mía,—dijo Massi,—tu padre ha partido ya; veo en tu rostro el disgusto que esto te ha causado; pero, qué remedio, verdaderamente no podía abandonar á sus enfermos.

—Bien lo sé,—dijo la joven.

—Le he prometido que muy en breve volveremos á Nápoles, y no dudes que así será. Sonrían, pues, tus labios; no quiero ver tu rostro entristecido.

Josefina se sonrió, pero su sonrisa recordaba esos pálidos rayos del sol de invierno.

—Esta noche,—prosiguió Massi,—daremos un paseo en góndola; ya verás qué delicioso se halla el canal de Brenta. Máscaras que pueblan millares de góndolas, y cuya algazara predispone á la alegría; edificios profusamente iluminados; música por todos lados; en fin, te aseguro que has de pasar bien la velada.

Josefina no respondió.

¿Qué la importaban á ella todas las locuras del carnaval, si su corazón estaba de luto?

Iba Massi á seguir hablando, cuando abrióse la mampara.

Un criado anunció al señor de Tanucci.

—Que pase en seguida,—ordenó el conde.

El ayo del príncipe penetraba en el aposento algunos instantes después.

—Amigo mío,—dijo después de inclinarse con respeto delante de Josefina,—os traigo una noticia satisfactoria.

—¿Cuál?

—El príncipe Carlos se ha acordado de vos.

—Tanta honra...

—Y os confía una importante misión para España.

—¿A mí?

—A vos, amigo mío.

—Mucho agradezco tan alta distinción.

—Parece que el asunto es urgentísimo; así es que convendría que os presentaseis á su alteza.

—¿Hoy mismo?

—Cuanto antes.

—Bien.

Y fijando sus ojos en Josefina:

—Esposa mía,—dijo,—deseo que para dentro de dos horas te halles dispuesta para salir. Ya sabes que esta noche daremos un paseo por el canal. El príncipe no me detendrá mucho.

Y esto dicho, Massi salió de la estancia, seguido del señor de Tanucci.





CAPITULO XLVII

El rapto.



NA sonrisa se dibujó en los labios de la hija del doctor apenas salieron de la estancia su marido y Tanucci.

—El príncipe le encomienda una misión para España, - exclamó la joven. —Es probable que la estancia de Massi en ese país se prolongue. ¡Ah! Quiera Dios que así suceda, pues de ese modo podré permanecer al lado de mi padre. No creo que se niegue mi esposo á este justo deseo.

Josefina se levantó, agitando luégo el cordón de la campanilla.

Una doncella presentóse.

—¿Qué mandáis, señorita?

—Ayúdame á vestir. Trae mi mejor traje y mis más ricas joyas.

La doncella salió del aposento, volviendo al poco rato con lo que su señora acababa de indicar.

Josefina vistióse un traje de seda azul, adornado con magníficos encajes de Bruselas.

Adornóse también con el aderezo que pocos días antes la había regalado Tanucci.

Estaba resplandeciente de hermosura.

Al verse reproducida en la luna de Venecia de su tocador, una sonrisa dibujóse en sus labios, cárdenos y puros como el cáliz de una amapola.

—¡Cuán bella estáis, señorita! —exclamó la doncella.

Eran las ocho de la noche cuando el conde de Massi regresó á su casa.

Al ver á Josefina, no pudo reprimir una exclamación de asombro.

Jamás la había visto tan hermosa.

Sus rubios cabellos ornaban su frente, blanca é inmaculada como la nieve.

Sus ojos azules tenían esa arrobadora expresión que daba á sus imágenes el inmortal Murillo.

¿Qué pensamientos cruzaron por la imaginación del conde?

No es difícil adivinarlos.

Aquella hermosísima mujer con quien se había unido, debía aquella misma noche salir de la casa en

que se hallaba, pasando á la morada del príncipe.

Massi experimentaba en aquel instante algo parecido á lo que debe sentir el pescador de perlas al tener en sus manos una de esas preciosas concreciones que se forman en lo interior de la concha.

—Esta perla es mía,—exclamó;—pero necesito desprenderme de ella, venderla á cambio de un puñado de oro.

Josefina fijó sus ojos en los de Massi.

—¿Habéis estado en palacio?—preguntó.

—Sí,—respondióla el joven.

—Y ¿qué os ha dicho el príncipe?

—Que es forzoso que parta á España cuanto antes.

—¿Esta noche?

—No; para esta noche os prometí que daríamos un agradable paseo por el canal, y quiero cumplir lo ofrecido.

—¡Ah! Si es sólo en eso en lo que estriba vuestra detención, no quiero que os expongáis al enojo del príncipe. Yo, si me lo permitís, partiré á Nápoles, esperando vuestro regreso en la casa de mi padre.

—No, Josefina; esta noche permanezco en Venecia; tengo una orgullosa satisfacción en que os vean á mi lado.

—Como queráis,—dijo la joven, sin poder disimular su disgusto.

Y sentóse en un diván.

Massi estuvo contemplándola algunos momentos.

Luégo, atraído por la fascinadora hermosura de la

hija del doctor, fué aproximándose á ella poco á poco.

El conde se sentó en el mismo diván que ocupaba su esposa.

—¡Qué bella sois!—exclamó.

Y apoderóse de una de sus manos.

Josefina se estremeció.

Massi iba á depositar un beso en aquella mano blanca como el alabastro, cuando abrióse la mampara, dando paso al señor de Tanucci.

El conde no pudo reprimir un movimiento de disgusto.

Púsose, sin embargo, en pie, procurando disimular con una sonrisa lo contrariado que le dejaba aquella inoportuna visita.

—Señores,—dijo el ayo del príncipe, afectando no haber advertido el disgusto de Massi,—una góndola espera; la noche está hermosísima; ¿qué hacéis aquí todavía? Vamos á ver las iluminaciones y á oir los acordes de la música.

—Sí, vamos,—dijo el conde.

Y ofreció su brazo galantemente á Josefina.

La joven se apoyó en él.

—Comprendiendo,—continuó Tanucci,—que dos recién casados tienen mucho que hablar, he hecho que preparen una góndola para los novios.

—¿Y vos?—preguntó Josefina, que no perdonaba ocasión para no quedarse sola con su marido.

—Yo,—respondió el interpelado,—iré en otra góndola.

—Señor de Tanucci, vuestra compañía nos sería sumamente grata.

—Mil gracias, pero no me gusta ser importuno.

Josefina, del brazo de su marido, y Tanucci, salieron de la casa, cruzaron la plaza de San Marcos, que estaba llena de gente, y aventuráronse hacia el Gran Canal.

A pesar de la triste situación de ánimo en que la joven se hallaba, no pudo menos de sorprenderse en presencia de la hermosa perspectiva que presentaba aquella encantadora ciudad.

Los que visitan Venecia creen hallarse transportados á las poéticas regiones de los ensueños.

Pero cuando creció el asombro de Josefina fué al llegar al Gran Canal.

Los palacios parecían surgir del agua, reflejándose en la azulada superficie de aquellas linfas azuladas, fiel espejo de un cielo tachonado de resplandecientes estrellas.

Todos los balcones de los edificios, así como la multitud de puentes, entre éstos el de Rialto, esa maravilla de la estética, hallábanse iluminados por miles de farolillos de distintos colores.

Josefina olvidábase en aquel instante que iba en la góndola al lado del conde; sólo pensaba en admirar la serenidad de la noche, los argentinos rayos de la luna, los cadenciosos rumores de las aguas, hendidas por millares de esas extrañas embarcaciones propias de la localidad á que nos referimos.

Estas iban llenas de máscaras vestidas con caprichosos trajes, las cuales gritaban y reían con ese júbilo que siente la juventud en carnestolendas.

Massi iba silencioso.

Aquella vez fué Josefina la primera que habló, diciendo:

—¡Qué hermosa es Venecia!

—Mucho,—respondió Massi, saliendo de sus profundas abstracciones;—sin embargo, bajo este espléndido cielo también se albergan corazones mezquinos y odiosos.

—Parece imposible,—exclamó la joven.

—Se os resiste creer que hay seres infames, porque vuestra alma es buena y no puede comprender que bajo el hermoso cielo de Italia puedan abrigarse más que corazones tan cándidos como el vuestro. Sin embargo, recordad que esta hermosa tierra que nos sirvió de cuna ha sido la patria de los más célebres bandidos.

—Cierto, y no podéis imaginaros el terror que siempre me han inspirado esos malhechores.

—¿Por qué?

—Lo ignoro: es una verdadera preocupación que no puedo explicarme, pues carece en absoluto de fundamento.

—Creí que habíais tenido algún desagradable encuentro con ellos.

—Nunca, ni Dios lo permita,—dijo la joven.—Mi padre referíame á veces, particularmente en mi infan-

cia, anécdotas de bandidos y misteriosas aventuras que alejaban el sueño de mis párpados.

—¡Si conocierais la azarosa vida del veneciano Esbarti!

—No la conozco.

—Era un célebre bandido, quizás el más temible, porque era un hombre que distaba mucho de la vulgaridad de casi todos los malhechores.

—Jamás le oí nombrar.

—¿Queréis que os refiera alguno de los episodios de su vida?

—¿Por qué no?

—De esta manera os convenceréis de que, cuando un hombre tiene predisposición hacia lo malo, no necesita refugiarse en las asperezas de las montañas.

—¿Vivía en Venecia ese bandolero?

—Esta ciudad fué el teatro de sus criminales hazañas, y durante algunos años no hubo quien pudiera prenderle.

—¡Es singular!

—Esbarti,—prosiguió el conde,—era casi un niño cuando, siguiendo sus inclinaciones aventureras, abandonó la casa de sus padres. Afirman los que le conocieron que la naturaleza había sido muy pródiga con él, pues además de ser un gallardo mancebo, pertenecía á una ilustre familia, teniendo también una inteligencia muy clara.

—¡Lástima que con esas dotes se extraviase!

—Con efecto. Esbarti se enamoró ciegamente de una

bella joven que sostenía amores con un caballero. Cuantas gestiones hizo para desbancar á su afortunado rival, fueron inútiles; y una noche, cuando éste hablaba con su amada á través de la reja, Esbarti sintió el áspid de los celos, y asesinó al amante. Unos dicen que luchó con él en buena lid, y otros que le quitó la vida por la espalda.

—¡Qué horror!

—Lo cierto es que el bandido se vió en la imprescindible necesidad de ocultarse á los ojos de la justicia, pues el muerto era persona de valimiento, y su familia no dejó de hacer gestiones para que Esbarti sufriera el castigo á que se había hecho acreedor.

—¿Y qué resultado dieron esas gestiones?

—Por el pronto, ninguno. Esbarti no se alejó de Venecia; por el contrario, no sólo no pensó en huir, sino que desde el día en que dió la muerte á su rival no dejó que pasase semana sin hacer alguna fechoría de las suyas.

—Tendría quien le protegiera.

—Su espada y su valor.

—¡Parece imposible!

—Esbarti, pocas noches después de los sucesos que he narrado, penetró en la casa de la mujer que amaba, y se la llevó, de lo que se estuvo hablando en Venecia durante muchos días.

—¿Esa joven viviría en una calle poco céntrica?

—No lo creáis: vivía en la misma plaza de San Marcos.

—Y ¿cómo pudo llevar á cabo el bandolero tan arriesgada aventura?

—Porque, como antes he dicho, no era hombre que retrocedía ante peligros y dificultades; por el contrario, éstos eran su elemento.

—¡Qué hombre, Dios mío!

—Esbarti llevó á la joven Isabela á una casa situada cerca del puente de los Suspiros.

—¡Cuánto sufriría la pobre joven al verse en poder de ese infame!

—Esbarti cayó á los pies de Isabela, suplicándola que correspondiese á la devoradora pasión que sentía; pero la joven le trató con el mayor desdén.

—Se comprende que así lo hiciese, cuando su corazón pertenecía á otro y el que la solicitaba era un hombre indigno de ella.

—Transcurrió algún tiempo. Esbarti consiguió al cabo hacerse dueño del cariño de Isabela; y como no puede existir verdadero equilibrio en el amor, esto es, que siempre ha de haber un tirano y un esclavo, á medida que la joven fué amándole, Esbarti fué desprendiéndose de su afecto.

—¡Qué infamia!

—La última aventura del bandolero tuvo lugar muy cerca del sitio en que nos hallamos.

—¿En el Gran Canal?

—En las inmediaciones del Sido.

—Y ¿qué aconteció?

—Era una hermosa noche, tan espléndida como la

que estamos admirando ahora; también era carnaval, y multitud de máscaras columpiábanse en góndolas, gallardamente, sobre las aguas del Brenta. Aquella noche habíase unido una gentil veneciana con un ilustre caballero que cifraba en ella todo su amor.

—¿Y acaso Esbarti se interpuso en el camino de los cónyuges?

—Precisamente.

—¿Para robarles cuanto llevaban?

—No, para arrebatar á la hermosa joven.

—¡Ah Dios mío! ¿Pero el esposo la defendería hasta morir?

—Según dicen, mucho era su arrojo, pero no le bastó para evitar que la joven fuese una de las víctimas del bandolero.

—¿Luego la arrebató de los brazos de su esposo?

—Sí.

—Sólo el oir esa narración me estremece: ¡cuánto padecería la desgraciada al verse en poder de un infame!

—El marido luchó cuanto pudo, pero Esbarti dióle una estocada mortal.

La hija de Montalbi exhaló un suspiro.

La relación de aquella historia la aterraba.

Instintivamente su mano de nieve levantó una de las cortinillas que cubrían una de las ventanas del camarín.

Una ligera palidez cubrió su rostro.

La góndola habíase alejado del Gran Canal.

En vez del bullicio de las máscaras, advertíase el más profundo silencio.

—¿Adónde vamos?—preguntóle á Massi.

Este se asomó por la otra ventanilla.

—Hacia el Sido,—respondió después de un instante.

—¿Hacia el Sido?

—Sí; ya veréis qué hermosas perspectivas se disfrutan.

—Pero...

Y la joven dudó en proseguir.

—Acabad.

—¿No es el Sido el lugar en que Esbarti robó á aquella recién casada?

—Sí.

—¿Y no teméis que se repita aquella desagradable aventura?

—No; Esbarti no se halla en Venecia hace muchos años; todo hace creer que ha muerto, ó por lo menos que se halla en remotos países.

—¿Y si no fuese así?

—Quién piensa en semejante cosa. Sin embargo, si deseáis que volvamos á la ciudad, diré al gondolero que reme en distinta dirección.

—Sí, tengo miedo.

Y Josefina, al decir esto, sacó su rubia cabeza por fuera de la ventanilla.

Hacia ellos aproximábase lentamente una góndola.

La joven se estremeció.

Sentado en la parte de proa iba un hombre vestido de negro, que llevaba cubierto el rostro con un antifaz.

Al lado de éste iba otro enmascarado.

Josefina se acordó de la historia que acababa de referirle su marido.

—¿Será ese hombre Esbarti?—pensó.

Y sus ojos se fijaron con insistencia en el encubierto.

Del camarín de la misteriosa góndola salieron otros dos hombres.

El espanto de Josefina aumentaba por instantes.

La joven dejó caer la cortina de terciopelo, é instintivamente se aproximó á Massi.

—¿Qué os sucede?—la preguntó éste.—Os encontráis pálida y temblorosa.

—No, no es nada.

La góndola en que iban nuestros protagonistas se detuvo de pronto.

El conde se levantó.

—¿Qué es esto?—dijo, afectando una sorpresa que se hallaba muy lejos de sentir.

Y no había terminado de hacer esta pregunta, cuando en la puerta del camarín se dibujó la silueta de un hombre.

Era el encubierto.

Josefina exhaló un grito.

Massi desenvainó su espada.

El enmascarado hizo lo mismo.

Se trabó la lucha.

La hija del doctor vió que su esposo era acometido por otros dos hombres.

No pudiendo soportar la terrible emoción que experimentaba, hizo un esfuerzo para levantarse, cayendo desplomada y sin sentido sobre los cojines de terciopelo.

El encubierto guardó su acero.

Massi hizo lo propio.

Una vez que Josefina había perdido el conocimiento, no se necesitaba continuar la farsa.

—¿Sois vos, marqués?—preguntó Massi.

—El mismo,—respondió el conocido acento de Grimaldi, pues no era otro el enmascarado.

Y después de dar esta respuesta, cogió entre sus brazos á Josefina.

—Ahora, conde,—dijo,—ya sabéis que os conviene partir á España. El príncipe no olvidará nunca el servicio que esta noche le habéis hecho.

—Grande ha sido el sacrificio.

—Mayor aún será la recompensa.

—Tal espero.

Grimaldi, ayudado de los criados que le acompañaban, condujo á Josefina á la otra góndola.

La joven parecía que se hallaba muerta.

El marqués la acomodó en el interior del camarín.

—Remad hacia el Sido, - ordenó á los criados.

Y haciendo un amistoso saludo á Massi, le dijo:

—Amigo mío, hasta la vista. No creo que vuestra permanencia en España se prolongue mucho.

Las dos góndolas se pusieron en movimiento en dirección contraria.

Massi respiró con fuerza.

—¡Gracias á Dios,—dijo,—que ha terminado esta aventura! Ahora volveré á Nápoles en busca de mi adorada Felisa para que me acompañe á España.

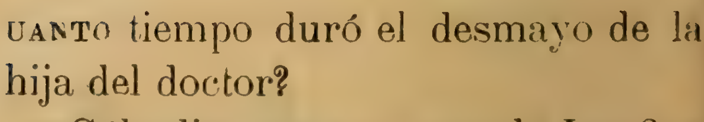
Dejémosle por ahora, y sigamos al marqués de Grimaldi y á la desdichada Josefina.





CAPITULO XLVIII

Revelaciones desgarradoras.



CUANTO tiempo duró el desmayo de la hija del doctor?

Sólo diremos que, cuando Josefina recuperó el conocimiento, los reflejos rosados de la aurora penetraban tímidamente á través de un cortinón de damasco grana que cubría el balcón de la estancia.

La joven abrió los ojos.

Luégo pasóse la mano por la frente procurando coordinar sus ideas.

Después dirigió una mirada al rededor del lujoso aposento en que se hallaba.

Este era espacioso.

En una de sus paredes, cubiertas de tapices de gran valor, había una chimenea de negro mármol con medias cañas de bronce.

En el centro de la habitación había una mesa de ébano de forma elíptica, con incrustaciones de plata, oro y marfil.

Una lámpara de cristal de roca y bronce pendía del techo, el cual estaba artísticamente pintado al fresco.

Josefina hallábase en un lecho de ébano con preciosas incrustaciones.

La joven se incorporó.

Sus cabellos cayeron desordenados sobre las blancas almohadas, semejando una madeja de oro.

—¿Qué es esto, Dics mío, dónde estoy?—preguntóse.

Y llevóse de nuevo la mano derecha á la frente, como queriendo despertar de un sueño.

Sin embargo, bien pronto convencióse de que cuanto la sucedía era realidad.

La joven saltó del lecho, poniendo sus diminutos pies sobre la mullida alfombra.

Luégo dirigióse hacia la puerta.

Acababa de coordinar perfectamente sus ideas.

—Sí, no hay duda,—exclamó, temblando como la hoja en el árbol cuando siente el impulso de la brisa;—esta morada debe ser la del bandolero Esbarti.

La joven trató de abrir la mampara de la estancia, pero ésta hallábase cerrada con llave por la parte exterior.

Entonces, exhalando un profundo suspiro, dejóse caer con abatimiento en uno de los sillones que adornaban la estancia.

—¡Ah Dios mío,—exclamó,—cuán desgraciada soy!

Dicho esto, enjugó rápidamente con su lenzuelo las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Habían llegado hasta ella rumores de pasos.

No quería que Esbarti, en cuyo poder pensaba hallarse, la encontrase abatida, sino altiva y enérgica.

Instantes después sintió el ruido que produjo la llave de la puerta al girar en la cerradura.

Sus ojos fijáronse en el dintel.

La mampara abrióse lentamente, dando paso á una doncella.

Las facciones de ésta eran agraciadas, predisponiendo, por lo tanto, á la simpatía.

—¿Llamabais, señorita?—preguntó la aparecida.

—Sí; quiero que inmediatamente me franqueéis la puerta, deseo salir de esta casa.

—¡Ah señorita, eso es imposible! Estáis delicada, es muy temprano, y la brisa de la mañana os sería perjudicial.

—No importa; quiero salir de esta casa, que no es la mía.

—¿Que no es la vuestra?

—¡Qué ha de serlo!

—Tengo noticias de todo lo contrario; me consta que cuanto en esta suntuosa morada se encierra os pertenece.

—¡A mí!

—A vos: ¿qué os sorprende?

—¿No ha de extrañarme lo que me decís? Yo no tengo más casa que la de mi marido.

—Vaya, señorita,—dijo la italiana con dulzura;—lo que ahora debéis hacer es acostaros; estáis muy nerviosa; os traeré una taza de tila.

—No, no quiero más que salir de aquí.

—Si os lo permitiese, me reñirían.

—¿Quién?

—El señor.

—No reconozco derecho para detenerme más que en mi marido. ¿Os referís, por lo tanto, al conde?

—No, señora; me refiero al ilustre y gallardo joven en cuya casa estáis.

—¿Al infame Esbarti, á ese bandolero sobre cuya conciencia pesan tantos crímenes?

—¡Qué locura! ¿Quién os ha dado noticias tan equivocadas?

—¿No es éste su palacio?

—No, señora.

—Entonces, ¿dónde estoy?

—Pues en la casa de un joven caballero que os ama hace tiempo.

Al oir esta respuesta, una idea cruzó rápidamente por la imaginación de Josefina.

¿Sería aquella casa de Roberto Estrañi, su antiguo amado, esto es, el único hombre que era dueño de su alma?

La doncella acababa de decirla que la vivienda en que se hallaba pertenecía á un joven que sentía por ella una antigua pasión.

Ella no podía sospechar la ardiente llama que encendió en el pecho del príncipe.

Sin embargo, aquella sospecha fué desechada.

—No,—se dijo;—Roberto era pobre; no es posible que haya adquirido una fortuna en el corto transcurso de unos días; además, él, tan caballero, tan noble, no hubiera sido capaz de apelar á medios tan extremos.

Josefina fijó de nuevo sus azules ojos en la doncella.

—¡Basta!—dijo con acento imperioso.—He dicho que quiero salir de aquí, y no admito que nadie se oponga á mi deseo.

—¡Pero si lo que pretendéis es imposible, señorita!

—¿Por qué?—preguntó la joven con impaciencia.

—Por las razones que os he expuesto antes.

—No reconozco autoridad sobre mí más que en mi padre ó en mi marido.

—¿Y si ese joven que tanto os ama os ruega que permanezcáis aquí?

—No le complaceré.

—Haréis mal, y es posible que al verle cambiéis de opinión.

—Eso nunca.

—Es gallardo.

—¡Qué me importa!

—Es opulento.

—Jamás fuí interesada.

—Es noble.

—Poco lo ha demostrado.

—Os ama.

—No lo prueba, cuando me ofende.

—No lo creáis.

—Estoy convencida de que no me equivoco.

—Tal vez sí,—dijo el príncipe, que había escuchado el diálogo oculto detrás de la mampara.

Y al decir estas palabras, penetró en el aposento.

La joven dirigió una mirada á don Carlos.

Su asombro no tuvo límites.

En seguida le reconoció, pues habíale visto varias veces en Nápoles.

—¡El príncipe!—exclamó.

Don Carlos hizo una seña á la doncella para que se alejase de la estancia.

La sirviente obedeció.

Hubo un instante en que los dos jóvenes guardaron el más profundo silencio.

Josefina habíase quedado presa de la mayor estupefacción.

Don Carlos fué el primero que habló después de aquella pausa.

—Efectivamente, señora, soy el príncipe, que os amo y que no puedo ser dichoso sin que me correspondáis.

—¡Señor!...

—Josefina, comprendo que he obrado mal, que mi

conducta para con vos no es digna de mi alto linaje, pero hay una disculpa en mi abono. Os amo; y cuando el alma se encuentra poseída de una pasión como la que habéis sabido inspirarme, no repara en obstáculos, no se detiene ante barreras, por grandes é infranqueables que parezcan.

—¡Señor!...—repitió Josefina, cada vez más turbada, pues la presencia del príncipe había helado la sangre en sus venas.

—Sé que me censuraréis; conozco que en este momento os parezco el hombre más despreciable; pero es posible que oyéndome cambiéis en breve de opinión.

—Eso nunca, príncipe.

—He de demostraros de tal modo la pasión que os profeso, que hasta comprenderéis el paso que acabo de dar.

—¡Ah señor, vuestra alteza olvida sin duda que he contraído hoy mismo sagrados deberes!

—Lo sé.

—¿Que lo sabéis?

—No ignoro que estáis casada con el conde de Massi.

—Y entonces, ¿qué pretendéis de mí, qué es lo que os inspiro? Una pasión bastarda, solicitando una correspondencia criminal.

—Así la calificaría el que no se haya nunca apasionado; pero yo no.

—Vos, como todos.

—No lo creáis. ¿Quién pone en duda que hay á ve-

ces circunstancias atenuantes aun para disculpar los hechos más censurables?

—No os comprendo.

—Vos, Josefina, no amáis al hombre con quien os habéis unido.

—Mucho asegurar es eso.

—No, vos no le amáis; me consta.

Estas palabras fueron pronunciadas por el príncipe con acento de profunda convicción.

—¿En qué os fundáis para creer que no amo al hombre con quien me he unido?

—Josefina, os lo diré.

—Os escucho.

—¿Vais á negarme que en Nápoles, esto es, en esa hermosa ciudad que fué vuestra cuna, amabais á un joven con el que os hubierais casado á no interponerse en vuestro camino el conde de Massi?

La joven, al oir esta pregunta, fijó sus ojos en el príncipe.

—¿Quién os ha revelado hasta los más profundos secretos de mi corazón?—preguntó después de un instante.

—¿Luego ya confesáis que es cierto lo que acabo de decir?

—Sí, príncipe: ¿á qué negaros lo que sabéis? Yo amaba á otro: si no fuera porque ya no soy dueña de mi albedrío, diría que le amo todavía.

—¿Todavía?

—No puedo negároslo.

—Pero vuestro padre, engañado por las apariencias, hizo que os unieseis al conde.

—Muy cierto.

—Pues bien, Josefina, yo no he podido permitir que pertenezcáis á un hombre de las condiciones de Massi.

—¿Acaso no le pertenezco ya?

—No; sois su esposa ante los hombres, pero no ante Dios.

Y el príncipe, avanzando algunos pasos, sentóse cerca de Josefina.

Esta no apartaba sus ojos de él.

Las últimas palabras del joven habíanla impresionado.

¿En qué se fundaba el príncipe para asegurar que el de Massi era indigno de ser su esposo?

Esta fué la pregunta que Josefina se hizo.

—Príncipe,—dijo después de algunos instantes de profunda reflexión,—os ruego que me habléis con franqueza: no comprendo lo que queréis decirme respecto á mi esposo.

—Me lo explico, y tengo la seguridad que lo que voy á deciros ha de sorprenderos.

—Os escucho.

—No, ahora no; tiempo nos queda para hablar; ahora, hermosa Josefina, lo único que deseo es que adquiráis la certeza de lo mucho que os amo.

Josefina hizo un movimiento de disgusto.

Todo cuanto á su alrededor pasaba perecíale un sueño.

¡Verdad es que habíanle ocurrido tan extrañas cosas en el corto transcurso de algunos días!...

El príncipe continuó:

—Josefina, vuelvo á repetiros que os amo, y cuando os diga cuanto ha ocurrido, es seguro que sentiréis hacia vuestro esposo el mayor desprecio.

—¿Y cuándo lo sabré?

—Mañana mismo.

—¿Por qué no ahora?

—Ahora no es posible; habéis sufrido en poco tiempo demasiadas emociones; os halláis sobrexcitada, intranquila, y no quiero aumentar vuestros disgustos.

—No os inquiete esa idea: tengo valor para sufrirlo todo.

—Vuestra excesiva palidez acusa lo contrario.

—No lo creáis, príncipe.

El joven dudó un momento.

Luégo prosiguió:

—Pues bien, Josefina: sabed que el conde no os ama.

—Si no me ama, ¿por qué me ha conducido al altar, haciéndome la más desventurada de las mujeres?

—Horrible es la revelación que voy á haceros, pero quiero arrancar la venda que cubre vuestros ojos.

—Sí, príncipe, sí, os lo suplico.

Don Carlos refirió á Josefina cuanto había pasado, sin omitir ningún detalle.

La indignación de la joven fué grande.

—¿Conque es decir,—exclamó,—que ese miserable

se ha casado conmigo por verse libre de las deudas que tenía? ¡Ah señor, cuán desgraciada soy!

Y la hija de Montalbi prorrumpió en amargos sollozos.

—Os conocí una tarde, - prosiguió don Carlos; —era esa hora en que el crepúsculo iba esparciendo sus misteriosas tintas sobre el Mediterráneo; os encontré hermosa; sentí en mi alma algo que hasta entonces no había experimentado, y desde entonces vuestra imagen quedó grabada en mi corazón.

—¡Ah príncipe, no puedo disculparos! ¡Habéis obrado mal, pero más indignamente ha procedido el hombre que accedió á complaceros vendiendo su honra y la mía por un puñado de oro!

—Yo os amo, y el amor lo disculpa todo.

—Señor, aun existen medios para borrar vuestra falta, para que os elevéis á mis ojos y os guarde un eterno agradecimiento.

—¿Cuáles, Josefina?

—Permitidme que salga de esta morada y que vuelva á la casa de mi padre.

—¡Es tan inmenso el sacrificio que me exigís!

—¿Qué habéis encontrado en mí para que pretendáis hacerme eternamente desgraciada? Hay mujeres mucho más hermosas que pueden llenar los deseos de vuestra alteza.

—Ninguna.

—Sí, príncipe, no lo dudéis.

—Vuelvo á deciros que ninguna.

—Aun suponiendo que así fuese, considerad que vais á hacerme infeliz para siempre. Yo no os amo: como habéis dicho muy bien hace poco, mi corazón pertenece á otro hombre. Sé que el de Massi me ha hecho imposible para él desde el instante en que soy su esposa; pero el pensamiento es libre, no se encadena jamás, y el mío pertenece por completo á Roberto.

—¿Al joven que os acompañaba la tarde que os conocí?

—Sí, señor.

—Tenéis diez y siete años; es posible que le olvidéis, Josefina.

—Nunca.

—Sois demasiado joven para renunciar para siempre á los encantos de una pasión correspondida.

—Sin embargo, tengo que hacerlo, tengo que ocultar los sentimientos de mi alma.

El príncipe guardó silencio.

Sus ojos no se apartaban de la joven.

Cada vez parecíale más hermosa.





CAPITULO XLIX

La babosa y la flor.



ON Carlos permaneció en la estancia algunos instantes más.

Josefina hallábase con el rostro cubierto con las manos.

Entre sus dedos color de rosa temblaban algunas lágrimas, brillantes como gotas de rocío.

El príncipe, comprendiendo que no eran aquellos los momentos más oportunos para seguir hablando de su amor á la joven, se puso en pie y salió de la estancia.

Josefina permaneció largo rato ensimismada en su dolor.

Al separar las manos de su rostro encontróse sola.

Un hondo suspiro se escapó de su pecho.

—¿Qué debo hacer, Dios mío?—preguntóse.

Y poniéndose en pie, se aproximó al balcón.

Desde éste divisábase la azulada llanura del mar.

El cielo estaba espléndido.

El sol había conseguido rasgar las oscuras tintas del crepúsculo matutino, y arrebolaba el horizonte con sus rayos de grana y ópalo.

La brisa del mar refrescó la enardecida frente de la joven.

—¡Cuán desgraciada soy!—exclamó.—Y lo más horrible es que no hallo manera de salir de esta casa.

Luégo su pensamiento se fijó en el conde de Massi.

—¡Parece imposible,—se dijo,—que haya en el mundo hombres tan despreciables!

Aquel día la hija del médico lo pasó presa de la mayor angustia.

A cada instante parecíale que llegaban hasta ella rumores de pasos.

Sus ojos se fijaban con ansiedad en la puerta, temiendo ver al príncipe.

Sin embargo, don Carlos no se presentó.

Éste se hallaba acompañado de Tanucci.

Veamos el diálogo que sostenían.

—Mucho me temo,—exclamaba el joven,—que no hayamos conseguido nada.

—¿A qué se refiere vuestra alteza?

—¡Qué pregunta, Tanucci! ¿Acaso puedo pensar ahora en otra cosa que en esa niña?

—¿Y dice vuestra alteza que teme que no hayamos conseguido nada?

—Eso he dicho.

—Pues no os comprendo, príncipe. ¿No se encuentra Josefina en esta casa?

—¡Quién lo duda!

—Su padre ignora por completo lo que sucede, la cree al lado de su marido, y la única persona que está enterada de nuestro secreto es el conde de Massi, que no ha de llevar su despreocupación hasta el punto de referir á nadie lo que sucede.

—Desde luégo: se pondría en ridículo.

—Por lo tanto, la aventura queda en el más profundo misterio; se ha evitado el escándalo. ¿Qué más puede desear vuestra alteza?

—El amor de Josefina.

—¿Y acaso no lo tenéis?

El príncipe se encogió de hombros.

—Hasta ahora, —dijo después de una breve pausa,— me ha tratado con el mayor desdén.

—Es natural; y esto es lo que debe halagar á vuestra alteza. Yo creo que un buen soldado no debe conceptuarse satisfecho cuando consigue entrar en una fortaleza sin que la defiendan con tesón sus enemigos. En cambio, ¡cuán grande debe ser su satisfacción cuando logra su deseo después de un reñido combate!

—Cierto.

—¿Quería vuestra alteza que Josefina hubiera admitido desde luégo vuestras amantes pretensiones? ¡Ah

príncipe, entonces esa niña inocente se hubiera igualado á esas mujeres livianas que no conservan ni el más leve residuo de pudor!

—Pero ¿y si transcurren los días y no logro que sus labios me dirijan una palabra cariñosa?

—No lo creáis; pero aun suponiendo que llegase ese caso, no nos faltarían medios para vencer su desdeñosa actitud.

—Bien lo conozco; pero mi deseo es que me corresponda, que me entregue su corazón espontáneamente.

—Y lo conseguiréis.

—No lo sé.

—¡Quién lo duda!

—Josefina está enamorada de otro.

—Ya le olvidará.

—¿Imaginas que sea tan voluble?

—No; pero en pocos hombres concurrirán circunstancias tan favorables como las que vuestra alteza posee.

—No comprendo á qué te refieres.

—Pues es bien fácil de adivinar. Sois joven, sois príncipe y muy pronto seréis rey. ¿Creéis que habrá muchas mujeres que puedan resistiros? Es imposible.

El príncipe guardó silencio.

Las palabras de Tanucci le hicieron cobrar esperanzas.

Transcurrieron algunos días.

El príncipe no dejó que pasase ninguno sin hacer una larga visita á la hija del doctor Montalbi.

Al mismo tiempo, Catalina, la doncella que hemos visto conversar con la joven, no cesaba de pintar á su señora con los más vivos colores la pasión que había inspirado á don Carlos.

Difícil era la situación en que se hallaba Josefina, por muchas circunstancias.

En primer lugar, hallábase lejos de su padre, esto es, del mejor consejero que hubiera podido tener en aquellos momentos.

El príncipe no dejaba de halagarla.

Para terminar, la joven hallábase en un inminente peligro.

Sin embargo, aun no podía alejar de su mente el recuerdo de Estrañi, del hombre que era dueño de su corazón, del que la hizo sentir los gratos ensueños del primer amor.

No obstante, Roberto habíase despedido de ella para siempre; su última frase, como recordarán nuestros lectores, fué asegurarla que jamás se interpondría en su camino.

Además, Josefina hallábase unida al conde de Massi con ese lazo que no se rompe sino con la muerte.

La esperanza de ser feliz era una quimera, una ilusión irrealizable.

Había además otra circunstancia.

Así como la joven sentía hacia su esposo el odio

más profundo, su corazón no rechazaba en absoluto al príncipe.

No le amaba, porque su alma sólo era de Roberto; pero don Carlos no le era repulsivo.

¡Expresábale éste su pasión con tanto fuego y con palabras tan galanas!

Una noche hallábase Josefina en la estancia que hemos descrito.

La primavera empezaba á cubrir de hojas las enredaderas que, como una celosía de esmeraldas, extendíanse por los balcones del aposento.

A través de ella penetraban en la habitación los argentinos rayos de la luna.

La brisa del mar oreaba la frente de la joven.

Esta hallábase vestida de blanco.

Sus rubios cabellos caían tejidos en dos gruesas trenzas sobre su espalda.

Al verla apoyados los brazos en el alféizar, con las azules pupilas fijas en el cielo, semejábase á una de esas fantásticas creaciones de los poetas.

Tan abstraída se hallaba en sus pensamientos, que no advirtió siquiera el rumor que produjeron los pasos de una persona que penetró en la estancia.

Era el príncipe.

Don Carlos estuvo contemplando á la joven algunos minutos.

Jamás habíale parecido tan hermosa como aquella noche.

Y esto es perfectamente comprensible.

¿Quién pone en duda que en una noche deliciosa, en una estancia donde impera el lujo, bañada por los melancólicos rayos de la luna, se aumentan de un modo extraordinario los hechizos de una mujer?

El príncipe avanzó lentamente algunos pasos.

No quería que la joven cambiase de actitud.

Procuró, por lo tanto, hacer el menos ruido posible al aproximarse.

Josefina siguió mirando al cielo algunos momentos más.

Luégo se retiró del balcón.

Al ver al príncipe, una leve exclamación escapóse de sus labios de carmín.

Se creía sola.

Don Carlos se sonrió.

—Ignoraba que vuestra alteza estuviera aquí,—dijo la joven con alguna turbación.

—Estabais tan hermosa contemplando ese cielo que tiene envidia del azul de vuestros ojos, que no quise interrumpiros.

—Decidme, señor, ¿hasta cuándo va á durar mi cautiverio? —preguntó Josefina dando otro giro á la conversación.

—¿Tan á disgusto estáis en esta casa?

—Mucho, señor, no puedo negároslo.

—¡Ah Josefina, cuán cruel sois! Yo en cambio me considero el hombre más dichoso del mundo con que permanezcáis á mi lado.

Josefina guardó silencio.

El príncipe aproximóse á ella.

—Sentaos,—le dijo con esas dulces inflexiones de voz que emplean los hombres con las mujeres á quienes aman;—no me tratéis con tanto desdén; comprendo que he dado el suficiente motivo para despertar vuestro enojo; ¡pero os amo tanto, que mi atrevimiento merece disculpa!

—¡Callad, príncipe, callad!

—No puedo complaceros; decidle al río que detenga su curso cuando va á verter sus linfas en el mar, y aun sería más fácil que obedeciese. Yo, Josefina, al hablaros de este modo, al deciros que sois la única mujer que me cautiva, obedezco á un impulso poderoso, á una fuerza superior á mi voluntad, que me obliga á hacerlo. Si no os amase, si no sintiera hacia vos más que un efímero deseo, podría franquearos la puerta de esta casa; pero no puede ser; mi abnegación no llega hasta ese punto; es más imperiosa mi pasión que los consejos de mi conciencia.

—Pero ¿no comprendéis que vais á hacerme eternamente desgraciada?

—No lo creáis,—respondió el príncipe;—todo lo contrario. Volviendo al lado de vuestro padre, como deseáis, es seguro que el conde de Massi, esto es, el hombre con quien os habéis unido, reclamara, tarde ó temprano, sus derechos de esposo y tendríais que vivir en su compañía.

—¡Ah, eso nunca!—dijo la joven.—Ese miserable

ha perdido todos sus derechos desde el instante en que me considera como una grosera mercancía.

—Sin embargo, él tiene sobre vos la autoridad que le dan las leyes.

—Esa autoridad la ha perdido por completo desde el instante en que ha observado conmigo una conducta tan villana.

—Por lo mismo que es un infame que accedió á lo que no es preciso recordar, ¿quién os dice que el día de mañana no trate de reunirse á vos?

—Antes prefiero la muerte.

—No, Josefina, aceptad mi amor, y entonces seréis imposible para el hombre que os ha servido de verdugo.

Y el príncipe, al decir esto, quiso apoderarse de una de las manos de Josefina, que la joven apartó precipitadamente.

—No seáis tan esquiva,—prosiguió don Carlos;—¿no os predispone á amar una noche tan apacible como la que estamos admirando?

La hija del doctor guardó silencio.

Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas.

El príncipe no apartaba sus pupilas de ella.

Sentíase dominado por el fuego de una intensa pasión.

Había en sus miradas esas brillantes fosforescencias que despiden los ojos de la serpiente cuando ejercen su influencia magnética sobre las aves.

La respiración de Josefina era trabajosa.

A veces desplegábanse sus labios, dando paso á un suspiro.

Se hallaba verdaderamente hermosa.

Hubiera sido un gran modelo para simbolizar la expresión de las facciones de Eva oyendo las tentadoras palabras de Satanás.

El príncipe se hallaba en aquel momento verdaderamente loco.

Sus ojos embriagábanse contemplando á aquella hermosa niña de diez y siete años, cuyo turgente seno elevábase ó descendía al respirar con esa suave ondulación de las olas.

Hubo un instante en que el príncipe y la joven guardaron silencio.

El primero, porque no encontraba palabras suficientemente expresivas para demostrar á la joven lo que experimentaba en todo su ser.

La segunda, porque temía la continuación de aquel peligroso diálogo.

Don Carlos fué el primero que habló.

—Josefina,—dijo tratándola con una familiaridad que no había empleado hasta entonces,—pídeme cuanto quieras: por una mirada de tus ojos renunciaría gustoso á mi porvenir, á mi nobleza, á la vida.

—Eso no puede ser cierto, señor.

—Te lo probaré. Habla; tus palabras son mandatos para mí.

—Dejad que vuelva á la casa de mi padre.

—Nunca; eso nunca.

Y al decir esto, el príncipe rodeó con sus brazos la flexible cintura de la joven.

En vano quiso ésta desasirse.

El príncipe estrechóla con loco frenesí, acercando sus labios á los de Josefina.

Sonó el rumor de un beso, ardiente como la lava que vomita el volcán.

—¡Dejadme, señor, dejadme!—dijo la joven con voz entrecortada por los sollozos.

—¡Nunca, nunca!—repitió don Carlos con acento alterado.

. . . .

Poco después, el príncipe, pálido como un muerto, abandonaba la estancia.

En ella quedaba semidesmayada la hija del doctor Montalbi.

Sus rubios cabellos caían desordenados sobre sus hombros, semejando una cascada de oro.

No se atrevía á levantar los ojos del suelo.

Sus mejillas estaban cubiertas con el carmín de la vergüenza.

La joven permaneció largo rato ensimismada en su estupor.

Luégo se puso en pie y elevó al cielo una mirada.

Parecía que sus ojos azules habían perdido su candorosa expresión, así como se altera la diafanidad del cielo cuando cruzan por él las oscuras nubes de la tempestad.





CAPITULO L

Donde se prepara el desenlace de una trama.

Es acaso posible detenerse cuando se ha puesto la planta en el resbaladizo sendero que conduce al precipicio?

No; es necesario rodar hasta el fondo.

Esto sucedió á la pobre Josefina.

Había luchado por conservar la inmaculada blancura de su pureza, pero la fatalidad la obligó á torcer sus inclinaciones.

La hija del doctor Montalbi, esto es, el tesoro del honrado anciano, fué la manceba del príncipe Carlos.

Transcurrieron algunos meses.

La joven apenas salía de su estancia.

Sentíase avergonzada y triste.

Sin embargo, ella no era responsable de lo que la había sucedido.

Tuvieron la culpa de su desgracia, como nuestros lectores saben, la fatalidad y la mala fe.

Josefina no era ya la rosa inmaculada y fragrante que eleva con orgullo sus pétalos despidiendo su embriagador aroma.

Era la rosa que se inclina sobre su tallo después de sentir el ardiente beso del huracán.

Apenas desplegaba los labios.

Sus ojos tampoco vertían lágrimas.

El sufrimiento agotó el raudal de su llanto.

Sin embargo, una mañana, cuando Catalina penetró en su estancia, hallóla más explícita que de costumbre. Hasta brillaba en sus labios la sonrisa.

La doncella advirtió aquel rápido cambio, pero dióle una interpretación equivocada.

—Se conoce que la señora va conformándose con ser la amada del príncipe; esto es natural, después de todo.

Catalina se engañaba pensando así.

No era que la hija de Montalbi se hubiese resignado con ser la amada de don Cárlos, sino que sentía en sus entrañas las palpitaciones de un nuevo ser.

Josefina iba á ser madre.

Esta idea despertaba en ella encontrados pensamientos.

Unas veces se estremecía de placer, diciendo:

—Por lo menos, cuando nazca mi hijo, tendré constantemente á mi lado á un ser querido.

Pero apenas pensaba esto la joven, una palidez mortal cubría su rostro.

—¡Ah santo Dios!—decíase con lágrimas en los ojos.—Ese pobre niño será el hijo del crimen, la prueba viva de mi deshonra.

En cuanto á don Carlos, seguía amando á la joven aunque con menos intensidad.

El príncipe sintió hacia ella una de esas pasiones fogosas que se disipan con la misma rapidez que nacen.

Muchas veces decía á Tanucci:

—No abandonaré nunca á Josefina, que es buena y hermosa; pero no es la mujer que realiza mis ideales. ¡Se halla siempre tan triste! No tengo duda de que aun se acuerda de su primer amor.

—Y si es así, y vuestra alteza no la ama ya, ¿por qué no pone término á esas relaciones?

—Porque eso sería una crueldad incalificable.

—No lo crea vuestra alteza. Si todos los hombres que dejan á una mujer, después de haberla amado, fueran unos infames, la sociedad estaría plagada de malhechores.

—¿Qué hará esa infelíz si la abandono?

—Pues volver al lado de su padre, que la adora.

—La amaba mucho; pero si ha llegado á saber lo ocurrido...

—En primer lugar, señor, el doctor Montalbi ignora cuanto ha sucedido y cree á su hija muy dichosa, pero aunque así no fuese, un padre está dispuesto siempre á perdonar á aquellos á quienes dió vida.

—No obstante, no me agrada la solución que me propones.

—Hay otro medio.

—¿Cuál?

—Devolver esa joven á su marido.

En los labios del príncipe se dibujó una sonrisa.

—¿Y crees que el conde ha de recibirla en su casa?

—¿No he de creerlo?

—¿Hasta ese punto llega su falta de aprensión?

—Podéis juzgarla desde el instante en que accedió á unirse á Josefina con las condiciones que se estipularon.

—Pero...

—Sé lo que vuestra alteza va á decirme. Le asombra que haya un hombre con tan poca dignidad; pero en el mundo, señor, se encuentra de todo.

—¡Parece imposible!

—Cierto que lo parece; pero no dudéis que Massi nos complacerá siempre que se le recompense su servicio dándole, por ejemplo, un puesto de importancia lejos de Italia.

—Lo haremos así; pero la pobre Josefina...

—Josefina, como habéis dicho muy bien, no os ama: debéis considerar esta aventura como uno de tantos caprichos que se satisfacen y se olvidan.

No necesitaba mucho el príncipe para aceptar los perniciosos consejos de Tanucci.

La constante melancolía de Josefina le causaba tedio.

Transcurrieron algunos días.

Tanucci, siempre dispuesto á allanar todas las dificultades que se le presentaran al ilustre joven, hizo que el marqués de Grimaldi escribiese á Massi.

Éste habíase instalado en la corte de España, dándose una gran vida al lado de Felisa.

Una tarde recibió una carta.

En el sobrescrito reconoció inmediatamente el carácter de letra de su antiguo amigo.

En la carta expresábale Grimaldi la conveniencia de que regresara á Venecia.

El conde dispuso el viaje para el día siguiente.

—Cuando me llama con tanta urgencia, de algo importante se trata.

El veneciano, pocos días después llegó á la hermosa ciudad del Adriático, y sin quitarse su traje de camino, dirigióse á la morada del marqués.

Ambos cambiaron un fuerte apretón de manos.

—¿Cómo os ha ido en España?—le preguntó Grimaldi.

—Muy bien, amigo mío: me agrada tanto, que no tendría inconveniente en pasar allí el resto de mi vida.

—Fácil es conseguir ese deseo.

—No tanto como creéis.

—¿Por qué no?

—En cualquiera de los puntos de Italia poseo medios de vida; en Génova tengo parientes, aunque lejanos, y en Nápoles...

—Pero contando con medios propios,—interrumpió Grimaldi,—no necesitáis apelar á nadie.

—Ese sería mi ideal; pero no he descubierto ninguna mina.

—Según lo que decís, no os encontráis en buenas condiciones financieras.

—Mentiría al asegurar lo contrario. Felisa es una mujer encantadora, pero capaz de arruinar al mismo Creso en poco tiempo.

—¿De modo que hoy aceptaríais una colocación en España, siempre que fuera digna de vuestro elevado linaje?

—Desde luégo.

—Pues voy á proporcionárosla.

—¿Qué decís?

—Sé que el príncipe os complacería, siempre que le prestéis un nuevo servicio.

—¿Cuál?

—Reuniros con vuestra esposa.

—¡Es original! Hace poco me sacasteis de los compromisos en que me hallaba porque renunciase á mis derechos de marido, y ahora me ofrecéis una posición porque los haga valer.

—Precisamente eso es lo que os propongo.

Massi quedóse reflexivo.

—¿Os conviene?—le preguntó Grimaldi.

—Marqués, dejad que lo reflexione: la proposición es más grave de lo que parece. Sin embargo, confieso que no me desagrada del todo.

—Meditad, pues, sobre el asunto.

Los dos amigos se separaron.

Al siguiente día Massi se presentó en casa de Grimaldi.

—He reflexionado despacio sobre lo que ayer me dijisteis, y acepto.

—Muy bien.

—Decidme cuándo y en dónde puedo encontrar á Josefina.

—Mañana, y en esta misma ciudad.

—Perfectamente.

Grimaldi se apresuró á ir á la morada de Tanucci, manifestándole lo que acababa de decirle el conde.

El ayo del príncipe celebró mucho aquella noticia.

—Me consta,—dijo,—que don Carlos siente hastío hacia Josefina, pero su conciencia rechaza el abandonarla.

—Pero cuando sepa que Massi no tiene inconveniente en unirse con ella...

—Entonces cambiará de opinión.

—Creo lo mismo.

Tanucci dirigióse poco después á la morada del príncipe.

El joven hallábase indolentemente reclinado en un sillón que había cerca de la ventana, por la que se descubría el mar.

Al sentir el ruido que produjo la puerta al abrirse, fijó sus ojos en el dintel.

—¡Ah! ¿Eres tú, mi querido Tanucci?

—Servidor de vuestra alteza.

El príncipe, que pocos momentos antes leía en un libro, dejó caer éste sobre sus rodillas.

—¿Estabais ocupado, señor? —preguntó Tanucci.

—Leyendo un rato; pero ni aun así he conseguido que se disipe el tedio que se ha apoderado de mí de algún tiempo á esta parte. Deseo volver á Nápoles; la quietud de Venecia me es insoportable; no he visto nunca una ciudad más silenciosa.

—En cambio Nápoles...

—¡Ah! ¡Ya lo creo! Nápoles es el centro de la actividad y la alegría.

—¡No tendrá vuestra alteza muchos deseos de salir de aquí!

—Claro que nadie me lo impide; pero hay razones poderosas para que me abstenga por ahora de ponerme en marcha.

—Comprendo á lo que os referís.

—No se necesita gran perspicacia, pues hemos hablado de este asunto en otras ocasiones.

—Y ahora, señor, vengo á veros precisamente para resolver esa cuestión.

—¿Para hablar de Josefina?

—Sí, señor.

—Te escucho.

—El conde de Massi se encuentra aquí.

—¿En Venecia? ¿Cuándo ha llegado?

—Ayer.

—¿Y qué dice?

—Mi amigo el marqués de Grimaldi, de quien he hablado á vuestra alteza en varias ocasiones, ha sido visitado por el esposo de Josefina.

El príncipe fijó sus ojos en Tanucci como interrogándole.

El caballero continuó:

—Parece que el conde se ha regenerado por completo.

—¡Mucho lo dudo! El hombre que observó por tantos años una conducta como la suya, no cambia jamás.

—Sin embargo, príncipe, hay circunstancias en la vida...

—Sí, es indudable que pueden hacer que cambien los hombres sus opiniones en pro ó en contra.

—Y eso es lo que le ha sucedido á Massi.

El príncipe se sonrió con cierta ironía.

—La verdad es,—continuó Tanucci,—que si el conde desea reunirse con su esposa, creo que vuestra alteza no debía oponerse á ello.

—¿Y quién te ha dicho que yo me opondría?

—Josefina os inspiró una pasión que ha ido disipándose poco á poco.

—Cierto; no lo niego.

—Hoy no sentís hacia ella más que un afecto compasivo.

—Verdad.

—Y la fortuna os depara una excelente ocasión para que os separéis de esa mujer sin violencia alguna.

—¿De qué modo?

—Permitiéndola que se reuna con su marido y haciendo que el conde ocupe un buen puesto en la corte de España.

—Josefina no se avendrá á eso: me consta que odia á su marido con todo su corazón.

—Sin embargo, si Massi la ruega...

—Creo que nada conseguirá.

—¡Qué sé yo, príncipe! Las mujeres son muy singulares. Sobre todo, ¿qué se pierde por intentarlo?

—Ciertamente que nada.

—Si vuestra alteza me lo permite, yo trataré este asunto con Josefina.

—No, yo me encargo de indicárselo.

—Conviene también que el conde la hable. Massi es hombre de buen talento; quizás mejor que nosotros convenza á Josefina.

—No quiero ver al conde: ese hombre me repugna.

—Lo creo; pero no es preciso que vuestra alteza le vea.

—Bien, Tanucci, haz lo que quieras; quedas autorizado para obrar en este asunto como mejor te parezca.

Tanucci no necesitó más.

Aquellas palabras le bastaron.

Salió del aposento del príncipe y se hizo anunciar á Josefina por una de sus doncellas.

La joven sentía hacia el caballero una profunda aversión.

Un presentimiento habíale indicado siempre que, aunque de un modo indirecto, él tuvo la culpa de su desgracia.

No atrevióse, sin embargo, á poner un pretexto para no recibirle.

Tanucci penetraba en la estancia algunos instantes después.

La joven fijó en él una desdeñosa mirada.

—Señora,—dijo el caballero,—extrañaréis seguramente mi visita.

—Con efecto, no puedo negároslo.

—Hace tiempo que deseaba hablar con vos.

—Pues la ocasión no puede ser más oportuna.

Y Josefina le designó un asiento que se hallaba á alguna distancia del que ella ocupaba.

—Hace algunos días,—comenzó Tanucci,—que advierto que el príncipe se halla bajo los efectos de una gran melancolía. ¿No lo habéis advertido también?

La joven se encogió de hombros, frunciendo los labios para expresar su indiferencia.

—Yo creo,—prosiguió Tanucci,—que don Carlos empieza á cansarse del marcado desvío con que le tratáis.

En los labios de Josefina brotó una sonrisa irónica.

—Señor Tanucci,—dijo la joven,—os ruego que habléis con franqueza. ¿Sois vos quien ha advertido

melancolía en el príncipe, ó es que éste os manda venir para que me hagáis saber que se halla hastiado de mi compañía?

—Señora, lleváis vuestra malicia hasta la exageración.

—No lo creáis; casi tengo la certeza de haber adivinado. Si es así, no empleéis enojosos preámbulos; yo no amo al príncipe; no tengo inconveniente en decíroslo, pues más de mil veces se lo repetí á él en persona.

—Pero aunque no le améis, os halláis unida á su alteza; median entre ambos compromisos difíciles de romper.

—No lo creáis.

—Sólo encuentro una solución.

—Sencillamente la de que me dejen franca las puertas de este palacio.

—No, señora; el príncipe no consentiría nunca que salieseis de esa manera Hay otros medios menos violentos.

—¿Cuáles?

—¿Sabéis que vuestro esposo está en Venecia?

—¡El conde!

—Que ha cambiado por completo su modo de ser.

—¿Acaso vais á proponerme una reconciliación?

—¿Por qué no?

—Callad, señor Tanucci; eso es un absurdo, una locura.

—No tanto como imagináis.

—Admitiría antes que ésa cualquiera otra solución, por descabellada que fuese.

—Haríais mal.

—Caballero, aunque soy muy joven, la fatalidad se ha encargado de darme la suficiente experiencia para no admitir consejos de nadie. Si estorbo en esta casa, ya sabéis, tanto el príncipe como vos, que el tiempo que he permanecido en ella no fué por mi gusto.

—Señora, nadie os ha dicho que estéis mal aquí.

—Hay cosas que se sobrentienden.

Josefina, al decir esto, se puso en pie, para indicar á Tanucci su deseo de terminar aquel enojoso diálogo.

El caballero salía de la estancia poco después.

No se hallaba muy satisfecho de la manera que había sido recibido.

Sin embargo, tenía la certeza de que Josefina, de grado ó por fuerza, se uniría con su marido.





CAPITULO LI

El final de una historia.



s seguro que otra mujer que no fuera tan digna como la hija de Montalbi hubiera hallado medios para que sus relaciones con el príncipe se prolongaran.

Hubiese bastado que Josefina le hiciera la revelación del estado en que se hallaba para que el noble joven sintiese nacer de nuevo en su corazón el amor que se extinguía.

Pero Josefina decidióse á guardar este secreto.

Ella, como nuestros lectores saben, no amaba al príncipe.

Halagábala, por lo tanto, muchísimo más ocultar

su vergüenza y sus lágrimas en el más apartado rincón.

– Sólo de una manera estaría tranquila,—pensaba la joven,—y hasta me consideraría dichosa. Estando al lado de mi padre; pero es imposible. Aunque el noble anciano me dijo después de mi boda que siempre estarían abiertos sus brazos para mí, moriríase de dolor al saber los horribles pormenores de mi historia.

Josefina exhaló un suspiro.

Luégo prosiguió:

—¡Cuando nazca mi hijo, ya tendré un ser que me ame y á quien adorar! ¡Pobre niño, hijo del crimen! ¡Qué culpa tiene él de su desgracia!

Hallábase Josefina sumida en estos pensamientos, cuando se abrió lentamente la puerta de la estancia, apareciendo un hombre envuelto en una negra capa.

Era el conde de Massi.

Josefina retrocedió un paso al reconocerle.

Luégo quedóse inmóvil como una estatua.

No parecía sino que la presencia de su esposo habíala dejado petrificada.

Massi cerró la puerta, corriendo el cerrojo.

Luégo se aproximó á la joven.

—Josefina,—la dijo,—vengo á buscaros, porque es necesario que esta misma noche salgamos de aquí.

—Y ¿sois vos,—dijo la hija del doctor con acento severo,—quien se atreve á darme esa orden?

—Soy vuestro esposo.

—Por mi desgracia, lo sé; pero el miserable que ha-

ce de su honor una grosera mercancía, pierde todos sus derechos á los ojos de Dios y de la sociedad.

—¡Josefina!

—Poco me importan vuestras amenazas; sois un infame, y nunca se cansarán mis labios de repetirlo. Todo lo sé; no ignoro que por un puñado de oro me vendisteis. ¿Queréis que después de tal villanía os trate con respeto?

—Josefina, yo no os amaba entonces.

—Si no me amabais, ¿por qué me obligasteis á ser vuestra esposa?

—Hay circunstancias en la vida...

—No hay ninguna, por grave que sea, que justifique la infamia de ciertas acciones.

Massi mordióse los labios de rabia.

Tenía un carácter impetuoso.

De buena gana, cediendo á sus impulsos, hubiera respondido á la joven con sequedad, pero se contuvo.

Era un hombre metalizado, y todo lo sacrificaba, por lo tanto, á su conveniencia.

El marqués de Grimaldi le había dicho que era necesario que se reconciliara con su esposa, y hallábase dispuesto á hacerlo, comprendiendo que obtendría una gran recompensa á cambio de su servicio.

El conde se aproximó á la joven y añadió:

—Josefina, con mucha dureza me tratáis, pero conozco que lo merezco. Triste es que un esposo pierda tan en absoluto como yo la fuerza moral. He sido un

loco, pero estoy completamente regenerado; os amo, y quiero haceros feliz.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Por muchas razones.

—Decídmelas.

—No soy rencorosa, pero no os perdonaré nunca el ultraje que me habéis hecho.

—Yo haré que lo olvidéis á fuerza de cariño y solicitud.

—No lo conseguiréis jamás.

—No, Josefina, vuestra alma es generosa, y debe saber, por lo tanto, perdonar los mayores agravios.

—Los hay de tal naturaleza, que no pueden perdonarse nunca. Además, aun suponiendo que yo olvidase lo sucedido y accediese á vivir á vuestro lado, esto sería imposible.

—¿Por qué, Josefina?

—¿Y me lo preguntáis? ¿No sabéis mejor que nadie en la casa en que me encuentro? Es la morada del príncipe; esto es, del hombre á quien me vendisteis.

—¡Callad, Josefina, callad, por Dios! Bien sé que la culpa de todo es mía; que en vez de cumplir con mi deber guardando un tesoro, le entregué en un momento de locura en manos ajenas; pero, sin embargo, yo me arrepiento de lo que hice, y deseo con toda mi alma que vivamos juntos, olvidando cuanto ha sucedido.

Josefina fijó sus ojos en el conde.

Por un instante creyó en la sinceridad de su arrepentimiento.

No obstante, acordóse de que iba á ser madre, y le dijo:

—Lo que pretendéis es imposible de todo punto, tenedlo entendido.

—Será porque no os allanéis á perdonar mi falta, ó tal vez porque os inspire odio.

—Aunque os amase, no podríamos reunirnos.

—Explicaos.

—No; hay cosas en el mundo que no es posible decirlas.

—No comprendo.

—Ni yo puedo explicarme tampoco.

—¿Y si os lo suplico con toda mi alma?

—Ni aun así hablaré. Hay palabras que queman los labios antes de salir de ellos.

Y las mejillas de la joven se cubrieron de un vergonzoso carmín.

El conde estuvo contemplándola algunos momentos, después de los cuales dijo:

—Creo adivinar lo que pretendéis ocultarme; pero á pesar de todo estoy decidido á que dejéis inmediatamente esta casa.

—Os prometo que la abandonaré con gusto, pero sin ir á la vuestra.

—¿Y si lo exijo?

—No debéis hacerlo, y si lo hicieseis, no os obedecería.

Hubo un momento en que ambos guardaron silencio.

Este sólo era interrumpido por los sollozos de Josefina.

Massi pensaba sobre el partido que debía tomar.

De pronto ocurriósele una idea que creyó convencería á su esposa, y reanudando el diálogo, repuso:

—Josefina, al regresar de España me he detenido unos días en Nápoles.

—¡Cuán dichosa era yo cuando vivía en esa ciudad!

—Estuve dudando si hacer á vuestro padre una visita, ó si venirme á Venecia sin verle.

—¡Pobre anciano!

—El nos cree muy dichosos, pues ignora todo lo que ha ocurrido.

—¡Ah! ¿Luego le visteis?

—Sí,—respondió Massi.—Me recibió con la más cariñosa solicitud, y le hice creer que en España esperabais mi regreso.

—¡Ah! ¡Que nunca tenga noticia de lo que ha pasado! El infeliz se moriría de pena.

—Comprendiendo lo mismo, le dije que éramos muy felices y que muy pronto os abrazaría.

—¡Pobre padre de mi alma!

—Toda su aspiración se cifra en tenernos á su lado y vivir bajo nuestro mismo techo.

—¡Deseo irrealizable! - dijo Josefina con tristeza.

—Irrealizable porque vos queréis que lo sea.

—¿Yo?

—Sí, Josefina.

—¡Ah! Por vivir con mi padre me siento capaz de cualquier sacrificio.

—Probádmelo.

La joven vaciló algunos instantes.

—¡Pero si lo que me proponéis no puede ser!

—Hablad, Josefina, hablad.

La hija del doctor inclinó la cabeza sobre el pecho.

Sus mejillas estaban como la escarlata.

Massi se apoderó de una de las manos de la joven.

—Hablad,—la dijo de nuevo con extremada dulzura.

—No, no puedo.

—En ese caso hablaré yo.

Josefina dirigió á su marido una tímida mirada.

—No queréis que concluya esta horrible situación, porque os aterra el estado en que os halláis.

—¡Callad, callad, por Dios!—exclamó, rompiendo en amargo llanto.

—No callo, porque deseo que sepáis que, á pesar de todo, quiero que vivamos juntos; quiero que ese hijo, esa prueba de vuestra desgracia, sea el que constantemente me recuerde la infamia que cometí; y en expiación de mi culpa, yo daré á ese ser mi apellido, para que el mundo no tenga nada que murmurar.

Josefina sentíase ahogada por las lágrimas.

Un nudo estrecho oprimía su garganta.

Parecíale hallarse bajo los efectos de una horrible pesadilla.



—Sí, Josefina.

—Ahora vivir con mi padre me sería incapaz de tal sacrificio.

—Probádmelo.

La joven vaciló algunos instantes.

—¡Pero si lo que me proponéis no puede ser!

—Hablad, Josefina, hablad.

La hija del doctor inclinó la cabeza sobre el pecho.

Sus mejillas estaban rojas como la escarlata.

Massi se apoderó de una de las manos de la joven.

—Hablad, —le dijo de nuevo con extremada dulzura.

—No, no puedo.

—En ese caso hablaré yo.

Josefina dirigió á su marido una tímida mirada.

—No queréis que concluya esta horrible situación, porque os aterra el estado en que os halláis.

—¡Callad, callad, por Dios!—exclamó, rompiendo en amargo llanto.

—No callo, porque deseo que sepáis que, á pesar de todo, quiero que vivamos juntos, quiero que ese hijo, esa prueba de vuestra desgracia, sea el que constantemente me recuerde la infamia que cometí; y en expiación de mi culpa, yo daré á ese ser mi apellido, para que el mundo no tenga nada que murmurar.

Josefina sentíase ahogada por las lágrimas.

Un nudo estrecho oprimía su garganta.

Parecíale hallarse bajo los efectos de una horrible pesadilla.



Lit. J. M. Mateu Barquillo 6 Madrid.

—Vamos, - dijo el conde después de un momento.—Os juro que jamás volveré á hablar de este enojoso asunto; pero no nos detengamos. Una góndola nos aguarda.

Y al decir esto, Massi condujo de la mano á Josefina hasta la puerta.

La joven aun dudó.

Sin embargo, esta vacilación fué breve.

Creía que Massi hallábase verdaderamente arrepentido.

¿Cómo suponer que tratase de hacer un nuevo negocio tan repugnante como el que hizo al venderla villanamente?

Además, Josefina prefería vivir al lado de su esposo, por infame que éste fuese, á ser la manceba de un príncipe.

—¿Vamos?—preguntó el conde de nuevo.

La joven tomó un negro manto que había sobre una silla, se lo puso, y dirigióse hacia la puerta.

El conde había logrado vencer su obstinación.

Los esposos bajaron la escalera de mármol que conducía al zaguán.

Al salir de éste dirigiéronse hacia una góndola que esperaba.

Josefina estaba temblorosa.

¡Eran tantas las emociones que había recibido en el corto transcurso de algunos días!

—Pasad,—dijo el conde, después de haber penetrado en la góndola.

Y alargó su mano á la joven.

Ésta obedeció.

Algunos instantes después, la elegante barquilla se deslizaba con rapidez sobre las aguas.

Durante el trayecto, los esposos guardaron el más profundo silencio.

Massi no apartaba sus ojos de la joven.

—¡Cuán hermosa es!—decíase.—Pero á pesar de sus encantos no la cambiaría por mi amada Felisa.

Al siguiente día de los sucesos que hemos referido, Josefina y su esposo se embarcaron en un gallardo bergantín que dirigíase hacia Nápoles.

Poco tiempo había estado la joven ausente de la ciudad en que nació; pero su corazón aceleró las palpitaciones al descubrir la costa napolitana.

Por un instante hasta olvidóse de sus penas.

¡Había sido tan dichosa mientras vivió al lado de su padre!

Su existencia deslizábase entonces como la corriente de un manso arroyuelo.

¡Qué contraste tan poderoso, comparándole con el que tuvo en los últimos meses!

Josefina y Massi desembarcaron en las playas de Nápoles.

Inmediatamente se dirigieron á casa del doctor Montalbi.

Imposible es describir la alegría que experimentó el anciano al abrazar á su hija.

Creíala dichosa.

Verdad es que la joven hacía grandes esfuerzos para aparentar que lo era.

—¿Qué necesidad tiene mi pobre padre de saber las desgracias que me han ocurrido?—pensaba Josefina.

Y cuantas veces la hacía su padre alguna pregunta respecto al comportamiento del conde, respondíale:

—Es excelente, y me hace muy feliz.

—¡Gracias á Dios por haber escuchado mis preces! —exclamaba entonces el anciano, satisfecho de haber labrado la dicha de su hija.

¡Cuán equivocado se encontraba!

Pasó algún tiempo, y Josefina fué madre de un hermoso niño, que recibió en la pila el nombre de Rogelio.

El príncipe don Carlos, después de ser rey de Nápoles, vino á serlo de España; y el conde de Massi, que era uno de sus más serviles cortesanos, acompañó al monarca á su nuevo reino.

El anciano doctor murió, legando su fortuna á sus nietos, creyendo siempre que su hija gozaba de una felicidad infinita.

Esta fué la historia que la atribulada Josefina, al

ver en peligro de muerte á su hijo, recordó al monarca.

La violencia que tuvo que hacerse para dar este paso puede calcularse con sólo saber que no había vuelto á hablar con el rey desde la víspera de su partida de Venecia.

Mediaron casi veintiún años sin que entre aquellas dos personas se cruzase ni una sola frase.

El rey salvó á Rogelio, como ya saben nuestros lectores, y la condesa de Massi abandonó el regio alcázar, resuelta á no pisarle más en su vida.

Dados ya estos antecedentes, volvamos al encuentro de Juan de Zúñiga, á quien abandonamos en el momento en que, ya libre, repasó las puertas de su prisión su amigo Rogelio.





CAPITULO LII

La noche triste.



JUAN de Zúñiga no tuvo otra manera mejor de emplear el tiempo que irse á cenar con los oficiales con quienes había apostado.

Les refirió con la mayor naturalidad del mundo la aventura á que debía Rogelio su libertad, cosa que dejó admirados á todos.

Y había para admirarse.

Rogelio había cometido un parricidio, frustrado, es cierto, pero no por su voluntad.

Aun cuando esperaban que por honor del uniforme que vestía, lo mismo que por su clase, se le ahorraría la infamia del patíbulo, estaba en la conciencia de to-

dos que se le obligaría á suicidarse, único modo de satisfacer la vindicta pública sin herir susceptibilidades.

Pero Juan había afirmado lo contrario, y lo que afirmaba Juan se cumplía.

Nadie esperaba aquel resultado.

Al oir al joven afirmarlo con tanto seguridad, todos le tomaban por un visionario, un loco.

El mismo Estrañi, con todos sus buenos deseos y su ciencia infernal, desconfiaba de su papel de diablo en aquella ocasión.

Todos, incluso el reo, temían un desenlace fatal en aquel asunto.

Unicamente Juan estaba tranquilo.

Antonio, que tenía motivos de confiar en el diablo, dudaba; y al ver la tranquilidad de su amo, no podía menos de decirle:

—¡Bien se conoce que no estáis con el dogal al cuello como ese pobre joven! A lo menos debíais demostrar algo de compasión para que la amistad no se resintiese. ¡El diablo, me decís! Hay cosas que el diablo no puede trastornar con todo su poder, y ésa es una de ellas.

A todo lo cual el joven alférez se encogía de hombros y contestaba:

—¡Eres un imbécil!

Por eso aquella noche, cuando se presentó Juan en el lugar de la cena anunciando la libre absolución de Rogelio, todos creyeron que aquella era una mentira, con la que trataba de ocultar su falta de dinero.

Nadie le daba crédito, hasta que apareció uno de los convidados diciendo:

—Zúñiga tiene razón: he visto á nuestro compañero Rogelio jinete en un buen caballo, que se dirigía á despedirse de su familia.

—¡Conque es verdad!—exclamaron todos.

—¡No os he dicho que le he visto!

—¡A despedirse! ¿Luego parte?

—Sí.

—¿Adónde?

—El mismo lo ignora. Parece que tal ha sido la voluntad del rey.

En efecto, al salir de la prisión, Estrañi le había dicho estas palabras:

—Vuestra madre os espera: es la encargada de poner punto final á este sombrío asunto.

Y Rogelio no se lo hizo repetir, partiendo en seguida para la granja de los Tilos.

Era un fantasma que rasgaba las tinieblas en un caballo negro como una maldición; uno de aquellos fantasmas de la noche, que salía del cementerio para asistir á la gran danza macabra en uno de los sombríos parajes de la selva negra, haciendo chispear los guijarros del camino.

Josefina acababa de llegar; su estado era horrible..., más horrible aún que por la mañana.

Al partir lloraba solamente; cuando volvió, reía; pero su risa era siniestra.

Era una risa que anunciaba la alegría de los condenados.

—¿Y mi hermano?—la preguntó Adelina cuando la vió, suponiendo que sólo había abandonado su casa para ocuparse de él.

—¡Libre! - dijo la madre, con un acento equívoco, en el que se adivinaba tanta alegría como pesar y desesperación.

—¡Libre! – exclamó la joven, creyendo que su madre se había vuelto loca.

Esta la abrazó, diciendo:

– ¡Libre, sí!... ¡pero no para nosotras! Hoy le hemos perdido para siempre. ¡Adelina, ya no tienes hermano!

Y la pobre mujer pronunció estas palabras con la alegría del que sabe que un alma ha entrado en la gloria de Dios, que es tal vez menos que la tristeza que produce la partida eterna de un ser querido.

En seguida se desprendió de los brazos de su hija para encerrarse en la soledad.

Hay momentos en que aburre hasta la luz.

Al pasar por delante de las habitaciones donde convalecía su marido, oyó un suspiro que parecía salir de lo más hondo del pecho.

Josefina se detuvo espantada.

Acaso no la hubieran producido aquel efecto las cien mil trompetas del Apocalipsis sonando repentinamente en su oído.

Lanzó hacia el interior de aquella habitación una

mirada, que parecía alumbrar en sus ojos la llama del infierno, y con acento de odio exclamó:

—¡*Éste* vuelve á la vida cuando *aquél* la abandona! ¡Oh! Ahora que nadie me oye, puedo decir: «¡Maldito seas!»

Y levantó el puño, amenazando al fantasma invisible de su marido.

En aquel momento, la tierna, la dolorida madre era una horrible Euménide, con sus cabellos sombríamente trocados en serpientes.

Aquello fué un relámpago.

La nube se abrió, y produjo la lluvia; esto es, el llanto.

Después se encerró en su estancia.

Una mano temblona hizo agitarse la puerta blandamente, como la hoja movida en la rama por un caliginoso soplo de tempestad.

Josefina se estremeció, reconociendo en aquella mano la de su hijo.

La puerta se abrió, como si el suspiro dado por la madre hubiera sido el «adelante» que le permitía penetrar.

Entre la sombra se deslizó una sombra: allí no había más luz que la claridad sideral que entraba furtivamente por la ventana.

Josefina no quería más luz.

Rogelio le agradeció aquella fineza; de ese modo no podía ver sus lágrimas.

Un hombre oculta hasta de su madre esa prueba de debilidad.

Tampoco Rogelio podía ver el carmín de la vergüenza que teñía las mejillas de Josefina.

Vergüenza, sí; alguna vez la siente la inocencia.

El recuerdo de la escena de aquella mañana en palacio acudió á su imaginación.

Parecía que se encarnaba en algo duro, con aristas de acero que le herían el cerebro.

Al presentarse en la cámara real lo hacía en nombre de su deshonra, pidiendo por la vida de un hijo cuyo padre no era su marido.

Había entrado allí procurando que la reina no se enterase de su presencia.

Era una esposa culpable que huía de una esposa inocente.

—«¡Señor, mi hijo, que va á morir, es el vuestro!...»

Si Rogelio hubiera oído estas palabras, no hubiera querido más que un momento de libertad para arrancar la vida al hombre que pasaba por su padre.

El mismo hubiera acabado con la suya luégo, ahorrándole este trabajo al verdugo.

Aquella pobre mujer tenía que avergonzarse de todo: de su amante, que no había sido más que el comprador de su honra; de su esposo, á quien no había faltado; de sus hijos, de Rogelio sobre todo, por-

que Adelina no tenía los motivos que aquél para sospechar.

Por eso la madre y el hijo se regocijaron interiormente de que la escena que iba á pasar pasara á oscuras.

Rogelio dió un paso en la estancia, y se detuvo; no sabía qué decir, aunque tenía que decir mucho.

Ella le ahorró el camino, comprendiendo lo tirante de la situación.

—Supongo, al verte aquí, que vienes por indicación del doctor Estrañi,—le dijo.

—Así es, madre mía...; y han sido muy poderosas las razones que me ha dado para que yo obedezca.

—¿Por qué? ¿No es ésta tu casa?

—Es la casa de mi madre y de mi hermana, pero no la mía. Estoy colocado en una situación muy singular; carezco hasta de aquello que tiene el mendigo y el perro: una casa. Tenía una, la cárcel; hoy me arrojan de ella; yo creí que me daban esa choza que se llama patíbulo, que conduce á una sepultura... ¡Ni aun eso! Se me condena á vivir, á arrastrar la vergüenza...

—¿Qué dices, hijo mío? interrumpió la pobre mujer.—Tu lenguaje es duro; parece una inculpación...

—Vos habéis hecho lo que debíais.., y yo hablo también como debo. Supongo que sois vos la que ha alcanzado mi libertad, aunque ignoro el sacrificio.

—¡Sacrificio!

—No me probaréis lo contrario. Yo debía morir, y estoy libre... No me digáis por qué; no quiero saberlo. Al aceptar la vida, debo aceptarlo todo. Pero como supongo que habrá mediado en ello una condición, que debo cumplir, decídmela..., y acabemos cuanto antes. No se perdona á un reo sin imponerle algún castigo.

—Pero ¿tú lo eres, Rogelio?

—Para el mundo, sí; para nosotros, acaso soy un vengador. La justicia de Dios escoge á veces instrumentos, como los escoge la ley. ¿Quién sabe si yo valgo hoy tanto como el verdugo?

—¡Ah! ¡Calla! ¡No sabes el daño que me hacen tus palabras!

—Perdonadme, madre mía; no tengo intención de heriros. Pero todo lo que yo hable, después de lo que ha pasado, no puede menos de pareceros inconveniente, duro...; por eso debo hablar poco. Decidme qué es lo que debo hacer..., en qué estriba mi perdón...; porque el rey, siendo magnánimo, no puede ser débil, ni tan injusto, que lo injusto sea un defecto á lo misericordioso.

—¡El rey no podía obrar de otro modo!—exclamó Josefina, acordándose de que se trataba de un hijo y de un padre.

Pero Rogelio, ignorante de esta circunstancia, repuso:

—El rey no ha obrado con arreglo á justicia; algo ha influído en mi favor. He dicho antes que no deseo conocerlo, porque tal vez lo rechazase, dándoos con

mi conducta un nuevo sentimiento, porque me parece que mi libertad os le causa...

—Hijo mío, ¿es posible que te expreses en esos términos? ¡Causarme sentimiento tu libertad!...

—Pues bien, sí, madre; lo presiento, lo creo; vos no me lo decís, y hacéis bien; yo, en vuestro lugar, os imitaría. Pero tened á lo menos el valor de confesarlo; decidme que hubierais visto con gusto mi muerte, no por mi propia mano, porque sois cristiana, y entonces temeríais por el alma de vuestro hijo; pero un accidente cualquiera..., ¡quién sabe de lo que os hubiera librado!... Vuestros sollozos indican que no miento... En fin, sea lo que quiera, decidme qué debo hacer, porque presiento que vos sola tenéis la clave de mi conducta.

—Pues bien, hijo mío, no te engañas; el rey ha sido magnánimo, pero no débil.

—¿A qué me condena?

—A lo que cumple á tu raza... y á tu supuesto crimen: el rey lo sabe todo.

—¡No le envidio!... Yo prefiero ignorarlo todo.

—Toma.

Y Josefina sacó un pliego, que puso en manos de su hijo.

—¿Qué es esto? – preguntó el joven.

—Una orden para trasladarte á América; allí hay guerra; allí está tu puesto.

—¡Y mi tumba!

—¿Qué dices?

—Que... ¡Viva el rey!... El rey, que se porta conmigo cual un cariñoso padre.

Rogelio estaba muy lejos de saber el alcance que tenían estas palabras.

En efecto, había mirado más al hijo que al soldado; la sentencia era una absolución.

Rogelio, al defender á su madre, no había hecho más que batirse con el rufián que pasaba por el autor de sus días.

Josefina no encontró una palabra que replicar; Dios la inspiraba.

Acercó á sus labios la cabeza de su hijo, cubrió de besos su frente, y le dijo:

—Es preciso que no te exhibas..., que partas cuanto antes.

—Mañana mismo: ¿estáis contenta?

—Cuando vuelvas cubierto de gloria...

—No lo esperéis.

—¿Qué dices, Rogelio?

—Mi gloria está en labrarme allí mi sepultura... Mi gloria y la vuestra. Vos seríais la primera en decir: «¿Para qué vuelve?»

Josefina calló.

Tal vez pensaba como su hijo.

Ya no podían mediar más palabras entre ambos, sin la presencia de un ángel.

Este ángel era Adelina.

Llamáronla.

La madre y el hijo necesitaban de aquel episodio,

que, sin torcer sus ideas, las imprimiera nueva unción.

Aquella era la velada de la muerte.

Tal vez los tres personajes allí reunidos no volverían á estarlo.

Pasó la noche.

Nadie echó de menos á un idiota, que, por serlo, no se hacía acreedor á que se le nombrase para maldecirle.

En Josefina y Rogelio fué cálculo; en Adelina, instinto.

¿Comprendió que no debía nombrarse á su padre?

Tal vez no pensó en él.

Rogelió dejó escritos estos renglones, que su hermana debía entregar á Juan de Zúñiga:

«Te encomiendo á Adelina y á mi madre.»

Esto parecía la cláusula de un testamento.

Generalmente, cuando un hombre hace su última disposición, es que está en peligro de muerte.

Adelina no dijo ni preguntó nada.

Las lágrimas silenciosas de su madre eran la norma de su conducta.

Cuando aquélla enmudecía, ¿qué era lo que á ella le tocaba decir?

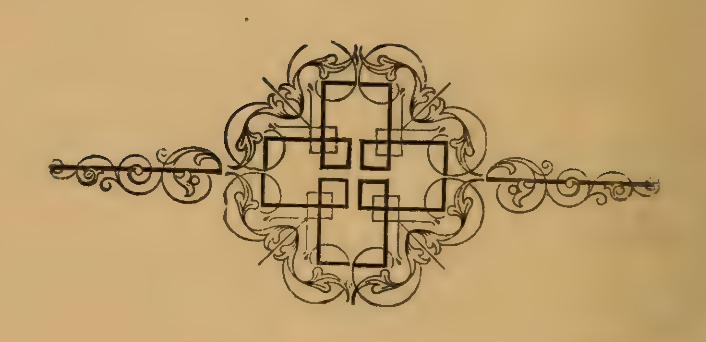
Al romper el alba, un caballo negro como el abismo hendía la sombra, haciendo chispear los guijarros del camino.

Rogelio se alejaba tal vez para siempre de la granja de los Tilos.

La alondra entonaba su primer gorjeo.

Era una despedida.

¡Acaso nunca más le daría el saludo!





CAPITULO LIII

Por Zúñiga y contra Zúñiga.



LLO es que Juan de Zúñiga se separó aquella noche de los oficiales sus compañeros con una terrible reputación de brujo.

Y tanto fué así, que alguno de ellos, al darle la mano en la puerta de la hostería, le preguntó, pero formalmente:

—¿Llegaré yo á general?

Antonio estaba encantado, y tenía á grande honor servir á aquel amo que estaba en relaciones con Satanás.

Pero era cuando bebía vino, cuando su razón se turbaba, cuando no estaba muy seguro de que dos y dos siguiesen siendo cuatro, como probaban los más primitivos rudimentos de la aritmética.

Entonces daba al diablo al prior de los jerónimos, con todos sus exorcismos y todos sus castigos.

Y hasta pensaba en escribir á Arévalo para que le erigiesen una estatua, aun cuando esto no estaba en moda en aquella época.

Pero cuando recobraba la razón era otra cosa.

Él se consideraba como un satélite de un astro maldito.

Servía voluntariamente á Lucifer, puesto que era criado de quien conservaba con él tan buenas relaciones.

Creía de buena fe que su alma andaba en vías pecaminosas.

Y no tenía nada de extraño verle entrar en alguna iglesia para pedir á Dios perdón de aquella culpa que tenía que agradecer á su miseria.

Pero éste era un pretexto.

¿Por qué no buscaba otro amo?

¿No los había en guardias valonas que no se relacionasen con el diablo?

Salía del templo con esta idea salvadora.

Ya nada tenía que temer por su alma; se sentía capaz... hasta de volver á los jerónimos del Prado, y hacer pública protestación de sus errores.

Pero solía suceder que se encontraba con el criado de algún oficial, y si estaba en fondos, le convidaba á vino.

Entonces á sus doctrinas católicas se sobreponían las infernales, y reconocía que el amo mejor que puede escoger un glotón de Arévalo es aquel cuyas relaciones con Satanás sean más estrechas.

Al día siguiente, en la guardia de palacio no se hablaba más que del lance de la noche anterior, y del poder diabólico que se atribuía á Zúñiga.

Este, que estaba libre, fué por la tarde á hacer una visita á sus compañeros.

Se enredó un rato de *sacanete* en el cuerpo de guardia, y á pesar de sus buenas referencias satánicas, quedó sin un real de á ocho.

Los oficiales empezaron á darle *vaya;* pero él se encogía de hombros, exclamando:

—¿Creéis que me voy á ir de aquí sin limpiaros los bolsillos?

—¡Pero cómo, infeliz, si has perdido ya tu paga de este mes y la del próximo! ¿Piensas jugar á crédito?—le preguntaban.

—No.

—Entonces, ¿de qué modo vas á ganarnos?

En aquel momento acertó á llegar su criado Antonio, el cual le buscaba para entregarle una carta urgente.

—¡Apuesto á que es dinero!—dijo el joven rompiendo el sobre.

En efecto, era la cuenta del dueño de una hostería,

que, próximo á emprender un viaje, realizaba fondos.

Es decir, quería realizarlos.

Los oficiales prorrumpieron en sonoras carcajadas.

Juan se rascó la oreja.

Este ademán era propio en él siempre que iba á tomar alguna grave resolución.

Encarándose con su criado, le preguntó:

—¿Tienes dinero?

Antonio sacó una peseta, dando un suspiro.

El alférez se acercó al que manejaba la baraja, exclamando:

—Con esto se puede hacer fuego.

—Pues adelante.

Empezó la partida.

Juan se reía porque ganaba.

Su mala suerte anterior se había trocado en buena.

Y no tan solamente recuperó lo perdido, sino que al poco tiempo el dinero de sus camaradas cambió de bolsillo.

Juan, al cobrar las monedas, devolvía las chanzonetas de que antes le habían hecho objeto.

Y las devolvía con usura.

El buen humor le inspiraba las frases más felices, con las que mortificaba á los que le habían mortificado.

¿Por qué desconfiar del diablo, cuando éste siempre le acorría en sus momentos de apuro?

Aquello duró poco.

La bolsa del alférez estaba ya llena de monedas de plata, y no había que jugar.

Juan se levantó orgulloso, y arrojó la baraja, exclamando:

—Convenceos de que no podéis conmigo de ninguna manera.

Y salió.

Estaba anocheciendo.

Al cruzar por uno de los patios del alcázar, apercibió una sombra que le abordaba, y una voz harto conocida le dijo:

—Amigo, venga mi parte..., la parte del diablo.

El joven sintió frío en el corazón; pero exclamó, procurando conservar su serenidad:

—¡Es muy justo!

Y puso en manos de aquél algunas monedas, procurando no tocar su epidermis por no abrasarse.

La sombra desapareció.

—¡Pardiez! —exclamó el joven un tanto meditabundo.—Yo conozco á alguien que se parece al diablo..., aunque no puedo decir quién.

Un joven teniente de la guardia, que pasaba á su lado, y que oyó estas palabras, replicó:

—¡Puede que queráis embaucaros á vos mismo con esa opinión de vieja beata!

—Y aunque así fuera,—le contestó el joven algo picado,—más vale que me engañe á mí mismo que no á los otros.

—Es verdad, si sucediera así.

—¿Conocéis á alguno que tenga ese motivo de queja?

—Sólo sé que esta tarde vuestra suerte ha sido algo sospechosa en el juego.

—Joven, empleáis algunas palabras que no suenan bien en oídos honrados...; y tratándose de mí, sólo admito que la suerte sea buena ó mala, pero de ninguna manera sospechosa.

—Tampoco trato de daros gusto al hablar.

—Achaque de necios es ése, cuando hablar bien cuesta tan poco.

El joven levantó la mano ante aquel insulto; pero Juan le esperaba ya con el acero desenvainado.

Al ruido de la disputa acudieron algunos guardias, y una ronda que hacía el servicio interior con una linterna.

—¡Cómo!—exclamó el oficial.—¡Tirar de la espada en la casa del rey, no siendo en su servicio!

—Yo vengo el insulto donde me lo hacen, y creo que hasta el templo es bueno para que lave un hombre su honra, - exclamó Juan, ciego de ira, cayendo sobre su adversario.

La ronda trató de intervenir; y tal vez aquello no hubiera tenido consecuencias, á no haber pasado por allí el coronel de guardias, el cual, enterado de lo que pasaba, dispuso el arresto de los dos contendientes en el cuartel.

Estrañi, que había presenciado el lance, lo refirió aquella noche en el cuarto de la reina.

La noticia causó sensación.

Juan de Zúñiga pasaba por un personaje de novela en aquel aristocrático círculo femenino, á causa de su aventura infernal delante del convento de los jerónimos, y todo lo que se relacionaba con aquella fe ciega que tenía el joven en el diablo, divertía en gran manera á las damas.

Éstas formaban dos grupos, uno de ellos algo más separado de la reina, donde se comentaba el hecho de la libertad de Rogelio con absoluta prohibición de presentarse en la corte.

Cuando llegó el doctor Estrañi, haciendo el relato de lo sucedido en el patio de palacio, todos le rodearon, pidiéndole hasta los menores detalles.

—Pues ahora,—dijo la reina,—de poco va á servir á vuestro protegido vuestro diabólico poder, porque el rey es inflexible en materia de duelos, y habiendo tenido lugar el lance dentro del mismo palacio...

—Sin embargo, él confía siempre en mí,—repuso el doctor,—y cuando caminaba hacia el cuartel iba diciendo: «¡Bah! El diablo se cuidará de mi persona.»

—No dudo,—añadió María Amalia,—que ese joven haga todas las calaveradas posibles, fiándose ciegamente en tan buen padrino.

La duquesa de Medinaceli, que lo había oído todo en silencio, exclamó:

—¡Siento el percance! ¡Yo, que había pensado en invitarle para el baile que voy á dar dentro de tres días!...

—¡Y á fe que nos divertiríamos, pues en nombre del diablo podía jugársele alguna broma!

La joven condesa de la Estrella, que se interesaba en todo lo que hacía relación á Zúñiga, exclamó:

—Como la invitación fuera un hecho, yo estoy segura de que ese joven asistiría á la fiesta.

—¡Cómo! - exclamaron algunas.

—Rompiendo el arresto.

—Eso es imposible, condesa,—dijo el doctor.

—Para otro que no fuera él, desde luégo.

—¿Le creéis capaz, condesa?—preguntó la reina sonriéndose.

—Le creo capaz de todo lo que sea difícil y arriesgado.

—¡Imposible!—dijeron algunas damas.

—Pues no tengo inconveniente en apostar el primer minué en pro de lo que digo.

—¡Escaparse y presentarse en público!—exclamó la duquesa.—Repito que con toda su buena fortuna no lo intentará.

—Pues apostad, duquesa.

—Y ¿qué es lo que pierdo, si pierdo?

—No bailar en toda la noche.

—Pues... acepto,—dijo la dama.

Las demás batieron palmas.

En aquel momento se dividieron en dos bandos, que capitaneaban la duquesa de Medinaceli y la condesa de la Estrella.

Era más numeroso el de aquélla; porque, en efec-

to, romper un arresto para hacer exhibición de su persona, sólo podía intentarlo un loco.

—Antes de proceder á nada,—dijo la duquesa,—debemos contar con el permiso de su majestad.

—Os le concedo, aunque debería negároslo,—contestó María Amalia,—y con ello daba una prueba de benevolencia á ese pobre joven á quien tratáis de comprometer.

—Después de todo, no irá.

—No le conozco apenas,—replicó la condesa de la Estrella;—pero desde luégo creo que su carácter caballeresco no le hará desatender la invitación de una dama.

—¡Pobre mancebo!—repuso el doctor.

—¿Dónde está arrestado?

—En el cuartel de guardias.

—Pues yo haré que mañana mismo reciba mi invitación.

—Una idea me ocurre, que ha de obligarle, y debo ponerla en planta, puesto que yo soy la que apuesto por él; me parece que esto es admitido por legal.

—¿En qué consiste vuestra idea?

—En acompañar á la invitación una carta anónima, donde se le diga que hay quien duda de su asistencia y apuesta en contrario.

—¡Bravo! ¡Bravo! Esto le obligará más.

Entre tanto la reina preguntaba á Estrañi:

—¿Qué opináis, doctor? ¿Creéis que ese joven sea más loco que las que le invitan?

—Creo que asistirá á la fiesta, señora.

—En ese caso, yo también creo que, de no ser fusilado antes, llegará á general.

—Todo es posible con hombres del carácter de Juan de Zúñiga.

El episodio terminó aquí.

Era la hora en que la reina acostumbraba á reti rarse.

Las damas se despidieron.

Al tomar sus respectivos carruajes en la puerta de palacio, la duquesa y la condesa se estrecharon las manos, diciéndose respectivamente:

—¡Por Zúñiga!

—¡Contra Zúñiga!





CAPITULO LIV

En donde Antonio sienta plaza sin pensar en ello.



UESTRO joven, ignorante de lo que pasaba en palacio, dormía á la sazón, despues de haber cumplido estrictamente sus deberes.

Esto es:

Primero maldijo al tronera que le tenía allí, siendo causa de todo con sus palabras injuriosas.

Después, como buen enamorado, pensó un poco en Adelina.

Aquella mañana estuvo en la granja de los Tilos, teniendo el sentimiento de saber que su amigo Rogelio había partido sin poder estrechar su mano.

—Lo principal es que haya recobrado su libertad,—

dijo.—No dudo de que, pasado algún tiempo, el rey le llamará á la corte para que ocupe en ella el puesto que le corresponde.

Cuando leyó el papel en que Rogelio le recomendaba á su madre y á su hermana, exclamó enternecido:

—¡Eso tengo que agradecerle! ¡Se acuerda de mí para encomendarme lo que más amo! Juro no hacerle traición.

Sólo que por la noche, en la soledad de su encierro, decía:

—¡Pardiez! ¡Buen modo tengo de cuidar de los demás, cuando no sé cuidar de mí mismo!... En fin, ¡el diablo sea conmigo! A bien que si me oyera Antonio, hubiera hecho ya la cruz con todos los dedos de sus manos.

Al día siguiente se presentó su criado, que llevaba el almuerzo, y muy malas noticias.

Juan, que comía con regular apetito, al ver el semblante compungido de aquél, no pudo menos de preguntarle la causa.

—¡Ah señor!—contestó el melancólico criado.—¿Cómo queréis que esté alegre viendo lo que os pasa?

—Pero, imbécil, ¿crees que van á quitarme la vida por tan poca cosa?

—Desde luégo que no; pero...

—Pero ¿qué?

—Corren muy malas noticias...

—¿Respecto de mí?

—¡Pues claro!

—¿Qué dicen?

—He oído referir un caso semejante al vuestro... de un oficial que también sacó la espada en palacio...

—Y ¿qué?

—Que fué destinado á América, donde murió de...

—¡Tanto mejor!

—¿Es posible que penséis de esa manera?

—Así me procuraban el placer de acompañar á mi amigo Rogelio.

—¡Dios sabe dónde iríais á parar!

—¡Bah!

—Además, he oído decir que en América hace un calor espantoso...

—Bien; sudaríamos.

—Que hay animales más feroces que los de Europa, y plantas cuya sombra causa la muerte.

—Yo me río de esos peligros

—¡Ya, ya sé que os reís de todo, señor!

—Pero, imbécil, ¿no cuentas para nada la protección del diablo?

—¡Jesús, María y José!

—En fin, no me rompas la cabeza con tristes augurios; sea lo que quiera, me tiene sin cuidado mi suerte futura.

Este diálogo fué interrumpido por un guardia que

cuidaba de los arrestados, el cual entregó á Zúñiga dos pliegos que acababan de dejar.

—¿Para mí?—preguntó el joven, que no tenía correspondencia con nadie.

—Sí, señor.

Uno de aquellos pliegos estaba blasonado.

Pero Zúñiga no había tenido tiempo de estudiar heráldica; así es que no pudo adivinar á qué casa correspondían aquellos cuarteles.

Para él le era enojoso ocupar el suyo de aquella manera.

Roto el sobre, quedó asombrado al pasar sus miradas por aquel escrito.

Era una invitación para el baile que de allí á dos días daba la duquesa de Medinaceli, en la que le rogaba que *honrara su casa con su presencia.*

Zúñiga tuvo que leer el pliego varias veces para convencerse de que no soñaba.

Pero no era posible dudar: allí estaba su nombre bien claramente escrito.

¡Invitarle á él una dama tan principal, á quien sólo conocía de verla entrar y salir en palacio, no habiendo llegado el caso de cambiar la palabra con ella!

A menos que invitase á todo el regimiento de guardias, en cuyo caso el convite ya no tenía tanto de particular.

También su criado estaba absorto. Hasta entonces no creyó, no sospechó nunca que servía á un personaje, pues era preciso serlo para asistir á tales fiestas.

Indudablemente aquello era hijo de la protección del diablo.

Cuando estaba en el convento, nadie se acordaba de él, como no fuera su tío para castigarle.

Desde que Satanás le había tomado á su cargo, le pasaban cosas verdaderamente extraordinarias.

Era tal la emoción que le preocupaba, que llegó hasta olvidarse del otro pliego que tenía aún en la mano.

Antonio se lo advirtió, y Zúñiga llegó á creer que también le invitaban para alguna fiesta extraordinaria que debía darse en la luna.

Aquel pliego decía lo siguiente:

«En vuestra situación es casi imposible que podáis »aceptar la invitación de la duquesa; pero conste que »una dama principal ha apostado á favor vuestro: ¿la »dejaréis mal?»

Juan dió un fuerte golpe en el entarimado del aposento con el tacón de la bota.

—¡Pardiez!—exclamó.—¿Qué significa esto? ¿De qué se trata? Las damas más principales me toman y me dejan á su antojo, sin que yo sepa el motivo. ¿Qué interés hay en que vaya al baile ó deje de ir?

Antonio exhaló un profundo suspiro, exclamando:

—¡Qué lástima, señor!

—¿Qué?

—Que no podáis asistir á ese baile. ¿Quién sabe el partido que podríais sacar?

—Pero ¿tú crees que no voy á asistir?

—¡Pardiez!... ¿Y cómo?

—¡Cuando una dama se interesa por mí..., es decir, cuando tiene empeño en que asista!

—¡Quién sabe si apuesta en falso, constándole que no asistiréis!

—¡Que no! ¡Estaría bueno!

—¡Pues no veo cómo!

—Ni yo tampoco..., pero lo veré más adelante, no te apures.

—No creo que el diablo pueda transformaros en mosca, ó en ráfaga de aire, para que os coléis por la cerradura...

—¡Quién sabe!

—¡Bah!

En aquel momento se abrió la puerta, apareciendo en la estancia el oficial de guardia.

Llevaba un papel en la mano, doblado en cuatro partes, como el que acababa de recibir Zúñiga.

Encarándose con éste, le dijo:

—Caballero alférez, ¿queréis prestarme atención á lo que voy á leeros?

—¿Por qué no? Estoy á vuestra disposición.

El oficial leyó lo siguiente:

«El alférez de guardias valonas don Juan de Zúñi»ga, que sufre hoy la pena de arresto, está interesado »en abandonar su prisión en la noche del 10 de Sep»tiembre, por más que, como hombre de honor, vuel»va voluntariamente á su encierro apenas amanezca.

»Os lo avisa una persona que tiene motivos para »saberlo.»

Aquí terminó la lectura; pero el oficial prosiguió:

—Abrigo la idea de que un anónimo encierra siempre algo de verdad; en este caso, apelo á vuestro honor.

—Pues bien: mi honor, á que nunca se apela en vano, me manda no engañaros. Es cierto cuanto os denuncian en ese documento.

—En ese caso, no extrañaréis que tome mis medidas.

—No tan solamente no lo extraño, sino que os lo aconsejo. La persona que eso escribe me conoce bien, como lo demuestra al aseguraros que yo volveré así que desempeñe mi cometido.

—Pero es que no saldréis.

—Tengo la pretensión de disgustaros en ese punto.

—Mi servicio concluye mañana por la mañana. No obstante, al dejar el cuartel trasladaré este escrito al oficial que me sustituya, para que esté alerta.

—Y haréis muy bien: no creáis que se trata de una baladronada; pero por mucho que vos ú otro me guarde, yo me escaparé cuando lo crea necesario.

El oficial se retiró.

Aquel escrito, como habrá adivinado el lector, era una precaución que tomaba la duquesa de Medinaceli para no perder la apuesta.

Poniendo en guardia al oficial, inutilizaba todo lo que Zúñiga pudiera intentar.

—Afortunadamente,—dijo éste,—tengo dos días para madurar mi plan.

Antonio se echó á reir, con muy poco miramiento por cierto.

Su amo le miró con lástima.

—Vete,—le dijo.—Ya no me haces falta.

Cuando aquél desapareció de la estancia, Zúñiga se tendió sobre el lecho, abrigando el principio de que no hay mejor consejera que la almohada.

Llegó el día 10, día crítico en que debía redoblarse la vigilancia en el cuartel.

Por la mañana, á la hora de costumbre, acudió el criado con el almuerzo.

Juan comió como si tal cosa, si bien estuvo menos locuaz que otros días.

Parecía absorto, distraído con una idea.

Antonio le miraba de un modo socarrón, propio de los glotones de Arévalo.

El joven alférez hizo como que nada advertía, por más que no se le escapó aquel ademán de Sancho después de la aventura de los molinos.

Terminado el almuerzo, y cuando aquél iba á partir, le dijo Juan:

—Cuidarás de tener bien cepillado y dispuesto el uniforme de gala para esta noche.

—Creo que no le habéis de ensuciar, señor,—contestó Antonio, como se da la razón á un loco.

—Eso no es cuenta tuya: lo principal es que yo le halle listo cuando le busque.

—Está bien.

—No quiero cenar hasta las ocho.

—Generalmente lo hacéis á las siete.

—Pues bueno, hoy lo retrasaré una hora.

—Sea á las ocho.

—Supongo que aun te quedará dinero de las ganancias del otro día.

—¡Pícaras ganancias! ¡Por ellas estáis aquí!

—¿Te queda, ó no?

—Me queda.

—Deseo cenar esta noche con vino de Jerez.

—Tendréis una botella..., y creo que es el mejor partido que podéis tomar: el vino os proporcionará un buen sueño.

—Eso es cuenta mía; tú no has de dormir por mí. Conque en marcha, y no se te olvide lo que te he dicho; sobre todo, el uniforme.

Antonio le miró con lástima, y partió, diciendo:

—¡Pero, Dios mío, es posible que mi señor piense en transformarse en pájaro!

Zúñiga volvió á tenderse en el lecho.

A medida que avanzaba la tarde, aumentaba la vigilancia en el cuartel.

Aquella era la noche escogida.

El alférez no había querido dar palabra de honor de no escaparse, lo cual tenía intranquilo al oficial de guardia.

Al dar las ocho llegó Antonio con la cena, con la puntualidad de un cronómetro.

Tuvo que tocar á su amo dos ó tres veces en el hombro, porque dormía, al parecer.

Antonio se tranquilizó, teniendo por imposible que un hombre que dormía de aquel modo pensara en escaparse.

El joven comió y bebió mejor que ninguna noche.

El vino de Jerez pareció ponerle comunicativo: es un licor que, con razón, alcanza el nombre de generoso.

Terminada la cena, y viéndole en tan buen tenedero, Antonio se creyó autorizado para gastar la chanza siguiente, que por cierto era de muy mal gusto:

—Señor, el uniforme de gala os espera en vuestra habitación. Supongo que no iréis á buscarle.

—Bien; dejemos eso, y vamos á otra cosa,—dijo el joven, como si aquella chanza le disgustara.

—¡Gracias á Dios!—exclamó Antonio, creyéndole curado de su manía de evadirse.

—Dime,—prosiguió aquél,—¿estás contento de mi servicio?

—¡Cómo, señor! ¿Pensáis despedirme?

—Digo si estás ó no contento.

—¿No lo he de estar..., si más bien que como criado me tratáis como no trataríais acaso á un camarada?

—Lo celebro, Antonio, pues veo que eres un hombre agradecido.

—El agradecimiento es en mí una obligación.

—¿Es decir que si yo exigiera de ti un pequeño favor, te apresurarías á otorgármele?

—¿Podéis dudarlo?

—Pues bien: ha llegado la hora de que me pruebes tu agradecimiento: desnúdate.

Antonio retrocedió casi espantado; lo que oía era extraño; tan extraño, que creyó que había oído mal, ó que su amo estaba loco.

Sin embargo, hablaba con formalidad; y para que cualquier duda desapareciese del ánimo de su criado, fué más explícito, diciéndole:

—Oye, Antonio; hé aquí de lo que se trata..., de que yo esta noche luzca el uniforme de gala de la guardia valona en el baile de la señora duquesa de Medinaceli.

El criado aun se manifestó más sorprendido: ya hemos dicho que creía al joven alférez curado de aquella manía.

Pero así y todo, ¿qué tenía que ver su evasión para que él se desnudase?

Juan fué mucho más explícito aún, añadiendo:

—Como para vestir yo el uniforme es preciso que salga de aquí, y como no me dejarían salir si me conocieran, es preciso que cambiemos de traje; tú te quedas aquí, y yo me voy á mi casa...; pero descuida, que mañana al amanecer vengo á redimirte de tu esclavitud.

Antonio por un movimiento puramente maquinal, se dirigió hacia la puerta; tal vez iba á pedir auxilio.

Pero su amo no se movió.

Unicamente dirigió la mano á una pistola que tenía oculta bajo la almohada, diciendo con la mayor tranquilidad:

—¡Supongo que no me pondrás en el caso de pegarte un tiro!... Porque entonces yo no saldría de aquí, pero tú tampoco: te sacarían.

Señor, ¿es posible que deis en semejantes locuras? —dijo Antonio temblando.

—Ya lo ves que sí. . Y te advierto que no tengo tiempo que perder.

—¡Si me descubren!...

—Te descubrirán indudablemente; pero no creas que por eso te ahorcarán.

—Yo os suplico...

—Vamos, señor remolón, acabemos de una vez, á menos que prefiráis que yo no vaya al baile, y que os tumbe aquí como un conejo.

Antonio empezó á desnudarse, y Juan también; solamente que aquél tenía menos prisa.

Pero le veía decidido á todo, y el mozo decía para sí:

—¡Nada me importa que él no vaya al baile, si á mí me aloja una bala en la cabeza!

Después trató de emplear otro medio, pintándole los riesgos á que se exponía si era descubierto.

Pero Zúñiga sólo se acordaba de que había una



Lit. J. M. Mateu Barquillo 5 Madrid

dama que, contando con su audacia, había apostado por él, y esperaba que se hiciera visible en el baile.

En aquel momento su amor cedía el puesto á la vanidad, y no pensaba en la pobre Adelina, sin que esto sea decir que no la amase.

Amo y criado iban cambiando las prendas de su traje.

Cuando todo estuvo concluído, Juan aconsejó al atribulado mozo, convertido de repente en alférez de guardias, que se tendiese en el lecho, haciéndose el dormido, y no contestando si le llamaban.

Aquella fué una de las ocasiones en que echó de menos su plaza de hermano lego en el convento de jerónimos del Prado.

Juan asió la cesta donde iba todo el servicio de la cena, se la colgó del brazo, é imitando el paso tardo y torpe, y las maneras toscas de su criado, salió al patio del cuartel, atravesó el zaguán y pasó por delante del centinela, gruñendo algo que se parecía á una salutación.

Cuando se vió en la calle, no pudo menos de exclamar:

—¡Ahora que el diablo venga en mi ayuda!





CAPITULO LV

Zúñiga en Oriente.



abíase concertado hacía algún tiempo el doble matrimonio de la infanta María Luisa de España con el archiduque Pedro Leopoldo de Austria, y el del príncipe de Asturias don Carlos con María Luisa, hija de don Felipe, duque de Parma.

Verificado el primero de aquellos casamientos, turbó la alegría general de todos la repentina muerte del emperador Francisco.

También fué causa de que se aplazase el otro por igual desgracia acontecida al duque de Parma.

Pero como la razón de Estado se sobrepone á los

lazos de familia y al sentimiento natural, cuando existe, la boda del príncipe de Asturias se verificó á los dos meses, esto es, el 4 de Septiembre, en el real sitio de San Ildefonso.

Ambos enlaces se solemnizaron algunos días después en Madrid con esa magnificencia que usan los pueblos cuando meten el pie en el borceguí del tormento.

Nunca es el pueblo más pródigo de su dinero que cuando se trata de complacer á los nuevos amos que se impone.

Las ranas pidiendo rey no pasará nunca de un bellísimo apólogo que se aprende en la escuela y que se olvida luégo.

Hubo, como acontece en tales ocasiones, vistosas iluminaciones, fuegos artificiales, banquetes espléndidos, costosas y magníficas comparsas, sin que faltara lo que hemos dado en llamar *fiesta nacional;* esto es, corridas de toros en la plaza Mayor, serenatas, bailes y funciones de teatro, á cuyo fin se contrataron en Francia é Italia bailarinas y cantantes.

La munificencia real también se distinguió, concediendo multitud de mercedes á los personajes de la corte y sus allegados, no siendo los que menos participaron de ellas los ministros marqueses de Grimaldi y Esquilache.

A esto obedecía el baile que daba la duquesa de Medinaceli en honor de los jóvenes esposos, y al que

estaba especialmente invitado nuestro conocido Juan de Zúñiga.

Desde las nueve de la noche, el trecho que hoy es conocido por plaza de las Cortes empezó á estar invadido por multitud de curiosos y por los carruajes que acudían de la villa, conduciendo á los invitados, yendo á esperar luégo la hora de salida en las arboledas del Prado de San Fermín.

El vetusto palacio que forma esquina con la calle de Trajineros estaba resplandeciente de luz; se había remozado, porque entonces era ya viejo.

Lo apacible de la estación hacía que casi todos sus balcones estuviesen abiertos, viéndose á un enjambre de criados que corrían de un lado á otro para las necesidades del servicio.

Las habitaciones principales donde se celebraba la fiesta daban al jardín, que estaba iluminado *á giorno*.

Las aves revoloteaban de árbol en árbol, extrañando acaso que para ellas la noche fuese tan corta.

Porque aquello era una aurora con todos sus resplandores.

La fiesta, espléndida de por sí, ofrecía una novedad.

Era un baile de trajes, que aunque común en aquel tiempo, siempre causaba efecto.

Esto hacía que hubiese en la calle muchos curiosos, como hemos dicho, con el fin de ver bajar de los carruajes á damas y caballeros.

El pueblo se contenta con poco, aunque no siempre.

Algunas veces, muy pocas, digámoslo en obsequio de su paciencia, suele tomar la parte del león.

También era parte á que la vía pública estuviese concurrida la noticia de que los reyes y los recién desposados asistirían á la fiesta.

Así sucedió, en efecto.

Sólo que estuvieron poco tiempo, y sólo por honrar á la galante duquesa.

Sus majestades y altezas salieron de allí á las once, después de bailar una gavota y tomar una ligera refacción.

Con esto los convidados quedaron más á sus anchas, pues la etiqueta siempre es una rémora para la diversión.

Había cuadrillas vistosas y trajes de un gusto artístico, realzado por la riqueza, algunos de los cuales valían una fortuna.

Desde las primeras horas de la noche los salones de entrada eran un punto de observación para las damas palaciegas que componían la tertulia de la reina.

María Amalia tuvo también la bondad de acordarse de la apuesta, y después de recorrer los salones, agasajada por la duquesa, le dijo:

—Me parece que no está completo el número de tus convidados.

—¿Echa de menos vuestra majestad á alguno que haya quedado en venir?—le preguntó la dama.

—No veo al joven alférez de guardias valonas...

—Acaso el diablo no haya podido levantarle el arresto.

—Os engañáis, duquesa,—dijo Estrañi, apareciéndose á la sazón y saludando.

—Pues ¡cómo!—exclamaron á la vez las dos damas.

—Acabo de verle entrar en este momento.

—¡Qué decís!... ¿Acaso ha logrado?...

—¿Escaparse? Es indudable.

—¡Esa imprudencia puede costarle cara!—dijo la reina.

—Señora, se trataba de una dama que había apostado por él, y no ha querido dejarla mal.

—En efecto, ese joven debe tener algo que ver con Satanás.

—Pues juro que por esta noche el diablo no le ha ayudado en su evasión,—dijo el doctor con gravedad cómica.

En aquel momento Zúñiga se presentó en la puerta del salón.

Juan había subido por la gran escalera de artesonados de cedro fileteado de oro, lo mismo que por la escalera de su casa.

Era la primera vez que asistía á reuniones por el estilo; sin embargo, parecía haber nacido entre ellas ó para ellas.

Aun cuando todo lo que veía era nuevo para él, no le causaba efecto.

Parecía el primogénito de la casa entrando en su palacio.

Algunos de los muchos que ignoraban las circunstancias que le habían llevado allí, le miraban por encima del hombro, exclamando:

—Pero ¿qué es esto? ¿Con quién nos obliga á alternar la duquesa? ¿O es que ese joven se ha equivocado, tomando esta casa por el cuartel?

Pero las miradas de Juan eran altivas, y hacían enmudecer muchas bocas.

Juan iba guiado hasta allí por su afición á las aventuras.

De alguna se trataba, en efecto, cuando figuraba entre los convidados de la duquesa en tan extrañas circunstancias, y esperaba que alguna sibila, desconocida aún, abriese la boca para revelarle el secreto.

Así que llegó al primer salón, le detuvo un grito de asombro, lanzado por ocho ó diez gargantas femeninas.

Otras tantas máscaras, caprichosamente disfrazadas, empezaron á palmotear, exclamando:

—¡Aquí está el caballero Zúñiga! ¡El alférez ha roto el arresto!

Juan saludó con un ademán galante: para él, aquello era lo mismo que si le hablasen en griego.

Algunas le cercaron, otras partieron alegremente, sin duda para correr la voz.

Juan iba á proseguir su camino, con la sonrisa en los labios, cuando se le acercó una sultana, que pare-

cía que acababa de salir de alguno de los perfumados palacios de Constantinopla.

Su traje valía una fortuna.

La tela de sus calzones azules era procedente de los telares de Persia; las perlas de sus ajorcas se habían pescado en Guzárate y Colconda, sus corales en Nápoles; el bordado de sus riquísimas babuchas era obra de hadas; llevaba en la media luna de su turbante una piedra, que al reflejar las luces del salón parecía una tempestad de relámpagos.

Pero Juan no reparó en nada de esto.

Lo que únicamente llamó su atención fué una garganta blanca y torneada, unos brazos de purísimo contorno, y una barba que se escapaba por debajo de su careta, que parecía asiento natural de labios enamorados.

—¡Oh qué hermosura!—exclamó el mancebo embelesado.

La sultana le dijo con voz dulcísima:

—¿Por qué has venido?

—Parece que una dama estaba interesada en ello, y no me gusta ser descortés.

—Pero tenías una disculpa: ¿no estabas arrestado?

—Ya ves que era una disculpa cobarde, puesto que estoy aquí.

—¡Oh, gracias!

—¿Eres tú esa dama?

—Te doy las gracias en su nombre.

—Después de verte, no quiero conocerla.

—¿Por qué?

—Porque de seguro no valdrá tanto como tú.

—¡Lisonjero! ¡Si no me has visto el rostro!

—Pero hay datos encantadores para que adivine lo que no veo.

—En fin, no se trata de requiebros ahora, sino de evitarte un compromiso. Has cumplido como un hombre; vete.

—¡Cuando puedo estar á tu lado un momento, y oirte hablar..., no lo esperes!

—La reina está aquí...; sabe acaso á esta hora que has venido, y tu presencia es un insulto; pudiera mandarte arrestar.

—No haría más que anticiparlo algunas horas, porque al salir de aquí vuelvo á mi encierro; pero tienes razón, no es conveniente que me vea..., no por mí, sino por el brillo de la majestad: aquí no soy más que un rebelde.

—De todas maneras... ¡Oh!... ¡Adiós!

Y la sultana, cortando de repente la conversación, dió media vuelta y desapareció.

En aquel momento desembocó por una galería el conde de la Estrella que vestía el traje de cruzado.

Miró hacia el sitio por donde había desaparecido la sultana, y después se fijó en Zúñiga.

—¿Qué es eso?—preguntó, dirigiéndose á un *clown* que le acompañaba.

—*Eso*... parece un alférez,—dijo aquél con aire desdeñoso.

Juan, que había oído la última frase, se acercó, añadiendo con retintín:

—Y un hombre que no se cubre la cara ni aun para vestirse de histrión.

Y después de saludar, siguió adelante, aunque muy despacio.

—¡Bien contestado! —repuso el conde, riéndose.

—¡El insolente!...

—Pero ¿creéis que esa sultana sea mi mujer?

—Habéis dicho que salió de vuestra casa vestida de sibila; no creo que haya tenido tiempo de variar de disfraz.

—Me ha parecido...; y luégo, como huyó al verme...

Entre tanto Juan de Zúñiga discurría por los salones.

Algunas máscaras se le acercaban dándole broma sobre su arresto.

Zúñiga creyó que había caído en el reino de los enigmas.

En aquel momento, los reyes y príncipes se retiraban, acompañados por la duquesa, que iba sirviéndoles hasta la puerta.

Nuevamente apareció la sultana, la cual, dirigiéndose á las máscaras que rodeaban al joven, exclamó:

—¡El rey se acerca!... ¡No es conveniente que le vea!

Entre todas le obligaron á retirarse al alféizar de una ventana.

Al aproximarse la corte, todos los rostros se descubrieron.

Pero la sultana se arregló de modo que Juan, por más que hizo, no pudo verle el suyo.

Cuando salieron los reyes, todos volvieron á cubrirse.

Zúñiga partió como un loco en busca de aquella máscara que le trastornaba.

En uno de los salones se encontró al paso á la duquesa.

—Señora, —la dijo, —aunque sin merecimientos, y por motivos que ignoro, he recibido una invitación de vuecencia, y cumplo un deber dándole las gracias y poniéndome á su disposición.

—Creed, Zúñiga, que por mucho placer que recibo con vuestra presencia, hubiera agradecido más no veros.

—Entonces vuestra invitación...

—Ha sido una imprudencia..., sabiendo que estabais arrestado; en caso contrario, vuestra presencia honra mi casa.

—A la verdad que no comprendo nada de lo que me sucede.

—Si pesara algo en vuestro ánimo, os daría un consejo.

—Le escucharé gustoso.

—Por más que no le sigáis, ¿no es eso?

—Procuraré complaceros.

—Volveos al cuartel, y ved de qué manera podéis arreglar con los compañeros que esta evasión no la conozcan mañana vuestros jefes.

—Hay un inconveniente, señora duquesa.

—¿Cuál?

En aquel momento Juan vió que la sultana entraba en un pequeño gabinete que flanqueaba el salón.

—Esa máscara, —dijo Zúñiga, señalándola.

—Las cosas de Oriente son engañosas en estas latitudes. Sobre todo, estáis en vuestra casa.

Y la duquesa se alejó, sonriéndose al ver que aquel hombre olvidaba las consecuencias de su evasión por una sultana del Manzanares.





CAPITULO LVI

El antifaz.



La verdad es que el joven no pensaba más que en aquella garganta y en aquellos brazos, de los que quisiera hacer dulces dogales para su cuello.

¿Qué le importaba lo que pudiera pasarle al día siguiente?

Zúñiga deseaba que no amaneciese nunca, que aquella noche fuera eterna.

Empezó á recorrer los salones.

Las carátulas iban desapareciendo poco á poco, y se vió rodeado de rostros bellísimos, cuya hermosura realzaba la profusión de luz y el lujo de los trajes.

Los que no estaban en antecedentes, como le vie-

ron hablar con la duquesa y algunas máscaras, no extrañaban ya su presencia.

Otros le conocían de verle en palacio cuando estaba de servicio.

Además, poco á poco fueron enterándose todos de que era un oficial que había roto su arresto por complacer á una dama.

La opinión general estaba á su favor, y las mujeres especialmente le dirigían miradas de simpatía.

A juzgarle aquel tribunal, saldría absuelto indudablemente.

Por último, Juan dió con la sultana, que arreglaba su tocado en el fondo de un gabinete.

—Supongo que ahora,—le dijo,—me presentaréis á esa dama, á quien parece que he complacido al venir aquí.

—¿No decíais hace poco que no queríais verla?

—Ahora me retracto.

—Quiero castigar vuestra inconsecuencia no presentándoos.

—Es que mi inconsecuencia no existe: he dicho hace poco que sólo quería veros á vos; y como creo que vos y esa dama sois la misma persona, heme aquí tan consecuente como el sol, que alumbra el mundo hace miles de años.

—Hacéis deducciones muy gratuitas.

—Pero no me probaréis que me equivoco: ¿queréis

que tenga con vos procederes de pirata que entra á viva fuerza en un harén?

—¡Ajustáis vuestro lenguaje al uso de mis vestiduras!—dijo la dama riendo.—Pero ¿os atreveríais?

—A todo... lo que no pudiera disgustaros.

—¡Eso es otra cosa!

—Sobre todo, ¿por qué me habéis hecho venir?

—Tal vez... por probar vuestra galantería.

—Soy tan oscuro..., tan desconocido, que no tendríais motivos ni aun para dudar de ella.

—Vuestra conducta con el hijo del conde de Massi me probó quién erais.

—No hay en ello nada de particular; hice lo que él hubiera hecho conmigo. Pero no se trata de eso ahora; y puesto que os he complacido viniendo aquí, reclamo el precio de mi servicio.

—¡Sois muy interesado!

—Mucho; pero como la paga, aunque de gran valor para mí, no os costará ningún sacrificio...

—¿Y qué es lo que os contentaría, señor pedigüeño?

—Que desaparezca un breve instante esa careta enojosa.

—¡Pero si me conocéis!... ¡Me habéis visto muchas veces en palacio!

—¡He visto tantas damas!...

—Recordad la más fea: ésa soy yo.

—¡Oh!... ¡Imposible!

—En fin, separémonos... Aquí estamos llamando la

atención de los que pasan. . ¿No bailáis? Eso disimularía más... Venid.

Juan repuso con cómica expresión:

– Señora, ignoráis quién he sido...; por eso al verme aquí creéis que yo me he criado en estos sitios y conozco estas costumbres. Yo procedo de un pueblo de Castilla la Vieja, donde nacen muy hidalgos, pero muy pobres. He sido novicio en el convento de jerónimos del Prado; allí se aprende de todo menos á bailar; senté plaza en el regimiento de guardias valonas, porque mi tío don Pablo Olavide creyó que valía más esto que entonar antífonas y salmos. Pero en punto á saltos y piruetas, puede darme lecciones cualquiera.

La sultana se echó á reir en vista de aquella franqueza exenta de orgullo.

—Prefiero que seáis así, – dijo. – Entonces pasearemos, pero donde la gente nos vea: esto vale más.

—Pero antes de salir de este gabinete, ¿no podría yo?... Calculad que por vuestra causa es probable que alcance yo en Africa algún grado..., ó la muerte.

—¡Pobrecillo!—murmuró la sultana.

Iba á acceder á sus deseos tal vez, separando la careta del rostro, cuando la lámpara que pendía del techo marcó dos sombras en la pared.

La sultana ahogó un débil grito.

Juan volvió la cabeza, y vió en la puerta al templario y al *clown*.

Ambos á dos iban sin carátula.

El templario era el conde de la Estrella; al otro no le conocía.

La sultana, por un movimiento maquinal, se asió del brazo de Zúñiga, como buscando amparo.

Aquello fué obra de un momento.

Juan comprendió que algo pasaba allí, y que la sultana tenía interés en no ser conocida.

Asióle del brazo intencionadamente, y con un movimiento natural se dirigió hacia la puerta.

El conde se interpuso, diciéndole:

—¿Adónde vais?

—Me parece que salimos, señor conde,—contestó el joven con una calma terrible, que pudiera ser siniestra.

—Hé ahí las ventajas de ser algo en el mundo, y las contras de meterse adonde á uno no le llaman,—dijo el conde.—Vos sabeis quién soy yo: en cambio yo ignoro quién sois *vos*.

Y el templario acentuó esta palabra con tono desdeñoso é insultante.

—Voy á decíroslo,—contestó el joven, haciendo por conservar su sangre fría, y avanzando un paso tranquilo hacia su interlocutor.—Yo soy don Juan de Zúñiga, hijo de un hombre muy pobre, pero muy hidalgo, y no me habrá conceptuado tan despreciable el rey cuando me ha dado un empleo en sus guardias valonas, donde no sirve ningún hombre que esté deshonrado. Aparte de esto, y á pesar de mis pocos años, soy

tan hombre, que me considero capaz de defender á una dama contra las pretensiones de todos los condes de la Estrella que quieran faltarle al respeto. Si no habéis entendido mi lenguaje, os lo diré más fuerte y más claro donde nuestras espadas puedan salir fácilmente de la vaina, no en casa de una dama que vos y yo tenemos obligación de respetar. Ya veis que no estáis hablando con ningún manco, ni con un rufián. Vamos, señora.

Y con un ademán lleno de majestad se dispuso á salir, mientras la sultana estrechaba dulcemente su brazo.

—Perdonad,—le dijo el conde, sin contestar directamente á lo que aquél había dicho.—Cuando llegamos he oído la voz de esta dama, y me es sumamente conocida.

Eso prueba que no sois sordo..., cosa que á mí me tiene sin cuidado.

—Es que se me figura que conozco esa voz.

—Tampoco me choca; yo, desde esta noche, conoceré la vuestra entre mil, como se distingue un martillazo de un acorde de clavicordio.

—Pero ¿no advertís que mi curiosidad está excitada?

—¿Y qué?—preguntó el joven con insolente dignidad.

—Que cuando llega ese caso, pretendo salir de dudas.

—Cosa muy difícil es, á fe. Para ello sería necesa-

rio que esta dama quisiera deciros su nombre... y que yo se lo consintiera.

—¿Tenéis algún derecho sobre ella?—preguntó el conde montando en cólera.

—El de que viene conmigo, y no tolero que crea que os tengo miedo.

—Señor alférez, estáis jugando una partida muy arriesgada; yo os excedo en jerarquía.

—Bajo estos artesonados todos somos iguales: uno que recuerda que es caballero, y otro que procura olvidarlo.

A todo esto ya se había reunido un auditorio de damas y caballeros: la disputa tenía espectadores.

Y, preciso es decirlo, el conde llevaba la peor parte, puesto que, atropellando los fueros de la casa, trataba de insultar á una dama que estaba en ella.

El conde se apercibió pronto de lo que pasaba.

No podía tolerar que caballeros y damas de la nobleza dieran sus simpatías á un simple alférez, con mengua de uno de su clase.

Esta idea alteró su bilis, hasta el punto de olvidar la prudencia.

En cambio Zúñiga, como defendía dignamente una buena causa, era cada vez más dueño de sí.

Y deseoso de evitar el escándalo, afirmó sobre el suyo el brazo de su pareja, volviendo á decir:

—Vamos, señora.

Y dió un paso hacia adelante.

Pero entonces el conde, ciego de ira, y olvidándose completamente de quién era y dónde estaba, exclamó:

—Esta dama no sale de aquí sino de mi brazo..., ó por lo menos quitándose el antifaz, para que todos la veamos el rostro.

Entonces Juan, con calma terrible, repuso:

—La tengo por muy honrada, y me basta el sitio en que estamos para creerlo así; pero os juro por mi nombre que aunque fuera la mujer más perdida, y yo lo supiera, y quisiera seguiros, ó descubrirse, no lo consentiría, si antes no me arrancaban la vida.

Al estado á que habían ido las cosas, era imposible que cada uno dejase de hacer lo que había prometido.

El conde se adelantó con intención visible de arrancar la careta á la dama.

Entonces Juan, lleno de ira, descargó la mano furioso sobre el rostro del insolente, que vaciló sobre sus pies, y hubiera caído á no sostenerle el *clown*, que estaba á su lado.

La dama lanzó un grito, y perdió el sentido.

Al caer entre los brazos de la duquesa de Medinaceli, desprendióse el antifaz de su bello rostro, reconociendo todos en ella á la condesa de la Estrella, esposa del agresor.

Juan de Zúñiga, olvidándose de lo que había pasado, no tuvo más que esta frase:

—¡Oh qué hermosa!

—¡Miserable!—exclamó el conde, lanzándose sobre él.

Pero los demás se interpusieron.

La condesa fué retirada de allí, siguiéndola las damas para prestarla sus auxilios.

—¡Vamos, vamos fuera!—gritaba el conde, trémulo de ira.

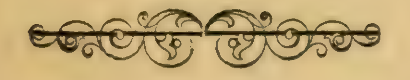
Entonces Juan, viéndose solo por su clase, allí donde todos eran nobles, dijo con angustiosa, aunque temblorosa voz:

—Señores, no ostento títulos nobiliarios, aunque soy hidalgo; me abona este uniforme, y el estar aquí: ¿hay alguno que quiera servir de padrino á un oficial del rey para que responda mañana de que mató en buena lid á ese mal caballero?

—¡Yo!... ¡yo!...—dijeron varias voces.

Eligiéronse dos, y salieron con Zúñiga: el conde iba acompañado del *clown* y de otro amigo.

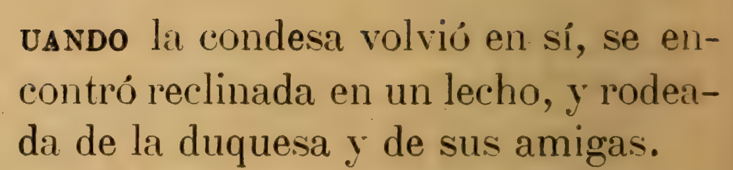
La noche estaba serena, y el Prado convidaba con sus frondosas álamedas, donde se anidaban las brisas de Septiembre, que aquella noche eran muy á propósito para refrescar la sangre con una herida.





CAPITULO LVII

En el Prado de San Fermin.



CUANDO la condesa volvió en sí, se encontró reclinada en un lecho, y rodeada de la duquesa y de sus amigas.

El baile seguía como si tal cosa. Aquellos buenos caballeros no se preocupaban porque un amigo muriese atravesado de una estocada á dos pasos de donde ellos se divertían.

Además, la cosa no dejaba de tener gracia para la crónica escandalosa de la época.

Un marido que sorprende á su mujer en pleno gabinete solitario, del brazo de un alférez de guardias...

No podía darse nada más divertido.

Sí.

Después de todo eso, un duelo.

Un duelo es la salsa de ciertos lances escabrosos.

Sin embargo, la condesa tenía muy bien sentada su fama para que rodase por el suelo.

Constaba también que el instigador del lance había sido su esposo con sus celos ridículos, sin motivo.

Había mucha gente en los salones que no se había enterado.

La pobre condesa tuvo precisión de recoger sus ideas para hacerse cargo de la situación.

Al pronto creyó que despertaba de un sueño, agitado por una de esas horribles pesadillas que trastornan el sentido, aun después de estar durmiendo.

Pero el rostro de los que la rodeaban avivó sus recuerdos.

En seguida se apercibió de lo que había pasado, previendo lo que podía pasar.

Exhaló un débil grito, y se arrojó del lecho, exclamando:

—¿Y mi marido?

—Tranquilízate,—la dijo la duquesa.—Está ahí, en los salones.

—¡Oh! Me engañas... Estaría á mi lado... Aunque después de lo sucedido...

—Ha sido una mala inteligencia...

—Di más bien que ha sido una imprudencia mía...; yo no he debido dar en tan ridícula apuesta... ¡Acaso he perdido á los dos!

—Vamos, tranquilízate.

—Pues bien: es necesario que disculpes mi ausencia en los salones...; ha habido mucha gente que se ha enterado, y supondrá...

—Bien, pero no te muevas..., y aun sería de mejor efecto que te presentases dentro de un momento.

—Bien, vete: te doy palabra...

La duquesa y sus amigas desalojaron la estancia, para mentir por amistad á los que habían presenciado algo.

No faltó alguna que se regocijara ante la idea de que la crónica escandalosa señalaría al día siguiente el nombre de *su amiga*.

Tan luégo como ésta se vió sola, abandonó la estancia por una puerta excusada, cubriéndose con un ligero abrigo de la duquesa, que encontró á mano.

De esta manera se dirigió al vestíbulo; pero tuvo que retirarse para no ser reconocida por las muchas gentes que salían, porque los convidados empezaban á abandonar el palacio.

Entonces nadie veía amanecer desde las ventanas de un salón de baile.

La pobre condesa oyó al paso alguna que otra frase, por la que dedujo que el escándalo no se había dado tan en secreto.

En tal estado retrocedió hasta el jardín.

Éste estaba desierto; su iluminación moría ya como

inútil, y las mismas estrellas empezaban á palidecer en el espacio.

Empezaba á apuntar esa claridad indecisa con que se anuncia la aurora.

El verde follaje de los árboles estaba pálido, como si también hubieran pasado una mala noche.

Sólo alguna que otra pareja discurría entre la masa oscura.

El amor, cuyo misterio teme tanto la claridad del sol, protestaba aún, y se pronunciaba en retirada.

Las aves que, cansadas de lo que ellas creían interminable aurora, habían vuelto á sus nidos, los abandonaban nuevamente para saludar al sol con dulces gorjeos.

Desde allí se oían á cierta distancia los ecos de una orquesta, de que apenas se aprovechaban ya los bailarines, puestos en dispersión por su cansancio.

Los instrumentos bostezaban.

La condesa se dirigió hacia uno de los criados que se cruzaban por el jardín, y poniéndole una moneda de oro en la mano, le dijo:

—Deseo salir sin ser vista; haz que abra el jardinero.

No sabemos si aquél la conocería; pero la moneda debió parecerle de buena ley, porque contestó, haciendo una reverencia:

—Tomaos la molestia de seguirme.

Y ambos se dirigieron hacia la habitación del jardinero, que no dormía.

Había pasado la noche entera haciendo ramos para las señoras, y á la sazón estaba medianamente borracho.

Tenía las oscilaciones del péndulo.

Enterado de lo que se exigía de él, se dirigió á la puerta que conduce á la calle de Trajineros: ésta entonces sólo era una avenida de árboles.

La condesa siguió por la izquierda lo largo de la tapia, hasta llegar á la esquina que forma el edificio en la conclusión de la Carrera de San Jerónimo.

Allí había aún algunos carruajes, cuyos conductores esperaban á que los llamasen sus amos respectivos.

Dirigióse hacia un lacayo, á quien preguntó, dándole otra moneda:

—¿Has visto pasar por aquí hace poco con dirección al Prado un grupo de hombres que pudieran tener traza de ir á consumar un duelo?

—Sí, señora,—contestó aquél.

—¿Cuándo?

—No hace todavía veinte minutos. Debían salir del palacio de la señora duquesa, porque algunos llevaban disfraz.

—¿No había alguno con uniforme?

—Sí, señora; me parece que era de la guardia valona...; caminaban en silencio, como quien va á ocuparse de algo grave.

—¡Dios mío! Y ¿qué dirección llevaban?

—Hacia la fuente de las Cuatro Estaciones.

La condesa partió sin despedirse, con toda la velocidad que le prestaba su apuro, mientras el lacayo murmuraba:

—Me parece que si iban á batirse, esa dama tiene algo que ver en el lance.

Las sombras huían ya ante la claridad ; la pobre duquesa volaba, temiendo no llegar á tiempo para impedir el duelo.

A lo lejos vió una masa confusa que iba aclarándose á medida que se acercaba.

Por último fué clara y perceptible.

Había un hombre en tierra, á quien sostenía con trabajo un *clown;* sobre un blanco manto del Temple, que estaba arrojado en el suelo, había algunas manchas que pudieran muy bien ser de sangre.

Unos veinte pasos más adelante marchaban dos hacia la calle de Alcalá; uno de ellos vestía el uniforme de guardias valonas, y á la sazón iba limpiando la desnuda espada con un lienzo blanco.

Al mismo tiempo doblaba la esquina de la Carrera de San Jerónimo un carruaje que se aproximaba al sitio de la catástrofe.

Ya era imposible dudar.

El hombre que había en tierra herido, muerto acaso, era su esposo, el conde de la Estrella; el que se alejaba, Juan de Zúñiga.

En efecto, el duelo acababa de tener lugar en aquel

sitio, que por la hora y lo retirado reunía excelentes condiciones para un encuentro.

A ninguno de los testigos se le ocurrió pronunciar la palabra «arreglo».

La ofensa era sobrado sangrienta, y el lance demasiado público.

Hecha la señal por los padrinos, se cruzaron los aceros, que no se midieron siquiera; cada cual se batió con el que llevaba, porque se trataba de un lance excepcional.

La suerte fué contraria al conde, que cayó con el pecho atravesado por la espada del joven alférez.

Todos declararon que el duelo se había llevado á cabo con condiciones legales; oído lo cual, partieron al punto Zúñiga y su testigo.

Uno de los del conde fué á avisar á su propio carruaje, á tiempo que salía el doctor Estrañi.

—Venid, doctor; hacéis falta,—le dijo.

—¿De qué se trata?

—El conde de la Estrella está ahí bajo muy mal herido, según creo.

—¡Ah! No me digáis más. ¡Es obra de ese tarambana!

—Que tiene un puño de hierro y una vista de lince.

—¡Ese muchacho se hará ahorcar á la primera ocasión que se le presente!... Corramos.

Cuando llegaron, ya tenía la condesa recostada sobre sus rodillas la pálida cabeza de su marido.

Estrañi no se detuvo en saludar.

En ciertas ocasiones estorba la cortesía.

Ayudado por la luz de la aurora, restañó la sangre, y reconoció la herida.

Un fruncimiento de cejas indicó que ésta era grave.

—¿Qué hay, doctor?—preguntó con ansiedad la dama.

—No puedo decir si está interesado el pulmón.

—¡Dios mío!

—Pero sea lo que quiera, el conde no puede ir en carruaje hasta su casa; su estado es grave, y una locomoción algo violenta lo precipitaría todo.

—¡Oh!...

—No creo que la duquesa nos niegue su casa,—dijo uno de los testigos del conde;—voy á prevenirla.

—Decidla que es un caso extremo, de vida ó muerte..., y para evitar el escándalo, utilizaremos la puerta del jardín.

Aquél partió con la celeridad que aconsejaban las circunstancias.

Entre tanto el doctor vendó provisionalmente la herida, después de lavarla.

En seguida, entre los criados que servían el carruaje, fué trasladado el conde con la mayor precaución, por la puerta del jardín, al palacio de la duquesa.

—¡Dios mío, qué desgracia!—exclamó la de Medinaceli abrazando á su amiga.

—¡Oh! ¡Cada vez tengo más motivos para maldecir mi imprudencia!

—¡También me cabe en ella una buena parte! En fin, pasemos; mi casa está á vuestra disposición.

El conde fué colocado con el mayor sigilo en una habitación conveniente.

Allí el doctor pudo reconocer la herida.

—¡Diablo de muchacho!—exclamó, después de un detenido examen.—Le ha faltado muy poco para mandar á la eternidad á este pobre conde.

—¿Qué opináis, doctor?

—Respondo; es decir, creo que puedo responder de su vida; pero la curación será larga y penosa; el herido no podrá abandonar el lecho lo menos en un mes...; ahora más que nunca necesita ese muchacho que el diablo se declare su protector.

Al día siguiente no se hablaba en Madrid más que del baile de la duquesa de Medinaceli.

La fiesta había sido espléndida; los trajes ricos y caprichosos; en fin, que los reyes y los príncipes se habían divertido mucho.

Pero sólo eran detalles.

Todo quedaba oscurecido por un hecho principal.

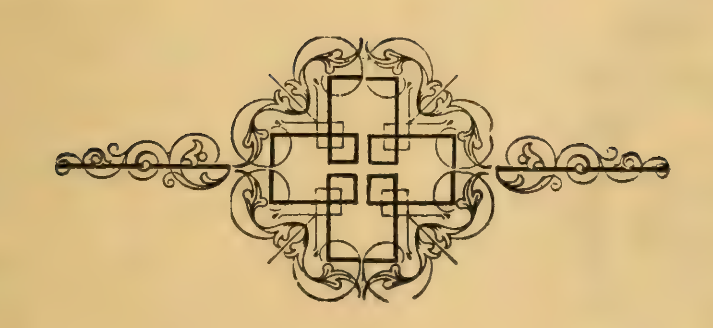
Un alférez de guardias había roto el arresto, sólo con la idea de hacer el amor á la condesa de la Estrella y de matar al conde.

La idea, como se ve, no podía ser más caritativa.

La causa de Juan de Zúñiga estaba poco menos

que perdida, y, según afirmaba el doctor, hasta entonces no había necesitado de la protección de Satanás.

Pero todo esto no impidió que Juan durmiese de un tirón las primeras horas de la mañana, para descansar de las emociones de una noche tan borrascosa, que, después de todo, había dejado agradables recuerdos en su mente, y hecho palpitar su turbulento corazón.





CAPITULO LVIII

Postrimerías.

VEAMOS lo que había ocurrido, que no fué poco, ni bueno.

Ya sabemos que al partir Juan de su prisión había aconsejado al pusilánime Antonio que se acostase y durmiese.

Bien hubiera querido seguir el consejo, que era cuerdo y razonable; pero no pudo.

El sueño hubiera creado en su mente las más terribles pesadillas que puedan abrumar á un cerebro de Arévalo. Hasta entonces no sintió Antonio de veras haber entrado al servicio de un mozo tan turbulento como su amo, y que diese en caprichos tan perjudiciales.

Todo lo que le había ocurrido hasta la fecha eran tortas y pan pintado, en comparación de lo que esperaba.

Antonio achacaba su desgracia en servir á un hombre que estaba bajo la protección inmediata del diablo.

¿Qué era aquello más que un castigo de la divina Providencia, por no haberle denunciado al Santo Oficio, por tomar participación voluntaria en aquella obra de abominación?

Y ya que no le hubiese denunciado, pues al fin y al cabo, tratándose del hombre que le daba el pan, era una cosa fea, debía haber renunciado á los beneficios de aquella dependencia, á aquel pan, que era un manjar pecaminoso, como cocido en los hornos infernales.

Antonio estaba en el colmo de la inquietud, y tuvo un rasgo, pues ya sabemos que los tenía en determinadas ocasiones.

Cayó de rodillas, haciendo voto á San Jerónimo de vestir su sagrado hábito si le sacaba con bien de aquel apurado lance.

Y el mozo pensó en aquel santo, acordándose de que la cocina de los conventos de la orden era la mejor surtida entre todas las de otras religiones.

Pero aquel proyecto místico no llevó la tranquilidad á su agitado espíritu.

Los latidos de su corazón tenían la fuerza de veinte caballos; separaban violentamente la ropa interior de la epidermis, y entre todos los uniformes conocidos, el que más odiaba en aquel momento era el de guardias valonas, que vestía.

Paseaba por la estancia con el mayor desasosiego; su paso era vacilante como el de un hombre ebrio, y balbuciente como de un niño: tropezaba con todos los muebles, produciendo á intervalos un ruido infernal.

Hubiera deseado transformarse en mosca, ó en otro insecto cualquiera, para escaparse de aquella estancia, que tenía para él la apariencia de la sala de tormento.

Sus pensamientos eran los trebejos de la tortura, el borceguí y el potro.

Nunca hasta entonces se había visto en mayor apuro.

Pero el infeliz no sabía que él mismo iba á aumentarle con su conducta.

Cuando menos lo esperaba se abrió la puerta del aposento.

Antonio se paró en firme, como un muñeco de madera á quien se le acaba la cuerda.

Lo único que hizo fué volver la espalda al que entraba para ocultarle el rostro.

Era el oficial de guardia, á quien había llamado la atención aquel ruidoso desasosiego.

—¿Qué os pasa, Zúñiga?—le dijo.—¿Estáis enfermo?

Pero Zúñiga no contestó.

Como que estaba muy lejos de allí, armando un tiberio en casa de la duquesa.

—¿Os hace falta alguna cosa?—preguntó el oficial, lleno de buen deseo.

Antonio sudaba tinta; era preciso contestar algo.

Lanzó un sonido inarticulado, que era una mezcla de tos, estornudo y rebuzno; una cosa, en fin, que demostró al oficial el estado físico de su prisionero.

Parecía un ronquido como el que da aquel que es atacado de una congestión.

El oficial avanzó

Sus pasos debían sonar en el oído de Antonio como los del comendador asistiendo al sacrílego banquete de don Juan.

Hubiera querido hallarse en los antípodas, que la tierra se hubiera tragado al oficial ó á él.

No comprendía que hubiese corazones tan caritativos á quienes inquietasen las penas que afligían á los demás.

Pero el oficial, que estaba muy lejos de prever aquellas desazones, avanzaba, guiado por los sentimientos más caritativos del mundo respecto á su compañero.

Sí debió extrañarle que el alférez fuese marcando cuartos de conversión hasta dar la vuelta en redondo, de modo que nunca podía verle la cara.

¿Por qué?

Esto le obligó á ponerle una mano en el hombro, y á detenerle cuando daba su segunda vuelta.

Antonio ya no tuvo más remedio que exhibirse: por mejor decir, dejarse ver.

Entonces el oficial no fué dueño de contener un grito de asombro, como el que lanzaría un domador

de fieras al ver que un león se le había transformado en un grillo.

Aquél no era el preso confiado á su custodia.

Pero ¿dónde estaba? ¿Cuándo se le había evaporado?

Creyendo que soñaba, se frotó los ojos: eso es lo primero que hace uno cuando se despierta.

Pero no había engaño: el hombre que tenía delante embutido en un uniforme de guardias valonas, no era el que estaba allí una hora antes, no era don Juan de Zúñiga.

El oficial conoció en seguida al criado, por haberle visto por la mañana.

Aquello le probó que el preso se había evadido.

La traza que acababa de usar estaba bien patente y clara.

Le habían servido las ropas de Antonio para disfrazarse.

Éste ya no procuraba ocultarse: ¿para qué, si era imposible?

Apareció ante los ojos de su guardián como el infeliz sentenciado á sufrir la cuerda.

En el concepto de Antonio, no era otro el suplicio á que se le destinaba.

El, además de sus propios pecados, debía cargar con los de su amo, que no eran pocos.

Era preciso que el oficial estuviese poseído de una gran cólera, y que pesara mucho sobre él la responsabilidad que acababa de adquirir, para que el grito ante-

rior no le sustituyera con una carcajada al ver el rostro cómico-trágico de aquel reo inocente.

—¡Ah! ¡Me han burlado!—exclamó en el paroxismo del furor.

Antonio murmuró precipitadamente algo que podía pasar por una oración dirigida al patrono de los criados desvalidos.

Después el oficial, como última expresión del furor de que estaba poseído, dió un empujón violento á su prisionero, exclamando:

—¡Villano!... ¡Te fusilaremos!

Antonio se tapó los oídos, creyendo percibir acaso el ruido de la descarga que iba á poner fin á sus días; cayó de hinojos, cruzando las manos sobre el pecho, y exclamó:

—¡Pero, señor, si soy inocente!

—¡Inocente! ¡Y lo dice llevando puesta la ropa de su amo!

—Es que cuando me la vestí tenía don Juan una pistola en la mano, con el cañón enfilado á mi cabeza.

—¡Qué importa! Debiste dejarte matar.

—¡Eso se dice muy fácilmente, señor oficial!

—Bien está: sólo has logrado prolongar tu vida algunas horas.

—Yo confío en que mi amo vendrá...

—¡Imbécil! ¡Después de haber probado el aire de la libertad!...

—Aun así, mi señor me lo prometió, y es todo un caballero... Sólo se trataba de asistir á un baile...; ha-

brá danzado de lo lindo, y tendrá mucha fatiga: sólo se descansa á gusto en una prisión.

—¡Pero, estúpido!... ¡bruto!... ¡canalla!... ¿Tú has visto algún pájaro volver á la jaula después de dar un paseo á sus anchas por el campo.

—¡Confieso que en Arévalo los pájaros no tienen esas costumbres!... ¡El que se escapa, no vuelve!

—En Arévalo, como aquí, y en todas partes.

—¡Ay!... Pero me consuela el que aquí no se trata de un pájaro, sino de un caballero oficial que...

—¡Ya te lo dirán de misas! Voy á dar parte al coronel de lo ocurrido...

—Señor, yo me atrevería á suplicaros que esperaseis hasta el amanecer...

—Para cuando amanezca, ya estarás sentenciado á muerte.

Y el oficial salió del aposento, cerrando la puerta de golpe, y dando dos vueltas á la llave.

¡Esperar á que amaneciera! ¿Para qué? ¿Acaso Zúñiga no se había presentado en público?

Porque no era dable la casualidad de que en aquel baile todos estuvieran ciegos y sordos.

Esta fué la idea que se le ocurrió á Antonio.

El símil de los pájaros, puesto por el oficial, era de una elocuencia desgarradora.

El aire de la libertad embriaga; pero sus efectos son tales que llevan al cautivo muy lejos de su calabozo.

Y Juan de Zúñiga, por mucho cariño que tuviera

á su criado, no había de ser la excepción de la regla.

No dudó que la sentencia del oficial iba á cumplirse, y que él debía pagar las culpas de su amo, si éste, como era probable, no se presentaba.

Aquel género de muerte le cogía de sorpresa, no estando prevenido para él.

Antonio siempre había abrigado la idea de morir de una indigestión: esto entraba más bien en sus costumbres.

¡Pero fusilado!...

¡Ah!...

De pronto se le ocurrió un recurso, que podía prolongar su vida acaso algunas semanas.

Esto siempre era algo.

No era militar; tenía su código: por consecuencia, no podían sujetarle á uno de esos consejos de guerra que fallan sobre la vida de un hombre en una hora.

Dirigióse á la puerta y comenzó á golpearla como un loco, para enterar al oficial de aquella esencialísima circunstancia.

Pero nadie contestó á sus golpes.

Por fuera se oía el rumor de pasos que iban y venían con apresuramiento.

Antonio se estremeció, traduciendo aquel ruido por el que hicieran los soldados yendo á buscar un confesor.

—¡No me conformaré con el que me manden! —decía.—Pediré uno de los que están en América convirtiendo á los salvajes...; así ganaremos tiempo; yo creo

que esto no se le niegue á ningún reo...; ¡sería una crueldad!

Así pasaron siete horas mortales: jamás se le hizo á Antonio una noche más larga.

A través de la ventana que daba al patio vió alborear el día.

Era su último sol; le veía salir, pero no le vería ponerse.

Entonces maldijo el instante en que había salido de Arévalo para servir á un amo tan tronera, y aquel otro en que abandonó el tranquilo claustro de San Jerónimo para correr los azares de un mundo que no da más que sinsabores.

En aquel momento percibió una exclamación de asombro en la parte exterior.

Se abrió la puerta y apareció su amo, con el ademán tranquilo del vecino honrado que se retira temprano á su casa.

—¡Vos aquí!—exclamó Antonio en el colmo de la más agradable sorpresa.

A lo que contestó aquél:

—Pues qué, imbécil, ¿habías llegado á presumir que no vendría?

Añadiendo luégo:

—¡Sin embargo, no ha faltado mucho para que me quedara por allá!





CAPITULO LIX

La vuelta del baile.

SIN desprenderse ni de una prenda de su traje de gala se tendió sobre el lecho, quedando dormido al poco rato, como se duerme á los veintidós años cuando acaba de arriesgarse la vida en un duelo.

Antonio tenía razón al suponer que volvería cansado, aunque ya sabemos que no fué por efecto de la danza.

Sorprendía en sus labios sonrisas celestiales y palabras incoherentes, de las que sólo sacaba en limpio esta frase:

—¡Oh qué hermosa!

Aquél le miraba con tanta admiración como enojo.

No se acordaba de su propio peligro, ni de que su criado estuvo expuesto á morir por él.

¡Y Dios sabía en qué iban á parar aún aquellas misas!

El sueño del mancebo era un insulto.

De repente el fiel servidor se estremeció: en la blanca valona de su amo había algunas gotas de sangre.

—¡Estará herido!—dijo, y empezó á examinarle con cuidado para que no se despertase.

Nada descubrió que confirmase sus sospechas; sin embargo, aquellas manchas le inquietaban: nadie va á un baile á sangrarse.

Por otra parte, la tranquilidad de aquel sueño excluía toda idea de peligro.

Antonio tuvo que contentarse solamente con sospechar: no era cosa de despertarle.

Le hubiera enviado á todos los diablos.

Porque soñar con una mujer hermosa y encontrarse con el rostro de Antonio, que nada tenía de tal, era una cosa bastante desagradable por cierto.

En aquel momento la llave giró en la cerradura, abrióse la puerta, y se presentó el coronel, seguido de un oficial que había de actuar como escribano en aquella sumaria.

Antonio, con su uniforme de oficial, estaba avergonzado, puesto que el joven había dejado en su casa sus vestidos laicos al ponerse el de gala.

La fuerza de aquellos colores le obligó á cuadrarse y á saludar militarmente.

Ya estaba algo más tranquilo, puesto que la persona de su amo era una garantía para la suya.

Por orden del coronel le despertó.

Éste le dijo:

—Haced de modo que cambiéis de vestidura sin salir del cuartel, puesto que ese uniforme no puede exhibirse en la calle por una persona que no pertenece al cuerpo.

Juan le entregó la llave de su casa, para que por medio de un asistente cumpliese la orden del coronel.

En seguida pidió y obtuvo permiso para hablar, diciendo:

—Cumplo un deber de justicia al consignar que mi criado es inocente, pues le he hecho ceder por medio de la amenaza.

—Vuestro criado podrá salir á la calle cuando esté en disposición, con orden terminante de no volver á presentarse en el cuartel, si no quiere que se le aplique la ordenanza. Ahora, vamos á vos.

Antonio desalojó la estancia, dando un millón de gracias á Dios de haber escapado con vida de aquel mal paso.

En cuanto al coronel, prosiguió, dirigiéndose á Juan:

—Habéis cometido dos delitos graves, que las leyes penales de la milicia castigan severamente.

El joven no tenía conocimiento más que de uno; pero el coronel debía ser más explícito.

—Por faltas en el cumplimiento de vuestros deberes se os impuso un arresto.

—Señor,—interrumpió Juan,—fuí provocado por un oficial que dudaba de mi probidad, y no tuve más remedio que apelar á la espada.

—Pero la desnudasteis en palacio, que es la casa del rey.

—La hubiera desenvainado en la iglesia, que es la casa de Dios: lo contrario hubiera sido dar la razón á mi adversario, y usía, expresando la opinión de todos mis compañeros, me hubiera arrojado del cuerpo por cobarde.

—Después habéis comprometido á un oficial dignísimo, rompiendo el arresto con engaño.

—Yo había empeñado mi palabra de honor de volver; nadie quiso escucharme: la prueba de mi buena fe es que he vuelto. Por lo demás, había contraído un compromiso de presentarme en cierta parte...

—Un oficial que está bajo la ordenanza no puede comprometerse en faltar á ella.

—¡Coronel, hay casos!...

—¡Ninguno!

Juan bajó la cabeza. Aquél prosiguió:

—Y menos mal si hubierais empleado la noche en hacer obras de caridad; pero enmendáis una falta con un delito...

—¡Delito!

—¿Negaréis que os habéis batido al amanecer con el señor conde de la Estrella?

—No puedo negar lo que es cierto.

—El rey castiga el duelo con pena de presidio...

—El rey no puede legislar sobre lo que no debe.

—¡Cómo! ¿Os atrevéis?...

—Para prohibir el duelo, es preciso que antes prohiba á las gentes tener honor. Y ya que tan informado de todo está usía, le diré, por si desconoce este detalle, que se trataba de arrancar á la fuerza el antifaz á una dama que, apoyada en mi brazo, tenía interés en recatar su persona. Esto, en presencia de más de veinte testigos, en pleno baile. Lo que siguió fué consecuencia de lo primero, y apuesto á que usía aplaude mi conducta.

—Todo lo hubierais evitado con no haber salido de aquí.

Juan volvió á bajar la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Declaráis espontáneamente y de buena fe que son ciertos los hechos que se os imputan?—preguntó el coronel.

—Lo declaro; sólo me falta añadir, por lo que pudiera importar, remitiéndome á lo que digan mis testigos, que el conde cayó herido ó muerto batiéndonos ambos en buena ley.

—Hasta ahora, que yo sepa, no hay quien lo ponga en duda.

—Pues conste así.

—Duéleme que vuestros antecedentes en el cuerpo no sean los más ajustados á vuestro deber.

—¡Señor!—exclamó el joven, como un caballo que siente el aguijón.

—Estando de servicio proporcionasteis la huída á un criminal...

—Que se entregó él mismo luégo; era un digno oficial, y no consta que hubiese cometido ningún delito.

—Cuando el rey le ha perdonado...

—Es que no se sabe si le ha perdonado ó le ha absuelto.

—En fin, ciñéndonos al hecho de que se trata, tengo estricta obligación de dar parte al Consejo para que el rey provea.

—Cumplamos cada cual con nuestro deber; yo por mí sé decir, sin que esto sea jactancia ni impenitencia, que volvería á hacer mil veces lo que he hecho esta noche, si mil veces se me presentara la ocasión.

Durante esta escena, el oficial actuario fué escribiendo la relación de los hechos, que, hallándola conforme, firmó Juan.

Desde aquel instante su arresto fué elevado á prisión.

No habían perdido el tiempo los parientes del conde, que casi todos ejercían cargos en palacio.

Así es que antes que el Consejo lo supo el rey, llegando los hechos desfigurados á su oído; pues apa-

recía Zúñiga como el provocador, y la condesa como una mujer que cuidaba poco de la honra que la estaba encomendada.

La familia de ésta, viendo la ofensa que se la hacía, refirió al monarca la verdad de lo que había pasado, demostrando que si el alférez de guardias hizo mal en romper el arresto, obró como perfecto caballero al defender á una dama, á quien se trataba de ofender en público.

El rey estaba indignado.

Al fin y al cabo la víctima era un oficial de su casa.

Pero María Amalia, de quien se valían las damas que defendían al alférez, le argüía que si el duelo era un delito, el conde había incurrido doblemente en él como provocador.

Con esto se formaron en la corte dos partidos, y ambos poderosos.

Pero el que con más furia y más razón combatía era el femenino, declarado en casi su totalidad por Zúñiga.

Cuando se encontraban los contendientes de uno y otro bando, que era con frecuencia, en la cámara del rey ó de la reina, había escaramuzas sangrientas de la palabra, que indicaban el cisma que podía resultar.

Hasta se trató de sobornar á Estrañi.

Los partidarios del conde querían que aumentase con su pronóstico la gravedad de la herida; al mismo tiempo los del alférez pretendían lo contrario.

El doctor, que no podía contestar á todos, decidió declarar la verdad.

La herida del conde era grave, y aquél sólo podía asegurar que, sin una imprudencia, respondía de su vida, por más que la curación fuera muy lenta.

La vida del conde respondía de la de Zúñiga.

Y como sucede en tales casos, se llevaban las cosas tan á la exageración, que los parientes de aquél manifestaban un gran interés en que sucumbiese, no más que por castigar al agresor, *un miserable alférez de guardias*, según decían con desprecio.

Los defensores de éste, por el contrario, manifestaban un gran interés en que viviese, acudiendo dos y tres veces al día al palacio de Medinaceli, que aquél ocupaba aún.

Una de las que más se preocupaban por la salvación del joven era la condesa.

Nadie mejor que ella sabía su inocencia, y que la tenacidad de su marido lo había ocasionado todo.

En resumen: en aquella escena no hubo nada reprochable, nada de que la condesa pudiera avergonzarse.

Se trataba de una sencilla broma, tan común en un baile.

¿Por qué el marido había de incomodarse de que un joven hablase con su mujer?

La conducta del alférez no pudo ser más leal, ni más ajustada á los fueros de la galantería.

El conde, echando mano á aquel antifaz, se ofendía á sí mismo, puesto que ofendía á su esposa.

¿Qué más natural que cualquier caballero la defendiese?

Por otra parte, la condesa se acusaba de haber dado margen á aquello, que podía degenerar en catástrofe, con su original apuesta.

Sin ella, nada hubiera pasado, y Zúñiga estaría acaso libre, mientras que á la sazón le amenazaba la cólera del rey, al ver lo mal que se cumplía su pragmática sobre los duelos.

Todo esto dió lugar á un fenómeno que suele observarse en el mundo con frecuencia.

La condesa y Juan se habían visto muchas veces en palacio, sin que hubieran reparado uno en otro.

Para acercar á dos personas que se ven todos los días, se necesita la fuerza de un acontecimiento, algo que ponga en relieve á uno de ellos.

Ya sabemos que desde aquella noche la condesa apareció «hermosa» á los ojos del alférez, y que éste le fué «simpático».

Todo consistió en la torpeza tradicional de los maridos de todas las épocas.

La condesa era aún joven con relación á su marido.

Éste, á consecuencia de una juventud un tanto borrascosa, estaba algo averiado.

Pero en vez de hacer olvidar con su conducta sus defectos físicos y morales, ponía á su mujer en el caso

de que estableciese comparaciones, que siempre son perjudiciales para los maridos, por no sabemos qué fatalidad que persigue á la clase.

De aquí resultó lo que no podía menos de resultar: que la condesa pensara más en la mano que había inferido la herida que en el cuerpo que la recibiera.

Lo cual, á decir verdad, era bien poco caritativo.

En cuanto al joven, estaba loco, hasta el extremo de poner en segundo término la granja de los Tilos cuando se trataba del palacio de Medinaceli.

Adelina y su madre no estaban tan absortas en su dolor que se olvidasen de lo que pasaba á sus amigos.

Habían tenido noticia de la aventura de Juan, y Josefina se informaba, por cuantos medios estaban á su alcance, de los trámites que llevaba el negocio.

Como se trataba de una dama de la corte nada fea, y las noticias llegan siempre con exageración á todas partes, la pobre Adelina sentía en el corazón algo parecido á los celos, sin que en su inocencia se explicase el origen.

¿Por qué había ido su amado al baile con aquella dama? ¿Por qué se había batido por ella?

¿Qué era lo que haría entonces por Adelina?

¡Tal vez nada!





CAPITULO LX

Recuerdos del harén.



UAN de Zúñiga tenía el privilegio de llamar de tal modo la atención sobre su persona, que las que le rodeaban participaban también de aquella celebridad de reflejo.

De aquí el que Antonio, saliendo de la oscuridad que envuelve al criado de un guardia, supiese que su nombre se repetía en palacio por damas y caballeros, y hasta por las personas reales, por la parte que había tomado, aunque sin querer, en la evasión de su amo.

Sin embargo, el mozo de Arévalo odiaba cierta popularidad, por lo que tiene de peligrosa.

Había leído algo de historia, y sabía que la fama concluye por abrasar á aquellos á quienes ilumina al principio.

Llamado á declarar en la sumaria que se instruía contra su amo, volvieron á repetirle lo que le habia dicho el oficial de guardia; esto es, que debió hacerse matar aquella noche antes que consentir en lo que su amo le proponía.

Pero hacerse matar se dice pronto, cuesta muy poco trabajo, cuando no se ve el cañón de una pistola asestado al pecho.

Antonio, de su roce con los frailes, había aprendido ciertas máximas, y argüía diciendo que no es lícito á un criado desobedecer á su amo, mientras le pague y le alimente.

Este era un punto sutil que la Ordenanza no estaba llamada á poner en claro, y que maldita la cosa que valía para la defensa del mozo.

Ello es que no estaba muy seguro aún de que el castigo preparado para su amo no le alcanzase á él también.

En este concepto, según ya dijimos, odiaba la popularidad, y deseaba pasar por el hombre más desconocido de la tierra.

Una mañana estaba preparando en su casa el almuerzo para su amo, cuando sintió que llamaban tímidamente en la puerta.

Siempre que esto sucedía, desde los últimos acontecimientos, se estremecía sin poderlo remediar.

Esto es lo que le sucede al hombre que no espera nada bueno, y Antonio estaba ya en tan desesperado extremo.

Como los golpes se repitieran, se aproximó á la puerta para informarse, quedando agradablemente sorprendido al ver á través de la mirilla á una preciosa morena, cuyos ojos lanzaban relámpagos.

Y como nada malo debe temerse de una persona que reune tan excelentes cualidades, Antonio, que al fin y al cabo no era de estuco, abrió la puerta, poniéndose galantemente á disposición de tan linda persona.

—¿No es aquí donde vive don Juan de Zúñiga, alférez de guardias valonas?—preguntó ésta sonriéndose.

Las morenas, y aun las rubias, suelen sonreirse de cualquier cosa.

El mozo lanzó un suspiro.

—¡Aquí vivía!—dijo.—Hoy...

—Ya lo sé que está preso.

—¡Ah!... ¿lo sabéis?... ¡Es claro! Yo creo que lo sabe ya toda España.

—¿Sois vos su criado Antonio?

—Tengo ese honor..., aunque me parece que no debo vanagloriarme mucho.

—¿Por qué?

—¡Quién sabe si me olerá la cabeza á pólvora!

—¡Bah!...

—¡No hay que fiar mucho!

—Pues bien, á vos os busco.

—¿A mí?

Desde aquel momento, Antonio sintió que la sangre circulaba con más rapidez en sus venas, y sintió una fuerte tentación de contemplarse en un espejo.

Pero tuvo que desistir, porque no había ninguno á mano.

Creyó que uno de los efectos de su popularidad era que todas las muchachas se enamorasen de él, y le acometió este fatuo pensamiento:

—Si llegan á fusilarme, cuántas lágrimas van á derramarse por mi causa.

Luégo repuso en alta voz:

—¿Conque me buscabais, linda niña?

—En efecto...

—Pues... aquí me tenéis.

—¡Ya, ya os veo!

—Pero entrad...; no me gusta que los vecinos se enteren; hay muchos curiosos...

—Tampoco yo quisiera, porque lo que vengo á tratar con vos es secreto.

El mozo la hizo entrar en otra habitación, y se relamió los labios, como los gatos cuando tienen un ratón en perspectiva.

En aquel momento se olvidó de los sustos que le hizo pasar la evasión de su amo: todo lo daba por bien empleado.

Al mismo tiempo recordó algunas máximas que

había oído á los jerónimos sobre la continencia, prometiéndose no dejar entre las manos de la muchacha la capa de José.

—¿Conque decíais?...—preguntó, como para obligar á aquélla á que entrase en materia.

—Traigo un encargo para vuestro amo.

Estas palabras produjeron en Antonio el efecto de un jarro de agua sobre unas brasas.

No se trataba de él, de ninguna pasión que había inspirado.

Aquella joven iba á buscarle como intermediario, por no decir tercero.

Ya no se le figuró tan linda, ni tan ardientes sus miradas, ni tan seductora su sonrisa.

La joven debió comprender el verdadero origen de este cambio, porque le miraba de un modo socarrón.

—Si estáis dispuesto á servir á la persona á quien represento, no será ingrata con vos.

Y la joven le enseñó una moneda de plata; pero no hizo más que enseñársela.

Esto tranquilizó un poco el amor propio del criado.

La joven no obraba por su cuenta, sino por la de otra persona; además, grande ó pequeña, le prometía una ganancia.

—¿Qué hay que hacer?—preguntó.

—Entregarle esta carta cuando le veáis.

Y aquélla le mostró un billete que olía á mujer á tiro de ballesta.

Antonio se rascó la cabeza.

—¡No es tan fácil lo que pretendéis!—dijo al cabo de un momento.

—¡Cómo que no! ¿Pues no le veis todos los días?

—No tal.

—¿No sois vos el encargado de llevarle el almuerzo y la comida?

—Ahora mismo iba á hacerlo.

—Entonces...

—El coronel, que me tiene odio y mala voluntad desde que contribuí á su fuga, ha prohibido terminantemente que me comunique con el prisionero...

—¡Dios mío!

—Llego al cuartel y entrego la cesta á uno de los soldados de guardia, el cual es el encargado de pasársela.

—¿Y lo hace en seguida?

—Tan pronto como la recibe de mi mano.

—Pero ¿no escudriña su interior?

—Creo que no; ¿para qué?

—¿De modo que no veis posibilidad de ganaros esta moneda?

—No la veo, en efecto...; y creed que me desazona, porque soy muy aficionado á los bustos de los soberanos.

Hubo una pausa, durante la cual la joven pareció reflexionar.

—Sí, sí, esto es,—dijo, como quien concibe una idea.

—¿Habéis dado con algún medio?

—Y creo que excelente.

—¿A ver?

—Entre los dobleces de la servilleta... ¡Quién va á sospechar!..

—¡Pardiez!—exclamó el mozo, extrañándose de que no se le hubiera ocurrido una idea tan sencilla después de pasar algún tiempo entre los jerónimos.

—¿Qué os parece?

—¡La cosa tiene ingenio!... Sin embargo, si le descubriesen...

—¿Y qué?

—Que la culpa recaería sobre mí, y entonces...

—No por cierto; recaería... sobre la lavandera.

Antonio se echó á reir.

—Sobre ser poco probable,—dijo,—que una lavandera sepa escribir, lo es aún menos que se comunique por este medio con mi amo.

—¿No decís que le entregan la cesta sin registrarla?

—En efecto; pero...

—Vamos, atreveos; de cobardes nada se ha escrito.. ; sobre todo, no arriesgáis gran cosa.

Y la astuta joven hizo brillar la moneda que tenía en su mano.

El argumento era bueno, y convenció á Antonio, el cual dijo:

—Corriente; venga la carta.

Entregósela aquélla, y el mozo la colocó lo más

disimuladamente que pudo entre los dobleces de la servilleta.

En seguida lo arregló de modo que ésta parecía un lienzo inocente é inofensivo.

—¡Es imposible que nadie sospeche!

—¡Tanto mejor!

—¿Sabéis si vuestro amo dispone de medios para contestar?

—Lo ignoro.

—De todos modos escudriñad la cesta cuando os la devuelvan de su parte, que yo vendré mañana á saber...

—Corriente; pero...

—¿Pero qué?

—¿Os vais?

—¿Qué queréis que haga aquí, habiendo terminado mi cometido?

—¿Y la moneda?

—En resumidas cuentas no la habéis ganado; el medio que empleamos es mío.

—Sí, pero... yo soy el conductor, el comprometido; y si se descubre, seguramente que no pensará nadie en buscaros.

—En fin, me convencen vuestras razones; tomad.

Y la joven puso la moneda en la mano de Antonio, quedando en volver á la misma hora al día siguiente, por si acaso había contestación.

Juan de Zúñiga esperaba sin cuidado el fin de su proceso.

Confiaba, como siempre, en la protección de su amigo el diablo, y no dudaba de que ésta no le faltaría.

Únicamente estaba algo aburrido de verse entre aquellas cuatro tapias, donde no se le permitía más distracción que una partida de *sacanete*, que jugaba por la noche con los oficiales que montaban la guardia.

Por ellos sabía las voces que corrían sobre su futura suerte.

El rey seguía furioso, dispuesto á hacer un ejemplar castigo, si bien la reina y la parte femenina de la corte abogaban en su favor.

—Por bien que salgas,—le decían,—cuenta con pasar cuatro ó seis años en un castillo.

—¡Bah! No lo creáis. ¿De qué había de servirme la protección del diablo?

—Pero ¿cuentas con ella?

—Más que nunca.

—Mejor harías en interesar en tu favor á tu tío el prior de los jerónimos del Prado.

—Al contrario; ése persistirá en la idea de que tengo en las venas la levadura de Olavide.

—¡Pobre don Pablo!

—¡Chitón! No hay que olvidarse de que está cumpliendo una condena del Santo Oficio.

—Os digo que no necesito nada de eso; más tarde ó

más temprano, saldré de aquí libre, absuelto. ., y puede que hasta con un ascenso.

En tal concepto, no había penalidad que le afligiese.

Porque el diablo no hace pacto con una persona para quedar mal.

No se sabe que alguna vez haya faltado á su palabra.

En el día á que damos comienzo á este capítulo, y á la hora de costumbre, entró un soldado con la cesta adonde iba el almuerzo.

A los veintidós años no se pierde el apetito, ni aun estando enamorado: en ciertos temperamentos le aumenta la inacción.

Juan estaba en este caso: comía y dormía perfectamente, porque no albergaba cuidado alguno sobre su suerte.

Al ir á extender la servilleta sobre la mesa, cayó al suelo un papel.

El joven le cogió, reconociendo que era un billete.

Su primer pensamiento fué para Adelina.

—¡Pobre muchacha!—exclamó.—¡Cómo se acuerda de mí! Emplea cuantos medios están á su alcance para comunicarse conmigo, para consolarme..., mientras yo me ocupo de *la otra* más de lo que conviene á mi tranquilidad... ¡Si lo supiera!

Mientras pronunciaba estas palabras rompió el sobre.

Lo primero que hizo fué lo que hace cualquiera en un caso igual: mirar la firma, porque desconoció la letra.

El billete estaba concebido en estos términos:

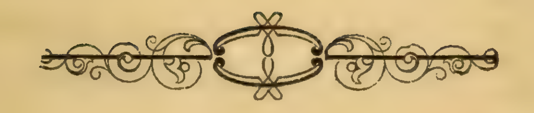
«No desmayéis; si tenéis enemigos en la corte, »también hay personas que, con la reina, se interesan »por vos.

»El herido sigue mejor, y esto favorece vuestra »causa, que nos es simpática á todas.

»No podéis figuraros cuál es mi sentimiento al »considerarme origen de vuestras penas.

»Si podéis contestarme, hacedlo, empleando el »mismo medio que yo para que recibáis ésta, no du- »dando en pedir lo que os haga falta á la —Sultana.»

Juan creyó que se le abrían las puertas, no ya de la prisión, sino del paraíso.





CAPITULO LXI

Antonio en busca de una paliza.



QUEL billete era un rayo de sol iluminando la lobreguez de un calabozo.

La carta que esperaba de la pobre Adelina no le hubiera producido tan buen efecto.

En aquella firma había el recuerdo de una aventura agradable, por más que su desenlace hubiera sido triste, cuando pudo ser trágico, y aquel ofrecimiento espontáneo encerraba una promesa.

¿De qué?

Juan lo ignoraba... de nada tal vez, pero siempre es dulce confiar en una promesa, aun cuando sea quimérica.

Juan leyó y releyó el billete más de veinte veces.

No había pensado en él, no le esperaba; por eso la sorpresa fué doble.

Era un billete de agradecimiento; no expresaba más, no podía expresar otra cosa.

Pero siempre hay cierto encanto en ver que una mujer joven y bonita se acuerda de nosotros para agradecernos algo.

Lo que hemos hecho por ella no lo tiene en olvido; la gratitud es amor hasta cierto punto.

Era preciso contestarle; pero ¿cómo?

Le habían privado de los medios de escribir para que no se comunicase con nadie.

Pero Dios ha dotado al hombre de ingenio para algo.

Sobre todo á un prisionero, que es más que un hombre, por muy abyecta que sea su condición.

Un prisionero en su misma estrechez halla los medios de poseer lo que no tienen aquellos que están en libertad.

Juan arrancó de la mesa una astilla, cuya punta adelgazó cuanto pudo; después, frotando la piel de sus botas con un dedo humedecido en agua, logró una ó dos gotas de un licor negruzco y betuminoso, en el cual empapó su improvisada pluma, escribiendo en una tira de papel:

«¡Bendigo mi prisión, porque me proporciona un »bien que no esperaba! Después de lo que he recibido, »nada necesito, nada me hace falta; me contento con

»haber sido por espacio de algunas horas el caballero »de la sultana más hermosa de Occidente.»

Colocó aquel escrito disimuladamente entre los pliegues de la servilleta, como medio que le recomendaba la dama.

Cuando el soldado entró para llevarse la cesta, la dirigió un beso, juntando y abriendo los dedos de la mano derecha, después de haberlos acercado á sus labios.

Aquél, que era bisoño, sorprendió el ademán, y sin abrigar ningún mal pensamiento, lo atribuyó á una fórmula de saludo.

Sí le chocó bastante que en la guardia valona los superiores saludaran á los inferiores, lo mismo que se saludan dos amantes que se contemplan de lejos.

Juan permaneció todo aquel día entregado á sus ilusiones.

Era el hombre soñador por excelencia.

En cuanto á Antonio, ya era otra cosa.

No se determinó á registrar la cesta en la calle por temor de ser visto.

Pero no bien se consideró invisible y fuera de peligro en el santuario de su casa, cuando desdobló la servilleta.

La lectura de aquel documento le dejó admirado, perplejo.

¡Su señor amante de una sultana!

Conocía á las sultanas por los romances moriscos: sabía que no eran católicas, ni aun siquiera cristia-

nas, cosa que no debía extrañar en un hombre que estaba en relaciones con el diablo.

Sin embargo, concibió dos escrúpulos.

No creía que la perdición del alma de Zúñiga fuese tan completa que se dedicase ya á hacer el amor á personas que estaban fuera de la comunión católica.

Al mismo tiempo se compadecía de la pobre Adelina, á quien Zúñiga engañaba malamente, puesto que la olvidaba por una mora ó turca, que para el caso era lo mismo.

Tentado estuvo por ir con aquellos renglones á la granja de los Tilos, enseñárselos á la niña, y decirla:

—¡Este es el hombre á quien amáis!

Pero el respeto que debía á su amo, y más que nada el temor á una paliza, le contuvo en los límites de la discreción.

Por otra parte, echó sus cuentas.

El había oído decir, y leído, que las sultanas poseían pingües riquezas, y algo de éstas había de tocar al criado de su amante, en el caso en que saliera ileso del lance en que estaba empeñado.

Sólo que entonces halló mezquina la dádiva recibida aquel día.

¡Una moneda de plata!

Esto era deshonroso.

Una sultana debía haber dado al mensajero de su pensamiento una cadena de oro, ya que no una joya preciosa extraída del tesoro de su padre ó señor.

En todo aquello veía una mezquindez nauseabunda.

Su amo se alegraba de haberle servido de caballero por espacio de algunas horas.

Luego estaba en Madrid.

Antonio no recordaba que hubiera, ni aun en España, ninguna sultana.

Para él sólo existían en los romances.

Al dia siguiente, á la hora convenida, fué la misma linda morena por la contestación.

Antonio trató de sacarle el nombre de su ama.

—Será vuestro amo el que os le revele, señor curioso,—le dijo la muchacha.

—Es que yo tengo medio de arrancárosle,—le dijo Antonio con aire triunfante.

—¿De qué manera?

—Denunciándoos á la Inquisición.

—¿De qué delito?

—Del de desviar á un joven cristiano de los caminos de la santa madre Iglesia.

—Y ¿cómo puede mi señora hacer eso, siendo católica ferviente?

—¡Católica una sultana de Occidente! ¡Ya, ya!...

La joven rompió á reir, sabiendo á lo que Antonio se refería.

—Vamos,—dijo,—venga la contestación, que no dudo que la habrá, y déjese de bachillerías.

Antonio se dió á partido, esperando una buena propina para el siguiente día, y entregó el papel, que la joven, rápida como el viento, fué á llevar á su destino.

Pero pasó un día, y otro, y otro, y hasta quince.

Amo y servidor estaban desesperados: aquél, porque no recibía nuevas de la sultana; éste, porque no recibía propinas.

El primero decía:

—¿Por qué permanece en silencio tanto tiempo?

Y el segundo:

—¡Siempre será alguna mora de pega!

Así marchaban las cosas.

El proceso del joven alférez seguía una tramitación lenta, que era voluntaria.

Acosado por tantas peticiones de indulto, el rey dijo por fin:

—Perdonaré, si la víctima vive y queda ilesa.

Esto era ya conseguir un resultado.

Toda la corte vivía á la cabecera del herido.

Jamás un monarca, cuya muerte puede arrastrar graves perturbaciones, había sido espiado de aquel modo, inspirando fervientes deseos de vida y de salud.

Se seguía el diagnóstico de la dolencia con una ansiedad pasmosa.

—Ved lo que hacéis,—le decían las damas á Estrañi;—si no salváis á ese hombre, perderéis las mejores

casas de la corte; ninguna persona que se respete os confiará el pulso, y tendréis que emigrar á América para que os den de comer las dolencias de los salvajes; mientras que si sacáis al conde con bien, cada una de nosotras enfermará ex profeso una vez á la semana para aumentar vuestro peculio.

Estrañi era filósofo, y encogiéndose de hombros, pensaba:

—¿Cree ese pobre muchacho que el diablo soy yo, cuando en realidad está en el cuerpo de las damas de la corte? Si el conde supiera de lo que se trataba, se moría de rabia, con tal de castigar á un hombre... que pudiera muy bien ser su rival.

En cuanto á la condesa, costeó una novena á la Virgen de la Paloma, y un triduo al Santo Cristo de los Remedios, pidiéndole la vida de su marido.

Lo que no quedó bien averiguado es si esto reconoció por causa el amor del uno ó del otro.

Entre tanto Juan se desesperaba grandemente en el cuartel.

Sus camaradas procuraban infundirle esperanza, diciéndole que el conde había entrado ya en convalecencia, y que tenía aseguradas la libertad y la vida.

—¡La vida!... ¡la libertad!—decía el joven con su ciega confianza.—Aseguradas las tenía desde el momento en que entré aquí. ¿Qué me importa eso?

—¿Pues qué es lo que te importa, desventurado?

Juan hubiera dicho:

—¡Ella, de quien hace ya veinte días que no sé!

Pero le contenía la prudencia, y el deseo de no comprometer á una mujer casada.

Aunque en el artículo *ella* entraban todas las Evas del mundo conocido que hubiesen cumplido ya quince años.

A medida que el conde mejoraba, íbase dulcificando el régimen interior de su prisión.

Se le permitía recado de escribir y papel, por si se le antojaba escribir el *Manual del prisionero,* ó alguna novela al uso de Cervantes; igualmente se le daban todos los libros que pidiese, no siendo de los prohibidos.

Por último, se consintió que su criado entrase y saliese á cualquier hora en su habitación.

Esto era un consuelo, del que Juan se aprovechaba poco.

¿Qué podía hablar de *ella* con su criado?

Por el contrario, permanecía en un mutismo sombrío; y aunque Antonio reconocía la causa, la respetaba, porque era discreto.

Hacía ya dos días que su amo pugnaba por hablarle, conteniéndose siempre cuando iba á empezar.

—¡Dejadle, que él romperá!—pensaba el criado.

En efecto, en la mañana del tercero rompió.

—Oye, Antonio,—le dijo.—Me has probado que, entre tus defectos, que no son pocos, tienes la virtud de la discreción.

—Señor, no sé á qué os referís,—le contestó aquél; —pero me parece que os he dado pruebas de que po-

déis fiaros de mí: respecto á mis defectos, no quiero regatearos el número.

—Me refiero á que puede confiársete un secreto, sin temor de que lo reveles.

—En cuanto á ese particular, soy un pozo..., un sepulcro sin gusanos.

—Es que pudiera comprometer á una mujer casada.

—La sala del tormento, con todos sus horrores, no me arrancaría una palabra.

—¡Me place oir ese lenguaje en tus labios!

—Es el lenguaje del perro para con su amo, si el perro estuviese dotado de la facultad de hablar.

—Es que si me hicieras traición, si esa dama tuviese el menor disgusto por tu causa, sabría bajar al centro de la tierra que te ocultara para darte de puñaladas.

Antonio se santiguó, estremeciéndose; fué la única contestación que halló más á mano.

Aquél prosiguió:

—Fiado en tu discreción, voy á darte un encargo, que espero desempeñarás con fidelidad y reserva.

—Contad conmigo: si me confiaseis un pernil de tocino, acaso no respondería; pero un secreto, es diferente.

—¿Tú sabes dónde vive el conde de la Estrella?

—A lo último de la carrera de San Francisco, bajando á la izquierda, en el terreno que ocuparon las antiguas huertas llamadas del...

—Exactamente.

—¿Queréis que le presente vuestros respetos, por aquello de la otra noche?

—¡Pero, imbécil!..¿crees que ahora que él y yo vamos á salir á la calle le tengo miedo?

—Señor, no quita lo cortés á lo valiente, y bien podéis informaros de su salud, después de atravesarle el pecho, como lo hicisteis.

—No quiero nada con el conde...

—Está bien.

—Pero sí con la condesa.

—¡Ah!... Pero... ¿y la otra?

—¿Qué otra?

—La sultana, señor.

—¡No seas imbécil!—exclamó el joven riéndose.

—Vamos, no lo seré; por mucho trigo no es mal año.

—¿Ves este billete?

—Le veo.

—Es necesario que hoy mismo quede en poder de la condesa..., sin que se entere nadie más que ella misma.

—Venga, señor.

—¿Cómo vas á arreglarte?

—No lo sé... Como aconsejen las circunstancias.

—Pero al mismo tiempo es preciso que en el momento de desempeñar tu cometido te olvides de lo que has hecho.

—Me olvidaré..., aunque me valga una paliza.

—¿Quién había de propinártela?

—¡Qué sé yo!... ¡El diablo!

—¿Ignoras que es nuestro protector?

—¡De poco tiempo acá poco tenemos que agradecerle!

—¡Cuando voy á salir en libertad, debiendo ir á un castillo... ó á otro sitio peor!...

—Es verdad, señor: dispénseme el diablo.

—¿Quedamos?...

—En que hoy mismo entregaré esa carta.

—Pues no pierdas momento, y vé, que espero con impaciencia el resultado.

No se cambiaron más palabras entre uno y otro.

Antonio partió, maldiciendo los amoríos de su amo, que tantos sinsabores le causaban.

—El más tranquilo,—decía,—es el de la joven Adelina, y por lo mismo parece que es del que menos se cuida.





CAPITULO LXII

La carta.



EGÚN hemos dicho ya, el conde estaba en convalecencia, y faltaba muy poco para que el doctor Estrañi le diese de alta.

La estocada había sido buena, y el doctor, que era perito en tales materias, apostaba á que no se había dado otra igual por ninguno de los oficiales de la guardia valona.

Este honor quedaba reservado á un alférez de veintidós años.

Pero el peligro á que acababa de escapar no había curado los celos en el conde.

Era enfermedad añeja.

Demasiado comprendió que aquella noche no hubo motivo para su agresión, que ésta fué inmotivada é injusta.

Tratándose de un baile, nada tenía de extraño que su mujer hablase y bailase, que no bailó, como sabemos, con uno de los invitados.

Pero había oído hablar durante tres días anteriores de un alférez, lo mismo en palacio que en su casa.

Ignoraba de lo que se trataba; pero aquella insistencia y aquel calor concluyeron por inspirar algunas sospechas en su celosa manía.

Cuando aquella noche le vió hablar con su mujer, subiósele la sangre á la cabeza y perdió los estribos, originándose lo que sucedió después.

Sin embargo, la reflexión se hizo lugar en su mente cuando pesó las cosas con calma, y quiso sincerarse.

—Es inútil tarea la que emprendéis,—le dijo la condesa agraviada.—Vuestra conducta ha abierto un abismo entre los dos.

—¿Y no tuve yo motivos para obrar así?

—¿Sacando á plaza el nombre de vuestra esposa, dando lugar á que un extraño la defendiese contra su propio marido? ¿Comprometiendo una casa respetable, que acababan de abandonar los monarcas?

—¿Y quién le dió á aquel insolente derecho para defenderos?

—Vos, en primer lugar; en segundo, las leyes de la caballería, que atropellasteis indignamente.

—Basta, señora; no consiento en vuestros labios tales reproches.

—¡Basta!... Eso es lo que os digo yo también: respeto vuestro estado, y deseo que os tranquilicéis.

Desde aquel momento ambos esposos no cambiaban más que las palabras necesarias para ocultar á la servidumbre el abismo que los separaba.

Entre ellos acababa de estallar un cisma, que acaso ya no tendría arreglo.

El conde seguía amando á la condesa, pero ella sólo podía concederle la estimación que se debe á un marido, por más que fuera incapaz de faltarle en el honor.

La condesa era honrada, y se debía á su clase.

Pero aquél notó que estaba pensativa, como si la absorbiese una idea.

Tal vez era una imagen.., la de aquel alférez maldito que había estado para echarle á la eternidad.

Siempre adquiere simpatía entre las mujeres un joven que al salir de un baile da una estocada á un marido, sobre todo si aquél viste uniforme.

Ello es que la seriedad y ensimismamiento de la condesa le llamaban extraordinariamente la atención, haciendo que volvieran á renacer las pasadas sospechas.

Resolvió espiarla, pero como espiaba don Bartolo

á su pupila, viendo si faltaba un pliego de papel de su mesa y si tenía los dedos manchados de tinta.

A la verdad que la pobre condesa no podía acusarse más sino de que en su mente persistía más la imagen del alférez que la de su marido.

Pero éste era un pecado venial, en el que no tenía parte la voluntad.

La imaginación es una puerta indiscretamente abierta á cuantas imágenes se presentan.

Su casa tenía un jardín, por delante cercado con una tapia, en la que había una puerta de hierro: en el fondo, una escalinata de piedra daba acceso al edificio.

Una tarde paseaba la condesa bajo las verdes copas de los álamos y castaños, cuando echó de ver que en la reja había un hombre, cuyos ademanes parecían querer llamarle la atención.

Al pronto le tomó por un mendigo; pero reparando en su traje, se convenció de lo contrario.

Aunque de menestral, era limpio y decente.

¿Qué podía querer aquel individuo?

Estaba perpleja entre acudir ó retirarse, cuando le vió sacar un papel del bolsillo y mostrársele con cierto misterioso recato.

Entonces calculó lo que podía ser; se trataba de algún memorial, poniéndola por intercesora para conseguir alguna gracia, ó pidiéndosela á ella misma.

Movida por su buen corazón, se acercó, pero deteniéndose en seguida.

El papel que la enseñaba aquel hombre más tenía traza de billete que de memorial.

Siendo de alguna persona conocida, hubieran ido directamente á dejarle en su casa sin tanto misterio.

¿Se trataría de algún desdichado y atrevido amante que se valía de aquel modo?

Entonces dió media vuelta para alejarse, cuando llegó hasta ella un nombre harto conocido.

—Vengo de parte de don Juan de Zúniga,—dijo el hombre en voz lo suficientemente alta para que sólo la condesa le entendiera.

Ésta volvió la cabeza hacia atrás, y viendo que no era espiada por nadie, corrió á la verja, diciendo:

—¡Traed!—y guardó la carta que le entregó Antonio.

—¿No tenéis nada que decirme ni que mandarme?—preguntó el criado.

—Volved mañana á esta hora y á este mismo sitio,—le contestó aquélla, desapareciendo, para enterarse del contenido del billete.

Antonio la contempló en su fuga, exclamando desconsolado y ofendido:

—¡Pues vale menos que la sultana!... ¡A lo menos me gratificó con una moneda de plata!

Después se alejó para dar cuenta á su señor de lo poquísimo que acababa de pasar.

¡Poquísimo!

¡Quién sabe si Antonio estuvo aquella tarde más cerca de lo que creía de una paliza!

Juan se quejaba en aquel billete del prolongado silencio de su hermosa sultana, y sólo pedía una palabra escrita que consolara sus penas.

—¡Pobrecillo!—exclamó la condesa besando el billete.—Con poco se contenta...; á la verdad que tiene razón; por mí está sufriendo allí metido...; yo soy la que debía consolarle...; pero ¿faltando á mi deber? ¡Nunca! Desdichadamente para todos, mi nombre ha andado ya en lenguas, y no quiero que las sospechas tomen nuevo pábulo.

Toda aquella noche y toda la mañana siguiente estuvo pensando sobre lo que haría, sin dar con un partido.

Sin embargo, era preciso decidirse; la tarde estaba cerca y el criado iría por la contestación.

Lo que creyó más acertado fué ponerle dos renglones, donde le decía que cesase de escribirla, puesto que en palacio podrían verse y hablarse con más libertad delante de gentes para tapar la boca á los murmuradores

Con esto se quedó tranquila, porque era dar una prueba de agradecimiento sin traspasar los límites del deber.

Su marido la vió más preocupada que de ordinario.

Después, ante su tranquilidad aparente, crecieron sus sospechas.

—Algo la pasa,—dijo.—Finge para engañarme mejor. ¡Dios mío! ¿Se tratará aún de ese odioso alférez, á quien confunda el diablo?

Cuando llegó la hora convenida, la condesa se dirigió al jardín con ese paso torpe y agitado de la mujer inocente cuando no está bien segura de no cometer un crimen.

Al salir de sus habitaciones preguntó á uno de los criados por su marido, oyendo de su boca que estaba descansando.

Esto la tranquilizó: era cosa de dos minutos el despachar.

Sacó del bolsillo un diminuto billete que llevaba medio oculto en la mano derecha, y con la izquierda se cogió la falda para no tropezar.

Aun esperó en el vestíbulo, dirigiendo sus miradas hacia la verja de hierro.

A poco vió aparecer en ella á un hombre, en quien reconoció á Antonio.

Se dirigió hacia la escalinata.

La infeliz se estremecía, y estuvo por volverse atrás para no ofender á su marido, cuando hacía aquello precisamente por no ofenderle.

Pero no bien había descendido los primeros escalones, cuando exhaló un débil grito al sentir que una mano de hierro la asía de la muñeca izquierda.

Al mismo tiempo una voz, donde hervía el furor reconcentrado, exclamó:

—¡Dadme esa carta!

Era su marido, que, sin que ella se apercibiese, le había salido al paso.

La condesa se vió perdida.

Aquel escrito, aunque inocente, encerraba un nombre, y era denunciador.

El conde la oprimía cada vez más, hasta el punto de hacerla exhalar sordos gemidos de dolor.

Volvió á repetir:

—¡Dadme ese papel!

—¡Jamás!

—¡Señora!...

—He dicho que no... Este papel no mancha en nada vuestro honor.

—Entonces, dádmele.

La condesa tuvo entonces una idea salvadora, comprendiendo que no había medio de ocultar la verdad á su marido.

Volvió la cabeza; el billete desapareció en su boca; en seguida empezó á masticar el papel con el fin de destruirle.

El conde, que hasta entonces no se había apercibido de lo que pasaba, no hacía más que decir:

—¡En nombre de Dios, venga ese billete, señora! Si es inocente, ¿por qué le ocultáis?

Y viendo que la condesa callaba, le obligó á dar media vuelta por medio de un poderoso impulso.



Lit. de J. M.ª Mateu, Barquillo 4 y 5, Madrid.

—Dadme ese papel

La condesa estaba serena: aquél sólo podía leer el billete rasgándole el pecho.

—¡Oh!—exclamó el burlado marido.—¿Creéis destruir así la prueba de vuestra liviandad? ¡Infame! A lo menos sabré quién es él.

Y soltándola sobre los escalones de piedra, donde aquélla cayó desmayada, corrió hacia la verja.

Pero Antonio, que había visto lo que pasaba, abrió el compás de sus piernas, y se alejó velozmente.

El conde asió los hierros y empezó á sacudirlos con fuerza.

Pero la verja estaba cerrada con llave, y no cedió.

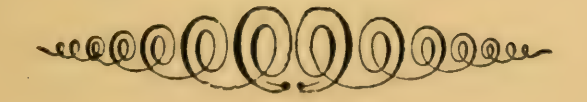
Agotadas sus fuerzas físicas y morales, lanzó una maldición, á la que siguieron estas palabras:

—¡Oh!... ¡el alférez!... He reconocido á su criado.

Antonio entró en el cuartel lo mismo que una bala.

—¡Y bien!—exclamó su amo al verle tan descompuesto.

—Señor, el marido se ha enterado de todo... Si me ha reconocido, probablemente tendréis encierro para toda la vida.





CAPITULO LXIII

Un aviso despreciado.



os semanas después de aquella escena semitrágica que acabamos de describir, un soldado de la guardia valona tenía del diestro un hermoso potro de cabos finos bien dibujados y descarnada cabeza, delante de la casa que, como recordarán nuestros lectores, ocupaba Juan de Zúñiga á la entrada de la calle de Segovia.

El asistente distraía su espera silbando una marcha de clarines, propia del escuadrón, y el caballo piafaba impaciente, golpeando con el duro casco los guijarros de la calle.

En una de las habitaciones interiores iba y venía

de un lado para otro nuestro joven, dando la última mano al atavío de su persona.

Había escapado bien de aquella peligrosa aventura, pero dejando, como los pájaros, algunas plumas entre los alambres de la jaula.

Su principal defensor fué la robustez del conde.

Ya dijimos que, vencido el ánimo del rey por las súplicas de su esposa y de todas las damas de la corte, que se habían interesado por el alférez, había prometido perdonarle si el conde recobraba la salud.

Esto se realizó.

Pero como quiera que la desobediencia del joven á las pragmáticas del rey sobre los duelos, y el haber burlado la vigilancia de sus jefes, merecía algún castigo, le fué impuesto el destierro de la corte por término de un año, que debía cumplir en San Sebastián, si bien en libertad, aunque durmiendo en el castillo, á cuyo gobernador debía presentarse todas las tardes al caer el sol para retirarse, y por la mañana para salir.

Ya vemos que el diablo no se había portado del todo mal con él.

Otro, además de un castigo más fuerte, hubiera sido expulsado del cuerpo.

Es verdad que Juan era reo en una causa simpática: había defendido á una dama.

Debía partir al día siguiente, pero aun tenía alguna cosa que hacer.

Aquella tarde se servía solo: Antonio estaba ausente, y su tardanza sin duda parecía molestarle.

De vez en cuando se asomaba á la reja de la calle y exclamaba en alta voz:

—¡Pero ese belitre habrá ido á la China por informes!

Cuando hubo concluído de ataviarse, empezó á medir la habitación á grandes pasos.

Esto duró un cuarto de hora, al cabo del cual rechinó sobre sus goznes la puerta de la calle, apareciendo Antonio en seguida.

—¡Gracias á Dios! - exclamó su amo impaciente.

—¡Qué queréis, señor!... Cuando las cosas no dependen de uno, es preciso tomarlas como vienen; además, luchaba con el recuerdo de la paliza á que escapé hace algunas tardes.

—¿Y qué tenemos?

—Al cabo de hacer la rueda en torno de la casa y del jardín, logré que Inés, la doncella de la señora condesa, se apercibiera de mi presencia; abrió un postigo excusado, y hablamos. ¡Oh! no hay nada que temer...

—Pues ¿cómo?

—El señor conde de la Estrella ha partido esta mañana para Hernani á recobrar sus fuerzas en un castillo que posee una tía suya, anciana, canonesa de no sé dónde.

—¡Ah!... ¿y le acompaña su esposa?—preguntó Juan con desaliento.

—No, señor; creo que entre los dos hay un muro, cuya altura va subiendo cada día.

—¡Respiro!... ¿Has visto á la condesa?

—Tampoco.

—¡Imbécil! ¿No te lo encargué particularmente?

—De poco servía vuestro encargo, si ella no ha querido dejarse ver.

—¡Que no ha querido!

—¿A mí qué me costaba, sabiendo que el conde no estaba en Madrid, y que, por lo tanto, no atentaría á la integridad de mi individuo?

—¡No ha querido!—murmuraba el joven.

—Inés la anunció mi presencia y vuestro encargo; pero la condesa dijo que os dierais por despedido; que en ausencia de su esposo no podía recibir más que á personas de su confianza; que sentía vuestro alejamiento de Madrid, pero que al mismo tiempo os felicitaba por no haber pasado más adelante el castigo; y, en fin, que pediría á Dios en sus oraciones por vuestra bienandanza, como lo haría por un hijo...

—¿Por un hijo?

—Según Inés, recalcó mucho esta frase.

—¡Después de lo que he hecho por ella!

—¡Me parece que no es quereros mal al compararos con un hijo!

—¡Pardiez!... ¡Me está muy bien empleado! ¿Quién es el insensato que se fía de mujeres? Si ahora mismo viera alguna á cuya vida se atentaba, pasaría por su lado sin pensar en que llevaba acero al cinto.

—Pero, señor, ¿qué esperabais de la condesa? Al fin y al cabo, una mujer casada...

—¡Tú que entiendes, imbécil!

—¿Puede hacer más que tomaros por un hijo?

Una iracunda mirada del joven hizo enmudecer á Antonio.

Aquél empezó á medir la habitación á grandes pasos, diciendo:

—Sí, es lo mejor...; ahora agradezco á su majestad que me haya desterrado de Madrid...; podría verla en la calle, en palacio, y... sería peor para ambos... Pero ¿no es verdad que es hermosa, Antonio?... ¿No es cierto que se puede arriesgar la vida por ella?

—¿Para que después os llame hijo suyo?

—Tienes razón; es una locura que debo olvidar...; hasta ahora no me he proporcionado más que sinsabores. Sólo quiero pensar en mi pobre Adelina...

—¡Ahora que vais á separaros de ella! Por otra parte, ¡estará contenta al saber vuestras locuras!

—Debe suponer que no he dejado de amarla.

—¡Ya!... pero habéis tirado de la espada para defender á una sultana...

Lo mismo hubiera hecho por Adelina: de consiguiente, debe agradecérmelo.

—Ponéis las cosas de un modo, que va á ser preciso que esa joven os pida perdón.

—Voy á despedirme de ella; en tanto, arregla nuestro equipaje, pues ya sabes que partimos mañana al amanecer.

—No veo la necesidad de tanta premura, cuando os dan quince días para presentaros en San Sebastián.

—No importa; tengo un proyecto... Regularmente haremos antes un pequeño viaje, aunque tengamos que separarnos de la línea recta.

El joven salió de su casa y montó á caballo, tomando la dirección de la granja de los Tilos.

Adelina estaba desolada; conocía ya la sentencia que la separaba de su amante; acababa de perder á su hermano, y su padre seguía enfermo.

Su madre lloraba mucho.

¿Qué había hecho la infeliz joven para merecer aquel cruel castigo?

Todas las personas á quienes amaba sufrían algo, haciéndola sufrir.

Respecto de Juan, no era su ausencia sólo lo que la apenaba.

En el lance pasado sonaba el nombre de una mujer hermosa.

¿Era que aquél menospreciaba su cariño, poniéndola en segundo término?

Esta inculpación asomó á sus labios aquella tarde cuando el joven estuvo en su presencia.

Como la esperaba, iba ya preparado á rechazarla y á desvanecer la duda.

Le costó muy poco.

Adelina amaba de veras, y los celos sólo habían rozado con sus asquerosas alas su corazón, sin penetrar en él.

Juan le contó el caso según había sucedido.

Un caballero tiene obligación de defender á una dama, aun cuando amor no le obligue.

Por último, dijo:

—Yo tendería mi mano á un hombre que hubiera hecho lo mismo contigo, en vez de estar celoso con él.

Y como Adelina ignoraba que su corazón se había interesado un poco en la aventura, puesto que aquella tarde había pretendido despedirse personalmente de la condesa, le perdonó fácilmente.

Era la hora del crepúsculo, esa hora crítica del día en la que el corazón está más predispuesto á las concesiones.

Adelina y Juan paseaban solos por el huerto, bajo las frondosas copas de los árboles, que mantenían una semioscuridad.

Además, el joven estaba próximo á partir; en un año no debía volver á verle.

¡Y pueden suceder tantas cosas en trescientos sesenta y cinco días, cuando el año no es bisiesto!

Así es que la palabra «perdón» asomó á sus labios, brotando antes el deseo de su alma.

Su mano derecha oprimía dulcemente el brazo izquierdo de su amante, sobre el que se apoyaba; sus llorosos ojos le dirigían lánguidas miradas; sus labios murmuraban tiernos ¡ayes!, preocupada como estaba con la idea de su partida.

Juan, que la amaba de veras, que pensaba en ella de una manera muy distinta que en la condesa, la dirigía

las más firmes protestas de amor en frases tiernas y apasionadas, que expresaban lo que sentía su alma en aquel momento.

Un rumor de pasos apresurados los sacó de aquella encantadora distracción.

En la penumbra aparecieron Josefina y Antonio.

¿Qué tenía que hacer allí el criado?

A esta pregunta respondió Antonio con voz turbada por la emoción:

—Señor, se trata de una cosa grave, que me ha hecho venir, á pique de estrellarme ó de reventar un caballo.

—Habla; ¿qué sucede?—preguntó el mancebo.

—Han llevado á casa un aviso extraño para que viváis prevenido, porque esta noche os amenaza un gran riesgo.

—¡Dios mío!—exclamó Adelina, estrechando más el brazo de su amante.

—¿Un gran riesgo?

—Así parece.

—Pero ¿quién ha llevado la noticia?

—Una sombra.

—¡Cómo una sombra! ¿Estás en ti?

—Veréis: llamaron á la puerta, yo abrí la mirilla, mas no vi á nadie, pero percibí una voz que murmuraba:—«Di á tu amo que se prevenga, porque esta noche le amenaza un gran peligro.» Una sombra negra

cruzó por el zaguán; cuando me asomé, no habia nadie en la calle.

El joven se encogió de hombros, exclamando tranquilamente:

—¡Bah! No he ofendido á nadie para que haya quien se preocupe de mí. Sólo los grandes personajes tienen enemigos, y yo soy oscuro como un pobre diablo. Está bien; vete.

—Pero vuestro criado podía acompañaros,—dijo Josefina con interés.

—¡Sí, sí!—repuso Adelina.—Entre dos se afronta mejor un riesgo.

—Espero que no le haya, y que todo haya sido objeto de una broma..., ¡bien estúpida por cierto!

—Pero ¿y si no lo fuera?

—Por lo mismo, no debo exponer á nadie.

—Yo os acompañaría con mucho gusto,—dijo Antonio, que tenía miedo á partir solo.

—Repito que no hace falta; puedes retirarte.

El mozo obedeció.

Entre tanto la madre y la hija pugnaban en vano por demostrarle que la excesiva confianza hace mayor cualquier peligro.

Juan no se dejaba convencer.

—¿A qué tomar precauciones?—decía.—Lo que ha de ser, está escrito. Además, creo que todo ello sea una broma pesada, como he dicho.

—No, no, don Juan; bromas de esa naturaleza no se usan.

—Pero ¿no os parecen ridículas ciertas precauciones?

—Quedaos aquí esta noche,—le decía Josefina.—La sombra es traidora...; no se sabe lo que oculta.

—Aun cuando hubiera venido con esa intención, que no podía estar en mi ánimo, bastaría la noticia que acabo de recibir para obligarme á marchar, y eso estando probado el riesgo.

—Si no por vos, hacedlo por nosotras, cuya intranquilidad podéis calcular.

—No hay motivo para ello, y os lo agradezco. Repito que no he ofendido á nadie, y nada temo: por lo tanto, no os preocupéis de lo que pueda sucederme, que no será nada malo. Llevo buen caballo, buenas armas y valor, que es cuanto se necesita para salir de un trance apurado.

—¡Ah! Os empeñáis en partir, y hacéis mal; vamos á estar desveladas toda la noche.

—Yo cuidaré de daros un aviso mañana temprano, y espero que sea tranquilizador.

No se habló más del asunto.

Fué imposible reducir al joven á que permaneciese aquella noche en la granja.

Una de las cosas que le obligaron á partir fué el recuerdo de lo ridícula que resultó para don Quijote la aventura de los batanes.

La madre y la hija le acompañaron hasta la puerta, donde un criado de la granja le tenía el caballo del diestro.

Cambió con ellas el último adiós, y se perdió en la sombra.





CAPITULO LXIV

¡Ténganse al diablo!



OR gran dosis de valor que poseyera don Juan, no dejó de causar mella en su ánimo la noticia que acababa de recibir.

La prudencia debe presidir todos los actos de la vida, especialmente aquellos que pueden entrañar algún riesgo.

No había ofendido á nadie seguramente, pero esto no era razón para que no tratasen de ofenderle á él.

Todo hombre tiene enemigos: la cuestión es que éstos se atrevan ó no á tomar la iniciativa.

Podía haber rechazado la compañía de Antonio, pero no la de la prudencia.

En el momento de abandonar la granja examinó el cebo de sus pistolas, y probó si su espada salía bien de la vaina.

En vez de caminar al galope, prefirió hacerlo al paso.

Aquello ofrecía dos inconvenientes, que quería evitar.

Primero, un galope simula bastante bien una huída, y si había alguien espiándole, no debía verle huir.

Después, cuando se prepara una celada, es más fácil hacer tropezar y caer á un caballo que va al galope, que no yendo al paso.

Sobre todo esto, estaba la confianza ciega que tenía en el diablo su protector.

Si no le ayudaba en los lances apretados, ¿para qué le servía su amistad?

Recientes estaban sus favores; hasta entonces no tenía ninguna queja de él.

¿Por qué apurarse?

Cinco minutos empleó en abandonar la explanada donde estaba la granja, saliendo en seguida á la carretera de Galicia.

La noche estaba templada y serena, una noche de otoño.

Parecía que el verano no había firmado aún su abdicación.

Aunque todavía no alumbraba la luna, las estrellas arrojaban la suficiente claridad para ver los objetos á alguna distancia.

Los árboles y el matorral que había á ambos lados podían ser muy convenientes para el que caminaba á pie de día; pero en aquella ocasión no podían prestar tranquilidad á quien estaba advertido de un riesgo.

Juan hubiera preferido más caminar por un páramo.

Es menos bonito, pero más seguro, puesto que no se presta á una celada.

De vez en cuando el caballo erguía las orejas y daba algún bote.

Era que se cruzaban á sus pies los conejos que atravesaban el camino, procedentes del Pardo y de la Casa de Campo.

Juan era buen jinete, y además iba prevenido.

Había bajado ya la cuesta de las Perdices: á lo lejos, delante de él, se delineaba una masa confusa.

Era la Puerta de Hierro.

Empezaba á creer que alguien se había divertido con el asustadizo Antonio.

De pronto su caballo dió un bote.

Ya no eran los conejos los que turbaban su tranquilidad, sino dos hombres que acababan de salir de la espesura.

Al mismo tiempo, una voz gritó á su espalda:

—¡Alto, señor caballero!

Juan volvió la cabeza, viendo que había otros dos detrás de él.

Estaba cogido en una trampa.

En la mano de aquellos hombres brillaban sendas espadas de combate.

El joven refrenó su caballo sin perder la serenidad, y dijo:

—¡Mal lance habéis echado esta noche! Sólo llevo en el bolsillo algunas miserables monedas de plata.

—¿Nos tomáis por salteadores?—exclamó como ofendido uno de los que tenía delante.

—¡Diantre!—exclamó el joven riéndose.—¡Pues nadie os tomaría por frailes de la Merced!

—A pesar de eso, pudiéramos prestaros algún dinero si os hiciese falta.

—¡Mil gracias! Se conoce que os han pagado bien la comisión.

—No se trata de enteraros de si nos han pagado bien ó mal, sino de que abandonéis la carretera, torciendo hacia la izquierda...; y cuidado con las manos, no sea que desjarretemos al caballo y al caballero.

Juan obedeció, penetrando en un pradillo de árboles y césped agostado.

—Ahora echad pie á tierra.

—Vamos, ¿qué queréis?

—Sois obediente, y creo que nos entenderemos.

—¡A la fuerza ahorcan!... Sin embargo, sed parcos en mandar, porque pudiera cansarme de obedeceros.

—Eso lo veremos.

—Puesto que no es de desvalijarme, sepamos ya de qué se trata.


MR

—Es muy justo vuestro deseo; como veis, somos cuatro.

—¡Bah! ¡No es mucho para un hombre!..., y yo me precio de serlo.

—Eso es lo que vamos á ver. Escoged entre los cuatro uno con quien batiros.

—¡Hola! ¡Parece que la dais de personas decentes!... ¡Sois casi unos caballeros! Pero para eso, creo que con uno que hubiera venido nos ahorrábamos la elección.

—Escoged pronto, que el tiempo es oro, como dice el proverbio inglés.

—En lo de escoger me habéis juzgado mal: para un caballero no son muchos cuatro rufianes.

—Basta de insultos, y escoged.

—Pero ¿no habéis oído que os escojo á los cuatro?

—¿Pensáis matarnos en detalle?

—¡No, tontos! ¡Los cuatro á la vez!

—Dejad á un lado las baladronadas , y despachemos.

—¡Cómo baladronadas! Ahora veréis...

Y el joven, dando un salto hacia atrás, tiró de la espada por un rápido movimiento, cayendo sobre los cuatro.

Afortunadamente para éstos, tenían los aceros desnudos, por lo que pudieron atender con rapidez á su defensa.

El ataque era enérgico; sin embargo, el valor no puede pelear con ventaja contra el número.

La táctica de los cuatro acometedores era cercar al joven para acorralarle.

Éste, que lo comprendió, empezó á batirse en retirada, hasta que consiguió respaldarse en un árbol de grueso tronco.

—¡Ajajá!—exclamó.—Ahora creo que igualamos la partida... Y digo igualar, aunque sois cuatro contra uno, porque tiráis como lacayos..., y me estáis oliendo á paja y cebada desde que os hice el honor de cruzar mi palabra con la vuestra...; pero he dicho mal: parece que no sois ya más que tres.

En efecto; una estocada de Juan había puesto á uno de sus adversarios fuera de combate, y cayó al suelo, lanzando una imprecación.

Los otros tres, temiendo igual resultado, aumentaron la furia del ataque.

Pero bien pronto conoció Juan su táctica, lo que le hizo arrugar el entrecejo.

Querían cansarle, sin exponerse: una vez agotadas sus fuerzas, le tenían seguro.

El joven empezaba á desesperar del resultado; si abandonaba el árbol para caer sobre ellos, le cercarían, en cuyo caso estaba perdido.

Conocía que empezaba á fatigarse: la lucha venía durando cerca de un cuarto de hora.

—¡Parece que ya no estáis tan hablador!—le dijo con sarcástico acento el que hacía de jefe.

—Es que me ocupaba un ejercicio piadoso: estaba pidiendo á Dios por vuestras almas.

—Con todo, señor alférez, pudiera suceder que no salierais mañana para el destierro.

—¡Ah! ¿Sabéis también eso? Veo que os ocupáis demasiado de mis negocios.

—¿En qué iglesia queréis que encarguemos vuestro funeral?

—Parad ésa, y luégo hablaremos.

Y Juan tiró una estocada que hubiera atravesado un muro de piedra.

Pero aquellos eran los últimos resplandores de la hoguera.

Estaba jadeante: aquello no podía durar ni cinco minutos.

De pronto resonó una voz robusta, harto conocida de Zúñiga, que dijo:

—¡Ténganse al diablo!

Dos hombres avanzaron, espada en mano.

A tan extraña intimación, los tres acometedores huyeron, como si todo el infierno fuera en su persecución.

Juan salió al encuentro de los recién llegados, exclamando alegremente:

—Si el diablo tarda un minuto en acudir, esos tunantes dan cuenta de su protegido.

Los que acababan de llegar eran Estrañi y uno de sus amigos íntimos.

El joven prosiguió:

—Por esta vez siento no poder ofreceros vuestra

parte: ya veis que los dos que os correspondían han huído.

—Sí, pero parece que habéis dado buena cuenta de uno.

Y Estrañi señaló al herido, que se revolcaba sobre el césped.

—¿Sabéis quién es ese hombre?—le dijo al joven llevándole aparte.

—No.

—Pues, sin embargo, él nos da la clave del enigma. Es un lacayo del señor conde de la Estrella.

—¡Pardiez! Se trata del conde... ¡Yo le creía más caballero!

—Ya veis de dónde viene el tiro.

—En efecto...; pero tratándose de estos lances, no podía pensar en él. Es una infame revancha que ha querido tomar de la estocada recibida en el Prado de San Fermín.

—¡Que os estaría bien merecida!

—¿Por qué?

—¿No habéis recibido un aviso de vuestro criado?

—Sí tal.

—Y en vez de haberos quedado en la granja de los Tilos, ó haberos hecho acompañar de él, os venís solo.

—Y ya veis que no la he errado; pero, en todo caso, vos tenéis la culpa.

—¡Yo!

—¡Es claro!... El diablo no podía negarme su auxi-

no. En esta confianza, acometí á los cuatro..., y los hubiera acometido lo mismo siendo veinte.

Estrañi lanzó una carcajada, que cortó de repente, poniéndose serio.

—Hacéis mal en confiar tanto,—dijo.—Veo que el éxito hace que huya de vos la prudencia. ¡El diablo!... ¿No consideráis que alguna vez puede Dios impedirle que se ponga de vuestra parte?

—En ese caso ha pactado conmigo de mala fe, porque debió advertirme esa circunstancia aquella noche al pie de la encina de los jerónimos.

—Creyó que se os alcanzaría que, siendo el diablo hechura de Dios, está sujeto á su poder.

—¿Es eso, ó bien que estáis cansado de protegerme?

—Señor don Juan, basta de locuras. Ya habéis cometido bastantes, saliendo de ellas por vuestra buena suerte, y no por la protección del diablo, en la cual no podéis creer más que por una galantería hacia mí.

—Hacia vos, con quien pacté aquella noche.

—Una situación difícil os acaloró la mente; después me habéis visto varias veces, y creo que me habréis tomado por quien soy.

—Siempre...; esto es, por el diablo.

—¿Tan ruin concepto habéis formado de Jacobo Estrañi?

—¡Vos el médico de la reina!—exclamó Juan con sonrisa incrédula.

—¡Don Juan!

—Basta: no soy tan tonto como presumís.

—Pero ¿es posible que un hombre de vuestro criterio insista aún?

—Basta, os digo: creo lo que debo creer. Si esto conduce á que queráis romper el pacto, dadle por roto.

—No, no, —exclamó el doctor, riéndose de aquella extraña tenacidad.—Continúa más firme que nunca.

—Entonces no hablemos más, y en marcha.

—En marcha, pues. ¿Cuándo partís?

—Mañana al romper el día.

—¿Os hace falta dinero?

—Tengo lo suficiente para el viaje. Pero quisiera pediros un favor.

—Hablad: el diablo no puede negaros nada.

—Que mañana en la granja de los Tilos sepan que no deben temer por mí.

—Lo sabrán.

—Eso más tendré que agradeceros.

Los tres montaron en sus respectivos caballos, y al trote largo emprendieron el camino hacia Madrid.

Una hora después entraba Juan de Zúñiga en su casa, tranquilizando al fiel Antonio, quien le dijo:

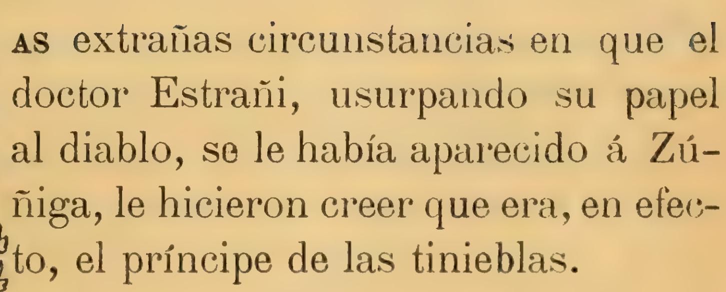
—¡Gracias á Dios! ¡He rezado más de un *pater noster* por el eterno reposo de vuestra alma!





CAPITULO LXV

La burra de Balaam.



LAS extrañas circunstancias en que el doctor Estrañi, usurpando su papel al diablo, se le había aparecido á Zúñiga, le hicieron creer que era, en efecto, el príncipe de las tinieblas.

Después reflexionó seriamente sobre el caso.

En aquella época aún estaba admitida la posibilidad del pacto con el demonio.

La Inquisición lo demostraba con el parecer y sermones de los dominicos.

Y el salir bien Zúñiga en cuantas aventuras em-

prendía, por descabelladas que fuesen, le confirmó más y más en la realidad de su pacto.

La voz de Estrañi, que oyó después, era igual á la del sombrío rey de las tinieblas.

¡Como que era la misma!

Pero esta circunstancia no podía influir para nada en el ánimo del joven.

Satanás puede imitar la voz que le dé la gana y presentarse bajo la apariencia de quien quiera.

Había adoptado la del doctor Estrañi, como pudo adoptar otra cualquiera; pero esto no significaba que el diablo no existiera, ni que hubiera pactado con él.

El doctor por sí solo, aunque tenía mucha influencia con el rey, no podía hacer ciertas cosas en las cuales Zúñiga había sido el agraciado.

Pero es que ignoraba que detrás de la influencia del doctor estaba la de todas las damas de la corte, que con la misma reina habían tomado su partido.

La aparición de Estrañi aquella noche no significó á los ojos del joven más que un deseo del diablo de ver si seguía creyendo en él y en la eficacia de su pacto.

Pero una de las cosas que debían convencerle de su error, y en la cual no pensó seguramente, fué la conducta del Santo Oficio, que le dejaba en paz, cuando debiera perseguirle, como perseguía á otros con menos motivo.

Y es que el Santo Oficio, si sabía aquello, lo tomaba como lo tomaba la corte entera, como la credu-

lidad de una imaginación exaltada, que tomaba los efectos sin investigar las causas.

A pesar de esta creencia, no podía tachársele de loco.

Era un calavera que divertía con aquello, y su criado mucho más que él, pues el pobre Antonio pasaba la vida entre la orgía y el *miserere*, con un pie en el mundo y el otro en el convento de los jerónimos del Prado, cuyo refectorio y cuya cocina no había podido olvidar.

Al romper el alba del día siguiente salían nuestros dos mozos por la puerta de Alcalá, tomando la carretera de Francia para cumplir su destierro en San Sebastián.

Juan iba á caballo, y Antonio en una robusta mula que conducía su persona y dos maletas, por más que aquél tenía empeño en que la mula llevaba tres.

Sin embargo, era de agradecer el sacrificio de Antonio.

Se condenaba voluntariamente al destierro por no abandonar á su amo, á quien había cobrado un singular cariño.

Don Juan iba triste.

Pensaba un poco aún en la hermosura un tanto anacreóntica de la condesa de la Estrella, y esto le hacía maldecir la ingratitud de las sultanas para con sus caballeros.

—¡Tiempo ha de pasar,—decía,—antes de que yo vuelva á desnudar mi espada por una mujer!

—¡Pensáis con mucha cordura!—contestaba Antonio.—Un buen militar sólo debe desnudarla por el rey, que es el que le paga y le atiende, y le da grados en su carrera.

—¡Carrera!... ¡grados! ¡ah!

—¿Por qué suspiráis, señor?

—Porque va á pasar por mí un año estéril, sin ascensos, sin gloria..., ¡casi sin dinero!

—¡Es verdad! Sólo *debemos* cobrar media paga, y, según he oído decir, en San Sebastián se come oro.

—Entonces, querido Antonio, vamos á tener que renunciar á todo lo superfluo.

—¡Y aun á lo necesario!

—¡No sé por qué defendí mi vida anoche en el camino del Pardo! ¡Valía mucho más haberse dejado matar por los sicarios del conde!

—¡Eso no, voto va Crispo! La vida siempre es agradable.

—¿Aun careciendo de lo preciso?

—¡Quién sabe! Vos tenéis mucha suerte en el juego... Además, el diablo os protege.

—¿Quieres que nos hagamos tahures?

—Es preciso ingeniarse... En fin, Dios dirá... Lo principal es que tengamos salud.

—¡Mucho me engaño, no siendo fingida la piedad que me manifiesta el rey!

—¡Fingida!

—¿No era mucho más cristiano fusilarme que dejarme morir de hambre?

—¡Hambre! ¡Ay, señor! ¡Esta es la palabra cuyos efectos temo más en el mundo!

—Lo creo, Antonio. ¡Cuando los temo yo!... Mucho más si, como tú dices, se come oro en San Sebastián.

—¡Si nos hubieran mandado á Arévalo!... Allí, como sabéis, va todo casi de balde.

—Por eso estoy triste... Triste como una lamentación de Jeremías... Vamos á San Sebastián, pero ¡quién sabe si volveremos en el estado de momias!

—¡Terrible estado debe ser ese! Yo no he visto más que una, pero os juro que no me dió envidia... Nada, no hay más que ingeniarse en el juego...

—¡Pero, necio, con el cubilete ó los naipes, de dos que jueguen pierde uno, y ése puedo ser yo!

—Pues en caso tan apurado aun nos queda un recurso.

—¿Cuál? Dime cuál es, y te proclamo como el hombre más ingenioso del mundo.

—Pedir dinero á Adelina, ó á vuestra sultana. ¿Para qué le sirven á un hombre las sultanas?

—Mira, Antonio, es preciso que yo tenga mucha pereza en levantar la mano para no darte la paliza más tremenda que ha recibido un criado de su señor. ¡Pedir dinero á mujeres! ¡Sabes tú, infame, lo que esto significa! Antes me has propuesto el oficio de tahur; ahora me propones el de rufián... Pide á Dios

que no dé en el de mercader de carne y te venda en la costa de Africa... Aunque me parece que con lo que dieran por ti apenas tendría para un plato de jigote en un figón.

Antonio elevó sus miradas al cielo, como quien dice: —«¡Qué estúpido é ingrato es el hombre con aquel que bien le sirve!»

En estos ó parecidos diálogos entretuvieron tres días de camino sin hacer grandes jornadas.

Juan se iba entristeciendo más y más.

Lo que era otoño en Castilla se tornó en invierno al llegar á Burgos.

Allí había nieve, y sabido es que la nieve entristece al que no ha nacido en latitudes polares.

Los poetas la llaman «sábana que envuelve las rocas»; pero Juan, que no era granito, sólo admitía las sábanas en la cama.

Algunas veces tenía que caminar á pie, llevando del diestro el caballo para que no se le entumeciesen las piernas.

Antonio le imitaba, suspirando tristemente.

Interrogado por su amo, le contestó:

—Señor, mis suspiros dimanan de una causa muy natural: vamos hacia el Norte; dicen que el frío despierta el apetito: los habitantes de ciertas regiones polares pasan comiendo veinte horas de las veinticuatro que tiene el día; las restantes las pasan en dormir; á

nosotros nos va á suceder lo contrario con nuestra falta de recursos: vamos á dormir veinte horas y á comer cuatro; y ¿qué comeremos? ¡Raíces del campo, como ciertos roedores!

—Lo cual quiere decir que cuando regresemos á la corte tendremos que ir agitando una campanilla como el leproso, no para que huyan de nosotros, sino para que no nos atropellen, porque no nos verán: habremos perdido hasta la proyección...

—¡Ay, señor! ¡Por qué no habremos seguido en el refectorio de los jerónimos!

—¿Olvidas que allí mi *buen* tío fray Bernardo me amenazaba con el ayuno y con el *in pace?*

—¡Veo que este mundo está muy mal organizado! ¡En todas partes tiene el hombre un hueso que roer!

Salieron de Burgos un viernes por la mañana.

Sobre esto hubo controversia.

Antonio decía, apoyándose en textos muy dignos de tomarse en cuenta, que en tal día no era posible que les sucediese nada bueno, porque el viernes era el día aciago de la semana.

A esto le replicaba su amo que el día terrible era el martes.

Los dos aducían opiniones de respetables sabios de la antigüedad; ejemplos elocuentísimos, de los que debía deducirse que los sabios de todas las épocas no han sabido nunca lo que se pescaban, incluso Simón

Pedro, que era el azote de los peces de Tiberíades, según el texto bíblico.

De aquí dimanó el que Antonio, que iba triste desde su salida de Madrid, estuviese aquel día sombrío.

Nada de particular les sucedió hasta llegar la tarde.

Caminaban por la carretera general.

Eran las tres.

A la derecha, en un campo de agavanzos, vieron pacer una burra.

A la verdad que esto no tenía nada de particular, ni era cosa para que llamase su atención, porque los agavanzos estaban verdes y la burra hambrienta.

Caminaban al paso de sus cabalgaduras, como quien no tiene prisa en llegar al punto donde se dirige.

A una prisión siempre se llega pronto, por más que uno tarde.

Se habían alejado unas cuatro varas del prado de los agavanzos y de la burra, cuando llegó una voz á su oído que decía:

—¡Juan!... ¡Juan!...

Ambos se detuvieron, mirando inútilmente á la derecha y á la izquierda.

No podía ser ilusión, porque los dos habían oído lo mismo.

Pero como el llamamiento no se repitió, prosiguieron diciendo:

Juan:

—¡Yo creí que me llamaban!

Antonio:

—¡Me pareció que nombraban á mi señor!

Pero apenas se habían alejado algunos pasos, cuando el animal rebuznó, permitiendo oir otra vez:

—¡Juan! ¡Juan!

Amo y criado volvieron á detenerse; ya no era posible dudar.

La voz fué más explícita, y añadió:

—¡Querido sobrino!

Antonio se puso á temblar, y acercándose á su amo, le dijo:

—¡No se ve á nadie más que á la burra!... ¡Os llama!... Sin duda es la burra de Balaam, la cual, según los sagrados textos...

—¡Pero, imbécil! —interrumpió Juan,—por mucho honor que para mí resultara, por ser animal tan ilustre, ¿crees que entre mis ascendientes haya una burra, siquier sea Balaam su amo?

—Ello es cierto que á nadie se ve.

—¡Pero hablar una burra!

—El milagro de entonces puede repetirse ahora, no lo dudéis.

—Si fuera un burro, no digo: hay muchos que hablan..., hasta en la corte.

—¡Pues yo os digo que ha sido la burra!

—Pues yo te digo que no me considero sobrino suyo

—Ello es cierto que aquí no hay nadie más que ese animal, y que alguien ha hablado... Partamos, señor;

esos agavanzos tienen un verde sombrío... Tal vez sea un respiradero del infierno.

—Sí, sí, partamos.

—Bien os dije yo, que en la semana hay un día aciago, y es el viernes.

Iban á meter la espuela á sus respectivas cabalgaduras, cuando Juan se detuvo, y mirando hacia el lado opuesto adonde estaba la burra, exclamó:

—Me parece que allí veo moverse alguna cosa...

—En efecto,—dijo Antonio, mirando á su vez.—Es una masa informe... *Pondus immobile.*

Como se ve, había aprendido algún latín durante su estancia entre los jerónimos.

—¡Ah!... ¡Sí, Dios mío!... ¡Un fraile!...

—¿Un fraile?

—¡Y franciscano! ¿No ves su hábito gris?

—En efecto...

—¡Y se dirige hacia nosotros, corriendo y haciéndonos señas!...

—¿Señas, y franciscano? Vendrá á pedirnos limosna. Picad espuelas, señor.

—Espera... ¡Ah!... No, no puede ser... ¡Pero, Dios mío, tengo telarañas!

Y el joven se frotaba los ojos, como si alguna sombra le impidiese ver.

En efecto, se acercaba un fraile ventrudo, vestido de franciscano.

Al llegar á la linde del camino se quitó la barba, mejor que lo hubiera hecho un barbero loco.

Juan lanzó un grito, se precipitó del caballo, y corrió á su encuentro con los brazos abiertos, mientras que Antonio, que nada comprendía de aquella pantomima, exclamaba:

—¡Pues, señor, no era la burra!





CAPITULO LXVI

Un fraile de pega.



os cosas llamaron la atención al criado: que el fraile se despojara de la barba con tanta ligereza, y que su amo, estrechándole entre sus brazos, exclamara:

—¡Pero, tío, vos aquí!

Antonio se frotó los ojos como antes se los había frotado el joven haciendo por reconocer á su tío.

Sin duda se trataba de fray Bernardo, que se había cortado la coleta como jerónimo, para dejársela crecer como franciscano.

Pero no, aquél no era el prior, ni tampoco era

cosa probable que estuviese allí de aquella guisa, con barba postiza.

Y era que el criado no se acordaba de aquel otro tío don Pablo Olavide, sentenciado por la Inquisición.

Se aproximó, y fué necesario que oyese á Juan para que cayese en la cuenta.

—¡Vos aquí, tío Pablo!—exclamaba el joven.

—¡Silencio, desventurado! ¿Quieres perderme?—dijo Olavide.

Luégo prosiguió, ajustando nuevamente la barba á su rostro:

—Ahora que me has reconocido, vuelvo á mi incógnito: yo soy el hermano Pablo de San Francisco.

—¿Por lo visto un fraile de pega?

—Exactamente.

—Pero ¿qué significa?...

—Me explicaré, encomendándome á tu prudencia y á la del bobalicón de tu criado, cuyos ojos parecen las ruedas delanteras de una galera.

—¡Oh! Sí, sí, hablad: yo respondo de Antonio.

—Ya sabes que el Santo Oficio me condenó á reclusión temporal por ocho años.

—Sí, en el convento de Sahagún, según creo.

—Es verdad: allí se pasa muy mal la vida; los frailes le miran á uno de reojo: luégo, lecturas piadosas por la mañana, y al mediodía, y por la tarde, y por la noche, ayuno todos los días y flagelaciones tres veces á la semana.

—¡Pardiez! ¡No os ha faltado más que el *in pace* de los jerónimos!

—Acostumbrado yo al aire libre, no tardé en enfermar; puedo decir que tenía una calentura mística, la calentura del breviario, que iba disminuyendo mi salud de una manera visible. Un fraile que sabía algo de medicina, conociendo mi enfermedad, suprimió el breviario, el cilicio y los ayunos.

Pero esto no era bastante: yo languidecía como una colegiala que tiene pasión de ánimo por un seminarista.

Mi principal dolencia era aquella casa, aquellas vetustas y denegridas paredes que se me caían encima desde que abría los ojos hasta que los cerraba.

Me hacían creer que era una gloria deseable habitar la misma casa que habitó don Ramiro, el rey monje; pero yo pedía aire en vez de gloria, libertad en lugar de memorias históricas que nada aprovechaban á mi salud.

Aquel buen fraile me recetó las aguas de Busot, en Valencia; pero á los quince días me sentí peor. Desde allí me mandaron á Mondragón, en donde recobré, en efecto, la salud con el uso de sus aguas.

He de advertirte que caminaba solo bajo mi palabra de honor.

Partí de aquellos baños con ánimo resuelto de volver á mi convento de Sahagún; pero en el camino me asaltó el deseo de libertad, acordándome de lo que iba á sufrir nuevamente; pues una vez restablecido

volverían á empezar los ayunos, el cilicio y las lecturas piadosas.

Siempre he tenido por estúpido al pájaro que vuelve á su jaula voluntariamente después de haberse escapado.

Estuve vacilando dos días sobre el partido que me convenía adoptar.

Te confieso que me seducía el de pasar á Francia por el Pirineo.

—¡Como á mí y á otro cualquiera!

—Para ello era preciso adoptar un disfraz: un hábito, una barba postiza y una burra era todo lo que me hacía falta.

Un fraile mendicante va por doquiera sin que á nadie se le ocurra preguntarle los años que tiene.

Pero esto de haber dado mi palabra de volver me escarabajeaba un poco en la conciencia.

—¡El aire de la libertad es muy tentador! Yo he estado preso.

—¡Y yo también!—añadió por lo bajo Antonio.

—Quise tentar al destino del siguiente modo, y dije al salir de la posada: «Si la burra se dirige hacia Sahagún, vuelvo al monasterio; pero si vuelve grupa, entonces Francia sea conmigo.»

Juan no pudo menos de reirse del extraño expediente.

—Cuando os veo en este camino,—dijo,—es prueba de que la burra os le ha indicado.

—Por espacio de tres veces. La última la tuve un

día sin comer; hice que pusieran una espuerta de cebada del lado de Sahagún...

—¡Y la abandonó!

—Por unas mielgas que había en la parte opuesta. Como ves, no pude hacer más: la misma burra me aconsejaba el camino que debía seguir; vacilar, era ir contra el destino, y aquí me tienes.

—¿Con dirección á Francia?

—Precisamente; pero yo declino toda mi responsabilidad en ese animal: obra suya es mi fuga.

—Sin embargo, si os descubren, vos seréis el castigado y no ella.

—Lo cual no dejará de ser una injusticia. Pero ¿y tú?

—Yo también viajo, aunque el Estado es mi burra; es decir, el que me conduce desterrado á San Sebastián.

—¡Desterrado! Pues ¿qué has hecho para que te destierren?

—Defender á una dama...

—¡Y medio matar á su marido!—interrumpió Antonio.

—¿Comprendéis esto, tío? ¿Se puede vivir en una corte que premia con el destierro actos de esta naturaleza?

Y Juan relató á su tío lo que saben ya nuestros lectores, desde su arresto por haberse batido dentro de palacio.

Don Pablo rió no poco al escuchar á su sobrino,

que hacía su relación con el aire más compungido del mundo.

—¡Pues con todo, no has librado mal, bribonzuelo!

—Eso es lo que yo le digo.

—Un año se pasa pronto.

—Si abundara el dinero, se nos acabaría más pronto; pero ese dicho año va á durar más de lo que nos conviene.

—¿Dices que te diriges á San Sebastián?

—Ese es el punto de mi destierro.

—Entonces vamos juntos.

—Iba á proponéroslo.

—Lejos de servirnos de estorbo, podemos favorecernos mutuamente.

—Desde luégo.

—¡Si pudieras encontrarme pasaje en ese puerto para algún barco que diese la vela para Francia!

—¡Quién sabe! Por de pronto no despertemos sospechas, que es lo que nos conviene.

—Oye; nada de tío y sobrino: tú me llamarás á mí padre, y yo á ti hermano.

—Ya lo oyes, badulaque, —dijo Juan á su criado.— Es preciso que no cometas ninguna indiscreción.

Desde aquel momento empezó Antonio á temblar; iban en compañía de un reo escapado al Santo Oficio.

Si le descubrían, su amo y él serían tomados por cómplices.

Y en realidad lo eran

Pero Antonio tenía muy buen criterio, que le obligaba á hacerse cargo de todo.

¿Iba el sobrino á delatar al tío, á quien debía tanto?... ¿Podía delatarle él, que había comido más de una vez gracias á su munificencia?

No era posible.

Además, su seguridad personal le obligaba á callar.

El día pasó muy agradablemente: el tío y el sobrino se consolaban, bendiciendo la casualidad que los había juntado.

—No me atrevo á aconsejarte que me acompañes á Francia,—le decía Olavide,—porque eso sería desertar de tus banderas y cerrarte la puerta del porvenir; por otra parte, corrías el riesgo de que te fusilaran.

—*¡Libera nos, Domine!*—exclamó Antonio, sin saber lo que decía.

—No espero que pases un año en San Sebastián...

—¡Pché!...

—A menos que hagas alguna nueva calaverada.

—¡Aun así, tengo buen padrino!

—¿El diablo?—replicó Olavide, riéndose.

—Justamente.

—Sobrino, mucho cuidado con lo que dices; yo no he afirmado la mitad, y ya ves lo que me pasa.

—Abrigo la creencia de que mi diablo puede con el Santo Oficio.

—¡Este chico se ha empeñado en que le tuesten!

—*¡De profundis clamavi!*...—murmuró Antonio.

Juan volvió la cabeza, diciéndole:

—¡Si te vuelvo á oir hablar en latín, voy á colgarte de un árbol para que te transformes en cecina!

—¡Como vamos en compañía de un religioso!...

Y señalaba á Olavide.

El pobre muchacho iba con el alma en un hilo: el más pequeño ruido de una piedra que rodaba, de una rama que se rompía, le hacía volver la cabeza asustado.

En cada trajinante que se cruzaba con ellos en el camino creía ver un corchete, destacado por el Santo Oficio para dar con todos tres en la hoguera.

Si por casualidad se deslizaba esta palabra en la conversación, se santiguaba apresuradamente, entonando el *Confiteor* y el *Trisagio*, y cuanto latín sabía, viniese ó no á pelo, á pesar de la prohibición de su amo.

Estaba deseando separarse de Olavide, cuyo hábito le olía á chamusquina.

Por de pronto no comprendía que se huyera de aquel modo de un convento, cuando él hubiera dado cualquier cosa por hallarse á la sazón en el de San Jerónimo.

Era ya la tarde cuando llegaron á una pequeña aldea situada entre Lumbier y Domeño.

Allí hicieron alto para comer; Antonio especialmente iba casi exánime, á pesar de haber consumido, aprovechándose de la conversación, las provisiones de

una buena alforja que iba atada á la silla de su cabalgadura.

Los tres lo hicieron bien, quedándose admirado el posadero de las buenas disposiciones del franciscano, el cual, para disimular, dijo que tenía bula del padre santo para comer carne, con tal de que fuese de cordero, por aquello de *qui tollis peccata mundi*.

Aquél no entendió estas últimas palabras, ni hizo por entenderlas.

Bastábale saber que en la cuenta iba á subir más la carne que el abadejo.

Empezaba á declinar el sol; la tarde era templada y suave.

Jinetes y caballos habían tomado el oportuno descanso; y como ni para Olavide ni para nadie era aquél el camino del convento de los capuchinos de Murcia, punto de su destierro, no se encontraba muy seguro en territorio español, y tenía prisa de ganar la frontera.

Comunicó sus temores á su sobrino; y como la tarde por lo apacible convidaba á viajar, no tuvieron inconveniente en emprender de nuevo la jornada, con gran descontentamiento del posadero y de Antonio: aquél por la ganancia que perdía, y éste por el reposo que dejaba.

—¡Vais á partir!—preguntó el primero con algún asombro.

—Sí,—contestó Juan.—Este buen religioso tiene precisión de estar mañana á la noche en Hernani, y yo

debo acompañarle, porque mi destierro me lleva más allá.

—¡Cáspita! ¡Una jornada de veinte leguas!

—Haremos descanso esta noche.

—¿Sois del país? Dispensad la pregunta, señor caballero.

—No tal.

—¡Bien se conoce!

—¿Por qué?

—Por el empeño que mostráis en partir.

—Y ¿tiene que ver para ese empeño el que yo sea de aquí ó de la China?

—¡Puede!

—A ver si os explicáis, buen hombre.

—Es que dais á demostrar que estáis ignorante de lo que pasa.

—En efecto, no sabemos que pase nada de particular.

—Pues haríais bien en dejar que pasara la noche y partir con la luz del nuevo día, si queréis evitar el encuentro...

—¿De quién?

Y el posadero, bajando mucho la voz, contestó:

—De la Capitana.

—¿Qué significa eso?

—Un encuentro de los más temibles, después del del diablo..., y acaso antes que él, pues diz que el diablo va de prisa algunas veces, y no se detiene, mientras que la Capitana...

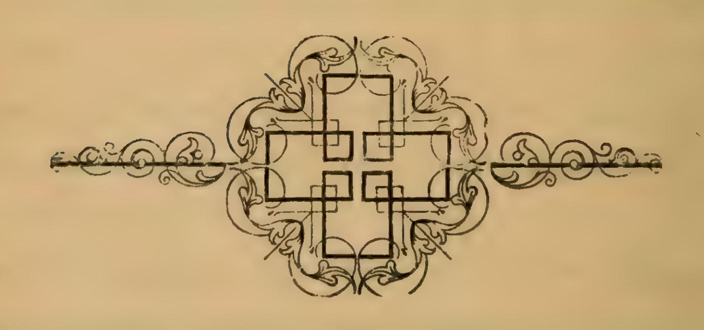
—Pero ¿qué mujer es ésa? ¿Acaso alguna maga, alguna bruja de estas montañas?

—¡Ta, ta, ta!... La Capitana es ella misma; no se la puede comparar con nadie...

—¿Hablaréis, con mil de á caballo?—dijo Olavide, olvidándose de sus hábitos de fraile.

—Pues bien: la Capitana lo es de una formidable banda de salteadores, que tiene el teatro de sus fechorías entre Lumbier y Sangüesa.

Juan soltó la carcajada; el prudente y meticuloso Antonio se encomendó á todos los santos de su devoción, y aun á los que no la obtenían.





CAPITULO LXVII

Allá se las hayan.



o os riáis, señor caballero!—dijo el buen hombre, adoptando un tono de formalidad, y aun de mal humor, al ver el poco crédito que merecía su palabra.

—Pero ¿qué queréis que haga? ¡A fe que la especie es chusca! ¡Una mujer mandando una partida de bandoleros!...

—Joven y hermosa.

—¿La habéis visto?—preguntó el fingido fraile.

—¡Dios me libre!

—¿Pues cómo han llegado á vuestros oídos las nuevas de su juventud y de su hermosura?

—Me remito al dicho de los pastores de la sierra de San Cristóbal, que la han encontrado alguna vez en su camino.

—Y ¿no se los ha comido?—exclamó el joven en tono de zumba.

—¡Vamos, señor capitán'. .

—Un poco más bajo: soy alférez.

—Es lo mismo: vuelvo á repetiros que no os riáis; sobre todo, que vos y las personas que os acompañan permanezcáis aquí hasta que alumbre el día, pues el encuentro probable que os anuncio es lo peor que pudiera sucederos

—Pero ¿habláis de veras?

—¿Qué interés tendría yo en reteneros aquí con una fábula?

—Que, averiguada su falsedad, os costaría las orejas.

—Por lo mismo. ¿Creéis además que ganaría mucho crédito mi casa difundiendo yo falsas alarmas en el país?

—Quiero creeros; pero decidme, ¿qué noticias corren respecto de esa mujer?

—Helas aquí.

Y el posadero tosió sin ganas, como debe hacerlo, y lo hace, no sabemos por qué, todo el que da comienzo á una relación.

En seguida habló de esta manera:

—Este era un país tranquilo, á pesar de haberle perturbado hace tiempo los odios de *oñacinos* y *gam-*

boinos. No sé si vuestras mercedes estarán enterados...

—Sí, sí; adelante.

—Vivíamos en una balsa de aceite, como quien dice; cualquiera podía dejar la puerta abierta, teniendo la casa llena de dinero, en la confianza de que no le faltaría ni un maravedí.

Pues bien: una noche, hace tres años, desaparecieron de sus cuadras los mejores caballos del contorno, en número de cincuenta.

—¿En una misma noche?—preguntaron á la vez Olavide y su sobrino.

—Precisamente.

—¿Y no se notó?...

—Al pronto, nada.

—¿Y después?

—A los tres días fué asaltado y robado un caserío, siendo pasadas á cuchillo cuantas personas le habitaban, á excepción de una vieja, que pudo escapar á la matanza.

—¡Ah! ¡Una vieja!—exclamó Juan.—¡Qué duras de pelar son las condenadas! Siempre escurren el bulto.

—La cual dijo que en la noche anterior habían asaltado la casa muchos hombres con el rostro tiznado, como carboneros de la selva: iban al mando de uno, que cubría el suyo con un antifaz, quien, con la mayor tranquilidad, ordenó el degüello después del robo.

Aquellos hombres llevaban pistoletes y dagas al

cinto; al andar resonaban sus espuelas, lo que indicaba que habían ido á caballo.

El jefe pidió un vaso de vino, que le fué servido por uno de aquellos bandoleros.

Al acercarle á sus labios, cayó su antifaz, dejando descubierto un hermosísimo rostro de mujer, aunque de líneas duras y mirada de fuego.

— ¡La Capitana! — exclamó Juan, entusiasmado.

— Aquel hombre la dijo sonriéndose: —«¡Cuidado, Gertrudis, que el diablo vela!»

— No me disgusta ese nombre.

— A lo que ella contestó, volviéndose á cubrir: —«Los muertos, ni ven ni hablan: por eso yo nunca dejo vivos en mi camino.»

— ¡Valiente proveedora de cementerios!

—Cuando se alejaron de la casa, la vieja oyó muchas pisadas de caballos.

— ¡Pues! ¡Los robados tres noches antes!

— Probablemente.

— ¿Y después?

—Como os digo, los pastores han visto la partida completa algunas veces.

— Y ¿siempre es ella la que la manda?

— Siempre.

—¿Vestida de hombre?

—Cabal: desde entonces los crímenes menudean, y no hay semana en que no se registre un golpe de mano, todos ellos á cual más audaces; causando admiración el que, si esta noche operan aquí, mañana al amane-

cer se les ve á veinte leguas, como si el aire los llevase en sus alas.

—Y ¿eso dura ya tres años?

—Tres.

—Mucho me parece para tanta audacia.

—Los paisanos se guardan muy bien de perseguirlos, acordándose de que pueden encontrarse con ellos en el campo; varias partidas de tropa ligera lo han intentado alguna vez; pero en el momento de caer sobre ellos, se deshacen como la espuma: estas fragosas sierras les ofrecen la impunidad.

—¡Eso es lo que se llama tener bien organizada una partida!

—Con escándalo del país y mengua del gobierno, si lo sabe y lo consiente,—exclamó Olavide.

—¡Ya empieza á serme simpática esa bellísima capitana!

—¡Dios mío!—dijo Antonio, cruzando las manos, y acordándose del baile de la duquesa de Medinaceli. —¿Se renovará el episodio de la sultana? ¡El cielo nos la depare buena!

Su terror subió de punto cuando su amo le dijo:

—Ensilla.

—¿Debemos partir después de lo que hemos oído? —le preguntó Olavide.

—Pero, tío, ¿vos creéis una palabra de lo que ha dicho ese hombre?

—¡Pché!... Puede ser mentira...; pero también puede ser verdad, aunque haya algo de exageración.

—¡Pero el peligro cierto para vos está aquí!

—Sí, á fe mía.

—Entonces, partamos.

—Te confieso que temo más á la Inquisición que á la Capitana.

— Partamos, pues.

Durante este breve diálogo, Antonio se había acercado al posadero, diciéndole por lo bajo:

—Aunque sea mentira, asegurad que esa mujer tiene predilección por derramar la sangre de los oficiales de la guardia valona...; inventad un cuento, con tal de que nos quedemos aquí esta noche, y yo os daré algunos reales de á ocho de mis sisas.

—¡Ensilla pronto! - repitió el alférez, que conocía el carácter *esforzado* del mozo.

Éste no tuvo más remedio que obedecer.

En tanto el posadero, lleno de buena fe, y pensando también un poco en la ganancia que pudieran dejarles, se esforzaba por convencer á Olavide y su sobrino.

Tal vez pensaba:

—¿No es más justo que me quede yo con su dinero que no esos foragidos?

Se asomó á la puerta, y mostrándoles la falda de la montaña, que empezaba á oscurecerse, dijo:

—¡Ya lo veis, la noche llega!

—¡Es natural!—contestó el joven.— El día acaba.

—Es que la sombra disimula más cualquier emboscada.

—Pero ¿creéis que vamos desprevenidos, buen hombre, y que somos capaces de dejarnos matar como conejos?

—Vos y vuestro criado, ya lo sé..., aunque supongo que ese mozo no va á sacaros de ningún apuro; pero ese pobre religioso... No es lo mismo comerse un tasajo de cordero que habérselas con la Capitana.

—No os cuidéis de mí, buen hombre: yo confío en los *dieces* de mi rosario.

Y Olavide, al pronunciar estas palabras, apoyaba sus manos en la culata de dos pistolas que llevaba al cinto debajo del hábito.

Antonio apareció con los caballos del diestro y la burra del ronzal.

Casi lloraba.

Al montar sobre su jaco echó una mirada al mesón, exclamando:

—¡Qué bien se pasaría aquí la noche! En cambio, ¡sabe Dios si nos esperan los *mullidos* guijarros de algún derrumbadero!

—¡Señores, por última vez!—exclamó el posadero.—¡Que esa mujer es la más cruel de toda la partida!

—No os dé cuidado por nosotros,—le contestó al joven.—Va en nuestra compañía un *capitán* que puede más que todas las *capitanas* de la sierra de San Cristóbal.

Pensaba en el diablo.

Después de saludar, metió espuelas al caballo y se

alejó, silbando una marcha que tocaban los clarines de su regimiento.

Olavide pensaba en la frontera.

Antonio iba mascullando el *trisagio*.

En cuanto al posadero, se encogió de hombros y murmuró:

—¡Allá se las hayan! ¡Harto será que mañana no tengamos que rezar por sus almas!

A todo esto el crepúsculo iba espirando; y aunque la noche se presentaba clara, iba acompañada de su sombra natural.

La conversación entre el tío y el sobrino giró sobre lo que acababan de oir.

Juan se reía; Olavide le replicaba con cierta estoica indiferencia.

—No es nueva esa historia de latrocinios y asesinatos..., y desgraciadamente entre los hombres hay menos santos que criminales.

—¿Qué os parece de esa mujer, tío?

—Aun no la he visto.

—Yo creo que no existe más que en la mente de la vieja que escapó de la matanza, y en la de los pastores que sueñan con ella; pero, en todo caso, me la imagino una *virago,* que será más fea que un ajusticiado.

—¡Señor, Dios quiera que no tengamos ocasión de

convencernos de si es errado ó no vuestro juicio!—repuso Antonio.

—A la verdad que tu obligación era ir á la descubierta.

—Eso se queda para los soldados: la obligación de todo servidor fiel y respetuoso es caminar detrás de su amo.

—¡Sobre todo cuando se tiene miedo!

La conversación iba enfriándose poco á poco, hasta que cesó de todo punto.

Esto consistió en el camino.

Después de atravesar una explanada que los separaba del pueblo una legua, empezaba á culebrear entre dos barrancos, que elevaban sus lomas poco á poco, convirtiéndose en trincheras de montaña.

La oscuridad aumentaba, haciendo el camino sospechoso y digno de cualquier mal antecedente.

Cuando se atraviesa de noche por sitios por el estilo, empieza uno por bajar la voz, como cuando está en la iglesia, y concluye por no hablar.

Esto consiste en que la imaginación se sobrexcita, y admite como probable lo que antes tenía por una quimera.

Tal vez Juan y Olavide empezaban á tomar como una temeridad inútil el haber abandonado la aldea, por más que uno y otro no se atrevieran á confesárselo.

Debemos consignarlo: el joven no abrigaba ningún temor, aun admitiendo la posibilidad de que existiese la Capitana y su partida.

¿No estaba siempre bajo la salvaguardia del diablo, que era el que debía proteger tambien á aquélla mujer excepcional?

No era imposible que los pusiera de acuerdo siendo los dos protegidos suyos.

Pero Olavide, y sobre todo Antonio, no tenían los mismos motivos para tranquilizarse que Juan de Zúñiga.

El mozo iba con el *Credo* en la boca; en toda su vida se había visto en mayor peligro, ni aun cuando estuvo á pique de ser fusilado por la escapatoria de su amo.

La noche iba pasando sin ningún incidente desagradable.

Faltaban tres horas para amanecer.

Brillaba la luna; los demás astros estaban resplandecientes; la brisa era tibia y juguetona.

Era imposible que noche tal apadrinase un hecho siniestro, por más que el sitio era muy á propósito para una emboscada.

No hay que fiarse de la naturaleza: se preocupa muy poco de las cosas de los hombres.

Y á veces el león se engulle á un viajero al pie de la palmera más frondosa del oasis, bajo el cielo más esplendente del desierto.

Cuando el peligro tarda, empieza á tomarse por una quimera.

Antonio ya no se asustaba tanto del vuelo de los murciélagos, que rozaban azorados con sus alas las

de su sombrero, ni del graznido de los cuervos, ni del chasquido de las ramas, ni del canto de las cigarras.

Empezaba á estar tranquilo: la noche le prestaba algo de su serenidad.





CAPITULO LXVIII

La Capitana.

ALTO!—gritó una voz.

El paleto de Arévalo se cayó del caballo.

Juan y Olavide se detuvieron, echando mano á las pistolas, cuyos cañones brillaron á la luz de la luna.

El sitio no podía ser más á propósito para una emboscada: estaban en una curva del camino tan rápida, que era imposible ver lo que había adelante ni atrás, á cuatro varas de distancia.

—¡En tierra las armas!—gritó la misma voz.

Juan, con una temeridad que sólo podía excusar su excesiva confianza en su patrono, replicó:

—No acostumbramos á obedecer á gentes que se hacen invisibles cuando mandan.

—¡Á tierra las armas!

Juan y Olavide no pestañearon.

El primero dijo en tono de burla:

—¡Hola! ¡Parece que estamos jugando á las fantasmas! La hora es á propósito.

Entonces otra voz bronca, aunque de más fino acento, exclamó:

—No hagas fuego, Jorge: quiero ver quién es ese loco.

Y apareció una sombra en medio de la cuneta del camino.

Juan echó pie á tierra en tres tiempos, como si hubiera estado en un picadero, y tomando sus pistolas por el cañón, se las presentó á la sombra, diciéndola:

—Tomad, hermosa dama; siento no poder ofreceros una rueca; pero si no me asesináis á mansalva, os la compraré en la ciudad... para libraros de aventuras peligrosas.

—¡Vive Dios!—gritó la primera voz que había hablado.

—¡Silencio, Jorge!—exclamó la Capitana.

Luégo, volviéndose al joven, le preguntó con cierta extrañeza:

—¿Quién eres?

—Ya lo veis, un subalterno, puesto que vos sois capitana, y yo un pobre alférez de la guardia valona, que

va desterrado á San Sebastián por haber defendido á una mujer. No hubiera creído que otra me había de dar la muerte; pero ya veis que vengo prevenido, puesto que traigo á un religioso que me absuelva y me recomiende el alma.

Aquella charla, que encerraba una burla tan fina en tan terrible ocasión, desconcertó un poco á la Capitana, que permaneció en silencio, como si no supiera qué decir.

En tanto Juan se le había aproximado, y la contemplaba como un hombre galante.

La luna iluminaba de lleno sus facciones.

Aquella mujer era hermosa, y lo parecía más con su traje fantástico.

Juan la dijo con el acento espontáneo del sentimiento:

—¡Pardiez! Había oído decir que eras hermosa, pero creí que había exageración; ahora veo que es todo lo contrario.

En esto saltó un hombre al camino, y poniendo al de Zúñiga una mano sobre el hombro, exclamó con voz airada:

—¿Habéis venido aquí para galantear á esta mujer, señor atrevido?

Juan, palideciendo de ira, contestó:

—Tened cuidado, señor imprudente, porque si á esta mujer la he ofrecido las pistolas por la culata, puede que á vos os las ofrezca por el cañón.

—Retírate, Jorge,—dijo ella.

El bandido se echó á un lado, gruñendo como un mastín á quien impiden roer un hueso.

La Capitana se dirigió al joven, y repuso:

—Guarda tus pistolas: no las necesito para matarte.

—Es que no me matarás,—contestó Juan, con la seguridad del que siente lo que dice.

—¿Por qué?

—Porque una mujer no mata al hombre que la requiebra, y yo te he llamado hermosa.

—Pero yo no soy mujer. En este momento mando un grupo de bandidos.

—¡Más mujer que nunca! Eso lisonjea tu amor propio. Por lo demás, ibas á adelantar bien poco haciéndote mi heredera. ¿Qué oro ni qué plata quieres que lleve un alférez de guardias que va desterrado? He oído contar de vosotros no sé qué de golpes de audacia: como todos sean como éste, los despreciaría un niño de cinco años. ¡Detener en medio de un camino con todo este aparato á un alférez, á su criado y á un pobre religioso de San Francisco! ¡Pardiez! ¡Esto da náuseas! ¿Cuántos vienen contigo? ¡Toda la banda! ¡Me habían dicho que erais cincuenta! ¡Ja, ja, ja! ¡Cincuenta para tres!

El bandido dió un paso hacia adelante, y exclamó:

—Pero, Gertrudis, ¡no ves que se está burlando de nosotros!

—¡Hace bien!... Somos unos cobardes. Él vale más que nosotros... Sí, unos cobardes.

Y aquella mujer indómita, que no esperaba ser vencida de tan extraño modo, pateó el suelo, se mesó el cabello, y lloró.

Después, mirando al joven con ira infantil, exclamó:

—¡Debía matarte!... ¡y puede que lo haga!

—¡No volvamos á esas tonterías!—contestó Juan, perfectamente tranquilo.

—¿Dudas de que cumpla mi amenaza?

—Sí, porque á los dos nos protege el mismo ser.

—¿Quién?

—¡El diablo!

—¡Puede que tenga razón!—murmuró la Capitana.
—¡Pero nos has insultado!

—Porque sois unos imbéciles.

—¡Vive Dios!

—¡Unos tontos!

—¡Y tú un loco!

—No digo lo contrario... Ea, dejadnos pasar.

Y dirigiéndose á sus compañeros, dijo á Olavide:

—Vamos, padre.

Y á su criado:

—En llegando á Hernani, voy á darte una paliza para curarte el miedo.

Montó tranquilamente en tres tiempos, como había desmontado, después de colgarse las pistolas al cinto, y agitando la mano en señal de despedida, exclamó:

—¡Buena noche, y buena fortuna!

Metió espuelas al caballo.

Olavide y Antonio le siguieron, absortos de lo que habían presenciado, mientras la Capitana, volviéndose hacia el bandido, y señalándole, decía:

—Mira, Jorge, ése es un hombre.

Pero no bien había dado el caballo de Juan algunas brazadas en el camino, cuando éste se detuvo, lanzó una carcajada, y exclamó, caminando hacia donde estaba la Capitana:

—Oye, Gertrudis...

—¿Qué quiere ese loco?—murmuró ella visiblemente conmovida.

—No quiero que mi encuentro te sea infructuoso, ni que me hayas perdonado de balde.

—Vamos, parte y déjame.

—Te digo que voy á proporcionarte un buen negocio... más que robar á un pobre alférez de guardias.

—¡Cuidado, que la burla puede costarte cara!

—¡Pardiez! No me burlo; hablo con formalidad...

—¿Y bien?...

—Con eso veré si es cierta la fama que tan alto pone tu nombre y el de tu partida.

—Explícate.

—Cerca de aquí, á unas cinco leguas escasas, en el camino que conduce á San Sebastián, hay un castillo.

—El de Iruzteta, le conozco; he pasado veinte veces por delante de sus pardos muros y de su pesado escudo de piedra. Ese castillo es propiedad de doña Úr-

sula de Rute y Aldama, que pertenece al capítulo de señoras canonesas de Pamplona.

—¡Veo que estás bien enterada!

—Yo me entero siempre de lo que me tiene cuenta.

—Tienes razón: el saber no ocupa lugar.

—Y bien: ¿qué tiene que ver la canonesa con nosotros?

—Ella, nada; su sobrino, acaso mucho.

—Pero ¿no vive sola?

—No.

—Entonces...

—La acompaña un sobrino que ha llegado hace poco de la corte á restablecerse de una herida que le infirió cierto alférez de guardias al salir una noche de un baile.

—¡Ya!—exclamó la Capitana, mirándole con expresión maliciosa.—¡Acaso conozca yo al alférez!

—Puede ser.

—El sobrino en cuestión es el conde de la Estrella.

—¡Mala la ha tenido al rozarse con ese alférez!

—¡Veo que eres aficionada al epigrama!

—Adelante.

—Acaso porque piensa permanecer aquí algún tiempo, ó porque quiere deslumbrar á las gentes del país ú honrar á su tía, ha traído consigo varios objetos de valor, entre ellos una vajilla de oro cincelada que hace poco recibió de Germain, platero del rey de Francia, y que le ha costado ciento cincuenta mil francos.

El bandido Jorge, al oir estas palabras, se acercó, exclamando con avaricia:

—¡Buena presa!

—¿Qué te parece? - preguntó Juan, reparando el efecto que hacían sus palabras en Gertrudis.

—¿Es decir que quieres vengarte del conde?

—¡Pché!... No me pesaría...

—¿Y que me eliges por instrumento de tu venganza?

—Tampoco lo niego; pero advierte que pago con algo.

—Es decir, que pagará el conde por ti.

—*¿Pagará?* ¡Asegurar es!

—Digo que *pagará*.

—¿De qué modo?

—¿Lo sé yo misma? Pero oye lo que te digo: ¿me das palabra de que nos volvamos á ver?

—Deseo tener una prueba de tu ingenio.

—Concédeme un plazo de cuatro días.

—Concedido.

—Dentro de cuatro días te invito á comer, y nos servirán en la vajilla del conde.

—¿Dónde nos veremos?

—En Hernani. Irán en tu busca de mi parte.

—¿Quién y cómo?

—¿Confías en mí?

—¿No me tienes en tu mano, y me sueltas? Sí, confío.

—¿Juras obedecerme en todo?

—Te lo juro.

—Entonces, dentro de cuatro días esperarás en la

puerta del convento de capuchinos, al toque de misa mayor.

—Esperaré.

—Irá Jorge en una litera. Ya le conoces.

Y le señaló al bandido, que se acercaba á él para que le viera bien á la luz de la luna.

—No se me despintará.

—Una vez en el carruaje, te llevará adonde puedas ver que cumplo mi palabra.

—Pues no hablemos más.

—Hasta dentro de cuatro días.

—Al toque de misa, en el convento de capuchinos.

La Capitana le tendió la mano; pero la retiró al punto, exclamando como con sentimiento:

—No, está manchada de sangre...; ¡no debe estrecharla un hombre honrado!

—Gertrudis,—dijo el joven con melancolía,—¿qué quieres de mí?

—La rueca que me prometiste hace poco..., por si acaso algún día la hiena vuelve á ser mujer.

Y sin mediar más palabras, unos y otros se separaron.

—¡Decididamente,—pensaba Antonio suspirando, como si le hubieran quitado un gran peso de encima,—el diablo protege á mi señor!

—Supongo, sobrino mío,—le dijo Olavide,—que todo lo que has hablado con esa mujer respecto á tu cita habrá sido pura broma.

—Con vuestro permiso, querido tío, pienso asistir puntualmente.

—¡Juan!

—Lo dicho.

—Pero ¿no adviertes que entre esas gentes siempre se corre peligro?

—Por lo mismo.

—¿Que ofendidos de tu conducta de esta noche pueden tratar de vengarse?

—No lo espero... Y si es así, el diablo me protegerá.

—¡Loco!... ¡más que loco!...

—¿Qué queréis? Necesito ver á esa mujer de día, para convencerme de si vale más ó menos que de noche.

—¡Serías capaz de enamorarte de ella!

—¿Y si lo estuviera ya?

—Veo que ha sido una locura en ti no aceptar el cilicio ni el ayuno á pan y agua que te propinaba el prior de San Jerónimo.

—*¡Vade retro!*

—¡Pero, señor,—exclamaba el pobre Antonio,—que no sale uno de un susto con este hombre, cuando ya tiene otro metido en el cuerpo!

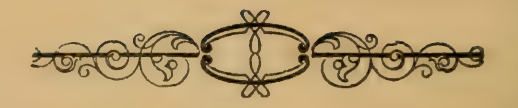
En la noche del día siguiente llegaron á Hernani.

Allí era fuerza que se separasen.

Olavide cambió de traje: el que llevaba no le ofrecía ya seguridad.

Porque, en efecto, ¿qué tenía que hacer en Francia un padre franciscano?

Tomó un cajón de buhonero, que llenó de baratijas, y proporcionándose por medio de algunas monedas la compañía de un contrabandista práctico en los pasos excusados, se dirigió hacia la frontera, después de haberse despedido de su sobrino.





CAPITULO LXIX

Un dúo á voces solas.



NTONIO pasó tres días de mortales ansias, ocupado en sermonear á su señor, probándole con toda clase de argumentos que la fe de los bandidos no merecía la fe de los hombres honrados.

Pero todo fué en vano.

A Juan le entusiasmaba todo lo maravilloso.

La imagen verdaderamente hermosa de aquella mujer, vista á la luz de la luna en medio de un camino con su traje fantástico, mandando cincuenta diablos, no era cosa que se gozaba á menudo.

Es verdad que aquella imagen tenía manchas de sangre; pero Juan decía:

—Al fin y al cabo yo no me he de casar con ella.

El fiel Antonio ponderaba la belleza de Adelina, sus virtudes, sus prendas de carácter, el amor que le tributaba...

Pero la tentación de charlar un cuarto de hora con Satanás es poderosa.

Tan digno de verse debe ser el infierno como el cielo.

Convencido de que no había argumento que rompiese en su amo la firmeza de su propósito, le hubiera propinado de buena gana una enfermedad que le impidiese asistir á la cita.

Tampoco hubiera hallado mal una orden de arresto.

Porque, á su juicio, el joven corría verdadero peligro entre aquella gente.

La abnegación no le llevaba al extremo de acompañarle: felizmente no se había contado con él para nada en aquel asunto.

¡Felizmente!

¡Qué egoísta era entonces la humanidad de Arévalo!

¿Por qué no surgió un cataclismo antes de aquel cuarto día?

Y es que el empeño del mozo era ya locura.

Deseaba que su amo se muriese para que no le mataran.

Y pensó formalmente en abandonar su servicio, porque desde que estaba con él, todo se volvían sustos y sinsabores.

Para un día de calma, había muchas semanas de duelos y quebrantos.

Nunca se le hizo á Juan más largo el tiempo.

El corazón del mancebo no podía resistir la imagen de una mujer.

Había salido de Madrid pensando en la condesa de la Estrella, y ya la había puesto en olvido.

La Capitana le robaba la tranquilidad.

Era una tranquilidad la de aquel pecho que siempre estaba comprometida, y á merced de unos ojos negros ó azules, de un cabello castaño y de unos labios de rosa.

Desde la joven lavandera que vió desde las ventanas del convento de jerónimos, ¡cuántas mujeres habían hecho palpitar su corazón!

———

Los capuchinos tocaban á misa mayor á las diez.

A las nueve y media del cuarto día ya estaba nuestro joven dispuesto para correr la aventura, que podía ser trágica, y también la de los batanes.

Antonio se colgó á su cuello con las lágrimas en los ojos, exclamando:

—¡Amo mío!... ¡Querido señor!... ¡Aun es tiempo para huir de la serpiente del paraíso!

—¡Aparta, imbécil! ¡No ves que me arrugas la valona!

—¡Sabe Dios lo que será de ese trapo blanco dentro de una hora!

—Pero ¿crees que voy á emprender los trabajos de Hércules?

—¡Más valiera!... ¡Aunque ignoro qué trabajos eran ésos, y quién era ese señor!

—¡Ea, adiós!

—Señor, no me tengáis con el alma en un hilo; si no venís dentro de tres horas, doy parte.

—Lo que debes hacer en esas tres horas es beberte tres botellas de vino.

—¡Acaso tengáis razón!... y puede que os obedezza..., no por el dolor, sino por el vino... Digo, no..., no por el vino, sino por...

Juan ya no le oía.

Acababan de dar las diez menos cuarto, y ya había sonado el primer toque en el convento de capuchinos.

¿Llegaría tarde?

Empezó á pasear por delante de la puerta con la impaciencia febril y nerviosa de un amante que asiste á la primera cita.

Pero ¿se trataba de amor acaso? ¿Debía sacrificarse por una mujer como la Capitana?

De ningún modo.

Es decir, Juan no se hacía estas preguntas, que, á hacérselas, ¡Dios sabe cómo se hubiera contestado!

Todos los hombres que pasaban por delante del atrio fijaban su atención.

No espera con más ansiedad la muerte de un tío rico un sobrino impaciente.

Por último, á las diez en punto apareció Jorge en la calle.

Juan se quedó admirado de la tranquilidad con que aquel hombre andaba entre las gentes honradas.

Bastaba la voz de alguno que le conociese para que le colgasen.

Sin embargo, él parecía no temer nada; no puede caminar más tranquila la virtud.

La impudencia de aquel hombre le causó mal efecto.

Tentado estuvo por abandonarlo todo.

Pero la imagen de la Capitana, bullendo en su mente, acabó de decidirle.

—¡Seguidme!—dijo Jorge en voz baja, sin detenerse ante él.

Juan obedeció, atravesando así varias calles excusadas.

Cuando pasaba alguno, adoptaba un ademán indiferente, como para demostrar que no conocía al bandido ni iba en su compañía.

Por último, salieron de la población.

Bajo un grupo de árboles había una litera, donde ambos entraron.

Antes de ponerse en marcha, Jorge sacó un pañuelo, diciéndole:

—Convinisteis en que se os vendarían los ojos, ¿os acordáis?

—Véndamelos,—contestó.

Bien pronto el lienzo interrumpió la luz.

Jorge dió un golpecito en el cristal, y el carruaje se puso en movimiento.

—¿Ha sido feliz el éxito de vuestra Capitana?—preguntó Juan.

—Suprimid las preguntas, pues tengo orden de no contestaros,—dijo el bandido.

Reinó un silencio, no interrumpido durante dos horas más que por el rumor de las ruedas sobre la tierra.

Esto, y el olor acre que percibía el joven, le hicieron presumir que caminaban por el campo.

Por un impulso natural se llevó la mano á los ojos.

El bandido le detuvo, exclamando:

—Ved lo que hacéis; tengo orden de mataros al menor movimiento que me indique que vais á descubriros.

—¡Diablo! ¡No quisiera morir tan joven!

Al cabo de aquellas dos horas, el carruaje rodó sobre un empedrado, deteniéndose á poco.

Jorge asió de la mano al caballero, y le ayudó para que se apeara.

En seguida empezaron á subir una escalera.

Juan contó diez escalones.

Entraron en una pieza que exhalaba un fuerte olor á hierba seca.

El entarimado crujía bajo sus pies.

—Podéis descubriros,—le dijo Jorge.

No esperó á que se lo repitieran.

Arrancó, más bien que quitó, la venda de sus ojos.

Él, que se había formado la ilusión de hallarse en una estancia de un palacio de hadas, quedó sorprendido al verse en un pobre recinto, cuyas paredes eran de tierra.

No había bancos ni sillas, y ocupaban los ángulos grandes montones de heno.

Parecía el piso superior de un establo.

Las ventanas estaban cerradas, y un farol con una candileja de aceite pendía del techo.

Sin duda se trataba de que no viese ningún objeto exterior que pudiera recordarle el sitio alguna vez.

En angustiosa expectación pasaron algunos segundos, al cabo de los cuales se abrió una puerta, frente á aquella por donde había entrado, en cuyo dintel apareció Gertrudis.

Vestía un vistoso, aunque humilde, traje de aldeana del país, con el pañuelo rodeado tradicionalmente al rodete.

Una saya corta permitía ver el principio de una pierna torneada y robusta.

Con aquel traje, que era el de su sexo, parecía más joven y más hermosa.

¡Oh, sí, diabólicamente hermosa!

Sus ojos habían perdido la dureza de sus miradas, y sus labios el fruncimiento que causa una orden dictada y no obedecida pronto; su cuello tenía la verdadera morbidez de la mujer, y sus hombros y su seno,

púdicamente cubiertos por el escote del vestido, eran llenos, abultados y redondos.

Con aquella transformación, Gertrudis ganaba indudablemente en hermosura.

Sin duda la seguridad de que allí nada tenía que temer, y sobre todo el haber vuelto á su sexo, quitaba á su rostro aquel aire de ferocidad que ostentaba en la montaña, donde el riesgo continuo le hacía hosco y suspicaz.

Juan estaba encantado, y la miraba con cierta especie de arrobamiento, como se mira una aparición que no se espera.

Indudablemente no era en aquel momento la Capitana, y llevaba á ésta una inmensa ventaja.

Ella le dirigió una encantadora sonrisa, diciéndole con cierta coquetería:

—Celebro que hayáis cumplido vuestra palabra, señor oficial.

El joven la contestó con aire galante:

—No me lo agradezcas: tenía deseos de volver á verte, y la idea del riesgo no me hubiera impedido venir.

—Aquí no tenéis nada que temer.

—Pero veo que desconfías de mí, y eso me disgusta.

—¿Por qué lo decís?

—Por las precauciones que has tomado.

Y Juan señaló á las ventanas, herméticamente cerradas.

—No lo extrañéis: yo por mí nada temo, pero no se trata de mí sola.

—No creas que me ofende tu conducta; lo principal para mí es verte y hablarte.

—¡Pardiez!—exclamó la Capitana, sonriendo siempre,—¡habláis como un enamorado!

—¡Quién dice que no lo esté!

—De otra, no digo..., y aun debe ser así.

—De ti.

—¡Bah! Lo sentiría por vos.

—¿No te sientes capaz de corresponderme?

—Cuanto más os quisiese, más me alejaría de vos.

—¿Es decir que estás muy lejos de amarme?

—¿Por qué?

—¡Cuando me acercas á ti, convidándome á almorzar!... Porque supongo que habrás cumplido tu paabra.

—Sería la primera vez que faltase á ella.

—Pero..:

—Sé lo que me vas á decir: pasemos.

Ambos jóvenes traspasaron el dintel de aquella puerta, penetrando en un aposento de iguales dimensiones que el anterior.

Las ventanas también estaban cerradas, y la luz artificial le iluminaba.

En el suelo había algunos barreños de barro, y en

las paredes vasijas de hoja de lata, como las que se ven en las lecherías.

Aquello debía ser un establo.

En el centro había una mesa cubierta con un tosco, aunque limpio, mantel.

Contrastaba con la humildad de aquel sitio una riquísima vajilla de plata sobredorada, cuyas piezas ostentaban las armas de los condes de la Estrella, cinceladas como pudieran haber salido del taller de Benvenuto Cellini.

Un servicio de cubiertos del mismo metal la completaban.

En un ángulo de la estancia había un cajón grande con el resto de la vajilla.

Los platos contenían carnes fiambres y frutas de la estación, al lado de botellas que contenían vino de Navarra y sidra del país.

En la mesa no había más que dos sillas, indicando que no se esperaba á más convidados: la circunstancia de estar servidos los manjares y los vinos, daba también indicio de que allí no debía penetrar nadie.

Aquel almuerzo era un dúo á voces solas.

Los rayos de la luz se quebraban en aquellos platos, obra maestra de Germain el platero, arrancando al metal brillantes reflejos.

Juan estaba admirado, absorto: aquélla era la vajilla del conde.

¿Cómo se había gobernado la Capitana para apropiársela?

¡Qué ajeno estaría el conde de que el joven iba á servirse de ella!

Invitado por Gertrudis, iba á sentarse, cuando le detuvo un pensamiento sombrío, y volvió á fijarse en todas aquellas piezas.

—¿Qué es eso?—le preguntó la Capitana.

—Estaba mirando á ver si descubría algún reflejo de sangre,—contestó.

—Podéis sentaros y comer sin cuidado: la Capitana sólo derrama sangre de leones: vuestro conde es una zorra que se deja entrampar fácilmente.

—¿Me lo juras? La sangre es una salsa que produce indigestiones en estómagos honrados.

—Sí.

—En ese caso, acepto: tu convite me proporciona más placer del que puedes imaginarte.

—¿Por el conde?

—Sí.

—Pues lo celebro: comamos.

—Pero me alegraría conocer el medio de que te has valido para...

—No me niego á reveláros le, pero de sobremesa: os servirá de lección y de aviso, por si acaso alguna vez tenéis vajilla y tropezáis con otra Capitana.

—Debe ser cosa muy curiosa.

—Confío en que aumentará vuestro buen humor para hacer la digestión; pero comamos.

—Cuando gustes.

La Capitana hacía los honores de la mesa como una gran señora que recibe convidados en su palacio.

Juan le dijo:

—Adorable princesa, estás á la altura de la vajilla; tu finura y cortesanía transforman el establo en un salón.

—¡Qué sabe de estos usos una alimaña del monte!—contestó la joven con amargura.

—Apuesto á que has recibido en tu casa convidados de más fuste y abolengo que yo.

—¿A que me tomáis, en efecto, por una princesa, como decíais hace poco?—exclamó Gertrudis sonriendo.

—¡Quién sabe! ¡Debajo de una mala capa!...

—¡Cualquiera diría que este rico vino de Peralta se os sube á la cabeza!

—Yo no lo negaría..., aun cuando he bebido poco.

—¡Y tan poco! ¡Yo os creía más aguerrido!

—Tal vez sea el amor lo que me causa este mareo.

La Capitana, envolviéndole en una provocativa mirada de indefinible ternura, repuso:

—Vamos, sacrificad á Ceres, y no ós acordéis de Venus por ahora.



CAPITULO LXX

El final del dúo.



N efecto, aquellos manjares y aquel vino le producían á Juan una dulce languidez, que podía trocarse con el extravío de las ideas que produce la borrachera.

Es verdad que en otras ocasiones había bebido más sin alterarse.

Tal vez era la compañía..., la ocasión..., la soledad de aquel aposento extraño.

Arriba chispeaba el vino; abajo mugían las vacas.

Siempre trastornan un poco los ojos de una mujer, cuando la mujer es joven y los ojos expresivos.

Además, Gertrudis no era una mujer cualquiera.

No tenía la candidez de Adelina ni la coquetería de la condesa.

Su salón de baile era la montaña, el camino real; su orquesta, el viento y el aullido del lobo; su perfume predilecto, el olor de la sangre que derramaba.

Acaso en aquel sitio sus blancas manos habían hundido el puñal en algún pecho.

Esta idea, que en otra ocasión cualquiera la hubiera hecho repulsiva á los ojos de Juan, se la presentaba entonces en una forma agradable y seductora.

Una leona nos causa admiración por su hermoso aspecto; al contemplarla no se acuerda uno de las víctimas que puede haber hecho.

Se admira su cabeza, sin reparar en sus garras y colmillos.

Y la Capitana era una leona: Juan contemplaba absorto su hermosura.

Se expresaba con corrección, y sus ademanes eran distinguidos.

El joven forjó en su mente una historia, en la cual Gertrudis era la heroína.

Debía proceder de una gran familia.

Tal vez el amor y la sangre se había mezclado un poco en su pasado, empujándola á la senda del crimen, que ella recorría con pie firme.

No sé en lo que consiste; pero nadie atribuye á la mujer que ama el origen de una mendiga.

Juan la amaba en aquel momento.

El vino es el gran propagador de las sensaciones.

Adelina y la condesa habían desaparecido de su mente: sólo la llenaba la Capitana.

No se acordaba de que allí podía espiarle oculto algún peligro.

La Capitana tenía muchos hombres á su disposición, y aquellos hombres no eran anacoretas que se proponían ganar el cielo haciendo obras meritorias.

En los banquetes del siglo xv, donde se reunían damas de noble alcurnia y grandes señoras, solían brillar las hojas de los puñales entre las copas y cristal de Bohemia, entre los ramilletes de flores acabadas de coger en el parque del castillo.

La mantelería de damasco tenía tantas manchas de sangre como de vino.

Pero ya había pasado la edad media.

Esto fué lo que debió pensar Juan para que la compañía de la Capitana no le inspirase ningún temor.

Sobre todo, ¿no le había tenido cuatro días antes á su disposición en el camino de la montaña?

Por él era dueña de tan riquísima vajilla, y huqiera sido demostrar ingratitud á aquel favor el causarle el más leve daño.

Juan estaba tranquilo, por otra parte; el diablo no debía abandonarle.

Terminados los postres, abandonó su asiento y fué á tomar otro al lado de la Capitana.

Para ello tuvo que apoyarse en la mesa: oscilaba un poco.

Gertrudis le miraba y sonreía: en sus labios sensuales se pintaba una expresión aviesa.

De vez en cuando se fruncían con amargura.

Entonces su mirada adquiría el brillo fosforescente de la de los lobos de la montaña.

Pero el joven no estaba en estado de apercibirse de aquellos cambios.

Y tanto aproximó su cabeza á la de aquélla, que sus bucles sueltos rozaban sus mejillas.

Aquellos bucles exhalaban el olor acre de las plantas y la tierra cuando las moja la lluvia del otoño.

A él se unían el gratísimo perfume del heno y el olor del establo, que tanto ensancha el pulmón.

Las miradas de la Capitana, más expresivas cada vez, ponían candente la atmósfera.

Juan, después de lo que le había aconsejado aquélla sobre Ceres y Venus, pensaba más en la segunda que en la primera.

Ceres había recibido ya el sacrificio: Venus podía estar quejosa, y era preciso contentarla.

Los oficiales de guardias no eran nada tímidos, y es preciso no olvidar que el joven había rechazado la disciplina y el ayuno por pensar á su sabor en las formas de las lavanderas.

Fuera del convento, era necesario sustituir la teoría con la práctica.

Le asió una mano.

Aquella mano estaba tibia, y con estremecimientos de hoja en la rama.

Además, no se la retiró; con lo cual el atrevimiento del alférez, creyendo que era una estupidez el no avanzar, avanzó.

Pasó su mano derecha al rededor del talle de Gertrudis, y la atrajo hacia su corazón, diciendo:

—¡Te amo!

—¡Silencio!—exclamó Gertrudis en voz baja, poniéndole el índice de la mano derecha sobre los labios.

Juan besó aquel dedo, como un creyente una reliquia.

—¡Sois un aturdido!—prosiguió ella en el mismo tono.

El hablar en voz baja suele acarrear graves consecuencias entre los enamorados, especialmente á las mujeres.

Parece una abdicación del pudor.

Se dice lo que no se atrevería uno á hablar en voz alta, y el oído que hay cercano no se asusta.

Calificar á un hombre de aturdido es dispensarle de todo lo que haga luégo, declarándole irresponsable de sus actos.

Juan hizo la demostración de que aquélla no se equivocaba, aplicando por sorpresa un beso sobre sus labios.

Sobre aquella frente pasó una nube, pero desapareció en seguida.

—Vamos,—dijo la Capitana.—Pudiera incomodarse Jorge si lo sabe.

—¿Quién es Jorge?—preguntó Juan con celoso acento.

—El hombre que me acompañaba hace cuatro noches; mi amante..., mi prometido.

—Y ¿tú le amas?

—No; y precisamente porque no le amo voy á casarme con él.

Juan lanzó una carcajada, y dijo:

—¿Convidaréis al verdugo á vuestra boda?

Gertrudis le rechazó con energía.

En seguida una lágrima de debilidad asomó en sus ojos, y dijo, como confesándoselo á sí misma:

—¡Es verdad!

Juan prosiguió:

—Me consuela el que pronto quedarás viuda.

—Esas chanzas son peligrosas; dejadlas.

—¿Peligrosas para quién? ¿Crees que tengo miedo de ese racimo de horca á quien llamas Jorge?

—Vamos, marchaos; nada tenéis que hacer aquí.

—¿Olvidas que has prometido referirme de sobremesa el modo con que esa vajilla ha llegado á tu poder?

—Mejor sería que nos separásemos.

—No.

—Entonces, bebed.

Y la Capitana llenó un vaso de una botella, no comenzada aún.

Juan se le ofreció; aquélla no hizo más que humedecer los labios.

El mozo lo apuró de un sorbo, diciendo:

—Tu boca ha dado virtud á este vino; ahora me sabe mejor: ya te escucho.

Gertrudis comenzó á hablar, en efecto; pero Juan, aunque hacía fuerza por escucharla, no la oía.

Y no era que se quedase sordo.

La voz de la joven llegaba hasta él como un zumbido de colmena, como el eco sordo de los vientos que cuchichean en el horizonte antes de soplar con fuerza.

Una cosa idéntica le pasaba en la vista.

Percibía los objetos, pero sin forma ni contorno, como se ven á través de un cristal esmerilado.

La luz del farol, al reflejar en las botellas, le causaba un mareo extraño, que le obligaba á cerrar los ojos.

Pero seguía viendo la misma claridad, como si estuviera dentro de él.

El zumbido se alejaba; la luz iba extinguiéndose poco á poco.

Llegó un momento en que Juan no oyó, ni vió, ni recordó nada.

El fresco de la brisa le despertó de aquel pesado sueño.

Abrió los ojos.

Era enteramente de noche; no había más claridad en torno que la que arrojaban las estrellas.

Sin embargo, era suficiente para reconocer el sitio.

Juan dirigió atónitas miradas en rededor, buscando la habitación con las vasijas de hoja de lata, y la mesa con las sobras del festín, y la vajilla, y la Capitana...

No había nada de esto.

Se hallaba en medio de la calle, acostado como un fardo en los escalones de piedra que daban acceso al convento de capuchinos de Hernani.

Aquel descubrimiento no pudo menos de estremecerle.

Al pronto creyó que habiendo acudido allí por la mañana para esperar á la persona que debía conducirle á presencia de Gertrudis, y no habiendo acudido aquélla, se había recostado allí, quedándose profundamente dormido.

Pero durante el día le hubieran hecho levantar.

Además, ¿quién duerme tantas horas sin despertar alguna vez?

Este absurdo desapareció al poner en orden sus ideas.

Recordó el establo, y todo lo que le había pasado allí, lo mismo que la presencia de la Capitana, sus abrazos, sus besos y sus palabras.

Era imposible dudar.

La evidencia se le venía encima como una maza de hierro, con la brutalidad de un hecho consumado.

Juan dedujo una cosa, que era tal vez la verdad.

El último vino que bebió se le habían dado compuesto, para sumergirle en un sueño letárgico, duran-

te el cual, y aprovechándose de las sombras de la noche, le trasladaron allí.

Por la mañana no pudieron emplear igual procedimiento cuando acudió á la cita.

La Capitana se había burlado de él, insultándole al desconfiar de su discreción.

En aquel momento la odiaba; pero como se odia á una mujer querida que no hace lo que pretendemos.

La maldecía, recordando su imagen, y recreándose en aquel beso furtivo que había robado á sus labios.

—Después de todo,—decía,—tiene gracia lo que ha hecho: de no asesinarme, ha sido el mejor medio de librarse de mí.

El reloj de la villa marcó las dos.

—¡Las dos de la mañana!—exclamó.—¡Y yo sin dar cuenta de mi persona! Ese pobre Antonio creerá que he sido víctima de los bandidos... Corro á tranquilizarle... Además, también necesito descansar; ese letargo, en vez de reparar mis fuerzas, las ha quebrantado.

Al pronunciar estas palabras, se dirigía hacia su posada, cuya puerta aporreó á golpes.

Todos duermen en Zamora.

Así dice el romance, y lo mismo debía pasar en aquella casa.

Pero la fuerza de los golpes debía originar, ó que acudiese alguno, ó que cayese la puerta al suelo.

Afortunadamente para todos, sucedió lo primero.

Juan subió á su habitación, empujando la puerta, que cedió fácilmente.

El espectáculo que presenció le hizo lanzar una carcajada.

En medio de la habitación había una silla; sobre ésta, y sostenido en el respaldo, un grabado que parecía hecho con una escoba, el cual, bajo la firma del autor, representaba á Santa Teresa en éxtasis.

Alumbrábale una vela de cera en un candelero de peltre.

Al pie de la silla, arrodillado en el suelo, con los brazos puestos sobre el asiento y la cabeza sobre los brazos, roncaba como un bienaventurado el pobre Antonio, á quien sin duda había sorprendido el sueño. pidiendo á la santa por la salud de su amo.

Al ruido de la carcajada despertó, levantando asustado la cabeza.

—¡Oh! ¡La santa ha escuchado mis plegarias!—exclamó, corriendo alegremente hacia Juan.

—¡Mejor habrá oído tus ronquidos!

—¿Conque no os han matado, señor?

—¡Me parece! A no ser que tú y yo estemos en el otro mundo.

—¡Qué día me habéis hecho pasar!

—No dudo de que el día haya sido malo; ¡pero lo que es la noche!

—¿Creéis que dormía?

—Lo que sé es que te he oído roncar.

Juan se metió en la cama, y mientras acudía el

sueño á sus fatigados párpados, refirió á su criado lo que le había sucedido en aquel establo, que no debía ser el de Belén, porque no tuvo tiempo de ir y venir en catorce ó diez y seis horas.

Antonio convino en lo mismo.

Y recordando que el conde de la Estrella tuvo un día ardientes deseos de darle una paliza, no pudo menos de celebrar con grandes carcajadas el lance que le privó de su riquísima vajilla.

—¡Pero esa mujer!... ¡esa mujer!—exclamaba Juan, sin poder conciliar el sueño.

—¡Bah!... dejadla.

—Es preciso que yo la vuelva á ver...; estoy enamorado de ella..., y haré cuanto pueda por encontrarla.

—Confío en que no,—murmuró Antonio, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué, imbécil?

—Porque en saliendo mañana á la calle, os enamoraréis de la primera que se cruce en vuestro camino.

—¡Tienes razón!—exclamó Juan, soltando una carcajada.

Media hora después dormía.

Antonio le imitó, sin dar las gracias á Santa Teresa por haberle devuelto sano y salvo á su amo.

Sin duda esperaba á que volviera de su éxtasis para que pudiera oirle.

A la mañana siguiente pidió Juan recado de escri-

bir, y puso en un papel, que cerró con lacre, lo siguiente:

«Vuestra vajilla es mi revancha del camino del Pardo.»

En seguida hizo que un criado de la casa, á quien dió instrucciones convenientes, llevase aquella misiva al próximo castillo de Irusteta, poniéndola en manos del conde de la Estrella.

Amo y criado descansaron aún dos días en Hernani, partiendo en seguida para San Sebastián.





CAPITULO LXXI

Reflexiones sobre la longevidad de las canonesas.



NTES de proseguir, debemos consignar que el personaje de la Capitana, á quien hemos presentado en escena bajo el nombre de Gertrudis, es perfectamente histórico.

Conócesele bajo el nombre de la marquesa del Encinar, título que adoptó para uno de sus robos más ingeniosos, del cual vamos á dar una idea.

En 1770 operaba, como hemos dicho, entre Sangüesa, Lumbier y Domeño, al frente de una partida compuesta de unos cincuenta hombres, sobre los que ejercía una influencia y un imperio verdaderamente excepcionales.

Su leyenda, porque la tiene, afirma que era de una belleza y una audacia incomparables.

Era humilde su procedencia, si bien su modo de expresarse y sus maneras escogidas la hacían pasar por una dama de distinción, como lo prueba el haber representado algunas veces con éxito este papel.

Tenía talento natural, que empleaba desgraciadamente en hacer todo lo malo que podía, y que la era muy necesario para llevar á cabo ciertos golpes de mano.

La mayor parte de sus aventuras se han perdido para la historia; sólo se sabe que una vez en poder de la justicia, fué sentenciada por la audiencia de Valladolid.

De los papeles que hablan de ella, resulta que había dado una gran organización á su banda, y que era excesivamente cruel con las pobres víctimas que caían entre sus manos.

Ignórase por qué serie de extraordinarias circunstancias esta singular mujer representó en el mundo un papel tan ajeno á su sexo, y cómo hombres avezados al crimen aceptaban su jefatura, obedeciéndola en todo ciegamente.

Una vez hecha esta aclaración, que consideramos importante, entremos en materia.

La canonesa Úrsula de Rute y de Aldama, señora del castillo de Irusteta, recibió perfectamente á su so-

brino carnal el conde de la Estrella, á quien no había visto hacía muchos años.

Extrañó que en aquel viaje no le acompañara su esposa, y lo sintió, porque tenía vivos deseos de conocerla.

Pero por las respuestas de su sobrino á sus preguntas, coligió que mediaba algún disgusto en el matrimonio, y no creyó prudente insistir.

Sólo se limitó á agradecer á aquél la visita, asegurándole que con aquellos aires y aquellas aguas recobraría bien pronto la salud.

El conde se guardó muy bien de referir á su tía lo de la herida.

Un hombre que ya no es joven, no dice á una tía, y canonesa por añadidura, que se ha batido por una mujer, siendo esta mujer la suya.

Eso se queda bueno para los muchachos, que tiran de la espada por cualquier cosa.

¿Qué hubiera dicho la anciana al saber que su sobrino hacía el calavera á los cuarenta años, y se batía por una mujer á la salida de un baile?

El conde, que conocía sus opiniones sobre el particular, no quiso escandalizar sus piadosos oídos con una relación mundana.

La buena señora sólo se cuidaba del brillo y esplendor de la religión, como cristiana, apostólica, romana, y canonesa que era.

Aunque este último cargo no obligaba á gran cosa.

En su tiempo, aquel castillo, donde había resona-

do tantas veces el fragor de espadas y armaduras, y después el estampido de la pólvora, sólo se oían cánticos piadosos, pues la canonesa había prohibido á sus criados que utilizasen sus voces y sus conocimientos musicales en cantares profanos.

Aquel castillo, más que tal, parecía la sacristía de una iglesia.

El aroma que en él se respiraba era todo lo más místico que se podía desear; incienso y cera, que es, según opinión de personas autorizadas, el aroma de los ángeles, la esencia que echan en sus pañuelos y con que perfuman su persona.

En la capilla del castillo había siempre triduos, novenas, trisagios, misereres y funciones particulares á cada santo, para obtener del cielo una infinidad de cosas.

La canonesa era la mujer más pedigüeña de cuantos recurren á Jehová.

Y si se lleva en el cielo un diario de peticiones, el artículo referente á aquélla debía tener ya muchos *in folios*.

Pedía siempre y á todas horas.

Esto hacía que la vida del capellán no fuera tan regalona como la que llevaban sus colegas en otras casas.

Hacía un gasto terrible de sobrepellices y estolas; en cuanto á bonetes, había perdido la cuenta de los que había usado en su vida.

En suma: aquel castillo era una sucursal del cie-

lo, y una plegaria de la canonesa la mejor recomendación para la gloria.

Se sabía positivamente que estaba en buenas relaciones con todos los santos y santas de la corte celestial: en cuanto á Jesús y María, eran sus amigos particulares.

Todos opinaban que la canonesa estaba ya en el cielo, y que lo que había en el castillo sólo era una sombra.

Había prohibido terminantemente á los guardas de sus posesiones y á sus criados que cazasen palomas, y jamás se comieron en su casa ni en salsa ni con arroz.

¡Cómo á una mujer así iba á referir el conde sus aventuras!

La hubiera escandalizado, le hubiera despedido de su casa, y, lo que es peor, le hubiera desheredado, porque el conde sabía oficialmente que su tía había pensado en él para después de su muerte.

No tenía otro sobrino.

Pero el conde abrigaba á veces temores de que la Iglesia, representada por algún convento de frailes, le suplantara, para lo cual no se descuidaba en obsequiar á su tía con objetos místicos, que ocupaban el relicario de la capilla.

El conde se echaba la cuenta de que era un adelanto que hacía, para cobrárselo con réditos cuando muriera la anciana.

Pasados los primeros momentos de expansión, que podemos llamar manifestaciones de la sangre, el conde la puso al corriente de cuanto pasaba en la corte, donde ya sabemos que desempeñaba un cargo de importancia.

Las canonesas son tan curiosas como las monjas. Aunque apartadas del mundo, las gusta saber lo que pasa en él.

En esto, como en todo, el conde sólo dijo lo que le convenía decir.

Agotada esta materia, se habló de asuntos puramente personales.

—Además de la satisfacción de verte,—le decía la anciana,—celebro que hayas venido, porque en mi ausencia, que será corta, me representarás en el castillo ante los criados; aunque me son fieles, siempre es bueno que haya una persona de confianza.

—Pero, tía, ¿vais á emprender algún viaje?—pregutó el conde con cierta admiración.

—No me atrevo á llamarle así.

—Pero ¿abandonáis el castillo?

—Por dos días solamente; partiré mañana.

—¿Puedo saber?...

—Nada más puesto en razón. Voy á Roncesvalles.

—¡Ya!

—En aquella antigua y famosa colegiata, todos los años, el día 28 de Septiembre, celebran capítulo general todas las canonesas de la provincia, en cuyo número me cuento: no he faltado una sola vez, y hoy

menos que nunca, pues dejo en mi casa una persona que me representará dignamente.

—Celebro haber llegado á tiempo de poder haceros ese pequeño servicio, y aun me brindaría á acompañaros si no fuera por...

—No, no es necesario; me haces más falta aquí.

—Ya sabéis que podéis contar conmigo, tía.

La célebre colegiata de Roncesvalles, en cuyo sitio *tan mala la hubieron los franceses*, como dice el romance, empotrada en el corazón de los Pirineos, se componía de tres cuerpos de edificio, dos de ellos, los de los ángulos, sólo de planta baja y muy semejantes, y el de en medio angosto y elevado.

Allí había celdas cómodas y espaciosas para todas las personas que acudían al capítulo, que eran bastantes.

Este tenía alguna celebridad en el país.

Dos días antes llegaban á Roncesvalles muchas acémilas cargadas de dulces, chocolate y otros comestibles para uso y recreo del paladar de aquellos *buenos* y *santos* canónigos, que estaban todo el año en aquel desierto *haciendo penitencia* con la caza de aquellos montes, y pidiendo á Dios por la salvación de las almas.

¿Por qué un día al año no habían de quebrantar la regla, comiendo dulces y chocolate á la salud de las canonesas de la provincia?

¿Qué menos podían hacer dichas señoras por los reverendos?

La tía del conde contribuyó también con su óbolo, y partió al día siguiente, después de investirle ante la servidumbre para hacer y deshacer, atar y desatar, como Jesús á San Pedro.

Aquellos buenos servidores respiraron: tenían dos días sin función religiosa, para cantar lo que les diera la gana y hablar á su sabor de asuntos mundanos.

Dos días al año no era mucho; pero los aprovechaban bien.

El conde, así que se vió solo, empezó á recorrer el castillo, examinando todas sus dependencias, como se examina un caballo antes de comprarle.

La finca estaba en buen estado, y bien provista de todo.

La canonesa era una mujer de orden, y no es arriesgado el asegurar que aquel día formulase el conde la opinión de que cuando las canonesas llegan á cierta edad, y tienen sobrinos, deben morirse cuanto antes.

Esto no tiene nada de particular.

Un castillo bien conservado y provisto de todo lo necesario y lo superfluo, inspira tales ideas.

El conde se acostó tranquilo y risueño, habiéndose informado antes de que los aires frescos de Roncesvalles suelen proporcionar algunas pulmonías, no respetando más á las canonesas que á la última aldeana del país.

No queremos decir con esto que llegara su maldad al extremo de pedirle al cierzo la vida de su tía.

Pero si el cierzo se la daba..., ¡miel sobre hojuelas! como se dice vulgarmente.

Tras un sueño de los más deliciosos, como no le habían dejado gozar otro igual las intrigas de la corte, se levantó muy temprano al día siguiente.

En el campo se madruga mucho, porque no se trasnocha.

Previo el chocolate de ordenanza, salió á dar una vuelta por aquel inmenso parque, cerrado por una tapia de piedra de metro y medio de altura, en la que había una gran puerta de hierro que daba al camino.

También allí se veía la mano de la canonesa, por delegación, es decir, que hacía sus veces un inteligente jardinero.

Los árboles podados, las calles limpias sin una mata de hierba parásita, los perfiles cortados y rectilíneos, la arena de las plazoletas sentada á rodillo.

Era, en fin, un parque irreprochable, digno de aquel castillo; un parque como convenía á una sucursal del cielo.

El conde estaba encantado.

Todo aquello eran circunstancias para que apreciase la longevidad de la canonesa.

Pasaba á la sazón por delante de la gran puerta de hierro, cuando vió que se detenía un carruaje.

Era un coche particular, como sólo podían usarle personas relacionadas con Dios.

Se exhalaba de él cierto misticismo, y parecía destinado á llevar las almas al paraíso, por lo menos al purgatorio.

Es decir, que allí no podían entrar almas enteramente condenadas: en esto se apartaba de la barca de Caronte.

Iba tirado por dos robustas mulas, que, según su reluciente pelo, debían atracarse de cebada en la caballeriza de alguna abadía.

Sobre las portezuelas se destacaba un escudo con báculo y cayado, que remataba en una bola y en una cruz.

El conde, que no estaba muy fuerte en heráldica religiosa, no pudo reconocer el blasón que usaban los canónigos de Roncesvalles, de donde, al parecer, procedía el coche.

El que le guiaba iba vestido de negro y olía á *oremus* desde un cuarto de legua.

Debía dirigir á las mulas antífonas en vez de vigorosas interjecciones.

Abrióse una de las portezuelas, y descendió al camino una mujer cubierta con sendas tocas negras.

Era joven y hermosa: una toquilla blanca rodeaba su rostro, como la que usan las monjas, que parece tomada de las hebreas de la Biblia.

Sin embargo, no debía ser religiosa profesa, porque éstas no andaban en aquella época de *bureo*, como las hemos visto en la nuestra.

Aquella mujer parecía la humildad personificada;

apenas alzaba los ojos del suelo, como si buscase en él alguna cosa que se le hubiese perdido.

Al hablarla, recelaba uno que le contestase una oración.

Colgaba de su cintura un largo rosario de gruesas cuentas, adornado con un cristo de latón, que bien pesaría libra y media.

Por lo demás, estaba negro, como toda imagen de Cristo debe estarlo: el uso les da esta propiedad.

Aquella mujer se aproximó á la puerta, detrás de cuyos barrotes debió *oler* un hombre, porque era imposible que pudiera verle.

Sólo atisbaba lo que pisaban sus pies.

Con una voz que parecía uno de los registros medios de un órgano entonando vísperas, preguntó:

—¿Tenéis la bondad de decirme si es éste el castillo de Irusteta?

—El mismo,—contestó el conde inclinándose.—Propiedad de la canonesa doña Úrsula de Rute y Aldama.

—Exactamente; pero no está.

—¡Ah! ¿Lo sabéis?

—Vengo de su parte.

—¿De Roncesvalles?

—¿No conocéis el coche de la colegiata?

—Es la primera vez que tengo el gusto de verle.

—¿Sabéis si está en el castillo su sobrino el señor conde de la Estrella?

—Estáis hablando con él.

—¡Ah! ¿Sois vos?—exclamó la beata con cierto ademán de respeto.

—A vuestro servicio.

—Entonces, tomad; la señora canonesa me ha dado esto para vos.

Y aquélla, sacando una carta de una limosnera, se la entregó al conde por entre los hierros.

Antes de leerla hizo que un criado abriese la verja, y habiendo pasado al parque con la beata, la invitó á tomar asiento en un banco de piedra.

Esta se retiró un paso, exclamando:

—¡A vuestro lado y en vuestra presencia, jamás!

—¿Por qué?

—¡Soy una humilde criada, señor!

El conde no insistió, creyendo rebajar su dignidad, por más que se tratase de un criada tan mística.

Lo que hizo fué permanecer en pie.

En esta actitud abrió la carta.





CAPITULO LXXII

Para obsequiar al obispo.

Su contenido era el siguiente:

«Querido sobrino: Nos encontra»mos á última hora con que viene el »señor obispo á presidir nuestro ca»pítulo.

»¡Qué gloria para todas las cano»nesas de la provincia!

»Pero no había ningún preparati»vo, porque se ha presentado de im»proviso.

»Cada cual hace lo que puede: yo »me he acordado de esa vajilla que »has traído de Madrid, y que aun está embalada, y te »suplico me la remitas en seguida: aquí se va á lucir, »dando motivo á que se hable de ti un poco.

»La dadora es persona de confianza; sirve en calidad de doméstica á nuestra superiora, y está haciendo los ejercicios para tomar el velo en un convento de clarisas de Pamplona.

»Al efecto, te mando uno de los carruajes de la casa.

»Confío en que dejaremos el pabellón bien puesto, en honra y gloria de Dios, del señor obispo, y de tu tía, que te quiere y te bendice,—ÚRSULA.»

¿Es necesario que expliquemos que se trataba de lo que hoy se llama *un timo?*

Creemos que el lector lo habrá comprendido todo.

Aquella mística y humilde sierva que iba á tomar el velo en un convento de clarisas de Pamplona, no era otra que la Capitana Gertrudis, y el cochero que arreaba á las mulas en latín, su prometido Jorge.

Se trataba de uno de aquellos golpes de ingenio á que era tan aficionada y disponía tan bien.

Su plan era el siguiente:

No dudaban que el conde se apresurase á complacer á su tía remitiéndola la vajilla; pero era probable que la hiciese acompañar por uno ó dos criados de la casa.

En la previsión de que sucediese así, habían apostado en cierto sitio del camino, á propósito para el ob-

jeto, seis hombres de la banda, que debían simular un ataque al carruaje, suprimiendo á los infelices criados para que no pudieran hablar.

En cuanto al coche, era uno cualquiera que habían aderezado el día antes, poniendo en las portezuelas el escudo de la colegiata de Roncesvalles.

El plan no era malo, y sus resultados debían ser excelentes.

Pero el conde les iba á allanar el camino con su estupidez.

La vanidad de lucirse con su vajilla hizo que no reparase en la carta.

Estaba escrita con caracteres grandes y gruesos, como escriben todas las viejas que ven poco.

Y escriben así, por lo mismo que las sordas hablan en alta voz.

El conde apenas conocía los caracteres de la anciana: en realidad, bien podían ser suyos.

El aspecto místico de aquella joven, que parecía tener ya un pie en el paraíso, no le hizo pensar en la conveniencia de que entrasen en el coche dos criados para cuidar de la vajilla.

¡Bah! ¿Para qué?

Una joven que iba á tomar el velo, y un cochero de aspecto tan irreprochable, ¿habían de ser dos solemnes bribones?

Además, el conde no pensaba en foragidos ni en nada, más que en la carta que tenía en la mano, en este renglón saliente, que lisonjeaba su vanidad:

«Aquí se va á lucir (la vajilla), dando motivo á que se hable de ti un poco.»

Pero un hombre con quien hablaba el monarca, ¿tenía necesidad de que se ocupasen de él un obispo y unos canónigos?

La estupidez humana es así: á los necios les gusta lucir lo que tienen aun delante de personas que poseen más que ellos.

El conde no pensaba más sino en que la vajilla *iba á dar golpe.*

—¿Conque va el señor obispo?—preguntó á la hermana en tono complaciente y comunicativo.

—Sí, señor,—contestó aquélla, mirándole, aunque sin levantar los ojos.

Y debió decir para sus tocas:—«Te has clavado.»

—¡Es una honra para el capítulo!

—¡Que pocos prelados conceden!

—¿Sabréis lo que me dice mi tía?

—Absolutamente.

—¿No os ha explicado?...

—Únicamente me ha dicho que me entregaríais un cajón; que le colocase en el carruaje con cuidado, y que ejerciese gran vigilancia sobre él: esto es todo.

—¡Qué previsora es la buena anciana!—murmuró el conde en voz baja.—Sin embargo, me escribe que es persona de confianza...

Luégo, alzando la voz, añadió:

—Seguidme al castillo, y almorzaréis: afortunadamente el cajón está preparado.

—Os seguiré si es necesario; pero, dispensadme, no puedo tomar nada.

—Pues ¿cómo?

—Porque ayuno.

—Hoy no es día de precepto..., ¡á lo menos que yo sepa!

—Para mí lo son todos los días del año.

—¡Ayunáis todos los días!

—¡Todos!... Y aun así, desconfío de mi salvación.

—¡Eso es hacer muy poco favor á Dios, que es la misma misericordia!

—¡Es tan mala..., tan pecaminosa la criatura!

El conde estuvo por caer de hinojos y besar el ribete de su hábito.

Aquella mujer era una santa... Más que la canonesa, que no ayunaba más que los días de precepto.

—Pues bien,—dijo el conde señalando el banco:—descansad, ya que no queréis tomar nada; entre tanto yo dispondré que los criados bajen aquí la caja.

Y se alejó, mientras la hermana empuñó el rosario, como quien se dispone á rezar.

Por su parte, Jorge representaba muy bien su papel en el pescante, dando algunas cabezadas.

Un cochero tiene la obligación de dormirse cuando está solo, á los cinco minutos de haber parado el carruaje.

Esto es de rúbrica.

No había nadie en el jardín ni en el camino; pero ellos no lo sabían.

Era preciso llevar la ficción hasta el extremo de engañarse ellos mismos.

Así no podían sospechar los demás.

Gertrudis rezaba tal vez, si es que recordaba aún alguna oración.

Así pasaron unos diez minutos, al cabo de los cuales la Capitana oyó rumor de pasos que se acercaban.

Pero ni volvió la cabeza, ni tan siquiera levantó la vista del suelo.

Parecía que estaba contando los granos de arena que había delante del banco.

El conde tuvo necesidad de llamarla la atención.

—Vamos, hermana,—le dijo.

Gertrudis se levantó.

Dos criados precedían á aquél, conduciendo una caja grande, cuyo peso les hacía sudar.

No fué dueña de contener un estremecimiento de alegría, y abandonando su rosario, pensó:

—¡Esto debe valer un dineral!

Los cuatro se dirigieron hacia el carruaje.

Jorge hizo lo que la falsa monja: aunque los vió llegar siguió haciendo que dormía, hasta que el conde le tocó fuertemente en las piernas, diciéndole:

—¡Eh, amigo..., baja, y nos ayudarás!

Aquél descendió del pescante, frotándose los ojos con ambas manos.

Había en la parte posterior del carruaje un compartimiento que se abría y se cerraba con su llave, destinado á llevar efectos.

El conde quiso que se depositase allí el cajón, pero la hermana se opuso.

—¿Por qué?—exclamó aquél.—Aquí era mejor que en ninguna otra parte.

A lo que contestó la joven con una tenacidad puramente mística:

—La señora canonesa me ha encargado que ejerza la mayor vigilancia sobre el cajón, y mal puedo ejercerla si no le tengo á la vista.

—¡Bien guardada va mi vajilla!—exclamó el conde por lo bajo.

El cajón fué colocado sobre el asiento delantero; la Capitana ocupó el otro, y Jorge subió al pescante y empuñó las riendas.

Gertrudis esperaba que le acompañasen los dos criados; pero viendo con alegría que uno de ellos cerraba la portezuela, preguntó al conde:

—¿Podemos partir?

—Cuando gustéis,—contestó aquél, añadiendo:—Dad mis recuerdos á la señora canonesa.

—De vuestra parte, señor.

Jorge aplicó la fusta á las mulas, que arrancaron al trote, como si el carruaje fuese de pluma.

Gertrudis, abandonando su máscara, lanzó una carcajada, y exclamó:

—¡Pues, señor, ese conde es un imbécil!... Lo mismo nos hubiera entregado el castillo, si cupiera en el carruaje.

Entre tanto, el conde, al perderle de vista, decía:

—¡Qué diablo! Es lo menos que se puede hacer por un obispo. ¡Qué rato va á pasar mi tía cuando exhiba la vajilla ante su ilustrísima! Dice que se hablará un poco de mí... ¡Ya lo creo!..., porque la vajilla no puede menos de llamar la atención. Celebro el haberla traído con tanta oportunidad.

El infeliz no sabía que aquella oportunidad era para no volver á verla.

Por orden de la Capitana, el carruaje se dirigió hacia Hernani, entrando en un gran corralón, propiedad suya, establo de vacas al cuidado de la mujer de uno de los de la banda, que iba todos los días á la villa á vender la leche.

Aquél era una guarida disfrazada, uno de los apeaderos que la Capitana tenía cuando necesitaba descansar.

Una vez dentro de la casa, desclavaron el cajón y fueron sacando las piezas.

La vajilla era una obra maestra del platero Germain: bien valía los ciento cincuenta mil francos que había costado.

Los dos bandidos estaban absortos ante aquella riqueza.

—¡Es preciso que ese hombre sea eminentemente estúpido para haber entregado esto á una persona desconocida!—exclamó Jorge.

— Sin saberlo, ha salvado la vida de los dos hombres que nos hubieran acompañado.

—Es verdad: ¡más vale así! He observado que salen mejor los negocios donde no se derrama sangre.

—¡Bah! ¿Qué más da? Es una preocupación. Los animales se destruyen unos á otros.

—Acaso han aprendido de los hombres.

—¡Parece que te has vuelto filósofo!

—Confieso que á veces me ocurren extrañas ideas.

—¡Con tal de que no te hagan olvidar tu deber!

—¡Nunca!... Ya lo sabes.

—En ese caso te acordarás que mañana tienes que ir á Hernani á las diez; tengo un convidado á almorzar.

—Pero ¿tú crees que ese mozalbete asistirá á la cita?

—Lo ha prometido, y me parece muy capaz de cumplir las palabras que da.

—Lo ha prometido por baladronada: es un fanfarrón.

—¡Es un hombre! Ya viste su conducta hace tres noches: él y sus compañeros estaban en nuestro poder...; ignoraba los que estábamos allí, pero debía suponer que éramos bastantes para vencerle. Sin embargo, quería desarmarse, entregándome sus pistolas; después nos insultó, y concluyó burlándose de nosotros. Te digo que es un hombre, de quien yo haría de buena gana mi segundo.

—¡Parece que hablas de él con mucho calor!

—Ya sabes, Jorge, que no me gustan los hombres celosos.

—Está bien; iré mañana á Hernani.

—No te olvides de vendarle los ojos..., por más que de él no recelo una traición.

—Supongo que asistiré yo al almuerzo.

—Pues supones muy mal.

—¡Gertrudis!

—Lo dicho; no eres necesario.

—¡Tú sola con él!...

—¿Y qué?

—La otra noche no separaba sus miradas de tu rostro.

—No le encontraría feo: ¿qué mal hay en ello? ¿No te ha gustado á ti también?

—¡Oh!

—Mañana estarás tú abajo...; pero oigas lo que oigas, y veas lo que veas, ten cuidado con lo que haces: ya sabes que no me gustan las imprudencias, y que las castigo.

—¡En este momento estás cometiendo una!

—Oye, Jorge; me he jurado á mí misma que ese joven volverá á Hernani sin un arañazo, y... volverá.

Jorge bajó la cabeza, no pudiendo resistir la feroz expresión de aquella mirada.

Era el león fascinado por el domador.

Después, por mandado de Gertrudis, fué á dar la orden de retirarse á los bandidos que esperaban en el camino de Roncesvalles.

Luégo que desapareció de su presencia, Gertrudis cayó sobre un banco, exclamando:

—¡Siempre con los mismos celos! Pero ¿quién si no él puede casarse conmigo?

Después, dejando soñar su fantasía, dijo:

—¡Oh! ¡Si ese joven quisiera pertenecer á la banda!..., entonces..., ¡entonces variarían mucho las cosas!





CAPITULO LXXIII

El juego de los despropósitos.

EL conde pasó todo aquel día y el siguiente pensando en el obispo y en su vajilla.

Por la noche soñaba con aquél y con ésta.

Seguramente que ningún conde pasó en el mundo horas más felices, ni aun el mismo conde de Cabra, cuya leyenda cantaban las muchachas en el corro.

La vanidad hace tales milagros, y un hombre puede ser feliz con tal de que se lo imagine.

Tuvo que hacer grandes esfuerzos para no trasladarse á Roncesvalles en uno de aquellos vetustos carruajes que se encerraban en las cocheras del castillo.

Su presencia hubiera causado un gran efecto entre el obispo y la canonesa.

Su tía hubiera dicho:

—Vedle, ése es el hijo de mi hermana, y por ende sobrino mío.

Pero el conde no reflexionaba que esto no resolvía ningún problema importante, y que el mundo seguiría lo mismo que antes.

Además, tampoco reflexionó en lo probable que era que, á causa de su elevada jerarquía, el obispo hubiera comido en casa de algún magnate, propietario de una vajilla más rica aún.

Esto era empequeñecer á los demás, para encumbrarse él.

De cualquier modo, deseaba que llegase su tía para que le enterase de lo sucedido en el capítulo, no dudando que el ilustre prelado hubiera concedido muchas indulgencias á todos los que comiesen en aquella vajilla que él remitió.

Al efecto tenía formulado en su imaginación un cuestionario de preguntas que dirigir á la buena canonesa.

Y por la ley de los contrastes, los criados estaban temblando que llegase el día de su regreso, y con él las novenas, las antífonas y los trisagios.

No hubieran llevado á mal que el capítulo se declarase en sesión permanente por espacio de un mes ó dos.

La canonesa no hubiera reconocido á su servi-

dumbre, á fuerza de ver á sus servidores tan gordos y colorados.

Es muy cierto el refrán que dice que cada santo pide para su ermita.

Y también es verdad que nunca llueve á gusto de todos.

Como todo llega en el mundo, llegó por fin el día designado para el regreso.

El conde pedía á Dios que no se rompiese ninguna rueda del carruaje, mientras no quedó un solo criado que no le pidiera que se rompiesen las cuatro.

El conde se colocó en la verja del parque antes de amanecer, aun sabiendo que la canonesa no podía llegar hasta las doce.

Pero no podía moderar la impaciencia que le devoraba.

Como si por eso hubiera de llegar antes.

Hizo que le sirvieran allí el chocolate y el almuerzo.

Cada segundo miraba su reloj y se le aproximaba al oído, creyendo que se había parado.

No comprendía la parsimonia del tiempo, y censuraba á Dios porque no precipitaba su curso á lo menos en aquel día.

Tambien se le figuró que las caballerías andaban con demasiada lentitud.

La electricidad aplicada á la locomoción se le hubiera figurado pesada.

Se levantaba, se sentaba y paseaba.

Las gentes de Hernani que le veían desde el camino, tal vez le tomaban por loco.

Ello es que el conde no debía sentirse muy bien; aquel desasosiego no era natural.

Se iniciaba en él esa calentura que conduce á *la camisa de fuerza*, que hace de un ser inteligente un pobre insensato.

Ya no pensaba en su esposa, ni en Juan de Zúñiga, ni en el rey, ni en la corte; para él en aquel momento no existía más que su tía; ella encerraba su mundo; ella era los límites de su horizonte, su único objetivo.

Si á la sazón le hubieran dado la noticia de su muerte, el conde hubiera muerto también, á pesar de sus pujos de heredero.

Tal es el hombre: hoy le enoja lo que deseaba ayer ardientemente; en un momento puede convertirse para él la dicha en desventura, en placer, en dolor.

Compadezcámosle.

Al fin el ruido de un carruaje le hizo salir en medio del camino.

Eran las doce en punto, hora en que debía cumplirse la última parte del programa.

Por la cuesta de la carretera avanzaba un pesado vehículo, al que arrastraban dos arrogantes mulas.

Luégo que lo permitió la distancia, reconoció al cochero de la canonesa.

Aun pateó el suelo: el carruaje avanzaba lentamente para su impaciencia; las mulas le parecían cangrejos, que andaban hacia atrás.

El coche llegó hasta donde él estaba; pero el cochero, describiendo un perfecto arco de círculo, penetró en el parque, y sólo se detuvo ante los escalones de piedra que daban ingreso al castillo.

Era natural que el cochero obrase de aquel modo, tratándose de la dueña de todo aquello; no iba á detenerse en medio de la carretera.

El conde le siguió jadeante, regalándole algunas maldiciones y dicterios.

Cuando llegó, subía la canonesa por la escalera principal, apoyándose en el brazo de su mayordomo, que la prodigaba todo género de felicitaciones.

Aun era tiempo para que el conde la prestase también su brazo.

—Pero, sobrino, ¿por qué no me has esperado aquí? —le dijo la buena anciana, luégo que se hubieron saludado.

El conde no la contestó más que con una mirada y un suspiro; se lo impidió la fatiga que le produjo el haber atravesado el extenso parque á paso de carga, como quien va á tomar un reducto á la bayoneta.

Así llegaron á las habitaciones de la anciana; ésta tomó asiento, esperando que la sirvieran una copa de vino blanco con bizcochos.

A sus años, los viajes descomponen un poco, aun cuando se hagan con comodidad.

—Y bien, tía, ¿qué tenéis que contarme?—le preguntó el conde, que vió llegado el momento de satisfacer su curiosidad.—Supongo que el capítulo habrá sido magnífico.

—¡Pché!... Como todos los años... Sí, ha estado bien,—contestó la anciana, que en realidad nada nuevo tenía que contar.

—¡Como todos los años!—dijo aquél, extrañando la frase.

—Ni más, ni menos.

Y doña Úrsula, que, como sabemos, deliraba también por aquellas cosas, hizo una reseña del capítulo, ni más ni menos que las que hacen los periódicos de las sesiones de Cortes.

El conde, que extrañaba aqueña indiferencia respecto de su vajilla, no pudo menos de decirla:

—Supongo que la colación habrá estado excelentísima.

—Sí; se ha comido y bebido bien.

—¿Y el servicio de mesa?

—No ha dejado nada que desear.

Y la canonesa guardó silencio.

¡Qué indiferencia!

No era aquello lo que el conde tenía derecho á esperar, lo que su tía le había prometido en aquella carta, que aun guardaba en el bolsillo.

La vajilla debía estar tan ofendida como el conde: aquel silencio, aquella omisión eran despreciativos.

¡Esperar tantas horas para eso, en vez de abrazar-

le con entusiasmo por el servicio que acababa de prestarla!

Las canonesas usan á veces una conducta incomprensible.

El conde, que no se atrevía á aventurar una pregunta directa, como quien no da importancia al hecho, dijo:

—Su ilustrísima habrá quedado satisfecho.

—¡Qué ilustrísima!—preguntó la anciana.

—¡El señor obispo de la diócesis!

—No le hemos visto por allí.

—¡Oh!... ¡Al cabo no ha asistido!

Esta exclamación la hizo el conde con el mayor desaliento.

La canonesa acababa de echar un jarro de agua fría sobre su entusiasmo.

El castillo de naipes caía al suelo por el soplo de un niño.

En aquel momento hubiera hecho del obispo un acólito, castigando su falta de asistencia, su poca galantería con las canonesas, anunciándose previamente, para faltar luégo, como si se tratase de una reunión cualquiera.

Pero después calculó que la anciana no habría dejado pasar la ocasión de exhibir la vajilla de su sobrino.

Descendía del prelado á los canónigos, pero siempre era algo.

Así es que preguntó:

—¿Qué tal efecto ha hecho?...

—¿El qué?—dijo la canonesa, viendo que se callaba, é ignorando á lo que se refería.

—¡Aquello!

—¿Y qué es aquello?

—¡Vamos, será necesario que os pongan los puntos sobre las *íes!*

—¡No sé lo que quieres decir, sobrino!—contestó la anciana, admirada de aquella insistencia.

—Me refiero á la vajilla...

—¿A cuál?

—¡Pardiez!... ¡A la mía!—exclamó el conde, perdiendo completamente los estribos, y sin advertir que juraba delante de una persona tan piadosa y respetable.

Pero ¿qué tenía que ver la vajilla en un capítulo de abadesas? ¿Se reunían acaso una vez al año para hablar de tan fútiles asuntos?

La anciana miró á su sobrino como si temiera por su juicio.

Éste, al ver la extrañeza pintada en su semblante, empezó á inquietarse; la conducta de su tía no era natural.

¿Acaso podía ignorar de lo que se trataba? ¿O era que desde entonces empezaba á chochear?

El momento estaba muy mal elegido.

Pero el asombro del pobre caballero llegó á su colmo al oir que la anciana le decía:

—¿Qué tiene que ver tu vajilla en este asunto?

—¡Que no tiene nada que ver!—exclamó aquél retrocediendo.

—¡Me parece!

—¿O es que no habéis hecho uso de ella?

—¡Claro que no!—exclamó la canonesa, más admirada cada vez del lenguaje de su sobrino.

Aquello era un feo; se había despreciado su vajilla, como si se tratase de una de barro ordinario, por lo que repuso, un tanto mortificado su amor propio:

—¡Habéis hecho mal!... Aun cuando no estaba allí el obispo, debíais haberla exhibido, teniéndola en vuestro poder.

La canonesa abrió los ojos desmesuradamente, y miró á su sobrino, como si éste se hubiera convertido en esfinge.

Tan nuevas eran para la noble señora las cosas que decía.

—¡Que yo tenía la vajilla en mi poder!—exclamó al fin.

—¡Pues claro! ¿No habéis mandado á pedírmela?...

—¡Yo!

—¿Por medio de aquella joven que va á tomar el velo en el convento de clarisas de Pamplona?

—¡Sobrino! ¡Sobrino! ¡Pobrecillo!

—¡Canario! ¡No estoy loco, como suponéis! Aquí está vuestra carta, que no me dejará mentir.

Y el conde la entregó el papel que había recibido de la Capitana.

La canonesa se caló unas gafas, cuyos redondos

cristales eran algo más pequeños que platos de Talavera, y recorrió el escrito.

A medida que avanzaba en su lectura, pasaba su semblante de la sorpresa al asombro, y de éste á la estupefacción.

Lo que leía era completamente nuevo para ella.

El conde la observaba inquieto, turbado y trémulo.

Por último, aquélla le devolvió la carta, exclamando:

—¡Pero si yo no he escrito este papel!...

—¡Que no, decís!

—¡Ni nos hacía falta tu vajilla para nada!

—¡Pero, tía!...

—¡Ni el obispo ha pensado en asistir al capítulo!...

—¡Ah!... ¿Qué significa esto?

—Esto significa, querido sobrino, que has sido víctima de un robo.

—¡Un robo!—exclamó el infeliz conde, cayendo desplomado en un sillón.—¡Un robo de ciento cincuenta mil francos!

—Sí, no hay duda; aquí se ve la mano de la Capitana...; de esa mujer audaz, que es el azote del país...

—¡Un robo!—seguía murmurando el conde, como quien despierta de una horrible pesadilla, y ve que toman cuerpo los fantasmas que le perseguían en ella.

—¡Cómo está el mundo!—exclamó la canonesa, elevando al cielo las manos y las miradas.

—¡Un robo!

—¡Pero tú has caminado muy de ligero al encomendar cosa de tanto valor á una persona desconocida!

—¡Oh!... ¡La infame!...

—Por lo menos, y aun admitiendo que ese papel fuera mío, debiste mandar la vajilla con gente de tu confianza...

Tales reflexiones eran muy cuerdas y prudentes, pero tardías.

En aquel momento se presentó en la estancia un criado con una carta que acababan de dejar para el conde.

Era la que le remitía desde Hernani Juan de Zúñiga.

Después que se hubo enterado de su contenido, exclamó con ira reconcentrada:

—¡Oh! ¡Ya sé quién ha sido el ladrón!





CAPITULO LXXIV

El movimiento continuo en el siglo XVIII.

Cuatro días no más llevaban en San Sebastián amo y criado, y ya el fastidio empezaba á aburrir al primero.

Antonio se encontraba bien en todos lados, con tal de que no le faltase que comer.

Y aun debemos decir que aquella vida le gustaba, por lo mismo que era monótona y tranquila.

Seguramente que no había nacido para las grandes emociones, y sí para la contemplación de la naturaleza.

Por eso eran cada vez más frecuentes sus recuerdos del convento.

Pasaba las horas muertas en la playa viendo el mar, por más que no podía estudiar sus fenómenos.

Pero se contentaba con verle.

Tampoco admiraba su poesía: Antonio no había nacido poeta.

Entonces, ¿por qué contemplaba el mar tantas horas y con tanta atención?

Muy sencillo.

Por los pescados que habitaban sus antros, que tanto le gustaban, unos fritos, otros cocidos, otros rebozados ó en escabeche.

El mar era para Antonio una gran dispensa, donde no había más que escoger.

Tuvo proyecto de hacerse pescador, prefiriendo la caña á la red por ser menos expuesto; además, para este último método necesitaba asociarse con alguien, y su amo no era aficionado.

Aunque la carne es más nutritiva, odiaba la caza.

Es un ejercicio más violento y mucho más expuesto en sus diversos accidentes.

La caza tiene algo de la guerra, y Antonio solía decir á menudo aquello de

mate moros quien quisiere,
que á mí no me han hecho mal.

Es un ejercicio el de la pesca que se aviene mejor á la vida contemplativa, por lo poco que tiene de ejercicio.

Pero cuando Antonio se distraía, su amo estaba soberanamente aburrido.

Aquella era una población nueva para él; no había hecho aún amistades.

Es más.

Muchos que sabían su confinamiento, ignoraban la causa, y hacían suposiciones muy gratuitas.

Debían suponer, es cierto, que el motivo no era deshonroso, puesto que aun vestía el uniforme, y el gobernador del castillo le trataba con bastante consideración.

Pero la humanidad es así, y el hombre se complace en atribuir siempre lo malo á sus semejantes.

—Comprendo el *spleen* de los ingleses,—decía, hablando con su criado.—Yo también me siento poseído de una enfermedad análoga, aunque ignoro el nombre que lleva en español.

—¿Por qué no recurrís á la pesca?—le replicaba aquél.—¡Es un gran medio para combatir el aburrimiento!

—Para ti, no lo dudo; ¡no sé cómo pasas las horas muertas entre esas rocas, expuesto á coger un reuma por un insulso pez que no equivale á un conejo, y menos aún á una loncha de jamón! Acabarás por enfermar.

—¡Bah, señor! Yo observo que los pescadores disfrutan de una salud excelente.

—¡Pues no envidio su ejercicio! Luégo, las mujeres de este país no llenan las condiciones que yo deseo, sin decir por esto que sean feas.

—Lo celebro, señor.

—¿Por qué, imbécil?

—Porque así no os enamoraréis: he observado que todos nuestros reveses de fortuna reconocen por causa las mujeres: en este concepto, yo quisiera que nos hubiesen destinado á Africa, donde todas son negras, según he oído decir.

—Y ¿crees tú que entre las negras no hay mujeres bonitas?

—¡Ay, Dios mío!

—En fin, pesca tú cuanto te acomode, y déjame que yo *cace*.

—¡Con tal de que no seamos cazados!...

Tales eran los temores de Antonio.

El resultado iba á demostrar que no temía en balde.

Quince días llevaban de aburrimiento en San Sebastián, cuando una tarde se presentó un soldado en el sitio en que Antonio acostumbraba á hacer la guerra á los peces.

A la sazón estaba muy satisfecho de sí mismo: el resultado correspondía á sus esperanzas.

Pero en medio de todo le afligía la idea de dejar aquella costa sin peces.

El soldado iba á impedirlo, por más que Antonio no lo supiera en aquel momento.

Le llevaba un aviso de su amo para que se presentase inmediatamente en el castillo.

—¿Está enfermo?—preguntó éste.

—No.

—Entonces, ¿cómo no viene él mismo?...

—Porque no puede.

—¿Qué es lo que se lo impide?

—Acaban de arrestarle en este momento.

Antonio, en un ademán de sorpresa, tropezó con el cesto donde iba echando la pesca, el cual rodó al suelo por entre las rocas, faltándole muy poco para que á él no le sucediese lo mismo.

Se había realizado lo que tanto temía; la tranquilidad de aquella existencia feliz había desaparecido.

El soldado no pudo decirle la causa de aquel arresto, porque no la sabía.

No dudaba que hubiese de por medio alguna mujer, por más que él no tuviese noticia de que su amo hubiese requerido de amores á ninguna muchacha de la población.

La curiosidad, tanto como el afecto, le hizo acudir en seguida.

Su amo ocupaba un aposento, en el cual no había más guardia que su palabra de honor: ésta era la cadena que le sujetaba.

Antonio le encontró meditabundo y sombrío.

Por un lado, el diablo le protegía; pero por otro, jugaba con él á la pelota.

Hé aquí lo que Antonio supo por sus labios:

Estaba hacía poco en cierto establecimiento de la población despachando una jarra de *chacolí*, porque

había contraído esta melancólica costumbre, cuando recibió aviso del gobernador del castillo para que se presentara inmediatamente.

Obedeció, sin recelar nada malo: no le argüía la conciencia.

Sólo se turbó un poco al ver que aquel funcionario estaba serio y grave, y que no le miraba con la afabilidad que tenía de costumbre.

Después de saludar militarmente, porque aquella entrevista parecía tener carácter oficial, esperó.

Aquel oficial superior tenía un pliego en la mano: Juan supuso fundadamente que era la madre del cordero.

En efecto, el gobernador le dijo:

—Caballero oficial, quedáis arrestado de orden superior.

—¡Arrestado!—exclamó Juan con extrañeza.—¿Y por qué?

—Ignoro el motivo: acabo de recibir un pliego del ministro de la Guerra, que os reclama á su disposición en calidad de preso.

—¡El ministro se ocupa de mí!

—En una forma que os honra muy poco.

—¡Pero, en fin, algo dirá el pliego!...

—Nada absolutamente más que lo que habéis oído: el ministro no acostumbra á dar parte de sus determinaciones.

—¿Según eso, debo partir?

—Mañana mismo, aprovechando la circunstancia

de remitir á la corte una conducta de dinero; por lo cual, podéis ir haciendo vuestros preparativos, aún que quedáis arrestado desde este momento; quiero evitaros el bochorno de dar una vuelta á la llave de vuestra estancia, con tal de que me empeñéis vuestra palabra de honor de no salir donde os vean.

—Agradezco á usía esa atención; y como nada tengo que temer, no vacilo en empeñar mi palabra de no hacer lo que pudiera empeorar mi causa.

Esto fué lo que Antonio oyó de labios de su amo.

El pobre mozo quedó aterrado.

—¡Otra vez!—exclamaba.—¡Pero, señor, esto es interminable!

—¡Y yo que me aburría!... ¡Hé aquí el medio de distraerme!

—¡Llamáis á esto una distracción!

—Al menos, volveré á la corte.

—¡Como si no volvierais!... Porque no creo que os llame el ministro para llenaros los bolsillos de rosquillas.

—¡Quién sabe!

—¡Yendo en calidad de preso!

—¡Tienes razón!

—Pero ¡qué habéis hecho, señor!

—¡Yo!... Nada, ya lo sabes; ni aun he pescado como tú. En fin, arregla lo que tengas que arreglar, pues mañana debemos partir con el alba.

—¡Yo que me llevaba tan bien con los peces de San Sebastián!...

—¡No hay dicha completa en el mundo, amigo Antonio! A lo menos puedes resarcirte en el Manzanares.

—Lo mejor sería que ni vos ni yo hubiéramos salido de Arévalo.

—¡Pero hemos salido!

Aquella noche no pudo dormir Antonio, pensando en lo que le esperaba á su amo al llegar á Madrid.

No lo sabía, pero de fijo no era nada bueno.

Cuando todo un ministro se ocupa de un alférez, éste debe recelar algo, mucho más cuando se le arresta de orden de su excelencia.

En cambió Juan de Zúñiga durmió ocho horas de un tirón.

El mancebo tenía una naturaleza privilegiada.

Esto pudo consistir en que la conciencia no le argüía nada malo.

Al romper el día se presentó en el patio del castillo, donde le esperaba un buen caballo.

El capitán que llevaba la conducta de dinero se hizo cargo del preso ante el gobernador.

—Espero,—le dijo,—que por honor al uniforme que vestís, no me obliguéis á hacer uso de las facultades que me autorizan para todo.

—Haced lo que gustéis,—contestó Juan.—Yo os empeño mi palabra de honor de no separarme del sitio que me destinéis, y de obedeceros en un todo; pero si creéis comprometida vuestra responsabilidad, me so-

meto al tratamiento que queráis emplear conmigo.

—Vuestra palabra me basta.

—¡Cuánto cumplimiento para privar á un hombre de su libertad! —pensaba Antonio.

El gobernador había desaparecido.

El capitán dió la orden de ponerse en marcha.

En aquel tiempo, las conductas de metálico se trasladaban de unas tesorerías á otras en la forma siguiente:

Empleaban robustos machos; cada uno llevaba á ambos lados de los lomos una caja que contenía la misma cantidad de monedas de oro, plata ó cobre; sobre la albarda iba enhiesto un banderín con los colores nacionales, y cada caballería caminaba escoltada por cuatro soldados, que eran en cierto modo responsables de lo que custodiaban.

Aquella conducta se componía de veinte machos, que caminaban en reata, ochenta soldados, y el capitán.

Éste caminaba detrás de todos con Juan de Zúñiga; Antonio iba algunos pasos más atrás, por respeto.

Así atravesaron la población.

En realidad nadie podía sospechar que el alférez iba preso, pues parecía formar parte de la escolta.

La nueva de su prisión permanecía en secreto, y, aparte de los soldados, nadie la conocía.

Era una atención que Juan debía al gobernador y al capitán.

Al llegar á las afueras de la población, vieron una silla de posta que parecía esperar; el gobernador, inclinado sobre el cuello de su caballo, hablaba con la persona que iba dentro.

El capitán se acercó, saludando con respeto.

Juan vió que asomaba por la portezuela una cabeza de mujer, que no carecía de encantos.

Era una hermosa puesta de sol; es decir, que frisaba ya en los cuarenta años.

Su tipo distinguido le daba por una persona de abolengo; llevaba un elegante tocado de viaje.

Acompañábala otra mujer que parecía doméstica.

El gobernador la hacía objeto de las más respetuosas consideraciones.

Cuando se acercó el jefe de la escolta, aquél le dijo:

—Caballero oficial, os recomiendo esta señora, de quien cuidaréis tanto como del dinero de que vais encargado, acompañándola hasta la corte, y previniendo sus menores deseos, pues de ese modo serviréis á una altísima persona.

—Sin vuestra recomendación, las leyes de la galantería me imponen un deber, que llenaré con gusto.

—Partid, pues.

La dama y el gobernador cambiaron un saludo; Juan se despidió también de aquella autoridad.

La comitiva se puso en marcha, yendo á retaguardia el carruaje, escoltado por el capitán, Juan de Zúñiga y Antonio.



CAPITULO LXXV

De cómo Antonio desconfiaba de los que le recibían bien.

No era raro en aquella época ver tales caravanas en un camino.

La seguridad individual estaba muy poco garantida; así es que las personas que tenían precisión de viajar, que no eran muchas, gracias al quietismo á que eran tan aficionados los españoles, aprovechaban la marcha de un destacamento, siquiera fuese por pocas horas.

También solía suceder que fuesen reuniéndose en el camino los arrieros, carros y galeras de localidades vecinas, para hacer juntos el trayecto, formando una especie de cuerpo de ejército, que, en caso de apuro, se defendía con escopetas.

La Santa Hermandad de Castilla, que tan buenos servicios prestara anteriormente, había cesado, y hacía tiempo que el cerro de Peralbillo no presenciaba aquellas saludables ejecuciones que daban á los viajeros la seguridad apetecida.

La dama del coche iba muy recomendada al capitán, como ya hemos dicho.

Debía ser persona de distinción, á juzgar por el respeto con que el gobernador la tratara: había dicho á aquél que sirviéndola prestaba también un servicio á una altísima persona.

—¿La conocéis?—preguntó Juan al jefe, con quien había simpatizado.

—Lo mismo que vos.

—Hé aquí un incógnito igual al que presta la careta en un baile. ¡No podéis figuraros el atractivo que tiene para mí el incógnito!

—Pero tenemos la ventaja de verla el rostro, lo que no pasa en un baile.

– Y que es encantador.

—Da muestras de lo que ha sido.

—Pues os juro que yo aun me contentaría con el presente.

Un fuerte suspiro de Antonio hizo que el capitán volviese la cabeza.

—¡Diablo!—exclamó.—Parece que ese mozo es también de vuestra opinión.

—No lo creáis,—dijo Zúñiga sonriéndose.—Es que me ha oído, y teme que me enamore, pues está en la

persuasión de que todas mis desventuras provienen de mi afición al bello sexo.

—¿Según eso, hay faldas de por medio en el negocio que os conduce á Madrid bajo mi vigilancia?

—Lo ignoro, capitán.

—¡Bah!

—¡Palabra de honor!

—No se prende á un hombre sin decirle el motivo.

—Parece que el señor marqués de Grimaldi, actual ministro de la Guerra, no es de esa opinión, porque ni aun el gobernador del castillo de San Sebastián sabe una palabra.

—Pero ¿vos no sospecháis?

—Nada. Creed que nunca se me ha ocurrido escribir ni una mala sátira contra ese italiano.

En aquel momento se oyó en el carruaje una tosecilla seca, así como cuando uno no tiene ganas de toser.

El capitán se acercó sin duda para ver si la dama tenía necesidad de alguna cosa.

—¿Cómo es,—le preguntó ésta,—que os acompaña en la escolta un alférez que no es de vuestro regimiento?

—Va en calidad de preso, señora, bajo su palabra de honor.

—¡Preso! ¿Y por qué?

—De eso mismo íbamos hablando: él lo ignora, y yo también.

—¡Es raro!

—Tengo orden de conducirle ante el ministro de la Guerra, que es el que le reclama.

—¡Ah! ¿El marqués de Grimaldi?—preguntó la dama con cierto interés.

—El mismo.

—Y ¿qué hacía en San Sebastián ese joven?

—Estaba desterrado de la corte por un año, á consecuencia de un duelo con el marido de una dama que ocupa en la corte un puesto principal.

—¡Hola! ¡Hola!

Y la dama asomó la cabeza por la ventanilla, mirando hacia atrás.

—¡De mí hablan!—exclamó Zúñiga, retorciéndose el bigote y haciendo caracolear á su caballo.

Antonio se acercó, diciéndole con respeto:

—¡Pero, señor, es posible que en tal situación penséis en enamorar! ¿No consideráis que esa señora puede serviros de madre?

—Lo que considero es que os vais haciendo muy deslenguado, señor Antonio; y como sigáis así, pronto os veréis privado de la honra de servirme.

Antonio suspiró, pensando tal vez que aquella honra no estaba exenta de peligros.

Durante dos días no sucedió nada de particular á la pequeña caravana.

En un viaje se estrechan pronto las relaciones, y en los altos que hacían para tomar descanso, la dama

hacía que el capitán y el alférez se sentaran á su mesa.

Parecía muy complacida con la charla de éste, que la refirió algunos capítulos de la crónica escandalosa de la corte, hasta donde podía conocerlos un alférez de guardias.

La dama, aunque con corrección, se expresaba con cierto acento italiano.

Por lo demás, no se le escapaba más de lo que quería decir.

De modo que Zúñiga y el capitán, respecto de ella, estaban tan adelantados como al principio.

Antonio se encargó de la doncella; pero ésta estaba bien amaestrada, y en algunas ocasiones permanecía muda.

La tarde del segundo día llegaron al pie de la montaña.

Juan le dijo al capitán:

—¡Mal sitio para pasarle de noche, y con dinero!

—¿Le conocéis?

—¡Algo! Aun no hace un mes que me sucedió cierta aventura!...

—¡Es verdad!—se atrevió á interrumpir Antonio temblando.

—¡Bah! ¿Tenéis miedo?

—No le tuve en aquella ocasión, yendo casi solo; calculad ahora que vamos ochenta.

—¿Creéis que se metan con ochenta hombres?

—En la montaña, el número no equivale á nada;

además, tenéis que responder de un dinero que no es vuestro.

—Ciertamente; pero... si queréis aconsejarme alguna cosa, hablad.

—No es consejo, sino una indicación.

—¿Qué haríais en mi lugar?

—La tarde va cayendo; en la montaña será ya noche. Yo esperaría á que amaneciese para cruzarla de día; no marcan término á vuestro itinerario; de modo que nada puede importaros que dure la marcha un día más.

—Seguramente.

—Cuando esas veinticuatro horas pueden evitaros un disgusto.

—Pero ¡pasar la noche al raso!... ¿Creéis que eso es agradable para una dama?

—Allá abajo distingo un caserío, que pudiera servirnos de albergue.

—¿Dónde?

—Hacia la izquierda.

—En efecto, no tiene mal aspecto... Voy á comunicar mi resolución á esa dama; esto aconseja la galantería.

—Pero vuestra responsabilidad os exime de ser galante en esta ocasión.

El capitán dió orden de hacer alto, mientras se dirigía á la silla de posta.

En la dirección que había indicado Juan, como á dos tiros de bala, y en medio de un extenso cercado de

árboles, se veía uno de esos pintorescos caseríos de que tan pródigas son las provincias vascas.

Convidaba á hacer un alto antes de penetrar en la montaña, cuya falda ocupaba.

Eran media docena de edificios unidos por huertos y corralizas, por cuyas bardas sobresalían las copas de los árboles frutales.

En medio había un molino, cuyas piedras ponía en movimiento un brazo de agua que bajaba de la montaña, perdiéndose hacia un valle, después de formar dos remansos en la pradera.

El sitio era delicioso para pasar la noche.

El capitán, después de tomar la venia de la dama, ordenó que la columna se dirigiera hacia aquel sitio.

Al verlos llegar apareció en la puerta del molino un hombre bajo y rechoncho, el cual puso sobre sus ojos la mano como para recoger la luz.

Dos hombres más, perfectamente enharinados, le acompañaban, esperando á pie firme la columna.

El capitán se adelantó, mientras Zúñiga hablaba con la dama por la portezuela.

—¡Buen hombre!—dijo aquél,—en la posibilidad de que podamos pasar aquí la noche, os pedimos vuestra venia.

El molinero se adelantó.

—¡Cáspita!—dijo, quitándose el gorro y sacando á relucir unos cabellos que parecían de lana.—Mucha gente sois...; pero, ¡qué diablo!..., el molino es grande y tiene buenos corrales... En cuanto á vos y los de-

más jefes, podéis ocupar mis propias habitaciones... Aun cuando no tienen nada de cómodas, buenas son para una noche.

—Se agradece la buena voluntad.

—Eso sí, no falta.

—A fin de no causaros tanta molestia, ¿no podíamos distribuirnos en esas casas inmediatas?

—No son mías, señor oficial; además, están cerradas, y no dispongo de la llave. Son unos telares abandonados..., y ahí os iban á comer las ratas... Tampoco faltan en mi molino, pero... no estaréis mal; una mala noche pronto se pasa.

—¿Y respecto á la cena? Os advierto que se os pagará: pan tenemos.

—Entonces, puedo ofreceros arroz y carne en cecina para la tropa; en cuanto á los demás, en mi corral hay huevos y gallinas.

—Ea, pues, disponed lo necesario mientras la gente se acomoda.

Aquel bueno y complaciente molinero dió orden á sus criados, que empezaron á preparar lo conveniente para la cena, utilizando en la misma pradera esos calderos enormes que usan los pastores en las majadas.

Entre tanto los soldados ocuparon dos corrales que respaldaban el molino.

Eran bastante capaces.

Los machos fueron descargados, colocando los cajones con el dinero en uno de los ángulos del corral, donde se colocaron dos centinelas.

Los fusiles se pusieron en pabellón al otro frente, al cuidado de otros dos centinelas.

La gente se dedicó á ayudar á los que preparaban la cena, los unos, y otros á cuidar de los machos, darles agua y pienso.

Entre tanto, el molinero subía á las habitaciones del piso superior, precediendo á la dama, su doncella y los dos oficiales.

Allí no había más que una sala y una alcoba, destinadas, como era natural, á las dos primeras.

Por una escalera de caracol se subía á un granero, en el que Antonio se encargó de preparar dos frescos y mullidos lechos con haces de paja, para su amo y el capitán.

Pero éste renunció, diciendo que su puesto estaba entre sus soldados: no quería perder de vista los cajones cuya custodia le estaba confiada.

—Ea, pues,—dijo el molinero;—ya que está arreglado todo, voy á hacer que lo esté pronto la cena; he dispuesto para ucedes una buena tortilla de jamón y un par de gallinas asadas... No faltará vino, por más que la tropa carezca de él... ¡Cáspita!... Son muchos... Yo lo siento; pero...

—No hay que apurarse, buen hombre ; el soldado está acostumbrado á todo.

—Hé ahí un hombre bien complaciente, que en un momento ha dispuesto cena y alojamiento para ochenta y tantas personas,—dijo la dama.

—En efecto,—contestó Zúñiga.—Aquí vamos á pa-

sarlo menos mal de lo que creí al principio. Siempre estaremos mejor que en la montaña..., por más que este aposento no sea digno de vos, señora.

—¡Y qué vamos á hacer! En la guerra, como en la guerra.

Mientras que la dama y su doncella recorrían las dos habitaciones pobremente amuebladas, con esa curiosidad peculiar á toda mujer, y el capitán cuidaba abajo de que su gente se acomodase del mejor modo posible, Antonio se acercó á su amo, diciéndole con aire suspicaz y asustadizo:

—¿Querréis, creer, señor, que no me gusta nada ese molinero?

—Observo, amigo Antonio, que te has vuelto maldiciente, y que tienes que murmurar de todos y de todo. Vamos á ver: ¿por qué te disgusta ese pobre hombre?

—Le encuentro demasiado complaciente...

—Pero, imbécil, ¿había de atreverse á tratarnos á puñetazos?

—Ya veis que con la molestia que se le causa no debía estar...

—Pero como va á pagársele esa molestia, sólo puede atribuirse parte de su amabilidad á su afición al dinero.

—De cualquier modo, su sonrisa me parece falsa y su mirada traidora.

—¡Serás capaz de tener miedo estando reunidos aquí ochenta hombres! ¡Es decir, que de aquí en ade-

lante, viajando con un ejército, no te vas á considerar tranquilo!

—Yo me entiendo.

La presencia del molinero interrumpió el diálogo.

La cena fué servida, y todos se sentaron á la mesa.

Antonio escanciaba, esperando que le llegase su turno.

Después la conversación giró... sobre lo que debía girar, estando al pie de la montaña.

Juan preguntó por la Capitana, teniendo antes que explicar quién era ésta, aunque se guardó muy mucho de decir lo de la vajilla, y que había almorzado con ella.





CAPITULO LXXVI

Preparativos de caza.

¡La Capitana!—exclamó el molinero, encogiéndose de hombros.—¡Quién sabe lo que habrá sido de ella!

—Pero ¿no está ya en el país?—preguntó la dama, á quien aquella figura, que tomaba por inverosímil, había interesado.

—Hace ya más de veinte días que falta.

—¡Eso no es nada para ella!—dijo Zúñiga.—Además, tenía cariño á estos sitios.

—Pues yo os digo que no volverá, señor caballero.

—Pues ¿cómo? ¿No le inspiran ya estas montañas bastante confianza?

—Dicen... que ha pasado á Navarra.

—Ya lo hacía antes de ahora.

—Pero es que ha pasado para...

—¿Para algún golpe de mano de los que acostumbraba á dar?

—Para vender en Pamplona su partida, lo mismo que quien vende una libra de fruta ó una vara de cinta.

—Eso no, ¡vive Cristo!, y dispensad que jure, señora,—dijo el joven dirigiéndose á la dama al hacer esta salvedad.—¡La Capitana es incapaz de cometer una traición de tan ruin naturaleza! Hubiera asesinado uno por uno á sus hombres; pero entregarlos...

—Dicen que se lo ha exigido su amante para casarse con ella... Es un buen dote.

—Pues yo os digo que miente quien afirme tal cosa.

—¡Parece que la defendéis!—repuso la dama.

—En ese terreno, siempre; se los hubiera comido á todos antes de entregarlos.

—Yo no digo más que lo que he oído,—añadió el molinero.—Y celebraría que lo que he oído fuera verdad, porque de ese modo nos veríamos libres de esos demonios.

—¿Ha pasado por aquí la partida alguna vez?—preguntó la dama.

—¡Ya lo creo!... ¡Más de cuatro!

—¿Y os ha causado algún perjuicio?

—¡Qué queréis que hiciera con unos pobres diablos

como nosotros! No es lo mismo esta noche, con esas ciruelas que traen usarcedes en los cajones que hay abajo...; porque supongo que serán ciruelas doradas y bien maduras... ¡Si lo supiera!...

Y el molinero celebró con una risotada lo que él creía un chiste. Luégo añadió:

—¡Pero viniendo tanta gente..., ya se quedaría con las ganas!

Todos callaron.

Indudablemente las palabras del molinero habían producido mal efecto.

A cierta hora y en ciertos sitios no se debe hablar de ladrones.

Antonio le dirigió una mirada furiosa, murmurando:

—¡Le estrangulaba! ¿A que no me deja dormir con ese recuerdo?

Terminada la cena y la sobremesa, todos pensaron en descansar, ya que la noche les brindaba á ello.

La dama y su doncella se retiraron á la contigua habitación. Zúñiga y Antonio ocuparon su granero, y el capitán bajó al corral para encargar la vigilancia á los centinelas antes de entregarse al sueño.

—Afortunadamente,—decía Antonio á su amo,—el molinero, si bien con ese recuerdo aumentó el terror que me poseía, ha disipado mis sospechas de que esté en connivencia con esa gente, pues que si así fuera, no

hubiese gastado tan estúpida chanza, destinada á sembrar la alarma.

—En los que piensan mal de todo el mundo como tú.

—Es que..., al pronto...; en fin, señor, no puedo remediarlo, pero le encuentro muy lagotero...

—Procura dormir, ó á lo menos no impedir el que yo lo haga.

—Ya lo creo que lo haréis; vos dormiríais, señor, en la punta de un campanario.

Serían las diez próximamente cuando no se oía en el molino más que el ruido del agua, cuya presa no movía las piedras aquella noche.

El molinero era galante con sus huéspedes, hasta el extremo de impedir que sus criados trabajasen.

Antonio estaba desvelado.

Era un hombre cuyo miedo le hacía muy impresionable.

Y aquella noche su terror era absurdo.

Primero, porque había noticias de que la partida de la Capitana no frecuentaba aquellos sitios, caso de no haber sido entregada.

Y segundo, porque ¿qué podían temer de aquélla ochenta hombres?

El mismo procuraba tranquilizarse con tal seguridad.

Había oído decir que para conciliar el sueño que tarda, es bueno rezar ó contar mentalmente.

Empezó á hacerlo.

Pero á cualquier rumor levantaba la cabeza, y aplicaba el oído.

¡Y digo si en un molino hay rumores!

Así transcurrieron dos horas, en cuyo espacio de tiempo rezó en latín y castellano todo lo que sabía. Ya empezaban á entornarse sus párpados; se prometía un buen sueño.

Cuando de repente...

Tal vez el molinero estaba desvelado, y tampoco podía dormir.

Solamente que ignoraba la receta de Antonio, ó por lo menos le fué ineficaz: si oró ó contó, no pudo conciliar el sueño.

Por eso sin duda salió á tomar el fresco hacia la montaña, á eso de las once de la noche, cuando Antonio empezaba á entornar los párpados.

El molinero, con las manos en los bolsillos del calzón, iba canturreando una *ronda* del país.

Puede que pensara en la ganancia que le iban á dejar aquellos huéspedes, ó en otra cosa cualquiera.

Pero debía ser muy alegre, porque expresaba una gran satisfacción.

Apenas se internó entre las matas bajas, esto es, á unos cincuenta pasos del camino, espantando á los conejos, cuando subió el diapasón, hasta el extremo de poder decir que cantaba á grito pelado.

De repente calló al ver una sombra que se pintaba en el sendero.

Era un hombre que le salía al paso.

Mirando con cuidado entre aquella semioscuridad, se echaba de ver que el ramaje presentaba una masa más compacta que de ordinario.

Había muchos hombres agazapados detrás de las matas.

El individuo ante quien se había detenido el molinero avanzó un paso.

—¿Eres tú, Jorge?—preguntó éste.

—¿Quién diablos quieres que sea?

—¡Ese que tú has dicho: el diablo!... Aunque, á decir verdad, entre Satanás y tú hay muy poca diferencia.

—Vengamos á lo que importa...

—¿Y la Capitana?

—Espera el resultado en su guarida, media legua de aquí.

—¿Por qué no viene? ¿Se lo impide el miedo? Sería la primera vez en su vida que desperdicia la ocasión de sahumarse con pólvora.

—En efecto, creo que teme.

—¡Bah!

—Al principio estaba muy animada, como se la ve cuando llega una de estas funciones, que son tan de su agrado; pero cuando llegó aquí la tropa esta tarde, y la dijimos que venía con ellos el alférez de guardias, cedió su brío, llegando á exclamar, ¡asómbrate!:

—«Renuncio á la parte que pueda tocarme; yo no me mezclo en nada, y os aconsejaría que hicierais lo mismo.»

—¿Eso dijo?—exclamó el molinero asombrado.

—¡Como lo oyes! Abriga la creencia de que estando ese mozalbete mezclado en el negocio todo saldrá mal.

—¡Pardiez!

—Y yo, por lo mismo, manifiesto mayor empeño; quiero ver si se pone al alcance de mis pistolas... Entonces, ya puede encomendar á Dios su alma...

—¡Renunciar á una presa tan bonita como la que hay en el molino!

—¿Cuánto?

—Cuarenta cajones de regular tamaño.

—¿Oro, ó plata?

—Puede que ambos metales: los chicos sudaban cuando descargaron los machos.

—¡Cuarenta cajones!

—Sí; pero... ¡ochenta soldados!

—¡Y nosotros que no somos más que cincuenta, con la gente que hay en el molino!

—No importa: aunque parezca lo contrario, la ventaja está en nuestro favor.

—¿Qué plan es el tuyo?... Pues tú debes haber formado alguno, según se haya colocado la gente.

—¡Y tanto como le he formado!... Creo que es infalible.

—Veamos.

—Las cajas con el dinero están en el lienzo de la de-

recha del corral, custodiadas por dos hombres; pero no hay que pensar en ellos, puesto que no han de irse de allí.

—¡Es claro!

—En el lienzo de la izquierda han puesto los fusiles y los sables en pabellón, bajo la custodia de dos hombres; los demás, con el capitán, duermen por un lado y por otro, pero completamente desarmados, y sin ningún recelo.

—Entonces la cuestión está en apoderarnos de las armas...

—Justamente; para lo cual debéis dejar aquí las escopetas...

—¿Pistola en mano?

—¿Y por qué no el puñal? Eso hace menos ruido.

—Tienes razón; pero ¿y el alférez?

—Duerme arriba en el granero con su criado... Cuando quiera acudir, ya será tarde.

—Prosigue.

—Nos dividimos en dos grupos de á veinticinco; mientras unos entran por la puerta del corral, que yo abriré, los otros saltan la barda por la parte de la izquierda...

—¿Donde están los fusiles?

—Sí: el grupo que va á mis órdenes, caerá, puñal en mano, sobre los que duermen; vosotros os apoderáis de las armas.

—Y los que libren del puñal, se encuentran indefensos.

—Un par de descargas lo hacen todo: tengo seguridad completa.

—Tendrán que rendirse sin combatir.

—¿Qué te parece el plan?

—¡Magnífico!... Es imposible que fracase.

—La soledad del sitio va en nuestro abono... El pueblo más cercano dista una legua; de modo que, aun cuando oigan las descargas, primero que acudan, ya estarán las cajas en la montaña.

—Pues entonces no hay tiempo que perder.

—No, reune á la gente, y que me sigan veinticinco.

—¿Tienes la llave de la puerta del corral?

—Sí; pero entrarán por la casa.

—Tu grupo es el de la matanza.

—Y el tuyo el de los fusiles.

—Cuando hayamos puesto fuera de combate algunos de primera intención, nos reunimos todos, y hacemos fuego sobre los que quedan.

—¿Y la dama?

—Se cuidará muy bien de no salir del molino; y una vez las cajas en salvo, libre es de continuar su camino, si quiere y si le queda con quién.

—¡Pues, andando!

Jorge hizo sonar un pito, cuyo silbido indudablemente no se percibió desde la casa, aunque hubiera alguno despierto.

En seguida brotaron de entre las matas cincuenta hombres, armados cada cual con su escopeta y sus pistolas al cinto.

Allí estaba toda la partida; sólo faltaba la Capitana.

Los dos jefes eran Jorge, su segundo y amante, y el molinero.

Por recomendación de aquél, dejaron las escopetas entre las matas.

Jorge escogió veinticinco hombres, á quienes explicó el plan.

En seguida les dijo:

—El puñal en la boca para tener libres las manos el saltar la barda; tenemos que apoderarnos de los fusiles.

Mientras tanto, el molinero decía al grupo que comandaba:

—Vosotros seguidme cuchillo en mano; vamos á entrar en el corral por el molino; allí no hay más que dar gusto al brazo sobre los que duerman: hoy ganáis de seguro el infierno, pues vais á dar muchas almas á Satanás.

El que más y el que menos de los que allí había ya le tenían ganado.

Los dos jefes se separaron, después de haberse estrechado la diestra.

—Te recomiendo al alférez.

Con esta frase se despidieron.

El amo se dirigió hacia el interior del molino, y el otro hacia la barda.

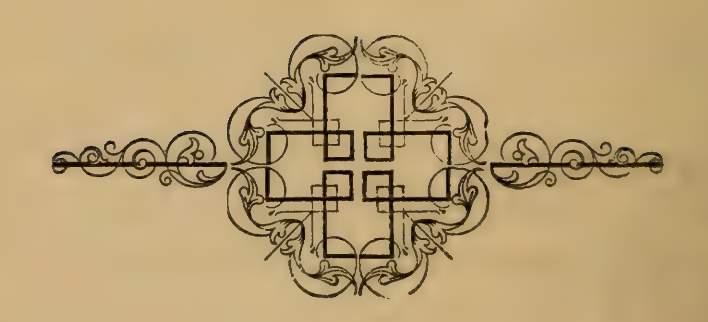
En aquel momento eran las doce.

Al saltar por encima de la tapia, á uno de los asal-

tantes se le salió la pistola del cinto, escapándosele el tiro.

Antonio, que empezaba á rendirle el sueño, abrió los ojos, y se sentó en su improvisado lecho de paja.

Su amo dormía como un bienaventurado.





CAPITULO LXXVII

El combate.

El mozo aplicó el oído.

Estaba en la situación de aquel que confunde las quimeras del sueño con la realidad.

No podía asegurar formalmente que hubiera sonado lo que él había oído.

Casi estaba por asegurar lo contrario, teniendo en cuenta que se había dormido sospechando del molinero, y antojándosele los dedos huéspedes.

El miedo hace cosas que pueden calificarse de milagros, y Antonio, que no era valiente, aquella noche se sentía menos esforzado que nunca.

Aquel molino se le venía encima con su aparente tranquilidad; tenía para él la quietud del abismo, el horrible silencio de los sepulcros.

No sabía si en realidad había sonado una detonación; pero bien podía haber sonado.

Los espíritus débiles admiten de la noche todo cuanto puede dar, y un poco más.

La noche es, como el mar, capaz de todas las brutalidades posibles.

Antonio, desde que tenía uso de razón, no había visto nunca anochecer sin terror.

Sentado sobre su haz de paja, escuchaba con una ansiedad inmensa.

En aquel momento era capaz de oir lo que ocurriese á muchas leguas de distancia.

La casa donde hallábase el granero ocupaba un ángulo opuesto al corral: sin embargo, la distancia que los separaba no era tan grande, y la disminuía para cualquier ruido el silencio de la noche.

Antonio creyó percibir algunos ayes ahogados que traspasaban aquel silencio.

Eran ayes sin eco; parecían de muerte, como cuando la vida se corta de improviso.

Y no tenían nada de simultáneos; primero uno, después otro, como si no quisieran dejar lugar á duda.

No, el mozo ya no dudaba; se puso en pie, y se dirigió hacia su amo, á quien tocó en el hombro sin ceremonia.

Antonio hallábase transido de terror; pensaba en el molinero.

En aquel supremo momento su monita se le figuraba hipócrita, nauseabunda.

No parecía sino que acababa de oir su conversación con Jorge.

Pero su amo no despertaba.

Le sacudió con fuerza, como si se tratase de un igual suyo.

—¿Quién va?—exclamó Juan, abriendo los ojos.—¡Ah! ¿Eres tú, Gertrudis?

En aquel instante soñaba con la Capitana.

Ya sabemos que aquel sueño tenía algo de profético.

—¡Señor! ¡Señor!—le dijo el criado en voz baja.

—¿Qué ocurre? ¿Vamos á partir ya? Aun es de noche.

Y Juan se frotaba los ojos, como si aun no hubiera despertado del todo.

—¡Señor, algo pasa en el corral!... ¿No oís?

—¡Cómo!

—Parece que alguien se queja allá abajo.

—Sí, las ratas del molino, que chillan. ¿Y para eso me despiertas, imbécil?

—He oído una detonación..., y después ayes de muerte.

—¡Miserable! ¡Si consigues que me levante, voy á rajarte de arriba abajo!

—¡Pero, señor, tengo yo la culpa de!...

Una descarga interrumpió la voz de Antonio, que cayó de bruces sobre el haz de paja que formaba el lecho de su amo.

Después se oyeron estos gritos.

—¡Traición!... ¡A las armas!... ¡A mí los valientes!

La descarga se repitió, yendo acompañada de imprecaciones.

Entonces Juan de Zúñiga se puso en pie de un salto; amartilló una pistola, empuñándola con la mano izquierda, y esgrimió el acero con la derecha.

En seguida se dirigió hacia la escalera de caracol, que ponía en comunicación el granero con el piso principal.

Al cruzar la sala, iluminada por la débil luz de un farol, se vió detenido por la dama y su doncella, á quienes había despertado el ruido de las descargas.

Aquélla le preguntó asustada:

—¡Ah! ¿Qué pasa, señor de Zúñiga!

—No sé, y voy á verlo... Que nos roban probablemente... No me detengáis... Sobre todo, no salgáis de aquí, adonde no puede llegar el peligro.

En seguida, dirigiéndose hacia la escalera de caracol, y levantando la voz, gritó: —¡Antonio, ya que no sirves para otra cosa, acompaña á esta señora!

Y se perdió en la escalera que conducía al piso bajo del molino.

Las descargas se sucedían, siendo más ó menos nutridas; seguían oyéndose ayes é imprecaciones.

Por delante de él cruzaban algunas sombras que huían.

Eran soldados que gritaban:—¡Traición! ¡Ahí están los bandidos!

Juan pensó en la Capitana, y sonrió, exclamando:

—¡Me alegraría que nos viésemos frente á frente!

Pero sin detenerse, penetró en el corral.

Allí la luz de la luna iluminaba un cuadro que le avergonzó.

Los bandidos se habían apoderado de las armas, y fusilaban impunemente á los soldados, que ni acertaban á huir.

Su terror, al despertar de aquel modo, era grande.

En vano el capitán, con la espada en la mano, los arengaba para que se defendiesen, ya que no atacasen.

Algunos disponían de sus sables y bayonetas, que no acertaban á sacar de la vaina.

Parte de los bandidos se apoderaban ya de las cajas.

La situación era crítica.

Juan se colocó de un salto en medio del corral, y exclamó con voz de trueno:

—¡A mí el que tenga vergüenza, y no se deje matar como un conejo!

—¡Por el rey, y á ellos, muchachos!—gritó el capitán.

Entonces sonó una descarga, y el infeliz cayó atravesado el corazón.

Aquella muerte pareció librar á los soldados de la responsabilidad en que incurrían al no defenderse como debieran.

Uno de ellos vomitó este cobarde grito:

—¡Sálvese el que pueda!

Poseído de indignación por aquella conducta, que tanto rebajaba el valor del soldado español, Juan, en medio del corral, volviendo la espalda á los bandidos, insultaba á la tropa, que se dejaba robar impunemente, sin intentar el menor esfuerzo para no dejarse arrebatar lo que le estaba confiado.

Aquel hombre era al mismo tiempo un león y una salamandra, porque Jorge, al reconocerle, mandó hacer fuego.

Las descargas se sucedían sin interrupción; Juan, vomitando apóstrofes, estaba rodeado de una melena de fuego rojiza.

Pero las balas le respetaban: mucho debió trabajar el diablo aquella noche para salvarle.

Viendo Jorge aquel caso verdaderamente extraordinario de un hombre que se burlaba del plomo y de la pólvora, avanzó, pistola en mano, gritando fuera de sí:

—¡Oh! ¡Ahora no te me escaparás!

É hizo fuego, casi á boca de jarro, aunque sin tocarle.

Al ruido de la detonación, Juan volvió la cabeza, en el momento en que aquél le asestaba la otra pistola.

Aun tuvo la suficiente sangre fría para lanzar una carcajada al reconocerle, y le dijo:

—¡Ah!... ¿Eres tú? Voy á darte mi regalo de boda para cuando te unas con la Capitana.

Y extendió el brazo derecho, marcando un terrible revés.

La cabeza de Jorge, separada del tronco, fué á caer á los piés de los bandidos, que retrocedieron horrorizados.

Aprovechando aquel instante, gritó el joven:

—¡A ellos, muchachos! ¡Ya veis que huyen!

Ante le heroica conducta del alférez, un sargento, que había hecho esfuerzos inauditos para reunir á los dispersos soldados, logró formar un grupo de unos veinte, á quienes gritó:

—¡No tenéis vergüenza si le dejáis morir sin defenderle!

Y poniéndose al lado del joven, sin ver si le seguían ó no, dijo:

—¡A ellos, mi alférez! Nosotros dos bastamos para hacerles morder el polvo.

Ante aquella carga de dos hombres solos sobre cuarenta, los bandidos retrocedieron.

Ya no tenían más jefe que el molinero, el cual los insultaba llamándoles cobardes, y se batía también á cuerpo descubierto.

Los soldados, dominando su terror pánico, avanzaron, imitando la conducta del alférez y del sargento.

Unos esgrimían sus sables, otros sus bayonetas.

Así llegaron hasta apoderarse de los fusiles, que los bandidos arrojaban en el suelo para poder huir mejor.

Entonces empezó un fuego graneado, á que sólo contestaban el molinero y ocho ó diez de los suyos, que querían hacerse matar.

Los otros escalaban la tapia, cayendo muchos al suelo en el momento en que transponían el borde.

Los soldados que huyeron, volvían á la obediencia, alentados por la conducta de sus compañeros.

Aquello fué obra de un instante: la victoria se decidió por los buenos.

Algunos, aprovechándose del fragor del combate, quisieron apoderarse del dinero mientras los demás se batían; pero cayeron sin vida sobre los cajones objeto de su codicia.

Las descargas cesaron, no habiendo ya enemigos á quienes combatir.

Todo aquello duró una media hora.

El corral parecía un verdadero campo de batalla.

Entre unos y otros hubo veinte hombres fuera de combate.

La luna iluminaba gestos horribles de dolorosas agonías; y sobre los que agonizaban entre sangre negruzca, se veían esas heridas bestiales que hace ese monstruo que se llama guerra, el cual destroza los miembros como la pantera y el tigre.

Todo había concluído.

En medio del corral, en un charco de sangre coagulada, aparecía el capitán con el corazón atravesado, pálido el rostro y contraídos los labios.

Sus ojos, espantosamente abiertos, parecían fulminar aún terribles miradas sobre el cobarde enemigo que se había aprovechado de su sueño.

Juan se estremeció.

No hacía aún dos horas que aquel joven, lleno de vida, cenaba alegremente con él.

Jorge estaba á su lado.

La muerte reune así á los buenos y á los malos, á vencidos y vencedores.

El joven le miró con cierta cruel complacencia, exclamando, presa de unos celos inverosímiles:

—¡A lo menos no se desposará ya con la Capitana!

En aquel momento, Gertrudis, que, como sabemos, no había querido tomar parte en el combate por un sentimiento supersticioso al saber que se encontraba allí el alférez, y que desde su cubil de la montaña había estado oyendo el fragor de la pelea, recibía á los primeros fugitivos, que iban á darle cuenta de su derrota y de la muerte del segundo jefe.

Recibió impasible la noticia de su prematura viudez.

Unicamente preguntó:

—¿Quién le ha dividido la cabeza del tronco?

—¡Ese alférez de Satanás, á quien Dios confunda! —le contestaron.

—¡El alférez!... ¡Oh!... ¡Ese hombre!... ¡Ese hombre!...

¿Qué quería dar á entender con esta exclamación?

El molinero apareció con una herida en la cabeza, y habiendo oído las palabras anteriores, replicó:

—¡Ese hombre es el diablo! ¡Se ha burlado de nosotros y de nuestras municiones!

La Capitana contó su gente: faltaban veinte; ocho muertos y doce prisioneros.

Después de ordenar la retirada, iba exclamando al cruzar por el sendero:

—¡Ese hombre va á ser causa de que todo se pierda! ¿Por qué pienso tanto en él? Hoy me ha quitado á Jorge...; mañana..., ¡tal vez me quite la vida!... ¡Cuando pienso que le he tenido dos veces entre mis manos y le he dejado marchar! ¡Oh! ¿Qué podía hacer con él?

Y aquella mujer de hierro sollozó, acaso por la primera vez desde que vivía en la montaña.

Los bandidos que lo presenciaron, creyeron que aquellas lágrimas caían sobre la memoria de Jorge.





CAPITULO LXXVIII

De cómo Mucio Scévola tuvo envidia á los de Arévalo.



A sabemos que Antonio cayó de bruces sobre la paja que le servía de lecho á las primeras descargas.

No perdió el conocimiento, pero cerró los ojos.

Los cobardes creen que así disminuye el miedo: para ellos, el peligro pierde su fuerza no viendo sus estragos ni su aproximación.

En el estado de su espíritu no pudo oir la voz de su amo, que le ordenaba acompañar á la dama, en vista de que no servía para otra cosa.

Pero ni aun para esto era útil: necesitaba que le acompañasen á él.

Cuando abrió los ojos tuvo miedo al encontrarse solo.

Era capaz de volar al sitio del combate para procurarse compañía.

El miedo presenta esta clase de fenómenos.

Hay *medrosos valientes*, por más que esta frase ofrezca un terrible contrasentido.

Antonio se encontraba en este caso.

Las descargas menudeaban, indicando que la muerte estaba en la recámara de los fusiles.

La brisa de la noche llevaba hasta él esos gritos del combate, esa siniestra algarabía de danza macabra.

Ayes y maldiciones, voces de mando, gritos con que los combatientes reaniman su valor.

Alguna bala perdida, silbando, furiosa y estridente, se alojaba entre el bálago que formaba el techo del granero.

Antonio bajaba la cabeza, procurando esconderla entre los hombros con ese movimiento que, no por ser natural é instintivo, es menos justificado.

Esto se repitió varias veces.

La hierba, reseca por el sol, al sentir el plomo, parecía que se quejaba.

Algunos murciélagos cayeron asustados á los pies del pobre mozo, que se sentía mal allí, creyéndose poco seguro.

Lanzóse hacia el caracol, y bajó como una piedra que rueda.

Pero al encontrarse en el principal, estuvo por re-

troceder asustado, creyendo que el enemigo estaba allí.

A los rayos de la luna que penetraban por una de las ventanas, vió en medio de la habitación dos sombras de hinojos, en actitud de orar.

Eran la dama y su doncella, que pedían á Dios por los suyos, suponiendo que corrían un gran peligro.

Pero Antonio ya no se acordaba de ellas; sólo pensaba en sí mismo.

Las dos, al verle, lanzaron un débil grito; tampoco se acordaban de él, y probablemente le tomaron por un enemigo que entraba al asalto.

La doncella fué la primera que le reconoció.

—¡Antonio!—dijo, lanzando un suspiro de alegría al ver que no estaban solas.

Lo mismo experimentó el mozo; tampoco estaba solo.

La dama corrió á su encuentro, y creyendo que llegaba de la parte exterior, le preguntó:

—¡Ah! ¿Qué ocurre?

En aquel momento una descarga cerrada hizo trepidar el aire y retemblar el piso.

—¡Eso es lo que ocurre!—exclamó el infeliz en el colmo del terror.—¡Horrible noche! ¡Creo que no veremos el sol de mañana!

—Pero ¿y vuestro amo?

—Disfrutando del baile probablemente. ¡No sabéis lo que le gustan esas funciones!

—¿No le habéis visto? Estaba aquí hace un momento... ¡Y el capitán!... ¡Dios mío, qué será de ellos!

—¡Ah! ¡Qué bien se dormirá á estas horas en cualquiera de las celdas del convento de jerónimos!

—¿Por qué no bajáis á informaros?

—¡Yo! *¡Vade retro!*... Además, sin necesidad de exponerme puedo deciros lo que pasa, como si lo leyera en un libro. La partida de la Capitana ha olido que llevábamos dinero, y manda á su gente para que nos aligere del peso. Es una señora que hace las obras de caridad á tiros.

—¡Dios mío!... ¡Y puede que no os equivoquéis!

—Tengo la seguridad de acertar en mis juicios..., y pensando mal, resulta que pienso bien. ¡Con razón desconfiaba yo de ese molinero!

—¡Ah! ¿Desconfiabais?

—Desde un principio...; pero mi señor quiso arrancarme la piel por mis sospechas. ¡Quién sabe si el molinero le habrá arrancado la suya!

—¡Qué horror! ¡Entonces estamos perdidas!

—El fuego sigue...

—¡Me parece que los disparos suenan más cerca!—exclamó la muchacha.

—¡Eso es que el enemigo va ganando terreno!

Y Antonio buscaba con los extraviados ojos sitio á propósito donde ocultarse.

—Y ¿por qué no han de ser los nuestros los que triunfen?—dijo la dama, que era la que conservaba más firmeza de ánimo.

—¡Los nuestros, á quienes habrán pillado dormidos!

—Pero á lo menos hacen resistencia: esas descargas lo indican.

—¡La resistencia de los que no quieren dejarse matar!

—¡Oh! ¡Qué horrible noche!

Por fin cesó el fuego, y se restableció el silencio.

Pero era un silencio sombrío: lo mismo podía proceder del triunfo que de la derrota.

La angustia de aquellos tres personajes era grande.

Incertidumbre... Ansiedad...

¿Qué había pasado?

Permanecer en aquella duda era terrible.

La dama suplicó á Antonio que saliera para transmitirlas las noticias que pudiera adquirir.

Pero Antonio tuvo la franqueza de confesar que antes le hacían tajadas que arriesgarse él en aquella casa, donde había un molinero tan sospechoso.

—Pues bien,—dijo la dama con entereza:—yo iré.

Y se dirigió hacia la puerta, á tiempo que se presentó el sargento de parte del alférez para tranquilizarla, diciéndole que nada tenía que temer.

Los tres le rodearon con interés.

El bravo militar estaba negro y rojo.

La pólvora tiznaba su rostro; la sangre manchaba su uniforme.

La dama le hizo dar detalles de todo lo que había pasado.

El sargento satisfizo su curiosidad con lo que sabía, refiriendo la muerte del capitán, y el heroico comportamiento del alférez, que se había puesto al frente de la tropa, y á quien se debía la conservación de todo y el triunfo conseguido.

Antonio respiró con fuerza.

—¡Siempre es un honor el servir á las órdenes de un hombre tan valiente!—exclamó.

—¡Pues poco se os ha pegado de ir en su compañía! —replicó la doncella.

Entre tanto, Juan de Zúñiga, que se había hecho cargo del dinero y de la gente, disponía lo necesario para la seguridad de todos hasta el amanecer, que emprenderían la jornada.

Enterráronse los muertos en el mismo corral, y guardando los heridos y prisioneros, de los que habían cogido doce, según ya dijimos, despachó un propio al alcalde del inmediato pueblo para que se hiciera cargo de los últimos, enviándolos fuertemente escoltados á San Sebastián.

Después pidió al sargento recado de escribir, poniéndose á instruir una especie de sumaria de todo lo que había pasado, que debía entregar en Madrid al ministro de la Guerra.

Cuando hubo terminado, se dirigió á la habitación que ocupaba la dama, haciendo que le acompañasen el sargento y hasta tres soldados.

Llevaba en la mano una cartera con los papeles del difunto capitán.

Después de reunirlos á todos, dijo:

—Se trata de una formalidad que hay que llenar, por más que, como todos, deplore el motivo que me pone en este trance. Ninguno de vosotros ignora que yo voy preso bajo mi palabra de honor: ignoro la acusación que pesa sobre mí; pero aun cuando ha muerto aquel bajo cuya custodia iba, no me encuentro menos ligado que antes lo estaba, y aun cuando el sargento es mi subalterno, le reitero mi palabra de no escaparme, presentándome con él al ministro de la Guerra, que es el que me reclama.

Todos asintieron, y el sargento manifestó en voz alta *que tenía el honor de hacerse cargo de un preso* que procedía tan noblemente, habiendo podido escaparse.

—No es eso todo,—prosiguió Juan.—A consecuencia del ataque de esta noche, ha sucumbido, cumpliendo como bueno, el jefe que nos mandaba.

Iba encargado de una conducta de dinero que debía entregar en Madrid.

De sus papeles resulta que ésta asciende á la suma de cuarenta mil duros, distribuídos en cuarenta cajas, á razón de mil duros cada una.

No ha quedado más jefe de graduación que yo; y sea la que quiera la falta, que no delito, por la que se me persigue, creo que no me privará del honor de hacerme cargo de ese dinero y de la partida que le custodia.

Os reuno á todos para que seáis testigos de mi de-

terminación, y de cómo asumo la responsabilidad que pudiera tocarme desde este momento. ¿Estáis conformes?

—¡Lo estamos!—dijeron sargento y soldados á una voz.

El primero añadió:

—Vuestra jerarquía en las filas os hace jefe nuestro; nosotros aceptamos como tal al hombre que acaba de salvar nuestro honor, haciendo que no deshonrásemos nuestro uniforme, dejándonos arrebatar lo que se nos había confiado.

—Entonces, firmad esta sumaria.

Y el alférez exhibió el papel que acababa de escribir, en el cual estamparon su firma los presentes, empezando por la dama.

Después guardó aquél los papeles del capitán.

Cuando todos salieron, dijo la dama:

—Vuestra conducta no ha podido ser más noble, caballeresca y leal en esta ocasión.

—¡Señora!...

—Estoy enterada de todo. No teníais obligación de batiros, puesto que ibais preso; habíais dado vuestra palabra de no escaparos, y esto bastaba.

—Para mí, no; visto un uniforme del rey.

—Pero vuestra espada había sufrido un entredicho; la llevabais al cinto por pura complacencia del que había recibido vuestra palabra.

—A pesar de lo que decís, creo haber cumplido con mi deber.

—Habéis ido más allá, arriesgando la vida por defender lo que no se os había confiado.

—No podía consentir que el dinero de la nación pasara á manos de unos ladrones.

—Además, la tropa sorprendida se había declarado en dispersión, y vos la habéis encaminado por la senda del honor.

—¡Basta, señora! Me estáis sonrojando...

—Sólo me falta haceros una pregunta.

—Hablad.

—¿A quién destináis esa sumaria?

—Al señor ministro de la Guerra, marqués de Grimaldi.

—¿Tenéis la bondad de proporcionarme los medios para escribirle una carta?

—¡Al ministro! —exclamó el joven sorprendido.

—Sí.

—Pues bien, aquí los tenéis.

Sobre una mesa de tosco pino había papel y el tintero del sargento.

La dama se puso á escribir.

Zúñiga y su criado la contemplaban á una distancia respetuosa y discreta.

¿Quién era aquella mujer que se carteaba con un ministro? Sobre todo, ¿qué le decía?

Terminada la carta, que fué algo extensa, y después de metida dentro de un sobre que selló con lacre, la dama se dirigió al oficial, diciéndole:

—Tengo que pediros un favor.

—Mandad y obedeceré, señora.

Nuestras jornadas no pueden ser muy largas, y esto vos lo sabéis mejor que yo.

—Seguramente.

—De modo, que aun tardaremos en llegar á Madrid...

—Lo menos seis días.

—Seis días es mucho para que el ministro ignore lo que pasa; tengo interés en que lo sepa cuanto antes, y en que esté enterado de todo á vuestra llegada. Creed que esto no es una vana complacencia mía; tengo autorización para hablar así.

—Lo creo, señora. ¿Qué deseáis?

—¿No sería posible mandar un propio al ministro, y que le entregase estos papeles?

—¿Por qué no? Cualquiera de mis soldados, en un buen caballo...

—No quisiera distraer á ninguno de ellos. Por desgracia, la fuerza ya está mermada.

—Es que una comisión así no puede desempeñarla un desconocido.

—Supongo que tendréis confianza en vuestro criado, que no forma parte activa de la expedición.

—Absoluta.

—¿Conoce el camino?

—Aun no hace un mes que le ha recorrido conmigo viniendo de Madrid.

—Pues si os parece...

—Está amaneciendo; partirá en seguida, y nosotros también.

La dama se retiró para prepararse, y Antonio acudió al llamamiento de su amo.

No bien se enteró de lo que se exigía de él, se puso á temblar, tornándose excesivamente pálido.

—¿Qué es eso? ¿Rehuirías una comisión tan honrosa?—le preguntó Juan.

—Señor, ¿y los bandidos, quienes pueden tomar en mí sangrienta revancha?

—Pero, estúpido, ¿crees que, después del descalabro recibido, estarán en las cercanías esperando nuestro paso?

—Pero ¿y si están?

—¿Es decir que, según tu juicio, después de lo ocurrido no debe nadie transitar por estos contornos? ¿Que cuando una dama necesita de ti, yo debo decirla que no te da la gana de ponerte á su disposición? Pues, amigo mío, el que no es capaz de servir á una dama, tampoco puede estar á mi servicio. Desde este momento te dejo en libertad para que busques otro amo.

Antonio no vaciló un momento, y con la resolución de un romano que se sacrifica por salvar la república, alargó la mano, exclamando:

—Vengan esos papeles.

Mucio Scévola debió estremecerse de alegría en su sepulcro, deplorando por primera vez no haber nacido en Arévalo.

La dama llamó á Antonio para darle las últimas instrucciones.

Estas se encerraban en un bolsillo, á través de cuyas verdes mallas se veían algunas monedas de oro.

Cinco minutos después partía Antonio al galope de un buen caballo, pidiendo á Dios que le sacase con bien de la montaña.





CAPITULO LXXIX

Cómo una canonesa desheredó á un conde.



El conde de la Estrella paseaba una tarde bajo las frondas del parque del castillo de Irusteta.

El cielo estaba despejado, la brisa era suave, las flores del otoño le regalaban su aroma, las aves cantaban entre el ramaje...

Pero el conde no hacía caso de las aves, ni del aroma, ni de las flores, ni de la brisa, ni del cielo.

No estaba en aquel momento para poesía.

Se acordaba de su vajilla, y de la carta que había recibido por la mañana.

Su tía, que reposaba á la sazón de las fatigas del

viaje, llena de piedad cristiana le había llamado imbécil por su excesiva confianza.

La servidumbre del castillo, enterada del caso, se burlaba de él, y no tan en secreto que no descubriese en los labios de cada criado cierta risita sarcástica.

El hecho no tardaría en hacerse público, y el conde, con su candidez, representaba un papel tristísimo.

Más de una vez le ocurrió la idea de huir de aquel sitio.

Entonces no se conocía aún «el ostracismo» ni «el amargo pan de la emigración».

No hay, por lo tanto, que extrañar que estuviese todo lo más furioso que puede estar un conde, ni que pasase por alto las poéticas bellezas de aquella tarde de otoño.

Pensaba en el billete que había recibido por la mañana, y que estrujaba contra su pecho.

De su contexto deducía dos cosas.

Que su rival...

Porque hay que advertir que el conde se había acostumbrado á llamar su rival á Zúñiga, y ya sabemos que no tenía razón para ello.

Su rival había escapado bien de la cobarde asechanza del camino del Pardo; se burlaba de él, y había dispuesto el robo de la vajilla; por lo menos conocía á los ladrones.

Lo primero no lo extrañaba.

Juan era capaz de salir bien hasta del mismo

infierno, y del infierno mejor que de cualquiera otra parte, puesto que le apadrinaba el diablo, según se decía.

Pero ¡que tuviera relaciones con salteadores de caminos, que dispusiera robos él mismo!...

Esto le parecía inconcebible.

Hasta entonces había juzgado á Zúñiga capaz de todas las aventuras imaginables, menos de aquellas en que tuviere que pisotear su honor.

Pero desde el momento en que se enteró de que aquella partida iba mandada por una mujer, cuando tuvo ocasión de convencerse de que ésta era joven y bonita, ya se le hizo menos duro de creer que el alférez anduviera mezclado en el asunto.

Digámoslo en su obsequio: no supuso nunca que Juan se aprovechase ni de un maravedí de los robos de la Capitana.

Creyó únicamente que lo de la vajilla era una venganza, sin admitir en su egoísmo que estuviese autorizado para vengarse.

No conocía que lo que había hecho con él era una felonía indigna de un caballero.

Buscar y pagar cuatro ó cinco rufianes para que asesinen á un hombre, es peor que robarle á uno un objeto cualquiera, mucho más cuando en el robo resalta cierto ingenio que no se ve en la emboscada, donde sólo existe la brutalidad de la sorpresa.

Esto era lo que no comprendía el conde en medio de sus deseos de venganza.

Y el billete que tenía en el bolsillo se la ofrecía rápida y segura.

Es verdad que no llevaba firma, pero no podía dudar de su procedencia.

Siendo Juan el ofendido en el camino del Pardo, claro está que nadie más que él podía desear la revancha.

De aquí resultaba el robo y la premeditación.

Poco le importaba que Juan no se aprovechase de él; aparecía autor ó cómplice, y esto era lo interesante para un hombre que quería vengarse.

El conde se sentó en un banco.

Aunque era de piedra, se le figuró de pluma.

Era el banco de su venganza.

Allí meditó.

Se trataba de un alférez, de un pobre diablo sin relaciones, acusado de robo por un caballero que disponía de algún favor en la corte.

El delito aparecía patente y probado: Juan estaba perdido.

Podía hacerse constar de una manera evidente que al verificarse el robo estaba en el país.

Se le había visto en una posada, en compañía de su criado y de un fraile.

El posadero podía declarar, en caso necesario, que al hablarle de la partida de la Capitana, el joven no había expresado ningún temor, atravesando de noche

la montaña, sitio peligrosísimo, como quien está seguro de no ser atacado.

Estos detalles eran pruebas irrecusables que, hábilmente presentadas, podían perder á un hombre.

A los pocos días de esto se había verificado el robo.

Y aunque un anónimo no constituye prueba, aquel billete dejaba de serlo.

Lo del camino del Pardo era la firma, y aquella firma decía claramente: JUAN DE ZÚÑIGA.

El conde se levantó de aquel banco, más satisfecho que un alquimista de la edad media cuando creía haber encontrado la piedra filosofal.

Era la hora de cenar.

Doña Úrsula le vió en la mesa muy consolado, casi alegre y decidor, como un hombre que, en vez de perder ciento cincuenta mil francos, se los encuentra.

Al enojo, á la furia de aquella mañana, había sucedido la calma plácida del que nada tiene que deplorar en el mundo.

Hasta cenó con más apetito que otras noches.

—¡Vaya!—decía la canonesa.—Mi sobrino tiene una grandeza de ánimo que asusta....; ¡más vale así!... Confieso que yo, en su lugar, no me hubiera resignado tan pronto.

A los postres, y antes de levantar el mantel, la buena señora acostumbraba á rezar, lo mismo los que

comían con ella, multitud de oraciones, dirigidas á multitud de santos, y encaminadas á multitud de objetos.

Aquella noche, por galantería hacia su sobrino, aumentó un *Paternóster* á las ánimas, pidiéndolas que descubriesen al autor ó autores del robo.

El conde sonrió, dándola las gracias con un ademán de cabeza.

—No dudo, -dijo al despedirse,—que las ánimas atenderán nuestro ruego.

—Lo que yo te aseguro, sobrino mío, es que no he recurrido en vano ninguna vez á las ánimas.

Lo cual quería decir que la buena canonesa contaba con amigos hasta en el purgatorio.

Era una persona tan bienquista, que no había riesgo en suponer que los tuviese en el infierno.

Una vez solo en su habitación, el conde formuló una denuncia en regla, dirigida al ministro de la Guerra, de quien era amigo, contra Juan de Zúñiga, alférez de guardias valonas, desterrado á la sazón en San Sebastián *por sus escándalos y desórdenes*, suponiéndole autor ó cómplice del robo de una vajilla de su propiedad.

Como prueba irrecusable, inconcusa, acompañaba el billete de Juan.

Pero como la explicación de lo del camino del Pardo le hacía muy poco favor, el conde inventó una fábula, de la cual resultaba que, habiéndose encontrado allí casualmente y sin testigos, había abofeteado al

alférez para obligarle á batirse, sin poder conseguirlo.

Aquel documento, hábilmente redactado, fué dirigido por el conde á un pariente que tenía en la corte, á quien enteró de todo, para que se le presentase al ministro y le apoyase de viva voz.

Un individuo de la servidumbre de la canonesa partió al día siguiente para Madrid, portador de tan infame denuncia.

Hecho esto, el conde descansó como Dios después de sacar el mundo del caos.

Sólo que Dios había hecho algo bueno, por lo menos grande, y el conde acababa de cometer la segunda felonía, más negra, más nauseabunda que la primera.

No le faltaban medios para enterarse de lo que pasaba en San Sebastián.

A los ocho días su pariente le escribió que se había dado la orden de arresto contra el alférez Juan de Zúñiga, el cual debía presentarse en la corte á las órdenes del ministro de la Guerra.

Lleno de inmensa satisfacción, se frotó las manos, y tuvo la cruel complacencia de salir al camino para ver pasar al hombre á quien por una ruin venganza acababa de perder deshonrándole para toda su vida.

Oculto detrás de una peña, pudo ser testigo de todo.

El alférez, sin sospechar la odiosa mirada que se desplomaba sobre él, hacía caracolear su caballo junto á la portezuela del carruaje donde iba la dama.

—¡Siempre mujeres!—exclamó el conde.—Acaso

haya algún marido de por medio..., ¡aunque poca guerra les podrá dar ya! ¡Qué ajeno va de que yo estoy aquí!..., ¡yo!..., ¡el que ha tirado la piedra!

Efectivamente, Juan, que ignoraba la causa de su prisión, no podía sospechar que aquella piedra ocultase tanta infamia.

El conde regresó al castillo.

Aquel día comió bien; por la noche durmió mejor.

Hay seres cuya conciencia se satisface con malas acciones.

Al día siguiente circuló por el país la noticia, del ataque nocturno de los bandidos á la conducta de dinero.

Sólo que, como todas las noticias, se desfiguró, ignorándose el verdadero resultado; pues mientras unos afirmaban la verdad, otros decían que los bandidos se habían retirado llevándose carne entre las uñas.

El conde se estremeció, creyendo que se le había escapado su presa.

Pero luégo supo que el alférez no había huído.

—¡Mejor que mejor!—exclamaba á sus solas.—Esto robustecerá mi denuncia. El ministro y todos los que lo sepan, supondrán que el alférez estaba en connivencia con la Capitana, y que, habiéndoles salido mal el golpe, él, que ignora el motivo de su arresto, se deja conducir por disimular. De cualquier modo, ese lindo don Diego está perdido... ¡Yo me vengo, que es lo principal!... Tendré el gusto de verle remando en las galeras del rey.

Y en esta confianza, la vida del conde se deslizaba feliz en el castillo.

La canonesa estaba admirada.

Un día se atrevió á decirle:

—Pero, sobrino mío, ¿no piensas ya en tu vajilla?

Este le contestó, sonriéndose:

—¡Más de lo que creéis! Aunque me veis aquí, sin dedicarme, al parecer, más que al restablecimiento de mi salud, acaso no se tarden muchos días en que os anuncie el castigo del verdadero culpable.

—¿Le conoces?

—¡Y está preso!

—¡Oh! ¡Bien hicimos en rezar á las ánimas benditas aquella noche! ¡Con tal de que recobres lo perdido!

—Eso es algo más difícil; pero soy rico, y me satisface sólo el vengarme.

Los asuntos en que entiende la autoridad militar siempre apresuran sus trámites: por consecuencia, el conde, hablando con su tía, le había dicho la verdad; y calculando que Juan estaría ya en Madrid, esperaba de un momento á otro que le escribiese su pariente noticiándole el castigo.

Esta sería la señal de su regreso.

El conde entraría en su casa como el guerrero que vuelve de conquistar un reino, diciendo á su esposa:

—¿Pensáis aún en aquel barbilindo que tan gallardamente tiró de la espada aquella noche contra vues-

tro marido, que quería quitaros la careta? Pues hoy le tenéis remando por cuenta del Estado en tal ó cual presidio... ¿No sabéis? Entre sus hazañas se cuenta la del robo en cuadrilla .. ¡Oh!... ¡Os aseguro que es un perfecto caballero!... Solamente que la justicia del rey le ha encontrado digno de una cadena..., y se la ha puesto.

Así pensaba el conde.

Cada día que pasaba iba acercándose más á su venganza, á su felicidad.

Y como estaba seguro del éxito, no le consumía la impaciencia.

Esperaba esperando, y era feliz, por lo mismo que esperaba serlo.

Una mañana, el criado del castillo, que bajaba á Hernani, le entregó una carta.

¡Oh! ¡Una carta!

Sin duda era la que esperaba con tanto afán, donde se le daba la gran noticia.

Lo primero que hizo el conde fué lo que todos hacemos en caso idéntico: examinar el sobre.

Aquello le hizo fruncir un tanto el ceño: la letra no era de su pariente; no conocía aquellos caracteres.

Se apresuró á romper el sobre, desdobló el papel y miró la firma.

¡Juan de Zúñiga!

Sin duda, habiendo sabido que era él su acusador, y próximo á ser sentenciado, le pedía gracia...

¿Qué otra cosa podía escribirle el alférez?

—¡Gracia! - exclamó. —Nada de eso... ¡Oh! Seré inexorable en lo que de mí dependa.

Y animado de *tan buenos* sentimientos, empezó á leer.

Pero no pudo concluir.

El papel se desprendió de sus manos, cayó al suelo, y le pisoteó con furia.

En seguida empezó á vomitar todo el repertorio de maldiciones y blasfemias que conocía.

Los santos debieron estremecerse en la gloria.

A la sazón pasaba su tía por delante del aposento.

La buena canonesa, apoyada en el brazo del capellán, volvía de la capilla de dirigir á Dios su largo y acostumbrado formulario de peticiones.

Hacía ya muchos años que sólo oía palabras piadosas; desde que tenía uso de razón no se había acercado á su oído una blasfemia.

Al oir á su sobrino, se desmayó, cayendo al suelo redonda, porque el capellán no pudo socorrerla, ocupado como estaba en taparse los oidos.

Aquella tarde salió el conde del castillo con dirección á la corte, habiendo oído antes de labios de su tía que no pensase en heredarla.





CAPITULO LXXX

¡Pliegos para el ministro!

RAZÓN tenía el conde de la Estrella en darse á cien mil carretádas de diablos, y en maldecir de su suerte, negra y muy negra, desde que el alférez Zúñiga se había atravesado en su camino, cruzándole el pecho de una estocada.

Hay que disculparle.

El hombre que persigue una venganza por espacio de un día ó de muchos meses, el tiempo nada vale con relación al deseo, y en el momento de lograrla ve fallidos sus cálculos, tiene derecho á lanzar toda clase de improperios, por más que lastime las creencias religiosas de todas las canonesas del mundo.

Una cosa por el estilo le pasaba al conde de la Estrella.

Había empezado á leer aquella carta en la inteligencia de que le pedían perdón, y resultó que se burlaban de él.

Porque Juan de Zúñiga se burlaba, y vamos á saber los motivos que tenía para ello.

En primer lugar, Antonio, sin apresurar mucho su marcha, porque era muy mal jinete, llegó á Madrid tres días antes que su amo, y llegó sin contratiempo alguno.

Todo su terror duró al pasar la montaña, que era donde esperaba encontrarse con los bandidos.

La buena lógica, de la cual era Juan á veces digno representante, le decía que la partida de la Capitana estaría muy lejos de allí.

Así sucedió, en efecto.

Un ejército derrotado llora el fracaso que le ha hecho sucumbir muy lejos del sitio donde éste ha tenido lugar.

Aunque no sea más que la vergüenza le aleja.

Esto lo sabía muy bien Antonio.

No obstante, al pasar la montaña, la lógica perdió todas sus reglas, y lo improbable se hizo probable.

El absurdo tomó carta de naturaleza entre las cosas regulares, y en aquellos primeros momentos hu-

biera probado que dos y dos, sin perjuicio de ser cuatro, pueden ser diez y seis.

En cada mata veía un hombre que le acechaba, en cada árbol un grupo, en cada peña un ejército

Una piedra que se desprendiese, movida por algún lagarto; una hoja que cayera de la rama á impulso de la brisa; el arroyo murmurando en un remanso; el manantial goteando desde lo alto, todos estos ruidos inocentes de la naturaleza que vela, se le figuraban otras tantas voces que le pedían airadas la bolsa ó la vida.

Cuando veía á lo lejos algún caminante, algún pastor, alguna cabra en el pico de una elevada roca, se detenía bruscamente, celebrando consejo consigo mismo sobre si debía pasar ó no.

Cuando reconoció el sitio donde su amo, Olavide y él habían sido detenidos un mes antes por la Capitana y Jorge, se puso lívido.

Era una garganta estrecha, flanqueada por dos riscos enormes.

Aquel difícil paso duraba veinte minutos, aun yendo á caballo.

No había otro camino; tenía que pasar por allí.

Desde arriba dos hombres solos podían matar impunemente á un batallón.

Estuvo á punto de retroceder y volver al caserío.

Pero entonces, además de confesar su miedo, era preciso que devolviese á la dama aquel bolsillo que no había sabido ganar.

Y contenía monedas de oro.

Aquellas monedas representaban muchas comidas en una ó muchas hosterías.

Podemos decir, sin temor de equivocarnos, que su gula pudo más que su vergüenza.

Metió espuelas al caballo, y bajando la cabeza, avanzó, pidiendo á Dios que la Capitana y su partida estuviesen muy lejos de aquel sitio.

Lo estaban, en efecto.

Gertrudis lloraba á aquella hora su derrota, y la muerte y prisión de los más bravos de los suyos, deplorando que fuera Zúñiga el autor del desastre, Zúñiga, contra el cual nada podía, como si le hubiera encadenado pies y manos desde el momento de verle.

Al día siguiente, cuando Antonio se encontró en los llanos de Castilla, empezó por palparse para reconocer su integridad.

En seguida se apeó al borde del primer arroyo que le salió al paso, contemplándose en su movible cristal.

Antonio tenía miedo de ver á otro en su lugar.

Pero era el mismo, aquel Antonio auténtico, natural de Arévalo, al servicio de don Juan de Zúñiga, alférez arrestado de guardias valonas.

Allí respiró con fuerza; nada tenía que temer.

Pasado el peligro, le volvió el valor, que en los cobardes es fanfarronada.

Antonio se irguió sobre la silla de su caballo, puso

el puño izquierdo sobre el muslo, y dirigió á todos lados insultantes miradas.

Los que le veían en aquel ademán tan fiero, estaban muy lejos de sospechar que el día antes, entre la empinada montaña de Burgos, un niño, tosiendo un poco fuerte, le hubiera hecho caer de su caballo.

Parecía un Bayaceto, siendo solamente un Sganarelle.

Por último, entró en Madrid, deplorando no haber avisado antes para que hubiesen ensanchado las calles.

Procuraba quitar de su persona el vulgar aspecto de un Juan cualquiera.

Se había encontrado en un combate, á bastante distancia, es verdad, donde no podían alcanzarle las balas; pero las había oído silbar; además, era portador *de pliegos* para el señor ministro de la Guerra.

Esto da cierto lustre á la persona.

Un pliego para un ministro no le lleva un quídam.

Para esto se necesita ser correo de gabinete ó valija.

Antonio no se contentaba con ser esto último; sin embargo, no era lo primero.

Entró en la villa á galope, deplorando que su caballo no llevara fuegos artificiales en las herraduras para hacer más ruido.

En el trayecto que tuvo que recorrer, atropelló á media docena de personas.

¡Qué menos!

A una vieja le dislocó un hombro.

Y á los que querían detenerle, les gritaba con énfasis:

—¡Llevo pliegos para el ministro, del lugar del combate!

Todos creían que se trataba de algún desembarco de ingleses en la Península, y aquel día corrieron por Madrid noticias estupendas.

Los armeros retiraron sus armas de los escaparates para limpiarlas.

Efectivamente, aquel jinete empolvado, que metía tanto ruido y atropellaba á todo el que se oponía á su paso, parecía alguien.

Luégo, el nombre del ministro puesto en sus labios, le daba cierta respetabilidad.

Hablaba de combate, lo cual le hacía oler á pólvora.

Por espacio de algunos minutos, Antonio fué un personaje.

A pasar por Arévalo, le hubieran erigido una estatua sus paisanos.

Pero entonces no se estilaba esto, ni aun dar comidas á los héroes, á tanto el cubierto.

Antonio llegó á lo último de la calle de las Infantas, y echó pie á tierra ante la casa del ministro.

Entregó las riendas de su caballo á un pilluelo, que entonces, como ahora, abundaban en todas partes don-

de no eran necesarios, y subió los tres escalones de piedra que daban acceso al zaguán.

Por uno de los criados de escalera abajo supo que su excelencia estaba en casa, y solicitó verle.

Tal vez no lo hubiera conseguido; pero se agarró á la muletilla que le había servido para atropellar impunemente á todo el mundo, diciendo *que llevaba pliegos del lugar del combate*, y que había llegado *reventando caballos*.

El pleonasmo no sienta del todo mal cuando se trata de ver á un personaje.

Antonio fué introducido hasta la cámara del ministro, habiendo sufrido en el camino un verdadero aluvión de preguntas, que tuvo que dejar sin contestación.

Allí cedieron sus bríos.

No se había visto nunca en presencia de un personaje tan elevado; es decir, tan cerca; porque cuando estaba su amo de guardia en palacio, los veía de lejos.

Para él un ministro era un ser privilegiado, que nada tenía que ver con los hombres

Dios le había hecho de un kaolín especial, distinto del que empleó para fabricar á los demás seres.

Un ministro era el segundo del rey, y éste representaba el papel de una especie de lugarteniente de la divinidad.

Antonio no se atrevía á levantar la vista, temiendo quedar deslumbrado.

Hasta que le invitó á hablar una voz que pudiera convenir muy bien á cualquiera de los zapateros de la época.

Entonces miró, encontrándose con un hombre como los demás.

El marqués de Grimaldi, ministro de la Guerra, estaba vaciado en el molde de los demás míseros mortales.

Antonio le echó una mirada, que quería decir:—«¿Y esto es un ministro? ¡Apenas me atrevería yo á ser criado de este hombre!»

Sin embargo, le contuvo cierto respeto; y sacando el pliego suscrito por Zúñiga y la carta de la dama, se los entregó; haciendo una profunda inclinación de cabeza.

—¿De dónde venís?—le preguntó Grimaldi, antes de enterarse del contenido de aquellos papeles.

—De la sierra de San Cristóbal,—contestó Antonio.

Grimaldi debió creer que le hablaban de los antípodas, porque se encogió de hombros.

—¿Quién os manda? preguntó.

Una dama cuyo nombre ignoro, y el alférez de guardias don Juan de Zúñiga.

Antonio no se atrevió á decir «mi amo», porque se creía rebajado.

El ministro, que tenía muy buena memoria, recordó por el nombre del alférez los antecedentes que te-

nía de él respecto de la delación del conde de la Estrella, y exclamó:

—Y ¿qué hace ese alférez, que no se me presenta? ¿No estaba preso?

—Y lo está todavía, señor: no tardará en presentarse á disposición de vuecencia; pero esos documentos podrán enterarle, mejor que yo mismo, de lo que se trata.

El ministro empezó por abrir la carta que le dirigía la dama.

A medida que avanzaba en su lectura, su semblante expresaba mayor admiración.

Y como suele suceder en tales casos, cuando se trata de una noticia inesperada, el ministro concluyó leyendo en alta voz.

Los últimos párrafos de aquella carta eran altamente encomiásticos para el alférez.

En seguida leyó la sumaria de los hechos que aquél escribió bajo la salvaje impresión de la pelea.

Aquellas frases olían á pólvora, y parecía que destilaban sangre.

Cuando el ministro acabó de leer, permaneció meditabundo.

Allí se le decía de Juan todo lo contrario de lo que afirmaba la denuncia del conde de la Estrella.

Según ésta, Zúñiga era un bandido; según la sumaria y la carta, un héroe.

No había término medio: alguno de aquellos papeles mentía, pero mentía descaradamente.

Después de algunos segundos de reflexión, preguntó el ministro:

—¿Os habéis encontrado en el hecho que se refiere en este documento?

—Ignoro cuál sea; pero si se refiere al ataque nocturno de los bandidos, sí, señor; he tenido el honor de *batirme*.

Y Antonio recalcó la última palabra, por lo mismo que era una mentira.

Pero podía dar detalles mejor que otro cualquiera, y no era probable que su excelencia depurase tanto los hechos, hasta el punto de quedar por embustero.

—¿Qué ha pasado?—preguntó el ministro.

Antonio refirió detalladamente lo que había oído decir á su amo y á los soldados, añadiendo él algo de su cosecha que pudiera haber pasado en realidad.

El ministro estaba absorto.

Se trataba de un ladrón que, pudiendo robar á mansalva, arriesgaba su vida por conservar lo que no era suyo; de un preso que, pudiendo escaparse, empeñaba su palabra de honor ante un subalterno.

Por lo demás, lo que dijo Antonio estaba perfectamente de acuerdo con lo que le escribía la dama y con la sumaria de Zúñiga.

¿Qué significaba entonces la denuncia del conde?

No podía resolver nada antes de interrogar á Juan.

Así es que se dirigió á Antonio, diciéndole:

—¿Prosigue el alférez con su gente el viaje hacia la corte?

—Y con el dinero, - contestó Antonio, creyendo que esto era muy esencial.—Dentro de cuatro días, á más tardar, le tendrá vuecencia á su disposición.

—Está bien: retiraos, y volved con el alférez; se premiarán vuestros servicios, pues el rey no es ingrato con sus servidores.

Antonio saludó, y salió loco de alegría,

¿Qué premio le iban á dar en pago de servicios que no había prestado?

¿Tal vez un grado en la milicia?

No; estaba resuelto á rechazarle.

Se había batido una vez por referencia, y no se batiría más.

Le daba asco el plomo, y la pólvora era para él una materia nauseabunda.

Prefería el claustro, donde le llamaban sus aficiones, y estaba resuelto á pedir una plaza de prior en un convento de jerónimos cuya despensa conocía ya.





CAPITULO LXXXI

Antonio reconoce la ingratitud de los ministros.

Cinco días después de esta escena, entraba Juan de Zúñiga en el despacho del ministro.

Al revés de su presuntuoso criado, se había sacudido el polvo del camino, presentándose, con la modestia que convenía á un alférez de guardias, en calidad de detenido.

Es verdad que Juan había hecho algo que valía la pena, y Antonio nada absolutamente.

Por eso éste alardeaba y aquél no.

La sorpresa de Zúñiga fué extraordinaria al ver que ocupaba uno de los sillones del despacho la dama á quien había ido acompañando todo el camino, desde su salida de San Sebastián.

Aquélla le tendió la mano, como á una persona á quien se conoce de antiguo y se estima; el ministro se levantó de su asiento para recibirle.

La dama dijo:

—Tío, tengo el gusto y el honor de presentaros á don Juan de Zúñiga, uno de los oficiales más esforzados que hay en el ejército del rey, amigo mío, y que deseo lo sea vuestro también.

¡Aquella mujer era sobrina del ministro!

Grimaldi le tendió también la mano; pero Juan se abstuvo de adelantar la suya, diciendo cortésmente:

—No sé si merezco tal honor, ni si esta señora ha debido presentar á Juan de Zúñiga, ó á un alférez de la guardia valona prisionero del ministro de la Guerra.

—Ni uno, ni otro,—dijo Grimaldi, tomando asiento.—Yo recibo ahora á un oficial del ejército que viene desempeñando una comisión; luego trataremos del prisionero, y más tarde del amigo.

—Tiene razón vuecencia: para todo habrá lugar; pero empecemos por lo primero.

Sacó una cartera del bolsillo interior de su uniforme, y de ella un documento, que presentó al ministro, diciendo:

—Habiéndome hecho cargo en la sierra de San Cristóbal, por muerte en acción de guerra del capitán que la conducía, en presencia de testigos, de una conducta de dinero, importante cuarenta mil duros en metálico, que acabo de entregar íntegro en la tesorería

de la Real Hacienda, exhibo á vuecencia el documento que lo acredita, que es un recibo con la conformidad que me ha dado el tesorero.

Y entregó el papel.

El ministro le examinó, y dijo, devolviéndosele:

—Está en regla; guardadle para cubrir vuestra responsabilidad.

Juan guardó el documento, y replicó:

—Aquí concluye el oficial, para dar paso al prisionero, señor; estoy á la disposición de vuecencia.

Y desciñéndose la espada, la colocó sobre la mesa del ministro.

Este se la devolvió, diciéndole:

—Tomadla: está muy bien donde estaba, puesto que en mi poder no sabría cortar la cabeza á un enemigo.

Aludía á la muerte de Jorge.

—¿Es decir, señor, que me devolvéis mi libertad?

—Os la devuelvo.

—Y yo no la admito si no se me explican antes las causas de mi detención.

—¿Qué decís? —preguntó el ministro, admirado de aquella entereza.

—Soy pobre; no poseo más patrimonio que mi honor, y por lo tanto tengo que defenderle como á mi único bien.

—¿No os basta que yo os tienda la mano?

—Particularmente, sí; pero á esta dama consta que yo he venido arrestado, consta á toda la columna, y cada cual es dueño de suponer lo que más le plazca,

que será siempre en perjuicio mío. Sobre todo, señor, necesito darme á mí mismo esta satisfacción.

—¡Bravo!—exclamó la dama, sin poder contenerse.—¡Tío, Zúñiga tiene razón!

—¡Silencio, Aurelia!—dijo Grimaldi.

Luégo prosiguió, volviéndose al joven:

—Y ¿qué haréis si me niego á complaceros?

—Presentarme en el cuarto de banderas de mi regimiento, en calidad de arrestado, y desde allí decir al rey que su ministro de la Guerra me debe una reparación; el rey, tan amante del honor de los oficiales de su ejército, me hará justicia.

—¡Muy bien, Zúñiga!—volvió á exclamar la dama entusiasmada.

—¡Y tendríais razón para obrar así!—repuso Grimaldi.

—Entonces, no dudo que vuecencia se apresurará á dejar satisfechos mis deseos, puesto que conoce que la razón está de mi parte.

El ministro se rascó la cabeza, como un simple mortal que está en una situación apurada, y después de algunos segundos dijo:

—¡El caso es que se os acusa de una cosa tan extraña, después de lo que acaba de pasar!...

—¿Que se me acusa?

—Sí á fe.

—Pero... ¿con pruebas?

—Sí, hasta cierto punto.

—No lo comprendo, señor: ó son pruebas, ó no

lo son; y si lo son, y convencen, la acusación está en su lugar, y yo debo ir preso.

Después de una pausa, preguntó Grimaldi:

—¿Os ha pasado alguna vez una aventura en el camino del Pardo?

Zúñiga, que no se acordaba ya de la venganza del conde de la Estrella, iba á contestar que no.

Pero de repente, aquel recuerdo acudió á su imaginación.

—Sí,—dijo;—hace poco más de un mes.

—¿Qué fué?

—Una celada que me tendió un enemigo cobarde: sabiendo que tenía que pasar por allí, pagó á cuatro rufianes para que me asesinaran.

Por la frente del ministro pasó una nube sombría.

—¿Cómo se llama ese enemigo?—preguntó.

—Señor, lleva un nombre tan ilustre como infame fué su acción, y no me gusta afrentar ni aun á mis enemigos: permitidme que le calle.

—Yo conozco ese nombre.

—Pues bien, que no salga de vuestros labios.

—Tanta caballerosidad pudiera seros perjudicial: ese hombre desvirtúa el hecho á que hacéis referencia, para acusaros de una cosa infame.

—Puedo presentar testigos de que es verdad lo que afirmo: el doctor Estrañi y un caballero amigo suyo, á quien no conozco, pero que aquél citará si es necesario. En cuanto á lo demás, mi honor y mi reputa-

ción me ponen á cubierto de toda acusación de infamia.

—Por mi parte, desde luégo; pero hay otras personas que lo saben, y pudieran creer...

—Y bien, ¿qué es ello?

El ministro vacilaba, pero su sobrina se apresuró á decir:

—En una palabra, se os acusa de haber robado.

—¡Robar yo! - exclamó el joven, retrocediendo pálido de ira.—¡Yo, que tengo un documento donde consta que acabo de entregar cuarenta mil duros, por los cuales he arriesgado la cabeza, y que no tenía obligación de defender!

—Sosegaos, Zúñiga; yo no creo el hecho que se me ha denunciado.

—¡Pero lo habéis creído, puesto que me mandasteis arrestar!

—¡Es verdad!—dijo Aurelia.

—¡Oh! Acabad de una vez: ¿quién es el infame que me acusa?

—El conde de la Estrella se queja de que le habéis robado una vajilla.

La sorpresa de Grimaldi y su sobrina fué extraordinaria al ver que Zúñiga lanzó una estrepitosa carcajada.

Su ira anterior acababa de desaparecer, para dar lugar á la más franca alegría.

Uno y otro se miraron, después de contemplar al joven, creyendo que se había vuelto loco.

—¡Tiene gracia!—exclamó éste por último, celebrando la ocurrencia.

—Pero ¿os atrevéis á reiros?—dijo Grimaldi absorto.

—¿Qué queréis que haga? El conde es el primero que está convencido de que su acusación es una calumnia.

Luégo, poniéndose serio, añadió:

—Pero es preciso que yo castigue al calumniador.

—¿Tenéis antecedentes del hecho?—preguntó el ministro.

—¡Ese hombre es un miserable! Hé aquí los antecedentes: unos celos estúpidos é infundados, lo juro por mi honor, me obligaron á darle una estocada.

—¿Al salir del baile de la duquesa de Medinaceli?—preguntó el ministro.

—Exactamente: vuecencia estaba allí aquella noche; después, no pudiendo atacarme de frente, dispuso un asesinato en el camino del Pardo, cuyos testigos, como he dicho, fueron el doctor Estrañi y un amigo suyo. Pero no ceja en su empresa, y ahora me acusa de...

Zúñiga se interrumpió, para hacer una relación exacta de su viaje á San Sebastián, callando lo de haber ayudado á Olavide en su fuga.

Refirió su encuentro con la partida de la Capitana, y el almuerzo que tuvo con ella después de haber robado la vajilla al conde.

—Es cierto que yo le dirigí ese papel,—dijo, señalando á su billete, que estaba en la mesa del ministro;

—pero no puede servir de prueba en contra mía, puesto que se lo escribí cuando el robo no era ningún secreto en el país: yo le dije por escrito lo mismo que un aldeano de aquellos hubiera podido decirle verbalmente. El haber dicho á la Capitana que tenía una riquísima vajilla no implica haber tomado parte en el robo, ni complicidad siquiera, puesto que ella podía saberlo lo mismo que yo, ni el robo fué un golpe de mano, sino uno de los rasgos de ingenio de esa mujer, que debiera haber previsto la sagacidad del conde. Se me puede acusar de no haberle denunciado: ¿no fué bien público el hecho? ¿Qué podía yo decir que no supieran los demás? ¿No tenían conocimiento de esa partida todas las autoridades de la provincia?

Además, ¿cómo puede haber robado, ni autorizado el robo de cien mil francos, el hombre que quince días después se bate con la misma partida por defender cuarenta mil duros, que entrega luégo?

En cuanto á lo de que el conde me ha abofeteado en el camino del Pardo, público y notorio es que tiene en su cuerpo una estocada, señal evidente de que el que se la dió no aguanta bofetadas de él ni de nadie.

Nada más tenía que añadir; había ganado su causa.

Todo cuanto dijo era claro y evidente, haciendo absurda la delación del conde.

Cuanta infamia se desprendía de ella caía de re-

chazo sobre su autor, que empleaba medios tan reprobados y calumnias tan odiosas para vengarse de un supuesto rival que había castigado su soberbia.

La aventura de la Capitana divirtió grandemente á Aurelia, é hizo sonreir al ministro, á pesar de su gravedad oficial.

Por lo menos indicaba que Zúñiga era hombre de valor, como lo había probado después, defendiendo el honor del uniforme en el molino.

Insistir más sobre el hecho hubiera sido el colmo del absurdo.

No hay ningún hombre que robe cuatro, y entregue ocho, con peligro de su vida.

Juan se había portado en aquel asunto como un cumplido caballero.

Lo testificaba la deposición de la sobrina del ministro, y toda la columna que se había batido bajo su mando.

El conde había escupido al cielo, y la saliva le caía en el rostro.

Grimaldi tendió la mano á Zúñiga, diciéndole:

—Estoy satisfecho de vos, y espero que lo estaréis de mí.

—Desde luégo,—contestó Juan, estrechándosela con efusión.

—El rey sabrá lo que habéis hecho.

—Y no le llamará la atención, cuando hay en sus ejércitos tantos oficiales que son capaces de hacer lo mismo.

—Yo, particularmente, tengo que agradeceros el que hayáis defendido la vida de mi sobrina.

—Pues no me lo agradezcáis; cuando me batí en el molino, no sabía que era sobrina de vuecencia: el ser una dama, es sobrado título para que la defienda un caballero.

—Sin embargo, yo he de hacer algo por vos.

—Ya ha hecho vuecencia lo bastante dándome á estrechar su mano, y expresándose acerca de mí en términos tan lisonjeros.

—Está bien, Zúñiga; no tardaréis en recibir noticias mías.

Juan comprendió que no debía prolongar más tiempo aquella entrevista, y después de pedir la venia del ministro, salió del despacho, no sin haber besado galantemente la mano de Aurelia.

Antonio le esperaba en la puerta, y esperaba verle salir entre cuatro soldados.

En el capítulo de peticiones que había formulado para cuando el ministro le mandase pasar, entraba la libertad de su amo, que no dudaba conseguir por sus *relevantes servicios* en el ataque del molino.

—Vamos,—dijo para sí al verle,—le dejan ir bajo su palabra de honor: así le evitan el sonrojo de que la gente le vea entre bayonetas.

—¿Volvemos á San Sebastián,—le preguntó,—ú os destinan á cualquiera de las prisiones de la corte?

—Adonde me destinan es á pasearme.

—¡Cómo! ¿Qué decís?

—Que soy libre, y puedo ir adonde me dé la gana. ¡Antonio, viva la libertad!

Este grito no era todavía subversivo; así es que la gente no se asustó al oirle.

—Pero ¿habláis de veras?

—¿Crees que puedo chancearme con cosas tan graves?

Antonio elevó las manos al cielo, exclamando:

—¡Gracias, Dios mío! Ya no tendremos que volver á pasar la montaña, ni pernoctar en ningún molino... A propósito, señor...

—¿Qué?

—¿Os ha hablado de mí el ministro?

—¡Ni una palabra!

—¿Es decir que ya no me espera?

—Pero ¿estabas citado con él?

—Casi, casi.

—¿Para qué?

—Para...

Antonio no se atrevió á proseguir.

—Vamos, habla.

—Pues bien, señor: se trataba de premiar mis servicios.

—¿Cuáles?

—Le hice creer el otro día que me había batido en el molino...

—¡Tú!—exclamó Juan soltando la carcajada.

—¡La verdad es que bien pudo ser!

—Pero no fué.

—¿Él qué sabe?

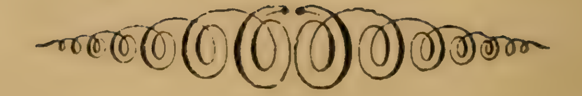
—Más de lo que presumes: aquella dama á quien vinimos acompañando desde San Sebastián es sobrina suya y vive con él...

—¡Ah!

—¡Figúrate si le habrá enterado de *tus hazañas*, y le hará conocer el premio que merecen *tus servicios!*

Antonio nada tuvo que replicar.

Pero desde aquel día, siempre que se le presentaba ocasión, hablaba de la ingratitud de los ministros.







CAPITULO LXXXII

Con la tapia por medio.



ASARON dos días, que Juan dedicó al descanso.

En la tarde del segundo, cuando se preparaba á salir, alguno dió un aldabonazo en la puerta, qué hizo acudir á Antonio.

Apenas abrió la ventanilla, la mano de un personaje invisible introdujo por el hueco un pliego, al mismo tiempo que decía una voz:

«De parte del diablo.»

Antonio no pudo menos de santiguarse.

Sin embargo, el papel no olía á azufre; cosa rara, viniendo de aquel personaje.

El mozo dió cuenta inmediatamente á su amo de lo que había pasado, entregándole el pliego.

La dirección indicaba que era para Juan; sobre la cubierta campeaba el sello del ministerio de la Guerra.

Aquél, temblando de emoción, se apresuró á enterarse de su contenido.

Era un despacho de teniente, á nombre de Juan de Zúñiga, agregándole al Estado mayor del ministro de la Guerra.

Juan dió un bote en su silla.

Empezaba á ser algo.

—¡Oh! – exclamó. — ¡La protección del diablo no puede faltarme! ¡Teniente .., y ayudante de su excelencia!

Antonio le contemplaba desde un ángulo del aposento.

—¡Pardiez!—exclamaba en voz baja.—No hay que dudar de los hechos... ¡Es el diablo, sin duda!... Siempre que mi amo da algún mal paso, le sobreviene algo agradable. En el molino le respetan las balas; le hacen salir de San Sebastián, y cuando yo y cualquiera creería que iban á colgarle por gatuperios que desconozco, le premian, ascendiéndole en su carrera y agregándole al Estado mayor de un ministro... ¡Hay que creer en la protección del diablo!...

Esto le hacía deplorar el hecho de haber huído de la encina del Prado de San Jerónimo la noche en que su amo invocó á Satanás.

Antonio tuvo este pensamiento egoísta: «¡Bien po-

día haber pedido para los dos, comprometiéndose él solo.»

Esta idea le hacía indigno de haber nacido en Arévalo.

A poco más da en la tentación de bajarse al Prado una noche y evocar al diablo por su cuenta.

Juan estaba loco de alegría.

Aun cuando confiaba en la protección del espíritu de las tinieblas, no esperaba que fuese tan completa y decidida.

El diablo era persona formal y de palabra, y le sacaba airoso de todos sus apuros.

No había más que confiar en él, y lanzarse á todo género de calaveradas.

Se disponía á salir.

No había visto á Adelina desde su partida á San Sebastián, donde le supondría la joven comiendo el amargo pan del destierro.

Era cosa de noticiarle su buena fortuna, que acercaba más el día de su felicidad.

Juan esperaba á ser capitán para pedir su mano, y creía alcanzar ese grado antes de un año.

Estaba Antonio cepillándole el sombrero, cuando le oyó lanzar una carcajada homérica.

Al pronto creyó que la alegría le había trastornado el juicio.

—Sí, sí, —exclamaba el joven, midiendo el aposento á grandes pasos.—¡Es una gran idea que debo poner en planta, porque sé que voy á proporcionarle un

mal rato!... ¡Ah! ¡Se va á morder los puños de rabia! Antonio, dame papel y recado de escribir.

Éste se apresuró á obedecer.

Juan se sentó á la mesa.

Su pluma corría rápida sobre el papel.

De vez en cuando el joven se detenía como quien busca una frase; al mismo tiempo que la estampaba en caracteres legibles, lanzaba una sonora carcajada.

Todo esto confirmaba al criado en su anterior idea sobre el lesionamiento de su juicio.

—¡Qué lástima! - decía, mirándole.—Pero no me extraña: á mí me pasaría lo mismo en su lugar.

Juan estampó su firma al pie del escrito: era una carta que dirigía al conde de la Estrella, en la cual se despachaba en estos términos:

«Señor conde: Os doy las gracias por vuestra co-»barde denuncia, por vuestra delación infame.

»Como los cargos que me dirigíais eran tan gratui-»tos, hijos de vuestra estupidez, me ha costado muy »poco el deshacerlos.

»Hoy os encontráis sin vajilla y sin venganza, ha-»biendo incurrido además en la indignación del señor »marqués de Grimaldi.

»Me debía una reparación por haber dudado de mi »honor, y la he obtenido completa.

»Acabo de recibir el despacho de teniente, agregado »á la escolta del ministro de la Guerra, por vuestras »estúpidas gestiones: á vos os lo debo; en este concep-»to, siempre os estaré agradecido, pues me habéis

»ayudado á recobrar mi libertad, que tenía compro-»metida por un año.

»En cuanto á lo de haberme abofeteado en el ca-»mino del Pardo, cuando nos veamos en ésta, ó en »otra cualquier parte, hablaremos.

»Por de pronto, tenéis en el cuerpo la medida de lo »ancho de la hoja de mi espada.

»Sabiendo que tan agradables han de seros estas »nuevas, me apresuro á comunicároslas, quedando á »vuestra disposición, etcétera »

Esta fué la carta que tal efecto produjo en el infeliz conde.

Como comprenderá el lector, había motivo suficiente para desesperarse y lanzar todo género de maldiciones.

Su venganza frustrada acababa de prestar un nuevo triunfo á su rival, privándole á él de los bienes de su tía la canonesa, que no quería tener herederos blasfemos.

Juan triunfaba en toda la línea.

Después de escrita aquella carta, hacía galopar á su caballo por el camino del Pardo, pensando en la agradable sorpresa que iba á tener Adelina.

El conde de Massi seguía casi en el mismo estado; más bien atrasaba que adelantaba, á pesar de la ciencia del doctor Estrañi.

Este llegaba á desconfiar de su curación.

Además de estar perturbada su mente, una languidez extraordinaria minaba sus fuerzas, augurando un fatal resultado.

No había medio de combatirla.

Josefina, en medio de todo, tenía la generosidad de pedirle la vida y la salud de su marido.

El doctor pedía consejos á la ciencia, que la ciencia le negaba.

En ello veía el dedo de Dios.

Dios le hacía impotente, para apresurar por este medio el castigo del conde.

Y Adelina, viendo sufrir á éste y llorar día y noche á su madre, no tenía un momento de reposo.

No había sabido nada de su hermano; en cuanto á su amante, le suponía en San Sebastián, privada del consuelo de verle por el término de un año, que es largo cuando se espera un bien.

Su fiel Lorenza, que la veía sufrir, procuraba, aunque en vano, consolarla, y á lo mejor solía exclamar:

—¡Pero, Señor, qué faltas, qué culpas tan graves ha cometido esta inocente niña para que la afligáis con el peso del sufrimiento! Apenas ha entrado en la vida, y ya brotan abrojos en su senda... ¡Tened piedad de ella!... ¡Tenedla de todos!

Aquella tarde estaba Adelina en el huerto, cuando oyó en la senda que conducía á la granja el galope de un caballo.

No llamó su atención, porque no esperaba á nadie.

Hacía tiempo que nadie se acordaba de ella, siendo escasas las visitas que su madre recibía de sus amigas de la corte.

De pronto oyó una voz querida que pronunciaba su nombre; Adelina miró hacia donde había resonado tan dulce acento, y exhaló un grito de placer.

En cierto sitio de la tapia había un pequeño desmoronamiento de piedras; obra comenzada por el tiempo, y seguida con afán por los rapaces de las cercanías, que en el verano y el otoño iban á merodear la fruta, causando la desesperación de Lorenza.

Allí apareció la cabeza de Juan, que se empinaba sobre los estribos para ver mejor.

Adelina corrió á su encuentro.

De pronto la asaltó un pensamiento, que produjo en ella cierta inquietud.

Hacía poco más de treinta días que su amante había partido; su ausencia debía durar un año.

¿Cómo se presentaba tan pronto?

Sin duda se había escapado.

La joven, conociéndole á fondo, sabía que era muy capaz de hacerlo.

Juan debió leer en su pensamiento, porque se apresuró á decirla:

—Nada temas, Adelina; estoy aquí porque debo estar.

—Voy á avisar á Lorenza para que abra...,—exclamó la joven gozosa.

—No, espera.

—¡Cómo! ¿Vas de paso?... ¿No entras?

—Es que quiero que hablemos á solas algunos momentos; luégo saldrá tu madre, y...

Adelina subió sobre un pequeño montón de tierra y piedras que había producido el desmoronamiento en la parte interior del huerto, de manera que los jóvenes podían estrecharse la mano: sus cabezas casi se tocaban.

—Pero ¿cómo estás aquí?—preguntó Adelina con extrañeza.

—He recobrado mi libertad.

—¡Es posible!

– Sí, Adelina; en el tiempo que hemos estado sin vernos, aunque corto, han ocurrido muchas cosas.

—Agradables por lo visto, puesto que nos proporciona la dicha de estar juntos.

—¡De todo ha habido!..

—¡Cómo!

—Me he batido...

—¡Dios mío!

—Después he corrido el riesgo de remar en galeras toda mi vida.

—¡Tú, Juan! ¡Pero qué cosas tan extrañas dices!

—Hoy ha pasado el peligro, y la bonanza nos sonríe.

—¡Ay!... ¡Más vale así!

—He obtenido un ascenso en mi carrera; soy teniente.

—¡Teniente!

—Esta misma tarde he recibido el despacho, y no tardarás mucho en ver las insignias sobre mi uniforme.

—¡Oh qué dicha! ¡Te felicito!

—Además, me han agregado al Estado mayor del ministro de la Guerra, que casi es mi amigo.

—¡Esto más!—exclamó la joven en el colmo de la más agradable sorpresa.

—Como comprenderás, Adelina mía, esto acerca el instante de nuestra dicha.

La joven suspiró.

—¿Crees que tu padre me niegue tu mano, cuando venga á pedírsela con las insignias de capitán ó de coronel, lo cual sucederá en breve?

—Mi padre no está en estado de negar ni de conceder nada.

—Pero tu madre...

—Mi madre no desea más que nuestra dicha.

—Entonces, ¿por qué suspiras?

—Porque creo que la felicidad huye de mí.

—¡Adelina!...

—Sí; por la noche tengo pesadillas horribles, por el día presentimientos.

—No hagas caso ni de unas ni de otros: ¿por qué la felicidad no ha de acariciarnos con sus alas de rosa?

—Hablo de mí sola.

—¡Y crees que yo sería feliz, no siéndolo tú á mi lado!

—¡Qué sé yo!

—Eso es lo mismo que decir que no te amo, que miro con indiferencia todo lo que se relaciona contigo, y no te he dado margen á que formes de mí tan ruin opinión.

—¡Oh! Seguramente. Perdóname, Juan; te ofendo, te entristezco con los extravíos de mi acalorada imaginación.

—¡Eres una niña, Adelina!

—Pero una niña que te ama mucho.

—¿De veras?

—¿Cuándo te he dado yo motivo para que lo dudes?

—Es cierto..., y me complazco en confesar que sólo tengo pruebas de tu amor, como tú debes tenerlas del mío ..

—¡Así, así!—exclamó Adelina, fingiendo que se incomodaba por medio de un gracioso mohín.

—¿Qué dices?

—Aunque metida entre estas cuatro paredes, ha llegado hasta mí cierta historia...; sé que has tenido un duelo que motivó tu destierro á San Sebastián.

—Es cierto.

—Por una mujer...

—Tampoco lo niego.

—¿Lo ves?... Además, sería inútil.

—¿Crees que un caballero debe consentir que una mano airada arrebate la careta de la dama que se apoya en su brazo en un baile?

—¡Oh! no; eso sería indigno.

—Pues fué lo que intentó el conde de la Estrella;

advirtiéndote que la dama á quien yo acompañaba era su esposa. ¿Tienes celos de la condesa, Adelina?

—No.

—¿Crees que debí obrar como obré?

—Sin duda.

—Lo qué pasó después fué una consecuencia del atrevimiento y tenacidad del conde.

—Basta; estás absuelto.

—Ese es hoy mi enemigo.

—¿El conde de la Estrella?

—Sí; ha querido echarme á presidio.

—¡Oh! Anda con cuidado, Juan; el conde tiene muchas y muy buenas relaciones en la corte.

—¡Bah! Contando como yo cuento con la protección del ministro de la Guerra...

—Sí; pero cualquiera cae en una cobarde asechanza.

—Cuento además con otro protector que me hace desafiar sus iras.

—¿El rey acaso?

—Está más alto todavía.

—¿Más alto que el monarca? ¿Quién es?

—¡El diablo!—contestó Juan, lleno de la mayor confianza, y con la seriedad de un hombre que no se chancea.

Pero Adelina, á quien su alejamiento de la corte hacía desconocer aquella historia infernal, se sonrió, tomando aquello como una broma.

Sin embargo, le dijo:

—Haces mal en chancearte de cosas tan graves.

—¡Si supieras hasta qué punto tengo razón en lo que digo!

—¡Calla!

—¿Qué?

—Me pareció oir voces dentro de mi casa.

Ambos jóvenes escucharon: nada se oía.

—A propósito,—dijo Zúñiga.—Sin advertirlo, se nos ha echado la noche encima, y ya no me parece hora conveniente de presentarme á saludar á tu madre.

—¡Es cierto! ¡Y el caso es que aun había sol cuando llegaste!...

—Es que á tu lado se pasan las horas muy dulcemente, querida Adelina.

—Sin embargo, ya sabes que mi madre te recibe á cualquier hora.

—Prefiero volver mañana.

—Y yo también; así tengo la seguridad de verte una vez más en el transcurso de pocas horas..., que se me harán muy largas.

—¿No exageras?

—Harto sabes que digo la verdad.

—Te creo, porque yo también experimento lo mismo; conque...





CAPITULO LXXXIII

¡En nombre del Santo Oficio!



MBOS jóvenes cambiaron un beso, prometiendo volver á verse á la siguiente tarde.

Juan aplicó las espuelas á su caballo, y salió al paso.

Caminaba completamente distraído, sin darse prisa por llegar á la corte.

Lo mismo le daba media hora antes que después.

Soñaba.

La noche y la soledad del campo se prestaban á ello.

Había en aquel agreste paisaje una dulzura que encantaba.

La luna anunciábase ya en el horizonte con ese resplandor un tanto rojizo que blanquea luégo, cuando va á dar el beso de bienvenida á los árboles y á las plantas.

Es grato soñar despierto, sobre todo en el campo y de noche.

La luz de la luna hace los sueños más dulces, y la verde naturaleza les presta más encanto.

Juan comparaba con Adelina las dos únicas mujeres que después de ésta habían hecho palpitar su corazón.

La condesa de la Estrella y la Capitana.

Y las dos perdían en la comparación.

Es verdad que se trataba de dos fuegos fatuos.

La condesa y la Capitana formaban dos contrastes.

La primera representaba á sus ojos el esplendor de un baile, la luz, los perfumes, la armonía.

La otra, por el contrario, era la belleza salvaje, que prescinde de todo esto, que pide á la montaña sus agrestes galas y al crimen sus emociones para brillar.

Ambas se le aparecían á través de un velo de sangre.

En cambio Adelina, que era la misma dulzura, nunca le había hecho desnudar la espada, ni por ella se había mezclado en ningún lance sangriento.

Sin embargo, la había olvidado más de una vez pensando en las otras.

—¡Soy un ingrato! —decía.—Y si esa pobre niña lo supiera, debería despreciarme. ¡Olvidarla momentánea-

mente por dos mujeres imposibles! La una casada con mi enemigo, y la otra con el crimen... Sin embargo, hay disculpa en mi conducta; la condesa... y también la Capitana... ¡Oh! ésta debe odiarme... ¡Buena cuenta he dado de su partida... y de su amante!... ¡Pobre Jorge! ¡Qué buen regalo he hecho á Satanás..., sin embargo de que su alma ya le pertenecía'...

Juan volvió á pensar en Adelina.

Aun llevaba en sus labios la impresión de los de la joven.

Contando con su nueva posición y su ascenso, sin hacerse ilusiones, creía que antes de un año sería nombrado capitán.

En cuyo caso, ya podía presentarse á su madre pidiéndole la mano de la joven.

Sabía que la condesa no había de desairarle.

Pero en aquel momento se le ocurrió una idea.

Era preciso que antes deshiciese el pacto que le ligaba á Satanás, porque de fijo, al casarse, este personaje se presentaría á reclamar su parte.

Y admitir un socio en el matrimonio, era cosa que nunca había entrado en el cálculo de Juan.

Esos negocios deben emprenderse entre los dos interesados; un tercero, estorba.

Juan había odiado siempre las tercerías.

Embebido en tan dulces ideas, había abandonado la senda que conducía á la granja de los Tilos, entrando en la carretera.

Es decir, él no se había apercibido de esto; iba abandonado enteramente al instinto de su caballo.

Y tanta era su distracción, que no se había apercibido de algunas sombras negras que había entre los árboles, á uno y otro lado del camino.

Sin embargo, hay cosas que al hombre más ensimismado le hacen recobrar la realidad de los hechos y volver en sí.

Debe procurarse que esto sea siempre á tiempo, porque algunas veces suele ser tarde.

De pronto su caballo dió un bote, y cuando Zúñiga quiso reprimirle, afirmándose en sus estribos, echó de ver que delante de él había otro jinete cerrándole el paso, el cual, agitando una cosa que brillaba de un modo siniestro en su mano, como una espada, le gritó con la solemnidad que toma una voz en un trance apretado:

—¡Alto á la Inquisición!

Aquella misma tarde, á los pocos momentos de salir el joven de su casa, se presentó un hombre preguntando por él.

Iba todo vestido de negro, y tenía cara de pocos amigos.

Antonio, que iba estando fuerte en asuntos diabólicos, creyó adivinar algo de infernal en aquel hombre que le preguntaba con tanto interés por su amo.

Y vió confirmada su sospecha, cuando el otro le

dijo, como para inspirarle confianza, que iba de parte del diablo.

Tratándose de Juan de Zúñiga, ésta era una buena recomendación.

Antonio contestó la verdad; esto es, que su amo estaba ausente.

Pero el otro insistió en saber el sitio, añadiendo que iba á prestarle ayuda, puesto que le amenazaba un gran peligro.

De algún tiempo á aquella parte, este era el estado normal de Juan: siempre estaba el peligro sobre él.

El pobre Antonio no vaciló en ser todo lo explícito que se exigía, y dió, con todos sus pelos y señales, las señas del camino de la granja de los Tilos.

Sólo cuando partió el hombre y recobró un tanto su serenidad, encontró algo apócrifo aquel emisario de Satanás.

En efecto, ¡cómo el diablo, que todo lo sabe, ignoraba el paradero de su señor!

Pero, en fin, si se trataba de librarle de un peligro, nó le pesaba haber hablado.

Desde aquel instante Antonio volvió á pensar en el convento.

Ya sabemos que esto le ocurría sólo en las situaciones apuradas.

Además, había observado que desde que su señor hizo aquel malhadado pacto con Lucifer, si bien salía airoso de las situaciones más difíciles, éstas menudeaban.

Su vida deslizábase antes más tranquila, aun siendo guardia.

Pero desde el asunto de su compañero Rogelio Massi, siempre andaban su amo y él de Herodes á Pilato, como vulgarmente se dice.

¿De qué nuevo peligro se trataría?

¿Quién podía meterse con un ayudante del señor ministro de la Guerra?

¿Habría de por medio algunas faldas?

De fijo.

Antonio recordaba la historia del paraíso.

En todas las aventuras de su señor había siempre alguna Eva, empezando por la lavandera que le distrajo de la *Summa* de Santo Tomás en el convento de jerónimos.

Pasó la tarde, y llegó la noche.

El pobre mozo estaba con un cuidado indecible.

Zúñiga no había regresado á su casa.

¿Faltaría el diablo por primera vez á su palabra?

Todo hacía temerlo así.

Antonio, no pudiendo estar tranquilo entre aquelas cuatro paredes, se asomó á la puerta de la calle, pidiendo al lince sus ojos.

Cada vez que alguien se aproximaba, decía:

—¡Ahí está!

Pero se engañaba.

Al cabo de media hora se presentó con la cena el mozo de la hostería donde Zúñiga estaba abonado.

Antonio tuvo un momento de respiro; los vapores del guisado le hicieron reflexionar en que aquella noche la ración de dos podía servír para uno.

Ya sabemos que la gula era su flaco.

Esperó hasta el toque de ánimas.

Don Juan no daba cuenta de su persona.

Antonio se dijo que, puesto que probablemente tendría que entrar en acción, lo que más le convenía por entonces era cuidar del estómago.

Así, pues, empezó por engullirse su ración, sin dejar ni una migaja de pan.

En seguida, y no satisfecha su gula, calculó que los peligros quitan el apetito á cualquiera, y que su amo, que corría uno muy grande, según el diablo, en lo que menos pensaría á tal hora era en cenar.

No tuvo inconveniente en comerse media ración, conviniendo consigo mismo en que le hacía un servicio, puesto que le evitaba una ocupación de estómago.

Así las cosas, dieron las diez.

Entonces, convencido hasta la evidencia de que su amo no parecería por casa aquella noche, y de que las viandas podían echarse á perder, concluyó por *envidar el resto* y decir *quiero*.

De modo que si su amo acudía, y no había cenado, aquella noche tendría un sueño ligero.

En cambio él se sentía pesado.

¿Qué hacer?

Dormir.

Pero ¿sin dar ningún paso?

Dos partidos le quedaban, como á buen servidor.

Ir á buscarle al cuartel de Guardias, y si no le encontraba allí, recorrer aquel camino del Pardo, siempre fatal, por si descubría alguna huella que le pusiera sobre la pista.

Pero desistió de ambas cosas.

En primer lugar, su amo, como agregado al servicio del ministro de la Guerra, no prestaba servicio en su regimiento; por consecuencia, nada tenía que hacer en el cuartel.

Además, á las diez y media de la noche, ¿qué podría encontrar en el camino, no siendo alguno que le desvalijase?

Lo más cuerdo, por lo menos lo que mejor se avenía con el sueño que iba apoderándose de él, era acostarse y dormir.

Acaso en ese tiempo llegase su amo; de lo contrario, al día siguiente podía entregarse á las pesquisas necesarias.

La noche es buena consejera.

Y ya estaba demasiado avanzada para preguntar en ninguna parte.

Sobre todo, confiaba en el diablo; ese gran amigo de su amo, que le había sacado incólume de una serie de peligros.

¿Por qué abandonarle ni á qué?

Pensar de otra manera, era hacer una injuria al diabólico personaje.

Después de cenar por dos, lo mejor que se puede

hacer es dormir como uno, ya que no se pueda dormir como siete.

Antonio se desnudó, ocupó su mal mullido lecho, y apagó la luz.

Y rezando una oración á un santo cualquiera, para que su amo sólo apareciese de día, permitiéndole cenar por duplicado, empezó á sumergir su espíritu en ese dulce sopor que precede al sueño, en el cual, para ciertas naturalezas, todo es de color de rosa.

Soñaba con que su señor había parecido, siendo general, mientras que él...

Apenas empezaba á dormirse, despertó.

Creyó que llamaban en la puerta de la calle de esa manera discreta que emplea el que quiere que le oigan sin que se alborote la vecindad.

Todo ello podía haber sido efecto de su estado de sonambulismo.

Se incorporó sobre el lecho, y escuchó.

Los golpes se repitieron, siempre discretos; pero aquella vez era en la media celosía de la ventana.

Indudablemente era su amo que regresaba.

Antonio se levantó en paños menores, pidiendo á Dios que don Juan hubiese cenado ya.

Lo creía probable, por más que no supiese la hora que era.

La calle estaba muy oscura; así es que tuvo preci-

sión de abrir la vidriera, pues la sombra que esperaba podía convenir á su amo lo mismo que á otro.

No era Zúñiga.

El mozo creyó reconocer en aquella sombra al que había estado por la tarde.

Quiso cerrar apresuradamente.

Siempre es una cosa desagradable hablar de noche con uno que se presenta de parte del diablo.

Pero el otro, previendo la intención, sin duda, se lo impidió, poniendo la mano entre las dos hojas de la vidriera.

—Abrid,—le dijo en voz baja, y con cierto misterio.—Vengo de parte de vuestro amo.

—¿Dónde está?

—Abrid, y lo sabréis.

—Pero ¿por qué no habláis desde ahí? Vos no sois mudo ni yo sordo.

—Pudiera enterarse alguno.

—¿A esta hora?

—No importa; las paredes oyen. Se trata de prestar un gran servicio á vuestro amo...; el pobre caballero está muy comprometido.

—¡Dios mío!

—¿Desconfiáis de mí? ¿No he venido á traeros un aviso esta tarde?

—Sí, sí, recuerdo...; no es que desconfíe...; voy á abrir: esperad.

En efecto, el mozo encendió una linterna, tomó la llave, y después de cruzar el zaguán, abrió la puerta.

Pero retrocedió de improviso, temblando como un azogado.

Tras de aquel hombre entró otro, y luégo otro y otro, hasta cuatro.

Todos vestían de negro, llevando en sus ropillas las siniestras armas del Santo Oficio.

Antonio quiso refugiarse en su cuarto y cerrar la puerta.

Pero no pudo.

Cuando quiso recordar, los cuatro hombres habían penetrado tras él, y uno de ellos, poniéndole la mano encima, le dijo estas aterradoras palabras, que sonaron en sus oídos como las trompetas del Apocalipsis:

—¡En nombre del Santo Oficio, daos á prisión!

El mozo sintió lo que cualquier otro en aquel trance.

La sangre se le heló en las venas, y el corazón precipitó sus latidos, como si fuera á caer víctima de un ataque cerebral.

Todos sabían cómo las gastaba el Santo Oficio; de ahí tan penosa emoción.

Muchas personas tan inofensivas ó más que el bueno de Antonio, habían salido de su casa de aquel modo, entre las sombras de la noche.

Algunos soles después no habían parecido, ni parecieron nunca.

Para eso estaban los calabozos secretos, los *in pace*, que tenían muchos puntos de contacto con el sepulcro.

A Antonio no se le dió más tiempo que para vestirse.

En seguida salió entre aquellos cuatro hombres, encontrándose á poco, hecho un mar de lágrimas, en los calabozos de la calle de Torija.





CAPITULO LXXXIV

Un loco y una mártir.

ENGOLFADO como estaba Juan de Zúñiga en su plática amorosa, no vió, por estar también el sitio en que se hallaba distante de la puerta principal, que avanzaba un carruaje hacia la granja.

Sin embargo, el que iba dentro sí atisbó su cabeza por encima de la barda ó albardilla que formaba la tapia.

Era nuestro conocido el doctor Roberto Estrañi.

Al ver al joven, sonrió, exclamando.

—¡Dichoso él! ¡Nadie amenaza arrebatarle á la amada de su corazón! Estoy seguro que á esta hora

forman entre los dos los planes más risueños... ¡Dios quiera que no se les interponga algún ser tan miserable como el conde de Massi!

Y suspiró amargamente.

Aquella queja salía del fondo de su pecho, tan dolorido como el día en que Josefina le dijo con las lágrimas en los ojos que renunciase á su mano.

Al llegar el carruaje al portón, se apeó Estrañi, y, como ya le conocían en la casa, avanzó sin obstáculo hasta las habitaciones de Josefina.

Habían pasado algunos meses desde que el conde Massi fué trasladado á la granja de orden del doctor, luégo que entró en convalecencia.

Ya hemos dicho antes que los progresos de ésta en la parte moral eran casi nulos.

Había momentos en que el doctor, por grande que era su inteligencia, desesperaba.

Había en él dos poderes que se disputaban la vida del enfermo.

El uno era sombrío; el otro desinteresado, casi augusto.

El hombre y la ciencia.

El primero le recordaba todo lo que le había hecho pasar aquel otro hombre, de lo cual enteraremos al lector en breve.

De ello dimanaban dos cosas, á cual más opuestas.

Su decaimiento moral y engrandecimiento material al mismo tiempo.

Sin el conde Massi, atravesado en su camino, tal vez no hubiera sido el doctor más que un ser oscuro, sin ninguna significación en el mundo.

Ya hemos dicho que esto lo veremos más adelante.

Pero á aquel odio, innato en el corazón de Estrañi, se sobreponía la ciencia.

Esta veía que la naturaleza le robaba aquel enfermo, que se apoderaba de él, que se le arrancaba de entre sus inteligentes manos.

Y Estrañi protestaba con todas sus fuerzas; quería salvarle.

Cuando Estrañi se separaba de él, volvía á ser hombre, y decía:

—¿No es un absurdo lo que estoy haciendo?

¡En vez de ayudar á la enfermedad, se le disputo!

¡Le quiero vivo, al mismo tiempo que le deseo muerto! Sin él, aun podía yo ser feliz; conozco que ella me adora, aun cuando no hemos cruzado una palabra de nuestro pasado amor. ¡Quién sabe si desapareciendo el obstáculo!... ¡Tiene dos hijos!... ¡Bah! ¿Qué importa? ¡Oh, mañana!...

Pero al día siguiente visitaba al conde.

Entonces el hombre cedía el paso al doctor.

No se acordaba de sus propósitos feroces del día antes.

El antagonismo volvía á presentarse.

En aquel hombre no veía al que se había inter-

puesto en su camino, en su juventud, para pisotear su corazón.

No veía más que á un enfermo, á quien la naturaleza parecía haber sentenciado, y á quien era preciso salvar.

El único síntoma que le hacía concebir alguna esperanza era que aquella especie de postración moral en que había caído el conde, aquella atonía, que solía durar á veces semanas enteras, durante las que estaba como un idiota, se interrumpían por fuertes accesos, en los que tenía que intervenir la *horrible camisa de fuerza.*

Esto da siempre esperanza á un hábil alienista.

Un juicio que sufre tales sacudimientos, es susceptible de ser alumbrado nuevamente por la razón.

Acaso alguno le conduzca al punto de partida, y entonces, un esfuerzo inteligente basta.

La ciencia puede pronunciar su *fiat lux*, y la luz obedecer.

Pero cuando las sombras persisten; cuando no hay ninguna ráfaga que levante las tinieblas del idiotismo; en una palabra, cuando el ser se convierte en mármol, toda esperanza es perdida.

El mármol puede deshacerse, pero nunca se ablanda.

Lo mismo el ser que está en tal estado: puede morirse, pero morirá idiota.

Por eso el doctor confiaba.

Además, al lado del enfermo había una santa, y las santas hacen milagros.

Hablamos de Josefina.

La infeliz esposa todo lo había abandonado por seguir al conde.

Le odiaba; pero una persona querida no le hubiera merecido mayores cuidados.

Se realizaba en ella algo parecido á la lucha que había en el doctor.

Muchas veces ella misma se reprendía por aquel odio, harto justificado; quería convertirle, si no en amor, en indiferencia.

Pero no pudo ser.

El conde era un infame, y la infamia se perdona, mas no se olvida.

Harto hacía la pobre Josefina en cuidarle con todo el esmero que requería su estado.

En ella obraba la idea de que Adelina, que era la única hija que la quedaba, no llegase á apercibirse de aquella barrera que mediaba entre ambos.

Los hijos no deben ser jueces de las faltas de sus padres, ni aun conocerlas siquiera.

¡Qué pasaría si Adelina llegaba á vislumbrar la verdad!

Esta idea contribuía á que la pobre mártir sufriera tormentos indecibles al atender á su esposo como á la persona más amada para ella.

Y para que su estado fuera más aflictivo, por la misma idea exagerada que tenía del amor de la espo-

sa, no tan sólo se reprochaba su odio hacia el conde, sino el amor que la inspiraba Estrañi, al cual, aunque sin decírselo, no había podido olvidar.

A su juicio, era culpable de aquel amor, como si manchase el tálamo conyugal.

Enrojecía cuando estaba en presencia de otras personas, creyendo que todos, hasta su misma hija, iban á leerle en su frente, escupiendo su desprecio sobre ella.

¡Oh! El martirio no consiste sólo en el tormento material.

El alma sufre mil veces más que el cuerpo, porque es más sensible.

La de la infeliz Josefina parecía á esos seres que sólo se veían en la sala del tormento, con los miembros horriblemente mutilados.

Todo aquel día había visto á su esposo mucho más agitado que de costumbre, como si fuese á ser víctima de alguno de aquellos violentos ataques que agotaban sus fuerzas por muchas horas.

Por eso redobló sus cuidados.

La infeliz, aun en medio de su odio, pedía á Dios que devolviese la salud á su marido, y el juicio, que es la salud del alma.

El departamento que ocupaba el conde se componía de dos piezas; una alcoba, con un cómodo, aunque

modesto lecho, y otra estancia, con una ventana que daba al huerto.

En ésta no había más que los muebles estrictamente indispensables, sujetos, por precaución, á la pared ó al suelo.

En la tarde á que venimos refiriéndonos, mientras Adelina hablaba con su amante por encima de la tapia, el conde y su esposa estaban en el aposento de que hemos hecho mención.

Josefina tenía en la mano un libro, pero no leía; sus miradas vagaban por los ángulos de la estancia.

En cuanto al conde...

Nada recordaba en él al apuesto caballero que dimos á conocer al principio de nuestro relato, que tan gran papel hacía en la corte de Carlos III, y que aspiraba aún al favor de las hermosas.

Se había metamorfoseado en un pobre valetudinario, ajado, maltratado por la dolencia.

En su semblante había crecido la barba, en su cabeza el cabello, y en éste asomaban ya, en pocos días, muchas canas.

Estaba pálido, demacrado, con los ojos sin brillo, los labios secos y hundidos, las orejas, de amarillentos cartílagos, pegadas á la cabeza.

Su vestido ostentaba manchas, que en otro tiempo le hubiera horrorizado ver en el más humilde servidor de su casa.

Los calzones y la chupa tenían esos pliegues angulosos que indican que el músculo se ha reducido sobre

los huesos, prematuramente, como consumidos por una calentura continua.

Estaba sentado junto á la ventana, con la cabeza vuelta hacia el huerto, como admirando la vegetación, aun cuando no la veía.

Esa vaguedad que se advierte en la mirada de los locos, indica que no perciben de los objetos exteriores más que aquello que está en su imaginación, lo mismo que si el mundo no existiera para ellos.

En el enfermo se notaba cierta inquietud que no le permitía permanecer más de un minuto en la misma posición.

Volvía la cabeza continuamente á uno y otro lado, como si buscase á alguno.

A veces ponía el dedo índice sobre la frente, entre sus cejas, cual si hiciera penosos esfuerzos para reunir sus ideas; y el no poder conseguirlo acaso, le hacía dar con el pie en el suelo, manifestando contrariedad é impaciencia.

Una de esas veces, al fijarse en la condesa, exclamó:

—¡Josefina!

Y en sus ojos se pintó una mirada indefinible de odio; sus labios se contrajeron, frunció las cejas, y apretó los puños.

La condesa fijó en el enfermo la mirada con extrañeza grande.

Era la primera vez que la nombraba desde que su juicio sufrió aquel trastorno.

Hasta entonces, aun cuando la veía siempre á su

lado, parecía no reconocerla, lo mismo que á su hija, y á cuantas personas le rodeaban.

Pero aquella tarde sí, y la expresión con que habló, indicaba que aquel nombre le producía una impresión dolorosa.

Josefina, sin apercibirse de su gesto de enojo, corrió á su lado, acordándose de las efímeras esperanzas que le había hecho concebir el doctor.

—¡Alberto!—exclamó con cariño.

El conde debió reconocer también la voz, á juzgar por la impresión que le produjo.

Volvió á mirarla, pero como se mira á una persona que se odia.

Púsose en pie, cual si quisiera huir; pero se detuvo, y volvió á mirarla.

—¡Josefina!—dijo rectificando su juicio.—No me engañaba. .; pero ¿qué viene á hacer aquí? ¿Por qué me persigue?

—¡Alberto!—repitio aquélla.—¡Esposo mío!...

—¡Yo su esposo!...

—Sí... ¿No me reconoces?

El conde permaneció en silencio durante algunos segundos; parecía reflexionar.

Después dijo:

—Sí .. ¡Mi esposa, es cierto!... ¿Y él?... ¿Dónde está?... Ella armó su brazo aquella noche... Su pistola se asestó á mi pecho y disparó... Yo caí.... ¡Oh! ¿Es verdad que eres mi esposa?

—¡Sin duda!... ¿Lo dudas aún?

—No; lo creo...

Y el conde, desabrochando los botones de su ropilla, mostró la cicatriz de la herida que tenía en el pecho, añadiendo:

—¡Hé aquí el modo que tuviste aquella noche de decirme que eras mi esposa!

—¿Qué noche? ¡Tú has soñado!

—¿Y esto?

Y el conde señalaba la herida.

En medio de todo, Josefina estaba contenta: el conde razonaba.

Era la primera vez que esto sucedía desde que cayera enfermo.

Acaso sus esperanzas de que recobrara la razón iban á realizarse.

—¿Dónde está el cobarde que hizo esto?—preguntó el conde, señalando la cicatriz.

—¡Quién!

—Mi hijo..., ¡es decir, el tuyo!..., yo no soy su padre..., es hijo del crimen.

—¡Del crimen!—exclamó la pobre mujer, irguiéndose.

—Sí, del deshonor.

Entonces aquélla, olvidándose de que hablaba con un loco, y no teniendo presente más que la inculpación con que quería abrumarla su marido, replicó con gran energía:

—¡Y quién tuvo la culpa de aquel deshonor! ¡Quién fué el verdadero criminal!

El conde no la oyó tal vez: parecía muy ocupado en seguir el hilo de sus pensamientos.

—El no lo sabe, —prosiguió, como quien persiste en la misma idea. Me tiene por su padre, y esto debió bastarle para contener su brazo...; sin embargo, no lo hizo así. Disparó con la idea de matarme... ¡Tal vez ella le ha contado su historia..., le ha dicho que corre por sus venas sangre real!...

—¡Silencio! —interrumpió Josefina, mirando asustada hacia la puerta, temiendo que apareciese Adelina, y llegase á enterarse de lo que pasaba, por más que no se hubiesen pronunciado nombres propios.

Pero el enfermo, como si no la oyese, ni la tuviese delante, prosiguió:

—¡Ella, sí... me habrá pintado á sus ojos con negros colores!... En más de una ocasión se ha lamentado de «estar casada con un rufián...» ¡Rufián yo!... ¡Por qué no está aquí esa infame para deshacerla entre mis manos!

Y miraba á uno y otro lado, buscándola.

La pobre mártir, olvidando lo que oía, aun encontró en su pecho bastante piedad para exclamar con dulzura:

—¡Vuelve en ti, esposo mío!

El conde la miró, pero de un modo indefinible.

En aquellos ojos había el siniestro fulgor del relámpago.

—¡Es ella!—exclamó con la alegría que expresa la mirada de la pantera al ver la presa al alcance de su

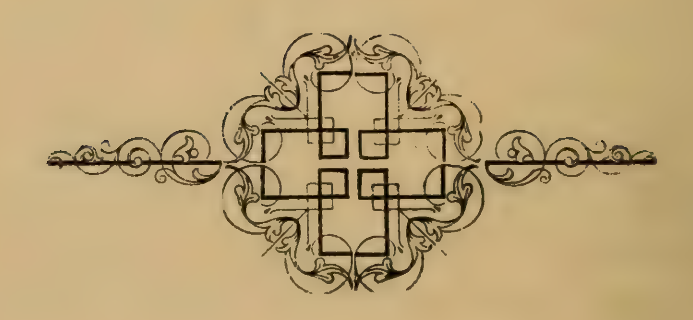
garra.—¡Ella!... ¡Está aquí!... ¡Al fin podré vengarme!

—¡Vengarte!

—Sí..., ella tenía un amante en Nápoles...

La condesa se estremeció.

Aquellas palabras hacían relación á Estrañi.





CAPITULO LXXXV

Conclusión del anterior.



UANDO el doctor apareció en la corte como médico de cámara, habían pasado ya muchos años desde su partida de Nápoles.

El joven se había transformado ya en un hombre, á quien el estudio había envejecido prematuramente, y el dolor desfigurado.

Nada quedaba en él de aquel joven médico, tan conocido de los pobres de la Margelina, de Pausílipo y de Sorrento.

Además, el conde le había visto pocas veces. Estrañi, por su oscura posición, no frecuentaba la corte del rey de Nápoles, ni aquél conocía su apellido.

Por consecuencia, al verle en Madrid, no cayó en que aquel hombre era el joven enamorado de Josefina, el discípulo predilecto de su padre.

Sin embargo, una secreta y misteriosa repulsión por parte del conde le alejaba de él; era una antipatía profunda, cuya causa no le era conocida.

Josefina tuvo buen cuidado de callarse, en la duda de si su esposo le había reconocido ó no.

Éste hacía alguna vez alusión al joven amante.

Pero nunca, hasta aquella tarde, se expresó con tanta claridad respecto á aquellas relaciones pasadas.

La locura es un volcán que estalla; las ideas son la lava que arroja el cráter, el cieno que sube del fondo del estanque á la superficie cuando se arroja en él una piedra.

Lo más extraño es que el conde se manifestaba tan ofendido como si su esposa le hubiera faltado en realidad, no acordándose él de su torpe conducta, ni de aquella venta inmoral é infame de su honor y del de su mujer.

—¡Tenía un amante! —prosiguió aquél, insistiendo en su idea.—Yo le he visto después...; pero ¿dónde? ..

—¡Alberto!... ¡Calla!... —dijo la infeliz, abrigando siempre el mismo temor de que se presentase su hija.

Pero el acento de aquella voz lastimaba el oído y el corazón del enfermo, no obstante ser tan dulce y armonioso.

Le recordaba á su mujer, cuya imagen parecía haberse borrado de sus ojos.

—¡Ella!... ¡Ella siempre! —murmuró. —¿Dónde está que no la veo, aun cuando la oigo tan cerca?

—¡Estoy aquí!..., ¡á tu lado!

—¡Josefina!

—Mírame.

Y aquélla entró en el cuadro de luz que penetraba por la ventana.

El conde volvió á reconocerla.

Volvió otra vez á hacer intención de huir, como de un reptil que amenaza.

Después avanzó lo que había retrocedido, y un paso más, hasta colocarse junto á su lado.

Pero era tal la expresión de su mirada, que entonces fué ella la que retrocedió.

—¡Josefina! —gritó aquél con voz de trueno.

—¿Qué quieres?

—¿De dónde vienes? ¿Tal vez de su lado?... ¿Vives con él?

—Pero ¿qué dices?

—¿Pones tu honor en venta?

—¡Oh Dios mío! —exclamó la infeliz al recordar el billete amoroso que ocasionó aquella trágica escena,—¡cuando es él quien!...

—¿Y qué?... Yo no te amo, es verdad; pero llevas mi apellido, y debo cuidar de él; tu primer hijo no es mío; ¡quién sabe si la segunda!...

—¡Miserable! —exclamó Josefina indignada.

El conde, que iba montando en cólera, la asió de un brazo, estrechándosele fuertemente.

Aquélla hizo un gesto de dolor, pero sin exhalar ni una queja.

Tampoco se movió.

—Responde, ¿dónde está?

—¿Quién?

—Tu amante...

—¡Pero, Alberto!...

—El de Nápoles... ¡Oh! ¡Te voy á deshacer!

Y como el loco la oprimiese demasiado, Josefina lanzó un ligero grito.

Este fué el que oyó la joven cuando hablaba con su amante.

—¡Por Dios, Alberto, que me lastimas!

—Dime dónde está... Voy á buscarle.

—¡Tú sueñas!... ¡Nunca he faltado á tu honor más que cuando tú vendiste el mío!

Aquel recuerdo pareció exasperarle: era que se iniciaba uno de aquellos accesos furiosos que trastornan á un pobre loco en fiera.

Josefina, conociéndolo, trató de desasirse y huir, pero no pudo.

Su marido, que temía que se le escapase, la asió del cabello, que había caído sobre su espalda con los esfuerzos de la lucha.

La infeliz quedó presa; no se movió.

Aquella actitud pasiva le enardeció más.

Hubiera querido resistencia.

Sobre todo, persistía en él la idea de que su esposa le revelase el sitio donde su amante se encontraba.

—¡Habla!—le decía, más furioso cada vez.

¡Qué había de hablar la infeliz!

Ante aquel silencio, interrumpido no más que por algunos sollozos, el loco rodeó á la muñeca de su mano derecha la trenza de Josefina, y empezó á arrastrarla por la habitación como un cuerpo inerte.

La pobre mujer no se quejaba, ni pedía auxilio siquiera, aun cuando creía llegado el último instante de su vida.

Temía el escándalo, el ruido, la presencia de algún criado que pudiera oir que ella tenía un amante, y que Rogelio era hijo del rey.

Era un loco el que propalaba aquello; pero ¿qué importaba?

Hay un refrán que asegura que los niños y los locos dicen la verdad.

Muchos refranes mienten, pero se les da asenso, mucho más cuando pueden lastimar una honra.

Lo único que hizo fué ver si lograba enternecerle con sus lágrimas; y procurando dar á su voz toda la dulzura posible, sin acordarse en aquel momento de que su marido estaba loco, le decía:

—¡Alberto, suéltame!... ¡Soy inocente!... ¡Yo te lo juro!

Pero el conde estaba ya fuera de sí; aquel débil rayo de razón que fulguró por un instante en su cerebro, había desaparecido.

Sus ojos relampagueaban; en sus labios apareció una baba que no pudo transformarse en espuma.

Su mano, crispada en aquella rubia cabellera, tiraba con fuerza, golpeando la cabeza de su víctima contra el suelo y las paredes.

En aquel momento de suprema angustia, cuando aquélla, casi perdido el conocimiento, sólo pensaba en morir, apareció oportunamente en la puerta el doctor Estrañi.

—¡Él aquí! —exclamó el conde con alegría al verle.

Sólo entonces le reconoció.

Para ciertas cosas en las que debe predominar la razón, se necesita haberla perdido.

Aquel extraño fenómeno tuvo lugar entonces.

Como no esperaba aquel cuadro, la sorpresa detuvo á Estrañi.

Pero el conde, arrojándose sobre él, le hizo cuidar de su defensa.

—¡Vienes á buscarla! —exclamó. —¡Oh!... Ahora no te me escaparás.

El doctor era hombre de un temperamento nervioso, y bajo una apariencia endeble disponía de una gran fuerza física.

Dejóse estrechar por el loco, rodeándole á su vez la cintura con los brazos, hasta el punto de dificultarle la respiración.

En seguida dijo á Josefina con esa voz breve y

seca con que se dicta una orden en un momento de apuro:

—Pedid auxilio, señora.

Por último, empleando toda su fuerza en aquella lucha, que duró algunos segundos, durante la cual sólo se oía el ruido de las respiraciones fatigosas, y el que producían los pies en el suelo, logró el objeto.

El conde abrió los brazos, y cayó en tierra, completamente sofocado.

—¡Ya era tiempo!—exclamó Estrañi, enjugándose el sudor, que inundaba su frente.

Dos criados, que habían acudido á las voces de Josefina, aparecieron en la estancia.

—¡Pronto, la camisa de fuerza!—dijo el doctor.—El acceso puede volver cuando vuelva el conocimiento.

No tardó el conde en quedar completamente sujeto con aquel siniestro aparato.

Los criados permanecieron cuidándole; Josefina y Estrañi pasaron á otra habitación.

La primera rompió á llorar al verse retratada en el espejo.

Tenía los vestidos en desorden, y el cabello suelto, encrespado y lleno de polvo.

—¡Oh! ¡dispensadme, doctor!—dijo.—Voy á arreglarme un poco, á fin de que Adelina no se entere de que he luchado con su padre.

Y pasó á otra habitación.

Estrañi permaneció ensimismado, casi sombrío.

Cuando aquélla volvió, la dijo:

—Pero ¿qué ha motivado esa lucha? Parece que vuestro esposo me ha reconocido por primera vez después de tantos años.

Josefina enjugó el llanto, y refirió sucintamente al médico aquella terrible escena, diciendo al concluir:

—¡Ah! ¡Por qué habéis llegado tan pronto! ¡A haberos retrasado tres segundos más, ya no existiría!... Todo hubiera acabado para mí...

—¿Y vuestra hija entonces?

—¿No quedabais vos?

—¡Es cierto!... Y os doy las gracias por esa confianza...; pero..., Josefina, ¿creéis que aun no he sufrido bastante?

—¡Perdonadme!... ¡el dolor es egoísta!

—¿Queréis pagar la conducta que he observado con vos, echando sobre mis hombros la tremenda responsabilidad de una hija... con quien pudiera hacer mañana lo mismo que hizo vuestro padre?

—¡Pobre padre mío!

—¡Ya veis lo que á todos nos cuesta un instante de ceguedad..., de obcecación!..

—¡Ah!

—Vuestro padre era bueno, os amaba...; sin embargo, causó vuestra desgracia, la de vuestros hijos, la de ese pobre loco, á quien debemos odiar vos y yo, no obstante ser un delito...

—¡Roberto!...

—Ha habido un momento en el que he llegado á maldecir á vuestro padre...

—¡Qué decís!

—Calculad qué suma de dolor habría en mi pecho...; yo había bajado al fondo de mi desesperación, ¿y qué me encontré allí? A vuestro padre, negándome la mano de su hija: ¿qué le había hecho yo para tratarme con tal crueldad? ¿Por qué había alimentado en mí esa esperanza? ¿Por qué me hace hoy asistir como á un hermano al miserable que me robó mi dicha? Puso en mi mente la primera semilla de la ciencia, para que cuando fructificara la empleara... en desgarrar mis propias heridas, cicatrizando las de otro...; para que para mí fuese veneno la triaca que empleaba en curar ajenos dolores...; no, Josefina, no me encomendéis á vuestra hija. ¡Quién sabe si el exceso de mi cariño la haría también desgraciada!

—No echéis la culpa á mi padre, sino á la fatalidad que le escogió por instrumento.

—¡Puede que tengáis razón! En el mundo hay seres que nacen para refrendar, sin saberlo, extraños decretos del destino..., para pronunciar el *fiat lux* de las más terribles catástrofes...: esos seres son buenos, generalmente; sin embargo, dejan una fatal memoria.

—¡Es verdad!—exclamó Josefina, como un eco sombrío.

—¿Creéis que yo soy libre? No lo soy, porque no he podido olvidar. Desde aquel día tremendo en que vuestro padre pronunció mi sentencia, vivo sujeto al

dolor. El dolor tiene cadenas más terribles que las que amarran los pies del galeote, porque punzan, al mismo tiempo que pesan...; cadenas hechas de sombra, en las cuales la desesperación ha puesto sus espinas...

—¡Roberto!... me afligís...

—Conozco vuestros dolores..., vos no conocéis los míos..., ¡mucho más atroces!

—¡Más! —exclamó Josefina, como dudando.

—Sí, más..., por lo mismo que quedé más libre que vos. Mi situación fué desde entonces la del esclavo cuyos grillos se rompen al mismo tiempo que se le prohibe hacer uso de su libertad. Vos podíais odiar á vuestro marido, pero quedaban á vuestro lado dos seres á quienes amar; para vos se abrían las aguas del mar Rojo, como se abrieron para el pueblo de Israel; para mí, la tierra de promisión era el infierno, al que caminaba por la calle de la Amargura. Yo soy como aquel paralítico que vivió cuarenta y ocho años cerca de la piscina, sin que una mano piadosa le introdujese en ella. Oigo el ruido de sus aguas, las exclamaciones de alegría de los que recobran la salud, y voy, ¡pobre valetudinario!, paseando mi afán por todo el mundo..., ¡y ni aun encuentro la teja de Job para raer la lepra de mis penas!

Cuando el doctor pronunció estas palabras, una lágrima asomó tímidamente en sus ojos, oreándose en el borde de sus pestañas, para que no avergonzase á Josefina aquella muestra de debilidad.

Asiéndole una mano, le dijo:

—¡Quisiera conocer vuestros dolores para curároslos!

—¡Ya es tarde, Josefina! Han encallecido mi corazón...; el consuelo se estrellaría en él como los barcos contra el arrecife cuando sopla el *tornado* que saquea las poblaciones en el Africa, antes de devastarlas. No obstante, conoceréis mi historia, para que veáis cuán pobre soy en medio de mi prosperidad, y lo mucho que se puede perder ganando.





CAPITULO LXXXVI

Primer paso en el vacío.



LTERANDO un poco la forma en la narración, vamos á referir la historia extraña de aquel hombre, que en más de un pasaje arrancó lágrimas á los ojos de Josefina.

Cada cual cree que no hay más dolor que el suyo, hasta que la experiencia le demuestra lo contrario.

Un apólogo árabe dice que un hombre blasfemaba de Mahoma, porque al dar un tropezón en la calle se rompió una de sus babuchas.

Al volver una esquina vió sentado en el pórtico de una mezquita á un mendigo cuyas babuchas no podían romperse, porque no tenía pies.

Una cosa por el estilo fué lo que pasó á Josefina, á medida que Roberto Estrañi avanzaba en su relación.

Ya dimos cuenta en el sitio oportuno del efecto que le causó la fatal noticia de que su amada se casaba con el conde de Massi; dijimos también que en aquella resolución no vió más que un deseo mezquino de grandeza, desconociendo por completo que ella era una víctima sacrificada.

Roberto quiso odiarla, pero no pudo.

Los corazones nobles no se acompañan con tan miserables afectos.

—¡Bueno!—se dijo.—Tanto peor para ella; seguiré amándola; esta será mi venganza el día en que vea que la he perdonado. Pero ¿no era mejor morir?

Esto lo decía al contemplar las azuladas aguas del golfo napolitano.

El mar estaba tentador; parecía dirigirle una sonrisa y brindarle con el cóncavo de sus más risueñas olas.

Roberto avanzó; ya tenía un pie en el aire.

Una gaviota pasó rozando su cabeza con sus alas, obligándole á levantar la vista.

Entonces vió el cielo, de donde viene la luz.

La luz es el consuelo, aun para el ciego, que la siente aunque no la ve.

—No,—dijo.—Buscar la muerte es una cobardía. Quiero dar brillo á mi nombre por medio de la cien-

cia, que vale más que toda la heráldica, y le escribiré tan alto, que la ingrata vea lo que ha perdido al casarse con el conde.

Pero desde aquel momento ya no pudo permanecer en Nápoles: primero, porque no quería ser testigo de la dicha ajena; y luégo, porque en aquella ciudad no podía realizar sus propósitos.

Reunió su escaso peculio, y se dispuso á partir muy lejos.

Aun no se había casado Josefina.

Aquella noche tuvo un momento de debilidad, acompañado de un rasgo de firmeza.

Cuando todo dormía, menos esos dos eternos desvelados, el mar y el Vesubio, acudió á la solitaria calle donde Josefina y su padre tenían su morada.

Era una casita baja, cuyas aspiraciones no pasaban de un entresuelo.

¡Ah!... ¡no pasaban!...

Sí.

Aquella casa se había vuelto orgullosa: dentro de poco iba á trocarse en un palacio.

Una ventana iluminada brillaba como un faro.

Y lo era.

Allí estaba el escollo de que debía huir Roberto.

Sólo que le buscaba.

El buque tal vez tiene cariño al arrecife que le destroza.

Detrás de las blancas cortinillas había una sombra: Roberto la reconoció al punto: era la de Josefina.

Aquella sombra iba y venía, como si estuviese inquieta.

Sin embargo, era ya la hora en que Josefina debía haberse retirado.

¿Qué hacía allí?

Estrañi tuvo la pretensión de creer que pensaba en él.

Una vez aquella sombra se acercó demasiado á la ventana.

El pobre joven sintió latir fuertemente el corazón.

Creyó que una blanca mano iba á levantar la cortinilla, y que unos ojos azules se fijarían en él, adivinando que estaba allí.

Pero la cortinilla no se movió.

¿Para qué?

Si Josefina se acordaba de él, ¿por qué le había despedido?

¿Quería verle en la calle, y en su casa no?

Los amantes viven de ilusiones, lo mismo cuando son amados que cuando son aborrecidos.

Roberto esperó en vano unos veinte minutos, al cabo de los cuales se apagó la luz.

La ventana quedó sumida en sombras.

Roberto tuvo deseos de llorar.

Hasta entonces no se consideró verdaderamente solo en el mundo.

Aquella luz que se apagó de repente era la de su esperanza.

Había muerto.

Ya nada tenía que hacer en Nápoles.

A la mañana siguiente salió de la ciudad, tomando el camino de Austria.

Iba á Viena.

¿Qué más daba aquella población ó el Congo?

Lo principal era alejarse de aquellos sitios donde tanto había sufrido, y que tan crueles recuerdos guardaban para él.

Su deseo era correrse hacia el Norte, donde hasta el paisaje variase tanto, que no le recordara nada del risueño golfo de Nápoles, con sus emparrados delante de las casas, y sus bosques de laureles, y su formidable volcán, que un día abrirá la boca para dar un beso de muerte á su ciudad querida, el beso de la desposada de Corinto.

Sin embargo, en Austria no lograba su objeto.

Viena está aún demasiado cerca para que no conserve resabios de Nápoles.

Viena tiene recuerdos de Italia, como un terruño que ha estado en compañía del ámbar retiene algo de su aroma.

Roberto se dedicó al estudio.

No salía de su casa más que para ir á las clínicas ó al anfiteatro de disección.

Sólo que le sucedía lo contrario de aquel terrible anatómico, que en presencia de su prometida, hermosa muchacha, no veía á través de su finísima epider-

mis más que el músculo, las arterias, las vísceras y el esqueleto.

Estrañi en un cadáver cualquiera veía á Josefina llena de vida y de hermosura.

Y en el momento de aproximar el bisturí á su pecho, oía un débil quejido de dolor, como si le suplicara que le respetase.

Temió volverse loco, y se dedicó á estudiar esta enfermedad del espíritu, por si acaso tenía que curarse alguna vez.

De hábil cirujano que era, se hizo un terrible alienista.

Terrible, esta es la palabra.

Estrañi iba á sorprender la locura en sus gérmenes, cuando no existía aún más que como caso probable.

Y lo demostró del modo siguiente:

Un día, oyendo explicar en una cátedra un curso de terapéutica, exclamó, señalando al profesor, pero como si se lo dijera á sí mismo:

—¡Qué lástima! ¡Ese hombre morirá con la camisa de fuerza!

Los que estaban cerca se rieron al oir tan extraña predicción.

Se trataba de uno de esos caracteres serenos que todo lo calculan á sangre fría y que no se alteran por nada.

Cualquier otro género de muerte estaba más en armonía con el profesor.

No obstante, al año la predicción se había cumplido.

Murió loco furioso en un manicomio.

Aquello empezó á dar cierta fama al joven, aun cuando los envidiosos afirmaban que estaba más loco que lo había estado el muerto.

Pero la fama, al pronto, no se acompaña con el dinero; es preciso que pasen algunos años, á menos que la suerte no se digne proteger al mortal á quien señale.

Hacía un año que Roberto estaba en Viena.

Había estudiado mucho: conocía á los autores alemanes que habían escrito sobre medicina más que al famoso *prater* de la ciudad, que aventaja en fama al Prado de Madrid.

Pero en todo aquel tiempo no había ganado ni una miserable moneda de plata.

Había consumido todos sus ahorros de Nápoles.

En este mundo nadie vive de balde más que los tunos, y Estrañi no lo era.

Todo la había consumido, menos su pasión.

No tenía amigos á quienes pedir.

Viviendo de la ciencia, y sobre todo del recuerdo de Josefina, no había formado amistades.

Los estudiantes, jóvenes de su edad, se apartaban de él teniéndole por loco, opinión á que se prestaba su extraño retraimiento.

Y alguno exclamaba, después de contemplarle:

—¡Milagro será que el doctor en terapéutica no haya dejado algún retazo de su camisa de fuerza, que aprovechará éste el día menos pensado!

Y es que los amantes que adoran en silencio, lo mismo que los santos que tienen éxtasis, conservan en su exterior algo de locos.

Hasta entonces no se apercibió Roberto de que el hombre debe pensar un poco en su porvenir.

Esto se lo hizo comprender un hombre eminentemente práctico, dueño del hotel que habitaba, diciéndole una mañana al salir:

—Me debéis un mes; si á la noche no me traéis el dinero, es inútil que volváis, porque mi criado no os abrirá la puerta.

Estrañi dedujo claramente, y sin fatigar mucho su imaginación, que aquella noche dormiría al raso, tras de no haber comido, lo cual es muy duro.

Porque ¿á quién iba á pedir el dinero que necesitaba?

De pronto exclamó, sonriendo con amargura:

—¡Sin embargo, hay en el mundo quien me daría un florín..., y veinte..., y ciento, si yo se lo pidiera!... ¡Oh!... ¡pero... no se le pediré! ¡Antes morirse de hambre!

Se acordaba de Josefina, que hubiera remediado su cuita, á pensar que un hombre como Roberto tenía necesidad de la bolsa ajena.

Pero el oro de una mujer con la cual no nos une ningún grado de parentesco, siempre degrada, siempre deprime.

Por eso Estrañi prefería morirse de hambre sin dar su brazo á torcer, como vulgarmente se dice.

Un hombre en situación idéntica, que nada espera de sus semejantes, lo primero que hace es salir al campo y buscar los sitios más solitarios, donde ojos estúpidamente curiosos no puedan leer en el rostro su necesidad.

El hombre que siente en sus placeres y en sus dolores, es más feliz ó menos desgraciado cuanto más se acerca á la naturaleza.

Estrañi marchaba sin dirección fija; para él lo interesante era huir de la ciudad; el sitio le importaba poco.

Caminó en línea recta unas dos horas, sin pensar en nada ni siquiera en su situación, tan crítica como triste.

Las aves son más felices que el hombre; cualquier ruina les da asilo, con tal de que tenga una grieta donde pasar la noche: el campo es un comedor espléndido, en el que siempre está puesta la mesa.

Donde no hay espigas, hay insectos; es decir, que la necesidad está satisfecha hasta la hartura con bien poco trabajo.

Pero Estrañi no pensaba en nada de esto.

Sin abandonar la línea recta, anduvo aquellas dos horas, hasta que un seto le cortó el paso.

Al pie había un banco de césped.

Advirtió que estaba fatigado, y se sentó.

En seguida apoyó los codos en las rodillas, y escondió la cabeza entre las manos.





CAPITULO LXXXVII

La rueda de la fortuna.

Así permaneció... ¡quién sabe el tiempo!

Él mismo no pudo darse cuenta.

No dormía, no pensaba...

Parecía una figura de madera, tallada al pie de aquel seto.

Por su condición, lo era.

Hay momentos de atonía en los que el hombre *se petrifica* moralmente.

No funciona más que su organismo; el pulmón se comprime y se ensancha para aspirar el aire y devolverle; la sangre circula: esto es todo.

Por lo demás, el pensamiento duerme, la parte intelectual descansa.

Roberto oyó ladridos de perros y relinchos de caballos, que se acercaban para desaparecer en seguida.

Entonces levantó la cabeza para orientarse, aunque ya hemos dicho que le importaba muy poco el sitio.

Sin embargo, siempre es bueno saber dónde se encuentra uno.

Era una pequeña pradera rodeada de hayas y cubierta de fino césped: parecía uno de esos claros que se forman en los bosques, un lindo retiro para meditar.

Al pie de los árboles murmuraba un arroyuelo, cuyas raíces bañaba, dando frescura á aquel sitio encantador.

Roberto sintió cierto bienestar al encontrarse allí.

Aquel fresco ambiente, cargado con las acres emanaciones del campo, ensanchaba el pulmón.

No pudo menos de exclamar, pensando un poco en su estado:

—¡A lo menos nadie vendrá á echarme de aquí! La naturaleza, más generosa que el hombre, no cobra nunca el hospedaje que da. Lo malo es que han pasado ya los tiempos de los anacoretas, y yo no tengo vocación, ni las virtudes que requiere la carrera de santo. Aquí se puede pasar una noche, á lo más, porque debe hacer frío, especialmente cuando no se echa lastre al estómago. ¡Pícara necesidad la de nutrirse!

Después volvió á su actitud primera. Pero entonces reflexionaba sobre lo que iba á hacer.

No veía más que dos caminos de salir de situación tan embarazosa.

Ofrecer sus servicios como criado al dueño del hotel que ocupaba, ¡ó pedir limosna!

Ambos extremos eran duros para un hombre de sus condiciones.

¿De qué le servía la ciencia que atesoraba?

También podía entrar de practicante en algún hospital.

Pero esto no era cosa del momento; se requería algún tiempo para conseguirlo, y como cosa perentoria, que no admite espera, el joven necesitaba comer y dormir.

Su situación era dificilísima.

Pensó en obtener un plazo del dueño de la fonda, aunque sólo le diese por alimento los mendrugos que sobrasen de la mesa de los demás huéspedes.

Esto era algo humillante; pero la necesidad impone al hombre ciertas condiciones que no tiene más remedio que aceptar.

Estas tristes reflexiones amargaban las horas de aquel día, cuando volvió á oir pasos de caballos y gran algazara.

De pronto llegó á su oído un grito, seguido de otros varios, y un caballo sin jinete cruzó la plazoleta como una exhalación, desapareciendo al punto de su vista.

Después oyó rumor cercano de voces.

Púsose en pie, tomando por un estrecho y tortuoso sendero que culebreaba entre las hayas.

Su oído le indicó que se aproximaba á las personas que hablaban: notábase cierta agitación en aquellas voces, y aun creyó percibir la palabra «médico».

Apresuró el paso.

La senda terminaba en otra plazoleta, muy semejante á la que acababa de dejar.

Vió que la ocupaban algunas damas y muchos caballeros que vestían lujosos trajes de caza.

Una de aquéllas, de alguna edad, sentada en un tronco derribado, sostenía sobre sus rodillas la pálida cabeza de un joven acostado en tierra.

Sus ojos estaban cerrados, como si fuese víctima de un desmayo: en sus ropas había algunas gotas de sangre.

Al lado de aquel grupo había un hombre en pie, de cabellos blancos y robusta apariencia, el cual se inclinaba con interés sobre el joven y la dama.

Varios cazadores formaban un respetuoso círculo: á una regular distancia esperaban monteros y criados.

Sobre los uniformes y libreas descollaban las insignias de la casa real.

Estrañi no pudo menos de fijarse también en un hombrecillo de rostro colorado y rubicunda cabellera que iba de un lado para otro, con la movilidad de un ratón en un cepo, el cual, fijándose sobre el herido, no hacía más que exclamar:

—¡Oh, qué desgracia!... ¡qué desgracia!

El caballero de la cabeza blanca se fijó en él, diciéndole con cierto acento de reproche:

—Mejor haríais, señor marqués, en disponer que un criado fuese á la ciudad para avisar al médico de palacio.

A esta voz contestó otra, diciendo:

—Aquí hay un médico.

Era Estrañi, que en presencia de un caso de su profesión se adelantó hasta acercarse al grupo, sin reparar entonces en la respetabilidad y el lujo de las personas que le formaban.

Todos volvieron la cabeza, y todas las miradas se fijaron en él.

Los más próximos le hicieron plaza.

—¡Un médico! ¡Ah, venid!—exclamó la dama que sostenía al herido.

Estrañi avanzó resueltamente.

Los médicos se imponen, y es natural, porque en cierto modo disponen de la vida de los enfermos.

Además, están dispensados de la etiqueta.

Roberto, acercándose al joven, hincó una rodilla en tierra, desabrochándole con mano inteligente la riquísima ropilla de terciopelo con botones de oro.

Pero era preciso sacar el brazo de la manga.

—¡Un cuchillo, y agua!—dijo, sin levantar la cabeza ni dirigirse á nadie.

La ciencia manda siempre, en la seguridad de ser obedecida.

Servido al punto lo que necesitaba, rasgó con el

cuchillo la manga del jubón y la de la camisa, apareciendo el brazo desnudo, de una nítida blancura, que le hacía asemejarse al de una mujer.

Hacia el hombro había algunas huellas de sangre.

Estrañi estuvo reconociéndole minuciosamente, con la inteligencia de un hombre acostumbrado á robar á la naturaleza sus secretos y á vencer la enfermedad.

Después de un momento de inspección, murmuró, como si hablase consigo mismo:

—¡Tiene rota la clavícula!

La dama que sostenía la pálida cabeza del joven exhaló un débil grito.

Pero el joven doctor se fijó en ella, diciéndola para tranquilizarla:

—Esto no es nada, señora, con tal de que este joven no cometa alguna imprudencia.

Después, con la entonación con que el capitán de un buque dispone el zafarrancho de combate, exclamó:

—¡Lienzo para hacer un vendaje!

Entre tanto, con su propio pañuelo, ligeramente humedecido en agua, limpió la sangre que manchaba el hombro.

La dama y el caballero del pelo blanco seguían todas aquellas operaciones con el mayor interés, fijando en el joven doctor miradas de ansiedad.

Estrañi obraba como si estuviera en una clínica.

La tranquilidad de su rostro indicaba que, en efecto, no había nada que temer.

Aquel era un caso vulgar, hasta cierto punto.

La frescura del agua hizo que el joven recobrase el conocimiento.

Exhaló un suspiro y abrió los ojos.

Entonces el hombrecillo rubicundo y colorado se aproximó, exclamando:

—¡Oh... mi querido príncipe!

Y fué á asirle la mano que correspondía al brazo lesionado, como para besársela, cuyo acto impidió Estrañi, diciendo casi con indignación:

—¡Hacedme el obsequio de no tocar á vuestro querido príncipe, si no queréis verle manco!

—Retiraos, marqués, —repuso el caballero.

—¿Qué tal? —preguntó Estrañi al herido.

—Me duele mucho este hombro, —contestó con voz quejumbrosa.

—¡Pobre hijo mío! —exclamó la dama.

—¡Repito que esto no es nada! —dijo el doctor. —Cuestión de ocho á quince días en que no hagáis ningún movimiento con este brazo. Si me obedecéis, yo respondo de todo.

—¡Oh, sí, es preciso, hijo mío! ¡El doctor es muy hábil!

—Señora, esto lo curaría un estudiante que cursase primer año..., y vale más que el accidente no ponga de relieve mi habilidad.

Después, volviendo la cabeza, preguntó:

—¿Está ya el lienzo que he pedido?

Uno de los monteros le entregó un pedazo de lienzo.

Estrañi le miró sonriéndose, y dijo:

—¡Se conoce que sois cazador viejo, cuando tan prevenido venís!

En seguida cortó el lienzo en varias tiras, dándolas la anchura y dimensiones necesarias.

Luégo suplicó á dos de los caballeros presentes que sujetaran al herido, diciendo á éste:

—Dispensad que os haga sufrir un poco: es cuestión de un segundo.

—Haced lo que sea preciso.

Los buenos médicos obran sobre el enfermo como sobre *anima vili*; es decir, sin esos miramientos que excluye el buen éxito de una operación.

Estrañi, por medio de un poderoso esfuerzo de su hábil é inteligente mano, unió el hueso fracturado, haciendo que una parte encajase en la otra.

El herido lanzó un grito, y la dama se desmayó.

El doctor aplicó el vendaje, sujetando fuertemente el hombro y el brazo.

Cuando todo estuvo concluído, dijo:

—De vos depende el resto: es preciso que os privéis de todo movimiento en la parte lesionada, hasta que os levanten el apósito; haced cuenta que os convertís en estatua por espacio de quince días. Ahora haríais bien en alejaros de aquí: la humedad del bosque puede perjudicaros.

El caballero anciano dió orden de que aproximaran un carruaje que acababa de llegar.

El mismo Estrañi dispuso los almohadones en

forma de lecho, y ayudó á los que trasladaban al joven, que fué instalado cómodamente.

En el mismo carruaje entró la dama; iba á hacerlo igualmente el hombrecillo de que hemos hecho mención, cuando Roberto se interpuso.

—¿Qué es esto, doctor?—preguntó con extrañeza.

—Nada más que una precaución para que vuestro querido príncipe no llegue manco donde vaya. Dispensad, señor marqués, pero os tengo por demasiado inquieto y nervioso para permitiros la entrada en ese carruaje. Fuera de esto, podéis disponer de mí.

Y saludó.

El marqués se retiró mohino, mientras que el carruaje se alejaba al paso, para impedir todo movimiento brusco.

Estrañi había cumplido su misión, y pidió venia para retirarse.

Pero el caballero le detuvo, diciéndole:

—Un médico no deja así á sus enfermos hasta que nó se curan ó se mueren.

—Por fortuna,—contestó Estrañi,—no estamos en el último caso: esa fractura no tendrá fatales consecuencias. Respecto á lo demás, debo deciros que, aun cuando no tengo el honor de conocerle ni conoceros, por su rango supongo que dispondrá de médicos que valgan más que yo, y que tengan más autoridad científica.

—Vuestro acento me hace suponer que sois extranjero.

—Siciliano, señor; hace un año que resido en Viena.

—Y en todo ese tiempo, ¿no habéis visto alguna vez al emperador?

—¡Cómo!... ¿Acaso?... Dispénseme vuestra majestad que no le haya tratado desde un principio como se merece. El constante estudio á que me entrego me sirve de disculpa: no tan sólo no conozco al emperador, sino que la capital de su imperio me es también desconocida.

—Confío en que aprenderéis el camino de palacio, donde espero veros mañana, pues me interesa mucho la salud de mi sobrino.

—Está bien, señor; iré á disfrutar de la honra que vuestra majestad hace á mi insuficiencia.

—Entre tanto ceñid eso á uno de vuestros dedos, no como pago de honorarios, sino para que tengáis un recuerdo de nuestro encuentro.

Y el emperador le entregó una sortija, que Estrañi se vió obligado á admitir.

Después de despedirse de éste, dió la orden de partida, y la comitiva se puso en marcha hacia Viena.

Roberto Estrañi quedó absorto.

Había salido aquella mañana de su casa hecho un pobre diablo, y se encontraba con que era médico de cámara de su majestad el poderoso emperador de Austria.

Y cuando no pensaba en cenar, ni en tener donde dormir aquella noche, veía fulgurar en su mano un brillante que valía una fortuna.

No hay deidad más veleidosa que ésta, y hace bien la mitología en pintarla sobre ruedas.





CAPITULO LXXXVIII

En el que se habla de una sortija y de maese Venius.

Ya conocemos á uno de los personajes que actuaron en aquella escena.

Es bien que descubramos el incógnito de los demás.

Nuestros lectores presumirán lo que presumió Estrañi, que, yendo en compañía del emperador, no debían ser unos cualesquiera.

En efecto, la dama que sostenía al herido era la madre de éste, príncipe heredero del trono de Polonia, y de María Amalia de Sajonia, que le acompañaba, y que había de ser muy luégo esposa de Carlos III, á la sazón rey de las Dos Sicilias.

El emperador era primo de ésta, y por consecuen-

cia tío de ambos jóvenes, á quienes amaba entrañablemente.

Entonces no había aún ningún dato para presumir que estaba tan cercana la repartición de la desgraciada Polonia, y que la emperatriz-reina había de entrar en aquel sombrío y aleve trato con Prusia y Rusia, para despojar á individuos de su propia familia.

Ésta estaba en Viena accidentalmente por un motivo que no tardaremos en explicar.

Con este motivo las fiestas se repetían, pues el emperador deseaba que sus sobrinos llevasen un buen recuerdo de su estancia en la capital del imperio.

La corte imperial andaba revuelta, de lo cual se alegraban no poco las modistas y los joyeros.

Algo influyen los imperios y las monarquías en la prosperidad de ciertas clases, prosperidad que, por desgracia, no llega nunca al obrero.

La visita de un príncipe á otro influye poderosamente en que varíe el valor de una tela y el corte de un vestido, lo mismo que la forma y calidad de un aderezo.

Como se ve, estas son cuestiones *transcendentales*, que deben tener muy en cuenta el historiador y los que confeccionan artículos para los periódicos de modas.

Los pobres habitantes de los montes y los bosques son principalmente los que más se resienten de las visitas que se hacen entre sí los personajes.

Si hubiera medios de averiguarlo, y tal vez lo in-

vente algún sabio norte-americano, resultaría que la mayor parte de los ciervos, jabalíes y conejos, sin olvidar las palomas, ánades y perdices, están por el sistema republicano, y odian con todas sus fuerzas la forma monárquica.

Una de las diversiones de que la corte de Viena echó mano para distraer á la familia polaca fué una cacería.

En todos los países se rinde culto á esta diversión, que fué uno de los primeros ejercicios de la especie humana, cuando fué condenada en el paraíso, al decir del Génesis.

Todo fué bien durante aquel día.

Los ciervos se dejaron matar por complacer á sus reales amos.

Hechos de esta especie se recomiendan por sí mismos y *no necesitan comentarios*, como decimos hoy cuando alguno se encuentra una moneda de dos pesetas y la devuelve á su dueño.

A mediodía se hizo alto y se comió, como lo hacen los emperadores cuando están de *juelga*, término moderno también, con permiso del sesudo y gran idioma castellano.

Despues prosiguió la batida.

Pero con muy mala suerte para el joven Uladimiro, príncipe heredero del trono de Polonia.

Desbocósele el caballo; y aun cuando era muy

buen jinete, le arrojó de la silla, rompiéndose una clavícula á consecuencia del golpe, según vimos.

Pero, por su fortuna, el dueño del hotel que habitaba Roberto Estrañi le había despedido por la mañana, y éste, en vez de ir al anfiteatro, se fué á filosofar al bosque, donde le hemos dejado absorto ante la mudanza de la suerte.

Por muy filósofo que uno sea, siempre regocija un poco el adquirir el convencimiento de que se tiene que comer cuando menos se pensaba hacerlo.

Estrañi sintió algo parecido á la alegría.

Después sacrificó un poco á la vanidad acordándose de su huésped.

Iba á humillarle de un modo soberano.

El sabio es hombre antes que todo, mucho más si cuenta veinticinco años, que era la edad de Estrañi.

La vanidad personal puede más que la filosofía y que la ciencia.

Roberto se dirigió á la ciudad, tan enhiesto y altivo, como abatido había salido por la mañana.

Era cerca del anochecer cuando pisó sus calles.

Abandonó la acera, y caminaba por el arroyo, temeroso de tropezar con el alero de los tejados.

Aun consideró que la luna estaba muy distante de la copa de su sombrero.

En aquel momento se acordó del conde de Massi, el esposo de Josefina, y aquel recuerdo le dió náusea.

El conde no tendría nunca entre sus manos el hombro derecho del príncipe heredero de Polonia, ni

ceñiría á su dedo sortijas regaladas por el emperador de Austria.

Cuando llegó á la fonda, deploró que la suela y los tacones de sus botas no fuesen de hierro para que resonasen más sobre el entarimado de las habitaciones.

Entró en el comedor y dió orden al camarero de que le sirviera la cena, que al mismo tiempo iba á ser para él desayuno, almuerzo y comida.

De paso le pidió una botella de *tokai*.

Nada tenía de extraño que el que se relacionaba con príncipes bebiese vino de príncipes.

A todo esto se atusaba fieramente el bigote con la mano derecha, que era donde llevaba la sortija.

La luz de la lámpara arrancaba de los brillantes una luz de luminosos reflejos, haciendo creer al camarero que en aquel anillo iba engastado el lucero de la mañana.

Aquella no era la actitud ordinaria de Roberto, que se distinguía por su sencillez.

El mozo, que ya estaba advertido desde por la mañana, corrió presuroso en busca de su amo, diciéndole lleno de emoción:

—Señor, ahí está el médico del número siete.

—¿Estrañi?—preguntó el fondista con despreciativo desdén.

—El mismo.

—¿Te ha pagado?

—No, señor...; pero me ha pedido de cenar.

—¡Cómo!

—Y en lugar de vino común, una botella de tokai.

—¡Tokai un hombre que me debe dinero! Ahora verás cómo le planto en el arroyo, para que beba allí lo que quiera.

Y el fondista se dirigía furioso hacia la puerta, cuando el criado le detuvo, diciendo:

—Esperad, señor.

—¡Cómo, gran pícaro!... ¿Tú también abogas por él?

—Es que...

—Vamos, ¿qué pasa?

—Ese joven lleva en el índice de la mano derecha una sortija que debe valer una fortuna.

—Será falsa... Hoy se imitan muy bien las piedras.

—No lo parece... Además, habla muy alto, como el hombre que lleva en la bolsa muchas monedas de oro.

—Voy á informarme por mí mismo.

Y el fondista corrió hacia el comedor, donde esperaba Estrañi.

Éste echó otra vez mano al bigote, aunque le tenia muy atusado.

Aquel dedo despedía relámpagos.

El fondista sintió un deslumbramiento, como cuando hiere nuestros ojos el reflejo del sol sobre un cristal.

Estrañi no le dió tiempo para hablar, y le dijo:

—Es posible que esta noche vengan á buscarme de parte del emperador. Yo no saldré de casa. Dad orden á vuestros criados para que me avisen. Como

comprenderéis muy bien, á esas personas no se les hace esperar.

—¡De parte del emperador! exclamó el fondista, creyendo que su huésped se había vuelto loco.

—Sí... ¿No sabéis lo que sucede, maese Venius?

—Confieso que...

—Su sobrino, el príncipe heredero de Polonia, se ha roto una clavícula en la partida de caza de hoy, y yo he tenido la fortuna de curarle. Por eso, si se agrava, me avisarán de fijo...

Luégo añadió, como si fuera aquella una cuestión secundaria, resuelta ya:

—¡Ah maese Venius!. . ya me olvidaba: mañana me pasaréis la cuenta.

Pero el buen fondista había cambiado completamente de opinión, rectificando su juicio sobre los brillantes de la sortija; así es que, haciendo profundas reverencias, y tirándose de un mechón de pelo, creyendo que era la visera de la gorra, exclamó:

—¡La cuenta!... ¡Quién se acuerda, caballero Estrañi!... ¡Tiempo tenéis de pagarla, porque supongo que no os iréis de mi casa!

—No me encuentro aquí del todo mal...

—Pero ¿qué hace ese bruto que no os sirve la cena?... ¡A ver, Tony, gran pícaro, cómo no sirves á este querido señor Roberto!

Aquel *bruto*, aquel *gran pícaro* estaba esperando las instrucciones de su amo, á quien había oído decir que la sortija que llevaba el siciliano era falsa.

Inmediatamente le miró mejor que ninguna otra noche, mientras que maese Venius, que honraba el comedor con su presencia, decía, guiñando el ojo á su criado:

—Tony, á ver si bajas á la *bodega*, y subes á este caballero una botella del mejor tokai que se beba en todo el imperio.

Tony se dió por entendido, y al cabo de cinco minutos apareció con una mezcla de sidra, vino de Burdeos y alcohol metida en una botella que ostentaba una funda de telarañas.

Parece que la bondad del vino está en razón directa con el espesor de la capa de polvo que envuelve la botella que le encierra.

Nunca podremos explicarnos que el buen vino huya de la limpieza.

Por lo demás, ni aquello era tokai, ni en la casa había bodega: maese Venius, para sus necesidades de fondista, había montado un gabinete, ó sea laboratorio químico, donde sujetaba á toda clase de bautismos y operaciones el vino que compraba en el almacén que un *industrial* tenía extramuros de la ciudad.

Estrañi, que no era lerdo, lo comprendió así; pero para él lo esencial era que el fondista no le pidiera dinero hasta recibirlo de palacio.

Aunque la sortija lo valía, no podía empeñarla ni venderla mientras tuviese que presentarse al emperador.

Hubiera sido dar una mala idea de sí mismo, y po-

ner en un conflicto vergonzoso á la ciencia, de quien por entonces no era más que un acólito, proponiéndose llegar á sacerdote, para aspirar algo después al pontificado.

Mientras duró la cena, maese Venius permaneció en su puesto, es decir, en el comedor, recibiendo la honra inmerecida de brindar cariñosamente con su huésped.

Este se retiró á su habitación para reposar, puesto que bien lo necesitaba.

En tanto Venius decía á *todos* sus criados, que eran Tony y una bretona de Fougéres:

—En el momento en que vengan de palacio (aquí ahuecó la voz) preguntando por el doctor Estrañi, le pasaréis recado, pues de su presencia allí pende el porvenir del reino de Polonia; hoy ha estado entre sus manos la vida de esa monarquía, el destino de los seres que la habitan... Al mismo tiempo os encargo que tratéis á ese noble siciliano con las mismas consideraciones que os merecería el Vesubio en erupción hallándoos al pie. No sabéis hasta qué punto nos conviene estar bien con ese personaje.

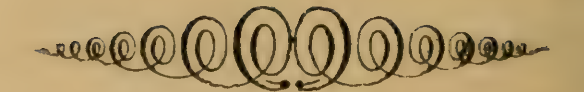
Tony se quedó admirado, recordando que aquella mañana maese Venius había expulsado de su casa al ilustre personaje, y que aquella misma noche, dos horas antes, estuvo á punto de negarle la cena y ponerle de nuevo en el arroyo.

De las palabras de su amo dedujo que Roberto Estrañi era algún diplomático, enviado extraordinario

del rey de Nápoles, cuya misión no se había revelado hasta entonces.

Por más que le chocase que un personaje de tantas campanillas habitase en un tugurio pomposamente bautizado con el nombre de fonda.

¡Pero ocurren cosas tan raras en la vida!





CAPITULO LXXXIX

En el que se habla un poco de Cervantes y de Don Quijote.



STRAÑI durmió toda la noche de un tirón, como vulgarmente se dice.

Su sueño fué tranquilo y lleno de imágenes risueñas.

¡Y tanto que lo fueron!.

Una de ellas consistió en creer al conde de Massi de cuerpo presente.

A él le habían hecho médico de cámara del rey de Polonia, y marido de Josefina, *in facie Ecclesiæ.*

¡Qué bien se sueña á los veinticinco años, cuando la conciencia está tranquila, y se posee un anillo que vale algunos cientos de piastras!

Pero al despertar con la fresca, y vestirse, tuvo un desencanto.

Su traje, que ostentaba toda la inteligente humildad de un sabio, no era muy á propósito para ver á un emperador.

En una clínica, nadie hubiera reparado en sus calvas y deslucidos; en palacio, sí.

Estrañi se decidió á quemar las naves, aun cuando no se llamaba Hernán Cortés.

Sobre todo, su sortija respondía de él.

Hizo que maese Venius avisase al mejor sastre de la ciudad, y que le llevara trajes hechos para elegir.

El fondista no quiso encargar á nadie una comisión tan delicada, y fué á desempeñarla él mismo, con ese exceso de celo que algunas veces salva á un hombre, y muchas le pierde.

Por el camino habló al artista en paños y telas de los destinos de Polonia, simbolizados en el siciliano.

Quería hacer de Estrañi una especie de prospecto para llevar huéspedes á su casa.

Y aun se le ocurrió poner sobre la puerta una gran muestra con esta leyenda:

FONDA DE LAS CANCILLERÍAS EUROPEAS

Aunque estuvo vacilando entre este letrero y otro que dijese:

EL PORVENIR DE POLONIA

Aquel día fué conocido en toda la ciudad el nombre de Roberto Estrañi como doctor y diplomático.

El sastre entró en la habitación de aquél como hubiera entrado en el Vaticano, en una audiencia del papa, con el mismo respeto y veneración.

Exhibió sus trajes, entre los cuales Roberto escogió uno de terciopelo negro con la botonadura de acero, por creerle más propio de un doctor; igualmente se proveyó de sombrero y botas.

Ni aun preguntó el precio, contentándose con decir al sastre, como hubiera podido hacerlo el primogénito de la casa de Rohán:

—Podéis entenderos con maese Venius.

El maestro se deshizo en cortesías y el fondista aflojó los cordones de su bolsa, bendiciendo aquella circunstancia, que le permitía poner en la cuenta de su huésped lo que el sastre le llevaba de más y lo que le sisaba él.

Roberto, después de vestido, se contempló al espejo.

Al verse de negro no pudo impedir que una lágrima asomase á sus ojos.

Creía llevar luto por Josefina; en realidad la había perdido para siempre.

Después bajó al comedor; pero apenas almorzó, aun cuando le brindaba otra botella de tokai, de la misma procedencia que el de la noche anterior.

Pareciéndole ser ya una hora conveniente, se dirigió hacia palacio, dando por contraseña el nombre de «el doctor del bosque».

Allí se le esperaba ya: así es que fué introducido

inmediatamente en las habitaciones que ocupaba la regia familia polaca.

La reina madre, acompañada de la futura reina de España María Amalia, le recibió con extraordinario agasajo, haciéndole pasar á la alcoba del ilustre enfermo.

El príncipe seguía tan bien, que ni aun tuvo fiebre aquella noche.

Unicamente le molestaba la completa inmovilidad á que le había reducido el doctor.

—Es preciso que su alteza tenga un poco de paciencia,—le dijo —Eso ha de apresurar su curación.

Estaba presente uno de los médicos de cámara, sesudo alemán, el cual miraba al siciliano por encima del hombro.

A fuerza de textos griegos y latinos, y sólo por llevar la contraria á su colega, quiso probar que el movimiento del brazo, lejos de serle nocivo, podía apresurar el desenlace.

—Es indudable, —repuso Estrañi, inclinándose con cierto respeto que por lo exagerado era algo equívoco. —Puede apresurar el desenlace si éste consiste en que su alteza se quede manco.

El doctor, que esperaba otra cosa, volvió á jurar en latín y en griego; pero Estrañi prosiguió de un modo imperturbable:

—Si en un árbol que se injerte estáis moviendo la *púa* desde un principio, no agarrará nunca la savia, y concluirá por caerse ella misma: pues bien, la púa y

el árbol representan los dos trozos del hueso fracturado; movedlos, por poco que sea, sobrevendrá la inflamación, y habrá que amputar, lo que equivale á caerse.

El alemán trató de replicar; pero la reina se interpuso, diciendo:

—No entiendo vuestro griego ni vuestro latín; pero lo que dice este caballero me parece de una evidencia palmaria, y creo, como él, que para que la fruta madura no se caiga del árbol, es mal medio mover violentamente el tronco.

El doctor masculló algunos otros textos, y salió de la estancia, envolviendo en una mirada de odio al siciliano.

—¡Ello es que mi hermano sigue muy bien!—exclamó la joven María Amalia, tendiendo su mano á Estrañi, que la besó con respetuosa galantería.

—Me propongo que vuelva á montar á caballo antes de un mes,—dijo.

—¡Oh!... Juegan muy malas partidas los tales caballos,—repuso la joven, haciendo un gracioso mohín de disgusto.

—¡Repare su alteza que no todos los días derriban al jinete!—replicó Roberto sonriéndose.

Por último, dando por terminada la visita, pidió la venia á las damas para partir.

—Esperad, doctor,—dijo la reina madre: ahora soy yo la que tiene que haceros una consulta.

—Señora, estoy á la disposición de su majestad.

—Pasemos, si os place, á esta habitación.

Estrañi se despidió del enfermo, volvió á besar la mano á la princesa, y siguió á la reina á un gabinete contiguo.

—Sentaos, doctor,—le dijo la dama.

—Señora, no me creo digno del honor que vuestra majestad me dispensa.

—Tened entendido que al entrar aquí he depuesto la majestad, considerándome como una huéspeda de mi primo el emperador.

—Y para mí me merece vuestra majestad en Viena el mismo respeto que me merecería en Polonia.

—Gracias, doctor; pero sentaos; os lo ruego: es largo lo que tengo que deciros.

—Ya que su majestad lo permite, obedezco.

Y Estrañi tomó asiento á una distancia respetuosa, creyendo que el insistir hubiera sido una necedad.

La reina hizo uso de la palabra:

—Empiezo por pediros perdón.

—¡A mí, señora!

—No lo extrañéis; ayer, después que nos separamos, os hice seguir, para tomar informes de vos.

—No lo extraño, y es muy natural que así lo hiciera una madre. Se trataba de saber si la casualidad había puesto el brazo de su hijo querido en manos de un cirujano, ó de un atrevido ambicioso.

—Celebro que hayáis adivinado mi pensamiento, y que le disculpéis.

—Señora, una madre siempre está disculpada, aunque yerre.

—Por lo demás, los informes que me dieron de vos nos dejaron á todos muy satisfechos.

—He estudiado mucho, y Dios pone algún acierto en mis pronósticos como médico, y en mis manos como operador.

—Dios... y vuestro talento.

—Gracias, señora.

—He sabido que os dedicáis con éxito á ciertas dolencias que tienen su origen en la parte moral del individuo.

—Ese es hoy mi estudio predilecto; en cuanto al éxito...

—Pues bien: á eso se refiere mi consulta.

Espero impaciente las explicaciones de vuestra majestad.

—Serán tan latas como yo creo que deben serlo: á un médico, ó se le habla como á un sacerdote, ó no se le consulta.

—Sin esa franqueza, que respeta siempre la discreción, sería imposible que el médico más sabio del mundo acertase.

—Se trata de mi hijo: esta frase os dirá todo el interés que me inspira.

—¿Tiene alguna enfermedad moral?

—Sí; ese es el objeto de nuestro viaje, y de la consulta que hago á vuestra ciencia en este momento.

—Ya escucho.

—Es una cosa... ridícula hasta cierto punto..., y á fe que no sé cómo empezar.

—Señora, vuestra majestad acaba de decirlo: un médico es un sacerdote, y para un sacerdote todo es serio.

A pesar de esta seguridad, la reina vacilaba.

Por último, comprendiendo que de haber empezado debía concluir, prosiguió:

—Como hombre ilustrado que sois, habréis leído el *Quijote* del español Cervantes Saavedra.

—Conozco la obra..., y confieso que, más que su mérito literario, me la recomendaron las desdichas del autor: yo simpatizo en seguida con todos los desgraciados.

—Pues bien; en ese tipo habréis visto una creación extraña y original. Don Quijote es un cuerdo que á veces se cansa de serlo, sin que se le pueda reputar por loco.

—¿Quiere vuestra majestad oir mi opinión?

—Sí, deseo conocerla.

—El *Ingenioso Hidalgo* es la sátira más sangrienta que se ha escrito contra la humanidad; Cervantes ha tenido precisión de buscar un loco para poner en su mente ideas y en sus labios discursos de cordura, y no se cansa uno de admirar los ejemplos de razón y de equidad que relampaguean en aquella locura sublime. Mas que le llamen á uno cuerdo, siente deseos de ser loco, lo mismo que lo fué Don Quijote.

—¡Es verdad!—exclamó la reina, tendiéndole la mano.—Ese mismo deseo he sentido yo muchas ve-

ces, sin acertar á explicármele con tanta claridad como vos lo hacéis ahora.

—¡Celebro haber expresado el pensamiento de vuestra majestad!

—Pues bien: volvamos al hidalgo de Argamasilla, porque es necesario para que prosiga mi consulta. Don Quijote era un hombre de buen sentido, lleno de sensatez, y hasta de instrucción. Dominaba todas las cuestiones que se sometían á su criterio, daba consejos sanos, aplicaba máximas de una sabiduría profunda. Era un excelente mentor con celada y armadura en el tiempo en que no se usaban ya ni las armaduras ni las celadas.

—Ese fué un sambenito.

—Cuando llegaba á tomar las ventas por castillos, á las Maritornes por castellanas, y á los rebaños de carneros por ejércitos, no se podía con él.

—Pero lo explicaba de tal manera, que á su lado, y oyéndole, hubiera caído en el mismo error el hombre más sesudo.

—Ciertamente; pero... error al fin..., del que se burlaba un hombre tan grosero é ignorante como Sancho.

—¡Pobre Don Quijote!

—Pues bien, querido doctor: por más reparo que me cueste el confesarlo, yo tengo un hijo que toma también por castillos las ventas y los molinos por gigantes.

—¡El príncipe!—exclamó Roberto asombrado.

—¡El príncipe!—contestó la dama, lanzando un suspiro de dolor.

Hubo un momento de pausa.

Desde luégo supuso Estrañi que la reina se refería á una aberración de su hijo que no tuviese nada que ver con la de Don Quijote, por más que hubiese entre ellas en su origen alguna relación.

Es decir, no suponía que casi al final del siglo décimoctavo, el príncipe Uladimiro creyese también en castillos encantados, en viudas desvalidas, en doncellas menesterosas y en dueñas quintañonas, por más que de estas tres especies hubiese aún bastantes ejemplares.

Así es que Estrañi ardía en deseos de que la reina se explicase.

Esta, que había ya soltado prenda, no tuvo más remedio que proseguir, y lo hizo en los términos siguientes:

—Hay tanta analogía entre mi hijo y Don Quijote, que parece que Cervantes se propuso por tipo á Uladimiro al escribir su obra.

—¡Tal vez exagera vuestra majestad!

—No, doctor; miro las cosas desapasionadamente. Todo ello consiste en que el curso del tiempo ha puesto alguna diferencia en su manía; por lo demás..., os juro que son idénticas. Uladimiro ha recibido la educación que correspondía á su cuna. Nacido para reinar, se le han procurado maestros sabios que inculquen en

su imaginación y en su pecho las máximas y las virtudes que deben distinguir á un rey, pues no basta sólo el derecho divino para reinar.

—¡Es cierto, señora!

—Su imaginación ardiente, ¡demasiado ardiente!, acogió aquellas doctrinas como la buena tierra acoge la buena semilla. Han fructificado en él, lo digo con orgullo. porque su criterio es sano, y su talento claro y despejado. Yo estaba contentísima, creyendo que tenía un príncipe á mi lado, hasta que me apercibí demasiado tarde de que sólo tenía un loco.

—¡Un loco!

—Un maniático, que es lo mismo.

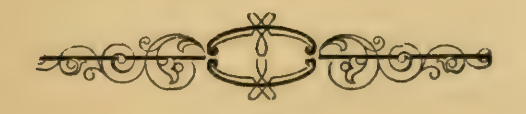
—Y ¿en qué consiste?... ¡Ah! perdone vuestra majestad la pregunta, en gracia de mi deseo,—exclamó Estrañi conteniéndose.

—No; ¡si para ello os he llamado!... ¡para eso no más quiero consultaros!

—Vuestra majestad puede disponer de mí.

—Querido doctor, asombraos: mi hijo está atacado de la enfermedad de orientalismo y harén.

—¡Es posible!





CAPITULO XC

Juan Jorge Sorrentini.



ERO Estrañi no podía asombrarse del todo ignorando qué enfermedad era aquella, que no estaba en ningún tratado de medicina.

Comprendía á Don Quijote como ficción, mas no como tipo real.

La imaginación que se extravía de ese modo va á parar á la locura, y el hidalgo manchego era loco porque Cervantes quiso que lo fuese.

Pero que un joven educado para rey diera en tales aberraciones, era cosa que no entraba en su imaginación.

La pobre madre prosiguió su relato explicando al doctor lo que aun le faltaba saber.

Hay imaginaciones predestinadas para dar calor á ciertas ideas, así como hay tierras donde germinan semillas que no han germinado en otras.

Para impedir esto, es suficiente en el segundo caso una buena ráfaga de viento que arroje la semilla al mar, y en el primero una imaginación sana que aconseje, predicando con el ejemplo.

Por desgracia el príncipe Uladimiro tuvo á su lado todo lo contrario.

Aquel fuego que pedía agua para apagarse, encontró un fuelle que tenía un título nobiliario.

Juan Jorge Sorrentini procedía de Parma, ó de Módena, ó de Luca, ó del infierno.

Acaso él mismo no lo sabía.

Sin embargo, se titulaba marqués.

No faltó quien asegurase que su padre había vendido en El Cairo babuchas y perfumes; otros decían haberle visto en Nápoles despachar macarrones en salsa y *accomodatti*.

Podía ser verdad y ser mentira, puesto que él no negaba ni aseguraba nada.

Era lo que hoy se llama un *bon vivant*, pero no un pillo seguramente.

No tenía talento para ser esto último; así es que había ocasiones que degeneraba en tonto, aunque tampoco lo era.

Juan Jorge Sorrentini tenía la habilidad de no ser nada.

¡Ah! Sí: era profesor de idiomas.

Sabía el griego y el latín, que eran ya dos lenguas muertas; respecto á las vivas, poseía el italiano, que parecía su idioma patrio, el español, el francés, el inglés, y el *argot* que se habla en el patio de todas las cárceles, que para ciertas gentes es el idioma universal, porque tiene voces y locuciones de todas: así es que todos le entienden.

Generalmente el que habla á la perfección el *argot* es un bienaventurado, porque ha sufrido persecución por la justicia.

¿Estaba Juan Jorge en este caso?

No era posible saberlo, porque él no decía nada.

Odiaba la mentira, pero había motivos para sospechar que odiaba igualmente decir la verdad.

Después de conocerle se modificaba un refrán muy conocido, diciendo: «al buen callar llaman Juan Jorge.»

Cuando se le veía, era uno capaz de afirmar que no había remado en galeras; al oirle hablar, se modificaba el juicio, á pesar del marquesado, y de la heráldica y el blasón.

En efecto, nada más rigurosamente estúpido que su fisonomía.

Era la de Judas Iscariote antes de pensar en los treinta dineros.

Su mirada acusaba una necedad á toda prueba: en

los pliegues que formaban sus ojos se leía la negación del sentido comun.

Eran abultados por la mucha carne que los rodeaba, y salían á la superficie de los pómulos como los de los besugos; además eran redondos como ojos de mochuelo.

En sus labios gruesos y colorados no había más expresión que la de la gula no satisfecha: estaban siempre pidiendo de comer.

Los abría una sonrisa eterna, fotografiada en ellos, permitiendo ver cuatro enormes colmillos parecidos á las almenas de una fortaleza.

La frente deprimida estaba medio oculta entre la cabellera, que parecía un bosque, y las cejas, que asemejaban un matoral.

El lóbulo de sus orejas descansaba en el ribete de una corbata, siempre limpia, tersa y sin una arruga.

Sin embargo, no se la mudaba más que cada quince días, y muchas noches no se la quitaba para dormir.

Tenía abdomen como un sapo, y se le golpeaba suavemente con los cuatro dedos de sus manos, introduciendo el quinto en los bolsillos de su chupa, de los que pendían muchas guirindolas y dijes de reloj, que nadie había visto..., ni aun él acaso.

Sus piernas eran cortas y robustas, y formaban un arco de círculo hacia las rodillas, de tantos grados, que, estando los pies juntos, podían dar paso á un cuerpo humano, sin que rozase con sus medias de punto de seda.

Tal era Juan Jorge Sorrentini á la edad de...

¿Quién era capaz de averiguar la edad que contaba?

Sus años fluctuaban entre los veinticinco y los setenta.

Lo mismo podía suponérsele capaz de hacer el amor, que de chochear.

Como se ve, por su físico era un enigma; pero la parte moral no resolvía el problema.

Su conversación era estúpida generalmente: algunos días estaba inspirado.

Eran sus días de *argot*, durante los cuales nadie era capaz de afirmar que no había estado en presidio alguna vez

Como último detalle, diremos que Juan Jorge no tenía vicios, sin que tampoco pudiera señalársele ninguna virtud, lo cual hacía de él una especialidad, una cosa única como hombre.

Se presentó en Polonia.

¿De dónde venía?

Él dijo que de Italia, de Roma, huyendo del papa y de los españoles; porque, según se vió después, á sus muchas relevantes cualidades reunía la de huir de todo el mundo.

Titulábase marqués de Spoletto.

¿Por qué no serlo?

En Italia hay muchos marqueses, así como en los Estados Unidos hay muchos capitanes y doctores.

Se presentó en palacio como un noble expatriado

cuya hacienda, consistente en muchos castillos, bosques, montes y selvas, se había apropiado el fisco.

En este concepto era un marqués campesino, casi salvaje.

Llevaba corriente un título de profesor de idiomas, fechado años antes en la universidad de Bolonia, que, como todo el mundo sabe, era una antigua y docta universidad.

El rey oyó conmovido la relación de sus desgracias, salpicada de modismos de todos los idiomas que conocía.

Era un individuo que se moría de hambre; su relación constituía un memorial, una solicitud para que se le diera una plaza en un asilo benéfico.

Pero ¿cómo se da limosna á un marqués?

A un campesino, á un mendigo cualquiera se le honra con una azada y un pico, mandándole á trabajar á los sitios reales.

A la sazón estaba educándose el príncipe heredero, que contaría unos diez y seis años.

Entonces la educación de los príncipes iba más despacio que hoy.

Los antiguos tienen la tontería de afirmar que era más sólida.

El rey calculó á tiempo que un príncipe heredero debe saber idiomas, para que se entienda con *sus primos* de otros países.

Porque todos los monarcas son *primos* entre sí; roban este título de parentesco á sus pueblos.

Ya estaba descubierta la incógnita.

Juan Jorge Sorrentini podía comer sin que se ofendiese su dignidad de marqués.

El de Spoletto fué nombrado profesor de idiomas del príncipe heredero de Polonia.

Bien pronto se estableció una dulce intimidad entre el maestro y el discípulo, como podía mediar entre un príncipe heredero y un noble cualquiera.

Juan Jorge tenía el talento de doblegarse á la voluntad de aquel de quien pretendía algo.

Pero era sólo en la apariencia.

Aquel hombre singular resultaba siempre amo en cualquier sitio donde estuviese.

Su sumisión era fingida, y concluía por imponer su voluntad cuando más humilde parecía.

Uladimiro cayó en la red, como todo aquel que le trataba, y fué esclavo de aquel hombre que se le vendía como tal.

Nadie le conoció dar una voz, como no tuvo nadie noticia de que retrocediese un paso en el camino que una vez había emprendido.

Al poco tiempo el marqués de Spoletto, con su traza soberanamente estúpida, era el árbitro en la corte de Polonia.

Su posición cambió de tal modo, que no pensaba ya en reclamar del príncipe ni de los españoles la devolución de sus feudos ni de sus castillos en toda Italia.

Cobraba su sueldo como ayo del príncipe; además tuvo el talento de hacerse dar toda clase de pensiones por toda clase de servicios que no prestaba.

Cobraba también muchos arbitrios, y era miembro de muchas academias científicas, que pagaban gruesas sumas por trabajos de investigación que Juan Jorge nunca hacía.

De este modo llegó á reunir un sueldo enorme.

A los tres años de su estancia en Polonia, todo el mundo le suponía una fortuna, porque sus gastos eran reducidos, casi nulos.

Pagaba una mezquina habitación en una casa mezquina; los nobles polacos se habían encargado de subvenir á sus necesidades solicitando el honor de sentarle á su mesa, y vestía más que modestamente, como corresponde á *un sabio*, cuyo título le daban todos á fuerza de oirle que se le daba á sí mismo.

En cuanto á gastos superfluos, Juan Jorge no los conocía.

Es decir, tan sólo se reprochaba uno, el de la casa.

Hacía algún tiempo que su discípulo manifestara deseos de que viviese en palacio, á cuyo efecto se le habían dispuesto habitaciones.

Pero él rehusó siempre este honor *inmerecido*. Decía también que esto podía establecer entre los dos cierta intimidad perjudicial por un lado á la dignidad del príncipe, y por otro á la libérrima acción del profesor sobre su discípulo.

Este noble y desinteresado modo de pensar le co-

locó á mayor altura en el ánimo del rey, de su educando, y por ende de todos los palaciegos.

Pero el marqués mentía como un bellaco: quería conservar su independencia.

Éste era todo el secreto de sus doctrinas.

Sin embargo, constituía un gasto que él consideraba como superfluo, puesto que podía haberle suprimido.

Pero algo tenía que sacrificar á su prosperidad, en la que no pudo soñar nunca al poner el pie en Polonia sin más equipaje que su título nobiliario y su diploma de profesor de idiomas.

Así pasaron tres años.





CAPITULO XCI

Il signor marchesse de Spoletto.

UNA noche salía de palacio.

Había habido allí gran fiesta para solemnizar el décimonono natalicio del príncipe heredero.

Los vapores del vino turbaban su razón, y la luz radiante de los salones que acababa de abandonar, sus ojos, que apenas vislumbraban los objetos en la semioscuridad en que estaban las calles en una noche de luna.

El marqués de Spoletto era completamente feliz: su discípulo le había hecho un gran regalo, una alhaja que apretaba contra su corazón en uno de los bolsillos interiores de su casaca de terciopelo.

Además, había cenado opíparamente, pues ya creemos haber dicho que uno de sus placeres era el de la gula.

Había abandonado la fiesta en medio de su apogeo, para no dar el mal ejemplo de retirarse tarde.

Era un hombre muy morigerado en sus costumbres, y ne le gustaba trasnochar.

Por otra parte, no tenía miedo de que alguno le suplantase en el ánimo de Uladimiro: su confianza en la influencia que ejercía sobre él era absoluta.

No pudo ver una sombra que hacía tiempo estaba guarecida en el dintel de una puerta correspondiente á una de las casas de la gran plaza del Palacio, que parecía espiar á todos los que salían de la regia morada.

Sin duda le reconoció, aun cuando iba envuelto entre las pieles de una especie de tabardo que le cubría de arriba abajo; porque al verle lanzó un suspiro, y se apartó de la puerta, poniéndose en actitud de marchar.

Juan Jorge pasó muy cerca de aquella sombra; pero ó no reparó, ó no llamó su atención, porque siguió su camino sin manifestar el menor recelo.

La sombra se puso en movimiento detrás de él, tomando la misma dirección.

Aquél vivía en el extremo opuesto de la ciudad, y á bastante distancia de palacio.

Era una de sus máximas vivir siempre distante del sitio que uno tiene precisión de frecuentar.

De este modo parecía asegurar más su indepen-

dencia, porque los observadores polacos (en todas partes los hay) notaron que Juan Jorge huía siempre de la popularidad.

Ya dijimos en el capítulo anterior que, por no sabemos qué extraño cálculo, huía generalmente de todo.

Dada la distancia, tenía que recorrer aún un gran trayecto para llegar á su casa.

El barrio que eligiera era tranquilo por lo solitario, así de día como de noche.

A medida que avanzaba, las calles iban estando más desiertas, aun cuando era relativamente temprano.

Llegó á cierto sitio, en el que ya no se cruzó con nadie en el camino.

A partir desde este momento, la sombra que le seguía aceleró el paso, tal vez con la idea de aproximarse.

Esto tampoco lo advirtió Juan Jorge, porque apenas hacían ruido los pies de aquélla, y aun sin esto no hubiera podido oir nada, pues el cuello de pieles de su tabardo le tapaba las orejas.

Acaso no recelaba que alguien pudiera espiarle, y por lo mismo caminaba sin precaución.

La sombra, menudeando el paso, le alcanzó, dejándole atrás.

Aquél la vió pasar sin recelo.

Lo mismo que iba él por la calle podía ir cualquiera.

Cuando mediaba entre ambos una distancia de cuatro varas, la primera volvió sobre sus pasos, empezando á caminar en dirección contraria.

Al fin llegaron á encontrarse.

Aquélla le cerró el paso, y echándose hacia atrás un manto que cubría su cabeza, exclamó:

—¡Juan Jorge!...

Este no pudo reprimir un ligero grito de asombro.

La que le hablaba era una mujer de singular belleza, que parecía haberse estacionado en los últimos años de su juventud.

—¡María!—exclamó el marqués, retrocediendo en el colmo del asombro.

—¡Al fin te encuentro!... ¡Ahora no te me escaparás!—dijo María en italiano.

Aquel encuentro no hubiera dejado de llamar la atención, á haber tenido testigos.

La conducta del marqués era irreprochable respecto á mujeres: fuera de las damas de la corte, no se le había visto hablar con ninguna, ni se refería de él alguna aventura amorosa.

Aquel encuentro, en el que tal vez no pensaba, no le produjo, al parecer, muy buena impresión.

Juan Jorge estaba visiblemente emocionado é inquieto.

Un temblor nervioso agitaba toda su persona, y miraba con recelo á todas partes, cual si temiera ser sorprendido.

Comprendiéndolo así, le dijo María:

—¡Descuida: nadie nos ve!

—¡Quién sabe! - replicó aquél, que parecía desconfiar de su propia sombra.

—A mí nada me importa.

—¡Pero á mí me importa mucho!

—¡Hola!...

—María..., ¿á qué has venido?

Aquella mujer apartó un poco el manto que la envolvía.

A pesar del frío, su cuerpo iba cubierto con un vestido de indiana.

Luégo, tiritando, volvió á abrigarse, y dijo:

—Ya ves que estoy desnuda; también tengo hambre... He venido á que me hartes, á que cubras mi desnudez... En una palabra, me cansa ya la vida que llevo hace algunos años.

—¡Tú tienes la culpa!—exclamó el marqués con extraño acento!

—¡Yo!

—Sí: aun conservas muy bien tu antigua hermosura.

Al oir aquellas palabras, que encerraban una indicación pérfida é injuriosa, María levantó la mano con la idea de afrentarle el rostro.

El movimiento fué rápido.

—¡María!—exclamó Juan Jorge, retrocediendo.

Esta bajó la mano sin herir; al mismo tiempo dijo:

—No quiero dar un escándalo que nos perjudicaría

á los dos; pero por tu bien te suplico que suprimas tan ruines consejos.

—¿Quieres dinero? Está bien; toma, pero aléjate en seguida, prometiéndome que mañana saldrás de Varsovia.

Y el marqués le presentó dos piezas de oro, que arrancó aquélla de sus manos, arrojándolas con ira lejos de sí.

Las monedas produjeron un ruido metálico al caer.

—¡Qué haces, desventurada!—exclamó aquél, cegado por la avaricia.

—¿Crees que voy á contentarme con eso?

—Pero ¿supones que yo acuño moneda?

—Yo no supongo nada: quiero que esto cese: he sabido que estabas aquí, y vengo á buscarte. Pero hace demasiado frío, y tu *galantería* no puede consentir que hablemos en la calle; vamos á tu casa.

—¡A mi casa!—exclamó Juan Jorge, estremeciéndose.

—Sí: supongo que tú vivirás en alguna parte.

—En efecto, vivo en una casa honrada...

—Y qué, ¿yo no lo soy?

—Quiero decir que es una casa donde no sospechan mal de mí, y tu presencia pudiera dar ocasión á comentarios que quiero evitar.

—Discúlpala como puedas: en otro tiempo tenías talento...

—¡Pero, María!...

—En una palabra, ¿crees que voy á pasar la noche al raso? Esto no es decente.

—¡Y, sin embargo, tiras el oro!

—Sí, porque quieres taparme la boca con dos miserables monedas.

—Bueno, yo te daré más, pero mañana...

—No, no me separo de ti...: te me escaparías, como en el Piamonte...

—¡Te juro que!...

—Vamos á tu casa.

Aquella resolución, inquebrantable al parecer, ponía á Juan Jorge en una situación apurada.

El, por el cargo que tenía en palacio, debía cuenta de sus acciones á toda la ciudad.

¿Qué hubieran dicho en su casa al verle llegar de noche con una mujer, joven aún y hermosa?

Después de algunos instantes de vacilación, dijo con energía:

—No; tú no puedes venir conmigo.

—Lo veremos.

—¡María!..., no desafíes mi enojo...: puedo hacer que la policía te arreste.

—¡Ya lo creo que puedes..., pero no lo harás!

—¡Que no!

—¡Es claro!..., porque el señor marqués de Spoletto me acompañaría donde quiera que fuese, siguiendo mi suerte..., ¡pasándolo peor que yo tal vez!

—¡Oh!—exclamó aquél con desesperación.

—Mira, seamos juiciosos, y no cometamos neceda-

des. Tengo que hablar contigo: no quieres llevarme á tu casa: busca entonces un sitio donde podamos conversar con tranquilidad y al abrigo de la intemperie.

El marqués, después de algunos momentos de reflexión, dijo:

—Sígueme.

—¿Adónde vamos?

—A una casa donde te procuraré habitación para esta noche.

—Pero tú no te separarás de mi lado.

—Te dejaré en la puerta, y mañana ..

—No prosigas; me quedo.

—¡María!

—Repito que no te abandono: ahora llama á la policía, si quieres.

El marqués estaba desesperado: aquella mujer hablaba con la fría resolución de la persona que está dispuesta á cumplir lo que dice.

Y aparte de lo que pudiera mediar entre los dos, que parecía cosa grave, en un escándalo hubiera llevado él la peor parte.

¿Qué se hubiera dicho en la ciudad al sorprender en la calle, con una mujer tan pobremente vestida, al ayo del príncipe heredero?

Estas reflexiones se las hizo Juan Jorge en un breve espacio de tiempo, mientras aquella infeliz tiritaba bajo los pliegues de su raído manto.

Por último, le dijo:

—¿Me juras que después de decirme lo que se te ocurra, me dejarás en libertad?

—Eso dependerá de ti.

—¿Pues cómo?

—De que aceptes ó no mis condiciones.

—¡Condiciones!

—¿No me las propusiste tú en algún tiempo? Ahora me toca á mí.

—Si son aceptables, ¿por qué no?

—Lo serán.

—Entonces, cuenta con ello.

—Pues partamos adonde quieras.

Ambos empezaron á caminar en silencio: Juan Jorge iba delante, como unos dos pasos.

Era indudable que aquel encuentro le mortificaba en gran manera.

Debía ir meditando algún plan sin dirección fija, porque al llegar á cualquiera de las calles que encontraba en su trayecto á derecha ó izquierda, vacilaba en seguirla.

Aquella mujer, que le conocía, debió sospechar algo, porque después de un cuarto de hora de marcha se detuvo, exclamando:

—Pero ¿adónde vamos?

—Sígueme.

—Juan..., conozco tus mañas...; por lo mismo sólo tengo una observación que hacerte.

—¿Cuál?

—Mira.

Y María le mostró un objeto que brilló en su mano de una manera siniestra.

Era uno de aquellos puñales cortos y afilados que un siglo antes se veían en toda Italia en las tiendas donde los mercaderes vendían objetos de lujo, esencias y perfumes.

Constituían un buen instrumento de muerte, y se llamaban *dijes de mujer*, porque por algún tiempo fueron adorno inseparable de las damas, que resolvían con ellos de un modo sangriento algunos asuntos espinosos.

Juan Jorge se estremeció al ver aquella *monada* en manos de aquella mujer.

María, antes de guardarle, pronunció estas palabras:

—¡Juro, por la Madonna, que en el momento en que vea en ti una acción equívoca, lo sepulto en tu pecho ó en tu espalda, me es igual!

Aquello pareció modificar algo los planes del marqués.

Nada contestó; pero desde entonces empezó á caminar con más firmeza, como un hombre que sabe adónde va.

Al poco tiempo entraron en una calleja estrecha, deteniéndose ante una casa de mezquina apariencia.

El marqués llamó con los nudillos en los sucios vidrios de una ventana.

Parecía que allí estaban dispuestos á recibir al que llegase á cualquier hora, porque la puerta se abrió en

seguida, dibujándose en el pavimento de la calle un paralelogramo de luz.

Una vieja inmunda y asquerosa apareció en el zaguán con un farol en la mano izquierda, poniéndose la derecha sobre los ojos, á modo de visera, y mirando á los recién llegados.

Juan Jorge bajó el embozo: al reconocerle aquélla, hizo una profunda reverencia, diciendo:

—Adelante, señor marqués.

—¡Silencio, bruja!—exclamó éste, añadiendo luégo: —Condúcenos á tu mejor habitación.

La vieja, después de cerrar la puerta, precedió á sus huéspedes, dejando á la derecha la que conducía á las habitaciones del piso bajo.

Subieron unos diez peldaños de una escalera carcomida, penetrando en *la mejor habitación.*

Era un zaquizamí de tres varas en cuadro, con una estrecha ventana, á manera de buharda, que daba á la calle.

Los muebles que la adornaban debían haber tenido un noble origen: tal vez procedían del palacio de algún noble polaco; pero los años y los malos tratamientos los habían reducido á un estado lastimoso: servíales de funda una gruesa capa de polvo, que en vez de conservarlos, los perjudicaba; los asientos de las sillas, descoloridos y rotos, vomitaban el pelote que antes las hizo cómodas.

La vieja encendió dos bujías de amarilla cera, en la que las moscas habían formado nauseabundas la-

bores; después, como obedeciendo á una consigna, y haciendo pasar por discreción la indiferencia, salió cerrando la puerta.

María dirigió una mirada en torno de sí, y haciendo un gesto de supremo desdén, exclamó:

—¡Esto es asquerosamente deplorable!..., y no comprendo que un hombre acostumbrado á la corte frecuente tales tugurios.

—Entre pasar aquí la noche ó en medio de la calle, me parece que existe gran diferencia,—contestó el marqués.

—¡Oh, sin duda!

—En fin, ¿qué es lo que quieres, María? Ya esta mos solos.

—Seré muy breve en la exposición de mis exigencias.

—¡Ah! ¿vas á exigir?—preguntó aquél con cierta ironía.

—Me parece que tengo derecho á ello.

—Un poco dudoso...; pero, en fin, le admito.

—Pues bien, Jorge, yo vengo aquí...

—¡Ya lo comprendo! Por dinero..., ¡como siempre!

—No tanto...

—Pues ¿qué pretendes?

—Que asegures mi posición.

—¡No te comprendo! Creo haberte dado fuertes sumas, con las cuales...

—¡Qué importa eso, si al mismo tiempo me has dado el hábito de gastarlas que yo no tenía!

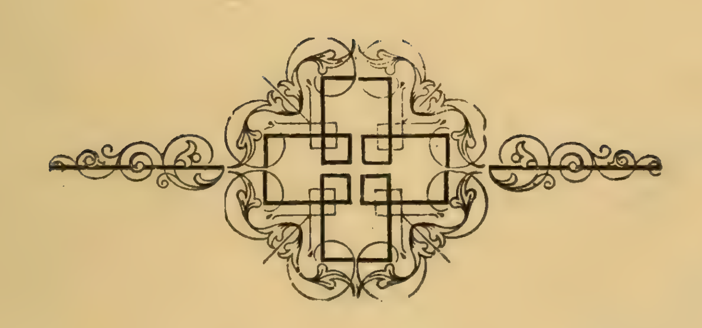
Y la joven pronunció estas palabras con cierta acusadora amargura.

—En fin, María, no puedo concederte toda la noche; tengo que estar mañana en palacio: conque sé breve.

—¡En palacio! ¡Cuándo podías soñar!...

—Nunca, lo confieso; pero esto no es del caso.

—En fin, escucha.





CAPITULO XCII

Continuación del anterior.



ESDE este momento, y hasta que lograron entenderse, el tono que usó la joven era sombrío á veces, y á veces acusador y sarcástico cuando se refería al marqués, tomando el carácter de una acusación rencorosa.

Juan Jorge la escuchaba con la cabeza baja, contemplando los arabescos de la deslucida alfombra, por cuyos agujeros se descubría la humedad del piso.

Aquélla hizo uso de la palabra en estos términos:

—Yo vivía tranquila en Génova, en casa de la marquesa de Spoletto, que me había recogido en mi infan-

cia; la buena anciana era para mí una madre amorosa.

—¿A qué referirme una historia que ya sé?—interrumpió Juan Jorge con disgusto.

—Para fijar los términos de mi derecho, del que pareces dudar, claro está que debo motivar mis exigencias.

—Bien, adelante.

—Un día se presentó en su casa un sacerdote pobre y desvalido; la dama, que era piadosa y caritativa, socorrió su miseria, porque aquel hombre estaba miserable; pero se dió tan buena maña aquel tuno, que no carecía de talento, que se quedó en la casa. Aquel falso sacerdote eras tú.

El marqués hizo un movimiento de disgusto. María prosiguió:

—Sí, tú, que no habías recibido las órdenes sagradas, y que usabas un disfraz sacrílego.

—¡María!

—No tardaste en apoderarte de los secretos de la marquesa por medio de la confesión: al mismo tiempo seducías á una pobre muchacha, que acaso había nacido para el bien, proporcionado por el trabajo. Aquella joven era yo.

—¡María! repitió aquél mortificado.

—Al poco tiempo falleció la noble dama..., creo que de muerte natural.

—¿Me supones capaz de un crimen?

—He dicho que de muerte natural; á lo menos el

cadáver no presentaba síntomas de los filtros venenosos que se confeccionan en Perusa, tu patria.

—Celebro que me hagas justicia.

—Veinte años antes, al tiempo de quedarse viuda, la marquesa había tenido un hijo, que estando en la cuna, desapareció de un modo misterioso, siendo inútiles cuantas diligencias se practicaron para dar con él.

Indudablemente esta circunstancia precipitó la muerte de la pobre señora, que nunca pudo olvidarle.

Convencida de que ya no existía, dejó sus bienes al hospicio de la ciudad, con una cláusula en su testamento por la cual, si en el término de veinte años se presentaba su hijo, debidamente autorizado, debía entregársele con el título la mitad de aquella fortuna, disfrutándola el hospicio por completo sin aquellas circunstancias.

Tampoco se olvidó de nosotros en su testamento, modelo de caridad y de mansedumbre cristiana.

A mí me dejó una suma para que me estableciera, y algunas alhajas; á ti una cantidad crecida para sufragios por su alma.

Al poco tiempo nos separamos; tú pretextaste un viaje á Nápoles...

—Y fué verdad.

—Quedaste en volver á buscarme...

—Y volví.

—¡Pero cuando supiste que yo no estaba en Génova!...

—¡Te aseguro!...

—¡A qué hemos de engañarnos mutuamente! Desde entonces tenías interés en que no volviésemos á vernos.

Te esperé en vano, hasta que me convencí de que no me amabas..., que no me habías amado nunca.

Abandoné la ciudad, y partí para Roma.

Al cabo de un año la casualidad hizo que llegara hasta mí el nombre del marqués de Spoletto.

Me informé, y supe con alegría que al fin había parecido el hijo de la marquesa, acreditando su estado civil por medio de un acta refiriendo el suceso de su desaparición; acta que firmó un secuestrador en su lecho de muerte.

Confieso que la noticia me regocijó: yo consideraba al marqués como un hermano: ¿no me había tratado su madre como á una hija?

Partí á Génova, y allí supe con asombro que el marqués de Spoletto era el joven sacerdote á quien la marquesa había dado hospitalidad en su casa.

Conociendo tus antecedentes, sospeché, no dudando de que habías empleado una infame superchería para apoderarte de aquellos bienes.

Me confirmó en esto el que el nuevo marqués de Spoletto había reducido á dinero sus tierras y fincas, hasta su casa solariega, desapareciendo del país.

Estaba indignada.

Al principio concebí la idea de denunciar el hecho; pero me detuvo un pensamiento infame, la idea de

que partieras conmigo tu fortuna, y lejos de ser tu acusador, resolví hacerme tu cómplice.

Hé aquí lo que había logrado con tu conocimiento, hacerme una infame.

Yo era una muchacha honrada.

Te vi, y ya fueron tuyas la honradez de mi cuerpo y de mi alma.

Con tus perniciosas doctrinas habías matado mi afición al trabajo, desarrollando en mí instintos de holganza que no tenía, afición al lujo y á los placeres, que no sentí hasta entonces.

En tal estado concebí la idea de buscarte, con el infame propósito de ser tu cómplice.

Los restos de la suma que me había legado la marquesa, y que yo derroché en poco tiempo, me sirvieron para ello.

Corrí algunas poblaciones de Italia, y por último di con tu huella en Mesina.

Allí supe que el marqués de Spoletto se había embarcado para España: yo también me embarqué.

—Abrevia: nos encontramos en Barcelona,—interrumpió Juan Jorge, visiblemente molestado por aquellos recuerdos.

—¡Es verdad! Allí trataste de asesinarme...

—¡María!

—Sí; acababa de sorprender tu secreto, y mi vida pesaba sobre la tuya como una losa de plomo. Me recibiste con temor, creyendo que persistían en mí los hábitos de honradez, y que iba á denunciarte; pero de-

biste recobrar la tranquilidad al encontrarme tan infame como tú.

—¿A qué esos dicterios?

—Me gusta dar á los hombres y á las cosas su verdadero nombre: atrévete á probarme que tú y yo somos personas honradas.

—¿Y qué?

—Déjame concluir: yo estaba convencida de que tú no me revelarías el medio de que te habías valido para hacerte pasar por el hijo de la marquesa.

Una noche, en una orgía, te embriagué.

El vino es el imán que atrae los secretos del corazón á la boca; es la pólvora que se emplea para la explosión de la mina. Los que tienen que guardar alguna cosa importante no deberían beber más que agua.

En medio de tu embriaguez me confesaste lo siguiente:

Te hacía falta la declaración firmada por alguno que pasara por secuestrador del hijo de la marquesa: dicha declaración debía tener más fuerza firmada entre las ansias de la agonía.

Te dirigiste á Perusa en busca de tu padre, á quien habías abandonado en tu adolescencia, y el cual no dejó nunca de amarte con ciega idolatría, á pesar de tu ingratitud.

No sé qué idea era la tuya al dirigirte á la casa paterna; supongo que sería siniestra..., porque te creo capaz del parricidio...

—¡Oh!...

—Pero tuviste suerte, y Dios tal vez te evitó un nuevo crimen.

Tu padre estaba espirando.

Al verte se reanimó, *creyendo que iba á devolverle la vida aquel que pensaba quitársela.*

Estas fueron las atroces palabras que te dictó el vino en aquella noche de orgía.

Dando un mentido abrazo á aquel pobre anciano, le expusiste lo que pasaba, lo que pretendías de él.

Su muerte aseguraba tu fortuna, y aquel infeliz, extraviado por el cariño que le cegaba, no vaciló en condenar su alma afirmando una sacrílega mentira en el umbral de la eternidad, dándote la prueba más grande de amor que puede dar un padre á su hijo.

Por asegurar tu dicha aceptó la condenación eterna.

Firmó un papel en que constaba que él hacía veinte años había robado un niño á la marquesa de Spoletto, con la idea de pedirle una fuerte suma por su rescate; pero encariñado con el niño, que le recordaba uno que había perdido, resolvió no separarse de él, aceptando la miseria en su compañía.

Mentira sublime que perdía su alma, y que despojaba al heredero, si se presentaba dentro del plazo que marcaba el testamento de la marquesa.

Una vez dueño de aquel importante documento, huiste de la casa paterna, desoyendo los lamentos de tu padre, que te llamaba para perdonarte, sin detenerte algunos minutos más para cerrar piadosamente sus ojos...

¡Quién sabe si las últimas palabras de aquel anciano abandonado fueron una maldición para su hijo!

—¡Oh, calla!

—En aquella ocasión me diste algún dinero, y frustrado el asesinato que intentabas, volviste á huir de mí, como habías huído en Génova.

No puedes figurarte, Juan, los denuestos que contra ti pronunciaron mis labios.

En mi desesperación, sentí remordimientos por no haberte denunciado.

Pero estaba mi alma tan pervertida, que aun tenía la esperanza de encontrarte y obtener de ti más dinero.

Mira á qué grado de infamia me habías reducido.

Aquella esperanza fué tu salvaguardia; sin ella, acaso hubieras expiado tu crimen en las galeras de su majestad.

Pasaron seis años sin que volviéramos á vernos.

Sin embargo, yo esperaba siempre, y hacía bien, como lo prueba estar juntos aquí los dos.

La casualidad, á quien debo algunos favores, debía recompensar mi paciencia.

Me hallaba en Madrid, haciendo la vida más miserable por no trabajar.

Aun cuando me había visto alguna vez retratada en los cristales de las fuentes y de los arroyos, y sabía que era hermosa, no se me había ocurrido nunca ese medio de salir de la miseria que me has propuesto hace poco en la calle.

Después que abusaste de mi cuerpo, he procurado

que no perdiese del todo su pureza; nunca, después de tus labios, otros labios se han posado sobre los míos.

¡Extraño fenómeno!... ¿no es verdad que te lo parece así?

El cuerpo casi puro, el alma encenagada en el vicio, llevando una cantidad de infamia que apenas puede con ella.

Yo iba todas las tardes al palacio del señor duque de Uceda, donde un criado, paisano mío, me daba las sobras de la cocina, y algún traje desechado por las doncellas.

Esperaba acurrucada en un rincón del zaguán, como un perro famélico espera que le arrojen un hueso.

Una tarde bajaba el duque en compañía de otro magnate cuyo acento era extranjero; al pasar por delante de mí, sin verme, oí que el último hablaba del marqués de Spoletto.

De un salto me puse en pie sin que pudiera evitar aquel movimiento.

Y olvidando mi hambre y la comida que me esperaba, los seguí.

A pocos pasos se separaron.

Me dirigí al extranjero, haciéndole varias preguntas, que él extrañó.

Era un noble polaco, que acababa de llegar de Varsovia.

Por él supe que Juan Jorge Sorrentini, marqués de Spoletto, era ayo y amigo del príncipe heredero del

trono de Polonia, y que ocupaba en la corte una gran posición.

Desde entonces mi único pensamiento fué buscarte, unirme contigo, y para conseguirlo hice... lo que no había hecho nunca.

¡Pedí limosna públicamente!

Es otra de las ofensas que apunto en nuestra cuenta, en la columna de cargo.

Reuní lo suficiente para salir de España á pie, sin morirme de hambre.

Después volví á mendigar; pero esto no es del caso.

Pasando mil penalidades, y sufriendo mil injurias por mi maldita hermosura, he llegado aquí.

Pero oye, Juan; he llegado resuelta á todo: á ser buena..., y á ser muy mala.

La joven pronunció estas palabras con acento siniestro.

Causaban el efecto de la hoja de un puñal brillando en una encrucijada, á la luz de la luna.

Desde la última parte de su relación, Juan Jorge parecía no oirla.

Estaba absorto completamente, como preocupado por una idea.

Su rostro, de indefinible expresión delante de la gente, estaba iluminado por el resplandor de una mirada viva y penetrante, y sus manos deshacían, sin

que él se apercibiese de ello, el cordón de seda de la capa, que al entrar había arrojado sobre una silla

Cuando María terminó su relato, estuvo contemplándole algunos segundos; pero viendo su preocupación, le tocó ligeramente en el hombro, diciéndole:

—¿En qué piensa el señor marqués?

Este se estremeció al contacto de aquella mano, como quien despierta de un sueño magnético.

En sus labios se dibujó una sonrisa que desapareció en seguida, como el relámpago que aborta la nube.

Después dijo:

—¿Me has pedido que fije tu posición, María?

—Sí, de una manera estable: tengo deseos de volver á ser honrada; quiero un porvenir modesto: no creas que mis exigencias van más allá.

—¿Y si en vez de esa posición modesta que apeteces, yo te la proporcionara brillante? ¿Si pusiera á tu disposición una fortuna?

—¿Qué dices?—exclamó la joven con cierto asombro febril.

—La verdad... Lo que puede suceder; de ti depende.

—Pero...

—Una fortuna y una posición como no la has soñado nunca.

—¡Supongo que encerrará alguna infamia lo que vas á proponerme!

—No; se trata de fingir un poco, y nada más.

—¡Fingir!

—¿Sabes el árabe?

—No... Es decir...

—¿Qué?

—Sé algunas palabras, algunas locuciones que aprendí en Génova de los mercaderes argelinos.

—¡Magnífico!

—Pero ¿á qué conduce?...

—Tu tipo es árabe también; las italianas tienen el color de las mujeres que pasan encerradas en el harén parte de su vida .. La morbidez de sus formas, la indolencia de sus movimientos...

—¿Quieres explicarte?

—No te sentaría mal el traje turco...

—En resumen...

—Oye, María: tú eres desde ahora una esclava escapada del harén del sultán de Constantinopla; tu padre reside en Fez, de donde te robaron para venderte en Esmirna; un mercader de esclavos te regaló al sultán por un favor recibido; el nombre que debes usar es el de Zaida; sobornando á un soldado turco, has logrado escaparte; pero una tempestad que sorprendió en el Bósforo á la embarcación que te conducía, te ha desviado de tu camino de tal modo, que has venido á parar á Polonia, donde has sido víctima de unos bandidos tártaros que te han robado el equipaje: mañana tendrás aquí lo necesario para disfrazarte.

—Pero ¿qué es lo que intentas?





CAPITULO XCIII

La esclava mora.

VAMOS á decírselo al lector.

Uno de los ramos de la educación del príncipe heredero fué la geografía, á la que desde niño manifestó afición extraordinaria.

La descripción de países tan opuestos al suyo le encantaba.

Primero, por la naturaleza; luégo, por la diversidad de trajes y costumbres.

Aquella diferencia que fija desde un principio una ley física, que obedece á las condiciones del terreno y del clima, hizo profunda mella en su imaginación.

—¿Por qué los hombres no han de ser todos igua-

les, físicamente considerados? - se preguntaba mil veces con asombro, sin encontrar la respuesta apetecida.

Pero de todos los países de que habla la geografía, ninguno hirió su joven y exaltada imaginación tanto como el de Oriente.

Uladimiro creía que soñaba al leer aquellas descripciones, preñadas de maravillas, y que la geografía oriental la había inventado un poeta loco.

Aquellos árboles gigantescos, alguno de los cuales es tan antiguo como el mundo; aquellas palmeras elegantes, que se aman y se transmiten el polen á grandes distancias; aquellos bosques sagrados, que encierran misteriosas pagodas, donde habitan los ídolos, y que pueblan mil pájaros gigantescos y diminutos, de pintado plumaje, que hacen competencia al arco iris, superándole en brillantez y en combinación de colores; aquellos caminos, en los que las esfinges que salen al paso del viajero piden inspiraciones á Brahma y á Visnú para sus cabalísticas respuestas; aquellos inmensos desiertos, por donde van los camellos y las caravanas, saqueadas por el *siroco* y destruidas por el *simoun;* aquellas ciudades de elegantes minaretes, donde el *mueden* invita al pueblo á la oración, con sus esbeltos ajimeces, sus planteles de arrayanes y sicomoros; aquellos bazares, donde la Arabia y el Yemen vierten sus más delicados perfumes, y Golconda, Guzárate y Guisapur sus diamantes y sus perlas; donde arroja Persia sus sederías, y Cachemira sus tules y

sus plumas; aquellos palacios que retrata el Bósforo en sus azules ondas, como si quisiera llevárselos; aquellos jardines encantados donde las bayaderas lucen su negra desnudez y sus redondas formas...

¿Era posible que aquello existiese?

¿Era posible que un hombre tuviera tantas mujeres á su disposición?

¡Y qué mnjeres!

La indiana, la georgiana, la morena de Túnez y de Trípoli, la zíngara de Egipto, la judía de rasgados ojos y color mate, la africana de Argel, la joven árabe de Marruecos...

Si todo aquello existía, el no poseerlo, el no verlo siquiera, era para volverse loco.

El adolescente, casi niño aún, tomó informes de su maestro, que aun no era el marqués de Spoletto, y de los cortesanos, y supo que la geografía es un libro escrito en serio, que no hace más que copiar y medir lo que ve; un libro que tiene toda la fidelidad de un espejo, y que retrata la naturaleza hasta en sus menores detalles.

Existiendo tantas maravillas, Dios le había hecho heredero de una corona para que tuviese medios y pudiera disfrutarlas.

De ahí su deseo de hacer un viaje á Oriente.

Pero se le hizo comprender que era aún su edad muy corta para permitirle salir del reino.

Además, en aquella época, en Oriente no había una gran seguridad personal, ni aun para los príncipes.

Un sultán de mal humor era una cosa tan temible como una tempestad en el mar: las tribus de la India no reconocían jerarquías, y Esmirna y Constantinopla no eran albergues enteramente seguros.

El príncipe tuvo que contentarse con esperar.

Entre tanto leía; esto, hasta cierto punto, es hacer un viaje sin los riesgos que proporciona el hacerle materialmente.

Cada vez más inflamada su ardiente imaginación, hizo que le proporcionaran cuantas obras descriptivas había publicadas entonces sobre aquellas regiones, tan admiradas y queridas.

Su madre, en la conversación que tuvo con Roberto Estrañi, hizo muy bien en compararle con el héroe de Cervantes; porque, como el hidalgo manchego, se pasaba los días de claro en claro, y las noches de turbio en turbio, entregado á aquella lectura, como Don Quijote á la de los libros de andanzas y caballerías.

No hablaba más que de sultanas, faquíes, cadís, eunucos; conocía las costumbres del harén como un turco, y no pudiendo fumar opio, hacía un abuso extraordinario del café.

Sin las conveniencias sociales, hubiera dejado su traje por el caftán, el turbante y las babuchas.

Pero se proponía, apenas empuñase las riendas del gobierno, hacer del reino una colonia de Turquía ó del imperio de Marruecos.

A tal grado llegaba su entusiasmo que podía degenerar en locura, que la corte no tardó en apercibirse

de ello, y más de un noble temió que, andando el tiempo, podía recibir el cordón de seda para que se estrangulase, y más de un plebeyo soñó que moría empalado.

La reina madre, que lo notó la primera, trató de separar á su hijo de aquel peligroso sendero, procurando extinguir en él aquella plétora de orientalismo, que hubiera dado al traste con su razón.

Por aquella época fué nombrado ayo y maestro del príncipe el marqués de Spoletto.

La reina tuvo una seria conferencia con él, enterándole de lo que pasaba, para que con su ascendiente fuese poco á poco apagando la llama de su locura.

Juan Jorge se lo prometió, encontrando, como todos, ridícula aquella manía.

Debemos confesar en su abono que al principio trató de corregirla.

Pero estaba muy arraigada en la mente de Uladimiro, que tenía por enemigos á todos los que no profesaran su entusiasmo.

El marqués echó de ver que el príncipe estaba serio y esquivo, y que habiéndole recibido perfectamente, porque aquél, á pesar de su físico. era un hombre de una conversación agradable, por lo mucho que había corrido, á la sazón le trataba con cierta reserva.

Ahora bien: lo que Juan Jorge deseaba era no perder aquel puesto, en el cual se proponía rehacer y aumentar su usurpada fortuna.

Siguiendo aquel derrotero, se enajenaba las sim-

patías del príncipe, y no tardaría en ser expulsado de la corte, sin que la reina madre premiase sus buenos oficios, ni aun los tuviese en cuenta para nada.

Por consecuencia, cambió de bisiesto, pero lo hizo con la habilidad de un cortesano consumado.

Siguió halagando la pasión del príncipe, pasando á los ojos de su madre como un hombre que hacía todo lo contrario.

Sólo que rogó á su discípulo que disimulase, y que en público no mentase el Oriente para nada, mostrándose tan detractor de sus costumbres como entusiasta había sido antes.

Entre tanto le proporcionaba libros y le hablaba de las sultanas, odaliscas y bayaderas, de los misterios del harén, de los baños perfumados con esencia de nardo y cinamomo, perfumes consagrados por el Nuevo Testamento.

Todo esto contribuía á que la imaginación del joven se exaltase más cada vez.

En tal concepto, el marqués era un gran criminal, puesto que viendo al príncipe asomado al abismo de la locura, le empujaba para que cayese más pronto.

Solía acompañarle en largos paseos por los alrededores de la ciudad, porque aquél apenas prefería más sociedad que la del marqués.

El sitio que con más frecuencia visitaban era un valle, frondoso cuatro meses del año, durante el vera-

no, que dura tan poco en Polonia, aun cuando es delicioso.

En una de sus cañadas había una casa cuyo principal destino era servir de establo; aparte de éste había en el piso superior tres habitaciones, que ocupaba la familia cuyas eran las vacas.

Una tarde, al apearse del carruaje, le dijo el marqués:

—¿No quiere tomar leche vuestra alteza, como de costumbre?

—Ya sabes que lo hago más tarde,—le contestó el príncipe.

—Pero entre tanto podemos descansar ahí dentro.

—¿Descansar cuando no hemos paseado?

—¡Qué importa! Muchas veces se cansa uno de...

—Sí, de estar quieto; prefiero andar.

—Pero, señor, ¡se disfrutan tan buenas vistas desde esas montañas!

—¡Parece que tienes empeño en llevarme á esa casa!—exclamó el príncipe, á quien chocaba tanta insistencia.

—Puede ser.

—¿Cuál es tu objeto? porque supongo que le tendrás.

—Preparo á vuestra alteza una sorpresa agradable.

—¿En qué consiste?

—Venga vuestra alteza, y lo verá.

—Sepamos de qué se trata, marqués.

—Prefiero guardar silencio; ya estamos cerca...: antes de cinco minutos quedará vuestra alteza encantado.

—Vamos, pues.

Y el príncipe, aguijoneado por las palabras de su maestro, cuya reserva nada tenía de alarmante, puesto que su labio sonreía, marchó hacia la casa, tan precipitadamente, que á aquél le costaba trabajo seguirle.

No había nadie en la puerta del establo, donde era preciso entrar para tomar la escalera que conducía al piso superior.

Es más, el establo había perdido su carácter, no lo era ya.

Se había convertido en una estancia en la que había muebles rústicos, pero muy limpios.

—¡Qué es esto!—exclamó el príncipe sorprendido.

—¡Ya empieza vuestra alteza á admirarse!—contestó el marqués.—Pero subamos.

Al poner el pie en el primer peldaño de la escalera, el joven se detuvo.

Se oían los acordes de una guzla..., ¡una guzla!..., ¡instrumento de Oriente!

—Ocasión es esta en que debía decir vuestra alteza: «¡Válgame Alá!»

—¡Parece que tañen ahí arriba!

—Es indudable.

—¡Pero ese instrumento entre las manos de la mujer ó de la hija del vaquero!...

—Tal vez no sea ninguna de ellas la que toque.

—¿Qué quieres decir?

—Que estamos perdiendo un tiempo precioso, y que ya podía vuestra alteza haber satisfecho su curiosidad.

—Tienes razón, subamos.

En aquella rústica vivienda, la escalera, como todas las de su estilo, desembocaba en la primera habitación.

Allí volvió á detenerse el príncipe al percibir un perfume embriagador, que chocaba en medio de la pobreza de aquel mueblaje.

Nada había allí que recordase el establo, como si por encima de aquella casa hubiera pasado un hada, trastornándolo todo con su varita.

En la derecha había una puerta sobre la que caía una gran cortina de terciopelo con fleco de oro.

¡Adelante!—exclamó el marqués, levantando aquellos pliegues, para ceder el paso á su amo.

Este avanzó, pero quedóse mudo de asombro en el umbral.

Creíase trasladado al camarín de algún palacio de Oriente.

La estancia era reducida, pero encantadora.

Alrededor de las paredes había almohadones de pluma, embutida en riquísimo terciopelo: cubría el pavimento una esterilla de fino mimbre oloroso, cuyo tejido formaba lindos dibujos; las paredes estaban

forradas de seda azul con bordados de oro; en uno de los ángulos, en un rico pebetero de bronce, se quemaban pastillas de sustancias olorosas que perfumaban el ambiente.

En el fondo había una ventana por donde asomaban curiosos los verdes pámpanos de un emparrado.

Sobre uno de los cojines dormitaba una criatura preciosa, cuyos blancos dedos pulsaban las cuerdas de la derribada guzla, como si el sueño la hubiera sorprendido de repente.

Era una mujer que vestía un rico traje oriental.

Una de las babuchas, caída completamente, permitía ver un pie desnudo, que era un modelo de estatuaria.

Reclinada la cabeza sobre la mano derecha, dejaba descubierta una garganta que parecía copiada de las esculturas de Fidias.

El príncipe la miraba con enajenamiento: esto le impidió ver que aquellos párpados de sedosas pestañas no estaban cerrados del todo, y que lo que parecía sueño, no lo era.

Ya habrá adivinado el lector que María, convertida en Zaida, y el marqués, estaban representando una comedia ante Uladimiro, bobalicón y ciego como todos los públicos.

Juan Jorge tosió sin tener gana, y María abrió los ojos, fingiendo el mayor asombro.

Un hombre tan entusiasmado é impresionable admitió como buena la historia de aquella hija de Fez, vendida en Esmirna, y regalada al sultan de «Stambul», como llaman los poetas á Constantinopla, así como su naufragio en el Bósforo, y el robo llevado á cabo por los bandidos tártaros.

La Tartaria no protestó, demandando á Sorrentini de injuria y calumnia, porque no supo una palabra de la ofensa que éste le infería.

En cuanto al príncipe, hizo de aquella casa su residencia habitual, su paraíso de ensueños deliciosos.

Primero pasaba allí las tardes; luégo las mañanas y las tardes, y después las mañanas, las tardes y las noches.

Al mismo tiempo procuró indemnizar á la bella mora de las pérdidas sufridas en el despojo, dándola alhajas, que aquella mujer vendía luégo, repartiendo el producto con su cómplice el marqués, con quien había reanudado su antigua amistad.

El marqués contó con la impunidad más de lo que le convenía, más de lo que la prudencia aconsejaba.

Las prolongadas ausencias de amo y criado llamaron la atención en palacio, lo mismo que las cuentas que con sospechosa frecuencia presentaba el joyero de la corona.

El príncipe y su ayo fueron espiados, y por último se supo la verdad de lo que acontecía.

Una mañana el príncipe y el marqués buscaron en vano el lujo oriental de la habitación.

Todo había desaparecido, como también la odalisca.

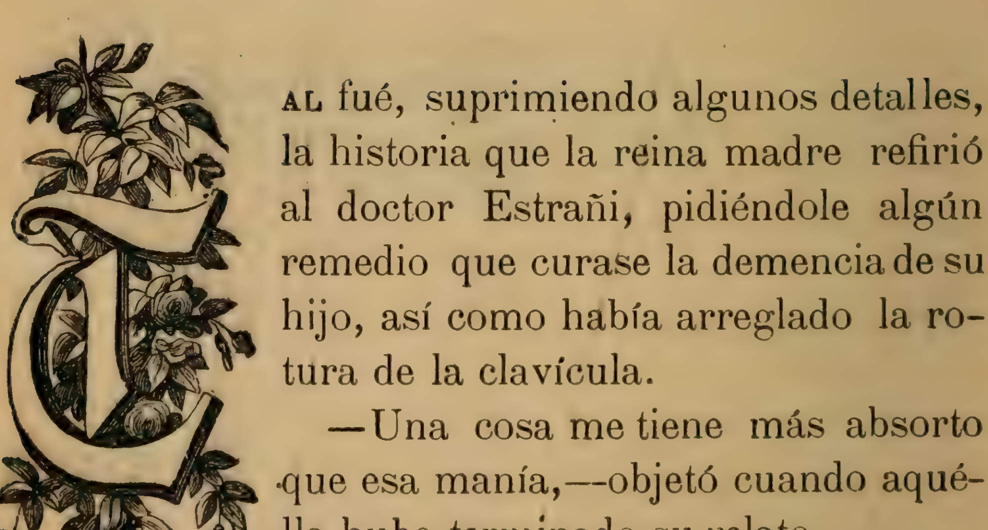
El príncipe enfermó de sentimiento, y esto fué lo que motivó el viaje á Viena, y la visita á su tío el emperador.





CAPITULO XCIV

«¡Eureka!»



TAL fué, suprimiendo algunos detalles, la historia que la reina madre refirió al doctor Estrañi, pidiéndole algún remedio que curase la demencia de su hijo, así como había arreglado la rotura de la clavícula.

—Una cosa me tiene más absorto que esa manía,—objetó cuando aquélla hubo terminado su relato.

—¿Cuál?

—Que vuestra majestad conserve aún al lado del príncipe á ese falso preceptor, que es el que más ha contribuído á perturbar su juicio.

—A cualquiera se le ocurre lo que á vos, querido

doctor; lo he intentado una vez, y os juro que me guardaré muy bien de hacerlo; el príncipe enfermaría seriamente si apartásemos de su lado á ese hombre: tal es el cariño que le profesa.

—Es un mal, porque el marqués mantendrá siempre latente esa manía. ¿Y qué fué de aquella esclava?

—¡No había tal! Era una mujer perdida de Génova que logró engañar á mi hijo y al marqués, noticiosa de la manía de ambos.

Esto es lo que hizo creer la astuta María á los agentes de la reina que la descubrieron, para salvar á su cómplice, á quien debía el botín que le valiera su engaño.

Recibió orden de abandonar el reino en el plazo más breve, bajo pena de encierro perpetuo.

María se dió prisa á obedecer.

En cuanto á Juan Jorge, que vió su empleo comprometido, ordenó á su discípulo que fuera más cauto.

De cualquier modo ya tenía hecha su fortuna.

Estrañi permaneció meditando algunos momentos sobre lo que acababa de oir, hasta que le interrumpió la reina, diciendo:

—El único medio que veo, para que todo tuviera feliz término, es que Uladimiro se enamorase de mi sobrina.

—Seguramente,—asintió Estrañi,—el amor borraría en su mente esas locas ideas que se la trastornan; pero hay que buscar el medio de conseguirlo.

—¡Si dierais con ello, doctor, os debería más que la vida!

—¿Su alteza la conoce?

—¡No por cierto! Fué tal su oposición á esa boda desde un principio, que no consintió ni aun en ver su retrato.

Estrañi volvió á meditar.

Al cabo de un momento, dijo:

—Permita vuestra majestad que no le conteste ahora; necesito tiempo para estudiar el origen de esa singular manía, y los medios que conviene emplear para destruirla.

—¿Cuándo nos veremos entonces?

—Yo vendré todos los días, mientras la salud del príncipe lo requiera, aunque ya no me inspira cuidado; me dedicaré á esa curación, tanto por complacer á vuestra majestad, cuanto por rendir tributo á la ciencia, y espero que muy en breve su alteza habrá olvidado lo que hoy le altera.

—¡Dios os oiga, doctor!

La reina y Estrañi se separaron.

Éste encontró en una de las antesalas á un ujier que le rogó en nombre del emperador que pasara á su cámara.

El obedecer era un honor.

Estrañi fué recibido de una manera afectuosa por el anciano emperador.

Después de informarse del estado de su sobrino, que, según sabemos, era satisfactorio, puso en sus manos el nombramiento de médico de la corte, lo cual era un honor para un extranjero, mucho más siendo oscuro y desconocido.

El joven médico salió de palacio contento y mohino á la par, murmurando al dirigirse á su casa:

—¡Honores!... Eso cuesta poco...; en cambio no viene el dinero... ¡Siempre tendré que empeñar ó vender mi sortija, porque el fondista me dirá que él no come con honores..., y tendrá razón! Ya no es posible engañar un día más á maese Venius... Pero ¿qué es eso?

En el dintel de la puerta estaba el bueno del fondista tomando el sol.

Al descubrir á su huésped se quitó la gorra que le cubría, dando principio á una serie de reverencias que hoy le hubieran valido gran cosecha de aplausos en un circo hipódromo, y que probaban la elasticidad de su espina dorsal.

Cuando Roberto pensaba que iba á despedirle, se le encontraba más amable que nunca.

Antes de que tuviese tiempo de llegar, se dirigió á él, diciéndole:

—Señor doctor, subid, que en vuestra habitación os espera alguna cosa.

Roberto, sin preguntarle lo que era, aun cuan-

do ardía en curiosidad, se dirigió hacia la escalera.

Maese Venius, curioso como una monja, caminaba tras él, murmurando:

—¡Oh! sí, alguna cosa.

Cuando llegaron al principal, Estrañi iba á subir hasta su tercer piso, cuando el fondista le dijo, reteniéndole con el mayor repeto:

—No os molestéis..., es aquí.

—¿Pues no tengo arriba mi aposento?

—Le teníais, señor, pero...

—Pero ¿qué?

—Era harto mezquino y humilde para una persona como vos, y me he permitido trasladar vuestro equipaje al piso principal, que tiene muebles más dignos, y dos balcones á la calle.

—¡Pero, maese Venius, eso me costará indudablemente más caro!

—Sí, el doble de lo que pagabais, pero aquí podéis tener vuestras consultas. ¿Qué enfermo iba á subir á un piso tercero?

Estrañi se sonrió amargamente.

El fondista cuidaba de sus intereses, ignorando si su huésped pagaría ó no, estando muy á punto de suceder lo último.

En efecto, la habitación era más confortable, y hasta había cierto lujo en los muebles y en el decorado.

Pero lo principal era saber lo que significaban las palabras de maese Venius, y qué era aquel *algo* que le esperaba.

Lo primero que hizo fué mirar encima de la mesa.

Allí había una caja de sándalo llevando encima las armas del emperador.

Acompañábala una carta, cuyo sobre rompió el doctor con mano febril, cayendo una llave pequeña, que debía ser la de la caja.

La carta contenía estas lacónicas palabras:

«Disfrutadlo en nombre de vuestro reconocido enfermo.—Uladimiro.»

Estrañi abrió la caja forrada de raso carmesí.

Dentro había un estuche con una magnífica repetición de oro, y una bolsa de seda que contenía doscientos florines.

Estrañi, que no tenía en el bolsillo ni una moneda de cobre, estuvo á punto de caer de espaldas, vencido por la emoción.

En aquel momento, el fondista, que se había quedado en la puerta, impulsado por la curiosidad, y vencido por el respeto, tosió para hacer constar su presencia.

—Maese Venius, ved lo que me envía el príncipe heredero de Polonia,—gritó el doctor, llenándose la boca con estas frases.

Aquél no se hizo repetir la invitación.

También quedó deslumbrado.

—¡Hermoso reloj!—dijo.—Señala la hora de vuestra felicidad.

—¡Pero si está parado, maese Venius!

—¡Tanto mejor! Eso indica que vuestra felicidad es estacionaria.

—Venga mi cuenta.

—Qué, ¿os marcháis? —preguntó el fondista palideciendo. Y pensó: —¡Este es el hombre! Mientras era un quídam, y no pagaba, ha permanecido aquí, y ahora...

Pero el joven doctor cortó el hilo de sus amargas reflexiones, diciendo:

—No, no os abandono; eso sería portarme con ingratitud; además, estoy contento en vuestra casa; pero parece que os debo no sé qué suma, y...

—¡Bah! No hay que apurarse por eso... Tengo confianza en vos...

Y maese Venius no se acordaba que le había despedido tres días antes, precisamente por falta de aquella confianza que enaltecía.

Cuando abandonó al médico, iba diciendo:

—¡Qué bien he hecho en trasladarle de habitación! Ahora va á pagarme doble.

En seguida bajó á una de las piezas interiores, donde reunió á *toda la servidumbre* del hotel, que se componía de Tony, una criada, un cocinero y un pinche, á quien dijo con tono grave y serio ademán:

—¿Conocéis al doctor don Roberto Estrañi?

—Le conocemos, —dijo Tony, quien, como más antiguo en la casa, se creía con derecho de llevar la voz cantante.

—Pues bien: os recomiendo que siempre que le en-

contréis dentro ó fuera de la casa, os quitéis el sombrero, y os detengáis para cederle el paso, en señal de respeto.

—¿Y yo?—preguntó cándidamente la criada, que no llevaba sombrero, y sí sólo una especie de cofia.

Aquel era un caso no previsto por la ley.

La chica se detuvo, recelando que, pues no tenía otra cosa que quitarse, su amo iba á mandarla quitarse la vida.

Pero se tranquilizó al oir que aquél la decía:

—Basta con que le hagas una profunda reverencia.

Una hora después, toda la población sabía por maese Venius que el emperador había nombrado á Estrañi médico de cámara, y que su joven sobrino, el príncipe heredero del reino de Polonia, le colmaba de *multitud* de regalos.

El fondista era ampuloso como un andaluz ó como un gascón.

Con esto creció la fama de Estrañi, y empezaron á llover enfermos ricos sobre aquél, á quien ocho días antes nadie hubiera llamado para curarse un dolor de cabeza.

El doctor se encerró aquella noche en su casa.

Había prometido á la madre del príncipe que curaría la manía de su hijo, y era forzoso cumplir su palabra.

Permaneció sin dormir, buscando en su imagina-

ción aquel remedio salvador, que había de asegurar su fama.

La curación del príncipe era para él una cuestión de vida ó muerte.

Por último, al amanecer exclamó, dándose una palmada en la frente:

—*¡Eureka!*

Y se acostó, lo mismo que si hubiera creado el mundo, llegando al séptimo día.

Cuando se ha resuelto un problema intrincado se duerme bien, especialmente si de él depende la tranquilidad del que le resuelve.

Esto fué lo que le sucedió á Estrañi.

Levantóse bien entrado el día, con la cabeza fresca y despejada, y no pudo menos de exclamar, respondiendo tal vez á sus ideas:

—¡Pues, señor, soy un gran médico!

El hombre no debe tener falsa modestia, cuando está seguro de que lo que hace lo hace bien.

Ya no tuvo necesidad de bajar al comedor; sirviéronle un suculento almuerzo, un almuerzo de piso principal.

Estrañi encargó á Tony que no le pusiera tokai entre los vinos: desconfiaba del que encerraban las bodegas de la casa, lo cual hizo exclamar á Tony:

—Pues, señor, ahora me convenzo de que es inteligente en vinos.

En seguida se vistió con esmero, y partió á palacio.

El enfermo seguía bien; la reina le esperaba con impaciencia.

Luégo que se hallaron á solas, le dijo ésta:

—Y bien, querido doctor, parece que estáis muy satisfecho.

—Lo estoy en efecto, señora; me he ocupado toda la noche de la enfermedad moral del príncipe...

—¿Se refiere á eso vuestra satisfacción?

—A eso se refiere.

—¿Es decir que habéis dado con el remedio?

—El médico no puede asegurar nada mientras no posea toda la ciencia, y yo estoy muy distante de poseerla; sin embargo, me parece que esta vez he acertado, puesto que no se trata de una verdadera locura.

—¿En qué consiste vuestro plan?

—En lo siguiente.

Estrañi se aproximó á la dama cuanto permitía el respeto, y estuvo hablando con ella en voz muy baja por espacio de algunos minutos.

El semblante de la reina permaneció impasible durante aquel corto espacio de tiempo.

El joven, que la miraba de hito en hito, se atrevió á decir lo siguiente:

—Veo que mi plan no es del agrado de vuestra majestad.

—Os equivocáis, doctor,—contestó ésta.—Lo creo bastante ingenioso y practicable; pero yo, que me ocupo de la salud de mi hijo, tengo otro.

—¿Mejor que el mío?

—No me atrevo á decir tanto.

—Vuestra majestad no se atreve á herir mi amor propio de médico, y hace mal: yo no le tengo cuando se trata de la salvación de uno de mis semejantes.

—Nada de eso, doctor; y en prueba de ello, voy á confiárosle.

—Ya escucho.

—El emperador debe dar un gran baile de trajes en nuestro obsequio, sabiendo que mi partida está próxima; á él asistirá mi sobrina, á quien haré venir con tal objeto: confío en su hermosura, que estará realzada esa noche por un riquísimo traje de sultana, con el cual se presentará á los ojos de mi hijo. De aquí puede venir lo demás.

Y como viera que Estrañi nada decía, añadió:

—¿Qué decís, doctor?

—¿Tiene vuestra majestad amor propio?—preguntó aquél con esa familiaridad respetuosa que emplea con los reyes la ciencia, que al cabo es otra majestad.

—¡No, por cierto, amigo mío!—contestó la reina sonriéndose.

—Pues bien: no espero nada bueno de ese plan: perdone vuestra majestad mi ruda franqueza en la ocasión presente.

—Y ¿por qué no lo esperáis?

—Porque así que se convenza el príncipe de que su prima no es una princesa de Oriente, sino una com patriota suya, volverá á su manía, despreciándola.

—No obstante, dejadme probar.

—Nada se pierde.

—Si no adelanto nada, os juro que recurriré á vuestro plan.

—Y yo deseo que haya que darle al olvido, en señal del buen éxito del de vuestra majestad.





CAPITULO XCV

La bayadera.



ODA la población de Viena estaba en movimiento; especialmente los sastres y las modistas no descansaban ni un minuto.

En todas partes se hablaba del baile que preparaba el emperador para obsequiar á sus regios huéspedes.

De algún modo tenía que hacer olvidar á su sobrino Uladimiro que se había roto un brazo en una de sus posesiones.

El joven estaba enteramente bien, merced á los cuidados del doctor Estrañi, y se preparaba para figurar dignamente en aquella fiesta, sin pensar que se relacionaba de algún modo con su porvenir.

Sólo las personas reales estaban enteradas del plan de Estrañi y de los propósitos de la reina madre, y, como sucede en asuntos de cualquiera índole, se habían dividido las opiniones.

El emperador apoyaba á su prima, sin negar por eso que el doctor napolitano tuviera razón.

Por el contrario, la joven María Amalia de Sajonia era de la opinión de Estrañi, y hallaba más ingenioso su plan, esperando por lo mismo mejores resultados.

—¡Triunfaremos, doctor!—le decía cordialmente, pues desde un principio había simpatizado con él y respetaba su ciencia.

—Pues yo,—contestaba el joven,—pido á Dios que nos equivoquemos, atendiendo sólo al restablecimiento del príncipe.

Este, lisonjeado por su ayo el marqués, estaba loco de contento.

Por primera vez en su vida se le presentaba la ocasión de vestir aquellas prendas morunas que le entusiasmaban, hasta el punto de hacerle perder el seso.

Mil veces había hablado con el marqués de hacerse un traje oriental, que vestiría sólo en su habitación.

Pero aquél logró disuadirle, pintándole los inconvenientes de vestirse y desnudarse tres ó cuatro veces al día.

La corte acabaría por advertirlo, y esto no podía sentar bien entre los cortesanos.

Juan Jorge, á pesar de su mucha audacia, no se atrevía á tanto.

Desde el asunto de la falsa esclava de Fez, los nobles empezaron á distinguirle con su antipatía, sospechando la verdad; esto es, que aquélla pudo obrar en connivencia con el marqués, pues no le suponían tan cándido que se hubiese dejado engañar como el príncipe, que al fin y al cabo era un niño crecido sin experiencia.

De la antipatía al odio no hay más que un paso, y el marqués no quería que la corte le diera.

Pero con aquella fiesta inesperada, el inconveniente había desaparecido.

El príncipe podía vestir como le acomodase, ni más ni menos que hacía cada cual: el traje más excéntrico era admitido allí, donde todos dejaban el suyo, y con él, la formalidad.

En su consecuencia, el príncipe Uladimiro resolvió presentarse en la fiesta vestido de sultán, acompañado de su *cadí*, el marqués.

También Roberto Estrañi fué invitado; y aunque rehusó su asistencia, la joven María Amalia se dió buena traza para comprometerle, diciéndole que más que como bailarín debía estar allí como médico, pues aquel baile era una curación, y el palacio del emperador se transformaba en clínica para los iniciados en el secreto.

La razón era buena, y no hubo más remedio que admitirla y obedecer.

Roberto prescindió del traje, tomando el asunto en serio.

Un médico está dispensado de ciertas ceremonias.

Pero el bueno de maese Venius estaba loco, lo mismo que si él fuera el invitado.

Durante los días que precedieron á la fiesta, no habló de otra cosa en la fonda, especialmete á la hora en que sus huéspedes se reunían en el comedor.

¡Qué honra para su casa!

Tenía la dicha de albergar á una persona á quien el emperador entregaba el pulso cuando estaba enfermo, y á quien convidaba á sus fiestas más suntuosas.

Había llegado á marear á todo el mundo, especialmente á Estrañi, á quien rogó encarecidamente que se fijase en todos los detalles, para que al día siguiente le hiciese una descripción minuciosa de tan espléndida fiesta.

El no había estado nunca en palacio, ni tenía idea de lo que podía ser un baile de trajes.

Esta circunstancia no le había hecho falta para engordar y reunir sendos florines, que le prometían una vejez cómoda, tranquila y sosegada.

Roberto le prometió todo lo que quiso, con tal de que le dejase en paz.

Acordábase con amargura de que le había expulsado de su casa cuando no tenía esperanza de cobrar

lo atrasado; entonces se lo quería pagar, y el otro demoraba el admitirlo.

Esta idea le llevó al recuerdo de Josefina, que también le había despreciado viéndole pobre, por el conde de Massi, que era rico.

El lo suponía así; ya sabemos que no estaba en lo cierto.

¡Josefina!

Este nombre no se iba nunca de su memoria, así como la imagen de aquélla no se apartaba de sus ojos.

Quería olvidarla, y la amaba más cada día.

—¿Y ella?—pensaba.—¿Se acordará de mí?

¡Pobre Josefina!

Su antiguo amante la calumniaba, y sólo la sospecha de que tal cosa pudiera suceder llenaba de amargura su corazón.

Por fin llegó la tan esperada noche de la fiesta.

Desde las ocho, la plazoleta que se extiende ante el palacio empezó á llenarse de carruajes que vomitaban personajes de todos los siglos, á juzgar por sus trajes, aun cuando á ninguno se le ocurrió *vestir* el paradisíaco *deshabillé* de Adán.

Parecía que resonando las cien mil trompetas del Apocalipsis, la humanidad de todos los siglos acudía al gran juicio en el tremendo valle de Josafat.

A los trajes históricos acompañaban los trajes de capricho.

Los había rusos, especialmente entre las damas polacas, que iban encantadoras.

A medida que se llenaba la gran plazoleta de carruajes, se poblaban los salones de palacio.

A las diez apareció la familia real, disfrazados todos sus individuos.

María Amalia vestía de joven napolitana, por honrar al doctor Estrañi.

¡Quién sabe si tuvo el presentimiento de que en breve sería reina de Nápoles!

No le hizo con ello ninguna fineza, porque le recordó á Josefina, que vendría á tener la misma edad que la infanta, y aquel recuerdo sangró su corazón.

Sin embargo, fué necesario agradecer el cumplimiento.

La noche era magnífica; así es que los alrededores de palacio estaban ocupados por la multitud, que también tenía su parte en aquella fiesta, la parte que tiene un mendigo en casa de un fondista: ve desde la calle la cocina, y aspira el confortable aroma de los guisos que no ha de probar.

Al pueblo, siempre bonachón, como el que representaba el papel del *bobo* en las antiguas farsas, le gusta que los reyes que le representan lo hagan de una manera digna y fastuosa, y les da su dinero para que se diviertan.

Es posible que alguno de los que presenciaban en la calle el paso de los lujosos trenes, que alguno de los que se contentaban con ver el brillante resplandor

que iluminaba los salones de palacio, no tuviese aquella noche qué cenar, ni un puñado de paja en un rincón donde dormir.

Pero ¿qué importaba todo esto, con tal de que el rey y la corte se divirtieran, y cenaran bien, y durmiesen mejor luégo que la diversión terminase?

Los salones de palacio presentaban á las diez un soberbio golpe de vista.

La variedad y el capricho de los trajes, la pedrería que ostentaban las damas, la luz, los perfumes, los acordes de la orquesta, el mueblaje suntuoso de aquellas salas inmensas, todo esto presentaba una variedad encantadora, que arrobaba el ánimo, y era preciso estar muy acostumbrado á tales fiestas para no admirar aquel conjunto.

Cuando se presentó el príncipe heredero de Polonia, resonó una exclamación.

Sin embargo, su madre arrugó el entrecejo al ver su rico traje oriental.

Estrañi, que estaba á su lado, se atrevió á decirla:

—Ya podía calcular vuestra majestad que el sultán de alguna de las ciudades de Oriente asistiría á la fiesta, acompañado de su cadí.

La lectura continua de los libros que trataban de aquellas regiones había hecho que el príncipe no olvidase el más ligero detalle en su traje y su persona.

Era un sultán perfecto, un hijo del Profeta irre-

prochable; parecía que acababa de abandonar alguna de aquellas encantadoras residencias de Esmirna, Trípoli ó Marruecos.

Hasta ostentaba su rostro ese tono cetrino de los árabes y los turcos.

En cuanto al marqués de Spoletto, representaba su papel de cadí lo menos mal posible.

No obstante, se echaba de ver en seguida que era un cadí de carnaval.

El príncipe no bailaba: su dignidad de sultán no se lo permitía.

En efecto, esos tiranos de Oriente no toman parte nunca en las danzas de las esclavas: Uladimiro no podía ignorar este importantísimo detalle de la vida oriental.

De pronto se notó entre los convidados ese movimiento de retroceso que se observa en una compañía de cazadores cuando revienta una bomba.

La reina madre, que formaba parte de un grupo compuesto del emperador, su sobrina María Amalia y el doctor Estrañi, exclamó, llena de ansiedad:

—¡Llegó el momento!

Los ojos de aquellos cuatro personajes se fijaron en el príncipe, que también presentaba síntomas de una curiosa emoción.

Hé aquí la causa:

Acababa de aparecer, sin saber por dónde había legado, una nueva convidada.

¡Quién sabe si la había abortado el cáliz de alguna

de aquellas flores exóticas, presentadas en lindas macetas forradas de papel de oro y plata!

Era una linda bayadera, de tez cobriza y rizoso cabello negro, partido en bucles, que descansaban sobre sus desnudos hombros.

Del lóbulo de sus orejas pendían riquísimos zarcillos de piedras preciosas, á quienes el resplandor de mil bujías arrancaba torrentes de luz; en su cuello brillaba un collar de negros azabaches, y adornaban sus desnudos brazos gruesos brazaletes de oro, que parecía extraído de las minas de Ophir.

Toda su persona iba envuelta en gasas y tules de finísima transparencia, que velaban á medias sus morenas formas, de encantadoras líneas, que hubieran causado la desesperación de la Venus india.

De no proceder del aire, aquella bayadera acababa de escaparse de alguno de los palacios que bordan las orillas del Bósforo, ó de los jardines de Beyrouth ó de Cachemira.

A su aparición, la orquesta empezó á ejecutar uno de esos aires orientales que se danzan en los harenes.

La bayadera, al oir aquella música extraña, que sin duda la recordaba su patria, saltó en medio del salón, dando uno de esos gritos guturales de alegría que se escapan de las gargantas indias en los bosques de Pondichery y de Calcuta, entregándose al placer de la danza.

No hay idea de lo que es una danza india, bailada por una bayadera, bajo la sombra de árboles gigantes-

cos, cuya corteza ha rozado la pintada piel de la pantera algunas veces.

La *tarantela* de Nápoles y nuestros aires andaluces copian algo de aquellas cadencias extrañas, pero lo copian como una cosa que se parodia.

Falta todo.

El ritmo, la cadencia y la melodía, es decir, falta el color.

La bayadera emplea en su danza movimientos de serpiente y saltos de tigre; copia á la naturaleza; se cimbrea en su talle como las copas de los árboles cuando las mece el viento, y como la flor del loto y la caléndula.

Aquella danza vuelve locos á los indios y electriza á los europeos.

La bayadera del palacio de Viena debió creerse transportada á uno de los bosques de la India.

Todos los asistentes á la fiesta formaron un círculo del cual era punto céntrico la joven bailarina, que con aquella primitiva coquetería de las hijas del Indostán, velaba y descubría al mismo tiempo su rostro y sus formas á la admiración y al ardiente deseo.

Su aparición ejerció una extraordinaria influencia sobre el príncipe, que, seguido de su cadí, corrió á ocupar la primera fila.

—¡Ah!—exclamó al empezar la danza.—¡Una bayadera aquí! ¿Quién la ha traído tan lejos de su país?

La bayadera envolvió al príncipe en una ardiente

mirada, que hizo que se estremeciera todo su ser.

—¡Una bayadera falsa, como si dijeramos de pega! —replicó el marqués de Spoletto.

—¡Cómo! ¿Dudas ante la evidencia?

—No conoce vuestra alteza á esa mujer, porque siempre se ha negado á ver su retrato.

—¿Acaso me fué ofrecido alguna vez?

—¡Esa joven es la princesa Federica de Cracovia, á quien vuestra madre protege, y para quien os destina como marido!

—¡Qué dices! —exclamó el príncipe, dibujándose en su rostro un gesto de disgusto.

—La verdad; vuestra alteza puede preguntar á cualquiera, y le asegurará lo mismo que yo.

—¡Oh qué desencanto!

Y el príncipe salió del círculo, haciendo aquel feo á la bayadera.

Todos le vieron abandonar un espectáculo que tanto les encantaba, y perderse en los salones.

La misma bayadera interrumpió sus pasos, cesando de danzar.

—¿Qué es esto?—exclamaron á la vez el emperador y la madre de Uladimiro.

—Una cosa muy sencilla,—contestó Estrañi.—Que el marqués de Spoletto le ha descubierto el incógnito de la joven, y que el príncipe se va desencantado, al ver que la que él creía bayadera india es sólo una princesa cracoviana.

—¡Hemos triunfado, doctor!—le dijo María Amalia

en voz baja, mientras que la reina exclamaba con desaliento, dirigiéndose á Estrañi:

—¡Teníais más razón que yo!

—Señora, he hecho un estudio profundo de los desarreglos del juicio humano: puedo decir que ésa es mi especialidad.

—Es cierto,—añadió María Amalia, que conocía todo lo que se relacionaba con Estrañi.—El doctor vaticinó la locura en un hombre que no presentaba síntomas; sus compañeros se rieron, pero al año fué preciso aplicar la camisa de fuerza á aquel infeliz.

—Pues bien: emplearemos el plan que me habéis propuesto; de él espero la salvación del príncipe, ¡y haga Dios que los destinos de Polonia no estén algún día á merced de un loco!

¡Ay!

La augusta dama estaba muy lejos de sospechar que la traición y la alevosía iban á repartirse en breve aquella Polonia tan querida y tan infortunada.





CAPITULO XCVI

Efectos de la intemperancia..., ó de otra cosa.

A LOS cuatro días de aquella fiesta espléndida no se hablaba en toda la ciudad más que del lujo desplegado por el emperador y su corte, y todos encomiaban el gusto que había presidido en el palacio imperial.

Sólo un hombre estaba dado á cien mil carretadas de demonios.

Este hombre era maese Venius.

Una noche, al retirarse el doctor, le había dicho:

—Necesito que arregléis mi cuenta para mañana.

Maese Venius, que no tenía prisa para cobrar, contestó como siempre:

—¡Tiempo habrá!... Al contrario, si os hace falta dinero...

—¡Mil gracias, maese Venius!...; pero ya ha llegado el momento, sensible para mí, de abandonar vuestra casa.

—¡Cómo! —exclamó el fondista. —¿Tenéis alguna queja de mí ó de los criados? ¿Os ha faltado alguno de mis huéspedes al respeto? ¡Oh! decídmelo, y veréis qué pronto hago un ejemplar con los primeros, ó planto en la calle al insolente que...

—Nada de eso, maese Venius,—contestó el doctor, sonriéndose al ver la indignación pintada en el rostro de aquél. —Ya he dicho que tengo un sentimiento en abandonaros, lo mismo que á esta hermosa ciudad, tan hospitalaria para mí. Es que parto mañana muy temprano.

—¿Que partís? ¿Adónde?—preguntó maese Venius, sin advertir que él, siempre comedido y prudente, incurría en una indiscreción.

—A Polonia, acompañando á la reina y al príncipe.

—¡A Polonia!

—Sí.

—¿Pero volveréis? Entonces os reservo la .habitación.

—Lo dudo... Y aun me atrevería á aseguraros que mañana nos despediremos para siempre.

El infeliz fondista quedó como si en Diciembre le derramasen un jarro de agua fría.

Roberto Estrañi era un prospecto vivo de su casa.

En aquel sentimiento, más que afecto, había egoísmo.

Tanto había propalado que en su hotel habitaba un doctor extranjero cuyas curas maravillosas le habían elevado al rango de médico de cámara del emperador, que su casa adquirió cierta fama entre los viajeros que visitaban la capital del imperio.

Además, tenía encargos de comidas particulares, cuya industria no había podido explotar antes por falta de gastrónomos.

Así es que aquella noticia era para él lo que una quiebra en un negocio de consideración.

Se marchaba el mejor huésped de su casa, el único que en veinte años había pedido dos botellas de tokai.

Aquel día estuvo de un humor terrible; los criados declararon que nunca le habían visto así.

Faltó muy poco para que los despidiera á todos, nada más que por un conato de falta, que no habían cometido.

Pero no había más remedio que conformarse.

Los fondistas, que también son hombres, no pueden revocar los acuerdos del destino.

Llegó el día fatal.

Estrañi pagó su cuenta sin poner el más mínimo reparo, aun cuando comprendió que había en ella algunos florines de más.

Pero era que maese Venius, en tales casos, padecía distracciones, que algunas veces rectificaban los viajeros.

Roberto pasó por alto la rectificación, y dió una buena propina á toda la servidumbre de la casa.

Aquel rasgo enterneció á Tony, que se había entregado al aguardiente más que de ordinario, arrancando á sus ojos una lágrima.

Maese Venius no quiso dispensarse el honor de acompañar á su huésped hasta palacio.

Quería que toda la población le viera mano á mano con el médico de cámara á quien no se cansaba de llamar *su amigo*, siempre que se cruzaban con alguien en el camino; pero con tono tan estentóreo, que Estrañi se vió obligado á decirle que bajara la voz para no llamar la atención.

Precisamente era lo que pretendía el fondista; y hubiera querido que, á semejanza de lo que hizo el pueblo romano con el consul Duilio, les hubieran precedido todas las músicas militares que había en Viena, para que la gente se asomase á balcones y ventanas.

Por último, llegaron á la puerta de palacio, donde fué necesario separarse.

Maese Venius le ofreció su hotel, y todos cuantos pudiera tener su familia, aun cuando era viudo sin hijos, y le ofreció su bolsa, y todo cuanto valía y representaba en el mundo; y no teniendo ya otra cosa que ofrecer, le ofreció un *pater noster* en sufragio de su alma, en el caso de que el doctor muriese antes que él.

Todo esto no debía ser obstáculo á que le plantase

en la calle nuevamente si volvía á su casa sin dinero, y llegaba á deberle un par de meses.

Estrañi ocupó un carruaje en compañía del marqués de Spoletto, el cual no podía acompañar de otro modo á su discípulo, por impedírselo la etiqueta, pues el príncipe iba con su madre y su prima María Amalia.

Por encargo del doctor, nadie le habló de la bayadera, ni de la princesa Federica.

El marqués, que desconfiaba algo de su compañero de viaje, de aquel doctor cortesano, á quien la casualidad había introducido en la corte, se encerró en una prudente reserva.

Al mismo tiempo hizo que adquiriera su rostro aquel aire de imbecilidad con el que había engañado á la corte de Varsovia.

Estrañi llegó á comprender que el marqués se cubría con una máscara para no ser molestado, y que era una cosa distinta de lo que aparentaba.

Confirmáronle en esta opinión algunas preguntas capciosas que Juan Jorge le hizo, encaminadas á saber qué papel iba á representar en Polonia, á lo que el doctor contestó lo que tuvo por conveniente, sin dejarse coger en la red.

—¡Es un solapado!—pensaba el marqués.

—¡Es un tuno!—decía entre sí el doctor.

Este lisonjeaba á aquél, suplicándole que fuera su

cicerone en Varsovia, puesto que los años de residencia allí le permitían conocer todo lo notable que encerraba la ciudad.

El marqués se ofreció galantemente, pero con restricciones mentales.

—¡Me guardaré muy bien! —decía en su interior.— Lo que menos le importa á este pájaro es conocer lo que la ciudad encierra. Su intento es intimar conmigo y sondearme. Por fortuna no echó mi madre al mundo ningún tonto.

Lo que más le mortificaba era la distinción que del doctor hacían la reina madre y la princesa María Amalia.

El marqués era injusto.

¿No gozaba él de la omnímoda confianza del príncipe Uladimiro?

Sin embargo, el doctor tenía sobrado talento para hacer alarde de aquella distinción á los ojos de un envidioso; y cuando el marqués tocaba el asunto, procuraba desviar la conversación de una manera hábil para que aquél no lo conociera.

Todos estos escarceos confirmaban á cada cual en su opinión: ambos seguían murmurando:

—¡Es un solapado!

—¡Es un tuno!

Llegaron á Varsovia.

La reina quiso dar al doctor habitación en palacio;

pero éste rehusó agradecido aquella distinción, manifestándole que podía despertar las sospechas del marqués, lo cual pudiera entorpecer sus propósitos ó hacerlos fracasar.

En su consecuencia, se hospedó en uno de los principales hoteles de la ciudad.

Los primeros días se emplearon en descansar.

Después se anunció un banquete para que los magnates tuvieran ocasión de dar la bienvenida á sus príncipes.

Esto entraba ya en el plan de Estrañi.

No debía ser malo, puesto que empezaba comiendo y bebiendo.

Dispúsose al efecto uno de los salones de palacio.

También el doctor excusó su asistencia.

A propósito de esto, le decía la joven María Amalia la víspera:

—Esas precauciones, que detesto, nos privan del placer que nos causa vuestra compañía.

El doctor contestó lisonjeado, inclinándose:

—Son absolutamente necesarias, y por el resultado que me propongo, llevo con paciencia el sentimiento de no estar al lado de su alteza, ni al de su augusta madre, que me otorgan más de lo que yo merezco.

—Vos lo merecéis todo, doctor; á lo menos ésta es la opinión de cuantos os conocen, empezando por mi primo Uladimiro: en sus momentos de buen humor confiesa que os debe un brazo..., y no se equivoca.

—Señora, la casualidad hizo que yo probara mi

acierto; por lo demás, en Viena hay médicos que hubieran hecho lo que yo.

—¿Es decir que vais á trabajar entre bastidores?

—La frase es exacta é ingeniosa, como de su alteza.

—¡Pobre primo! ¡Si él supiera de lo que se trata!

Y la joven princesa soltó la carcajada.

—Lo sabrá en breve, y confío en que nos bendecirá á todos.

Esta conversación fué interrumpida por la presencia de la bayadera de Viena, de la joven Federica, que estaba enamorada de su primo.

Y á la verdad, era preciso que Uladimiro estuviese muy apegado á las costumbres orientales para no reparar en aquella hermosura, que hubiera admitido en su harén cualquiera príncipe de Oriente, sin reparar en el sitio que la había visto nacer.

Al apercibirse de su llegada, María Amalia se dirigió á ella, exclamando:

—Pero, prima, ¿no conoces que puede descubrirte Uladimiro?

—No está en palacio,—contestó Federica.—Además, sus habitaciones caen á la parte opuesta. Me dijeron que estaba aquí el doctor, y venía...

—¡Cómo! ¿Acaso estás enferma?

—No se trata de mí.

Luégo, dirigiéndose á Estrañi, le preguntó:

—Decidme, doctor, ¿hay peligro en que mañana beba mi primo lo que le habéis propinado?

Estrañi contestó, sonriéndose:

—Pues si le hubiera, ¿cómo había yo de consentir en que bebiese?

—¡Es verdad, prima!—objetó María Amalia.

—Pudiera estar mal calculada la dosis, y surtir un efecto contrario al que se espera, y fatal.

—Puede estar tranquila vuestra alteza: el príncipe beberá sin peligro; de lo contrario, rompería yo el título que me autoriza para ejercer la medicina.

María Amalia intervino, diciendo:

—Yo bebería arsénico si el doctor me le recetase, en la seguridad de que él lo prepararía de modo que no me fuese nocivo.

—A la verdad que no se puede honrar más á un médico,—contestó Estrañi, inclinándose ante aquel cumplimiento, que tanto enaltecía su ciencia.

Llegó la tarde del banquete, porque en aquella época la costumbre que reglamenta el apetito no había hecho aún que éste se despertase á las ocho de la noche.

Toda clase de fiestas se comenzaban temprano para concluir á buena hora.

A nuestros abuelos les gustaba dormir de noche, y no acostarse cuando amanece.

La corte echaba el resto, como vulgarmente se dice, en lujo y esplendor.

Era aquello como los últimos resplandores de un espléndido sol de Junio.

Sí, los últimos, por desgracia.

El volcán no dejaba oir aún sus roncos bramidos, sus truenos pavorosos.

Aquella mesa servida por el gusto y adornada por el lujo estaba sobre un volcán: ninguno de los convidados adivinaba que ponía sus pies sobre un cráter.

Los emperadores y los reyes estaban afilando en la sombra el cuchillo que iba á desgarrar el manto de púrpura de la infeliz nación.

Polonia no tuvo, como Jerusalén, su profeta que le dijese:

«¡Vuelve tus ojos al Señor!»

En cambio, el viajero debía decirle á la vuelta de pocos años, parodiando á Jeremías:

«¡Sola está y abandonada la ciudad reina de ciudades!

»Sus plazas se ven desiertas, y sus matronas cubren la cabeza con ceniza.»

El banquete terminó á las nueve.

La corte entera se trasladó á los jardines de palacio, donde se sirvieron dulces y helados.

El príncipe y el marqués se retiraron á un cenador para conversar de su manía eterna:

El Oriente.

Ninguno de los dos se sentía bien.

El marqués había bebido de una manera copiosa; y aun cuando mantenía el equilibrio, sentía que en su

mente las ideas no se presentaban en un orden correcto, siendo preciso que recurriese á los helados á ver si lograba despejarse.

Entre los jazmines y el lúpulo que cubrían la armadura de hierro del cenador, por la parte de afuera, espiaban sin ser vistas la reina madre, las princesas María Amalia y Federica y el doctor.

A las primeras las dominaba la ansiedad: Estrañi estaba tranquilo.

Aquella era la segunda parte de su plan.

Desde allí oían cuanto en el cenador se hablaba, pero seguramente no era éste el objeto que había encaminado sus pasos.

El príncipe se dejó caer sobre un sillón forrado de ramas gruesas de árbol, y pasándose la mano por la frente, exclamó:

—¡Es particular!... ¡Se me arde la cabeza!

—Eso no tiene nada de extraño después que se ha comido bien y se ha bebido mejor,—contestó el marqués, tomando el quinto sorbete.—Tampoco mi estado es el más envidiable... Los vinos de palacio son de noble alcurnia.

—Es que nunca me he sentido como ahora. Un sueño extraño hace que mis párpados se cierren como si fueran de plomo...; la sangre me hormiguea, y parece que mis articulaciones van á ceder al peso del cuerpo...

—¡Dios mío!—exclamó en voz baja la princesa Federica.

Estrañi la dirigió una mirada, como recordándola que debía guardar silencio.

El marqués contestó á su discípulo:

—Yo experimento los mismos síntomas, y sin ningún esfuerzo, y aun contra mi voluntad, voy á quedarme dormido; pero creo que todo esto desaparecerá con el helado. Se le recomiendo á vuestra alteza.

El príncipe abandonó su asiento y comenzó á pasear por el cenador, aunque con trabajo, y teniendo á veces que apoyarse en el respaldo de las sillas rústicas.

Entre tanto, el marqués decía, con voz cada vez más torpe y pausada:

—Sí..., es una pesadez extraña...; parece que le ponen á uno ligaduras que le impiden moverse...; sin duda hemos bebido demasiado... En esto no imitamos gran cosa á los orientales, á quienes nos proponemos por modelo...

—Imítame, Juan...

—¿Queréis que pasee?

—Sí; el aire de la noche nos despejará.

—Y ¿por qué despedir al sueño cuando viene á visitarnos? ¿No sería mejor que vuestra alteza ocupase ese otro sillón, y durmiésemos aquí un par de horas?

—¿No ves que echarán de menos mi presencia?

—¡Bah! Cuando uno falta al final de un banquete, ya suponen los demás comensales lo que puede haber sucedido.

—¿Crees que estoy ebrio?

—No, á fe mía, porque veo lo contrario...; y aunque lo creyera, por respeto me reservaría mi opinión.

—¡No puedo más!—contestó el príncipe sentándose.—Durmamos, es lo mejor...

—Sí, durmamos... No podría impedirlo aunque quisiera.

No habían pasado dos minutos cuando el príncipe y el marqués cedieron al sueño que hacía entornar sus parpados.

En aquel momento entraron en el cenador las augustas damas, seguidas de Roberto Estrañi, que las decía:

—No hay que asustarse: este sueño acabará al cabo de doce horas...; ya puede vuestra majestad avisar á los criados que han de conducirlos al carruaje.





CAPITULO XCVII

En pleno Oriente.

CUANDO un hombre abusa de los placeres de la mesa, y permite que la gula abra la puerta al exceso, duerme mal.

Su sueño es pesado é inquieto, y está lleno de visiones que le turban.

Esto es ocasionado por los vapores del estómago, que envía al cerebro una digestión trabajosa.

El estómago trasuda como el obrero á quien dan un trabajo superior á sus fuerzas.

En tal situación, cuando el hombre despierta, le cuesta supremos esfuerzos el poner en orden sus ideas, y para buscar aquella que ha de explicarle su estado, necesita removerlas todas.

Algo parecido le sucedió al marqués de Spoletto.

Abrió los ojos, y por la intensidad de la luz comprendió que estaba ya avanzado el día.

Acaso había pasado la hora en que acostumbraba ir á palacio: el príncipe debía estar impaciente.

Pero le tranquilizó la idea de que á su alteza, lo mismo que á todos los convidados al banquete, les pasaría lo mismo.

Sin embargo, se incorporó, apoyando su cabeza en la palma de la mano derecha.

Al tender una mirada por la habitación experimentó cierto asombro.

No estaba en su casa: tal vez no había salido de palacio, donde debió vencerle el sueño, y el príncipe ordenaría que le trasladasen á alguna de sus habitaciones.

Pero no.

Juan Jorge las conocía todas: aquella estancia no pertenecía al departamento ocupado por el príncipe.

Otra nueva sorpresa.

Tampoco estaba en la cama.

Había dormido sobre cojines de terciopelo, cubiertos con pieles de tigre y de pantera.

¿Qué significaba aquello? ¿Dónde estaba?

Examinó la estancia con más detenimiento.

Era un pequeño gabinete ochavado; el mobiliario se reducía á escaños de terciopelo, cojines de raso, y... nada más.

En el suelo había extendida una rica alfombra de Persia.

Pájaros de pintadas plumas saltaban en una jaula dorada, y por las entreabiertas ventanas penetraban las ramas de los limoneros, cargadas de amarillo fruto.

En un ángulo del gabinete, un pebetero quemaba sustancias olorosas.

A causa de la semejanza que había entre una y otra, recordó la estancia que él mismo mandó disponer para la falsa mora de Fez.

Pero aquello era otra cosa; tenía su explicación, con la cual no daba en aquel caso.

¿Qué habitación era aquélla? ¿A quién pertenecía? ¿Quién, y por qué motivo le había llevado allí?

La mente del marqués era un mar de confusiones, y no se daba ninguna respuesta lógica á tantas preguntas.

Verdaderamente asustado se puso en pie.

Pero aun le quedaba otra sorpresa nueva, monumental, épica, un logogrifo cuya respuesta no le darían todas las sibilas de la Grecia, ni todos los dioses de Roma, que eran muchos.

Sintiendo en el cuerpo cierta cosa incomprensible, echó una mirada sobre su persona, viendo con asombro...

¡Cosa inaudita!...

El marqués de Spoletto envolvía sus *aristocráticas* formas en unos anchos calzones de finísima lana blan-

ca que le bajaban hasta la mitad de la pantorrilla, y su cuerpo en una rica chaqueta de terciopelo bordado de oro, bajo la que había un chaleco de seda azul, con brillante botonadura de plata.

Ceñía su cabeza un turbante de merino, y su talle un riquísimo chal de Cachemira.

Era un moro completo.

Su estupefacción no tenía límites: apenas se atrevía á andar, temiendo tropezar consigo mismo, pues se suponía otro que no era el marqués de Spoletto.

De pronto lanzó una carcajada, y pareció tranquilizarse.

Suponía que estaba en Viena, y que preparándose para el baile de trajes, donde vistiera el de cadí, se había quedado dormido.

—Sí, eso es,—dijo.—¡Qué imbécil soy!... Sin embargo...

Y desechó aquella idea, acordándose de su viaje á Varsovia, de sus paseos con su discípulo y del banquete oficial á que había asistido la noche anterior.

—Recuerdo que comí mucho, y bebí más,—decía, poniendo en orden sus ideas.—Luégo bajé al jardín con el príncipe..., tomé algunos helados, y me quedé profundamente dormido .. ¡Dios mío, estaré borracho todavía!... ¡Pero de cualquier modo, yo vestía mi traje habitual, y no éste que llevo... por voluntad de no sé quién!...

Para orientarse, se asomó á la ventana.

A sus ojos se extendía un jardín árabe, con sus

plantas tropicales, sus graciosos bosquecillos, y sus lindas fuentes, encargadas de mantener siempre fresco el aire.

El aroma de los nardos le trastornó, haciéndole retirarse prontamente.

El marqués llegó á creer que estaba loco, y que aquello que creía ver, sólo existía en su imaginación, que todo era una aberración de sus sentidos trastornados.

De pronto interrumpió el silencio una voz fuerte, que con cierta canturía recitaba algunas palabras en árabe.

Juan Jorge dió una fuerte patada en el suelo.

Como si aquello hubiera sido un llamamiento, apareció en la puerta un atezado moro, quien en mal francés le preguntó:

—¿Qué necesita el cadí?

—¡Yo cadí!—exclamó el marqués retrocediendo.

Aquél replicó:

—Si no te hago falta para nada, permite que me vaya, pues el muedén llama á los creyentes á la oración.

—¿Es ese hombre que grita?

—Sí; pero habla de él con más respeto.

—Pero ¿dónde estamos?—preguntó el marqués, perdiendo ya los estribos.

El moro se echó á reir sin contestar, enseñando unos dientes que parecían de marfil.

—¡Cómo, pícaro! ¿No me respondes?

—¿Conque después de diez años de residencia aquí, me preguntas que dónde estás?

—¡Que yo llevo diez años aquí!

—¿No recuerdas que viniste de la regencia de Túnez para dirigir la educación del joven príncipe, y que, una vez terminada, te hicieron cadí de esta población?

—Pero ¿qué príncipe? ¿Uladimiro?

—No, Alí.

—¿Y este pueblo?...

—Pertenece al imperio de Marruecos, de donde es sultán el gran Mahomed, padre de Alí.

—¡Dios de Dios!—exclamó el marqués, que apenas podía expresar sus ideas. —¡O yo estoy loco, ó este tuno está borracho!

En esto se oyeron algunas voces en el exterior.

Era la voz del príncipe Uladimiro, que juraba y maldecía.

—¡Por aquí, señor! —gritó el marqués, saliéndole al encuentro.

El príncipe apareció por fin, y uno y otro quedáronse asombrados de nuevo.

Aquél también vestía un rico traje oriental.

—Juan, ¿qué es esto?—preguntó Uladimiro en el colmo de la sorpresa.

—Señor, si me lo dijerais, me otorgaríais un gran favor.

—¿Dónde estamos?

—¡En el imperio de Marruecos, del que es sultán vuestro padre el gran Mahomed!

—Eso oigo repetir desde que he abierto los ojos.

—Vos sois el príncipe Alí, y yo cadí de este pueblo.

—¡Pero, marqués!...

—¡Qué queréis que os diga, señor! No puedo negar lo que me pasa, por más que no acierto á explicármelo.

—He llamado á mi madre, á mi prima Amalia..., ¡todo en vano!...; al contrario, esos bigardos se han reído de mis voces, diciendo que iban á dar parte á mi padre de mi locura.

El marqués se puso á temblar como un azogado. Después replicó:

—¡Si tendrán razón!... ¡Si nos habremos vuelto locos!

—¡Calla!

—¡Si habremos soñado que somos lo que creemos haber sido, y, en realidad, el príncipe Uladimiro de Polonia y el marqués de Spoletto estarán lejos de aquí!

—¿Te has propuesto dar al traste con mi razón?

—¡Pues por fuerza hemos de explicarnos de algún modo lo que aquí pasa! Lo cierto es que no estamos en Varsovia..., y que la vegetación de este jardín parece africana, lo mismo que lo que nos rodea.

—Ven, salgamos de aquí; recorramos esta casa en busca de algún indicio que nos oriente.

En efecto, los dos recorrieron aquella mansión, que era pequeña.

Parecía una encantadora residencia de verano, en cuyas salas el gusto oriental había depositado sus bellezas.

Nada más lindo que aquella jaula rodeada de verdura.

Pero no encontraron al paso ninguna cara conocida; respetuosos criados árabes, dispuestos á obedecer el menor de sus caprichos.

Salieron al jardín por un lindo kiosco que servía de puerta á la casa.

El jardín la rodeaba por sus cuatro fachadas: estaba cerrado por altas tapias, según la usanza mora.

Reinaba en él un silencio de catedral sin culto, interrumpido por el trinar y los gorjeos de las aves.

Por doquier se tropezaba con frondosos bosquecillos y frescos cenadores, donde no penetraban los rayos del sol.

El ambiente embalsamado era un huésped eterno.

De pronto interrumpió aquel paseo una pequeña plazoleta, con una fuente de mármol en el centro, donde había surtidores que ofrecían bien combinados juegos.

Pero no era esto lo que llamó su atención.

Al pie de un sicomoro había una hermosísima mujer tañendo la guzla.

El príncipe se quedó arrobado ante tanta belleza, mientras que el marqués decía:

—¡Es particular! ¡Yo he visto á esta mujer en alguna parte!

—¡Avancemos!—exclamó aquél, uniendo la acción á la palabra.

En aquel momento el príncipe no se acordaba más que de lo que tenía delante, sin pensar en lo extraordinario de la aventura.

La mora, al verle, hizo un ademán de disgusto; sin embargo, en sus labios brilló una sonrisa.

—Permitid, señora, que me postre ante vuestra hermosura,—la dijo el príncipe, adoptando un ademán galante.

—¡Señora!—contestó ella.—¿Por qué me tratas con esa ceremonia? Antes me llamabas tu «querida Haxima».

—¡Yo os he visto antes de ahora!

—¡Yo sí que la he visto, aunque no recuerdo dónde! —exclamó el marqués en voz baja.

Ella replicó, dirigiéndose al príncipe:

—¡Muy desmemoriado te has vuelto, Alí! ¿No recuerdas que nos conocimos en la corte de tu padre, siendo yo su esclava favorita, la única que despertó su corazón?

—No.

—¡Qué dices!

—La verdad.

—¡Ingrato! ¡Así pagas lo que he hecho por ti..., por tu amor!... porque yo te idolatraba, creyendo que era correspondida...

—¡Señora!...

—¡Otra vez! Llámame Haxima, como antes.

—Pues bien, Haxima, ¿qué favores te debo yo?

—¡Alá!... ¡y me lo pregunta el ingrato!... Yo entré en el harén de tu padre, que me compró á un judío de Túnez. Bien pronto se apasionó de mis encantos. Pero yo no podía amar al viejo Mahomed, estando tú á su lado. Tú me requeriste de amores, y yo te correspondí, aun cuando arriesgaba mi cabeza, pues tu padre es de una crueldad sin ejemplo; y yo supe que dos años antes diezmó su harén porque sus mujeres hicieron buena acogida á un cadí de sus estados que se permitió entrar en él.

—¡Jesús, María y José!—exclamó el de Spoletto, echando su mano al cuello, como sintiendo en él el mortífero cordón de seda.

Haxima prosiguió:

—Sin embargo, te amé, haciendo traición á mi dueño, mintiéndole besos que te dedicaba á ti: nos veíamos con muchas precauciones, porque el harén está siempre cercado de espías.

Cansado de aquellos obstáculos, que impedían nuestra dicha, me juraste por el Profeta que bien pronto cesaría aquel estado de cosas.

Tu plan, que me comunicaste, y que mereció mi aprobación, era sublevar á los genízaros y moros del rey, ceñirte la corona del imperio y hacer que tu padre terminara sus días en oscura prisión.

—¡Cáspita!—interrumpió el marqués, apartándose de su discípulo, como si fuera verdad todo aquello.

—Tu padre,—prosiguió Haxima,—descubrió el

complot, cortó la cabeza á los más comprometidos, desterrándote á esta residencia, bajo la inmediata vigilancia de su cadí.

Y señaló al marqués, que no pudo menos de exclamar:

—¡Esta infeliz está loca, y va á dar al traste con vuestro juicio!—repuso Spoletto, dirigiéndose en voz baja al príncipe.

La sultana añadió:

—Por fortuna no pudo descubrir nuestros amores; si no, desgraciados de nosotros. Sabiendo yo dónde estabas, me fingí enferma, arreglándome de modo que el sultán me permitió habitar aquí.

Llegué hace dos meses.

Me recibiste con transportes de alegría y de pasión; pero bien pronto descubrí que todo era fingido, y que tú amabas á una de las esclavas del cadí, con quien hablas todas las noches aquí mismo.

Esta relación, hecha en tono verdaderamente apasionado, sublevó la pasión en el pecho del príncipe, embrollando al mismo tiempo las ideas del falso cadí.

—¡Yo esclavas!—exclamó.

Al mismo tiempo Uladimiro estaba próximo á arrojarse á los pies de Haxima, cuando apareció en la

plazoleta un anciano de blanca barba y de severo ropaje talar.

Al ruido de sus pasos sobre la arena, Uladimiro y el marqués volvieron la cabeza.

—¡El faquir!—exclamó la mora con terror.





CAPITULO XCVIII

En preparación de las fiestas del Ramadán.

AQUEL hombre avanzó acompasada y automáticamente, como marchan los cofrades de una procesión.

Todos callaron.

Cuando estuvo cerca se detuvo, exclamando con voz campanuda:

—Príncipe, hoy no has acudido á la mezquita para hacer oración, dando mal ejemplo á tu pueblo; al mismo tiempo me anuncian tus leales servidores que no preparas tu alma con el ayuno para las fiestas próximas del Ramadán. No culpo á tu mocedad, sino á la incomprensible tolerancia del cadí, que por medio de una de sus esclavas pa-

rece que te tiene sujeto, engañando la confianza que ha depositado en él el sultán tu padre.

En aquel momento el marqués no podía asegurar si era cadí y si tenía esclavas ó no: tal era la emoción de que estaba poseído.

La voz y el ademán de aquel viejo le infundían miedo.

No pasó lo mismo con el príncipe, el cual, al verse tratado como un niño indócil delante de una mujer, se volvió resueltamente hacia el anciano, diciéndole con altivez:

—¿Y qué?

Aquél avanzó un paso y contestó:

—Que es necesario que cumplas todo lo que prescribe en su ley el Profeta.

—Yo no tengo nada que ver ni con vuestro profeta ni con sus leyes.

—¡Ha blasfemado!—dijo el faquir rasgando sus vestiduras.

—¡Ha blasfemado! —repitió Haxima horrorizada.

—Por Dios, príncipe, —le dijo el marqués, —no nos comprometáis; tened en cuenta que este faquir, que parece muy tozudo, puede dar parte á vuestro padre, y que el gran Mahomed no debe estar muy contento con vos, á consecuencia de haber querido destronarle.

Uladimiro dirigió estupefacto una mirada al marqués, para convencerse de que hablaba con formalidad.

Entre tanto el faquir, poniéndole una mano en el hombro, le dijo, ya más tranquilo:

—Príncipe, quiero olvidar lo que he oído, de que sólo culpo al cadí por su falta de vigilancia.

—¡Siempre yo!—exclamó el marqués.

—Pero es necesario que vengas conmigo para que te justifiques en la mezquita.

—Yo no tengo necesidad de justificaciones.

—¡Por Dios, príncipe!... ¿No veis que este hombre la toma conmigo, y me hace responsable de vuestras culpas!

—Vé, yo te lo ruego,—le dijo Haxima con voz dulce y ademán suplicante.

—¿Me lo ruegas, Haxima?

—Sí, y hago más: lo quiero.

—Te obedezco... con una condición.

Estas últimas palabras las dijo de un modo que nadie pudiera oirlas más que la mora.

—Habla.

—¿Nos veremos luégo?

—Sí, aquí mismo, á la noche.

—Pues voy fiado en tu palabra.

Y el apasionado joven siguió al faquir como un cordero.

Aquél y el marqués, en su preocupación, no pudieron ver una mirada de inteligencia que se cruzó entre la mora y el faquir.

Juan Jorge iba á seguir á su discípulo, cuando se sintió detenido por la mora, que le dijo:

—Espera.

—¿Qué quieres de mí?

—Un favor inmenso...

—Ante todo, escucha: yo te he visto alguna vez antes de ahora.

—Puede ser.

—¿Has estado en Italia?

—No.

—¿Y en España?

—Tampoco.

—¿Y en Austria?

—Menos.

—¿Y en Polonia?

—Menos aún.

—Entonces...

—Pero puedes haberme visto, si has visitado alguna vez la regencia de Túnez, mi país.

—¡Nunca!...; pero repito que... puede que fuera otra mujer á quien te parezcas.

—Acaso.

—En fin, ¿qué favor es ese que solicitas de mí?

—Que me hagas el amor.

—¡Cómo!—exclamó el marqués retrocediendo al oir tan singular capricho.

—Esta noche estaré aquí á las nueve: es preciso que me esperes bajo este sicomoro, como si en realidad fuéramos amantes y nos reuniera el amor.

—¡Para que esto llegue á oídos del sultán!... ¡pardiez!

—Nada temas; aquí no hay la vigilancia que en el harén.

—Pero ¿cuál es tu intento?

—Que nos sorprenda Alí.

—¿Quién es Alí?... ¿Algún perro?—preguntó el marqués, olvidando que éste era el nombre oriental de su discípulo.

—Hablo del príncipe.

—¡Ah!... sí. ¿Quieres que nos sorprenda? ¿Con qué intento?

—Para ver si los celos le devuelven á mi amor.

—¿Quieres ensayar el despique?

—No es eso sólo lo que pretendo de ti...

—¿Qué es la otra cosa que deseas?

—Que vendas mañana mismo tu esclava Zulima, que es la que me roba el amor de Alí; yo te la compro.

Esta súplica hizo que el marqués volviera á la realidad de los hechos, creyendo que alguien los hacía al príncipe y á él víctimas de alguna grosera burla, porque no podía desconocer que él no era tal cadí ni tal moro.

Así es que, encarándose con Haxima, y mirándola de hito en hilo, la replicó:

—Pero, en fin, ¿qué es lo que esto significa? ¿Desde cuándo acá tengo yo esclavas? ¿Crees que nuestra borrachera va á ser eterna?

La mora le miró con sus grandes y expresivos ojos negros; y después de un instante de admiración, le dijo:

—¡No te comprendo! Tus palabras son oscuras como algunos pasajes del libro del Profeta.

—¡Haxima!..., ¿soy yo cadí por ventura?

—¡Ah! ¿Pues qué eres?

—¿Tú me conoces acaso?

—¿No te estoy viendo aquí hace tres semanas al lado del príncipe? ¿No te respetan servidores que hace diez años que están á tu lado?

—¡Dios mío! ¡Pero es esto posible!

—¿O es que quieres negar la evidencia, tomando ese necio pretexto para desairar á la pobre Haxima?

Y la mora se enjugó una verdadera lágrima.

Era tan serio y grave el acento de aquella mujer, había tanta veracidad en él, lo mismo que en la expresión de su semblante purísimo, que el marqués vaciló, exclamando por último:

—¡Pero es que el príncipe y yo estaremos locos, y nos han traído á una casa de enajenados!

—¿Conque me complacerás estando aquí á las nueve?

—Te complaceré.

—¿Te desharás mañana de la esclava?

—Primero es que yo dé con ella.

—¿No la tienes en tu casa?

—¿Cuál es mi casa?

—¡Esa!

Y la mora señaló á la residencia que acababa de recorrer con el príncipe.

—¡Ah! ¿Vivo yo ahí?

—¡Por Alá!... ¡Parece que has perdido el juicio!

—Y tal vez sea la verdad.

Haxima se levantó, y saludando á la usanza mora, se alejó, diciendo:

—¡Alá te libre de todo mal!... Hasta luego: confío en tu palabra.

El marqués, que hubiera querido seguir á su señor, calculó que ya debía estar lejos, por lo que decidió ir á *su* casa, donde los criados le hicieron toda clase de reverencias.

Una linda esclava le presentó su pipa turca, llena de excelente y fresco tabaco.

—¡Ah, pardiez!—exclamó el marqués.—¿Será esta la esclava de quien Haxima quiere que me deshaga?

Y levantando la voz, preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

—¿Pues no lo sabe el amo, en dos años que hace ya que me compró?

—No importa, lo he olvidado.

El marqués no quiso alegar la verdadera razón, porque era cosa de armar una disputa con todo el que le saliera al paso.

—Pues bien,—contestó la esclava;—mi nombre es Zulima...

—Oye, Zulima...

—Cide...

—¿Qué es eso de cide?

—Quiere decir señor.

—¿Eres tú la que distrae al príncipe de sus deberes?

—¡Cide!...—exclamó aquélla bajando los ojos.

—¡Vuelta!

—Yo no tengo la culpa de que el príncipe se haya fijado en mí.

—Seguramente; pero si tú no le hubieras alentado con tus coqueterías, la cosa no hubiera pasado de ahí.

El coloquio fué interrumpido por la llegada del príncipe.

Uladimiro estaba furioso.

Según confesó, el faquir le había sujetado en la mezquita á mil ridículas ceremonias, que tendían á la purificación de su alma, dictándole oraciones en árabe que le habían destrozado la garganta.

—¡Los libros son unos embusteros!—exclamó en el colmo de la indignación.—Sus autores no nos pintan más que la parte florida de Oriente, callándonos la odiosa intervención que tienen en ella las mezquitas y los faquires.

—A bien que luégo se desquitará vuestra alteza con Zulima.

—¿Quién es Zulima?

—Una de mis esclavas, á quien su alteza hace el amor nocturno.

—¡Yo!

—Ella misma me lo ha confesado.

—Juan..., empiezo á sospechar que estamos rodeados de embusteros.

—Yo también lo creo algunas veces; pero otras...

—¿Qué?

—Dudo; especialmente cuando me habla Haxima.

—¡Oh! ¡Sólo por ella he acompañado al faquir, su-

jetándome á sus ridículas ceremonias! La adoro, Juan, la idolatro.

—Pues ¿cómo ella se queja de vuestro desamor?

—¿Si no la he conocido hasta hoy? ¿Crees que es posible ver á esa criatura, y enamorarse de otra?

—No obstante, ella afirma... ¡Quiere comprarme mi esclava!... En Dios y en mi ánima, os juro, príncipe, que no sé si estamos locos, ó lo están los que nos rodean.

Previamente avisados, pasaron á la estancia destinada á comedor.

Los cojines en torno de la mesa les convidaban á echarse más bien que sentarse.

Allí Europa no había enviado ni una silla.

No hubo más remedio que imitar á los orientales.

La *comida* les fué servida por Zulima y otra esclava.

Hemos subrayado á intento la palabra.

Uladimiro y el marqués, que no habían tomado nada desde el día antes, tenían un hambre feroz, á la altura de la que reinaba en la almadía donde iban los náufragos de la *Medusa*.

Pues bien: tuvieron que contentarse con dátiles, miel, leche, y una pasta insulsa, desabrida, que sustituía al pan.

La carne era allí contrabando.

El príncipe no reparó en nada: estaba enamorado, y ya sabemos que los amantes no son glotones más que de amor.

Pero el marqués, que no tenía las mismas razones para no comer, preguntó á Zulima:

—¿Y el asado, cuándo llega?

—¿Qué asado?

—¡Pardiez! La carne de cualquier animal que pueda comerse.

—En estos días se suprime toda carne y todo pescado.

—¡Diantre! Pues nos convenía haber llegado en otros días que no fueran estos.

—Se aproximan las fiestas del Ramadán, y se nos recomienda el ayuno. ¡Bueno se pondría el faquir si supiera!...

—Pero una comida tan frugal necesita algo de vino.

—Ya sabéis que la ley sabia del Profeta nos le prohibe.

—¡Pardiez! ¡Y llamas sabia á una ley que prohibe el vino..., cuando en Europa es el vino el que hace que funcionen algunas leyes!

—¡Pero aquí no estamos en Europa!

—¿Conque no hay nada más?

—Nada más, hasta mañana á la misma hora.

—Pero, por la noche, alguna ligera colación antes de acostarse...

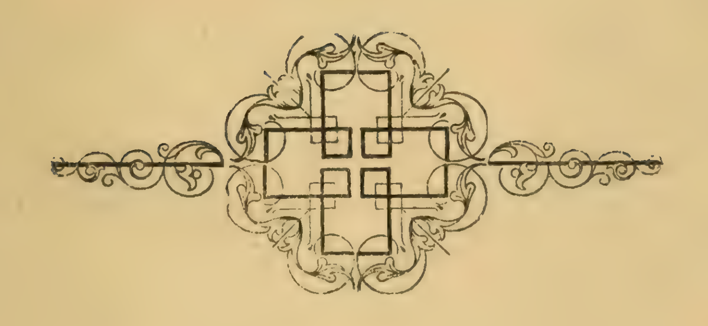
—Cuando se aproximan las fiestas del Ramadán...

—¡Diablo con tu Ramadán! Yo creo que cuando lleguen esas fiestas, los árabes tendrán que apoyarse en las paredes para andar, y que parecerán en las calles una procesión de espectros.

Y el marqués, sin considerar que estaba allí su amo, dió un irreverente puntapié á la mesa, pasando á otra habitación, sobre cuyos almohadones se tendió, llamando en su auxilio á Morfeo.

El príncipe no se apercibió de nada.

Pensaba en la hermosa Haxima.





CAPITULO XCIX

Un sainete con final de drama.



L sueño es el gran antídoto contra el hambre.

Y si bien es cierto que el que duerme no come, no lo es menos que tampoco siente la necesidad de hacerlo.

El marqués, que dormía á pierna suelta, soñó que, habiendo llegado ya aquella fiesta, cuya preparación debía empobrecer los mercados de la sultanía, le era permitido comer toda clase de carnes y pescados, y que Mahoma había modificado su ley, permitiendo el uso del vino.

Y aunque en sueños, asistió á un banquete que envidiarían Lúculo, Heliogábalo y Baltasar.

En cambio Uladimiro, soñando despierto, se imaginaba á Haxima sentada á su lado, con la cabeza reclinada sobre su hombro, dándole las mayores y más dulces pruebas de amor.

No sentía en su estómago el hormigueo que atormentaba al del marqués.

El que no tiene debía enamorarse para prescindir, sin molestia, de comer tan á menudo.

El amor es un agente económico del cual no hablan los tratadistas, ó porque son gastrónomos, ó porque desconocen sus efectos.

Ya era muy de noche cuando despertó el marqués.

Su primer recuerdo fué el haber comido muy mal, por mejor decir, el no haber comido.

Después pensó en Haxima.

Nada le había dicho al príncipe de su cita con la mora, y esto seguramente no era muy correcto.

Es verdad que en aquella cita iba á representar un papel... en blanco.

Es decir, si las circunstancias no le ayudaban, porque el fatuo marqués estaba resuelto á todo.

Consolábale la idea de que su señor tomaba todas las noches la revancha con la esclava Zulima...

—¡Todas las noches! —exclamó el marqués, interrumpiendo su pensamiento y dando furioso con el pie en el suelo.—¿Acaso no es esta la primera que pasamos en este maldito sitio, cuyo nombre ignoro?... ¿Acaso es verdad todo cuanto nos rodea? Sí, sí es ver-

dad... Hoy no he comido, no he bebido más que leche; mientras que si estuviera en Europa... ¡Pero, Dios mío!... ¿es este el Oriente, cuyas descripciones tanto nos encantaban en Varsovia? No recuerdo haber leído en ningún autor que los árabes se preparan con un ayuno tan riguroso á la gran fiesta del Ramadán; que, á saberlo, hubiéramos venido... Pero ¿hemos venido, ó nos han traído aquí? Ayer mismo... ¡imposible! No se pasa desde Varsovia al Africa en veinticuatro horas...

No hay duda: el príncipe y yo hemos perdido el juicio, y nos han traído á una casa de locos...; no encuentro otra explicación más lógica que darme... Sí, por eso al partir de Viena nos acompañó aquel doctor joven, que, al decir de las gentes, es un sabio alienista...

¡Locos!... ¡locos!... ¡Dios mío! ¡Qué va á ser de nosotros!...

Y esos que nos acompañan, Haxima, Zulima, el faquir, los criados, son otros tantos colegas...

Pero ¿es posible que todos hayamos dado en la misma manía?... porque en una casa de locos hay tantas variedades como individuos...

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué desgracia!

Y el infeliz marqués se acercó á la ventana para que la brisa refrescase su frente.

Sí que era fresca, como no acostumbran á serlo las noches africanas.

Esta circunstancia no llamó la atención del mar-

qués, preocupado como estaba con la idea de su locura.

La noche estaba clara y serena, y parecía que la luna se había propuesto iluminarla con sus más vivos fulgores.

Juan Jorge vió en el jardín la sombra de una mujer, que cruzaba hacia la plazoleta de la fuente.

Debía ser Haxima, que acudía á la cita.

Aunque mora, era mujer, y debía ser galante con ella.

Por la imaginación del marqués cruzó una idea fatua, que indicaba hacer algún tiempo que no veía su grotesca imagen retratada en un espejo.

—¿Estará prendada de mí esa mujer,—decía,—y lo del príncipe será un pretexto para estar á solas conmigo, y que yo me fije en ella? ¡Todo pudiera ser! De cualquier modo, no tardaré en resolver esta duda.

Inmediatamente se dirigió al jardín.

Vaciló un poco en el camino que guiaba á la fuente; pero el jardín era pequeño, y dió con la plazoleta en seguida.

Su emoción no le permitió observar que iba seguido por el príncipe.

Aquella emoción era muy natural: hacía ya muchos años que el marqués no asistía á una cita de amor.

Acaso desde que rompió sus relaciones con María.

La claridad era suficiente para distinguir una sombra blanca al pie del sicomoro.

Se acercó como Leandro cuando le esperaba Hero,

como un amante correspondido á quien promete su amada el primer beso.

El príncipe le seguía siempre; sólo que en vez de atravesar la plazoleta, iluminada ya por la luna, iba amparándose de la sombra.

Cuando el marqués llegó al pie del sicomoro, oyó un dulce suspiro.

Haxima le esperaba ya.

—¡Cuánto has tardado!—le dijo la hermosa en tono de reproche.

El marqués balbuceó una excusa.

La verdad es que ya no estaba muy ducho en aquellos lances, para los que se necesita juventud y que la sangre hierva.

La joven le asió una mano, diciéndole muy bajito:

—Vámonos de aquí: el príncipe vendrá indudablemente, y nos sorprendería.

¿Luego no se trataba ya de darle enojos, como aseguró por la mañana?

¡Era una conquista!

¿Por qué no?

Algunos años más tarde, al llegar á los ochenta, la famosa cortesana Ninón de l'Enclos, debía hacer una conquista en un baile.

El marqués contaba algunos menos.

—¡Vamos donde quieras, hermosa Haxima!—exclamó loco de alegría, haciendo por recordar el tono que adoptaba en su juventud para seducir á las muchachas.

La mora le condujo, buscando también la sombra como el príncipe.

De vez en cuando volvía la cabeza.

Sin duda le había visto.

Pero el marqués, tomando aquellos movimientos por miedo, le decía con aire de matamoros:

—Nada temas, hermosa: ¿no estoy en mi casa?... ¿Quién puede molestarte en lo más mínimo? ¿Quién se atrevería?...

¡Su casa!

Indudablemente en aquel momento estaba loco.

Así llegaron hasta un kiosco cubierto de campanillas y enredaderas.

Reinaba dentro una incitadora oscuridad.

La luna, filtrando sus rayos por entre el follaje, señalaba puntos blancos y negros de sombra en el traje de ambos, como si les hubieran recortado un vestido de jirones.

El marqués temblaba de emoción, sin soltar aquella mano tibia y perfumada, que cubría de besos.

—¡Oh! ¡Si el príncipe lo supiera!...—exclamó Haxima estremeciéndose.

El príncipe los espiaba por la parte de afuera del kiosco.

—¡Nada te importe de ese imbécil!—contestó el marqués, siempre galante y valiente siempre.—¿Con qué derecho se opondría á nuestra dicha?

—Pero él es el príncipe, y nosotros sus vasallos.

—Pronto nos libraremos de su presencia.

—¿Qué dices?

—Yo haré saber á su padre que te persigue con su torpe amor, y Mahomed, que estará contento con él por aquello de la rebelión...

—¿De veras harás eso por mí?

—¿Lo dudas, dulce bien mío?

—¡Oh! Tiemblo á mi pesar... ¡Si te expones por mi causa!...

—Nada temas: la idea de conservarme para tu amor me obligará á ser cauto.

—Pero ¿qué haces?

En efecto, el cadí, que llegó á recordar perfectamente las tramitaciones que había seguido con María en sus citas nocturnas, ya no se contentaba con besar la mano de la mora, y aspiraba á que sus labios se posaran en los de aquélla.

Pero Haxima le contenía.

Un leve rumor resonó entre el ramaje.

—¡Ah! ¿Qué es eso?—exclamó la mora asustada.

—El viento... ¡Nada temas, bien mío!... Estoy yo á tu lado.

—La idea del príncipe no se aparta de mi imaginación...

—Cuando te digo que...

—¡Tanto es lo que le amo!

—¡Ahora salimos con eso!—exclamó el marqués, que se quedó como si le hubieran echado encima un jarro de agua fría.

—¿No te he dicho esta mañana lo que intentaba?

—¡Ya!...; ¡pero como esta noche!..., hace poco...

Haxima le interrumpió, bajando mucho la voz, y diciéndole:

—El príncipe está ahí... Nos espía...

—¿Dónde? —preguntó el marqués aterrado con aquellas palabras.

—Por la parte exterior del kiosco.

—¡Y yo que le he llamado imbécil!

—Dime que me amas, de modo que él lo oiga.

—¡Un demonio!

El marqués se creyó víctima de una burla.

Desde aquel momento prescindió de las formas galantes que aconseja la cortesía, aun cuando un cristiano hable con una mora.

Haxima prosiguió en alta voz:

—Mucho agradezco tu amor; pero á haber sabido que me citabas con el propósito de confiármele, no hubiera accedido.

—¡Quieres callar! —exclamó el marqués indignado.—Cuando has sido tú la que...

—¡Oh!... ¡No le olvidaré nunca!... Y eso que el ingrato tal vez esté ahora en brazos de la odiosa esclava, mientras mi corazón sufre por él.

A su espalda resonó una voz vibrante, que decía:

—¡No, Haxima!... ¡Estoy aquí, á tu lado!... Yo también te idolatro como un loco, aun cuando te hayan dicho lo contrario.

Y Uladimiro se precipitó en el kiosco lo mismo que una ráfaga de huracán, cayendo á los pies de la

joven, que, avergonzada, ocultó el rostro entre las manos.

El marqués quiso huir, recordando que había llamado *imbécil* á su señor, amenazándole con la cólera de su supuesto padre el sultán de Marruecos, pero no pudo realizar su intento.

Al oir la voz del príncipe, Haxima había corrido hacia la única entrada del kiosco, como para escapar, aun cuando no debía ser ésta su intención, puesto que no ignoraba que aquél era un testigo oculto de la escena.

De modo que fué alcanzada en la puerta por el príncipe, obstruyendo la salida al grupo que formaban entre los dos.

El marqués, no obstante, hizo esfuerzos supremos para abrirse paso á través del ramaje.

Pero no era éste el principal obstáculo, sino los rombos de hierro que formaban la armadura del kiosco.

Tuvo que desistir, merced á esta circunstancia, y á otra que sobrevino inmediatamente.

El príncipe había caído de hinojos á los pies de la joven, y devorando sus manos á besos, se deshacía en protestas de amor, empleando las frases más tiernas.

En aquel momento el resplandor de la luna se amortiguó con otro más vivo, y se oyó en el jardín un rumor de pasos, como si se acercasen varias personas.

Uladimiro no se apercibió de nada, como si aque-

lla mujer le hubiera encantado; pero Haxima, que parecía no oir las palabras del joven, estaba atenta á lo que sucedía en el jardín.

Manifestaba gran ansiedad, aunque exenta de temor.

El ruido y el resplandor fueron acercándose, hasta que se echaron encima los que llegaban.

Eran éstos una tropa de genízaros con desnudo alfanje, conducidos por el faquir, y seguidos de otros moros, que llevaban en las manos teas de resina.

—¡Aquí están los culpables!—gritó el faquir como un energúmeno.

Los soldados pudieron ver que el príncipe estaba á los pies de Haxima, y el marqués acurrucado en un ángulo del kiosco, temblando, como las hojas de las campanillas que le cubrían.

El príncipe, completamente sorprendido, por lo mismo que no se había enterado de nada, se puso en pie, colocándose al lado de Haxima, como para protegerla.

El faquir seguía gritando:

—¡Su delito está patente!

—¿Qué delito?—preguntó con calma el joven, reconociéndose inocente, como las otras dos personas que le acompañaban en el kiosco.

—¿No lo es, y grande, tu amor á esa joven?

—¿Y á eso lo llamas delito, viejo imbécil?

—Esa mujer no pertenece más que á Mahomed, tu padre, que la compró para su harén.

—Pues tendrá que pasarse sin ella; además, yo no reconozco por padre al sultán de Marruecos.

—¡Qué dice este impío! Esta mañana ha blasfemado del Profeta; ahora reniega de su sangre...: la cólera del gran Mahomed caerá sobre su cabeza.

—¡No me rompas la mía con tus cuentos!

Juan Jorge, comprendiendo que todo el mal provenía del faquir, quiso congraciarse con él, para lo cual se adelantó, diciendo á su señor:

—Príncipe, escuchad lo que os dice ese santo hombre, y no insultéis sus canas.

—¡Miserable! —exclamó el joven, volviéndole la espalda con desprecio.

—Tú también, —dijo el faquir, — pagarás tu felonía.

—¡Yo!—exclamó el marqués estupefacto.—¡Yo felón!

– Sí, mal cadí. ¿No has protegido sus amores, estando ambos bajo tu custodia y vigilancia? ¿Qué indica si no tu presencia en este sitio?

—¡Pero, venerable anciano, si es esta la primera noche que se hablan! Yo te juro que no se ocupaban de amor, sino... aquí hablábamos los tres amigablemente de... la sementera.

Al pobre marqués no se le ocurrían más que disparates.

—No,—afirmó Uladimiro, que era enemigo de la mentira.—Hablábamos de amor: yo la decía que la adoraba, y ella, que me correspondía: ¿no es cierto, Haxima?

El faquir exclamó en el colmo de la indignación:

—¿Para qué más pruebas? Después de lo que hemos visto, ellos mismos lo confiesan.

Luégo continuó, volviéndose á los genízaros:

—¡Prended á los tres culpables!

—¡A los tres!—salmodió el de Spoletto, haciendo una mueca horrible.

Los genízaros penetraron en el kiosco.

El príncipe, asiendo á Haxima, se retiró al fondo, decidido á defenderse.

Pero ¿qué podía hacer contra tantos hombres armados, él, que no lo estaba?

En cuanto al marqués, no intentó el más leve movimiento de resistencia.

No hubo lucha, porque no pudo haberla.

En pocos segundos apresaron á los tres, siendo conducidos á la casa.

—¡Haxima, no me olvides!—gritaba el príncipe al separarse de ella para ser encerrado en una habitación.

—¡Alá te guarde, dueño mío!—le contestó la joven mora.

Los presos oyeron esta orden, dada por el faquir á uno de sus soldados:

—¡Pronto!... ¡Pronto!..., transmitid al sultán el parte de lo sucedido, para que su gran sabiduría determine..., ¡aunque ya presumo lo que hará!





CAPITULO C

El cordón negro.



bien, ¿qué hará? Si estuviéramos en Europa, esto no pasaría de un simple destierro..., un extrañamiento por algunos años; pero ¡en Oriente!... ¡Ay! por lo visto es el país de las barbaridades.

Esta amarga queja era exhalada por el marqués, al verse solo en su prisión.

Prescindiendo de haber entrado en Africa contra su voluntad, si es que había sucedido así, maldecía el momento en que su fatuidad le hizo mezclarse en aquella aventura amorosa que era para otro.

La conducta de Haxima fué para él de una doblez inconcebible.

¿Para qué fingirle amor, llevándole al kiosco, y hacerle consentir en una dicha que no era para él?

Había servido de pantalla.

—¡Oh!... ¡las mujeres!... en todas partes son lo mismo... ¡Tanto en Africa como en Europa, dan el mismo pago al que las hace caso, al que se afana por ellas!

Estas consideraciones filosóficas eran algo tardías; debía haberlas hecho antes de mezclarse en aquella aventura, cuyo desenlace, aunque oculto aún, amenazaba ser terrible y desastroso.

—¿Qué hará el sultán conmigo, que, después de todo, no me he metido en nada?

Esta era la pregunta eterna que se hacía á sí mismo, temiéndolo todo de aquel terrible sultán, que había diezmado un harén por unos ligeros celos que en Europa no se le hubieran ocurrido á nadie.

Pero, como había dicho muy bien aquella tarde *su* esclava Zulima, que parecía una muchacha juiciosa y llena de cordura, Africa no es Europa.

Respecto del príncipe, debemos decir, en honor de sus generosos sentimientos, que no le inquietaba más que la suerte de la mora el porvenir que le estaba reservado.

Para nada se acordaba de él.

Uladimiro, desde que conoció á la joven, no pensó

va más en su misteriosa traslación desde Varsovia á aquel sitio, ni en nada de cuanto le rodeaba.

Envidiemos á los amantes.

Amar de veras es no vivir en el mundo, ni sufrir ninguna de sus penalidades ni amarguras mientras el objeto amado es fiel.

Debe haber algún limbo misterioso para los que aman.

Ese limbo, entre nosotros, tiene una caída fatal: la vicaría.

Después entra la prosa, empezando por la comida de boda en una fonda, á dos pesetas el cubierto, con arroz con leche y otras golosinas

Lo repetimos: Uladimiro, si lloraba, era por Haxima.

También recordaba las atrocidades que había oído contar del sultán de Marruecos.

Ya no se trataba de entrar en el harén, sino de haber encontrado un hombre, en pleno coloquio amoroso, á los pies de su esclava favorita.

Odiaba al faquir, que tenía la culpa de todo, y hubiera pagado su cabeza á peso de oro para que la pisoteara Haxima.

Su antipatía había comenzado aquella mañana en la mezquita.

A haber adivinado lo que iba á pasar por la noche, la parte que aquel inmundo viejo iba á tomar en la escena del jardín, era cosa de haberle arrojado de cabeza desde el elevado minarete.

Pero el príncipe no era práctico, ni tenía el don de las adivinanzas.

Ni siquiera había estndiado para sibila.

Es verdad que ya no estaban en uso.

No había más remedio que admitir los hechos tal y conforme se presentaban, y sufrir sus consecuencias, por terribles que fuesen.

El marqués, más feliz que su señor, logró quedarse dormido al romper el alba.

Tenía alguna esperanza.

Al fin y al cabo, él no había sido la persona agente en aquella aventura amorosa.

A pesar de haber leído muchos libros sobre el Oriente, ignoraba la tramitación que siguen allí las causas.

No sabía si se estilaban los abogados en aquellas cálidas regiones, y, por si acaso, se entretuvo en disponer su defensa, preparando un discurso sobre el derecho de gentes, del cual lo esperaba todo.

En uno de sus más brillantes párrafos se quedó dormido.

¡Y soñó con Europa, él, que tantas veces había soñado con el Africa y el Indostan!

Al revés de lo que le pasaba á su señor, no pensó en Haxima más que para maldecirla.

Ella y el faquir eran la causa de todo.

Es verdad que no estaba enamorado, como el príncipe.

Pero fué dichoso unas cuantas horas, porque durmió.

Cuando abrió los ojos ya había salido el sol.

Su estómago le hacía prudentes advertencias, y pensó en si habría llegado la hora de los dátiles y la leche.

A poco sintió rumor de pasos en la galería anterior á la habitación que ocupaba.

Todo prisionero se alegra cuando llega hasta él cualquier ruido que él no produce.

Puede indicar alguna novedad en su situación expectante.

Sólo que esas novedades suelen ser siniestras á veces.

La puerta se abrió, apareciendo el faquir en su dintel.

Al marqués le hubiera producido mejor efecto la cabeza de Medusa.

El santón entró grave y serio.

Aquel hombre tenía traza de no haberse reído nunca, lo cual hace terrible á cualquier individuo.

Llevaba bajo el brazo una caja de madera de ébano.

El ébano es una madera sombría por su color.

¿Qué podría contener aquella caja?

Sin hablar una palabra, sin saludar siquiera, se la entregó al marqués.

—¿Para mí?—preguntó éste.

—Sí,—contestó el otro, con una voz que parecía salir de una tumba.

Juan Jorge pensó que aquel hombre no tenía precio para destetar chiquillos.

Daba mil vueltas en su mano á aquella caja; el conducto por donde le había recibido le hizo sospechar si sería la de Pandora.

Era imposible que aquel hombre fuese portador de nada bueno.

—Vamos, ábrela,—le dijo, cansado sin duda de tantas vacilaciones,

La voz resonó en el oído del marqués como una campana que suena en un funeral.

Pero como la incertidumbre es cruel, se decidió por último á levantar la tapa, exhalando un suspiro de satisfacción al ver que de allí no salía ningún basilisco.

Era un estuche forrado de azul: en el fondo había un cordón negro.

—¿Qué significa esto?—pregunto el marqués, sacándole con el pulgar y el índice de la mano derecha.

—¿Lo ignoras?—dijo el santón.

—¡Cuando lo pregunto, es claro que no lo sé!

—¡Es raro que lo ignores siendo cadí!

—Será todo lo que tú quieras, pero confieso que...

—Pues bien: ese cordón le envía el sultán á las personas á quienes aprecia, para que se ahorquen con él.

—¡Es decir que las *aprecia ahorcadas!*—exclamó el marqués estupefacto.

—Para ahorrarlas los dolores y la vergüenza de otro suplicio, y porque las aprecia, permite que se den la muerte en su propia casa.

—Es una atención delicada, que deben agradecerle las personas que hayan cometido algún delito que merezca la muerte; pero, tratándose de mí, no comprendo el objeto con que me le envía.

—¿No lo has oído? Para que te ahorques.

—¡Yo, que soy inocente!—exclamó el pobre marqués, retrocediendo más pálido que una aurora de otoño.

—¿Y tu participación en los amores del príncipe con la esclava?

—Pero ¿se te figura que para eso iban á contar conmigo?

—¿Qué hacías allí entonces?

—Tomar el fresco: ¿para qué están los kioscos en los jardines? Además, ¿tengo yo la culpa de que ellos entraran?

—La esclava ha declarado que tú protegías sus amores, y que anoche la llevaste al kiosco, donde la esperaba el príncipe.

—¿Eso ha dicho esa embustera?

—Sí.

—¡Pues miente!

Y el marqués dió á sus palabras toda la fuerza que le prestaba su indignación.

—Tu negativa es inútil, después de tan explícita declaración,—dijo el faquir.

—¡Pero esa infame mujer se ha empeñado en perderme!

—No te queda más remedio que morir. Así castiga el magnánimo sultán á los que hacen traición á su confianza.

—Bueno; puedes decirle al sultán que me ahorcaré... cuando lo tenga por conveniente.

—Es que su misericordia sólo te concede veinticuatro horas, pasadas las cuales...

—¿Qué sucederá?

—Como indigno que eres entonces de la gracia del cordón, morirás empalado en la plaza pública, para escarmiento de traidores.

—¡Empalado!

—Sí.

—Protesto é invoco la ley del derecho de gentes.

—Aquí no hay más ley que la voluntad del sultán: él manda y los demás obedecemos.

—Es que yo soy un extranjero, y mi nación reclamará:

—Eso son fútiles pretextos para librarte de la muerte, pero te advierto que es inevitable.

—¡Escucha!—dijo el marqués, viendo que aquél se retiraba.

—No escucho nada,—contestó el faquir, sin detenerse.

—Pero...

—Si no te ahorcas hoy, morirás empalado mañana: así, pues, escoge

Y el faquir salió de la estancia, asegurando la puerta por fuera.

Juan Jorge Sorrentini, marqués de Spoletto por la gracia de sus trapacerías, y profesor de idiomas, y amigo del príncipe Uladimiro, heredero del trono de Polonia, iba á ser empalado como el último de los piratas de la costa marroquí.

A menos que no se aprovechase de la *magnanimidad* y *misericordia* del sultán, colgándose de una ventana con el cordón al cuello.

El infeliz quedó en un estado bien fácil de comprender.

Y todo ¿por qué?

Por una miserable pasioncilla del príncipe con una esclava que había vendido babuchas y dátiles en Túnez.

Ni siquiera era una mujer principal, por más que esta circunstancia no hubiese dulcificado la pena.

¡Por tan poco se ahorcaba en Marruecos!

Ya no le ocurrió al marqués la idea que le había asaltado antes.

No: aquello no era una casa de enajenados.

Con los locos no se toman disposiciones tan extremas.

Se les viste la camisa de fuerza, se les sacude firme cuando entran en el acceso furioso...

Pero nada más.

No: estaba en un país oriental... Aquellas eran costumbres orientales.

Aquello de no haber más ley que la voluntad del sultán, y de que bastara la deposición de una miserable esclava para ahorcar ó empalar á un hombre, era puramente africano, sin que á nadie se le ocurriese ponerlo en duda.

El infeliz marqués se retorcía los brazos con desesperación.

—¡Dios de Dios!—exclamaba.—¡Aquí voy á pagarlas todas juntas!... Esto es la venganza de la marquesa de Spoletto, de María, de..., ¡del diablo!

Y se paseaba en la estancia lo mismo que una fiera enjaulada, mirando aquel fatídico y siniestro cordón, que hablaba de una manera elocuente en el fondo azul de la caja.

Aquel era el Oriente..., el país tan ardientemente deseado cuyas pintorescas descripciones tan buenos ratos habían proporcionado al príncipe.

¡Y él, él había fomentado en su discípulo aquel entusiasmo, aquella locura, sin adivinar que era la perdición de ambos!

En Oriente no se comía...

No se bebía vino...

Arrastraban á un hombre á la mezquita poco menos que á puñetazos, y le hacían berrear en árabe horas enteras.

No se podía requebrar á las muchachas bonitas, como en Europa, sin ponerse en peligro de muerte.

Por último, no había abogados, ni leyes, ni respeto á los extranjeros.

¿De qué servía entonces aquella flora espléndida y lujuriosa, aquellos ríos caudalosos, aquellas fuentes parleras, aquellas aves de pintado plumaje, aquellos palacios magníficos, aquellos jardines, llenos de flores lo mismo en invierno que en verano; aquellas bayaderas cuya danza enloquecía; aquellas mujeres de tez cobriza ó negra, cuya morada sólo era un paraíso de delicias, como los que promete Mahoma en el séptimo cielo?

¿De qué servía todo aquello, si detrás del tallo de hierba más diminuta estaba el cordón negro ó el palo, si no se podía disfrutar?

El marqués tenía hambre, y esperó, aunque en vano.

Ya debía haber pasado la hora de los dátiles.

Nada le darían, no.

¿Pare qué engordar á un hombre que va á morir?

Eso se queda para los pavos y otros animales destinados á la voracidad de las criaturas felices.

¿De qué le servía haber ayunado al Ramadán, si no había de disfrutar de la fiesta?

Pasó la mañana y pasó la tarde.

Empezaba la hora del crepúsculo.

Ya no le quedaba más que la noche para tomar alguna resolución.

Era preciso decidirse, optar por alguno de los suplicios; entre la cuerda y el palo, había precisión de escoger.

El marqués se estremeció de horror al pensar que podían salirle los intestinos por el cráneo si le empalaban.

Además el palo era el suplicio de los esclavos, de la gente perdida.

Se decidió por la cuerda, como muerte más digna.

Pero se le presentaba un problema de difícil solución.

Es decir, ya estaba resuelto.

El no tendría valor para atar el cordón á los hierros de la ventana y colgarse como un racimo.

El valor es como el talento, y como el dinero: unos lo tienen y otros carecen de él.

Es imposible adquirirle, porque ni se vende, ni puede comprarse.

¿Qué hacer en tan apurada situación?

¿Cómo conciliar el difícil extremo de morir ahorcado sin ahorcarse?

El infeliz estaba á punto de volverse loco en tan apurado trance.

Miraba al cordón, tan negro, y al cielo, tan azul, en el cual empezaban á brillar algunos astros, que él no vería al día siguiente.

¡Horrible pensamiento!

De repente se abrió la puerta.

El marqués creyó que iban á buscar su cuerpo

para darle sepultura, en la suposición de que no era tan cobarde.

Se volvió de espaldas por si era el asqueroso faquir.

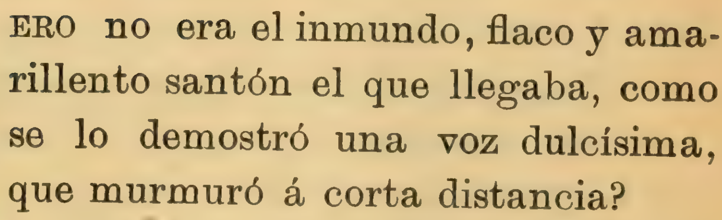
No quería verle más.





CAPÍTULO CI

Haxima-Federica



PERO no era el inmundo, flaco y amarillento santón el que llegaba, como se lo demostró una voz dulcísima, que murmuró á corta distancia?

—¿Cide, no te has ahorcado todavía?

El marqués se volvió presuroso.

Era Zulima la que llegaba, aquella esclava que tenía trapicheos con el príncipe.

Llevaba en sus manos una bandeja que contenía una botella y una copa.

Al verla corrió á su encuentro.

—¡Zulima!—exclamó casi con alegría.

—Pero ¿en qué piensas?—le dijo ella.—Prefieres que te den la muerte afrentosa de los esclavos?

—Es que antes de morir tengo que arreglar mil cosas para lo cual necesito tiempo.

—Es que tienes miedo.

—Pues bien: sí, Zulima...

—¿Y no te avergüenza el confesarlo?

—¿Por qué? El miedo es una de las cosas más primitivas..., tan antiguo como el mundo.

—No te pareces al príncipe.

—¡Cómo! ¿Pues qué le pasa?

—Ya nada.

—¿Qué dices?

—Que así que recibió el cordón, se ahorcó sin pronunciar una queja.

—¡El!... ¡Uladimiro!—exclamó el marqués con verdadero sentimiento.

—Alí, querrás decir,—objetó la esclava.

—Se ha ahorcado.

—Enseguida.

—¿Y Haxima?

—Esa ha salido fuertemente escoltada para Marruecos.

—¡Pues!... ¡Lo mismo que en Europa! ¡Siempre paga el que menos culpa tiene! Allí nará cuatro carocas al sultán; y volverá á ser la reina del harén.

—¿A tí qué te importa?

—Mira, me serviría de consuelo al morir saber que la habían cortado la cabeza.

—¡Triste consuelo que no dulcificaría tu suplicio!

—Sin embargo...; pero ¡qué veo! ¡Compadecido de

mi situación, me traes algún piscolabis!... ¡Una botella de vino!...

—Pero ¿no sabes que nos lo prohibe nuestra ley?

—Entonces ¿qué es eso?

—Es un licor hecho del jugo de unas hierbas, que te prestarán energía para el trance fatal.

—¿De veras?

—Se le propina á todo el que carece de valor, como tú, y el resultado es seguro.

—¡Se ahorca!—exclamó el marqués apartándose instintivamente de la botella.

—¿Conque me despreciais?

—Sí.

—¡No creí fueras tan cobarde!

—Yo también lo ignoraba: nunca me he puesto tan á prueba.

—Y ¿qué vas á adelantar? ¡Vivir unas seis ú ocho horas más!..., lo que dure la noche..., porque mañana al romper la aurora, vienen y si estas vivo, te empalan.

—¡Es cierto!... ¡No hay medio de escapar!—salmodió el marqués tristemente.

—Ninguno. ¡Y considera qué muerte!... ¡Es tan dolorosa como humillante, pues indica que has tenido miedo!

—¡Dices bien, Zulima! El hombre no puede burlar su destino por más que haga.

—Lo que ha de ser está escrito,—dijo Zulima con

la expresión fatalista de los árabes, que les da cierto estoicismo para la muerte.

El marqués se adelantó, diciendo:

—Venga una copa de ese licor, y quiera Dios que me dé el ánimo que necesito para acabar pronto.

Zulima escanció en la copa, que asió el marqués con mano febril.

Antes de beber examinó el licor, que era de u verde claro y transparente como la menta.

—Es aromático,—dijo.

—¡Te gustará!

—¡Ah Zulima! ¡A quién le gusta tragarse la muerte, por muy bien aderezada que se la ofrezcan!

—Vamos, cide, bebe de un sorbo sin vacilación y sin temblor.

El marqués, poseído de forzosa resolución, aproximó la copa á los labios.

El cristal chocó entre sus dientes, pero bebió su contenido.

—¡Ahora, que Alá te dé una buena muerte!—dij Zulima.

—¡Por muy buena que sea, ten por seguro que no me lo parecerá!

—¡Animo!

—Zulima..., reza por mí á Alá..., ó al Profeta..., ó al santo de tu mayor devoción.

—Así lo haré.

La esclava salió de la estancia y cerró la puerta.

El marqués quedó fijo, inmóvil, como si sus pies hubiesen echado raíces en el suelo.

Sin duda esperaba la energía que debía prestarle aquel licor.

Sus ojos se fijaron sobre el cordon negro que yacía en el fondo de la caja.

—¡Va á ser mi última corbata!—exclamó.

Despues de algunos segundos dijo:

—¡Es particular! Contra lo que ha afirmado esa muchacha, cada vez tengo menos deseos de morir... ¿Será que ese licor necesita más tiempo para obrar? Eso debe ser; porque si fuera á vender mi valor, no darían por él ni una miserable moneda de cobre... ¡A que soy tan desgraciado que!...

No pudo continuar, porque cayó á plomo sobre los almohadones, cerrando los ojos.

Cuando Uladimiro abrió los suyos se encontró acostado en su lecho, en una de las habitaciones que ocupaba en el palacio de Varsovia.

Buscó por todas partes, y no pudo hallar el aposento donde tambien le habían ofrecido el siniestro cordón.

Vistióse apresuradamente, y se asomó á la ventana.

En vez de los naranjos y limoneros de aquel jardín

africano, vió las calles de Varsovia llenas de gente, porque era dia festivo.

Buscó tambien su traje árabe, pero no dió con él.

¡Ah! Lo que le había pasado, ¿era un sueño..., el producto acaso de una pesadilla?

No.

Y sin embargo...

No, no: su mente se despejaba, y á ella acudían los recuerdos claros y precisos, las palabras que había pronunciado y oido, los rostros de las personas que habian cruzado su palabra con él.

El faquir y sus enfadosas oraciones de la mezquita; el forzoso ayuno del Ramadán; las esclavas que le sirvieron los dátiles y la leche..., y, por último, la hermosa, la garrida, la enamorada y tierna Haxima.

¡Oh! ¡Si fué un sueño, el despertar era cruel!...

Cruel, sí, porque su fantasía llegó á pintarle el rostro de una mujer á quien no volveria á ver nunca.

En medio de todo, vacilaba aún antes de dar á lo que creía haber visto y oído la patente de quimera.

No recordaba haber soñado nunca con tanta verdad.

Agitó un timbre.

Era preciso salir de dudas.

Pero en vez del criado que esperaba, vió que entraban en el aposento su madre y su prima la joven María Amelia.

—¡Gracias á Dios que despiertas, hijo mio!—le dijo

aquella.—Todos recelábamos que tu largo sueño fuera un sopor.

—¿Cuándo he llegado?—preguntó, esperando la respuesta con ansiedad.

—¿Acaso has salido?

—¿Que no he salido para emprender un largo viaje?

—¡No!—le contestaron á la vez su madre y su prima.

—¿Pues desde cuándo duermo?

—Desde antes de anoche al terminar el banquete con que obsequiamos á la corte.

—¡Ved lo que decís, madre mía!—exclamó el joven, estremeciéndose de asombro.

—La verdad..., lo que te dirá cualquiera de las personas de palacio á quién interrogues. ¿Qué interés tendría tu madre en engañarte?

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio!

—Pero ¿qué te pasa?—le preguntó María Amalia.

—¿Conque realmente ha sido un sueño?—exclamó el joven juntando las manos con desaliento.

—¿Has soñado?—le preguntó su madre con interés.

—¡Y de un modo bien singular! La realidad no se hubiera presentado á mis ojos con colores más vivos ni más verdaderos.

—¡Y, segun expresa tu rostro, parece que sientes haber despertado! Eso indica que las visiones de tu sueño eran agradables.

—De todo tenían..., Una de ellas..., ¡Oh! ¡á esta no la olvidaré en mi vida, aunque llegase á contar la edad de Matusalén!

—¿Una mujer acaso? Hablas de ella casi con pasión.

—¡Una mujer encantadora!... Perdona, prima, que ensalce á otra hermosura estando tú presente.

María Amalia le contestó, haciendo un gracios mohín:

—Vamos, señor lisonjero, ¿no sería mejor que nos refirieseis vuestro sueño?

—¿Para qué?

—Para saber la parte que ha tenido en él esa encantadora criatura.

—¡Sí, sí, refiérenosle, hijo mio!—dijo la noble dama.

—No hay inconveniente: su relato procurará nuevas impresiones á mi corazón.

—Ya escuchamos.

El príncipe empezó á relatar todo lo que había pasado desde que abrió los ojos en la residencia africana de la costa marroquí.

Cuando llegó á su conocimiento con la bella Haxima al pie del sicomoro, su voz expresaba el entusiasmo de la pasión, degenerando luego en un tono melancólico, lo mismo que cuando hablamos del bien perdido.

Engolfado en la descripción de tan rara aventura no advirtió que durante su relato, su madre y María

Amalia cambiaron miradas de inteligencia y algunas sonrisas.

Por último, llegó al fúnebre pasaje del cordón negro.

Haxima había entrado en su estancia para morir con él en sus brazos.

Llevaba dos pomitos de cristal, que encerraban un mortífero veneno.

Cada uno apuró el suyo.

La joven árabe le echó ambos brazos al cuello, pronunciando las frases de amor más tiernas que han regalado á un amante.

El príncipe se consideraba feliz.

Aquella muerte era dulcísima, sin dolores y sin angustias: una muerte envidiable.

Luego perdió el sentido, cayendo en el regazo de Haxima.

Hasta aquí su sueño.

El despertar era la triste realidad, porque se veía privado de aquella mujer que tanto le amaba.

—¡Siempre el Oriente!... ¡Hasta en sueños!—esclamó su madre con cierto disgusto.

—¡Oh! ¡No me hableis de Oriente, madre mia! Esta noche le he visto de cerca, y no le quiero.

—¿De veras?

—¡Os lo juro! No podría vivir en un país donde el monarca ó sultan manda la muerte al cortesano de quien cree haber recibido alguna ofensa, simbolizada en un horrible cordón negro; donde hay sacerdotes tan in-

transigentes como el faquir de mi sueño; donde se prepara uno á las fiestas del Ramadán no comiendo en quince dias más que dátiles y leche...; donde la mujer más hermosa y más honrada está expuesta al capricho libidinoso de un viejo inmundo, si cuenta en su bolsa con algunos cequíes de oro.

—¡Ah hijo mío! ¡No sabes cuánto me regocija el oirte hablar así.

Y la augusta señora le estrechó con pasión entre sus brazos.

—El Oriente es para los que han tenido la suerte ó la desgracia de nacer en él, para las pintadas aves que pueblan sus bosques, siempre verdes, para las fieras que destrozan al viajero en sus ardientes arenales.

—¿Y Haxima?—le preguntó María Amalia maliciosamente.

—¡Calla, prima mía! Considero una desgracia que me va á hacer infeliz para toda mi vida el haber soñado con ella.

—¿Por qué?

—Por que no existe más que en mi imaginación. ¡Pero nunca la olvidará!

—¿Y si existiera?

—¡Imposible! Dios no ha formado en la tierra una criatura tan perfecta; si acaso será uno de los ángeles de su gloria.

—Pero pudiera existir una criatura tan parecida á ella que la confundiese uno al mirarla.

—Repito que es imposible.

—Y yo afirmo... que puede ser.

—¡Prima!...

—Que es.

—¡Dios mío!...

—¿Qué harías?

—Dar por ella toda mi fortuna de príncipe.

Una voz, bien conocida de Uladimiro, contestó desde afuera:

—No es necesario que vuestra alteza dé nada: yo se la traigo de balde.

Y apareció el doctor Extrañi conduciendo de la mano á la joven árabe, sólo que entonces vestía un traje europeo que realzaba sus encantos.

—¡Haxima!—exclamó el príncipe al verla, y se arrojó á sus pies frenético de amor.

La joven estaba ruborizada.

—No la llames Haxima, sino Federica, que es su verdadero nombre,—replicó la reina madre, estrechando á los dos jóvenes entre sus brazos.

—¡Ah! ¿Mi prima?

—Sí, hijo mío.

—¡Sí, Uladimiro!—repuso Federica, bajando los ojos.

La reina tendió una mano á Estrañi, diciéndole:

—¡Gracias, doctor! Sois un hombre de talento..., un sabio.

María Amalia palmoteaba como una loca.

—Pero ¿qué es esto?—exclamó el príncipe en el colmo del asombro.

—Una comedia dispuesta por el doctor, en la cual él ha representado el papel de ángel.

—¡Me confunde vuestra majestad!

En efecto, todo ello formaba el plan curativo, dispuesto por el doctor, para curar al príncipe de aquella manía, que hubiera degenerado en locura.

La corona poseía una residencia cerca de Varsovia.

A su regreso de Viena, partió el doctor para aquel sitio, trasformándole bajo su dirección en una residencia oriental

Al mismo tiempo se dió á los jardines el aspecto africano y tropical que necesitaban para que la ilusión fuese completa.

Los que figuraron en la comparsa eran servidores, empleados en otros sitios reales, á quienes no conocía el príncipe.

En el banquete de palacio se administró un narcótico á Uladimiro y al marqués de Spoletto, durante cuyo sueño fueron trasladados y vestidos á la usanza oriental.

Lo mismo se hizo para su vuelta.

El objeto del doctor era presentar al entusiasta príncipe los inconvenientes que tiene para el europeo la vida que se hace en aquellas latitudes y lo molestas y bárbaras que son sus costumbres.

Fuerza es decir que lo había conseguido, según el mismo príncipe lo daba á entender.

Su obcecación anterior era tal que, como ya sabemos, se había negado á ver el retrato de su prima: la noche que danzó de bayadera en el palacio del emperador de Austria, tampoco quiso mirarla al saber por el marqués quién era.

Pero representando el papel de esclava favorita, llamándose Haxima, y suponiendo que estaba á la disposición del sultán, ya era otra cosa: el príncipe debía namorarse ciegamente, como sucedió.

El bien que otro disfruta tienta la codicia ajena, y bastó el saber que Haxima podía desaparecer de allí cuando al sultán se le antojase, para que Uladimiro la codiciara.

Cuando entre sus dos primas, Federica y María Amalia, le enteraron de todo, exclamó dirigiéndose á Estrañi, dándole una palmada en el hombro:

—Doctor, la casualidad hizo que os debiera un brazo; hoy os debo tambien el juicio: ¡á la verdad que no sé cómo expresaros mi reconocimiento!

—De una manera muy sencilla, señor,—contestó Estrañi.—Deponiendo alguna vez la dignidad real y dejándome que sea amigo de vuestra alteza.

—¡Eso siempre! La amistad de los sabios como vos honra al monarca más poderoso. Os habeis arreglado

de un modo original para dar al marqués de Spoletto el susto más formidable que habrá llevado en toda su vida. A propósito, ¿qué es de él? ¡Acaso lucha con los efectos del narcótico!

—No, hijo mío,—contestó la reina.

—¿Ha venido? Quiero verle.

—No, hijo mío: el marqués camina ahora en una silla de posta hacia la frontera de Rusia, donde quedará en libertad para elegir el punto de residencia que más le agrade.

—¿Le habeis desterrado?—preguntó Uladimiro soltando la carcajada.

Al fin era príncipe, y debía ser ingrato.

—Yo te indemnizaré de su presencia, primo mío,—le dijo Federica con aire apasionado.

—¿Primo no más?

—Aun no me atrevo á llamarte esposo.

—Será necesario para ello pedir permiso al sultán de Marruecos,—objetó María Amalia alegremente.

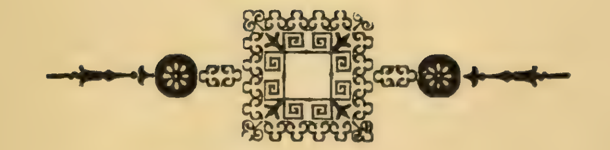
—Y le concederá,—contestó Estrañi.

Dos meses después se celebraba la boda del príncipe Uladimiro con María Federica de Cracovia, apadrinando á los contrayentes la reina madre, y por representación, el emperador de Austria.

No hay para qué decir que el doctor Roberto Es-

trañi fué uno de los primeros invitados á la ceremonia, y que toda la corte le felicitó por la ingeniosa curación que había llevado á efecto.

En cambio todos se regocijaron de la ausencia del marqués de Spoletto.



CAPITULO CII

En Nápoles y en Madrid.

El encuentro providencial de Roberto Estrañi en el bosque de Viena sembró indudablemente la alegría en la corte polaca, y aseguró la paz por algunos años años.

Es cosa bien singular por cierto que un hombre tenga que romperse un brazo para ser feliz.

Pero el caso del príncipe Uladimiro no es el único en el mundo, y hay varios ejemplos que acreditan este fenómeno.

Así es que todos se volvían plácemes y parabienes para el doctor, quien era mirado en palacio, y aun en la corte, como uno de los principales personajes, si no

por el abolengo de la cuna, por el de la ciencia, que vale mucho más.

Pero á Estrañi le abrumaban aquellas atenciones, que él creía inmerecidas.

Además, allí no estaba á gusto, y no ciertamente por las personas que le rodeaban.

Pero el país se le venía encima, valiéndonos de una frase vulgar.

El que ha nacido y vivido tantos años al pie del Vesubio, vive mal entre los hielos del Norte.

Y no es que Estrañi tuviera deseos de ir á Nápoles: aquel sitio guardaba para él dolorosos recuerdos, que no habia podido olvidar en dos años de ausencia.

Pero allí hacía una vida holgazana.

Quería correr el mundo y dedicarse á su estudio predilecto, la ciencia de curar.

Una vez que, hablando con la reina madre, se expresó en tales términos, ésta le replicó:

—En vano acariciáis tales planes, y os aconsejo que renunciéis á ellos; tanto yo como mi familia no sabemos pasarnos sin vos, y, en nuestras dolencias, en vos está toda nuestra confianza.

—Señora,—contestó Estrañi,—es altamente lisonjero para mí lo que dice vuestra majestad, y no hay en mí bastante agradecimiento, por más que soy muy agradecido; pero...

—Nada, nada; permitidme que ejerza en vos esta presión.

¿Qué había de hacer?

Resignarse.

Por otra parte, es muy dulce el resignarse al bien: allí no le faltaba nada, ni aun enfermos.

Aquella cura que acababa de verificar en el príncipe, y que había corrido por la corte, aumentó su fama de hábil doctor.

Era el médico de moda, y su peculio aumentaba de día en día, pues la reina le había señalado además una pensión.

El príncipe Uladimiro y la bella Federica le tenían por su amigo.

Pero sobre todo, con quien más había simpatizado era con María Amalia.

Esta princesa le hizo su confidente.

Nadie más que él supo las penas y disgustos de la joven princesa, al ver que, despues de tanto tiempo y de tantos horrores causados por austriacos y prusianos, su familia no había podido aún tomar posesión del electorado de Sajonia.

Estrañi no podía hacer más que sentirlo, como si le atañera personalmente, y consolarla.

A la verdad que la joven princesa era digna de la suerte que más tarde la deparó el destino.

Algún tiempo después, una tarde en que Estrañi

hacía en palacio su visita cotidiana, la reina madre, en presencia de María Amalia, le dijo:

—Doctor, es necesario que vayáis preparando el equipaje.

—¿Pues cómo, señora?—exclamó aquél.—¿Es decir que necesitáis de mis servicios fuera de aquí?

—Así es la verdad: vais á viajar, pero no solo.

—No pregunto adónde ni con qué objeto; me basta saber que, pues lo habéis dispuesto, necesitáis de mí.

—Pero yo quiero ser más explícita.

En esto, tomó parte en la conversación la princesa, diciendo:

—¿Os gustaría viajar conmigo, doctor?

—Señora, ¡qué mayor dicha para mí!

—Pues bien: vais á acompañarme; y si tenéis una satisfacción en ello, creo que se aumentará al saber que vamos á visitar vuestra patria.

—¡A Nápoles!—exclamó el doctor palideciendo.

—Así es,—replicó la reina madre.—¿No sabéis de lo que se trata?

—Señora, fuera de la salud de las reales personas, apenas me ocupo de lo que pasa en la corte.

—Pues bien: el rey Carlos de Borbón, hermano de Fernando VI de España, que, como sabéis, ocupa el trono de Nápoles, ha pedido solemnemente en matrimonio la mano de mi sobrina.

—Felicito sincera y cordialmente á vuestra alteza. El rey Carlos reune todas las condiciones necesarias

para ser amado de sus súbditos, y es el esposo mejor que cualquiera que os ame puede desearos.

—Entre las personas que formarán el cortejo oficial de mi sobrina, os cuento á vos.

—¡Señora, tanta honra!...

—Sólo que las damas que me acompañan se volverán á Varsovia, mientras vos permaneceréis á mi lado como médico de cámara.

—¡Yo en Nápoles!

—¿Por qué no? ¡En vuestra patria!...

—¿Donde todos me han conocido humilde, casi pobre?...

—¡Mejor! Debéis vuestra elevación á vuestro talento, y no á intrigas reprobadas; esto, en vez de humillaros, os enaltece.

—Sin embargo...

—¡Cómo! ¿Rehusa el doctor acompañarme? — preguntó María Amalia, haciendo un gracioso mohín.

—¡Dios me libre, señora! A más del cariño que profeso á vuestra alteza, las leyes de la cortesía me hacen, no rechazar, sino desear un puesto que tanto me honra...

Ya sabía algo de esto Estrañi, es decir, de la proyectada unión entre Carlos de Borbón y María Amalia; pero ignoraba la honra que la joven princesa le dispensaba.

¡Ir á Nápoles!... ¡A Nápoles, donde estaba Josefina!

Dos efectos contrarios luchaban y combatían en su pecho.

Primero, el dolor que había de producirle la vista de aquella mujer tenida por ingrata, á quien no había podido olvidar.

Luégo, la satisfacción de presentarse ante ella engrandecido, siendo el favorito de una reina.

Este honor no se le había deparado un casamiento casual con una persona de la nobleza: se le debía al estudio, á su talento.

En tal concepto, la condesa Massi debía aparecer humillada á sus ojos.

Pero era más el dolor que experimentaba.

Estrañi no era orgulloso ni vengativo.

Pensaba que Josefina y su esposo el conde frecuentarían la corte, y que allí habían de verse por precisión, y aun hablarse.

¿Cómo fijar su mirada en ella? ¿Cómo oir el timbre de aquella voz, que tantas veces había resonado en su oído haciendo protestas de amor?

¿Daría Josefina muestras de reconocerle? ¿Le buscaría para disculparse? ¿Huiría de él temiendo sus reproches?

No, no; ¡imposible!

Pero ¿podía rehusar el honor que le hacía la corte de Varsovia, enviándole como su representante en un caso tan grave y serio?

¡Ah! María Amalia y su familia ignoraban que aquel honor aumentaba su desventura.

Ausente de Josefina, todo se reducía á ensayar el olvido.

Pero en su presencia...

Roberto se estremecía á esta idea.

La fatalidad, que parecía haberle olvidado durante dos años, le perseguía de nuevo.

Pero le perseguía de una manera extraña, enalteciéndole.

En fin, era preciso resignarse.

Cualquiera disculpa que tendiese á renunciar tal honor, hubiera sido considerada como un desaire, y él no podía faltar á las leyes de la cortesía y del agradecimiento.

Desde aquel día se le vió en palacio más triste y preocupado que de ordinario.

Pero aquella tristeza no chocó, dado el carácter ensimismado y poco expansivo de Estrañi.

Al cabo de un mes partió de Varsovia, acompañando á la linda desposada, con otros personajes y damas de la corte.

Nobles sicilianos, y oficiales de la casa del rey, esperaban á la comitiva en la frontera.

Entre ellos estaba el conde de Massi.

Roberto se estremeció al verle.

Aquel era el hombre que le había robado su dicha.

No, no: según su juicio, él no hizo más que pretender; Josefina fué la que se vendió.

El conde apenas le conocía; sólo le vió dos ó tres veces antes de casa se; así es que apenas se fijó en él.

Además, un médico, por muy ilustre que le haga la ciencia, representa muy poco cuando uno no está enfermo.

La brillante comitiva partió, contando la joven reina muchas simpatías por su belleza.

En uno de aquellos pintorescos pueblecillos que rodean á Nápoles esperaba el rey Carlos.

Allí se hizo la presentación oficial de los cortesanos de una y otra corte.

Roberto Estrañi, que no tenia más títulos que su ciencia, mereció una mención especial por parte de María Amalia.

El rey le aseguró que no saldría de su corte, y que desde aquel día confiaba en sus manos su salud y la de su familia.

Así entraron en Nápoles, en medio del júbilo de la multitud, á quien agradaba la reina, y llegaron á palacio.

Esto era lo que más temía Estrañi.

Allí, en medio de toda la corte, estaba Josefina.

Al verse una y otro, experimentaron igual emoción.

Sólo que la de la condesa era más profunda.

No sabiendo de su antiguo amante en tanto tiem-

po, ignoraba que iba formando parte del acompañamiento de la joven reina.

Su sorpresa fué dolorosa.

No lo fué menos la de Roberto.

Esperaba ver una persona alegre y satisfecha, gozando la distinguida posición que había solicitado, y se encontraba con una mujer pálida, delgada por el sufrimiento, cuya mirada languidecía, dando á su rostro una expresión melancólica.

Era indudable que Josefina sufría.

Ya no era aquella joven *bianca, fresca e grassotta*, que discurría los domingos por la tarde al lado de su padre, bajo los frescos emparrados del Pausilipo, ó por las orillas del golfo napolitano, mirando aquellos dos hermanos, el mar y el volcán, el uno con su ribete de espuma, y el otro con su penacho de humo.

Aquel sufrimiento indicaba que no era feliz.

Roberto tuvo compasión de ella, y la dirigió una mirada de ternura.

Ella bajó los ojos.

¿Era que no se consideraba digna de aquella mirada?

Ni uno ni otro intentaron hablarse; al contrario, cuando la casualidad los ponía cerca, hacían lo posible por separarse.

Acaso los dos sufrían por igual.

Durante aquellas fiestas, á que tuvieron precisión de asistir, sufrieron de una manera indecible: parecían dos cádaveres.

Desde entonces, y sólo por instinto, Roberto empezó á odiar al conde, suponiéndole autor de las penas que parecían afligir á su esposa.

Sin embargo, cuando empezó á hacer conocimiento en la corte, por la misma María Amalia supo que la casa del conde Massi era citada como un modelo de tranquilidad, y que él y Josepna pasaban por dos esposos cuya conducta era intachable.

Entonces ¿de que provenía aquel disgusto, aquella pena que expresaba el rostro de Josefina?

Más de una vez estuvo Roberto por hablarla á solas en palacio, porque la esposa de Massi no tardó en ser una de las predilectas de la joven reina.

Pero le contuvo el temor de remover aquellas cenizas, entre las que indudablemente habia brasas.

Por lo tanto, la condesa y el doctor pasaron como dos desconocidos: nadie diría, al ver su cortés indiferencia, que se habían amado entrañablemente.

En Agosto de 1759 se recibió en Nápoles la noticia de la muerte de Fernando VI de España.

Por no dejar sucesión recayó la corona de Castilla en Carlos, su hermano paterno y el mayor de los hijos de Felipe V y de Isabel Farnesio, que fué proclamado en Madrid.

Inmediatamente tomó el título de rey de España,

nombrando á su madre para la regencia hasta su vuelta.

El principal asunto que le ocupó fue nombrar heredero para el trono de Nápoles.

Su primogénito Felipe no podía serlo, pues, víctima de fuertes ataques de epilepsia, fué declarada su nulidad por los médicos.

Designó á su segundo hijo Carlos como futuro sucesor del trono de España, resolviendo dejar el de Nápoles y Sicilia á su hijo tercero Fernando.

La ceremonia que se celebró en Octubre del mismo año, fué solemne.

Terminado qué fué, dirigióse con su esposa y algunos personajes de su corte, que debían seguirle á España, al puerto, donde le esperaba una escuadra de diez y seis navíos de línea y algunas fragatas, al mando del primer marqués de la Victoria, don Juan José Navarro.

El amor de los súbditos que dejaba le acompañó hasta el momento del embarque.

Según dice un historiador italiano, "todo el pueblo, grandes, pequeños, hombres, mujeres, niños, jóvenes y ancianos, de toda edad, condición y sexo, estaban en la ribera, para ser testigos oculares de la partida de su amado dueño, y pocos eran los que podían contener las lágrimas de dolor al ver que se les ausentaba...„

No hay que decir si Roberto Estrañi formaría parte del cortejo.

Al pronto vió este cambio con alegría, creyendo que los condes de Massi permanecerían en Nápoles.

Pero la fatalidad no quería separarle de Josefina.

Su esposo privaba con el monarca, y partieron también para España.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

FIN DEL ÍNDICE